

GLEEN BLACK

LEGADO

DE SANGRE Y HONOR



LEGADO DE SANGRE
Y HONOR

GLEEN BLACK

© 2021, Gleen Black

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.
Primer Edición: Septiembre 2021
Segunda Edición: Agosto 2024

ASIN: B0D1452ZVX
Corrección: Isaura Tapia
Diseño de portada: DANIELA GUTIERREZ “Asterielly”

Table of Contents

LEGADO DE SANGRE Y HONOR
ADVERTENCIA
PARTE UNO LEGADO DE SANGRE
01: CENICIENTA
Britney
02: LA MAZMORRA
Britney
03: LAS REGLAS
Britney
04: DESEO
Britney
05: CHANTAJE
Britney
06: JURAMENTO
Roth Nikov
07: SEÑORA IVANOVA
Britney
08: DECISIONES
Roth Nikov
09: NEGRO
Britney
10: APARIENCIAS
Roth Nikov
11: PLACER RUSO
Britney
12: PERVERSIÓN
Roth Nikov
13: SKULL BROTHERS
Roth Nikov
14: CAVALLI
Dominic
Roth Nikov
15: SIN LATIDOS
Roth Nikov
16: DESCONOCIDO
Britney

17: CUENTAS CLARAS
Britney
18: LAS BARRACAS
Britney
19: LA MUERTE
Roth Nikov
20: QUINTA SINFONÍA
Britney
Roth Nikov
21: EN CASA
Britney
22: DOMINIO
Roth Nikov
23: TE LO DIJE
Roth Nikov
24: SONRÍE, BRITNEY
Britney
25: LAZOS ROTOS
Roth Nikov
26: LA CARTA
Britney
27: UN LOBO PACIENTE
Roth Nikov
28: BURBUJA DE FELICIDAD
Britney
29: OPINIONES
Roth Nikov
30: EL ALMA MUERE
Britney
PARTE DOS LEGADO DE HONOR
INTERLUDIO
Roth Nikov
31: MONSTRUO
Britney
32: EL CARNICERO
Roth Nikov
33: MI ÁNGEL

Roth Nikov
34: MI TRONO
Roth Nikov
35: NORUEGA
Roth Nikov
36: SIN CULPAS
Britney
37: ISLAS LOFOTEN
Dominic
38: MI ALMA
Roth Nikov
39: EL CAPARAZÓN
Britney
40: ¿QUIÉN ES ELLA?
Roth Nikov
41: FRAGMENTOS
Britney Dubái. Hace unas semanas.
42: UN RECUERDO
Roth Nikov
43: TRINIDAD
Roth Nikov
44: RAZE
Britney
Roth Nikov
45: DAMON CAVALLI
Roth Nikov
46: RECUPERACIÓN
Roth Nikov
47: RYANA NIKOVA
Britney
48: DIMAK
Dimak Trivianiv
49: ATAQUE
Britney
50: MI HERMANO
Roth Nikov
51: PIANISTA

Britney
52: MENTIRAS
Roth Nikov
53: FUEGO
Roth Nikov
54: TU ERROR
Britney
Roth Nikov
55: MI SOLDADO
Britney
Roth Nikov
56: SENCILLAMENTE YO
Britney
57: LA DONCELLA
Roth Nikov
58: SOY EL PAKHAN
Roth Nikov
59: NATHAN
Roth Nikov
60: EL TESTIGO
Roth Nikov
61: *KINTSUGI*
Britney
62: LA SELVA
Roth Nikov
EPÍLOGO
Meses más tarde
EXTRA RAMÉ «CAÓTICO Y HERMOSO AL MISMO TIEMPO»
Roth Nikov
PLAYLIST
AGRADECIMIENTOS

ADVERTENCIA

Esta novela contiene temas sensibles como abuso y violencia explícita, escenas sexuales descriptivas, drogas, lenguaje ofensivo, problemas psicológicos y psiquiátricos, torturas, comportamientos sociales inaceptables y temas políticos y religiosos polémicos. Son puntos controversiales y no reflejan ni mi opinión ni mis ideales como persona. Por eso te pido comprensión y te aconsejo que disfrutes la novela como lo que es: ficción.

Legado de sangre y honor es una historia para mayores de 21 años que no pretende romantizar ninguno de los temas anteriormente mencionados.

Si no te sientes preparado para leer sobre esta clase de contenido o si lo que menciono anteriormente toca algún punto sensible para ti, te recomiendo que no sigas adelante con esta historia. Si, por el contrario, te sientes bien y en capacidad para leerla, hazlo con la mente abierta y, de nuevo, recuerda que es ficción.

PARTE UNO
LEGADO DE SANGRE

“El destino es cruel, oscuro y real. No existen los corazones rosas ni la magia del amor. El destino asesinó a la fidelidad, al romance… y yo asistí al sepelio cubierta de rojo”.

01: CENICIENTA

Britney

Intentaba huir de él, de su presencia. Sentía esa mirada de halcón en mi espalda. Roth Nikov siempre fue mi debilidad, aquello con lo que soñaba, el ideal que mi mente tenía, lo que anhelaba en un tiempo pasado cuando escuchaba a mi madre planear mi boda con algún capitán de la *famiglia,* lo que le daría orgullo a nuestro apellido. Ahora era muy tarde para aquellos sueños tontos y fugaces. Éramos quienes éramos.

Trataba de escapar de él, pero ¿cómo me alejaba de la atracción que sentía? Llevábamos meses en este juego, desde mi mayoría de edad, para ser exacta. Él intentaba cazarme y yo me alejaba de sus garras. Sabía que esta noche ese juego acabaría.

Sonrío tomando la bandeja llena de copas. Solo tengo que fingir un poco más en la noche, seguir escondida detrás del antifaz y pasar la champaña de donador en donador. Disimuladamente echo una mirada fugaz hacia el hombre, el cual tiene los ojos negros centrados en mí. Los entrecierra como una advertencia.

Sí, no debería estar sirviendo tragos, pero, en mi defensa, la hermana Caridad me ha obligado. Que su nombre no nos engañe, ella no es una persona buena, al contrario, es una bruja desgraciada. Nos obliga a trabajar y maltrata a los más chicos, a aquellos que no pueden defenderse.

De no ser por el temor que siente hacia Nikov me hubiera tirado a la calle desde que cumplí dieciocho. Miro a la dama colgada de su brazo... Evangelin Myers, la hija del congresista.

La mujer es perfección, reúne todo lo que nunca llegaré a ser. La ira surge en mi interior, como un pequeño deseo asesino, cada que la veo en las revistas o la televisión. Le encanta ser el centro de atención.

Ella está hablando con un político, no recuerdo su nombre, pero sé que es importante esta noche, mientras se cuelga del antebrazo de Roth.

Como si él le perteneciera..., gruño en mi interior.

Antes de recibir una reprimenda empiezo a moverme por el salón del orfanato, sonriendo y ofreciendo copa tras copa. Agradezco que me permitan usar la ropa de los camareros: un pantalón negro suelto y una camisa blanca que no se me pega. El único accesorio que me distingue como chica es el antifaz negro con pequeñas plumas de pavo real en diferentes colores y mi flequillo.

Casi a medianoche me encuentro cansada y me duelen los pies, pues mis zapatos son una talla más pequeños que la real. Vigilo la sala buscando al hombre de negro, pero no lo distingo a él ni a la garrapata de Eva.

Suspiro, seguro que están follando en alguna de las habitaciones o baños del lugar. Es por esto que no logro entender cómo quiere que sea su esposa si luego jode con la primera estúpida que pasa frente a él.

—Britney —sisea Caridad, agarrándome del brazo y clavándome las uñas.

Oh, mierda. ¿Qué hice para molestarla? La mujer casi me arrastra hasta la cocina, lejos de la música y las personas. En cuanto la puerta se cierra siento la bofetada que me pega en el rostro. Es como tener a mi madre frente a mí, gritándome la basura que soy y siempre seré.

No sé defenderme, no tengo el valor de enfrentar a las personas, así que solo bajo la cabeza, escuchando sus regaños del porqué el gran Nikov la ha llamado aparte y le ha criticado el hecho de tenerme sirviendo bebidas en el salón, a la vista de los hombres.

Claro, eso es todo lo que le importa.

—¡Te advertí que no te dejaras notar!

—Lo siento, señora —me disculpo, negando sin alzar la mirada.

—¡Largo de aquí! —grita, pegándome más fuerte, y esta vez tira de mi pelo. Los demás en la cocina no hacen nada, no quieren ser quienes reciban el castigo—. ¡Limpia todos los baños! ¡De rodillas!

—¿Ahora? —jadeo. No, no puedo, tengo mi examen final mañana, debo llegar a tiempo a clase o terminaré reprobando. Este examen es importante, con él habré terminado mi GED y, si tengo suerte, conseguiré un trabajo decente, el cual me dará un techo propio y comida... Si tengo suerte.

—¡Por supuesto que sí, pedazo de excremento!

—Tengo un examen mañana.

—¡¿Y crees que me importa?! —exclama. No quiero enfurecerla más, así que me giro, a punto de salir y subir al segundo nivel para empezar mi tarea. Quizás con un buen café resista unas horas mañana—. Vete por el jardín, no quiero que te vea por el salón nuevamente.

—Sí, señora —respondo en un hilo de voz.

Quisiera desgarrarme en llanto en el piso, pero en cambio salgo por la puerta trasera de la cocina. El clima está un poco frío, los restos del invierno se perciben en el aire. Voy distraída, abrazándome, cuando escucho algunos jadeos en los matorrales. No me conviene mirar, pero soy como un ratón curioso y por ello me he metido en más de un problema.

¡Debería aprender! Me tapo la boca en cuanto observo a Evangelin, a quien reconozco por su pelo largo, negro y lacio y su vestido plateado de lentejuelas. Una persona se encuentra tras ella y parece como si se la estuviera follando un animal. Retrocedo, cayéndome sobre el trasero y arrastrándome hacia las flores.

—¿Escuchaste eso? —pregunta ella con la voz entrecortada.

Su acompañante gruñe algunas palabras, pero no distingo el sonido de su voz. Asustada, gateo hasta alejarme. Estoy llorando. ¡No sé por qué! ¡No tengo ningún motivo!

Las piedras del suelo se me clavan en la mano y sollozo, mordiéndome los labios, hasta que logro ponerme de pie y correr hacia mi habitación. Es el único lugar que sigue siendo seguro.

Es mi rincón en el mundo, con mis pinturas, mis colores y aquello que sigue diciendo que de alguna manera existo. Escalo por las enredaderas y empujo la ventana. Está oscuro dentro y voy demasiado desesperada, tanto que vuelvo a caerme, esta vez de lleno contra el piso de madera. Grito porque siento como si me hubiera quebrado la mano.

¿Algo más podría salir mal? ¡¿Me odias, Dios?!

Me muevo porque tengo siete baños que limpiar y no quiero recibir un nuevo golpe o, peor, que la hermana Caridad me obligue a asear el salón luego de la fiesta.

Enciendo la luz y me arranco la ropa, buscando mi camisa de Roth, quien antes solía llevarme a su rancho y dejarme practicar sobre los caballos. Luego del ataque de Kain Ivanov al lugar y de que yo le impidiera salvar al Capo de la mafia italiana, dejó de llevarme y marcó la distancia conmigo.

Extraño esos momentos, de alguna manera Roth Nikov me alegraba la vida, le daba otro sentido, un poco de color. Ahora todo se ha sumido en una oscuridad perpetua. Las voces en mi cabeza han aumentado y me dominan la mayor parte del tiempo.

Son reales, están allí. Son fantasmas con una sola misión: destruirme.

Limpio las baldosas del baño con un cepillo y de rodillas. Como sé que mañana o más tarde se encargará de supervisar lo que he hecho, me esmero para evitarme más problemas. Puedo escuchar la música y las risas en el primer nivel; todos se divierten.

Son ricos, gente que no debe preocuparse por limpiar un baño, por los niños desamparados que intentan dormir aquí arriba o por las mujeres que fueron violentadas físicamente por un ex, un familiar o un desconocido.

Estoy fatigada cuando termino, huelo a mierda y mi pelo es un desastre pegajoso, pero estoy demasiado cansada como para pensar en todo eso. Cuando veo el reloj de la pared dice que son las cuatro de la madrugada. ¿Puedo dormir dos horas y luego correr a tomar ese examen?

¡No!, gritan al unísono las voces en mi cabeza y sé que, sin importar qué intente, no lo lograré. No importa cuánto luche, ellas siempre ganan.

Mi ánimo cae en picada y me arrastro hasta mi habitación con la bolsa que tomé, pues planeaba bañarme al terminar. Me pondría la camisa de Roth Nikov para dormir y soñaría con su rostro... En cambio, tengo un *short* corto mojado, las rodillas rojas por estar en la misma posición durante horas y un abrigo extragrande igual de mojado.

Maldiciendo a mis padres, empujo la puerta, tiro la bolsa en el piso, cierro y dejo caer la cabeza contra la madera. La golpeo un par de veces, rabiosa, dejando que la frustración salga.

—¿Dónde estabas? —cuestiona una voz calmada que me hace dar un respingo. Mi corazón se enloquece y se agita. Me giro a observarlo.

La ventana está abierta y él se encuentra recostado en mi pequeña cama con el mismo traje oscuro de más temprano. Tiene el pelo negro desordenado y sus ojos letales me analizan. Luce molesto por verme, pero eso no tendría sentido.

—S-salí al baño —miento a medias, titubeando.

Entrecierra más los ojos y se levanta de la cama con agilidad. Quisiera tener a dónde retroceder cuando camina hacia mí, acorralándome. Este es el hombre que arranca cabezas en la mafia.

—¿Y te tardaste cuatro horas?

—Y-Yo... —Me muerdo el labio con fuerza y alzo la cabeza cuando está frente a mí. El corazón se me detiene. Huele tan delicioso y varonil.

—¿Por qué estás mojada?

Oh, madre del calvario.

Aprieto las piernas con fuerza. ¿Eres adivino o el puto genio de la lámpara?

—Estaba de castigo —pronuncio porque no quiero que se moleste conmigo. No me gusta verlo enojado—. La hermana Caridad me encontró lastimándome. —Se me empañan los ojos con lágrimas.

Es una mentira a medias. Desde que entré a estudiar el equivalente al bachillerato, he ocupado mi mente y la oscuridad se ha reducido. Mi vida sigue siendo un asco, pero al menos tengo grupos con los cuales socializar y distraerme un poco.

—¿Por qué? —gruñe. La desilusión es palpable en su tono. Roth Nikov me confunde, pues algunas veces creo que me mira como a una hija y, otras, como en el salón, creo que puede ver a la mujer dentro de mí—. ¿Las terapias no son suficientes?

Bufo. No, las terapias son una mierda. Me siento por horas a contarle mis problemas a una persona que no los entiende porque no los ha vivido. Es fácil decir «debes hacer esto», pero lo jodido es hacerlo.

—¡No me bufes, niña! —me regaña. Oh, y aquí vamos. Bendición, papá.

—No eres mi padre.

—Claro que no. Si lo fuera, ya estaría poniéndote el trasero rojo a nalgadas —replica, molesto —. Es una pérdida de tiempo.

—Estás en todo tu derecho de no venir aquí.

—Eres mi prometida —sisea.

—Aún no he aceptado.

—Qué bueno que tu tiempo acabó. —No sé por qué está tan molesto.

Que me corto nunca ha sido un secreto y dos veces ya he estado a punto de morir desangrada, entonces, ¿por qué esta noche se encuentra más enfurecido?

Camina hasta mi mesita y abre el primer cajón, hurgando dentro de mis bragas y mis objetos personales, incluidas mis toallas higiénicas. La sangre se agolpa en las mejillas, pero este hombre no conoce de límites.

Encuentra la caja negra, la cual nunca he abierto. Me la entregó al cumplir la mayoría de edad, pero fue un acto completamente vacío. Solo me deseó feliz cumpleaños y la dejó en mi mano. La golpea en la superficie, dejándola visible. Yo parpadeo y me pongo más roja con esos largos dedos.

No debo seguir leyendo esas novelas... Dios mío.

—No seguirás en este lugar —sentencia—. Nuestro acuerdo fue hasta tu mayoría de edad, cumple tu parte...

—¿Por qué quieres casarte conmigo? —No lo entiendo, existen un millón de mujeres allá afuera dispuestas a caer a sus pies.

—No es de tu incumbencia —enfatiza antes de girarse y salir por la puerta. Extraño esos tiempos en los que se quedaba a mi lado y hablábamos. Ahora parece un completo desconocido. Me siento en la cama y observo la caja cerrada. Las opciones son fáciles a simple vista.

Seguir limpiando baños o casarme con uno de los hombres más peligrosos del mundo. Me dejo caer hacia atrás, cerrando los ojos.

¿Cenicienta o princesa?

◇◇

Fabiano Ferraz es un amigo del instituto divertido y animado, todo lo contrario a mi personalidad. Le agradezco el batido de fresas que me entrega, aunque su mano se queda más de lo normal presionando la mía.

Fuerzo una sonrisa. A pesar del tiempo, no me siento cien por ciento cómoda con el toque de ningún hombre.

Ambos hemos finalizado nuestro examen. Es algo tonto sentirme realizada por un papel que probablemente no cambie mi destino, pero saber que lo logré, incluso sobre las voces que me atormentan, es ganar una doble partida. A mis temores y a las tradiciones.

—En tres días sabremos si lo logramos.

—Lo hicimos —garantizo, animada.

Quizás se deba a la dosis extracargada de cafeína en mi cuerpo. Fabiano se contagia con mi ánimo, quizás excesivamente, pues deja caer el brazo sobre mis hombros. No quiero ser grosera, así que solo me encojo un poco mientras ambos caminamos fuera del instituto. Es normal que reciba varias miradas, ya me he acostumbrado. Fabi es guapo y atlético. Todas las chicas se mueren por él.

—¿Alguna vez me dejarás ver tu pelo? —pregunta de la nada.

—Hmm —murmuro.

Mostrarme de una forma sexual o cualquier símbolo que represente ese estatus, no es algo agradable. Me ha crecido el pelo y lo mantengo así porque un día, en nuestros paseos a caballo, Nikov murmuró que le gustaban las mujeres de cabellera larga. Estaba hablando con *Afrodita*, su yegua negra, mientras yo peinaba a Relámpago. Una parte de mí creyó que si lo dejaba crecer, me miraría con esa misma devoción.

Fabi Intenta quitarme la boina negra, pero soy más rápida moviéndome. Por algún motivo él toma mi actitud de una forma errónea y cree que estoy jugando, entonces me rodea la cintura, pegándome a su cuerpo, y mi batido de fresas se cae al suelo en cuanto me paralizo. No puedo respirar y siento que regreso al pasado tormentoso de Italia. Escucho la voz de Fabiano, que pronuncia mi nombre. Al principio lo hace suave, pero, pasados unos segundos, me zarandea.

—Lo siento, lo siento —exclamo, apartándolo.

—¿Brit? ¿Qué sucede, Britney? —grita, persiguiéndome.

Yo apresuro el paso y me giro para hablarle, pero ninguna palabra aparece. Niego con lágrimas en los ojos, ¡¿por qué no puedo ser normal?!

Tropiezo, cayéndome al piso, y mi bolso y cuadernos se desparraman en el lugar. La vergüenza se intensifica cuando siento las miradas, aunque me extraña que nadie se burle de mí. Sí, somos adultos, pero seguimos siendo crueles.

—¡Déjame, Fabi! —vocifero cuando siento que una fuerte mano me agarra.

Ya estoy llorando como una patética, pobre y débil criatura. Recibo un jalón firme que me levanta, jadeo de sorpresa y observo a la persona que me auxilió. Mi mundo pierde ese eje que medio me sostiene y vuelve a girar con mayor velocidad. A veces creo que mi obsesión por Nikov me lleva a imaginarlo.

Él no puede estar afuera de mi instituto vestido de una forma casual, sin su acostumbrado traje. Virgen de la Candelaria, luce mucho más joven. Trae el pelo negro desordenado, la camisa remangada sobre los antebrazos, la cual parece que se romperá su se mueve mucho, y su mirada, por otro lado, es feroz e intimidante.

Las piernas no me sostienen del todo.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Cómo...?

—Al auto —ruge de mal genio. Siento a Fabiano a nuestro lado. Trago saliva y asiento con obediencia ante su orden.

—¿Quién es este tipo? —pregunta Fabi. Es mi amigo, pero he reservado partes de mi vida para mí. No puede saber de la mafia o que fui vendida como un cordero siendo menor de edad.

—Su tutor legal —responde Roth rápidamente.

Una punzada de decepción me atraviesa. ¿Acaso quería que se anunciara como mi prometido? ¿No estaría más avergonzada? Quizás quien tiene pena de mí es él. La vergüenza se intensifica, pues somos el centro de atención. Un guardia rapado de Roth recoge mis pertenencias y se queda con ellas.

¡Trágame, Tierra!

—¿Por qué huías? —sisea el pelinegro. No respondo, no puedo reaccionar del todo—. Tienes mucho que explicar, jovencita. Ahora, al auto.

—Sí, señor —musito, dándole una mirada a mi amigo—. ¿Te envío mensajes más tarde?

—Claro que sí, sol.

¡Oh, mierda! Los dedos de mi «tutor» se cierran con más fuerza en mi brazo. Antes de que le explote la cabeza, obedezco su orden. Sé que ese fue nuestro acuerdo mutuo, que sería mi guardián legal hasta mi mayoría de edad y que luego nos comprometeríamos.

También ha costeado mis estudios, mi ropa e incluso dona una suma cuantiosa cada mes al orfanato, pero odio que emplee ese término delante de alguien más.

Camino con la cabeza gacha hasta el Mustang negro. El hombre de seguridad abre la puerta del copiloto para mí, pero me quedo de pie viendo que Roth le dice algo a Fabi, quien solo asiente tranquilamente.

Frunzo el ceño, no parece que fueran desconocidos. O tal vez está recibiendo alguna amenaza. Si fuera así, yo también solo asentiría.

Me encojo en cuanto empieza a caminar hacia mí, pues no luce feliz. Mueve la cabeza y el pelón guarda mis artículos en la parte trasera. Roth demanda que suba al vehículo y así lo hago. Después cierra la puerta de un fuerte golpe. Fabi está en el mismo lugar, tocándose la cabeza.

—¿Por qué estás aquí? —pregunto en cuanto se sienta. El vehículo está encendido, así que solo acelera.

—Cinturón —gruñe. Pongo los ojos en blanco.

—Sí, gruñón.

—¿Gruñón? —sisea. *Oops*, no es el momento de ser listilla.

—No paras de gruñirme órdenes.

¡¿Por qué no cierro la boca?!

—Y tú de desobedecerlas —replica. Golpea la guantera y la caja negra que recuerdo haber dejado sobre mi tocador aparece mágicamente.

—¿Las reproduces o qué?

—Póntelo, ahora.

Es mejor hacer lo que dice, así que obedezco. Me confío mucho con este hombre y olvido que no es un caballero. Es parte de la organización criminal más sofisticada de Estados Unidos y de otras tantas partes que desconozco.

El anillo es precioso. Tiene un diamante cuadrado de color azul intenso y está adornado por otras docenas que son diminutos. Es de oro blanco y me pesa en el dedo. La pequeña banda adicional es del mismo material. Me limpio las mejillas.

Esto me hace sentir pura... Una parte de mí cree merecerse esto, pero sé que es mentira. No lo merezco y Roth Nikov tampoco se merece a una mujer defectuosa, a alguien roto.

Conduce rápido y en silencio. Parece que intenta relajarse y pronto estamos dejando Queens para entrar a Manhattan, ese lugar de grandes tiendas de diseñadores. Las conozco, pues mamá solía ir a París de vacaciones en la semana de la moda y comprar de todo para hacerme lucir unos años mayor y que los hombres de nuestra cultura se fijaran en mí.

El recuerdo me hace querer vomitar. Nikov detiene el Mustang en mitad de la calle y se baja. Los demás conductores suenan la bocina, pero a él no le importa. Es dueño de esta ciudad.

—Vamos, niña —dice, abriendo mi puerta y yo salgo luego de quitarme el cinturón.

—¡Espera! —exclamo.

Me retiro la boina y la lanzo al asiento. Mi pelo natural es rubio y lacio. Me lo peino con los dedos y veo la reacción de Roth, que traga saliva y luego me agarra de la mano. Al parecer la seguridad nos seguía porque el pelón es quien mueve el coche. Roth camina con altivez, las mujeres lo observan con descaro y él sonríe. Parece gustarle la atención o que yo bufe cada tanto. Entramos a la tienda y todo se queda en silencio.

—¡Señor Nikov! —murmura una joven dependienta con gran alegría, acercándose a nosotros con agilidad. Ella chasquea los dedos en el aire y las demás trabajadoras se movilizan.

—Ella es mi prometida —me presenta.

Lo miro perpleja. La dependienta es energía pura y me separa de él. Quiero seguir sintiendo

su calor en mi cuerpo, esa seguridad a su lado. Él niega casi sonriendo cuando, aturdida, le suplico que no me deje en sus manos. La mujer no me da tregua y me cambia un vestido por otro. Estoy abrumada entre tanta tela y sus indicaciones.

Vestidos, trajes, ropa interior, calzado y, al final, mi ajuar de boda y su respectiva noche. Así transcurre todo, hora tras hora. Estoy a un paso de enloquecer cuando Roth regresa a rescatarme.

No he elegido nada por mi cuenta. De hecho, no creo haber abierto la boca en ninguna oportunidad y ya tengo un clóset nuevo y un vestido de novia extravagante en el cual nunca entraría por voluntad propia.

La cabeza me sigue dando vueltas cuando Nikov me toma de la mano. Él tampoco habla mucho y recuerdo que se limita con las demás personas. Estoy tan acostumbrada a su voz que olvido ese detalle. Paga una suma que me da un preinfarto.

—¡Eso es muchísimo dinero!

Sí, acabo de gritarlo. ¿Existe algo más que quiera hacer para seguir llamando la atención?

—Una esposa feliz es un hogar feliz —musita la mujer, quizás pensando que perderá su venta millonaria. Bufo y lo suelto, saliendo del lugar con pisotones duros y molesta. Lo espero de brazos cruzados.

—No me gusta que hagas eso.

—Cristo...

—No necesito esas cosas, no las usaré.

—Sube al auto, Brit.

—¡Y deja de darme órdenes! —grito.

Varios transeúntes se detienen, asombrados.

—Sinceramente estás insoportable.

—No, tú lo estás. ¡Dejaste de hablarme por meses! ¡Meses! Hiciste de cuenta que no existía, pero, claro, en cuanto cumplo la mayoría de edad regresas con fuerza...

—No puedes seguir en el orfanato —me interrumpe—. Eres mayor de edad, no está permitido.

—Y tampoco eres mi tutor —replico.

—Exacto.

—Entonces soy tu proyecto de caridad, ¿no? La chica desprotegida a quien debes rescatar.

—Britney.

—Llévame al orfanato —suplico.

Se me humedecen los ojos. No me engaño, no creo que esté conmigo porque yo sea la mujer a quien desee o ame; esto es su acto de caridad.

No intenta contradecirme y nos marchamos. No habla más, aplica la ley del silencio universal que ya tiene con el mundo. No me preocupo por las compras, ya alguien las entregará en no-sé-dónde gracias a sus órdenes. Estoy abrumada por todo, quiero pintar y dejar salir el coraje.

Golpeo la puerta del vehículo con fuerza y no me despido. Se puede ir al infierno si quiere, ¡no me importa! Es un imbécil como todos, ¿es que no se da cuenta? ¡Me gusta! ¡Me atrae! Hace que todo en mí vibre por él, mi cuerpo, mi mente, el mundo.

Estoy llorando cuando entro a mi habitación. ¡Aahh!

Las manos me tiemblan, la ira es demasiada y las voces se intensifican.

Me aovillo en el piso, pegándome en la cabeza. Necesito que salgan, que desaparezcan. Sé cómo lo harán, pero no quiero. No lo soporto.

Me muerdo la lengua hasta que sangra para no gritar y alertar a nadie de que nuevamente me estoy lastimando. Es más fuerte que yo; las voces también lo son.

Destruida, rota... Inservible.

Y la culpa ataca, siempre lo hace y no es por mí. No me siento culpable por lastimarme porque mi vida no tiene valor. La culpa se debe a él. Roth Nikov espera algo de mí, quiere que me convierta en esa mujer que nunca seré y voy a defraudarlo… como hice con mis padres, conmigo misma.

Siempre seré esto, el fantasma de una realidad.

02: LA MAZMORRA

Britney

La peor parte de vivir en el orfanato es la cena. Debo bajar y reunirme en el gran salón con todos y, si no lo hago, la hermana Caridad me impondrá un castigo. Y por cómo están las cosas, no dudo que buscará cualquier excusa para lastimarme.

Me sirvo mi ración de comida y me aparto. No comeré, pero si estoy alejada, puedo botar la comida de mi plato. En cuanto me siento, mi celular empieza a vibrar. Es Fabi, pues olvidé escribirle un mensaje. No tengo ánimos de hablar, pero no contestarle solo va a generar una docena de llamadas.

—Estoy bien, Fabi —musito, dispuesta a colgar.

—Tu tutor está en La Mazmorra —anuncia y se burla al decir «tutor».

—Es mi prometido. —Siento náuseas al decirlo porque es una mentira, una tapadera.

—¿De verdad? No lo parece, está presentando a una de sus mascotas.

—¿Mascotas? —cuestiono, frunciendo el ceño.

—Te envío la ubicación. Ven.

Y cuelga la llamada. Su voz sonó violenta y un tanto diferente.

¿Mazmorra? ¿Qué es eso? ¿Una de sus mascotas?

El mensaje de WhatsApp entra. Mi celular es un modelo viejo de los LG, pues no he querido aceptar que Roth me compre uno nuevo, así que con este me es difícil abrir la aplicación del mapa, pero sé en dónde se encuentra. En Jamaica, Queens. Es uno de los territorios más peligrosos de la ciudad. Alejo el celular y juego con mi comida. No debo ir, nada de lo que Roth haga es mi problema. Yo soy el suyo, al parecer.

Maddie, una de las nenas más pequeñas, pues tiene quince, se tropieza y su plato sale volando. Gimo, viendo en cámara lenta cómo el plato cae sobre la hermana Caridad y la avena le golpea el rostro. Oh, no.

—Madre, lo siento, no ha sido a propósito.

Maddie retrocede, asustada. Todo el lugar se queda en silencio. Le tememos. Los niños, las mujeres y las demás hermanas, todos le temen.

Jadeo cuando la hermana Caridad se levanta, agarra el cucharón de metal y golpea el brazo de Maddie. El sonido del hueso al quebrarse me recuerda a Italia, a mi padre castigando a la servidumbre. Maddie suplica, llora... Salto de la silla, paso hacia la otra mesa y voy corriendo hacia ellas.

Vuelvo a saltar, quedando ahora en medio de ambas. La mujer intenta volverla a golpear con el metal, pero me interpongo y recibo el impacto en el rostro. Siento inmediatamente el sabor salado de la sangre dentro de la boca y escupo un pedazo de algo.

Maddie llora con desesperación a mi espalda y sé que le ha roto el brazo. Me arde la cara y veo unos puntos de colores bailando en el aire, pero, a diferencia de los demás, sé absorber el dolor.

Algo frío me baña la mejilla. Caridad intenta levantar la mano, pero estoy poseída, cansada de sus abusos, y la empujo con todas mis fuerzas.

—¡Basta! —grito—. ¡Ya, vieja maldita!

Silencio. La veo caer de nalgas al piso, asombrada. Yo estoy jadeando y todos los ojos están sobre mí. La valentía se marcha al retrete y Elena, una madre soltera de diecinueve años, ayuda a Maddie.

La hermana Caridad se levanta, sacudiendo su ropa, y retrocedo. El miedo ha ganado completamente el terreno.

—¡¡Te largas de aquí!! —ladra.

—Hermana, yo...

—¡Te largas de aquí! ¡Fuera de mi orfanato! ¡Ahora!

—Lo siento... —Un golpe. Otro en la mejilla sana, torciéndome la cara. Lloro. No sé qué es peor, si soportar sus maltratos o vivir en la calle. Elijo cualquier cosa antes que tener que recibir un golpe más.

—¡Largo! —grita más fuerte y retrocedo, chocando con Elena. Sé que quiere defenderme, pero si lo hace, las cosas serán peores y necesita este refugio para ella y su bebé—. Y no te llevarás nada de aquí, ¡todo me pertenece a mí, niña!

—Toma —gruñe Elena entre dientes, dándome algo.

—¡Es una maldita vieja! —Le escupo la cara antes de girarme y empezar a correr.

No tengo a dónde ir, pero tampoco estoy pensando en ello. Solo quiero correr y alejarme. Y es lo que hago hasta varias cuadras más adelante, cuando la adrenalina se va y la realidad me golpea de lleno. Me limpio la mejilla con la manga de mi sudadera y encuentro que tengo sangre en la cara. No sé a dónde ir y me miro el puño. Veinte dólares. Empiezo a llorar de impotencia, ¿qué hice?

No es la primera vez que la vieja Caridad golpea a alguno de los niños o a las madres. Nunca me había metido. ¿Por qué lo hice hoy? Por todo. El día, la falta de sueño, Roth.

Camino, sollozando, hasta la parada del autobús y espero sin saber el tiempo. Recuerdo ese lugar que indicaba el mensaje, quizás Fabi esté allá. ¿Podría irme con él a su casa? Tal vez solo por esta noche.

Estoy mintiéndome a mí misma, pero no me importa. Tomo el autobús, ocultando mi rostro, porque quiero ir y que todo acabe.

Luego de ver mi última esperanza no lucharé más, dejaré que las voces ganen. Terminaré esto para siempre.

Me bajo en la 25th Street en Jamaica. Conozco la zona, pues solía venir con sor Ángeles a traer comida y dejar ayuda en la iglesia. Con ella vivimos buenos tiempos, pero desde su muerte la hermana Caridad impuso su voluntad y levantó una dictadura a su antojo.

Camino hasta la 127th Avenue y me encuentro con una larga fila que parece dirigirse al club La Mazmorra. El nombre es atrayente y está escrito en letras de neón violetas. La mayoría de la fila son hombres y me lanzan palabras obscenas mientras cruzo por delante de ellos. El guardia de seguridad claramente es un ruso, con una línea en la cabeza y el tatuaje de la Bratva visible en el cuello.

—Roth Nikov —digo, levantando el rostro. Sus ojos marrones van directo a la posible herida que tengo y no he visto.

—Imposible —se burla.

—Soy una de sus mascotas —exclamo alto, haciéndome notar. Vuelve a mirarme el rostro y le luego da un repaso a mi cuerpo, el cual está escondido en la sudadera extragrande.

—Veremos cómo terminas, niña —dice, abriendo la cinta.

—¡Nikov le dejará el coño lleno de mierda! —grita un segundo ruso.

—¡Seguro que sí! —Más hombres de la fila lo secundan.

Las risas burlonas me acompañan hasta que entro. Santo cielo. El lugar está cubierto de humo y luces de colores que molestan cuando te pegan. Levanto la mano para protegerme de ellas.

Las personas chocan conmigo y siento que me ahogo entre tantos hombres. Algunas mujeres caminan sin ningún *top*, con los senos expuestos, y otras están sobre mi cabeza en jaulas, bailando desnudas y tocándose.

La música es alta, estridente, y unas voces varoniles se unen en una especie de puja. La marea de personas me mueven de aquí para allá hasta que salgo a un espacio en donde hay una jaula mayor en el centro. En ella se encuentran dos hombres peleando. Sus golpes son brutales, tienen sangre por doquier y en la lona hay tres cuerpos desnudos con algunas heridas y el rostro irreconocible.

Se me acelera el corazón y se me nubla la mente. Las caras me recuerdan a animales de Discovery Channel, aglomerados pidiendo la muerte. Sus rostros reflejan éxtasis y algunos o, mejor dicho, la mayoría, parecen drogados.

Esto representa la bestia de cada hombre liberada.

Alzo la mirada, buscando a Fabi en la multitud, pero el ambiente me deja perpleja con todo lo que observo… hasta que doy con lo menos esperado. Roth Nikov. Él está en lo alto, en un balcón especial, sentado en una silla, como si aquello fuera su trono. Lleva un traje elegante y limpio. Él es el rey de esos hombres, es lo intocable, un dios entre sus súbditos. Nosotros somos las ratas y él es un halcón, acechando, cazando a sus presas.

Y ahora lo entiendo… su mascota. Una chica está a su lado, de rodillas, con cadenas en el cuello y una cuerda tensa que le marca los pechos y le baja hasta la cintura. Tiene un antifaz rojo, pero reconocería ese perfil y ese pelo en cualquier lugar.

Ella está ahí, junto a él, mientras Roth habla con alguien. Evangelin es su mascota y no se mueve en tanto Nikov conversa con los demás hombres. Él le acaricia el cabello y da la impresión de que estuviera premiando a un perro por ser dócil y obediente.

Estoy tan sumida y pasmada con la chica que no me percato de que el mismo guardia de la puerta está hablándole a mi prometido hasta que ya es muy tarde. Él se pone de pie, buscando dentro de la multitud.

No tarda mucho en dar conmigo ya que soy el pequeño cuerpo al frente. Soy tan diferente a todos que parece que tuviera un faro iluminándome, exponiéndome a su vista.

Y la máscara por fin cae. Él no es un caballero. No viene a rescatarme.

Dejo caer los hombros y lo observo. Mueve la mano y me apunta, entonces un hombre me agarra rápidamente de la sudadera. No me resisto, ¿qué caso tendría? Las lágrimas me queman el rostro por el lado lastimado.

Me escondo, bajando la cabeza, y las personas nos abren camino para que pasemos. Me sorprende que me guíen hacia la parte trasera en lugar de que me echen por completo. Nadie me pide que me siente, pero el tipo me empuja contra el mueble, retrocede y se va del lugar, que parece una oficina.

La puerta me sobresalta en cuanto se cierra. Las cosas aquí son un mundo aparte y aunque la luz sigue siendo tenue, se respira un olor limpio a madera y pino que impera en el ambiente. Tiene una sala pequeña, un mueble grande, dos butacas rojas, una mesa circular baja, también un escritorio y, detrás, una pared llena de libros. Todo se ve ordenado y pulcro.

Hay tres cuadros en la pared de mujeres posando con sensualidad, pero no se le percibe el rostro a ninguna. Se distinguen por el color de piel y lucen desnudas. Creo que son fotografías.

La puerta se abre nuevamente y me paro en cuanto Roth entra con Evangelin detrás de él. La estúpida garrapata tiene una sonrisa burlona en el rostro.

—A tu lugar —ordena Roth.

No sé me lo dice a mí o a ella, pero la garrapata es quien se mueve. Está desnuda y no puedo dejar de observarla con absoluto asombro. La mujer no parpadea, solo camina a un lado del escritorio y se arrodilla en el piso.

—¡Mírame! —exclama hacia mí. Antes no ha empleado ese tono ronco de voz, así que bajo la cabeza, casi temblando.

Creo que me volveré loca o moriré de la impresión, pues mi cabeza es un nudo enorme de contrariedades. Se mueve y me toca el rostro con delicadeza.

Sus dedos me inclinan el rostro con suavidad hasta que tengo esos ojos frente a frente. Analiza el golpe en mi mejilla, aunque su mirada no deja entrever nada. Siempre es así, una caja hermética. Miles de preguntas revolotean en mi mente, pero me he quedado prendada de él.

—¿Quién? —cuestiona.

—Quiero regresar a Italia, señor —imploro.

—No —sisea. Ordena que me levante y vuelve a agarrarme la mano.

Perpleja, miro a Evangelin, quien no se ha movido o levantado la cabeza, mientras Roth tira de mi mano y salimos de la oficina. Va caminando delante con pasos rápidos y arrastrándome detrás por el pasillo. Soy la niña problemática y él es ese padre amoroso que se preocupa.

No quiero que sea así...

Golpea la pared, colocando la palma de su mano libre, y una luz azul se enciende. Jadeo cuando el muro se abre hacia un estacionamiento cerrado. La luz aquí sí es clara y brillante. Tiene cuatro coches estacionados y dos camionetas grises; se dirige a una de ellas.

—Roth...

Me cuesta darme cuenta de que Nikov me ha girado y me tiene presionada contra la camioneta, tocándome la cara con ambas manos y preguntándome algo. Se molesta porque no le doy la respuesta que me ha pedido y me ayuda a entrar al vehículo. A veces mi cabeza suele meterme a estos laberintos en los que no encuentro salida. Estoy ahogándome con los impactos de la noche.

No sé a dónde vamos. Odio estos silencios y extraño aquellos tiempos en los que estaba relajado a mi lado, ¿no recuerda cuánto bien hizo en mí? ¿Por qué me aleja? ¿Por qué apartarme?

—Quiero regresar a Italia —insisto, limpiándome las mejillas.

—¿Con quién? —pregunta—. ¿Crees que mágicamente alguien te querrá allá? ¿Por qué no estás en el orfanato? ¿Cómo llegaste a mí?

Que las preguntas no me engañen o el tono simple que emplea.

—La hermana Caridad me golpeó —confieso, nerviosa. Tengo claro que debo revelar la información. Siento su mirada en mí por varios segundos antes de que la devuelva a la carretera —. Ella nos maltrata a todos...

—¿Cómo llegaste a mí?

—¿No lo sabes ya? —replico.

—¿Te has visto el rostro?

—No —respondo—. ¿Por qué tenías a Evangelin arrodillada?

Y es mi turno de mirarlo. No responde, sé que no lo hará. Nadie lo cuestiona o arrincona, es el todopoderoso Roth Nikov.

Lo jodido de ser quien soy es que, para él, solo estoy sentada con tranquilidad en la camioneta, pero mi cabeza es otro mundo. Las voces gritan, mi cuerpo me acorrala, la mente empieza a dominarme y tengo que taparme los oídos. Me los golpeo porque quiero sacarlas. Quiero que se callen, necesito que pare todo... Que termine.

No sé cuánto tiempo ha pasado o en dónde estamos hasta que Roth me agarra las manos y ejerce su fuerza. Pegándome a su pecho, me ordena que me tranquilice.

—Solo termínalo —suplico.

—Shhh, tranquila, bebé. No dejes que ellas ganen —susurra. Mi corazón deja de latir. Él lo sabe, pero ¿cómo?—. Te enseñaré a hacerlo, tú puedes.

—Ella estaba golpeando a Maddie. Le rompió el brazo. Oí el hueso crujir, lo escuché y simplemente no pude quedarme sin hacer nada.

—No te preocupes, me encargaré. No volverá a lastimarte a ti ni a ningún niño, a nadie.

Es una promesa, como aquella con la que juró darme una vida diferente.

—¿Por qué estaba Evangelin...?

—Es mi pareja sexual —musita. Me aparto, frunciendo el ceño. No entiendo lo que trata de decir.

—Pero yo soy tu prometida —rebato, confundida. Roth me retira el pelo de la cara, analizándome antes de sus siguientes palabras.

—Eres una niña —musita. Antes ha repetido el término, pero ahora parece cobrar un sentido distinto—. No estoy interesado en usar tu cuerpo.

—Cuando nos casemos... ¿Nosotros? ¿No? ¿Nada?

—Es tarde, necesitas dormir. Mañana podemos hablar.

Se aparta en medio de mi crisis, pues hemos llegado a una casa. No es el rancho. Esta es de color negro y todo se encuentra en silencio. Él vuelve a sostenerme la mano. Y tiene más sentido. La ropa, ser tutor legal, sus cuidados...

No soy su prometida por mi cuerpo, lo soy para tener algún tipo de poder en mí. *Niña... Padre e hija*. No me gusta a dónde está dirigiéndose mi mente, es un tema que no quiero tocar. El estómago se me revuelve y solo guardo silencio.

Roth sigue haciendo eso de abrir puertas con las huellas de su mano, supongo, ya que no le presto atención a nada, pero tampoco veo que saque alguna llave. Esta vez el clic enciende la luz tenue del interior. La casa es una mansión victoriana. La decoración es exquisita. Mi madre podría morir dentro de estas paredes.

—Otra vez vigilando —dice una voz de mujer. Roth suspira, pues parece que quería entrar desapercibido. La voz proviene de la sala, en donde ella está sentada frente al fuego de la chimenea más grande que he visto en mi vida. Cierra el libro y lo deja en la mesa a su lado, agarrando en su lugar una copa de vino—. Oh, has traído visita.

—No podía llevarla a casa —pronuncia Roth, apenado—. No quería incomodarte.

—No seas tonto —lo regaña, poniéndose de pie. Un camisón blanco le cubre el cuerpo, su silueta perfecta. Es hermosa—. De igual manera no logro dormir bien. Hola, Brit.

—Señora Cavalli —saludo, inclinándome.

—Te he dicho que no hagas eso. Hazlo solo si es la reina Isabel, a ella le gusta todo ese ridículo protocolo.

Para mí, Emilie Cavalli es más importante que Su Majestad la reina.

—Por los dioses —jadea, levantándome la cara—. ¿Quién es el muerto?

—La muerta —corrige Roth—. Me encargaré, no necesitas un problema más.

—Buscaré el botiquín...

—No —la interrumpe Roth—. Sube a dormir. ¿Los niños?

¿Qué niños?, quiero preguntar, pero me muerdo la lengua.

—Apenas cayeron y decidí ahogar mis penas en alcohol. —Se le ve tan triste… sus ojos verdes han perdido el brillo y no sonríe. Hace meses que... más de un año, en realidad, que no

sabía nada de la Joya Cavalli. Creí que no vivía en New York.

—Emilie —susurra Roth, atormentado.

—Pasará —le promete, pero no suena convencida. Me acaricia la mejilla y me regala la sombra de una sonrisa—. Sé un caballero —le ordena a Roth antes de alejarse y subir las escaleras en el lateral de la casa, dándonos un vistazo de su pelo rubio, largo y abundante. Roth también la observa lleno de devoción, y es una mirada mucho amor, aunque un poco triste.

Me arde el rostro mientras lo desinfecta en la habitación del segundo nivel en la que hemos entrado. En el recorrido, he visto decenas y decenas de fotografías de niños felices colgadas en las paredes; sin embargo, también hemos escuchado los sollozos ahogados de Emilie Cavalli.

Roth no ha hablado nada, pero no puedo dejar de preguntarme qué está sucediendo realmente aquí. No estoy en el círculo en donde se me permitan esa clase de preguntas, entonces aguanto el dolor y me niego al medicamento.

La mujer me consigue una playera y un bóxer antes de dejarme sola en la habitación, que, por su tamaño, bien podría ser la casa de una familia pobre. Me baño, meditándolo todo: la noche y sus palabras. Queda claro que para Roth solo soy una niña y las bases de nuestro futuro matrimonio no son tradicionales.

Al salir me siento en la cama y veo un retrato en la mesita de noche. Lo agarro y recorro con los dedos uno de los rostros en él. Al parecer es una foto tomada por la señora Cavalli al lado de Roth. Ella se encuentra sonriendo, mientras que él está serio y Dominic Cavalli la observa con fascinación. Es una mujer en medio de dos guerreros. De fondo se visualiza el océano. Todos allí lucían felices, entonces...

¿Qué sucedió? ¿Qué ha cambiado desde la foto hasta esta noche?

03: LAS REGLAS

Britney

Siento que vivo en un mundo equivocado y erróneo, que no pertenezco aquí en lo absoluto. Es como ser esa gota de sangre sobre la alfombra blanca. Diferente, extraña... Una mancha intrusa. Estoy bocarriba en la cama, de manos cruzadas, cuando empiezo a escuchar el ruido de risitas infantiles y pasos dobles apresurados seguidos por la voz de la señora Cavalli.

—¡Damon, al baño! No lo repetiré —exclama.

La risa se intensifica. Salgo de la cama. Ya tomé una ducha y me cepillé los dientes hace horas. También me limpié la herida, que está un poco hinchada y eso hace que se note más. Me cambié y me puse una camisa blanca del clóset. Roth tiene mucha ropa dentro, parece vivir en esta casa. No entiendo qué está sucediendo.

Salgo de la habitación con las piernas desnudas y el pelo suelto, al menos logra taparme la mitad del rostro lastimado. Roth viene caminando con un pequeño en su hombro y solo en pantalones de dormir, con el torso descubierto.

Se me calientan las mejillas y abro los ojos, asombrada. Es puro músculo, sus pectorales están definidos y veo varias cicatrices a lo largo del torso; tiene un tatuaje en el pecho, el cual reconozco como de la *famiglia*. Es una flor de lis que simboliza la lealtad y honor a nuestro Capo.

—*Я расскажу ее папе. Обратите внимание на свою мать*[1]. —Escuchar a Roth hablar en su idioma me hace apretar las piernas. Dios mío. Es todo un Adonis por la mañana—. Buenos días, bebé —me saluda y deja ir al pequeño.

Tiene quizás dos años, pero se detiene a observarme, entrecerrando su mirada gris. Es rubio y su melena despeinada me recuerda a Dominic Cavalli, nuestro Capo, si es que aún sigue con vida, pues así es como el jefe de Roth Nikov luce. Ellos tienen rasgos muy parecidos y la familiaridad de sus facciones... ¿Acaso es el hijo de nuestro Capo?

—¿Ella es tu doncella? —cuestiona el pequeño. Madre mía. No ha titubeado al hablar y me hace fruncir el ceño.

—Mi prometida —corrige Roth igual de duro, como si le hablara a un soldado de la *famiglia* y no a un niño pequeño. El pelinegro se mueve, levantándome el rostro y verificando la herida.

—El congresista Myers acaba de llamar —anuncia Emilie, llegando a nosotros con una niña en la cadera. Es de la misma edad que el pequeño, igual de rubia, pero con los ojos azules, idénticos al diamante que cuelga en el cuello de su madre—. ¿Qué hiciste, Nikov? Te dije que lo resolvería sin amenazas.

—No lo amenacé —murmura Roth, soltándome—. Ve a desayunar —me ordena.

—No la trates como a un perro —lo regaña Emilie—. Deberías disculparte.

—¿Por ayudarte a conseguir el permiso que necesitabas o por ordenarle a mi prometida que desayune?

Es la oración más larga que le he escuchado decirle a otra persona, se nota que tiene una conexión con ella. Las voces e inseguridades quieren aplastarme, pero la elegante rubia se para a mi lado y le apunta con el dedo a Nikov.

—Ambos, ¿lo amenazaste con Evangelin?

—A veces no es necesario usar ese tipo de fuerza. Me ofendes.

¿La garrapata? ¿Qué tiene ella que pintar aquí? Recuerdo cómo la tenía en el club, arrodillada a su lado, ¿quiénes eran los hombres con los cuales hablaba anoche? La llama de la esperanza crece... Quizás la chica no es importante para él.

—Vamos, Britney, Roth debe bañar a Damon, será su castigo.

La mujer me empuja gentilmente y empiezo a caminar a su lado, aunque siento una mirada sobre mí, así que me giro un poco. Roth tiene la cabeza ladeada y parece prendado de mis piernas… hasta que se da cuenta de que lo acabo de atrapar y se vuelve para seguir hablándole al pequeño Damon.

Emilie es amorosa y a la vez estricta con sus hijos, descubro que son tres. Emma, de tres años y meses; y, Damon y Ellie que son mellizos de dos años. La mayor es callada y se devora su desayuno mientras Emilie peina a Ellie, preparándola para el colegio.

Roth aparece vestido con un traje negro y Damon luce uno igual con corbata. El niño está peinado hacia atrás. Dos sirvientas preparan las loncheras especiales de los niños y cinco hombres de seguridad están a la espera de los pequeños.

—Iré a dejar a los niños a la escuela y regresaré. No te vayas —me gruñe Roth, como si yo tuviera la oportunidad de hacer lo contrario.

—Esperaré a que regreses para ir a empezar la obra —le informa Emilie.

Me siento perdida entre ellos, la mosca en la sopa. No entiendo la mayoría de las cosas que dicen, sobre todo porque es mucho lo que no dicen, pues complementan una gran parte con miradas. Roth se marcha y ella me invita a sentirme como en casa en este extraño lugar.

Deambulo y encuentro una biblioteca y un jardín impresionante con vistas al mar. Tiene un cine, habitaciones y salas cuyas funciones no entiendo. Me crie sobre el dinero y dentro de la mafia, así que conozco las costumbres, reglas y mis deberes como esposa de un *made man*, pero aquí todo funciona diferente.

Ella tiene el poder de hablar y ordenarles cosas a los demás, vive como una reina en un castillo de oro o… ¿es una jaula? Como sea, prisión es prisión. Anoche se la veía melancólica.
Bajo la mirada a mi anillo de compromiso y lo muevo, ¿es una mentira realmente? ¿Él no siente ningún tipo de interés hacia mí? Su mirada... era la de un cazador y no un protector, como me lo ha hecho creer. Además, nuestro Capo dijo que Roth me quería, él fue quien deseó esta unión en primer lugar.

—Conozco esa mirada —murmura la señora Cavalli, asustándome.

—Lo siento, no quiero incomodar.

—No estás haciendo nada malo, tesoro.

Ella me sonríe, agarrándome las manos e indicándome que tome asiento.

—No sé qué hago aquí —confieso a punto de llorar.

—Bueno... ¿Sabes que nadie está enterado de que tengo tres hijos?

—Sí, para mí ha sido una sorpresa...

—Seguridad —susurra—. Son los niños mejor protegidos del mundo y Roth te trajo con nosotros, ¿eso no te dice algo?

—¿Son sus hijos? ¿De ambos? —pregunto, escandalizada. Eso tendría sentido, ¿acaso ellos mataron al Capo y ahora están juntos?

—No, no... ¡Por Dios, no! —aclara, riendo.

—¿Dónde está mi Capo? ¿Por qué no está aquí? ¿Y por qué Roth me trajo a esta casa? ¿A qué está jugando? —pregunto, dejando caer las lágrimas y sollozando con fuerza.

—Oh, pequeña criatura —me consuela, llevándome a su pecho y acariciándome el pelo.

Digo todo lo que me he guardado dolorosamente en el pecho porque estoy triste y cansada. No sé si tenga más ánimo para seguir luchando esta carrera con la vida. Así que desahogo mi corazón. Menciono los maltratos y castigos de la hermana Caridad, le hablo sobre el cambio de Roth y cómo pasó de tenerme a su lado a luego a enviarme a un rincón como una muñeca defectuosa.

—Y ahora dice que soy como su hija, no lo entiendo. Estamos comprometidos y definitivamente no soy su hija, ¿por qué tratarme así entonces?

—Creo que solo está protegiéndote y, además, eras una adolescente hasta hace nada. Para Roth, mirarte de otro modo seguro es doloroso. No iba a tocarte siendo una menor, Britney.

—En nuestro mundo eso no importa... —Me da hipo.

—En el de Roth Nikov sí. Es una de las bajezas más grandes para él. Ahora no lo entiendes porque hay muchas cosas que desconoces, pero sospecho que un día entenderás todo. —Me tranquiliza, limpiándome el rostro. Es una excelente madre e incluso percibo ese amor en el aire —. ¿Te gustaría quedarte una temporada aquí? La casa es de locos, pero prometo que no te vas a aburrir.

—Roth es quien...

—Yo me encargaré de Nikov, pero mi pregunta es para ti. ¿Qué quieres tú?

—Me gusta esta casa y los niños parecen decentes.

—Entonces que no se diga más, bienvenida a casa, Britney.

Y me hace sentir así mientras me abraza. Hace mucho tiempo que no recibía una muestra de afecto de este nivel. Me late deprisa el corazón al recibirlo. Tengo miedo de arruinar esto, pues dañar las cosas buenas es una constante en mi vida.

Busca ropa para mí en su clóset, unos vestidos un poco anchos y no ceñidos al cuerpo. Tardo mucho en el baño, limpiándome y recibiendo el agua caliente. En el orfanato no tenía este privilegio. Me desenredo el pelo y me lo dejo suelto, ¿y si ella tiene razón? Tal vez no me ve como una mujer, sino que para él sigo siendo la pobre niña que rescató en Italia.

Estoy bajando al primer nivel cuando los escucho hablar. Emilie lo está regañando por mí, creo, y Roth le garantiza que sabe lo que hace. Ninguno de los dos se oye convencido y, antes de irse, ella le pide que no sea un idiota.

Me siento en la escalera a esperar y él viene apresurado hasta que me nota. Sus ojos vagan por mi cuerpo. El vestido es color vino, me da un poco por encima de las rodillas y tengo unas zapatillas de plataforma blancas. Además llevo el pelo suelto. Él se aclara la garganta, un poco incómodo. Es la primera vez que lo veo dudar.

—Pensé que querías hablar —susurro. Estoy nerviosa por su mirada.

—*¿Eh?* —pregunta, negando con la cabeza, como intentando despejarse. ¿Yo estoy causando esto? ¿Su nerviosismo? ¿La mirada hambrienta? ¿Y eso en sus pantalones...?

Madre de la Candelaria. ¿Será que sí siente algo por mí?

Las voces insisten en que no es posible y que es absurdo siquiera pensarlo, pero está aquí y es real. Está detallándome por completo.

—Yo... —empieza a decir y se mueve con incomodidad. Luego se aclara la garganta y se toca la frente con sus largos dedos—. Hablar, sí, ¿quieres caminar por el jardín? Hace calor aquí.

—Claro —musito, sonriendo. Desvía la mirada de mí mientras me pongo de pie, pero la cantidad de aire que toma una vez que llego a su lado vuelve a recargar mi valentía. Me sostiene la mano y la aprieta con seguridad—. Solo vamos al jardín, no me perderé, ¿sabes?

—Podrías salir corriendo, contigo nunca se sabe.

—¿Te desagrada? —cuestiono, asustada—. Las mujeres en nuestra cultura deben ser

obedientes, pero contigo he sentido libertad para expresarme, aunque como mi marido puedes decirme lo que prefieres.

—Que seas tú, Britney —interrumpe mi discurso.

—No sé quién soy. Mi madre decía que debía servirle a mi esposo y mi padre solo me instruyó para dar hijos y guardarme para el matrimonio, pero ya no soy virgen... ¿Es eso lo que está disgustándote?

—No.

Sus repuestas cortas no me sirven. Necesito que sea claro, que me diga lo que espera de mí, así podré saber de qué manera actuar según sus gustos.

—Temo que te he confundido —pronuncia en cuanto salimos al aire cálido. Me ayuda a sentarme en una silla de hierro blanco y se queda de pie, pensativo—. Quiero que nos casemos, vivirás a mi lado, tendrás todas las comodidades, lo que sea, y podrás estudiar siempre que cumplas ciertas partes en las cuales estoy interesado.

—Claro, haré cualquier cosa.

—Tendrás citas periódicas con la psicóloga. No puedes seguir autodestruyéndote. Sé lo que estás viviendo… el dolor, no tener un lugar correcto para ti, el abuso al cual fuiste sometida antes y ahora, pero no puedes herirte porque llegará un punto en donde cortarte o quemarte no será suficiente y solo vas a explotar. Enfocaremos ese dolor en algo más.

—¿Cómo sabes tanto?

—No importa cómo lo sé, sino cómo puedo ayudarte a salir, pero necesito que me escuches y pongas de tu parte, de otra manera no funcionará.

—Quiero ser una buena esposa.

—Respecto a eso… —interrumpe y lo noto más ansioso—. No serás mi esposa real. Será solo un papel para que puedas vivir conmigo y construir tu vida.

—No lo entiendo —declaro, poniéndome de pie y caminando en círculos—. ¿Es por Evangelin?

—No, no es ella.

—¿Entonces?

—Mi vida, mi mundo... Lo que soy no es parte de ti. —Camina hasta agarrarme de los hombros, parece que necesita con desesperación dejar esto claro—. No quiero usar tu cuerpo, no porque tengas algo mal en ti, pues eres hermosa, pero yo prefiero otras cosas y eso te destrozaría.

—Una buena esposa aprende los gustos de su marido.

—Eres muy joven —gruñe, usando la voz de anoche, lo cual envía alertas por todo mi cuerpo —. No podemos intentarlo de otra manera, Britney. Estar a mi lado, en una relación, te causaría un daño mayor.

—Pero no lo sabemos… y no es solo tu decisión.

—Sí, sí lo es.

—Esto es una locura, entonces... ¿para qué casarnos?

—Necesito tener la seguridad. Mi vida se rige por el control y el balance. Así como tú necesitas tus pinturas para expresar tu dolor o felicidad, yo necesito dominar, vigilar y dirigir, si no, las partes oscuras en mí toman el control y no puedo permitirlo.

—Las voces —jadeo y él se aparta. Niego porque no puede ser posible—. ¿Tú las escuchas...?

Me da la espalda, metiendo las manos en los bolsillos y moviéndose.

Anoche me controló, dijo las palabras que necesitaba para liberarme de esa crisis y ahora parece estar en silencio... como yo. Le gusta la soledad del rancho y hablar con los animales, ¿es posible...?

—Un tiempo atrás, hace muchos años, existía un niño en Rusia. Ese niño cometió actos deplorables para sobrevivir, ese niño escuchó a las voces y siguió lo que ellas decían.

Intento alcanzarlo, tocarlo, pero Roth retrocede a una velocidad alarmante.

—¿Qué decían? Cuéntamelo.

—Asesina... Asesina —murmura. Me tapo la boca, ahogando un grito—. Y luego decían que merecía los golpes, el castigo, el dolor… hasta que ese dolor fue expandiéndose y abarcando a las personas a las que amaba, causándoles dolor a ellas. Destruyéndolas.

—¿Y cómo las detienes? *¿Cómo?*

—No lo haces —dice, enfrentándome, y sonríe de lado, triste—. Siempre están bajo tu piel, como garras afiladas, rasguñando y desgarrando, desesperadas por salir y llevarte con ellas. Tienes la opción de complacerlas o soportar el dolor de ir en su contra.

No aguanto la distancia, así que camino hacia él, agarrando las solapas de su traje y alzándome para besarlo. Estoy aquí, soy suya. Solo debe tomarme.

Le rodeo el cuello, tirando de él y dudando si llevar mis labios a los suyos. Él me deja acercarme mientras se me acelera el corazón y la cabeza me da vueltas. Creo que estoy drogada por las emociones. Roth observa mis labios y luego mis ojos, existe tanto dolor en esos ojos negros como el alquitrán. *¿Por qué no me besa?*

Me agarra las manos y las quita de su cuello, retrocediendo un paso.

—No te deseo, Britney —musita íntimamente. Un tic me aparece en el ojo e intento volver a rodearle el cuello, pero me inmoviliza—. No —gruñe.

—*Por favor*… —suplico—. No me rechaces.

Me suelta las manos y me acuna el rostro. Cuando baja la cabeza y me da un beso en la frente, me rompe todas y cada una de mis ilusiones. Es un padre consolando a su hija.

—Te quiero, niña mía. No confundas la devoción de un padre con el cariño de un hombre. Lo único que siento por ti es lo primero. Eres una niña, Britney, no una mujer.

—No soy tu hija —siseo, mordiéndome la lengua. No es mi padre.

—Pero así es como te veo, bebé. Mi adorada y pequeña niña.

Se me oprime el pecho y quiero contradecirlo, no es mi padre, ¡nunca lo será! Soy una mujer adulta y tarde o temprano se lo demostraré. Haré que Roth Nikov me mire de la forma en la cual lo deseo, así sea convirtiéndome en una de sus mascotas o en su pequeña niña traviesa. Ya veremos al final quién gana esta partida y si la bestia triunfa sobre los sentimientos nobles del hombre.

Porque algo sí tengo seguro: antes de que la muerte me reclame, lo hará Roth Nikov.

04: DESEO

Britney

Observar a Emilie Cavalli poner en su lugar a la hermana Caridad es un sueño para mí. Llegamos con la policía luego de una denuncia, pues, al enterarse de la verdad, quiso hacer las cosas siguiendo la ley.

Caridad suplica por perdón, me acusa de mentir, pero tiene demasiadas víctimas, entre ellas Maddie con su brazo morado en el sótano, a quien la estaba tratando Elena, que presenta algunos golpes también. La arrestan y Emilie anuncia su incorporación al orfanato, dejando a una trabajadora social encargada del lugar. Puedo ver que descubrir lo que ocurría aquí la pone mal, pero trata de ocultarlo.

Vivir en su casa es bueno y acudo tres veces a la semana a mis terapias con la psicóloga, quien me da la preciada medicación que me hace levitar y la cual odio, pero no quiero ser un dolor de cabeza extra para Roth, así que me tomo las pastillas con juicio cada mañana. Los planes de la boda continúan y en medio de ellos conozco a Hannah Ward, una viuda, y a su hijo pequeño. La mujer es muy amiga de Emilie.

Roth se aparta y aunque viene cada noche y por las mañanas se encarga de llevar a los niños al colegio, sigue imponiendo esa distancia segura conmigo. Así pasan dos semanas, sumidos todos en una rutina.

—¿Te gusta tocar? —cuestiona Emilie cuando me encuentra acariciando el piano de cola negro, que es la pieza central de la sala.

—Algo —pronuncio. Hace años que no he tocado uno, desde antes de la noche en la que mi padre me entregó a Michael Romano, mi captor.

Tocar el piano en esa cena fue lo que lo hizo mirarme y desear tenerme. Creí que mi padre se negaría, que no me apartarían de su lado.

—Emma lo disfruta, es por ella que está aquí.

—¿Tú no sabes tocar? —replico, asombrada. A la mayoría de las italianas se nos instruye desde pequeñas en diversos tipos de artes, música, instrumentos, pintura, algún baile como la danza del vientre y también a cocinar, pues son cosas que debemos saber por obligación.

—Me gusta escuchar, ¿te animas a tocar algo para mí?

No quiero hacerla sentir mal o decepcionarla, no después del cariño que me ha dado. Vigila mi puerta cada noche, verifica que esté en la cama y me cubre como a uno más de sus bebés. Por la mañana tiene una sonrisa para mí y un plato con mis panqueques favoritos con salsa de moras.

Siento que si no toco, de alguna manera estaría fallándole. Aliso mi hermoso vestido, que sigue siendo una talla más grande de la cuenta, pero ahora está un poco más pegado a mi silueta. Aunque no me hace sentir incómoda porque la seguridad permanece fuera de la casa y dentro solo estamos nosotras y el ama de llaves, Nonna.

Me siento en el banco y alzo la tapa. Me pica la mano por tocar y sentir las teclas. Tengo el pelo más brillante, pues la estilista particular de la señora Cavalli también cuida mi apariencia. Muevo los dedos, interpretando *Rêverie* de Claude Debussy, uno de los mejores intérpretes y compositor impresionista.

Me deleito, cerrando los ojos, ya que tocar armoniza mi espíritu y me brinda una zona de paz y confort. Me pierdo en las notas y solo regreso con el aplauso de mi público. Se me enrojecen las mejillas por la vergüenza. Emma, emocionada, está sentada en las piernas de su madre, dando

fuertes palmadas; los mellizos se encuentran sentados en el piso con sus piernitas cruzadas y veo a Emilie con lágrimas en los ojos.

—¡Espectacular! —chilla. Está a punto de decir algo más cuando escuchamos ruidos de camionetas fuera de la casa. Ambas nos extrañamos, ya que es muy temprano para que Roth esté de regreso, pues apenas se asoma el atardecer—. Vayan a jugar, niños —les ordena, dejando a Emma en el piso.

Sé que nos lo ha ordenado a todos, pero igual la seguimos mientras camina con decisión hacia la puerta. No creo prudente que lo haga. Sé que la casa está protegida, no obstante, el temor de cualquier ataque siempre me pone nerviosa.

Abre la puerta y salimos detrás. Tres Ranger están estacionadas y el primero en bajar de una es Roth. Emilie tiembla al verlo. Parece que se va a desmayar, ¿qué sucede?

—¿Qué haces aquí? —cuestiona, tapándose la boca, y creo que espera algún tipo de mala noticia—. No... no —murmura, negando y retrocediendo.

—Em, *mia reginna* —musita detrás Dominic Cavalli, saliendo de la misma camioneta.

Sigue siendo él, alto, imponente, guapo a su manera y con esa mirada azul feroz. Se queda de pie detrás de Roth, como si no supiera qué hacer. Llorando, Emilie cae de rodillas.

Ese acto espabila al hombre. Sus hijos lo llaman, corriendo hacia él y abrazándolo, los tres a la par. Ver sonreír a nuestro Capo me descontrola un poco y la intimidad de la escena con sus hijos me resulta desconcertante. Emma es la primera en colgársele del cuello.

Roth, por otro lado, se mueve para ayudarle a Emilie a ponerse de pie, aunque sigue llorando desconsolada. El amor en su máxima expresión es algo que nunca he vivido. Mi padre era frío y lejano a mi madre. No tuve hermanos y las demás chicas de mi edad parecían vivir la misma situación. Aquí todos se aman de una forma incondicional.

—Vayan dentro —les ordena el Capo a sus hijos—. Déjenme saludar a su madre.

Damon es quien hace retroceder a sus hermanas. La mirada de adoración y respeto en Dominic Cavalli es única y le remueve el pelo al chico, sonriéndole de lado. Los niños obedecen y entonces el hombre camina hacia su esposa y la besa, separándola de Roth.

Tengo que desviar el rostro, llena de vergüenza. La temperatura en el ambiente se calienta con rapidez y decido seguir a los niños y llevarlos al jardín para jugar. Los entretengo mucho tiempo jugando a la pelota hasta que empieza a oscurecer un poco y regresamos.

Cenamos con nuestro Capo en la mesa y eso me pone nerviosa, entonces dejo caer mi vaso con agua o hago mucho ruido con los cubiertos. Los niños ríen, pero yo, por otro lado, quiero morirme. Roth disimula y mantiene la distancia. Emilie, absorta con su esposo y sentada sobre sus piernas, no parpadea, pero ha vuelvo a brillar como la más bellas de las rosas. Él la besa cada tanto.

Parecemos una familia feliz y eso es justamente lo que me aterra. Conociendo mi mundo, espero el golpe, la humillación… pero me desconcierto cuando no llega. ¿La vida realmente puede ser así? ¿Libre de problemas?

—¿Qué tal los planes de boda, *Britany*? —me pregunta el Capo directamente. Me atraganto con un pedazo de brócoli y Damon, quien se encuentra a mi lado, me pasa una copa de agua—. ¿Lista para ser la señora Nikova?

—No voy a defraudarlo, señor —murmuro, avergonzada. Dentro de dos semanas será la boda, luego del cumpleaños del Capo.

—Incluso suena como un soldado —responde, observando a Roth—. Aún están a tiempo —dice y no es un comentario con mala intención, sino sincero. Me sorprende el grado de preocupación que percibo.

—Don —implora Emilie, acunando el rostro de su marido.

—Solo digo que ellos no parecen felices. Se casan dentro de dos semanas y, míralos, sentados en extremos opuestos.

—No recuerdo que, en su momento, tú estuvieras bailando sobre una pierna —se burla Roth, tomando un poco de vino tinto—. De hecho, andabas llorando por los rincones de la iglesia.

—Muy chistoso, Nikov. *Ja, ja.*

—Queremos dar un paseo en el yate mañana, ¿quieren acompañarnos a tomar el sol?

Algo que he aprendido en este tiempo viviendo con la señora Cavalli es que obtiene lo que quiere. No me sorprende que todos accedan a un día de playa en el yate atracado detrás de la casa. Quiero morirme más de la angustia.

La noche es larga, doy vueltas y vueltas escuchándolos reír, gruñir y jadear. ¡Madre de la Candelaria! Están incendiando la casa. Me ducho un par de veces, pero ellos tienen mi mente recorriendo un terreno pantanoso.

El placer es algo que desconozco. Empujo las sábanas y salgo de la cama, quizás un vaso de agua me calme.

Cierro la puerta y me quedo en el pasillo. Debería bajar las escaleras e ir a la cocina, pero, en cambio, camino a la habitación de Roth, aquella en donde dormí la primera noche. Muevo la cerradura, que está abierta. Las cortinas están descorridas y dejan entrar la claridad de la noche. Él está en la cama, bocarriba, con un brazo en el rostro y solo el pantalón del pijama. Rodeo el lecho y me acuesto a su lado.

—No deberías estar aquí —gruñe. No me sorprende, su respiración era tan pareja que no podría estar durmiendo.

—*¿No?* —pregunto, acercándome. La oscuridad me otorga un poco de seguridad y confianza —. Me he portado bien y ellos no me dejan dormir. ¿Puedo hacerlo aquí?

—Tenían mucho tiempo separados.

—¿Dónde estaba él?

—En Rusia —responde, quedándose en la misma posición. Intento tocarlo, pero me detiene —. A tu habitación.

—¿Y si no quiero? ¿Vas a castigarme? ¿Pegarme?

—Te vendrían bien por desobediente —sisea.

—¿Eso le haces a Evangelin? ¿Pegarle cuando no te hace caso?

—Ella, contrario a ti, conoce su lugar, niña.

—No soy una niña —gruño, molesta—. Tampoco soy tu hija.

“Si no hablas, si no expresas tus demandas, entonces no tendrás respuestas.”

Las palabras de Simone, mi psicóloga, se filtran en mi cabeza y se añaden a los sonidos de satisfacción de Emilie y Dominic.

—Britney —me reprende cuando me subo a horcajadas sobre su vientre. Estoy tan húmeda y necesitada... Dios.

—¿Dejarás que alguien más me toque? *¿Lo soportarás?* ¿O acaso solo tú disfrutarás de esos placeres que desconozco? ¿Puedo yo ser la mascota de alguien más? —Poso las manos en su pecho y él mueve las suyas a mi cintura, quemándome en la línea de piel que toca.

Podría quitarme en un segundo, pues tiene la fuerza para hacerlo y enviarme fuera de la habitación, ambos lo sabemos. Que no esté haciendo nada dice mucho.

—Será nuestro secreto —le propongo, tratando de encontrar algún punto débil en ese caparazón de acero—. Tócame, Roth.

Suelto un pequeño chillido cuando nos gira, dejándome bajo su cuerpo. Abro las piernas,

dándole libertad de tomar lo que desee; sin embargo, enciende la lámpara de la mesita de noche. La luz me ciega y se lleva la valentía con ella. Él está molesto… no, carajo, está furioso conmigo.

Se baja de la cama de un salto y parece que soy yo quien lo está quemando a él de una forma desagradable.

—¡A tu habitación! —ordena, señalando la puerta con su mano.

Me levanto con rapidez y corro a la puerta. Cuando entro a mi recámara ya estoy llorando. Me desahogo en la cama, sollozando y hundiéndome en el dolor del rechazo. ¿Cómo creí posible seducir a un hombre que tiene mujeres como Evangelin literalmente a sus pies?

La noche, los demonios y mi maldición se alargan. Cuando llega el amanecer no he conciliado el sueño, pero tengo a Damon en mi cama, tocándome la nariz y exigiéndome que lo bañe. Lo hago en mi habitación porque no tengo el coraje de salir y que vean mi vergüenza. Luego vamos a su habitación, la que comparte con Ellie, que ya está bañada y cambiada, esperando en su tocador a que la peinen. Supongo que sus padres aún no se levantan luego de la maratón de gemidos.

Le rizo el pelo como le gusta y le pongo su diadema… y sí, la cosa es de diamantes originales. Estoy terminando cuando Emilie aparece en la puerta, entrando como un relámpago y deteniéndose en el acto al mirarnos. Tiene marcas visibles en el cuello y algunos chupetones en los hombros y el pecho. Los labios también están rojos, pero luce radiante.

—Se me hizo tarde —musita, sonriendo.

—¿Iremos en yate? —pregunta Damon, que está jugando en un tablero de ajedrez solo en la cama. Ese niño es raro.

—Sí, cariño, luego del desayuno iremos a dar un paseo.

—Me gustaría quedarme —susurro, soltando a Ellie.

—¿Por qué, tesoro? ¿No te sientes bien?

—No tengo traje de baño. —Es una media excusa, pues tengo ropa que ella me ha dado y algo más que trajeron de la tienda, aunque parece que no la enviaron toda aquí. Solo llegaron algunas prendas y mi vestido de novia.

—Ese no es problema, tengo muchos nuevos. Elige el que más te guste.

—Realmente...

—¿Qué sucede? —inquiere. Se sienta en la cama a mi lado, agarrándome las manos—. Puedes decirme cualquier cosa, tesoro.

—Anoche entré a la habitación de Roth y él me rechazó.

Se me humedecen de nuevo los ojos y bajo la cabeza, apenada.

—Oh, bueno... Eso... —titubea. Me gusta que no me presione y que espere con paciencia por si quiero o no decir algo más—. El yate sería una buena excusa, podrías ponerte más bonita y ver si él puede controlarse. Quizás está esperando a después del matrimonio.

—No es eso —confieso, limpiándome las lágrimas—. Soy su niña… o así se empeña en verme. Dijo que no seré su esposa, que es solo una fachada.

—Eso es una locura —jadea, consternada.

—Bueno, díselo a él.

—¡Por supuesto que se lo diré! ¡Ese Nikov terco me escuchará!

—No, no. ¡Solo se va a molestar conmigo! —La detengo, agarrándola del brazo—. No importa, solo quería decirte porque eres linda conmigo, pero no se lo cuentes, se enojará más y no quiero molestarlo.

—¡Es que es una locura!

Es lo que pienso, pero luego de analizarlo, quizás tenga razón en no querer verme como una mujer. No soy bella y despampanante. No sé comportarme sin enloquecer o ponerme nerviosa y tampoco tengo una pizca de conocimiento sobre el sexo, nada.

Ayudo a Nonna a preparar el menú de la semana, pero luego me aburro y busco mis pinturas. Me las regaló él cuando recién me trajo a Nueva York, entonces decido no tocarlas y usar, en su lugar, las crayolas y el carboncillo del orfanato. Llevo todo al jardín y me siento en el pasto cruzada de piernas, imaginando a Roth Nikov y dibujándolo una vez más, ahora como un niño triste y melancólico.

—¿Y ese niño?

La voz de Damon me sobresalta. Está cambiado para disfrutar del sol y lleva *short*, una playera delgada y unas sandalias divertidas de colores.

—Es uno que me hubiera gustado conocer.

—¿Por qué no estás lista para tomar el sol? ¿No te gusta?

—¿El sol? Oh, me gusta mucho —confieso—. Sin embargo, le tengo miedo al mar.

—Yo puedo cuidarte, te enseñaré a meterte en el agua.

El pequeño me saca una sonrisa. Miro hacia la terraza en donde Emilie está sentada en las piernas de su esposo mientras Emma les muestra algo a los dos.

Quedarme encerrada le dará más pie a Roth Nikov para pensar que soy una niñata infantil. Sonrío, recogiendo todo, y Damon me ayuda como un caballero en miniatura. Los trajes de baño descansan sobre mi cama, toda una variedad de ellos.

Sostengo uno azul rey de dos piezas. La parte inferior no es un hilo dental, pero el *top* es pequeño, con tiras entrelazadas. Me lo pongo, mirándome al espejo de cuerpo completo; sé que tengo curvas y que, de algún modo, soy atractiva, aunque no me sienta muy cómoda mostrando mi piel.

Repito el mantra en mi cabeza de que solo Roth va a mirarme, si es que logro que lo haga, pues el Capo solo tiene ojos para su esposa. Me pongo un vestido por encima y me hago una coleta alta. La estilista de Emilie me ha enseñado algunos trucos simples con el maquillaje, los cuales empleo.

Uso máscara de pestañas a prueba de agua, un labial rosa mate que resalta mis labios y delineador. Ella dijo que no necesitaba nada más, pues mi piel es muy hermosa y saludable al natural. Están reunidos en la sala, listos para irse, cuando ingreso.

Emilie me regala un asentimiento discreto, feliz de que haya tomado la decisión de ir con ellos. Nikov luce un pantalón corto negro, una camisa blanca de esas playeras y tiene el pelo desordenado. Incluso sin el traje elegante sigue siendo imponente.

Nos adelantamos al yate, que es una embarcación enorme y no algo pequeño como me lo imaginaba. Roth sube a los niños porque Em y Don se quedan detrás, a propósito, hablando entre pequeñas risas cómplices. Podría embarcar por mi cuenta sin molestarlo, pero ¿a quién le miento? Quiero sus manos sobre mí y si esta es mi única manera, la aprovecharé.

—¿Me ayudas, *daddy*? —bromeo, burlándome en la última palabra.

Entrecierra los ojos mientras hago un puchero de niña buena. Escucho su bufido y no sé si es porque está nervioso de tocarme, pero me agarra de la cintura y me alza. Su tacto es fuego, me acelera el corazón y me pone frenética de una buena manera.

Cierro los ojos, parándome recta dentro de la embarcación y mi cabeza es una hija de puta que me enseña miles de escenarios con esas manos tocándome. El dolor sordo entre mis piernas se intensifica y solo regreso en mí cuando lo siento en mi espalda, empujándome suave.

La embarcación tiene cinco habitaciones, comedor, tres baños y un espacio creado para los

niños, donde ven por debajo del agua por unos cristales especiales. Nos alejamos de la costa, anclándonos en mar abierto. Es un gusto comer bajo el sol.

Cavalli abre una botella de vino y bebo dos copas, consiguiendo más valentía. Roth se mantiene alejado, ocultando su mirada detrás de unos lentes oscuros.

Su camisa tiene tres botones abiertos, dejándole el pecho al descubierto. Me imagino pasándole la lengua, agarrándole el cuello y cabalgándolo. María Candelaria, ¿por qué tengo estos pensamientos impropios de una jovencita educada?

—¡Vamos por un chapuzón! —chilla Emilie, arrastrando a su marido al agua y a los niños entusiasmados. Son una familia encantadora. Recordar la melancolía que vivió y verla reluciente ahora me hace comprender el porqué estaba tan triste. Para ella, Cavalli es su mundo, quien lo ilumina todo.

—¿Quieres bañarte? —cuestiona Nikov, sorprendiéndome.

—No tengo bloqueador... —miento a medias. Claro que lo nota.

—¿No sabes nadar?

—Le tengo miedo al agua, es mi mayor temor… Y estamos rodeados de agua, así que estoy aterrorizada.

La confesión arde, pero es preferible decir la verdad. Se retira los lentes, pasándose la mano por el pelo.

—Ve al camarote principal, allí encontrarás bloqueador solar.

Afirmo, dándome cuenta de que ha caído al menos en unos de mis planes, esos que idea mi mente y que pueden fracasar pronto. Bajo, buscando el frasco y lo encuentro con rapidez sobre la cama. Me quito el vestido, me suelto la coleta, me alboroto el pelo y dejo de lado las zapatillas.

Gimo, cerrando los ojos, tomando una onza de valentía, y corro antes de perderla. Subo de vuelta a la proa del yate, en donde Roth está encendiendo el jacuzzi. Sí, el maldito yate tiene su propio jacuzzi y un helicóptero estacionado. Parece que Cavalli ama el negro y los lujos. Es billonario, después de todo, entonces supongo que puede darse estos placeres.

Roth se petrifica al verme y no sé si estoy bonita o es solo la impresión del momento, pero actúo rápido para que no me rechace. Le entrego el tarro y me giro, agarrándome el pelo en alto para que tenga mi espalda libre. Él gime, *¡gime!*, mortificado. Lucho para no mostrar mi sonrisa.

—Tienes que poner bastante en la espalda baja, que es donde solía quemarme siempre —musito con delicadeza, observándolo por encima del hombro.

Tiene los labios presionados en una dura línea. Extrae un poco de crema y luego me pasa el frasco. Me toca la espalda con su mano fuerte, calentándome la piel al instante. Cierro los ojos de inmediato y me muerdo la mejilla por dentro para no soltar el jadeo que amenaza con dejar mis labios.

Empujo el trasero hacia atrás, pegándolo cerca de su entrepierna. Ese movimiento hace que se detenga un nanosegundo, el cual aprovecho y finjo que se me cayó el frasco.

—¡Oh, no! ¡Qué torpe soy!

Me doblo hacia adelante a propósito y mi culo siente la bestia que tiene entre las piernas, la cual crece y me presiona. Su control se evapora cuando me agarra de las caderas en esta postura. Yo solo me enderezo lentamente para no asustarlo y romper este instante.

Deja salir un gruñido ronco, varonil, que me moja y me hace desearlo con desenfreno. Tentando mi suerte, poso la mano sobre la suya, atravesando la línea por completo. La empujo con suavidad, percibiendo su respiración alterada tras de mí.

Sus dedos se mueven al entrar bajo la tela. Dejo caer la cabeza hacia atrás, sobre su corazón. Quiero que me toque, Dios, muero por que esos largos dedos me abran y acaricien mi centro.

Dos pequeñas ráfagas rubias irrumpen, sorprendiéndonos, y Roth saca la mano con rapidez, retrocediendo y alarmándose por la pequeña debilidad que ha mostrado. No me avergüenzo al girarme y enfrentarlo y tampoco me amedranta su mirada dura y recriminatoria.

—¿Aún quieres jugar a ser mi papá? —me burlo, lamiéndome los labios. No tiene nada que rebatir a eso y se irrita, pero no me importa porque ha dejado en claro algo... Me desea.

05: CHANTAJE

Britney

La fecha llega. Apenas abro los ojos sé que este será el peor día de mi vida. Cuando acepté, una parte esperaba que fuera la mejor decisión que tomaba, pero ahora no estoy tan segura. Al levantarme para bañarme veo una caja en mi mesita de noche. Es roja y alargada. La alcanzo y veo que contiene un lindo collar de diamantes, hermoso y sencillo, con gotas de lluvia en oro blanco. ¿Roth lo compró para mí?

Tres chicas llegan más tarde, pues son quienes se encargan de arreglarnos. Soy la peor novia del mundo. No conozco ninguno de los planes de mi propia boda más allá de que sucederá en un hotel. Mi vestido es muy extravagante y exagerado, me siento incómoda dentro de él, pues no es lo mío, y empujo la tela para taparme el pecho descubierto. La estilista me hace unas ondas y una media cola, de la cual sostiene el velo.

—Estás radiante. ¡Wow! Pareces otra.

—Y me siento otra —concuerdo, bajando la cabeza. Emilie llega a mi lado y me levanta el rostro para que enfrente a la chica del espejo.

—Mira el reflejo de esa mujer, tesoro. ¿Crees que ella sería la hija de Nikov? —Frunzo el ceño y niego—. Y mira lo que tenemos aquí, un par de buenas nenas —exclama con atrevimiento, subiendo y bajando las cejas al señalar mi escote.

—¡Oh, Dios! —río y se me llenan los ojos de lágrimas.

—Creo que Nikov olvidará que es tu *daddy* en cuanto te vea.

—¿De verdad lo crees?

—Hmm… ¿Te has dado cuenta de que Roth debe besar a la señora Nikova cuando los declaren marido y mujer? Y esa eres tú, tesoro.

Entre tantas cosas e incomodidades olvidé ese detalle por completo.

La sonrisa que tengo en el rostro podría partírmelo en dos. Emilie sabe que ha logrado su cometido, así que sonríe, victoriosa. Aún recuerdo su debilidad, la forma en la que me dejó seducirlo en el yate. Unos segundos más y habría traspasado la línea. Cuando suceda, yo estaré encantada con que lo haga.

Tenemos que marcharnos a la iglesia, pues ya vamos con un poco de retraso. Me conducen por la puerta trasera y debo esperar en una habitación hasta que los invitados estén en sus lugares. Emilie es quien se encarga del orden y cuando abro la puerta, estoy listísima para convertirme Britney Nikova, pero no para ver al hombre que está de pie junto a una silla. Cierro de inmediato con el corazón acelerado, temiendo que alguien pueda verlo.

—¿Papá…? —jadeo, desplomándome. No, esto no puede ser posible, no luego de casi tres años. Él saca un arma de su disfraz de monaguillo y me apunta. No, no es una crisis, no son las voces y tampoco mis demonios.

Esto es real, él está aquí y va a matarme.

No puedo creer que esté frente a mí después de tanto tiempo. Pasé de llorar por las noches al buscar miles de respuestas a preguntas que lo hacían el culpable de mi desgracia a no entender por qué me había cedido a Michael Romano y por qué debía sufrir una violación desgarradora. Quería morirme con cada segundo que pasaba y mi familia no regresaba por mí.

—Hola, nena mía —saluda, acercándose.

—¿Cómo es que estás aquí? —pregunto. Las manos me tiemblan y las voces se intensifican en mi cabeza. He estado bien, he luchado con ellas y el medicamento me ha mantenido estable.

—Estás en el periódico —responde—. Tu nombre y el de ese ruso repugnante, ¿qué has hecho, querubín?

—¡No me llames así! —grito. La voz de Michael se repite: «querubín, querubín…». Me introducía cosas en el cuerpo, las cuales me hicieron sangrar… y dolía, dolía tanto.

—Te hemos buscado, nena, ven con papi…

—¡No! —exclamo y me niego—. No lo han hecho. Me abandonaron. ¡Me vendieron!

—Romano nos amenazó y tu primo dijo que debía ser de ese modo, nena. Luego intentamos buscarte, él trató desesperadamente…

—¿Y por qué no te lo dijo él? ¿Por qué no me buscó?

—Roth Nikov lo mató, él asesinó a Lucas Piazza.

—¡Eso es mentira! —gruño, apretando los puños. Mi padre guarda su arma. Se lo ve desmejorado, con la barba crecida, los zapatos acabados y sucios, al igual sus ojos rojos, idos.

—Lo hizo, si no, ¿para qué casarse contigo? Esta es una boda de poder y burlas sobre los Ginore Piazza. Teníamos Italia y Cavalli se hizo con el territorio, ahora vivimos en el Bronx en un apartamento a medio caer.

—¿Mi madre…? —sollozo.

—Te necesitamos, pequeña. Ella está decaída sin su medicamento, ¿nos ayudarías, pequeña? Un poco de dinero.

Voy a mi bolso y hurgo dentro de él. Tengo unos cuantos billetes que Roth me ha entregado como parte de mi mesada en la mansión Cavalli, semana tras semana. Es dinero que no usé. Solo traje algo conmigo por costumbre; son menos de trecientos dólares y se los entrego. Los cuenta con desesperación y se los guarda.

—Servirán por unos días —murmura.

—Tienes que irte… —suplico.

—Esta es nuestra dirección. Ve y búscanos, pequeña —implora. Se acerca y me guarda algunos mechones de pelo detrás de la oreja—. Hermosa, mi bendición.

Cuando era pequeña solía ser un buen padre, amoroso y tierno. Me cargaba y jugaba conmigo, pero luego algo cambió. Él esperaba que mi madre le diera un varón y desde que se enteró de que no podría quedar embarazada de nuevo, se fue volviendo rencoroso y ambicioso por no tener un heredero a quien entregarle su puesto en la mafia. Mucho de eso es un recuerdo borroso en mi mente. Me besa la frente y cierro los ojos. Unos golpes en la puerta me asustan y ambos retrocedemos. Dominic Cavalli, nuestro Capo, se encuentra afuera, llamando mi nombre. Mi padre alza su arma y niego.

Si mata al Capo no saldrá vivo de este lugar. Le ruego que se esconda en el clóset pequeño y camino hacia la puerta, temblando.

—No me gusta esperar —sisea Cavalli, mirando sobre mi hombro.

—Lo siento, mi Capo —me disculpo, temblando.

—¿Qué es ese olor?

—¿Cuál…?

—Hmm… —murmura y me hace a un lado, entra en la recámara mirándolo todo. Empiezo a entrar en pánico. No estoy razonando ni haciendo las cosas correctas. Debería decirle que mi padre está escondido delante de él, pero mi madre es quien me frena. Ha sido una mujer enferma y dominada por él, quizás ella esté débil.

Cavalli se gira, observándome con ojos acusadores. Está ahí, de pie frente a mí, esperando que

diga o haga algo. Este es mi Capo, ellos son mi gente ahora. Mi familia.

Levanto la mano y señalo al clóset mientras él me indica que guarde silencio.

—Quería comentarte algo, Britney. —Camina en círculos y es ruidoso; el alma se me está saliendo por la boca. Sabe que algo está mal y ahora está jugando a distraer—. Me agradas, futura señora Nikova.

Cuando dice mi nuevo apellido se mueve rápido y abre la puerta, tomando del cuello a mi padre. Grito y tres guardias entran. Él lo sabía, Dominic conocía la ubicación de mi progenitor, quien chilla bajo su agarre e intenta levantar el arma y dispararme a mí, a su hija, pero el Capo es más rápido y le rompe la muñeca. Derribándolo contra el piso, los hombres se mueven y lo levantan, tapándole la boca cuando pretende hablar. Estoy conmocionada por ver cómo lo arrastran. Dominic me toma del brazo y me sobresalto.

—Respira —me ordena—. Cuenta hasta cinco, en voz alta.

Hago lo que me ordena. Me agarra los hombros, sacudiéndome ligeramente, y la presión que ejerce me hace concentrarme en eso. Un dolor por otro…

—Eso es… —instruye con suavidad y firmeza a medida que me relajo—. Mi seguridad te vigila, así que me comunicaron el ingreso del intruso.

—Dijo que Roth mató a mi tío.

—No, yo maté a Lucas Piazza. Fue mi orden, de hecho. Roth estuvo molesto conmigo por aquello, pues quería ser él mismo quien acabara con el hombre que te vendió, Britney. Lucas Piazza no era bueno. No lo idealices solo porque está muerto ahora. Él te entregó a Michael Romano sabiendo que era un viejo degenerado.

—¿Qué va a sucederle? —pregunto.

—¿Qué quieres que le haga?

—Los quiero fuera de la ciudad, necesito que se alejen de mí.

—Entonces eso haré, tómalo como mi regalo de boda. Por cierto, tienes a un hombre nervioso esperando, ¿quieres hacer ese camino ahora?

—Sí, por favor. —Asiento, frenética. Dominic me baja el velo, cubriéndome el rostro. Respiro un par de veces más antes de que salgamos y me aferro a su brazo. Sé que debería temerle y de cierta manera era así… hasta que lo vi sostener a sus hijos y hablarle suave a su esposa. Conozco los chismes populares sobre sus crímenes y lo cruel que se muestra. En Italia aquello fue un gran espectáculo: los gritos de Michael cuando lo torturaron y la quema de su cuerpo mutilado… Esas cosas definitivamente quedaron como un claro ejemplo.

Se entona la sonata *Clair de lune* y los nervios afloran. La escena de mi padre se pierde en mi mente en cuanto vislumbro a Roth al final del pasillo que lleva al altar. Las notas del piano me elevan y a duras penas noto todas las miradas en mí. Un hombre se encuentra a su lado y no sé quién es, pero tiene una gran similitud con mi futuro marido. El señor Cavalli es quien me guía mientras Emma lanza pétalos de rosas rojas delante. En medio va Ellie junto a Damon.

Mis ojos vuelven a la figura del hombre a quien anhelo y deseo. Se ve imponente vestido con un traje negro y usando corbata, con el pelo peinado hacia atrás en un ligero copete. Levanta la mano, tomando las mías cuando Dominic me entrega a su lado. El chico de atrás me regala una sonrisa tranquilizadora y Emilie acomoda el tren de mi vestido. Nos giramos hacia el cura y creo que voy a caerme cuando siento la mano de Roth en mi cintura. Su colonia es una droga en el aire y tenerlo así solo me embriaga más.

No escucho la mayor parte de la misa y solo respondo cuando es necesario hasta que hacemos los votos, repitiendo las palabras del padre. Soy la primera en hacerlo y deslizo la argolla en el dedo de Roth.

Luego es su turno de recitar los votos y su voz, las palabras… todo me tiene en una nube, me estoy creyendo el relato de Cenicienta y presiento que estoy en el cuento de hadas incorrecto.

—Los declaro marido y mujer, puede besar a la novia —sentencia el padre.

Roth se mueve, levantando el velo que me cubre el rostro. Tiene una concentración única y el ceño fruncido. Me empiezan a sudar las manos. Dios, no puedo desmayarme aquí. El corazón me late con ferocidad y violencia contra el pecho. Lo veo contener el aire cuando el rostro me queda totalmente descubierto y entonces baja la cabeza, acunándome el rostro y tocando mis labios con delicadeza. Cierro los ojos esperando a que algo suceda, una llama, descontrol, pasión, algo… pero Roth se aleja y la iglesia estalla en aplausos y vítores, incluso se escuchan palabras obscenas.

Todos lanzan aplausos y es hora de algunas presentaciones. Raze Nikov es el chico que ha sido el padrino, es hermano de Roth; su esposa es Bess Miller, una pelirroja alegre que carga a una nena pequeña. Aparecen algunos hombres que lucen fuertes e intimidantes y definitivamente son demasiados nombres para recordar. Después llegan dos chicas más.

Más adelante Emilie me rescata, pidiendo que dejen salir a los novios. Dominic le dice algo a Roth en voz baja, lo cual lo hace mirarme fijo. Dios, esta boda es un desastre.

Caminamos tomados de la mano. Su agarre es fuerte y violento y no sé en qué clase de problemas me he metido, ¿se ha molestado por mi padre?

Nos lanzan arroz y más pétalos de rosas. Saliendo de la iglesia hay reporteros y los *flashes* no se hacen esperar, aunque la seguridad nos abre camino hasta la limosina negra de recién casados. Roth me ayuda a entrar, peleando con mi velo, y un guardia nos ayuda con el tren de mi vestido. No quería esto tan esponjoso y lleno de tul. Finalmente rodea el vehículo y entra, ordenando algo en ruso que no entiendo, tras de lo cual se cierra la ventana divisoria.

—¿Hice algo que te…? —Y la pregunta muere en mi boca junto con sus labios.

Parpadeo sin comprender que lo tengo sobre mí, agarrándome del cuello con temple y brío. Su boca se siente cálida y húmeda y me devora los labios. Cierro los ojos y gimo, aferrándome a su pelo y tirando de él. No sé qué hacer porque no me han besado antes y no estoy preparada para este asalto, pero le permito avasallar mi boca y mis sentidos. Entonces le meto las manos en el traje, buscando más de su cuerpo. Es un experto, mueve su boca sobre la mía, guiando y dominando el beso. Es brutal y demoledor, fuerte y determinado. Estoy ahogándome cuando se separa y ambos jadeamos, desenfrenados. ¿Qué ha sido esto?

—Me besaste —susurro, llevándome la mano a los labios, que se sienten hinchados. No quiero abrir los ojos y despertar de este sueño.

—Eso parece, señora Nikova.

—¿Eso quiere decir que soy tu esposa?

Está a nada de responder cuando la limosina frena de golpe. Grito y Roth me agarra con fuerza, llevándome a su pecho. Las puertas traseras se abren y unas manos me agarran.

Lucho y me aferro a mi marido, pero la fuerza con la cual tiran de mi cuerpo es mayor. Escucho mi nombre en sus labios, seguido de un golpe fuerte. Estamos en pleno Manhattan y las personas giran sus rostros con asombro debido a nuestro escándalo.

El conductor de la limosina recibe un disparo y oigo más desde atrás, pero me tiran en la parte trasera de una camioneta y luego Roth cae sobre mí. Vocifero con desesperación, moviéndolo y revisando que esté vivo; tiene un golpe en la cabeza y varios hilos de sangre.

Sigo gritando como loca hasta que uno de esos hombres presiona un trapo sobre mi rostro. Es un olor fuerte y desagradable y me marea al instante. Cierro los ojos y caigo sobre el cuerpo de mi marido sin comprender qué sucede y por qué estoy perdiendo el conocimiento.

¿Quién pudo hacernos esto?

◇◇

Emilie sugirió que usara un lindo juego de lencería de encaje y pensé que a Roth le agradaría si era rojo sangre con un liguero negro. Soñaba con verlo arrancándomelo del cuerpo en nuestra noche de bodas, pues imaginé que eso lo volvería loco.

Un golpe de agua helada me obliga a abrir los ojos. Me duelen las manos porque las tengo atadas sobre la cabeza en una especie de viga. Tengo los pechos descubiertos y el vestido de novia se ha ido; solo estoy en bragas, liguero y zapatillas de tacón. Una nueva ráfaga me hace temblar y chillar, pues siento los hilos de hielo cortándome la piel. Me noto los pezones duros por el agua y al tercer golpe el velo, que parece ser casi lo único que me han dejado puesto, se me pega en la espalda. No puedo ver nada, tengo los ojos cubiertos por una venda, pero siento que no estoy sola, que están mirándome.

—¡Basta! —suplico al sentir agua nuevamente—. ¡Basta, basta! —imploro, llorando.

—¿Escuchas eso, Nikov? —pregunta alguien con un acento que no logro distinguir.

—Si la tocas, Vladimir Ivanov, te asesinaré.

—*Oops!* —se burla la persona. Siento una mano en el pecho y grito, descontrolada. No puedo parar, no puedo ser fuerte y detenerme. Grito hasta desgarrarme porque no conozco ese tacto, porque no lo quiero. Alguien tira de la venda de mi cara y enfoco unos ojos verdes diabólicos enmarcados por un pelo negro parecido al de Roth, solo que más corto. También tiene tres cicatrices furiosas en la cara—. Hola, ternurita.

Parpadeo y busco a Roth con la mirada: está igual que yo, colgado de una viga frente a mí, desnudo, con múltiples heridas y golpes en el rostro.

—Cobarde —le siseo al hombre que tengo enfrente. Las voces en mi cabeza se intensifican, parecen gobernarme y solo gritan una cosa. Muerte.

—Pero si es una fiera —bromea, agarrándome el rostro y hundiendo sus dedos en mi mandíbula, tan fuerte que siento cómo me lastima hasta hacerme sangrar. Le escupo el líquido en la cara. El hombre me gira el rostro de una bofetada. Las cadenas de Roth se mueven, las escucho, pero las voces siguen ganando…

—¡Déjala ir! —ordena Nikov a gritos—. Ella no tiene nada que ver en esto, ¡yo lo maté! ¡Suéltala!

—Veremos si eres importante para Dominic. Él sabe lo que tiene que hacer si quiere a alguno de ustedes con vida.

Intenta volver a agarrarme, pero tuerzo el rostro. Mi rechazo parece molestarlo, así que les da órdenes en ruso a los perros que tengo detrás. Roth abre los ojos cuando escucha las palabras. Empiezan a bajarme y el hombre me atrapa, saca la lengua y me recorre la mejilla, gimiéndome en la cara.

—Me llevo a la perra. Cuando tengas lo que quiero te la regreso.

Roth empieza a tirar de sus cadenas y yo a clamar su nombre cuando el individuo me carga sobre los hombros y camina conmigo fuera de lo que parece un almacén abandonado. Lo llamo, le suplico que me salve, que no permita que me lleven; lloro su nombre y él grita el mío hasta que me tiran en la parte trasera de un coche y uno de los hombres de Vladimir vuelve a golpearme. El impacto es tan fuerte que pierdo la consciencia una vez más.

06: JURAMENTO

Roth Nikov

Soy un hombre acostumbrado al balance y la equidad, me gusta poseer y dominar en cada aspecto de mi vida. Trazo un plan y sigo esa línea hasta finalizarlo. El plan con Britney Ginore consistía en darle un refugio y una oportunidad de tener una mejor vida, una continuación.

No contaba con que ella despertaría en mí estas emociones confusas.

No me engaño, sé el nombre que poseen, pero no quiero aceptarlo porque he visto lo que esas emociones causan: sufrimiento, dolor.

Britney no está preparada de ningún modo posible para tomarme y, francamente, yo tampoco a ella. Ambos somos dos puntos distintos en el universo, pero conectados de alguna manera.

El amor que siento por mi hermano es de los pocos sentimientos que son capaces de afectarme tanto que me desnivelan. Verlo llegar con su familia, su pequeña hija en brazos y agarrando la mano de su esposa, me llena de orgullo y satisfacción. ¿Quiero eso? ¿Lo que mis dos hermanos poseen? Sí, lo anhelo, pero ¿estoy listo? No, carajo, no.

Supongo que ya es muy tarde si estoy a minutos de casarme.

—Hola, Raze. Gracias por venir —digo, observándolo. Bess Miller, su esposa, una pelirroja valiente y aguerrida, se impulsa y medio me abraza.

—Bess me obligó —responde, encogiéndose de hombros.

—¡Raze! —lo regaña ella y le sonrío, pues sé que trata de reconciliar una relación de hermanos que está muerta desde hace años.

Saludo a los demás chicos. Raze es el presidente de un club de moteros a las afueras de la ciudad, vive en su propio mundo y dentro de sus reglas. Le envié una invitación para ser mi padrino de bodas, pero como no recibí ninguna respuesta, le pedí a Dominic que fuera el suplente. Ahora, teniéndolo aquí, quisiera pensar que quiere ocupar ese lugar a mi lado.

—Hola, inútil —lo saluda Dominic, golpeándolo en la cabeza—. Qué bueno que estás aquí, toma mi lugar con Roth porque la novia está que se cae por el altar si no la sostengo. Hablando de Britney, debo ir a buscarla —anuncia, retrocediendo. Emilie, cómplice de su esposo, disimula una sonrisa orgullosa. Dios santo, esto parece un circo de animales.

Raze gruñe y pasa junto a Raven, mi pequeña sobrina, y a su madre. Luego las mujeres se alejan para platicar. El padre está impaciente y yo me siento un tanto nervioso, pero feliz de que Raze se detenga a mi lado. La organizadora empieza a acomodar a los invitados. Yo quería una boda tranquila y calmada; sin embargo, Dominic tenía en mente otros planes.

Su *consigliere* está casándose, así que entre las filas de invitados se encuentran algunas de las cabezas más poderosas del mundo de la mafia. Familias rusas, alemanas, irlandesas y hasta los delegados de Brasil. Es una declaración de estatus y poderío, pues está mostrando a la familia Cavalli al completo. Hoy sus hijos están presentes y con eso les deja claro a todos que siempre puede tener sorpresas bajo la manga. Nadie sabía que existían y eso deja en alto la calidad de organización de la *famiglia*.

—¿Podrías no ser un estúpido con tu esposa? —cuestiona Emilie, llegando a mí y arreglándome el traje. Nadie se asombra de las muestras cariñosas de la Joya Cavalli, pues todos han comprendido que ella es la reina y hace lo que se le da la gana. Las cabezas más poderosas del mundo están contemplándola, llenos de curiosidad.

—Soy un buen chico —le garantizo.

—Estás cometiendo los mismos errores. No quiero que te pierdas lo mejor solo por arruinarlo.

Disfruta a tu esposa, no es tu hija. Puede ser tu esposa y tu protegida a la par.

—Te lo dijo —replico un poco molesto. Quiero que nuestras vidas privadas no sean tema de conversación, pero es Britney y necesita una mano como la de Emilie Cavalli. Una amiga que le demuestre cariño desinteresado.

—No te molestes, ella merece una amiga.

—Me alegra que seas tú.

La sonata empieza a reproducirse. No entiendo por qué Emilie cambió a última hora el acostumbrado *Ave María* por un solo de piano, pero cuando veo a mi *безумие*[2] dar sus primeros pasos hacia mí, entiendo que la música y el ánimo es el más apropiado. Ella luce hermosa, angelical, aunque el vestido es un tanto exagerado y probablemente se encuentre incómoda entre tanto tul. Quiero retirarle el velo del rostro y observarla con maquillaje, siendo más mujer.

No tuve sentimientos por ella en el pasado, pues era una niña y quizás ella tampoco sentía nada. Pero todo cambió hace poco cuando entró a mi habitación y fue por lo que quiso, sin temor; cuando se sentó sobre mí y percibí su calor y sus ganas de seducirme. Lanzó un hechizo en ese momento y supe que si no la tomaba allí era porque los gritos de Emilie y Dominic serían pocos en comparación con los nuestros.

Le tiembla la mano en la mía cada que el pastor habla y se mueve incómoda o ansiosa. Cuando el hombre la anuncia como mi esposa siento un pequeño clic. Es mía.

No mi hija, sino mi mujer. Mía para la eternidad.

Quiero besarla. Es una exigencia que vibra en el fondo de mi alma, pero Britney tiembla en mis brazos como si fuera a desmayarse, quizás por la expectativa, las personas o el miedo. La están lanzando como ofrenda al lobo hambriento y aquello es lo que me hace retroceder y me anima a darle solo un dulce y delicado toque de labios, el cual aviva mis ganas desmesuradas de devorarla en cada sentido. Su cuerpo, sus emociones.

Los saludos formales son tediosos. ¡Yo solo quiero llevarme a mi mujer, carajo!

Todo se une en mi contra, el universo, los astros, el puto tul molesto y la tela de su vestido, pero en cuanto la tengo a mi disposición y esos ojos de gacela me observan, el mundo se puede ir a la mierda. La quiero ahora, aquí, y que el diablo me condene. Tomo un pedazo de cielo porque ella es todo lo puro, divino y celestial en mi maldita vida.

Los Nikov tenemos una maldición. Siempre nos arrebatan aquello bueno y medianamente decente que tenemos en la vida. Pensé que Bess y Raze habían quebrado esa maldición, pero al escuchar los gritos de Britney siento pánico, miedo y ansiedad. Trato de tomarla, pero alguien me pega en la nuca. Es un golpe que no espero y mi mundo se paraliza en ese instante cuando todo cae en un negro profundo.

A Dominic no le cuesta mucho encontrarme, pues tengo un rastreador que lo mantiene informado de mi destino veinticuatro horas, siete días a la semana. Para él es fácil dar conmigo y asesinar en el acto a los dos estúpidos que Vlad dejó atrás. El problema radica en que nunca le instalé uno a Britney porque quería darle intimidad y, según yo, no cometer los mismos errores que Dominic. Para mi mala suerte, he hecho todo lo contrario. Raze y los chicos recorren el área, pero ella no está. Sé que se la ha llevado y debemos esperar a que nos diga qué quiere a cambio.

—Me llevaré a Emilie y a los niños a Rusia conmigo —murmura Don, pasándose la mano por el pelo, desesperado, mientras el viejo doctor de la *famiglia* me cose una herida del abdomen. Raze me observa desde el marco de la puerta y, por primera vez en mucho tiempo, es el hermano que necesito. Asiente a mi pregunta no formulada.

Dominic ha sacrificado a su familia, ha puesto su felicidad en espera para asumir un

puesto que gobernó para nosotros, los Nikov. Luchó, fue a la guerra y trajo el botín, ¿qué hice yo? Acorralarlo. Hacerlo sacrificar tiempo de sus hijos y su esposa por mí, para que yo no vuelva a enfrentar mi pasado.

—Largo —le ordeno al viejo. No duda en seguir mi instrucción, pues para ellos Dominic y yo somos los jefes. Reciben un mandato y lo cumplen sin pestañear. Cuando sale, Raze entra y cierra la puerta. Las chicas están abajo, en la casa, asustadas y llorando por Britney.

No tengo idea de qué está sucediendo con ella en este momento, si aún vive o si quizás… no. Me niego a ello.

—No puedes pararte —gruñe mi Capo, el hombre que me lo ha dado todo. Lo detengo cuando intenta que vuelva a la cama y le pongo la mano en el hombro—. No te dejaré hacerlo —sisea, pero flaquea en sus palabras.

Es la única vez que iré en contra de sus deseos.

—Debo hacerlo.

—¡No! ¡No debes! ¡Yo estoy aquí!

—Don —implora Raze, posando su mano en el hombro libre de Dominic. En ese momento el hombre frente a mí flaquea.

Siento el nudo en la garganta ahogándome, pero no puedo retroceder.

—Esta es mi batalla, no la tuya.

—¡Ni tú ni nadie me dice qué guerras luchar! Cálmate y razona…

—¡No me pidan calma! Si fuera Emilie o Bess estarían como perros rabiosos. ¡Ella es mi mujer! ¡La tocó delante de mí! ¡No quiero paz, calma o control! ¡Quiero tortura y sangre! ¡Yo soy el maldito hijo de la Bratva! Y Vladimir Ivanov tiene una puta sentencia de muerte.

O están conmigo o no lo están.

—No puedo perderte —murmura, uniendo nuestras frentes—. Eres mi hermano, ustedes son mi familia.

—Yo iré con él —dice Raze, pero me niego.

—Bess y Raven te necesitan…

—Yo iré, traeré a Britney —insiste Dominic.

—¿Y luego qué? —replico—. ¿Volverás a la rutina de los últimos años? ¿Irte y venir a escondidas por uno o dos días? ¿Dejar a tus hijos solos por meses? ¿Sabes cuál era mi temor? Que no te reconocieran. ¿Y Emilie? Joder, ella llora cada noche tu ausencia y está tomando más y más. ¿Sabes lo que sucederá? La amargura la volverá una alcohólica resentida. Ha soportado, hermano, pero la veo quebrarse solo porque intentas protegerme.

—Es para lo que él ha nacido —musita Raze—. Este es su destino, Don. Roth Nikov es el único gobernante nato de la Bratva, es a quien todos seguirán, está en sus venas. Ahora solo tienes al cuervo enjaulado.

—¿Estás seguro de esto? —pregunta mi Capo y veo lo que le cuesta soltarme. Me palmea las mejillas, retrocediendo—. Somos sangre —murmura, sacando su cuchillo y abriéndose una herida superficial en la palma. Raze extiende su mano para que lo corte y yo hago lo mismo, luego ambos las dejamos sobre la de Dominic.

—Somos polvo —susurra Raze, apretando los dientes.

—Somos el demonio oculto de alguien.

—Y la condena de otros —secunda Raze.

—Quien nos toca… —Don se quiebra en la última palabra y sé que su mayor miedo es perdernos a manos de un enemigo. Irme a Rusia y gobernar la Bratva significa eso: entrar vivo y salir muerto. Hierro por hierro, condena por condena.

—*¡Muere!* —gruño.

Para Vlad Ivanov ya no existe una obsesión con Emilie, sino venganza por su hermano, a quien cree que asesiné con gran deleite. Es mi cabeza la que quiere en una lanza, no la de Dominic, y le he dado la cereza perfecta.

Lo que Vladimir Ivanov no sabe es que he soltado al animal que hay en mí y todo cuanto quiero es su sangre. No descansaré hasta derramarla.

07: SEÑORA IVANOVA

Britney

Observo los copos de nieve caer mientras estoy sentada en el piso con las piernas cruzadas. El cristal frente a mí es la única ventana con el mundo, lo demás, las paredes, el techo e incluso el piso, están tapizados de blanco. Sé que es un sanatorio, pero parece abandonado. La nieve afuera está fresca y es abundante. No sé en dónde me encuentro, si sigo en Estados Unidos o si me trasladó a algún lugar después de que me durmiera. Cuando me desperté estaba aquí, y creo que han pasado dos o tres días desde que abrí los ojos por primera vez.

Ansío con desesperación que abra y me deje salir a caminar, pues lo ha hecho una vez al día. También recibo comida dos veces en una bandeja por debajo de la puerta. El chirrido me alerta, así que me levanto y tomo el abrigo de la cama, el único objeto que hay en el lugar.

Tengo un pantalón negro de cuero, unas botas del mismo material y un *top* rojo, ropa que no usaría en mi vida de no estar secuestrada aquí. Inhalo una bocanada de aire y salgo, escuchando la nieve crujir bajo mi botas.

Levanto la cabeza al cielo nublado y siento el viento. El sitio es amplio y no excedo los límites al explorar, ya que una parte de mí tiene miedo de que alguien pueda dispararme como en las películas de fusilamientos, cuando el preso va más allá del límite y recibe disparos en la espalda. No sé qué es peor, si estar aquí o en el orfanato. Es como si los días en casa de los Cavalli hubieran sido una antesala a mi desgracia.

Camino un poco, alejándome hacia el banco de hierro. Parece que bajo toda la nieve congelada hay un lago, justo al lado de la edificación de ladrillos negros, rodeada de árboles secos y muertos.

—¿Disfrutando de tu estadía? —pregunta la voz de ese hombre. Salto, poniéndome de pie, y retrocedo. Soy buena en buscar caídas, así que termino de espalda contra la nieve—. Te matarás antes de que yo lo intente —gruñe de mal humor.

No sé qué responder, entonces me levanto y me limpio mientras el corazón me late acelerado. El miedo me causa temblores y la ansiedad me desgarra por dentro.

—Sígueme —ordena.

Dada mi posición no existe mucho que pueda hacer y pese a que mi instinto me demanda que corra e imponga distancia, no quiero morir en este preciso segundo, entonces camino detrás, a su espalda. Es alto, con un porte cercano al del Capo, aunque Roth es más musculoso que este hombre. Vlad, así fue como se refirieron a él.

Va con las manos dentro de los bolsillos y sin abrigo, como si estuviera acostumbrado a este frío gélido que me golpea el rostro. Unas puertas dobles se abren y en cuanto entro quiero salir huyendo. Lanzo un grito y dos hombres desconocidos me sostienen, evitando que salga. Luego Vlad me agarra del pelo, tirando tan fuerte que me hace llorar un segundo después.

Sus manos me obligan a mirar, a pesar de que intento cerrar los ojos, cómo le rebana la cabeza a un hombre con una máquina industrial de cortar carne. Me tira más fuerte del pelo y lloro de terror e impotencia.

—¿Crees que es muy fuerte para la nena de Nikov? ¿No conoces al monstruo con el cual te has casado?

—¡Déjame ir! —suplico, llorando y pataleando, pero su agarre es duro y me arrastra hasta ponerme la cabeza al lado del ser humano mutilado.

—¿Quieres irte? Vamos a jugar un juego. Respondes lo que quiero escuchar y pensaré si te corto la cabeza o solo te la vuelo, ¿qué dices, dulce Ginore?

—¡No sé nada!

—Incorrecto —anuncia y la cortadora se enciende. Los hombres del lugar ríen con mis gritos, se burlan de mí, pero son pocos en comparación con aquellos de la mansión Cavalli.

—Está bien, diré lo que sea, te lo contaré todo.

—¿Dónde está Emilie Cavalli? —lanza la pregunta, aprisionándome la cabeza sobre la sangre de la víctima anterior, mojándome la mejilla.

—No-no lo sé —titubeo—. ¡No! —grito cuando el filo casi me toca la nariz. Sé que quizás está más lejos de mi piel, pero el terror es mayor.

—¿Dónde estabas quedándote?

—En una casa de seguridad —respondo en automático. Decirle de mi estadía junto a Emilie no hará ningún bien, igual me matará y luego irá por ella. Los niños, madre mía. Los niños, ¿eso es lo que quiere?

—Llevo años tratando de llegar a esa perra traidora y tú no estás siendo de ayuda, Britney. No me gustan las personas inútiles.

—No sé nada —juro—. Ella solo estaba en mi boda, antes no la vi…

—Me has mentido —interrumpe y sollozo, desesperada—. Saliste en las noticias junto a ella cuando te sacó del orfanato.

Es mentira, me repito varias veces. Solo está jugando con mi mente, Roth no dejaría que saliéramos en las noticias y mi Capo menos.

—La mencionaron porque es la dueña, ¡ella no estaba! ¡Ella no estaba! —exclamo cuando encienden de nuevo la máquina y mi cara está a nada de ser dividida en dos. Cierro los ojos y lloro el nombre de Roth Nikov en silencio. Moriré aquí, este hombre me cortará la cabeza.

Se escucha que abren una puerta y algo se rompe. Las manos de Vladimir desaparecen de mi cuerpo y me retiro hacia atrás, chocando con uno de los hombres, el cual me agarra. Estoy llorando y moviendo la cabeza cual desquiciada cuando veo a una mujer embarazada entrar. Se ve inestable o incluso borracha, me atrevería a decir.

—¡A-aquí estás-s, ma-aldito hijo de puta! —balbucea hacia Vlad, quien la agarra de las manos. En definitiva está borracha o quizás drogada—. ¿Tienes una nueva ramera?

Su vientre es prominente y no le molesta que la blusa le quede demasiado pequeña. Tiene el pelo recogido en una coleta desorganizada.

—¡Dalila! —Vlad ruge con molestia—. ¿Cómo me encontraste?

—Sé dónde te escondes con tus putas —sisea ella, escupiéndole en el rostro. Me quedo esperando que la golpee por el atrevimiento, pero él solo intenta sacarla por el antebrazo. La mujer es más rápida, se le aparta y camina hacia mí en unos tacones de al menos seis centímetros —. No dejaré a esta ramera aquí —sentencia. El hombre a mi espalda retrocede cuando la chica saca un cuchillo.

—¡Que nadie la toque! —demanda el ruso. Ella posa el cuchillo en mi cuello, empujándome con su vientre de al menos siete u ocho meses. Por la actitud de Vlad, parece que es su hijo.

—¿Ibas a follarte a mi marido, pequeña puta?

—No, señora. —Lloro con desesperación.

El ruso camina hacia nosotras, pero ella se me viene encima. Siento el filo del cuchillo cortarme un poco y, como puedo, me agarro la garganta. Entonces deja caer algo dentro del bolsillo de mi abrigo justo cuando Vlad la hace retroceder.

La mujer sigue forcejeando como si estuviera loca, pero algo en su mirada me suplica en

silencio. En medio de la locura escucho el pequeño pitido de lo que sea que colocó en mi bolsillo, es débil… y luego algo explota fuera de las paredes.

La loca embarazada se calla y deja caer el cuchillo, Vlad también se paraliza. Justo en ese instante los muros tiemblan por alguna clase de detonación. Los hombres reciben órdenes de ir hacia el caos, la puerta que da hacia el jardín está abierta y despejada. Observo a la loca que se encuentra en brazos de Vlad y noto que mueve los labios repitiendo «huye» en silencio.

Sea lo que sea que esté pasando, ha sido planeado por ella y no tiene que volver a decirlo. Cuando estoy corriendo hacia la puerta del jardín con todas mis fuerza, escucho a mi espalda:

—¡*Поймать ее*[3]! —Es el idioma de Roth y no sé qué significa; lo único que sé es que no puede ser bueno. Sin embargo, cuando oigo disparos, apresuro mi huida, atravesando la puerta y corriendo en dirección norte, o eso creo. Escucho las maldiciones del ruso, pero no me detengo.

Corro, mis botas parecen flotar en la nieve y estoy jadeando cuando llego a la esquina de la edificación y giro. De repente me atrapan unos brazos y empiezo a luchar contra ellos. Escucho palabras rusas y me lastiman, pero entonces algo nos impacta a ambos y caemos por la nieve. Doy varias vueltas antes de poder orientarme y levantarme, lista para dar guerra, pero noto a Roth sobre el hombre que me tenía agarrada. Él no se inmuta al clavar un cuchillo curvo en la garganta, abriéndosela con un gruñido feroz.

No creo lo que veo, siento que me he trasportado a una especie de película de terror y estoy segura de que despertaré en cualquier momento, pero no es así. Roth se mueve, vestido todo de negro con una gabardina larga, y me agarra. Cargándome en sus brazos, empieza a correr. El lugar parece estar incendiándose y los hombres nos pasan, dispuestos a ir al infierno mientras Roth me lleva a cuestas. Una camioneta está esperando, una de muchas, y abren la puerta trasera. Otras manos desconocidas me toman.

—Don está dentro —informa mi marido, empujándome dentro.

—Hola, cuñadita —saluda el tipo de la iglesia a quien Roth me presentó como su hermano.

—Tengo que volver por él —anuncia Roth y entro en pánico.

—¡No! —imploro, negando. Me agarro a su gabardina con fuerza y él intenta zafarse de mi agarre.

—Te encontraré, lo prometo, *moya dusha*[4]. Raze, protégela con tu maldita vida.

—Así será —responde su hermano.

Roth me toma de la cintura y me besa. Mi cuerpo se amolda al suyo y me aferro más hasta que se aleja y le da instrucciones a su hermano. Este último me sostiene contra él y Roth cierra la puerta. Le pego al cristal.

—Sácanos de aquí, Damián —le ordena el hombre que está a mi lado al conductor, quien acelera en el camino. La camioneta patina en la nieve antes de salir y mi esposo se queda detrás. Lloro, quiero regresar con él y convencerlo de subir conmigo, de que elija vivir.

—Tranquila —susurra el hombre—. Ni la muerte quiere a Roth Nikov.

—Yo sí —replico, sollozando—. Yo lo quiero.

—Entonces vendrá a ti.

◇◇

Estaba en un lugar tan apartado que pasan al menos dos horas para que pueda ver la civilización. Descubro que estamos en Moscú, Rusia, y que llevo cuatro días secuestrada desde mi boda. El cansancio físico es tan fuerte que me duermo en la parte trasera de la camioneta y cuando despierto, asustada, alguien está tocándome.

—Soy yo —susurra el hombre de ojos grises, no logro recordar su nombre.

—¿Dónde estamos…?

—Raze —responde, comprendiendo que desconozco su nombre o que lo he olvidado. Me ayuda a salir de la camioneta, dejándome sobre mis pies, cuando la puerta de una casa se abre. Parece un castillo antiguo y medieval. La mujer en la puerta corre hacia mí y me abraza fuerte; yo hago lo mismo, llorando. No puedo creer que estoy al lado de Emilie Cavalli luego de todos estos días. Tiemblo de frío y se me congela una pierna, no sé cuándo perdí mi bota y estoy descalza.

—Adentro, las dos —instruye Raze y le hacemos caso.

En la casa hay muchas personas, incluidos los niños. Pronto me preparan un baño y me traen ropa abrigada. Emilie me ayuda con una ducha porque no dejo de temblar. Estoy en *shock* y ella me habla, me cuenta lo desesperados que han estado todos, me narra los planes de Roth para venir a buscarme solo y cómo Dominic y su hermano se negaron a dejarlo.

Todos han venido aquí por mí, para salvarme. Nadie nunca me creyó tan importante.

—No llores más, tesoro.

—Ese hombre quería que le dijera en dónde estabas, iba a abrirme la cabeza cuando llegaron… Una mujer embarazada, ella me dio algo.

—Es la señora Ivanova, Dalila. Nos debía un favor que ha pagado contándonos en dónde podría tenerte Vlad.

—Tenía un cuchillo, pensé que iba a matarme.

—Es una alcohólica ahora, pero antes fue una buena amiga.

—Me entregó algo.

—Un localizador, por si Vladimir te llevaba con él, así ellos podrían seguirte, ¿nadie te…?

—¿Abusó? —pregunto. La señora Cavalli baja la mirada y luego se mueve en lo que parecen los aposentos de una reina como mínimo, pues todo está decorado de blanco y me recuerda a esas películas de romances históricos. Juro que encontraré algún corcel en los clósets—. No, solo me tenían en una especie de sanatorio, ¿por qué te quiere a ti?

—Es una larga historia, cariño, y ahora solo necesitas descansar y reponer fuerzas por estos días.

—¿Roth…? ¿Él también quería encontrarme? —indago, jugando con la espuma dentro de la tina.

—Oh, él más que nadie. Vamos, sal, te vas a arrugar como una pasa si sigues en el agua.

Camina hacia mí, levantando una toalla en el mismo instante en que la puerta se abre con premura y mi esposo entra como un animal. Debería cohibirme mi desnudez o que él esté caminando hacia mí sin detenerse, pero creo que ni se ha percatado de mi estado cuando me toma el rostro y me inspecciona. Muevo las manos sobre sus hombros y escucho la puerta cerrarse. Estoy mojada y desnuda y Roth Nikov me está mirando por primera vez como se debe observar a una mujer.

Con pasión, anhelo y un deseo efervescente.

—¿Lo atrapaste? —cuestiono en un hilo de voz. Él niega lentamente.

—¿Te lastimó? —replica a cambio y yo saco un pie de la tina y luego el otro, haciéndolo retroceder un poco. Respira profundo cuando me le pego tanto que empiezo a mojarle la camisa.

—Llegaste a tiempo, mi caballero —respondo.

Siempre lo ha hecho, desde la primera vez que lo conocí, cuando me sostuvo contra su pecho y me salvó de las garras de Romano. También me salvó de mis propios demonios cuando intenté suicidarme y luego de Kain, hace años en su rancho. Estaba sola, se suponía que me quedaría a

cuidar a los caballos cuando escuché los pasos del intruso y llamé a Roth. Fui su primera elección, en contra de su buen juicio y de su deber con nuestro Capo. Me eligió a mí aquella vez y no sabía lo que sucedía, pero ahora lo entiendo. Me ha elegido siempre.

—*Moya dusha* —susurra aquellas palabras que musitó horas atrás—. Nadie volverá a tocarte, ni un solo centímetro de ti, ningún hombre que no sea yo. ¿Puedo besar a mi esposa?

—Si harás más que eso luego, sí.

Sonríe de lado antes de afirmar y unir nuestras frentes.

—Haré mucho más que eso.

08: DECISIONES

Roth Nikov

Los latidos de su corazón se aceleran, la piel húmeda del cuerpo se le eriza y sus pezones se presionan contra la tela de mi camisa. Debería controlarme y retroceder, buscar cualquier excusa, pero estos días separado de ella, pensándola muerta o sufriendo bajo la mano dura de Vlad, me tienen cegado. La ira y el dolor, emociones desconocidas para mí, colapsan en unión, todas reventando en mi interior. Ella me ayuda a quitarme la gabardina y empiezo a hacerla retroceder. Es cautelosa en nuestro beso, pero yo necesito más fuego, ardor e intensidad.

Y también calma y tranquilidad, pues no quiero asustarla. Esta criatura me tendrá a mí en todos los sentidos, voy a estar en cada uno de los lugares correctos, siendo su maldita droga adictiva.

No puedo darle opción de huir, no quiero que lo haga. Una vez que decidí tenerla, no existe manera de que la deje marchar. Mierda. Ella no deseará irse, me encargaré de ello.

¿Es así como Dominic y Raze se sienten? ¿Embrujados? ¿Dominados? ¿A merced de otro ser vivo?

En cuanto aparto la tela de la cama, muevo las cortinas que cuelgan de los cuatro postes y recuesto a Britney, cubriéndola, sus alarmas se encienden y se paraliza. Deja de besarme, agarrándome los antebrazos, temblando… y no de placer. Intento buscar su boca, pero gira el rostro y luego la escucho sollozar. Extrañado, retrocedo y la libero. Ella se mueve en la cama, intentando ocultar su desnudez. Agito la cabeza, sacando de allí la lujuria, pues mi esposa está en una crisis.

Sé que debo ser amable, es lo que se espera, pero no es lo que Brit necesita. Me muevo, agarrándole el rostro y presionándola con mis dedos, ya que ella intenta golpearse. Las pastillas, claro, no ha tomado su medicamento en estos días.

—¡Nena! —la llamo, ejerciendo más fuerza—. Soy yo, *moya dusha*.

—Iba a asesinarme, no dejes que me lastime.

—Nadie —gruño, obligándola a mirarme—. Nunca lo permitiré, ¿confías en mí? ¿Entiendes que eres mía, Britney? ¡*Moya*[5]!

—*Tvoy*[6] —murmura bajo, sin acento y con dificultad. Frunce el ceño. Es tan pequeña, frágil.

—¿Quién te enseñó?

—Raze, tu hermano dijo que debería responder eso —confiesa y varias lágrimas escapan de su mirada multicolor—. ¿Qué significa?

—*Moya*, mía —digo, limpiando su rostro—. *Tvoy*, tuya. Y *tvoye*, tuyo…

—¿Y mío?

—*Moy*.

—*Moy-y* —repite despacio.

—*Tvoye* —respondo «tuyo»—. Vamos a cuidarte.

No le estoy haciendo una pregunta, sino dando una orden. Salgo de la cama y la ayudo a ponerse de pie, pero evito mirar su cuerpo porque, si lo hago, jodido infierno, iré directo a ella sin contemplaciones. La siento frente al tocador y busco la toalla, quitando el exceso de agua en su pelo. Luego tomo el vestido rojo que Emilie dejó, se lo pongo junto a unas bragas y mientras Brit deja de respirar un par de vece, me obligo a pensar en putos arcoíris y no en su piel suave o su aroma a vainilla. Después le subo el cierre de la espalda y agarro el cepillo para desenredárselo y que quede suelto y limpio.

Ella tiene la boca entreabierta y un poco roja, se la acaricio con mi pulgar antes de alejarme y entrar al baño. Me quito la ropa y tomo una ducha. La herida del vientre me arde un poco con el agua caliente y tengo una erección que no quiere ceder…

Tiempo más tarde regreso a la recámara con solo una toalla y Brit sigue sentada en el mismo banco. Me gusta que sea un tanto sumisa. Siento sus ojos curiosos mientras camino de aquí para allá, buscando mi ropa y cambiándome. Mi esposa juguetea con las manos, quitándose los cueros de las uñas y lastimándose un poco sin ser consciente.

Me siento en la orilla de la cama y me pongo los zapatos sin dejar de mirarla. Tiene las mejillas rojas, quizás por verme sin ropa.

—Ven aquí —le ordeno y abro las piernas, indicándole dónde pararse. Mantiene el rostro agachado y sigue lastimándose las manos hasta que la detengo—. ¿Por qué haces esto?

—¿Qué…?

—Tus dedos —comento. Por unos segundos está ida, parece que no se ha dado cuenta y sé que ha sido de esa manera—. ¿Quieres hablar de lo sucedido?

—No, por ahora no.

La entiendo completamente, estos días han sido un trauma tormentoso para ella.

—¿Confías en mí? —cuestiono.

—Con mi vida —responde sin dudar.

Muevo mis dedos sobre su pecho, por el borde del escote, y la analizo mientras lo empujo un poco hacia abajo, revelando su seno perfecto. Es pequeño, el pezón es un poco oscuro; la toco despacio, haciendo círculos y luego me muevo hasta tenerlo cerca de mi boca. Si no resiste esto, nuestro matrimonio se irá al fracaso en un parpadeo.

Necesito provocar dolor, tener el placer en mis manos, dominarlo y moldearlo a mi gusto. Cierro los labios en su pecho izquierdo y ella me agarra rápido los hombros, como si necesitara alguna estabilidad.

Primero solo succiono un poco, tentando y sintiendo cómo cede su cuerpo. Le rodeo la cintura y entonces atrapo entre mis dientes la pequeña protuberancia. Britney grita alto, pero no de miedo ni temor, sino de satisfacción. Su gritito me la pone dura al instante y cuando me imagino que se está mojando por mi tacto, muerdo más duro, calculando su resistencia al dolor. Acierto y ella se desarma en mis brazos, abalanzándose sobre mí y sentándose en mi polla.

Tengo que soltarle el seno cuando me levanta el rostro para tomar mi boca. Introduzco las manos debajo del vestido, estrujándole las nalgas y pegándola más a mi polla. Brit empieza a moverse con unos movimientos de cintura contundentes.

Sé que tiene la fricción necesaria para sentir placer, pero soy un hombre ambicioso y quiero darle más, muchísimo más. Tiro de su ropa interior, haciendo que se clave en los cachetes de sus nalgas. Ella jadea contra mi boca y se cuelga de mi cuello para apoyarse. Entonces deja caer la cabeza hacia atrás y se mueve más duro. Carajo, si se ha desatado así con solo una mordida, sé que puedo controlarla con más dolor.

En mi interior florece la ilusión de que ella pueda soportarme.

—Ofréceme tus pechos —demando con una voz autoritaria. Mi esposa cumple y con una mano me da a comer su pecho derecho. Soplo un poco y eso la vuelve más salvaje—. ¿Quieres venirte?

—*Sí*… —responde en automático.

Le muerdo el pecho y le golpeo las nalgas con mi palma una, dos, tres veces, y Britney Nikova obtiene lo que creo que es su primer orgasmo en la vida. Es una gata, entierra la cabeza en mi cuello y me muerde. Joder, cierro los ojos cuando siento sus dientes. No está

lastimándome y parece tratar de minimizar sus gritos o el placer. Cuando ha tenido suficiente, se queda contra mi pecho, jadeante.

Le concedo unos minutos antes de moverme rápido, levantándola sobre sus pies y sacándole las bragas sucias con sus fluidos. Si la dejo pensar en lo que ha sucedido, retrocederá tres pueblos.

—Vamos a cenar —ordeno y me guardo sus bragas en el bolsillo.

—No tengo ropa interior. —Se alarma, pero la agarro del brazo y empiezo a caminar hacia la puerta.

—No la necesitas, de todas maneras te la arrancaré cuando estemos de regreso —aviso y escucho su chillido de sorpresa.

En el comedor están todos reunidos. Raze es el primero en toser, atragantado por su bebida, y luego Dominic me señala disimuladamente el pantalón. Sí, hombre, tengo una tienda de campaña porque debo ir despacio con mi esposa. La ayudo a tomar asiento a mi lado. Emilie está luchando con Ellie, la consentida de los Cavalli, mientras Emma escribe en su cuaderno; le gustan los números y las letras y las reagrupa en su juego. Me recuerda tanto a Em. Damon es el único derecho en su asiento, esperando la comida.

—¿Qué eran esos gritos? ¿Estabas comiéndote a mi cuñadita?

—Nosotros no… —Britney niega sin saber en dónde meterse.

—Ignóralo —le digo, tomándola de la mano. Don no deja de mirarme entre la fascinación y la sorpresa. Está sentado al frente de la mesa—. Ellie, detente —le ordeno a la pequeña en italiano.

Ella levanta la cabeza y me observa, poniéndose roja de vergüenza. Sé que estas partes son las que lastiman a Dominic… saber que perdió tiempo con los niños y que con Ellie, en especial, perdió un poco de terreno, así que trata de llenarla de cariño y no regañarla. Emma siempre lo ha reconocido y Damon igual, pero Ellie lleva una ligera confusión.

—Sí, papá —musita suavemente. Don cierra el puño sobre la mesa y su esposa va y se sienta en sus piernas, murmurándole algo solo para ellos.

Para Ellie yo soy su padre, aquel a quien veía constantemente. A Dominic solo lo veía de forma esporádica. Damon, quien es el más sabio de todos, le habla con autoridad, recordándole que Dominic es el padre de ambos.

Ella parpadea, observándonos a todos, y luego cruza los brazos con evidente frustración. Raze, que se encuentra a su lado, le desordena los rizos y la hace reír.

La servidumbre presenta la comida después de que Damián llega y toma lugar en la mesa. Sé que Raze quiere marcharse a América, en donde ha dejado a Bess con la pequeña Raven. Britney come despacio y poco porque tengo mi mano en su muslo, moviéndola de un lado a otro. Quiero que se acostumbre a mi toque y cercanía, pero entiendo que debo ir un paso a la vez con ella. Hablamos de nada en general, obviando el tema visible para todos.

Dominic se empeña en no dejarme permanecer en Rusia y enfrentar a los demonios, me ha pedido considerarlo y sé que no se trata de poder, sino de su temor de que me consuma la maldición de los Nikov que nos condena en este lugar. Es extraño que incluso Raze esté de acuerdo. Me sorprendo cuando, al terminar de comer y las chicas se levantan para llevar a los pequeños a sus habitaciones, él me acompaña hasta la sala. Don se queda detrás, indicándoles a sus hombres las nuevas órdenes.

—Sería bueno que te quedaras en América, por Britney.

—Ella estará en donde yo esté…

—Podría ser amiga de Bess y quizás podamos visitarnos y eso.

—¿Estás pidiéndome que no me quede en Rusia?

—Este es tu lugar, lo sé. No te pediría que lo dejaras porque naciste para esto, pero ¿y si te pierdes? ¿Si las viejas costumbres ganan?

—¿Matar y dominar? —replico, sirviéndome un vaso de vodka.

—La chica no merece esta vida, llevaba menos de unos minutos siendo tu esposa cuando fue secuestrada.

—¿Vas a darme consejos?

—Estás a la defensiva, mírate. Un día en Rusia y ya actúas como mi padre.

—Me la arrebató de las manos y no pude hacer nada para evitarlo —digo, recordando mi impotencia cuando la arrancaron de mi lado.

—Regresemos a América —me pide.

—Estabas de acuerdo con mi estancia aquí, ¿qué ha cambiado?

—La llamaste *«mi alma»*, como Ryana solía decirnos todo el tiempo. Si te quedas aquí, lucharás una batalla con los hombres, luego encontrarás nuevos enemigos y dejarás a tu esposa de lado poco a poco… Mira el espejo de Vlad, ¿eso quieres para ti? ¿Para ella?

—Pensé que me odiabas y que mientras más lejos estuviera de ti, mejor…

—Bess dice que debemos perdonar el pasado y abrazar el futuro, hermano. —Me ofrece la mano y le doy un apretón fuerte—. Regresa conmigo a América, eres el único hermano que me queda y no quiero enterrarte, al menos no hasta que espantes a los pretendientes de Raven.

—¿Esto es una tregua?

—Hay mucha carne en el club y siempre tendrás un lugar en mi mesa, para ti y esa mujer tuya.

Le palmeo el hombro, esta es una oportunidad que he deseado por años y aquí está él, ofreciéndome un tratado de paz entre ambos para dejar de lado ese rencor mal alimentado que siempre ha tenido. Hermano, me ha llamado hermano. Su teléfono suena y se excusa para atender a Bess. Lo observo irse y la fea cara del señor pesimista se asoma en mi mente, diciéndome que todo se irá a la mierda porque no puede ser tan fácil.

Nunca ha sido tan sencillo.

Me sirvo un poco más de vodka y me paro frente el balcón. Está nevando nuevamente. Vlad no se dará por vencido y luchará por matarme, pero en Nueva York conozco cada calle, cada contacto y puedo mantener a mi esposa segura y lejos del peligro. Aquí la expondría y tendré que volver a encontrar esas conexiones; en cambio, Dominic tiene todo el poder y conoce el terreno. Quedarme es una pérdida de tiempo.

Lo percibo a mi lado. Llega con una copa de whisky puro.

—Por eso trajiste a Emilie, ¿no?

—Los chicos estudiarán en casa, Emilie estuvo de acuerdo cuando se enteró de tu decisión.

—Estás sacrificándote por mí otra vez.

—No puedo dejarte entre los lobos solo, no cuando conozco la bestia que eres.

—Vlad irá a Nueva York, me dará caza.

—Entonces prepara la trampa y mata a la rata —murmura, llevándose la copa a los labios.

Alguien toca con suavidad la madera de la puerta abierta. Su olor me llega a la nariz y aspiro una bocanada de aire.

—Iré a la cama —susurra con en ese tono melódico y angelical suyo—. Quería agradecerle, mi Capo, por su generosidad y por salvar mi vida. Sé que lo ha hecho porque soy la esposa de su *consigliere*…

—No —la interrumpe Don y odio que emplee ese tono cortante con ella. Se encoge tanto que quiero abrazarla bajo mis costillas—. No te salvamos porque seas «la esposa de», te buscamos

porque eres familia, Britney.

Dominic camina hacia ella y me termino el trago, dejándolo a un lado.

—Eres una chica valiente —la alaba, tocándole el pelo. ¿Por qué carajo debe tocarla? No me gusta. No quiero que nadie la toque—. Estabas dispuesta a morir por mi familia.

—¿Qué? —cuestiono hacia Don.

—Vladimir quería saber en dónde estaba Emilie y Britney nunca se lo dijo. Em me lo contó antes de la cena. Ella no se le dijo a Vlad, incluso cuando él amenazaba su vida.

—Eso no es valentía… solo creí que si iba a morir, yo lo merecía, pero los niños y su esposa no. Ella es muy buena conmigo.

—Gracias —Dominic susurra, retrocediendo un paso, y lo agradezco en silencio. Está dándole fuerza a Britney, demostrándole que es una de nosotros. Abrazo a mi chica y la atraigo hacia mi pecho—. Buenas noches, diviértanse —murmura y camina hacia afuera.

—*¿Podrías no hacer mucho ruido?* —me burlo en ruso. Por Dios, no resistiré pasar la noche al lado de esta criatura mientras escucho sus gemidos.

—La habitación está insonorizada —responde y se aleja.

—Señora Nikova —susurro sobre su cabeza—. Me debe usted nuestro baile de recién casados.

—Lamento la demora —dice. Comienzo un balanceo suave de lado a lado, sin ninguna música de fondo. Ella es quien empieza a cantar bajo, una letra en italiano de la cual no logro identificar el autor. Es solo un dulce vaivén hasta que la cargo en brazos, aunque esta vez no chilla, solo me rodea el cuello.

—Y yo le debo llevarla a nuestros aposentos en brazos.

Tiene una dulce sonrisa en el rostro.

—Recuerda que no tengo bragas —se burla. ¿Se puede ser más dulce?

La subo por la escalera y lucho un poco con la puerta hasta dejarla en la cama, en donde ella suelta una risita.

—¿Lista para no dejar dormir a Moscú?

—No sabía que tuvieras ese ego.

—Dominic es una mala influencia —murmuro. Entonces suena mi teléfono y frunzo el ceño.

—Te mataré, Nikov —sentencia una voz que reconozco. Me tenso y me aparto de Britney.

—Los perros ladran, Ivanov, pero no muerden.

—Rebanaré tu cabeza —sisea—. Y me follaré a esa pequeña puta tuya.

—Esas amenazas son de niños, ahora entiendo por qué perdiste la Bratva. Me da vergüenza que seas ruso. Eres un desperdicio de oxígeno, Vladimir. Igual que tu hermano lo fue.

—¡No lo menciones! —estalla y escucho un golpe de fondo.

—¿Quieres una batalla? Porque te daré guerra, en mi territorio y a mi puta manera.

—¿No irás a llorar a las piernas de Dominic? —ríe.

—Lo disfruté, Vlad. Recuerdo sus súplicas cuando le enterré mi cuchillo, imploraba como una nenita. Porque el imbécil tenía bolas para violar a las mujeres, pero no testículos para soportar mi tortura.

—¡Asesinaste a mi hermano! —grita, desquiciado.

—Y ese será tu destino, Ivanov. Tocaste lo que es mío, lo que me pertenece, y pagarás el precio de tus actos.

Nadie la mira, nadie la toca. Ella es solo mía.

09: NEGRO

Britney

Roth se marcha de la recámara, dejándome sola, en cuanto cuelga la llamada. Parece molesto. Entro en la cama horas más tarde cuando me doy cuenta de que no regresará. Por la mañana me despierto sola, sin su calor. Debemos regresar a Nueva York. Él se mantiene ocupado con nuestro Capo y su hermano, pero después de mediodía nos despedimos y Raze, él y yo partimos al aeropuerto.

Las inseguridades ganan terreno. ¿Hice algo malo? ¿Está molesto conmigo? ¿Le disgusto? ¿Se cansó de mí? ¿Tuvo suficiente?

Los interrogantes mueren en cuanto percibo que se sienta a mi lado, me rodea los hombros y me lleva hacia su pecho. El feo monstruo en mi interior retrocede y respiro su aroma, tranquilizándome.

No me gusta que me interroguen sobre el futuro o mis expectativas, pero Roth lo hace con suavidad y delicadeza. Para el momento en el que registro lo que hago, ya le he contado más de lo que incluso creí. Quiero trabajar, hacer algo productivo y él está de acuerdo con que mantenga la mente ocupada. Menciona el orfanato, pero no podría con esa carga.

—Prefiero algo más sencillo, ¿mesera, quizás?

No quiero ir a lo grande, el temor de fracasar es gigante.

—Hmm, podrías ser pasante en el banco.

—¿Qué banco?

—Manejo una franquicia para Dominic.

—¿Lavan dinero y esas cosas? —Frunzo el ceño al terminar la pregunta.

—No, es completamente legal. Es una fachada de su fortuna.

—Oh, ¿y tú trabajas ahí? ¿Como un empresario?

—Unas cinco horas al día, sí.

—No lo sabía —murmuro.

—Existe mucho que no sabemos el uno del otro.

Cuánta razón tiene, pero no se me educó para saber estas cosas de mi esposo y mucho menos para preguntar. Mis órdenes eran simples: cocinarle a mi marido, abrir las piernas y dejar que me embarazara de los hijos que él deseara.

—¿Quieres hijos? —pregunto, sintiendo confianza entre nosotros para hablar sobre cualquier tema. Roth se tensa un poco, pero luego se relaja.

—No —susurra y se remueve con incomodidad.

—Es extraño… te he visto cuidar a los mellizos y jugar con Emma.

—No son mis hijos y es fácil solo estar con ellos una hora, pero tener la responsabilidad sobre la vida de pequeños seres… No, no es lo que quiero.

—¿Por el momento?

—No te quiero engañar, *moya dusha*. Sinceramente no me veo como un padre nunca.

—¿Es porque estoy enferma? —pregunto, no lo puedo evitar.

—Antes de conocerte no quería, ni después y tampoco ahora. Es una decisión personal.

—No quiero molestarte.

—Hablar no me incomoda.

Nos quedamos en silencio y él nunca me pregunta si yo quiero hijos.

Al aterrizar, varias camionetas y personal de seguridad nos esperan. Raze y Roth prometen visitarse y yo me mantengo alejada. Mi esposo me abre la puerta y partimos al rancho. Es un terreno inmenso, ubicado casi en la montaña. Me gusta este lugar, se respira paz y tranquilidad. *Madame*, la empleada doméstica, está feliz de verme. Me alegra que se acuerde de mí y no ser un fastidio para ella. Cuando entro a la sala noto algo extraño: es un cuadro que antes no estaba. Roth tiene un gusto exquisito en pinturas, aunque la mayoría son oscuras y taciturnas, pues reflejan su personalidad. Esta es de un cuervo sobre un trono y decenas de cráneos y huesos rodeando al ave. Es la representación de la muerte.

—No recordaba ese —susurro sin percatarme.

—Es una adquisición reciente, lo compré en una galería de arte.

Frunce el entrecejo, meditando.

—Es hermosa.

—Si deseas cambiar la decoración de la casa… podríamos hablarlo.

Una sonrisa discreta aparece en mis labios. Creo que si muevo algunas de sus cosas terminaría incomodándose. Algo que descubrí desde la primera vez que estuve a su lado es que le gusta mantener el orden. Y todo esto parece estar organizado a detalle y con mucha paciencia.

—Jamás haría tal cosa, señor. Tienes un gusto exquisito.

—No sé si es un halago.

—Oh, lo es. Sí, definitivamente es uno.

Roth me guía hacia nuestra habitación. Es uno de los lugares a los cuales no entré antes. Está decorada con colores oscuros, azul rey y algunos detalles blancos. La cama es de hierro y tiene cuencas abiertas, en donde me imagino que ata a las mujeres. El baño es doble y dentro se encuentra el clóset con la ropa que me compró hace semanas y la suya; todo está organizado y limpio. Incluso los cepillos de dientes están puestos de forma estratégica. Roth abre las gavetas, mostrándome mis cremas, algo de maquillaje que Emilie seleccionó para mí, perfumes y más artículos personales.

Tanta organización me hace ruido. Roth es un hombre que incluso dobla su ropa sucia, ¿no es un poco extraño?

—¿Puedo ver a Relámpago y Afrodita? —cuestiono.

—Sí —murmura, distraído, mirando la hora en su reloj—. Regresa pronto, cenaremos a las siete y debes bañarte antes.

Está tratándome como una niñita nuevamente, pero deseo tanto ver a los animales que no me importa. Me giro sin decir nada y corro al primer nivel.

—¡Cuidado, jovencita! —me grita *Madame* cuando doblo en la cocina.

Afrodita es mi yegua, me la regaló hace un año y estoy ansiosa por verla. Cuando me encuentro con ella chillo de emoción y José, el cuidador del establo, me abraza. Lo permito porque estaba acostumbraba a estar aquí con él, dándoles de comer a los caballos o cepillando su pelaje. ¡Afrodita está enorme! Y Relámpago sigue con ese mal humor que lo caracteriza.

—¡Igualito a tu padre! —lo regaño. Relincha, molesto, y me hace reír más fuerte. Me gustan los animales, son la razón por la cual evito en gran medida las carnes y elijo algo más natural para comer. Ellos tienen alma. Cuando esos ojazos me miran, parecieran hablarme.

—¡¿Y este?! —exclamo. Es el más escandaloso, está golpeando el suelo con las patas delanteras, como si quisiera atacar.

—Ese es Raze, el señor Cavalli se lo regaló de cumpleaños al patrón, pero manténgase apartada. Trae el diablo encima ese canijo.

—Es precioso.

—Y vale una fortuna, es de paso fino. El mejor potro.

—Que no te escuche Relámpago.

El caballo gruñe y Afrodita saca la cabeza, buscando tocarme. Es como si me reconociera. La acaricio un poco antes de regresar a la casa y subir a la habitación. Huelo a puro animal y tengo pelaje de ellos en mi vestido.

Roth está al teléfono, vestido solo con un bóxer, caminando en nuestra habitación. No se percata de mi entrada y me apresuro al baño porque debo oler horrible.

Me lavo el pelo y me meto bajo la ducha, pero cuando salgo no encuentro ninguna toalla. ¿Dónde dijo que estaban?

Trato de sacudirme el agua, pero no hay forma. Imaginando que Roth ya se ha marchado, salgo a la recámara. Mi esposo sigue hablando en ruso, por lo cual no entiendo nada, pero ya se ha puesto un pantalón y tiene el cinturón abierto. Miro a todos lados, buscando en dónde carajos puede haber una toalla, cuando siento esa mirada sobre mí.

Está ahí, frente a mí, con el celular en la mano y tragando en seco.

—No sé en dónde están las toallas —murmuro.

—En el tocador, ultimo cajón. —Y sonríe al decir lo último. No entiendo nada. Tratar de llevarle el paso es agonizante, pues pasa de ignorarme a sonreír. Cuando voy al tocador entiendo su sonrisa, ya que debo inclinarme para llegar al último cajón, lo que la dará una muy buena vista. Estoy paralizada hasta que siento su pecho desnudo a mi espalda y el metal de su cinturón tocándome el trasero.

—Don, ha surgido un problema que requiere de mi atención —dice antes de colgar la llamada y tirar el celular sobre el tocador. Ahora es mi turno de pasar saliva. Mis pezones ya están duros debido a la ducha, pero parecen erguirse más cuando mi esposo me toca la espalda con el pulgar, baja casi hasta el comienzo de mi trasero y regresa.

—Creí que debíamos cenar a las siete…

—¿Puedo? —pregunta, omitiendo mis estúpidas palabras—. Me parece que dejamos algo inconcluso en Rusia y no me gusta dejar nada a medio hacer.

—Estoy nerviosa —admito.

—No tienes por qué estarlo, seré gentil. ¿Te gustó lo que sucedió en Rusia?

Las imágenes, el recuerdo, las emociones, todo me impacta. ¡María Magdalena! No sentí nada de ese fuego antes, nunca.

—Sí. —respondo en un hilo de voz.

—¿Y el dolor? ¿Qué tan bien se sintió, del uno al diez?

—Cien —confieso. Fue explosivo y caótico.

—Puedo convertirlo en mil, *moya dusha*, solo debes pedírmelo.

Me toca el hombro y la otra mano me rodea la cintura hasta abrirse en mi vientre, que sigue cubierto de algunas gotas de agua.

—Quiero que me toques.

Respira agitado a mi espalda, luego la mano que tiene sobre mi hombro se mueve y abre la gaveta del frente. Son decenas y decenas de bragas que no he usado, a excepción de una en la esquina. Me preguntaba qué había hecho con ella.

—Manos a la espalda —ordena y hago lo que me dice. Me ata las muñecas con mi braga, como si aquello me diera seguridad. El material es delicado y podría, si llegara a sentirme amenazada, romperlas y liberarme—. Dime un color o número, lo primero que se te venga a la cabeza.

—Negro.

—Si es demasiado, di «negro» y todo acabará, ¿entiendes?

Muevo la cabeza, empezando a sentirme bastante ansiosa.

—¿Entiendes, Britney? —insiste.

—Sí, señor.

—Me he molestado un poco, ¿sabes? En Rusia quería tenerte, pero sentía que no estabas preparada. Aún lo pienso, ¿crees que me equivoco?

Se mueve y yo lo imito. Nos desplazamos hasta que mi pecho queda contra la superficie suave de la cama, mis manos atadas en la espalda. Respiro profundo cuando presiona su cadera contra mi trasero. Por Dios.

—¿Será como en Rusia? —jadeo. Estoy empapada entre las piernas.

—Mucho mejor, aunque quiero darte dolor antes que placer, ¿estás lista para eso? —Oh, el dolor ha sido mi compañero y aliado—. Será muy confuso, vas a querer que me detenga, pero tendrás una recompensa y será mucho mejor que la de Rusia.

—Quiero hacerlo —musito, acalorada. Recibo una nalgada amistosa y creo ver estrellas con solo ese toque.

—¿Te portaste mal, *moya dusha*? ¿Eh? ¿Mereces ser castigada?

—Merezco el castigo que *mi señor* disponga.

—Estás tan jodida como yo, nena, serás mi puto complemento. —¿Por qué sonrío? ¿Por qué eso me emociona? Jodidos o no, sí quiero ser su otra mitad—. Dame un número del uno al diez, necesito saber cómo te sientes —pide.

—Cinco.

—¡Buena chica! —ruge con emoción contenida. Me levanta el culo, me acomoda sobre el filo de la cama y no puedo moverme. Solo tengo el pecho y los hombros contra el colchón y las rodillas unidas mientras mi trasero queda exhibido para su deleite. Siento el frío de su cinturón en mis muslos, entonces lo cruza y lo asegura, uniéndolos.

No existe nada, somos solo Roth Nikov y yo en el mundo, la expectativa de sus movimientos o de qué hará a continuación, mezclado con el deseo.

—Cuenta —pronuncia antes de darme la primera palmada. No la espero, así que me toma por sorpresa y grito, pero la sensación luego de la picazón por el golpe me hace gotear y me avergüenzo—. Cuenta, Britney.

—Uno-o —suelto en un quejido. Dios, las siguientes dos palmadas son más duras y a la cuarta me introduce un dedo, uno solo. Su pulgar está tentando las paredes de mi vagina, entonces grito y no cuento ese golpe, lo que causa que reciba dos más. Quiero veinte o cien, no me importa. Estoy respirando rápido y se me acelera el corazón. No debería gustarme, pero lo hace.

Es incorrecto, está mal, va en contra de toda mi educación, pero ¡al diablo con eso! ¡Quiero más! ¡Lo quiero ahora!

—¡Más! —suplico, humedeciéndome los labios. El tirón en mi pelo me obliga a sentarme.

—Solo yo digo cuándo mereces más; debes ganártelo, *moya dusha* —instruye, mordiéndome la oreja. Grito de placer. Me tiene sentada sobre los talones y creo que acabo de orinarme sobre la cama. Las piernas me tiemblan, el corazón me palpita y no ha hecho nada que no sea darme seis nalgadas y meterme un dedo. Quiero más y estoy dispuesta a conseguirlo.

—Necesito… quiero. —Desesperada, muevo la cabeza. No encuentro las palabras para gritar y exigir, pero él me da placer. Lleva su mano por mi vientre, bajando hasta mi sexo y abriéndome con sus dedos. Dejo caer la cabeza hacia atrás, contra su pecho. Estoy resbaladiza, caliente y sus dedos exigentes van rodeando el lugar que quiero, donde me duele. Quisiera

abrirme más, así que muevo las piernas y aparto un poco las rodillas, todo lo que me permite el cinturón.

—Buena chica. —Me premia pasándome la lengua por el cuello y el hombro, succionando… y lo siento ahí, en mi centro—. Estás empapada y entregada a mí, ¿qué quieres, Britney? Solo puedes tomar un premio. Mi boca, mis manos o mi polla. Uno de ellos.

Estoy casi experimentando ese placer de Rusia y sé que si elijo sus dedos lo obtendré y el placer culminará, pero anhelo conocer otras partes. Y su boca ya la he tenido, así que…

—Lo último —jadeo, lamiéndome los labios.

—No será gentil.

—No me importa. —Dios, estoy casi llorando.

Tengo los ojos llenos de lágrimas porque el placer es muy potente. Sus dedos no paran de hacer círculos y torturarme sin tocarme en donde lo necesito. Gruño, frustrada, cuando pierdo su contacto. ¡No! Entonces me levanta de la cama, dejándome de pie en el piso y me quita el cinturón de las piernas. Luego lo pasa por mis brazos y lo asegura por mis codos. Cuando se sienta en la orilla ya no tiene el pantalón y solo se baja el bóxer. ¡Cristo crucificado, eso es un animal! Se toca de arriba abajo y un líquido le sale por la punta. Siento curiosidad y asombro, pero más que nada estoy necesitada. Me agarra de la cintura y me carga a su antojo, como si fuera una muñeca. Dijo que solo podía elegir una y, sin embargo, me da dos cuando me ataca los pechos con la poca. Parece que es algo que le gusta de mi cuerpo, pues me los muerde y tiemblo mientras siento su polla abriéndome los labios, mojándose. Él gruñe y se le contrae el vientre. Es solo la punta y siento que de ninguna manera podré tenerlo por completo en mi interior.

—Tómame, Brit. Siéntate despacio.

Todo sería más fácil si pudiera agarrarme de sus hombros. Él nota mis dudas porque empieza a moverse un poco y luego algo más. Grito, dejando caer la cabeza en su hombro. Es muy grande… Demasiado grueso.

—Vamos, nena. Estás lista para mí —gruñe entre dientes.

No hay vuelta atrás, es ahora o nunca. Y yo lo quiero ahora.

Empiezo a bajar, sintiendo cómo me abre por completo. Muevo la cabeza, negando, y mis labios suplican más. Quiero todo, el placer, el dolor, la agonía, el mundo, ¡lo quiero a él! Me toma del pelo con su puño y da un tirón fuerte, haciendo que me arquee y mis senos queden frente a su cara. ¡Por todos los muertos! Jodido hombre del infierno. Abre la boca y saca la lengua, lamiendo como un animal. Sus ojos negros son dos cuencas de lujuria intensas y preciosas.

Mi perdición radica en su mirada.

Baja mi cuerpo, pues es quien tiene el dominio de todo, y un segundo más tarde entra por completo. Me siento llena e hinchada, ¡juraría que lo tengo en la garganta! Estoy desesperada, necesitada, hambrienta, ¡es inexplicable y maravilloso! Jadeo por aire y cierro los ojos, viniéndome sobre su polla solo cuando me muerde el pecho y me da esa nalgada decisiva. Estoy en el cielo o en el maldito paraíso. Los demonios pueden atacar cuando se les dé la gana, yo tengo a un guardián que los condenará a todos. Roth Nikov es mío y si la muerte me lo arrebata, iré al mismísimo infierno y lo traeré de vuelta.

10: APARIENCIAS

Roth Nikov

No me gusta que me toquen en el acto sexual, no es algo que desee y por ello me confunde el anhelo que tengo de sentir sus manos en mis hombros o en mi espalda, quizás arañándome; sin embargo, la mantengo restringida. Se viene con un grito, le tiemblan las piernas y siento cómo sus fluidos me empapan. Salgo de su interior y la giro para dejarla de rodillas. Joder, no tengo un condón. *¡Al diablo con eso!*, insisto en mi interior y me convenzo de que será solo una vez, que mañana buscaremos una solución.

No la dejo tomar aire cuando ya estoy nuevamente en su interior, le rodeo el pecho con una mano y torturo su seno derecho. Ella me ofrece su cuello, el cual empiezo a mordisquear mientras me muevo. Es una tortura lenta que eleva cada uno de los sentidos.

—Mira cómo te gusta, *moya dusha*.

—Sí… Me gusta.

—No lo estaba preguntando —digo, sonriendo contra su cuello—. ¿Lista para perder el sentido?

Abro el cinturón, liberándole los codos, y luego tiro de las bragas para dejarle sueltas las manos. Ella se acomoda hacia adelante y le enredo mi puño en el pelo, sosteniendo sus hebras doradas. No se imagina el primer golpe contundente, así que le doy una fuerte palmada, coloreándole el trasero. Mis manos quedan marcadas allí y no me detengo, muevo la cadera con suavidad, pero mi palma golpea una y otra vez su piel suave. Ella está desarmada.

Cuando la piel está roja, brillante y me siento complacido, dejo de lado las palmadas y acelero el ritmo. Estoy loco de placer, observando cómo entra y sale mi polla de su coño. Creo que, después de todo, quien ha perdido la razón he sido yo.

—Vente, *dusha*. ¡Vente para mí! —le ordeno y mi mujer cumple. Se retuerce, viniéndose duro y provocando que mi orgasmo se precipite. Si no tuviera el trasero rojo, saldría y… ¡Mentira! Quiero que me tenga en su interior, que sepa que no existe ningún alma en el maldito mundo que volverá a tener esto de ella. Nadie la tocará, solo yo.

En cada puto y jodido sentido. ¿Estoy siendo un neandertal? ¡No me importa! He querido tener esto desde hace años: una mujer, una compañera, alguien que tome mi mundo por completo, ¿será esa Britney?

Mi esposa cae en la cama, satisfecha. Me gusta que no se sienta cohibida de su cuerpo, ya que es hermosa. Ella se estira como un felino y hace una mueca cuando su trasero toca las sábanas. Siento su mirada en mí mientras me giro hacia el baño, en donde abro uno de los cajones y saco dos toallas, una para humedecerla, y también un frasco de crema humectante. Cuando regreso tiene los ojos cerrados y se encuentra bocabajo. Me unto los dedos con la crema y empiezo a masajearle la piel roja. Hago lo mismo con sus hombros y muñecas, que tiene marcada por las bragas. Parece que estuvo tirando y se lastimó un poco. Mi polla no ha dejado de estar emocionada y sé que podría continuar, pero no hemos comido nada desde el jet.

—Vamos a cenar —murmuro, besándole la espalda. Me alejo para darme una ducha corta. Una lástima, no quisiera dejar de oler a ella.

Cuando ingresa al baño, Brit tiene mi semen deslizándose por la cara interna de los muslos y está roja como un tomate. Disimulo una sonrisa mientras termino de quitarme el gel y ella se para a mi lado. El agua cae desde el techo y ahora luce tímida, quizás porque está procesando cada detalle de lo que acaba de experimentar.

Me gusta el silencio, me fascina que no trate de presionarme y se adapte rápido. La veo doblar la ropa sucia y las toallas húmedas y le indico dónde van. *Madame*, conociendo mis manías sobre la limpieza y organización, lava a diario mi ropa.

—¿No vas a preguntarme si me gustó? ¿Si lo disfruté? —cuestiona al tiempo que termino de ajustarme el pantalón de chándal.

—Conozco el cuerpo de una mujer y sé que te gustó. No debo preguntarlo.

—El cuerpo de una mujer —repite, meditando. Está luchando con el cierre de un vestido color ciruela que se le pega a la figura y le queda justo por encima de las rodillas—. ¿Eso es lo que haces con Evangelin?

¿Por qué estamos redirigiendo esto hacia ella? Frunzo el ceño y camino para ayudarla con el cierre, pues se nota un poco incómoda e indecisa.

—No —respondo, esperando que eso le brinde nuevamente seguridad—. Cenar. Ahora —gruño cuando intenta objetar.

No quiero hablar de otra mujer con mi esposa, no cuando estoy con ella. Si quisiera a otra, entonces no estaría aquí. Refunfuña cual niña pequeña y se cruza de brazos para salir resoplando. Pongo los ojos en blanco y la sigo. Tiene unas zapatillas de plataforma y cuando camina se le mueve el jodido culo. Esta chiquilla es la tentación hecha persona.

Me da curiosidad saber por qué ha elegido vestirse así para andar por la casa, ¿tiene algo que ver Evangelin en esto? Britney no tiene comparación: tiene el pelo rubio, lacio y largo, la silueta de su cuerpo es parecida a la de una guitarra, posee caderas anchas y hombros delicados que hacen juego con sus pechos pequeños. No es alta, pero tiene una estatura bastante promedio. Sé que se ocultaba bajo la ropa extragrande, no obstante, desde que se hizo amiga de Emilie, poco a poco ha ido adoptando este vestuario nuevo, ¿se debe a eso? ¿O a querer ser una copia de Evangelin?

—Yo lo hago —le indico al llegar al comedor, abriéndole la silla junto a mí. Su plato está tapado, igual que el mío, y un vino tinto está en la hielera. Lo descorcho y le sirvo, dejándolo respirar. Luego le pongo agua en la otra copa, destapo su plato y le dejo la servilleta en las piernas. Al final me siento en mi lugar—. ¿Qué? —espeto ante la mirada que me dedica.

—¿Sabes que puedo hacerlo por mí misma? No soy una niña tonta.

—Las niñas tontas no hacen lo que acabamos de hacer —susurro y le acaricio la mejilla con el pulgar—. Me gusta tratar bien a mi esposa, lavarle el pelo, peinarla, masajear su cuerpo, acomodarle la mesa… y eso no tiene nada que ver con ser tonta o no, se trata de saber cómo complacer a una mujer. En este caso, *mi mujer*. ¿Te incomoda?

—No, no… Viéndolo así, no. Solo me… ¿sorprende?

—¿Por qué?

—¿Dónde está el truco? Eres un buen amante, parece que eres un poco maniático de la organización, estás cuidándome… ¿Dónde está la parte mala?

—Soy un asesino, la mano derecha del jefe de la mafia, te expuse y expongo al peligro… ¿olvidas eso?

—No lo olvido, pero hay un truco, ¿cuál es? —susurra.

Inteligente criatura. Sonrío, cortando la carne; ella tiene una sopa de zanahoria, vegetales al vapor y un pedazo de pescado, dado que no le gusta comer carnes rojas.

Siempre hay un truco, moya dusha, siempre. Mastica despacio y me la pone dura verla tomarse el vino porque está haciendo ruiditos de placer y mi mente pervertida quiere doblarla en la mesa y chuparle el coño bañado de vino. Ella es ajena a mi mente manipuladora.

Cuando ambos terminamos, retrocedo un poco en la silla.

—Sí existe un truco, Britney.

—Lo sé —lamenta suavemente—. ¿Me lo dirás?

Lo medito, tocándome la barba. Soy un hombre adulto, con gustos y preferencias particulares y no quiero hacerla sentir obligada a nada ni comprometida a mi estilo de vida. Podría dividirla… Pero en nuestra habitación me ha demostrado otra opción.

—Me gusta causar dolor —musito, tanteando su reacción.

—Lo sé, y me gustó en la habitación…

—Eso no fue dolor —la interrumpo y veo la sorpresa en su rostro—. Fue placer, Britney, es lo que te di. Placer.

—¿O sea que existe algo más fuerte?

—Oh, mucho, nena. Mucho, pero no quiero que te sientas obligada a nada. Puedo tener esto: complacerte en la casa, permitirte quedarte aquí y vivir una vida monótona, ser inocente y una buena esposa o…

—¿O qué…?

—No quiero ser la mitad de nada, pero existe una decisión que debes tomar, *dusha* —digo, alcanzando su mano y besándole los nudillos. Luego agarro su meñique, lo chupo un poco y termino mordiéndoselo. Ella endereza la espalda y cierra los ojos de golpe.

—¿Cuál? —jadea. Su pecho sube y baja con violencia.

—Quiero que seas mi mascota. —Al terminar de decirlo, casi puedo correrme en los pantalones. Ella se escandaliza, sabía que lo haría, pero también veo que la curiosidad gana terreno en su mirada multicolor.

—Evangelin estaba desnuda, todos la podían ver…

—Pero ella es mía —zanjo—. Y solo ese hecho la convierte en alguien intocable.

—¿Es eso lo que quieres? ¿Tenerme de rodillas como a un perro? Pensé que tú, creí que…

—Que soy diferente y bla, bla, bla. Lo sé, podría serlo, Britney, si es lo que tú quieres. Vendría a casa y estaría contigo, cumpliría mi papel de esposo al cien por ciento, en cada sentido, pero tendrías la mitad de mi vida y no a mí por completo. Y por primera vez quiero mostrarme como soy, sin esconder ningún lugar de mí, y lo quiero contigo. Mi vida se ha basado en un mundo de apariencias, en ser un hombre sofisticado y controlado.

—Roth… —Niega, confundida.

—Por eso me negaba a verte como una mujer.

—Estaría tan expuesta —jadea—. Lo sé, busqué un poco de información en internet. Vi esas imágenes, cómo algunas mujeres disfrutaban del dolor y otras se veían… humilladas, pero sus rostros reflejaban otras emociones. Todo es muy confuso para mí, este mundo es completamente nuevo. Es un terreno que me emociona y aterra al mismo tiempo.

Se levanta de la mesa, inestable, y espero encontrar repulsión, asco o gritos, pero ella solo camina en círculos y se toca la cabeza. Su confesión me toma desprevenido, lo cual es algo inusual para mí. La curiosidad es más poderosa que el miedo. La primera vez que miré a esta mujer era una niña, no existió ningún vínculo sexual, sino esa llama de justicia y venganza en el cuerpo.

Quería cuidarla y darle una oportunidad, pero más adelante eso se fue transformando en un tipo de instinto protector que solo sentía hacia Emilie. Sin embargo, cuando se hizo mayor de edad y la observaba mirarme a lo lejos, aquello pasó a ser un anhelo.

Me decía que era una joven convirtiéndose en mujer, que estaba jodida en demasiadas formas y que solo la necesitaba como mi esposa, la perfecta ama de casa italiana, cumpliendo con las tradiciones de la *famiglia* y dándome estatus. Nada más. Pero ahora puedo verlo, su temple, las

ganas, el deseo de lo desconocido, su entrega. Ella podría ser parte de mí sin reservas.

Sin mentiras ni apariencias estúpidas. No quiero que seamos otra aburrida pareja de casados. ¡Pf!

—Todos mirarían mi cuerpo, sabrían quién soy, ¿eso no te incomoda?

—Ocultaríamos tu identidad, por supuesto. Una peluca, un nombre diferente, nadie sabría que eres mi esposa.

—¿Y qué debo hacer? ¿Estar desnuda y arrodillada?

—Complacerme —replico—. Es más que solo estar a mis pies, no lo veas de ese modo. Me acompañarías en todo momento, en los clubes, en los casinos, a algunas reuniones importantes. En algunas ocasiones estarías vestida formal y a tu gusto, pero, en otras, te adaptarías al mío, desnuda o no. —Me muerdo el labio al imaginármela. ¿Podría concentrarme yo teniéndola desnuda en una misma sala repleta de hombres? Me gustaría ver eso.

—Pero es denigrante —murmura en *shock*.

—¿Estar desnuda o de rodillas? ¿Cuál de las dos es el problema?

—¡Ambas! —chilla. Esa es su moral hablando. Juego con los dedos en la mesa de doce lugares, entonces agarro el cuchillo con el cual acabo de cortar mi filete de carne en trozos y me pongo de pie. Ella no se acobarda y tampoco retrocede, pues sabe que aunque tenga un cuchillo, nunca intentaría lastimarla. *¿No lo ves, chiquilla? Eres la mitad de mi infierno*.

Y yo no busco redención.

Le agarro la mano y la muevo contra la pared, presionándola mientras muevo el cuchillo en su escote en V. No tiene sostén y sus tetas divinas se yerguen bajo la tela. Sonrío de lado antes de empezar a cortar su nuevo y lindo vestido, pues, de todos modos, no era de mi agrado. Tiro el cuchillo a la mesa y termino de romper la prenda con un tirón, la cual queda colgando a pedazos de sus hombros. Lleva una linda tanga negra que esconde un afeitado en triángulo. Gracias, querida Emilie. Sé que se encargó de eso para nuestra boda… y espero que también de algún anticonceptivo porque voy a follarme a mi esposa en mi puto comedor, de rodillas y desnuda, así entenderá lo denigrante que puede ser.

Grita, tapándose la boca, cuando soy yo quien se hinca a sus pies. Su expresión de asombro muere cuando le subo la pierna a mi hombro y hundo mi cabeza en el vértice de su coño, aspirando su olor almidonado.

Paso la lengua sobre la tela ya húmeda y luego muerdo un poco. Después aparto un poco la tela y reclamo su coño con mi boca. Me agarra el pelo con fuerza y parece que está a punto de desfallecer con una sola lamita, así que la muerdo. Carajo, me encanta morderla, sus gritos, sus jadeos, el sabor de sus fluidos… todo me hace la boca agua. Introduzco dos dedos en su coño hinchado y los muevo dentro y fuera a tiempo que no dejo de deleitarme con su clítoris. Brit luce ida del jodido planeta.

No me parece que el placer sea denigrante para nadie; este es mi mundo, son mis malditas reglas y no la obligaré a seguirlas. Ella puede elegir entre tener al hombre sofisticado en casa, follándola y enseñándole un millón de perversiones en la cama, o tener al animal, ese que va a darle el maldito mundo y postrará a todos a sus pies. Estar de rodillas no la hará menos, sino mía. Podrá pertenecerme en cada puto sentido.

Pero es su decisión y no mía. Y aceptaré aquello que esté dispuesta a darme, incluso si llego a sentirme decepcionado.

Se le contrae el vientre, me agarra con más presión y saco los dedos de su interior cuando sus paredes me oprimen, cambiándolos por mi lengua y abriéndole más las piernas. Soy un hijo de puta codicioso y quiero hasta la última gota de su elixir. Grita y suplica mi nombre.

Eso es, pequeña, yo soy tu hombre, pienso Cuando se calma, bajo su pierna de mi hombro y me pongo de pie, limpiándome la esquina de la boca con el pulgar y luego chupándomelo. Lo dije, no quiero perder nada de ella.

—*¿Fue suficientemente denigrante eso o quieres un poco más, mi alma?* —digo en italiano y sí, lo he recalcado. Soy un bastardo que irá con todo. La quiero a ella, incluso si debo seducirla. Le agarro la mano, guiándola a mi polla, y cuando la tengo donde la quiero, la obligo a apretarme. Sus malditos ojos son alucinantes, brillantes y llenos de sorpresa—. ¿Puedo denigrar a mi esposa sobre la mesa del comedor? Realmente estoy ansioso por ello.

Mi gacela afirma con suavidad y sonrío antes de llevarla a la mesa, doblar su cuerpo y de quitarle el pedazo de trapo que pende de su cuerpo. Obtiene una fuerte nalgada sobre su piel ya roja y solo se agarra a la mesa. Chica lista.

—Esto será rápido —le advierto—, pero intenso.

Antes de que replique nada, le abro las nalgas y me hundo en su interior de una sola estocada. Curva la espalda y saca el culo como una ofrenda para su marido. Le acaricio la espalda, desde el cuello hasta la raja de su trasero, y vuelvo a subir la mano para empuñar su cabello. Cuando empujo, las copas en la mesa se caen y Britney chilla, apretándome la polla.

—Eso es, cariño, tómame por completo.

—Señor… ¡Oh, Dios mío!

A la hora de dormir descubro dos cosas. La primera es que mi mujer no está bajo ningún método anticonceptivo, así que soy un estúpido por suponer una mierda y no puedo follarla una tercera vez como se me apetece al no tener un maldito condón. La segunda es que mi esposa se acurruca en las sábanas y termina llorando. Mi primer deseo es abrazarla y consolarla, pero no lo hago porque solo he sido honesto con ella y, según mi perspectiva, no la he ofendido.

En algún punto se duerme y yo hago lo mismo para levantarme solo unas horas después. No soy alguien que esté acostumbrado a largas jornadas de sueño. Mi cuerpo se ha adaptado a cuatro o cinco horas, lo necesario para mantenerme. La dejo sola y hago mis rondas de correr por los alrededores y también visito los establos y a mis chicos, dejándoles agua limpia. José se encarga de ellos, pero dicen que la mano del amo engorda el caballo. Y lo creo.

Organizo una visita a la doctora Falcone en su clínica privada, cortesía de Dominic, y más tarde lo llamo. Bañado y vestido de traje, voy y despierto a la bella durmiente de mi lecho, quien tiene un hilo de baba pendiendo de sus labios y cuyo pelo parece un gallinero. Se despierta de un salto y me recuerda a esas caricaturas animadas que Ellie suele mirar en las noches.

—Tenemos una cita médica en una hora y yo una reunión en el banco dentro de tres. Tendrás que comer algo en el coche porque te he dejado dormir todo lo que he podido.

“Porque te quedaste hasta tarde llorando.”

Es práctica, rápida y no me hace perder tiempo. Le toma media hora estar lista y parece que fuera una hija a la que debo llevar a la universidad. Usa un vaquero negro de su talla, de aquellos que yo mismo le encargué a la vendedora, y una de las playeras grises que uso para correr. Lo complementa con unos tenis que no sé de dónde han salido y con su pelo suelto. Me quemo con el café y casi lo escupo, ¿qué carajo? ¿Ahora quiere jugar a ser una nena?

La asusté. Anoche la alejé de mí, ¿eso es? Pero su ánimo me desconcierta, pues es fresco y relajado cuando toma un trozo de pan de la mesa y un poco de jugo.

—Lista —anuncia, sonriendo. Mujeres, ¿cómo mierda hago para entenderlas?

Cuando llegamos a la cita no sabe qué elegir y yo parezco su traductor. Al final elijo las inyecciones cada tres meses como el mejor método, pues si decide usar un aparato en la vagina,

tendré que esperar a que le llegue el periodo, es decir, tardaremos tres semanas en poder follar a gusto. Si elijo las pastillas, ella podría olvidarlas y nos quedaríamos con un regalo, lo cual no quiero que suceda. Por todo esto, nuestra mejor opción inmediata son las inyecciones y, si todo va bien, más adelante yo me haré la vasectomía, pues siempre la he visto como la meta final.

De esta manera, además, ella no tendrá que introducirse ningún químico al cuerpo.

La llevo de regreso, le presento a quienes serán sus *guardias* de seguridad y le entrego todos sus dispositivos nuevos: su *laptop*, su móvil y una tablet para sus dibujos. Cuando estoy de salida, un camión está estacionado en el frente dejando un piano.

—La señora Cavalli dice que es un regalo para usted, señor —murmura Gastón, mi jefe de seguridad y quien permanecerá junto a Britney en todo momento. Frunzo el ceño, agarrando la nota. El instrumento es elegante y sofisticado, pero nunca he tocado uno en mi vida.

«Lo he comprado resistente. De nada. Te quiere, Em».

Britney sale, admirando el instrumento. No tengo tiempo de llamar a Emilie y preguntarle por esto, pues es el regalo más tonto que me ha comprado. Guardo la nota cuando mi esposa se me acerca y ella me arregla las solapas del traje.

—Que tengas un buen día en la oficina —susurra, entonces se pone de puntitas y me besa rápido en los labios. Siento la decepción invadirme. Eligió una vida monótona y rutinaria. Pensé que ella sí entendería…

—Igual tú, Britney. —Es lo último que le digo antes de marcharme y marcar distancia.

Si eligió la fachada es mejor que entienda que solo tendrá a un hombre frío, el cual llegará a casa y se la follará solo si le apetece. Tendrá dinero y lujos, pero perdió esas partes que creí ver en ella y que me emocionaba compartir a su lado.

Soy un desastre en la oficina, no retengo ninguna información e incluso en una videoconferencia con Dominic, mi mente vaga en todo momento hacia mi mujer, a las cosas que pude haberle enseñado y el lado oscuro que creí interpretar en su persona. Ella me envía un mensaje de su nuevo número, pero pierdo el interés en mirarlo, ¿qué me dirá? ¿La cena estará lista? Uf. Nada que me interese. En cambio, llamo a *Madame* y le ordeno tenerme otro traje planchado. Debo ir a La Mazmorra esta noche.

Regreso a la casa desanimado y Gastón me informa los pormenores de mi esposa: tomó un poco de sol, ayudó a José con Afrodita y luego se sentó a dibujar. Aburrido, aburrido, ¿cómo la moral puede ganarle a conocer el jodido mundo? Nunca lo entenderé.

—¿Dónde está ahora? —cuestiono, quitándome la camisa.

—En su recámara, hace horas que se encuentra encerrada.

Oh, mierda ¿Y si…? No. Niego, ella no atentaría contra sí misma nuevamente. No… ¿o sí? Un poco de pánico se me adentra en los huesos y subo la escalera de dos en dos, apresurándome hacia nuestra habitación. Cuando la abro, lo primero que hago es llamar su nombre.

—¡En el baño! ¡Ya salgo! —grita y se escucha animada. Reviso todo en busca de algún arma o utensilio que pudiera haber utilizado para causarse daño, pero no veo nada. Todo está despejado. Voy a la puerta del baño y la golpeo.

—Sal, Britney. Necesitamos hablar —digo, desesperado. ¡Quiero verla! ¡Asegurarme de que está bien! ¡Si se lastimó ha sido mi culpa!

La puerta se abre y ella aparece detrás. Debo retroceder un paso. Abro la boca y la cierro, sorprendido. *¡Mierda, mierda, mierda!*

—Me enteré de que tiene una reunión esta noche y pensé que necesitaría la compañía de su… No me gusta el término «mascota», ¿podríamos usar otro? ¿Dama de compañía?

—Sumisa —jadeo—. Ese. —Carraspeo con la boca seca—. Ese es el termino correcto.

—Sumisa. —Lo medita—. Me gusta, también pensé que *dusha* podría ser un buen nombre.

Mi esposa parece otra mujer, pues usa un vestido negro, largo, con una abertura que deja ver su pierna y estoy seguro de que no tiene ropa interior. El jodido escote es elegante, nada vulgar, y porta una peluca negra recortada sobre los hombros con un flequillo. Su boca, su jodida boca está pintada de un fucsia que quiero arrancarle a besos.

—Carajo —digo, asombrado—. ¿Estás s-segura?

—Sí, quiero intentarlo.

«Intentarlo», eso es todo lo que necesito, ella va a intentarlo.

11: PLACER RUSO

Britney

Una doble dosis no le hará daño a nadie, puedo con esto. Es solo un poco de adormecimiento. Lo haré hasta acostumbrarme y no pasaré de ello. Pronto mi cuerpo se adaptará al químico. Volveré a la normalidad y tendré a Roth conmigo. Sí, así es. Tiene que ser así.

Observo mis pastillas, tres de ellas. ¿Es esto lo que quiero?

¿En qué me convertirá? Tomo un poco vodka, dejando de momento las pastillas de lado. El puto líquido me quema la garganta y el estómago, ¡está hirviendo! Todo el cuerpo se me calienta con rapidez.

Roth llega a casa, soy capaz de advertir su sorpresa. Me agrada.

—¿Lista? —cuestiona cuando llegamos al club. Se ha cambiado a uno de esos trajes oscuros que tanto me atraen. Se ve elegante, refinado y poderoso.

Qué tonta fui al creer que sería un caballero, un príncipe de cuento. Este hombre es mi villano, pero una versión que necesito. Retuerzo los dedos, sintiendo ansiedad en todo el cuerpo. Me pica y la cabeza me va a explotar. Solo hasta que mi marido me coloca su mano firme sobre el muslo es cuando esa picazón pasa a ser un ardor de expectación. Respiro profundo antes de observarlo dentro del coche, parece que todo se ha reducido.

—Sí —respondo, sonriendo, pero ¿estoy realmente lista?

Quiero ser perfecta para él, complacerlo. Pero ¿y si me equivoco? ¿Si solo estoy hundiéndome en un pozo del cual no saldré?

Emilie dice que puedo lograrlo y me ha puesto en contacto con una de sus amigas: Hannah. Dice que tener una amiga me ayudará y que debo explorar aquello que me gusta y lo que no. Esa es la razón para intentar esto. ¿Y si fracaso?

—Mi hermano nos ha invitado a pasar la tarde de domingo en su club, ¿te gustaría ir?

—¿Un club de sexo y esas cosas…? —cuestiono, pálida.

—No —responde con una sonrisa—. Es un club de motos.

¿Motos? Eso me llama la atención, son fascinantes y me encantaría ir.

—Es un plan perfecto.

—Creo que he corrompido tu mente. —No voy a contradecirlo. Mi esposo mueve la mano, desabrochándome el cinturón. Está inclinado sobre mí y su respiración me golpea el hombro—. Aunque llevarte a un club de sexo entra en la categoría de cosas que me gustaría experimentar; sin embargo, un paso pequeño a la vez para ti, cariño.

Sale del vehículo y me ordena que me quede allí hasta que da la vuelta y me abre la puerta. Estamos en ese estacionamiento subterráneo de la otra ocasión. Hoy ha conducido un deportivo rojo sangre, muy extravagante incluso para él. Estamos tan cerca… Sé que no debo tocarlo, así que, ,en cambio me paso la lengua por los labios pintados y alzo el rostro.

—Me gustaría que mi esposo… —Se inclina y me besa. Le agradezco a todo lo sagrado que el labial sea resistente. Sus manos me abrazan la cintura pegándome a su cuerpo, mientras su lengua saquea mi boca—. Me bese —finalizo cuando se retira.

—Sabes tan dulce —murmura, acariciándome la mejilla con los nudillos—. Vamos, preciosa.

Vuelve a pasar el sistema de seguridad con su palma y entramos al pasillo por donde nos fuimos la última vez. Mi inseguridad crece, pero cuando entramos a la oficina siento cálido su interior. Los cuadros que cuelgan de la pared ahora tienen más sentido porque conozco sus

gustos. Entonces me suelta la mano y se dirige al escritorio para hurgar en su interior. Abro los ojos de par en par al ver su mano.

—La tomé prestada aquella noche, espero que no te incomode.

Es el antifaz negro con pequeñas plumas de pavo real coloridas. Sonríe y ese acto me lleva al mismísimo paraíso. Haría cualquier cosa por recibir esa sonrisa siempre. Se ubica detrás de mí y me cubre los ojos con el antifaz. Mi corazón y respiración van a un ritmo anormal, ¿esta es la parte en donde debo desnudarme?

—Olvidé quitarme el anillo —susurro, sintiéndome tonta. Quiero quitarme el diamante azul.

—No quiero que te lo quites nunca —me ordena. Muevo la cabeza, temblando ante su cercanía y su voz. Me altera.

—¿Qué debo hacer, señor?

—Esta noche solo déjate llevar. No hay reglas, *mi alma* —pronuncia y me deja un beso suave en el hombro—. Quiero que disfrutes, solo recuerda mantenerlo formal.

—Sí, señor.

—Tengo una reunión importante, quizás te miren. No dejes que eso te incomode, eres mía y de nadie más. Vamos.

—¿No vas a agarrarme de la mano?

—No, y debes caminar un paso por detrás, a mi lado. Iremos de a pocos. —Me giro despacio y consigo una caricia en la mejilla antes de que abra la puerta y empecemos a caminar. Me mantengo como me indica, esa parte no es un problema. Mi padre me enseñó a bajar la cabeza y guardar silencio cuando se me ordena.

Todos inclinan la cabeza cuando mi esposo pasa por delante de ellos y algunos murmuran cosas a nuestra espalda, aunque me impresiona que ninguno me lance alguna mirada lasciva. Me siento como un diamante en la galería de arte: todos saben que estás ahí y te adoran, pero ninguno te toca. Subimos a su palco. Gastón y otros tres hombres están de pie. Roth me señala la barandilla mientras se inclina para susurrarle algo a Gastón, quien frunce el ceño y asiente antes de marcharse.

Observo la pelea en el *ring*, los golpes mortales, la algarabía de los hombres, las mujeres casi desnudas paseándose con bebidas en mano y luego, en un rincón, veo a Fabiano Ferraz. Siento que me mareo ligeramente, ¡él lo conocía! ¡Sabía quién era! ¿Ambos fingieron? ¿Fue una trampa aquella noche? ¡¿Qué carajos está sucediendo aquí?!

—Lo conocías —lo acuso en cuanto siento las manos de Roth en la cintura. Está abrazándome por la espalda.

—Y tu amigo me conocía a mí, es quien te dio la ubicación, ¿no es así?

—Sigue vivo —comento en voz alta.

—Deduje que si lo mataba te molestarías —confiesa—. Aunque, si permites mi consejo, no es un buen amigo si te envía a un lugar como este.

—No hablamos desde esa noche.

—Me alegra, ¿continuará de ese modo?

Los gritos de los presentes abajo me hacen saltar, asustada. Fabiano se encuentra recolectando algún tipo de apuestas y se le ve animado, en su elemento. Este es su mundo, entonces, ¿qué hacía en la universidad?

—No era mi amigo… —jadeo—. Lo enviaste a cuidarme.

—Chica lista —me halaga. La ira me nubla la mente, ¡me estuvo viendo la cara de idiota! Planeo hacerle frente cuando alguien se aclara la garganta y anuncian la llegada de un hombre.

Roth me ordena ir al asiento de al lado y lo último que obtiene de mí es una mirada furibunda. Me observa un poco más, disimuladamente; sin embargo, su acompañante aparece, cortando así su escrutinio.

—Un gusto conocerte, Roth Nikov —lo saluda un joven rubio, menos fornido que mi esposo. Tiene una sonrisa descarada y no alza la mano, simplemente se queda junto a las dos mujeres que lo acompañan y nos mira a todos rápidamente.

—Un placer, duque Wellington, bienvenido a mi morada.

—¿No vas a inclinarte?

Roth muestra su sonrisa de «jódeme», puedo ver la burla en sus ojos. ¿Soy la única respirando como un pez globo a punto de reventarse?

—Solo me inclino ante un hombre, Su Gracia, y no se encuentra en esta sala —se burla, lleno de cinismo. Dios, mi centro se empapa incluso a pesar de la ira que siento. Verlo en esta versión me atrae muchísimo más que su máscara de caballero.

—Dominic Cavalli —murmura el hombre, contrariado—. Es un insolente…

—¿Por qué? ¿Terminó inclinado ante él? No me sorprende, el hombre es un hijo de puta. Me agrada. Por cierto, usted en cambio, tiene coraje o es demasiado inocente como para venir a pedirme ayuda.

—Eres el único que me hará llegar a Cavalli —casi implora el hombre. «¿Es realmente alguien de la realeza?». Oh, santa Bárbara—. ¿Podríamos tomar asiento?

Roth lo inspecciona un poco antes de ordenarles a sus lacayos que le sirvan a Su Gracia, el duque, lo que desee. Este sonríe deleitado, tomando su lugar junto a mi marido.

Las mujeres, que visten solo unas telas blancas y tienen los pechos descubiertos, mostrando su femineidad, ingresan con bebidas selladas, copas y vasos limpios. El ruso abre una de las botellas y sirve un pequeña cantidad del líquido burbujeante antes de indicarme que beba un poco.

El hombre sí es un duque del Reino Unido, aunque está acabado, dado su poco control con las mujeres y el dinero. No puede recibir más dinero de la reina y por ello le ofrece un trato a la *famiglia*. Dispone de los recursos necesarios para invadir el Reino Unido de coca dorada, la mercancía especial de la *famiglia*, y para distribuirla. Escucho todo, cada vez más asombrada y tomando la bebida dulce y refrescante que mi esposo sigue sirviéndome.

Poco a poco voy sintiendo calor en el cuerpo, un fuego violento. Siento que me quemo desde adentro hacia afuera. Escucho vagamente que Roth se niega, sopesando algo, y que el duque le suplica que le otorgue una oportunidad.

—Vamos, he venido desde lejos. Solo comunícale mis intenciones a Cavalli. —El hombre suda.

—¿Tienes idea de en dónde estás metiéndote? Esto no es un juego. Si entras, no sales, duque Wellington.

Roth lo observa y el hombre traga saliva, entonces afirma con prisa.

—No sabe un carajo —murmuro y me tapo la boca al segundo. ¡Oh, Dios mío! ¿Qué está mal conmigo?—. Lo siento, me disculpo, señor. No fue mi intención…

—Creo lo mismo —me interrumpe Roth—. No sabes nada de esto, así pues, ¿por qué debería confiar en ti cuando le has fallado a tu propio reino?

—Roth, creí que…

—No me tutees, no eres mi igual.

—Lo siento, pensé…

—Eres muy débil, no me sirves. Titubeas, *¿te disculpas?* ¿Tienes una polla o un coño?

Estoy gravemente confundido. Me has hecho perder mi tiempo y odio eso, ¿cómo vas a compensármelo?

—¿Qué? —exclama el hombre, poniéndose de pie. Al mismo tiempo los de abajo rugen, parece que alguien ganó la contienda. El rubio corre a la baranda, se inclina, observando algo y luego se gira, rabioso y aterrado.

—Y ahí se fueron tus últimos billetes, ¿no? —Roth se mofa.

En un momento el tipo está a unos cinco pasos de distancia y, un segundo después, corre hacia mi esposo, quien es más rápido y rompe la botella casi vacía contra el borde de la mesa. Al levantarse se la incrusta con violencia en el vientre al duque. No grito, no respiro. Las otras mujeres se paran y salen del balcón de una manera serena. Lo veo, veo cómo gira la mitad de la botella y el hombre gorjea. Tiene los ojos abiertos, asustados, se da cuenta de su realidad y luego sucede el movimiento de gracia, cuando Roth le rompe el cuello y empuja el cuerpo del rubio hacia atrás, arreglándose el traje como si tuviera una pelusa imaginaria. ¡Acaba de asesinar a alguien! ¿Dónde está el pánico? ¿Los gritos? ¿Estoy drogada? ¿Esto es una película muda?

—Desaparezcan esa mierda de mi presencia, ¡ahora! —ordena.

Un témpano tiene más calidez que mi esposo. Me observa lentamente con un movimiento cauteloso. ¿Debo huir? ¿Esconderme? ¿Es aquí cuando enloquezco?

—Mataste a un hombre —hablo con paz y normalidad.

—No es el primero, no será el último. No estoy dispuesto a esconderme; te subes al barco y te hundes conmigo o tomas tu salvavidas y te marchas. Es tu decisión y tienes menos de cinco segundos antes de que te folle en la maldita mesa.

Estoy aterrada, asustada, y no por las razones que debería. Dejo la copa en la mesa, sobre los cristales rotos, mientras dos de su seguridad están levantando al duque, que gotea sangre. Sé que van a desaparecer su cuerpo.

Cuando Michael Romano me estaba violando sobre un piano, me insertaba un pene de plástico por el culo y sus asquerosos dedos por mi vagina. Me decía la basura que era, me explicaba cuán fácil sería deshacerse de mí, declarando que nadie se preocuparía. Y yo solo pensaba en matarlo, me perdía en el dolor y fantaseaba con tener un cuchillo y abrirle la garganta. Lo deseaba tanto. Lloraba una y otra vez porque no tenía nada filoso con lo cual abrirle la piel y mandarlo al infierno.

—No quiero un ángel —insiste Roth.

—¿Me enseñarás a hacerlo? —canturreo, sonriendo.

—¿Qué? —pregunta y entrecierra los ojos.

—Matar, quiero… —Pero las palabras mueren en mi boca justo cuando me toma del cuello y me atrae hacia sí.

Me domina los labios y le rodeo el cuello con las manos. Siento que mi cuerpo vuelve a ser un jodido volcán en erupción. No digo un carajo cuando me carga y escucho que una parte del vestido se abre. Entonces se sienta en su silla, el trono del maldito hijo de puta que es, y me sube la prenda por las piernas. No deja de devorarme y comerme los labios, desesperado, con la lengua entrando y controlando cada mínima parte mía.

Saca uno de mis pechos y lo rodea con la boca. Grito, curvándome, y solo en ese instante me percato de las tres personas que están en la sala; sin embargo, son solo un borrón ante la sensación de él mordiéndome el seno. Creo que me ha hecho sangrar y me importa una mierda, sobre todo cuando sus dedos entran, abriéndome los pliegues y bañando sus dedos con mi humedad.

Empieza a follarme así, entrando y saliendo. Le agarro el rostro y le entierro las uñas en el

cuello. Percibo cuando empieza a luchar por sacarse la polla de los pantalones y no duda en someterme.

—¡Señor! —grito en cuanto lo hace.

Es violento, nada de sutileza ni calma. El dolor me estremece, me golpea profundo en mi interior.

Se afianza en mi cintura mientras sus manos me sostienen y me impulsan, manteniéndome quieta, a su merced. Estoy delirando y perdiendo el sentido. Los golpes son cada vez más letales. La maldita dosis extra de las pastillas que nunca me tomé, y con las cuales me planeaba adormecer, nunca habría logrado este tipo de éxtasis. Pero ¡esto es mucho mejor! La adrenalina, lo descarado. El animal sacando sus garras y dejándome tenerlo.

Quizás no debo renunciar a quién soy, sino descubrirlo. Porque soy la mujer que está amando que se la follen en público, quien se ha empapado al ver a su esposo asesinar a alguien. No soy normal, quizás no nací para sentarme en un casa, esperando a mi esposo y embarazada, sino para estar a su lado, siendo una jodida demente como él, destruyendo, creando caos.

Me golpea tan profundo que mi orgasmo es inminente y cuando lo percibe, entierra la cabeza en mis pechos y me inmoviliza por completo. Su polla crece dentro de mí, palpita y luego me llena entera hasta que empiezo a escurrir, mojándonos más.

Me acuna el rostro, casi rugiendo mientras se recupera.

—Sabía que eras un infierno —jadea. Sus ojos negros son tan intensos, diabólicos.

Solo puedo sonreír de lado.

—Y yo no sabía cuánto lo iba a disfrutar.

***

—Me muero de hambre —susurro, arreglándome el vestido, mientras guarda a su amigo en los pantalones. Siento su semen bajándome por las piernas y eso solo me hace desearlo con más fervor. Sus hombres, a nuestra espalda, lucen impenetrables, como si no sintieran o no acabaran de presenciar a su jefe cogiéndome frente a ellos.

—Mírame —me ordena porque me he distraído demasiado observando a los hombres. Quizás crea que estoy retrocediendo, pero hace eso que a veces me da temor: analizarme despacio—. ¿Te incomoda?

—Los olvidé —confieso. Eso lo hace sonreír.

—Vamos —pide y lo sigo fuera del privado, regresando por el pasillo hacia su oficina, aquella que conocí en mi primera visita no tan deseada a La Mazmorra. Abre la puerta para mí —. Siéntate en el escritorio.

Hago lo que me indica mientras él abre una puerta que no vi antes. Cuando sale, trae una toalla.

—Abre las piernas.

¿Por qué ahora siento vergüenza? No importa, él me agarra el tobillo y empieza a limpiarme con la tela húmeda. Cierro los ojos y me agarro a la madera.

—Roth —jadeo cuando alcanza mi sexo.

—¿Sensible?

¿Puede ser sensual todo lo que este hombre hace o dice? Dios mío. Creo que empezaré a convulsionar.

—Un poco —confieso.

—¿Te duele al caminar?

—Sí… —¿Qué está haciendo?

—¿A qué te recuerda, *dusha*? —pregunta, besándome el cuello.

—A que has estado dentro de mí… Señor, por favor.

—Hmm, ¿sí? ¿A qué más te recuerda?

—A que soy tuya —cedo. Intento aferrarme a sus hombros, pero el movimiento le hace retroceder. Parpadea, confundido, y no entiendo a qué se debe su proceder.

—Vamos a conseguirle algo de comer a mi esposa.

Roth me confunde cuando tiene esos momentos en los que creo visualizar un poco de pánico en él. Una parte de mí piensa que quizás le causo repulsión, pero el pensamiento queda neutralizado con cada muestra de placer que me da. Le gusto, quiere marcarme como suya y, sin embargo, la mayoría de las veces he tenido las manos inmovilizadas y no he podido tocarlo.

—Si quieres hablar, recuerda que tu esposa está aquí para escucharte —musito suavemente. Afirma, ayudándome a pararme. Cuando lo hace, me rodea la cintura y me acaricia con ternura la mejilla.

—Algún día, ¿de acuerdo?

Sonrío y asiento. Esta es la parte que me gusta, por mucho que sea su «sumisa», sabe dónde tratarme con adoración y respeto.

Dejamos el club detrás en otro vehículo diferente; Roth hace estos cambios para despistar a un posible enemigo y aunque aparentemente vamos solos, me indica que siempre tiene un equipo siguiendo sus pasos.

—No iré a un servicio de comida rápida y no comes carnes rojas, ¿qué harás en un McDonald’s? —cuestiona.

—Tienen hamburguesas vegetarianas y son las mejores. ¿Vamos, por favor?

Hago pucheros, pero no me podrá ver en la oscuridad del vehículo.

—No puedo creer que haga esto —sisea, fingiendo desagrado.

—No seas gruñón, esposo.

Musita palabras inentendibles en su idioma, pero sé que va a complacerme cuando gira a la derecha para ir a la tienda de autoservicio. Si convencerlo pareció difícil, verlo entrar lo es más. Se nota incómodo y ansioso, mirando todo a su alrededor. Ordeno mi pedido mientras le doy miradas furtivas y él se encarga de pagar en efectivo.

—¿No quieres algo para ti?

—No —sisea.

—No estés molesto, si esto te incomoda…

Me mira durante unos segundos y luego decide responder en italiano.

—Estamos en un lugar vulnerable. Nunca hago estas paradas, solo me movilizo de un punto a otro por seguridad.

—No lo había pensado así. ¿Para llevar? —pregunto, un poco apenada.

—Unos minutos no harán daño —claudica.

Retiro mi pedido y nos sentamos uno al lado del otro. Primero creo que debo comer con prisa, pero él intenta crear una plática entre ambos sobre mis dibujos o lo que me gustaría hacer en mi tiempo libre. Aunque está hablándome, consiguiendo que yo me pierda en él, no deja de estar alerta.

Así me demuestra que también está dispuesto a hacer algunas concesiones. Nos vamos al rancho casi una hora más tarde y, por extraño que parezca, me siento feliz de haber hecho algo tan ridículamente banal como sentarnos solo a hablar luego del caos en La Mazmorra.

Ni bien llegamos a la casa, tras cerrar la puerta me acorrala contra la pared y va directo a mi boca mientras sus manos se mueven por mis curvas. María Magdalena, nunca tengo suficiente de este hombre, ¿es así como pasan el tiempo las parejas casadas? ¿Manoseándose?

Empiezo a quitarle la corbata al tiempo que caminamos por toda la casa sin dejar de besarnos.

—Estoy caliente, tócame… Dios, necesito… —Niego con la cabeza, desesperada, sin saber cómo explicarme. Siento la adrenalina a mil. No entiendo cómo terminamos en la escalera, pero Roth introduce sus manos por debajo del vestido y va directo a mi centro. Carajo, echo la cabeza hacia atrás cuando la suya va directo a mi sexo y me lame allí. Me agarro de los pequeños barrotes, subiendo la cadera para darle mejor acceso—. ¡Señor! —suplico, lloriqueando.

—Solo yo te haré sentir así, desesperada, ansiosa, hambrienta. Tenlo presente, *dusha*.

Intento volver a tocarlo, pero retrocede, negando despacio. Le ofrezco su corbata.

—¿Me atas? —le pregunto.

—Cristo, mujer —jadea, acepta la tela y me observa. Junto las muñecas delante de mis pechos—. Me volverás loco, Britney. Estoy seguro de que me harás cometer muchas locuras.

—Cuento con ello, mi señor.

Cuando me asegura las manos contra los barrotes de la escalera, saca su cuchillo y la punta me toca la piel expuesta del escote. Dejo de respirar, concentrándome en su mirada. Este hombre reúne los siete pecados capitales en un solo ser.

—Es un lindo vestido…

—Silencio —demanda y unos segundos más tarde escucho cómo se despedaza la tela bajo el filo dorado.

Si seguimos de este modo, me tendrá caminando desnuda permanentemente, aunque no me importaría. Saca la lengua, lamiendo desde mi vientre y hacia el centro de mis pechos. Se me contrae la vagina y me palpita con expectación.

Roth Nikov ha demostrado que conoce mi cuerpo tanto como para hacerme llegar al clímax con solo su boca. Cuando regresa al centro de mis piernas y empieza a chupar en ese punto, sin perder contacto visual conmigo, pierdo todo el posible control que debería tener.

Su lengua lame mis fluidos, chupa con descaro y hambre. Luego me tienta con sus dedos, abriéndome para darle atención a ese nudo de placer. Lo rodea con experticia y creo que voy a venirme en su boca, gritando, cuando se levanta y se saca la polla. Se toca de arriba abajo, seduciéndome aún más los sentidos.

—Oh, Roth —gimo y tiemblo. Empieza a masturbarme con la cabeza de su pene, abriéndome y volviendo a retroceder. Posiciona mis piernas en sus hombros, continuando su castigo—. ¡Me voy a correr! —jadeo sin poder controlarme un segundo más.

—Aguarda. Si te vienes, te castigaré. —Ahora no sé si quiero desobedecerlo con alevosía —. Y no lo disfrutarás —agrega, reconociendo mis pensamientos. Maldito hombre.

—Por favor —suplico.

—Un poco más, cariño. ¡Carajo, Britney! Si pudieras ver mi polla bañada con tu cremoso coño… es una vista impresionante.

—Seguro que sí. —Lloro—. Por favor, lo necesito.

—¿Qué, *dusha*?

—A ti, dentro.

—Creí que estabas adolorida —se burla.

—No lo suficiente.

—Mañana no podrás caminar, cariño —garantiza.

Y, joder, le creo y no me importa. Cierro los ojos en cuanto empieza a deslizarse dentro de mí con esa calma que lo caracteriza… para al final golpear duro y certero. Grito, echando la cabeza hacia atrás, sintiendo el dolor de mi espalda contra los bordes de la madera y el placer de

su polla en mi centro. Quiero más. Todo de él.

Me convierte en un manojo de gemidos, de palabras incongruentes y de sensaciones descontroladas. Roth tiene una capacidad extraordinaria para hacerme sentir una mujer completamente desconocida, pero a la cual le empiezo a tomar aprecio. No me prohíbe dejar salir mis gritos, es más, parece gustarle que sea escandalosa.

Sus golpes dentro de mí son duros, salvajes. Lo siento en cada parte y me da la sensación de que invade todo mi sistema. Sabe que estoy en la cima, que no podré retener por más tiempo todo lo que me hace sentir y decide que masturbarme en ese lugar es buena idea.

—¡No, no, no! —suplico en un canto descontrolado.

Experimento un cúmulo de sensaciones y una presión diferente en la parte baja de mi vientre. No puedo enfocarle más cuando deja de acariciarme el clítoris para introducir dos de sus dedos junto a su polla. Sigue moviéndose y el sudor le brilla en la frente. Y me siento tan llena, todo es tan abrumador.

—Déjate ir, cariño, vamos.

—No puedo. —Lloro, desesperada.

—Puedes, hazlo para mí, nena.

Estoy sintiendo tanto que se me va a explotar la cabeza. No sé lo que hace, pero percibo algo en mi interior, un cosquilleo seguido de algo… reventando. Un líquido estalla de mi parte íntima. Grito más duro de lo que alguna vez lo hice y casi pierdo el sentido, elevándome y absorbiendo lo que está sucediendo, cuando mi esposo arremete.

—¡Roth! —chillo, haciendo que me arda la garganta. Dios mío. Sale y entra hasta que me da una última estocada y percibo cómo se vierte en mi interior—. Creo que me voy a desmayar —susurro, completamente desmadejada. Me duele todo el cuerpo y a la vez me siento liviana. Él me libera las manos, masajeándome las muñecas. Sigue respirando agitado y sin salir de mí.

—No te duermas, *dusha*, aún necesito limpiarte.

—Mañana —es lo único que puedo susurrar antes de cerrar los ojos.

Sé que me carga en sus brazos y siento los retazos de tela mojados en los que se convirtió mi vestido. ¿Me hice pis? Estoy tan cansada que no me interesa, así que solo dejo caer la cabeza contra su pecho, aspirando su aroma. Me deja en la cama y se encarga de quitarme el trapo que tengo por vestido. Luego viene y me limpia mientras estoy boca abajo.

—¿Te duele algo? —pregunta, serio.

—Todo —susurro—, ven a dormir, mañana me baño.

Escucho una débil carcajada y minutos más tarde se recuesta a mi lado. Quiero abrazarlo y acurrucarme, pero temo que se aleje.

—¿Quieres atarme?

¿Por qué carajos pregunto eso?

—¿Qué…?

—Para que no te toque… ¿Por qué no quieres que lo haga?

—Brit… —susurra y siento tanto dolor solo en mi nombre—. Yo no tengo luz, nada en mí es angelical, pero dicen que el infierno está lleno de llamas y si estás dispuesta…

—Entonces vamos a consumirnos en ellas… juntos —sentencio.

—Juntos —confirma, apartándome el pelo del rostro.

No tenía idea de lo que parecía suceder entre ambos, tampoco de todo lo que haría a continuación ni cómo aquello impactaría nuestras vidas. No, no era un ángel ni una víctima. De hecho, con el pasar del tiempo descubriría que yo era la muerte misma.

12: PERVERSIÓN

Roth Nikov

¡Raze, no! ¡Nooo…!
La sangre, el estallido, los murmullos, sus ojos grises perdidos.
¡No has sido tú! ¡Nunca serás tú!
¿Qué hice, papá? ¿Qué hice?
—¿Estás contento, Roth? ¡Tú has hecho esto!
¡Bloquéalo! ¡Jamás ocurrió! Vendré por ti, lo prometo… Regresaré.
—¡Papá! ¡No me dejes, papá!

Abro los ojos de golpe y me siento en la cama, confundido. Me doy golpes en la cabeza, tratando de luchar contra las imágenes vívidas y pasadas. La sábana se me adhiere al vientre debido al sudor y tengo el pelo hecho un asco. Desorientado, intento salir de la cama y termino en el piso.

Céntrate, me ordeno. Es en vano, pues mis pensamientos van igual de acelerados que mi corazón. Llego al baño como puedo y abro la ducha caliente, dejo que el agua me queme el cuerpo desnudo.

Las ideas se reubican, pues ese dolor me recuerda que vivo, existo, que estoy aquí y que Raze es feliz, tiene una familia, un club… Todo lo que siempre soñó.

Cuando la bruma me abandona, me invaden los acordes de unas notas. Es una melodía triste, que evoca lágrimas y sufrimiento, pero es hermosa. Parpadeo, no estoy soñando, es real. Salgo y saco la toalla perfectamente doblada del primer cajón. Por costumbre, le doy un sondeo rápido a todo el baño y respiro con normalidad cuando veo todo en orden. Me gusta que se haya adaptado a mí.

Sin secarme del todo voy en búsqueda de mi esposa, tratando de apartar la pesadilla y enfocándome en averiguar de dónde proviene esa música. No sabía que le gustara el piano o que supiera tocarlo. Desde el segundo nivel la veo envuelta en una bata, con los ojos cerrados y moviendo los dedos. No tiene partituras y no reconozco la melodía, ¿será original?

Es triste y caótica; expresa furia para luego descender a la nostalgia.

Al finalizar no se detiene y pasa directamente a una que sí reconozco. Dominic la solía escuchar antes de matar a Damon, cuando era más centrado y menos loco. Es *Moonlight*.

No puedo evitar contemplarla, embelesado, y me centro en su belleza, sus gestos, esa piel brillante, su hombro al descubierto, el movimiento suave de su cabeza y la melena rubia larga que le cae por la espalda.

Incluso Beethoven se enamoraría de esta diosa.

Bajo a la sala y me inclino contra la pared, dejándola tener su momento, pero se detiene al sentirse observada y busca al intruso. Entonces veo que se sonroja y no parece la chica que folló conmigo anoche, cuando mis manos aún tenían la sangre de Wellington, ni la que me pidió que la atara a la escalera cuando llegamos a casa.

—Lo siento, Señor. No ha sido mi intención despertarlo.

—Roth —corrijo—. Estamos en casa, llámame Roth.

—No entiendo —murmura, negando.

—Se vería raro que mi esposa me llamara «señor» a toda hora, ¿no crees? Me gustaría que lo limitaras a cuando estamos teniendo relaciones o cuando seas d*usha*. Fuera de eso, dime solo Roth.

—De acuerdo, Roth —concede. Y ahí está la razón. Es íntimo, de algún modo es nuestro y me recuerda que aunque sea el hombre que estará dominándola, ella seguirá siendo mi esposa.

—No sabía que tocabas, pensé que solo te gustaba el arte.

—Soy una simple aprendiz.

—Me pareció que eras más que eso, ¿qué haces despierta tan temprano? ¿Qué hora es…?

—Las ocho —dice, apuntando al reloj plateado en la pared—. *Madame* me explicó que los sábados son su día libre, así que me levanté temprano para prepararte el desayuno, pero me entretuve con el piano cuando me di cuenta de que no conocía tus gustos. Eso me puso nerviosa. No quiero que creas que soy una mala esposa. No obstante, si te cocino beicon y no lo comes…. Además, el beicon viene del cerdo, un animalito, y me ha entrado la pena…

—Britney. —La detengo con voz dura, percatándome del movimiento de sus manos. Está nerviosa y temblando—. Respira.

—No sirve, lo he intentado, como Dominic me enseñó, ¡no sirve! —grita y baja la tapa con fuerza. Inconscientemente, o así quiero creerlo, se agarra cuatro de sus dedos allí. No llora, solo se queda asustada, observando lo que ha hecho. Me muevo rápido, sacándole la mano y verificando que no se ha roto los putos dedos, aquellos que hace nada creaban arte y emoción para mis oídos. Debería ser un buen esposo, quizás uno cariñoso y comprensivo, pero ella no necesita eso; por el contrario, se ha desbocado en la ansiedad.

Necesita alguien que domine su vida, el rumbo que ha tomado, y que la vuelva a colocar donde debe. Anoche interrumpió una conversación cuando no tenía permitido hablar. Le dejé pasar por alto la insolencia, pero me parece que es el momento de sacarla a relucir.

—Ve a mi despacho —le ordeno, soltándole la mano. Ella se endereza en el banquillo—. Ponte de rodillas junto al escritorio y sin esta cosa. Más vale que estés como te lo indico a mi regreso, si no, tu castigo será peor.

Antes de escuchar una sola palabra la dejo detrás. Su mente debe estar ocupada, pues le he dado una razón para trabajarla. Sé que el lunes irá al banco para conocerlo todo y posiblemente conseguir un área donde trabajar, lo cual será de gran ayuda para su ánimo. Mientras esté ocupada se reducirán los actos como estos y, si me deja guiarla, en un futuro acabarán. Subo a nuestra habitación para cambiarme y ponerme un pantalón negro y una camisa azul.

Tengo una videoconferencia con Dominic a las nueve y cuarto. En tanto termino de vestirme, elijo un vestuario para Britney y organizo nuestra cama, dejando sus pertenencias sobre ella. Luego voy a mi habitación especial, en donde mantengo mis accesorios privados, y reviso los látigos y algunas fustas de cuero; sin embargo, me decanto por la regla de madera y mi cinturón.

Al entrar al despacho la encuentro en donde se lo indiqué. Incluso tiene la cabeza baja, pues al parecer ha seguido esa búsqueda de información en solitario, empapándose de mis gustos. No me extrañaría. Tiene una pizca curiosa dentro de su cuerpo. Se exalta cuando golpeo la puerta, pero no deja su posición.

—¿A qué se debe tu nerviosismo? —pregunto, dejando la regla y mi cinturón en el escritorio de madera y apartando algunos papeles. Con el mando a distancia enciendo el plasma para estar preparado para cuando Dominic me llame y no perdido en la señora Nikova.

—Siento que no soy una buena esposa.

—¿Y esa es una razón para enloquecer? ¿Por qué no preguntármelo directamente?

—No quiero molestarlo, señor.

Hmm, qué bueno que aprenda rápido a diferenciar cuándo cambio de esposo a dueño.

—Voy a castigarte, ¡si levantas la cabeza seré más severo! —le advierto cuando intenta mirarme—. Anoche hablaste cuando no tenías permiso de hacerlo y esta mañana empiezas a temblar y desvariar, la misma mujer que anoche me dijo que quería ser parte de mi vida y aprender a matar. ¿Así sostendrás un arma? ¿Temblando como una chiquilla estúpida que sé que no eres? ¿O vas a controlar tu mente? ¿Estás de acuerdo con que mereces un castigo?

—Sí, señor —murmura.

—Seré clemente contigo porque es tu primer error. Del uno al diez, ¿qué tanto dolor quieres?

Es una pregunta trampa, pues su capacidad al dolor no es igual a la mía. Quiero saber hasta qué punto puedo llevarla sin abrumar sus emociones.

—Cinco.

—Chica lista —la halago con una media sonrisa. La mayoría suele decir diez para impresionarme, pero me temo que Britney está tocando la realidad. Y aunque tiene expectativas, una parte de ella está reaccionando de forma sensata. La guío hasta mi escritorio, doblándole el cuerpo. Veo que solo tiene puestas unas bragas rojas, justo del color que quiero dejarle las nalgas, y se las quito. Le ordeno que se sostenga con las manos en el borde.

Maldita sea, tiene un culo y una cintura impresionantes.

Ha dicho un cinco, por ello tomo el cinturón y me lo envuelvo en la mano.

—Cuando tu cuerpo hormiguea con nervios, tu mente se bloquea y envía una señal de ansiedad, gritándote que estás en peligro, por ello sueltas todas esas palabras rápidas. Cuando vuelva a suceder, que lo hará, quiero que respires cinco veces y pienses en lo que haré a continuación, ¿estás preparada?

—Sí-í, señor.

—Cuenta conmigo, alto y claro. Si titubeas, golpearé más fuerte y tu castigo se extenderá a nuestra habitación, pues no compartiré ninguna actividad sexual contigo. Si quieres detenerme, recuerda que puedes hacerlo diciéndome tu palabra: «negro». ¿De acuerdo?

—Contar, detener, negro.

—Parece como si esto no fuera un castigo para ti… si lo dices con tanta emoción —susurro, observando una pequeña sonrisa en sus labios.

Antes de golpearle las nalgas, paso mi mano por allí. Ella respira profundo y cuando se confía, creyendo que seguiré masajeándola, alzo la mano y corto el aire con un rápido movimiento. Grita, conmocionada, como si no esperara que lo hiciera, pero repite junto conmigo, contando. Se le colorea la piel de rojo en un segundo y todo su cuerpo queda alerta. Alternando entre un cachete y otro cada golpe, dejo las marcas en perfecta sincronía y empiezo a endurecerme dentro de mis pantalones. No tengo bóxer, cosa que he hecho a propósito. Al finalizar estoy duro como una roca y ella tiene las nalgas más rojas y bonitas que alguna vez he creado. Cuando recibes un castigo como este, si tu moral es dudosa, terminarás entrando en pánico por sentir placer al recibir dolor. Britney está excitada, pues puedo ver la línea blanquecina dentro de sus muslos, un hilo delgado marcándole la piel.

No sé qué me gusta más, si el hecho de que se haya venido recibiendo un castigo o que esté en la misma posición, incluso cuando tiene el culo ardiendo.

—Ponte de rodillas, recarga el cuerpo hacia atrás, sobre los talones, y deja las piernas abiertas —ordeno sin titubear. Quiero ver su coño lleno de sus fluidos y brillando. La mejor puta imagen de mi vida. Ahora es cuando quisiera ser yo el artista y dibujar una parte muy específica

de ella. Brit hace lo que le ordeno—. Ojos en mí.

Jodida mirada multicolor. Me desabrocho el pantalón y me saco la polla, dejo caer el cinturón y empiezo a tocarme. Esta es nuestra línea de fuego, debo ser cauteloso, permanecer centrado y analizar cada gesto suyo, porque al final es una chica de quien abusaron en el pasado. Esa fue la razón por la cual nunca quise tocarle ni un puto pelo en primer lugar.

Ella medio se inclina hacia adelante, humedeciéndose los labios.

Continúo tocándome, más fuerte, más violento, sin dejar de mirarla a los ojos. Ella hace el mismo movimiento, pero ladeo la cabeza. *Lo siento, bebé, es mi placer ahora y no el tuyo. Ese es tu castigo verdadero, desear el fruto prohibido, tenerlo justo en tu cara, saborear e imaginarlo en tu boca, pero nunca alcanzarlo.*

Las venas de mi polla se alteran justo cuando estoy sintiendo mi semen. Chorros y chorros empiezan a salir, entonces mi esposa abre la boca y recibe una gran cantidad. Maravillado, le agarro el pelo y me hundo hasta lo profundo de su garganta. Se le llenan los ojos de lágrimas y algunas se le escapan por las mejillas, así que retrocedo para dejarla respirar. El pitido de la videollamada de Dominic llena el despacho.

—No me gusta desayunar —explico, limpiándome rápido con la camisa y guardando todo dentro de mi pantalón—. Un café sin azúcar está bien para mí, pero sí quiero que vayas a la cocina y prepares el almuerzo. Dadas mis actividades intensas, soy un hombre muy hambriento e igual de insaciable. Me gusta la carne. Sin embargo, respeto tus decisiones sobre no comerla, así que puedes preparar algo a tu gusto y me lo comeré porque lo hiciste tú. Permanece desnuda todo el día, disfruto de tu cuerpo y quiero tener ese deleite para mis ojos. La ropa que dejé sobre la cama de nuestra habitación es para que, sobre las seis, te prepares, pues voy a llevarte a un lindo restaurante.

No le estoy dando tiempo para pensar ni retroceder. Quiero llenar su mente de información y deberes, de manera que se centre en cada uno y no en el hecho de que está desnuda o que le escuecen las nalgas. Le indico que se marche y le devuelvo la llamada a Dominic, que ya ha colgado. Él responde cuando Brit cierra la puerta y yo me acomodo el pelo, luego muevo mis papeles en el escritorio.

—Vaya, ¿tan rápido pasaron a esa acción?

—Creí que no eras un cotilla.

—Ciertamente no lo soy, pero si Emilie está preocupada, debo involucrarme incluso en temas que no me gustan —replica, jugando con una pelota pequeña.

—Dale mis agradecimientos por su regalo.

—El piano, sí. Por lo que me dijo, es tu regalo de bodas, aunque no entiendo qué harás en un piano. Pero supongo que le he dado buenos recuerdos y quiere hacerle un favor a *¿tu vida sexual?*

—Ese ego ya tocó la estratósfera —digo, poniendo los ojos en blanco.

—Antes de proseguir con temas de hombres, me siento en la obligación de plantearte esto. Me comentaron que anoche tenías una nueva acompañante…

—¿Ahora me vigilas? —lo interrumpo, pero lo hago para no entrar en esa conversación. No quiero que sepa la verdad para mantener, de alguna manera, a Britney con un buen estándar ante sus ojos.

—Roth, eres mi hermano y como tal quiero hablarte. Tener relaciones con otras mujeres y aparentar que Ginore es solo tu «hija» no te ayudará. Puedo ver que ella te interesa. Solo no quiero que cometas mis errores, puedes hacerlo mejor, ¿de acuerdo? Ahora fingiré que no acabo de decir eso y te preguntaré si terminaste el asunto con Wellington.

—Lo hice, mi Capo. Como siempre —respondo con neutralidad.

Escucho un débil toque en la puerta y apago la cámara para dejar ingresar a mi esposa, quien trae una bandeja pequeña en la que todo está bien ordenado. El café está en una cafetera de porcelana, hay una taza gris rústica y un plato pequeño con trozos de pan tostado untados de mantequilla.

Se para a mi lado, dejando todo, y aprovecho para tocarle superficialmente uno de los pechos. Jadea buscando aire ante mi tacto. Mierda, quiero enterrarme en su coño ahora.

—¿Estás ocupado o qué carajo? —demanda Don.

—Dame un segundo.

—¿Desea algo más, señor? —pregunta Brit, temblorosa, pero esta vez es por necesidad.

—No por el momento, gracias. Retírate.

—Sí, señor.

—¡Jesús! —exclama Don con un silbido en la línea, sonrojando como un tomate a mi esposa, quien casi sale corriendo. Regreso la imagen de la cámara—. No quiero saber un carajo.

—No pensaba decirte nada —respondo, alcanzo mi taza de café y disimulo una sonrisa.

Hablamos de la muerte del duque y de cómo cambiaremos nuestra modalidad. Antes él solía viajar a vernos, pero ahora será más cómodo hacerlo nosotros. También intentamos averiguar en dónde está Vlad y su próximo movimiento, pues por ahora permanece escondido y solo ha intervenido en dos negocios de la Bratva. Para cuando cuelgo han pasado más de tres horas y me han saludado todos, incluidos los niños.

Le he agradecido mucho a Emilie ya que presagio que el piano tendrá un uso especial. Recordando eso, voy hacia mi esposa para revisarle la mano y ponerle un poco de crema en las nalgas.

Ella no se muestra tímida y me deja atenderla antes de servir la mesa. Se ha puesto un delantal y se pasa de listilla con su explicación de que no creyó que me gustara si se llegaba a quemar. Cocina un guiso de vegetales exquisito y también una sopa blanca cremosa de cangrejo. La comida es de lo mejor.

Vamos a verificar los animales y aprovecha para usar mi camisa, la cual termina fuera de su cuerpo en cuanto la acorralo contra la pared y me hundo en ella. Terminamos teniendo sexo sobre las pilas de heno. Parezco un demente que no puede tener las manos quietas y alejadas del cuerpo de su esposa.

—Tienes un cuervo en tu espalda —musita, jadeando entre el piso y las pajas de heno, mientras estoy sentado de espaldas a ella. Intenta tocarme, pero me aparto—. Lo siento.

—No tienes por qué, me lo hice hace muchos años.

—Es hermoso.

Y cubre mis peores días.

—No es importante. —Le resto importancia.

—Y tienes el tatuaje de la *famiglia*.

—Soy parte de la *famiglia* —gruño. Pongo los ojos en blanco en cuanto me percato del tono enfurecido de mi voz; estoy a la defensiva y no se trata de ella—. Debo ir al casino o hacer algo…

—Creí que dijiste que iríamos a cenar.

Sí, hasta que has intentado volver esto… *íntimo.*

—Roth —susurra, agarrándome la muñeca y deteniéndome—. Está bien si no quieres hablar, yo también me he sentido así.

—Gracias por entenderlo. —Carraspeo y me libero suavemente de sus manos.

—¿Aún quieres llevarme a ese lindo restaurante?

—Sí —susurro y la levanto. Tiene paja en todo el pelo—. No uses ropa interior, no la vas a necesitar.

—Sí, señor.

Esa jodida sonrisa coqueta.

Nos bañamos juntos y follamos como dos dementes en la ducha, mojados y a la misma vez ardientes. Luego también en la cama. ¿Qué carajos nos pasa? ¿Qué *me está pasando*? No lo sé, no quiero averiguarlo y no me importa. Quiero más y más, eso lo tengo claro. Estoy cambiándome cuando me trae mi celular porque Dominic está llamando. Es extraño ya que en Rusia es de madrugada.

—¿Qué sucede? —pregunto, preocupado.

—Isabella ha muerto —anuncia. Escucho ruidos de cosas rompiéndose al fondo y la voz de Emilie amortiguada, como si no estuviera junto a Dominic.

—Pensé que eso te haría feliz, ¿por qué te preocupa?

—Me jodió, ¡la muy perra me jodió!

—¿Cómo? Estaba encerrada, Dominic…

—Se encerró, Me llamaron para mostrarme las imágenes de grabación y vi cómo se suicidó golpeándose la cabeza contra el cristal una y otra vez. Ella le escribió a alguien y le envió el mensaje a esa persona… ¡Maldita sea! ¡Ahora no, Emilie!

—Ey, cálmate. Solo estás dejando que entre en tu cabeza. ¿Qué importa si escribió una carta? Lo ha hecho para joderte nada más. Ve con Emilie, habla con ella, no dejes que Isabella joda tu vida luego de su muerte.

La línea se queda en silencio por unos instantes antes de que vuelva a hablar. Sé que Isabella es su talón de Aquiles, siempre lo fue. Ya está muerta y no puede seguir gobernándolo.

—Si llegas a recibir algo… no lo abras. Promételo.

—Don…

—Júramelo, júraselo a tu Capo.

—¡Vale, vale! ¡Te lo juro! Ahora ve con Emilie, no puede estresarse en su estado —digo con dudas, pues no sé si es un buen momento para revelarlo.

—*¿En su estado?* —pregunta en un hilo de voz.

—Está embarazada, Don. No quería decírtelo porque lo descubrió cuando volviste y se sentía culpable al estar tomando alcohol sin conocer su situación. Solo estaba esperando a que le confirmaran que el bebé estaba bien antes de decírtelo. No quiero que sepa que te lo he dicho, yo me enteré por accidente. Pero te lo cuento para que entiendas que Isabella murió y que ahora tienes una familia que espera por ti. No dejes que esa hija de puta te aleje de lo importante.

—Embarazada —comenta.

—Sí, embarazada. Ahora ve, fóllatela y ordena tus ideas.

—Mi hermano por elección.

—Mi puta lealtad siempre contigo —finalizo.

He aprendido que usa esa expresión *cuando necesita recordarse quién es*. Cuelga, guardo el celular y me encuentro con mi esposa, que me mira desde el umbral. Ella no dice nada, solo me deja arreglarme en silencio y luego bajamos al primer nivel, ambos listos para una noche… tranquila.

13: SKULL BROTHERS

Roth Nikov

Esperaba terminar la noche llevando a mi esposa a casa, pero eso no es lo que sucede cuando me entran dos llamadas importantes al final de la cena. Son de mi gente y de la policía con información directa de un hecho ocurrido en la Pequeña Italia, el barrio italiano en Manhattan. Las luces de la policía nos reciben a ambos, pues tuve que traer a Britney conmigo. No tenía tiempo de llevarla a casa y regresar. Estaciono mi deportivo con el anillo de seguridad que nos sigue, bajo y le abro a ella, tomándola de la mano. Está un poco pálida y fría al tacto. La noche es fresca.

Me quito mi gabardina y se la pongo sobre los hombros.

—Gracias —susurra, mirándome con adoración.

Mi cerebro se reinicia cuando la observo. En la cena hemos platicado de sus gustos por el piano y la pasión que tiene por el arte. Hemos hablado bastante y me he encontrado muy a gusto, pues me demostró que puede ser fascinante cuando está calmada. Tiene mucha cultura, le encanta conocer el mundo y enterarse de datos que una persona normal encontraría aburridos. Ha sido diferente y agradable. Algo que no esperaba.

—Señor Nikov. —Un hombre rubio se me acerca—. Inspector Trivianiv.

Se presenta y tomo la mano de mi esposa nuevamente. El hombre tiene buen porte, cabello claro y unos ojos grises que se ocultan tras unos lentes. Le doy la mano, saludándolo. No me gusta la mirada que le dirige a Britney y que dura más tiempo del necesario. Mis hombres están aquí y no tardan en llegar a nosotros. Camino al lado del detective.

Controlo la policía local y también tenemos contactos federales. Cuando aparecen actos delictivos, somos de los primeros en enterarnos. Desgraciadamente, esta vez son algunos de mis hombres los involucrados. Aprieto la mano de Britney cuando veo la pila de cadáveres.

Son al menos unos veintes, la sangre está corriendo en la calle y la policía ha acordonado el área. Algunos rostros son conocidos, pero otros no los distingo. Mi primer pensamiento es Vladimir; sin embargo, conozco sus métodos y esto es demasiado… limpio como para ser culpa de Ivanov. No es de los que asesinan sin causar dolor o tortura y, a pesar de todo, los cuerpos se ven intactos. Britney está paralizada, viendo la horrible escena, cuando la giro y abrazo contra mi pecho.

—Gastón —llamo al encargado de la seguridad de Britney. Mi hombre se encuentra a un paso de mí y, sin hablar, entiende que debe llevarse a mi esposa—. Podría haberme dicho que los cuerpos seguían aquí —le reclamo al inspector.

—Creí que, siendo su esposa, estaría acostumbrada.

Entrecierro los ojos y aprieto los puños.

—Cuidado, Trivianiv, ¿así dijo que se llama? En fin, los oficiales corruptos son reemplazados con facilidad. No quiere terminar como los de la pila.

Me alejo para encontrarme con mi esposa, quien está pálida. En este caso sería normal que terminara vomitando o en *shock*; sin embargo, ella menciona que solo necesita un momento. La atraigo de nuevo y la abrazo. Percibo esa mirada gris sobre nosotros. Siento algo extraño con el hombre, pero niego, me he vuelto un posesivo de lo peor. Si sigo de esta manera, terminaré siendo un cavernícola.

La llevo a casa a descansar, dejándola al cuidado de Gastón, y regreso a La Mazmorra. Debo averiguar la causa de este ataque, pues no es ningún ajuste de cuentas y, por lo que entiendo, Vladimir no está involucrado. Es una costumbre para mí quedarme hasta que amanece, por lo que apenas cuando sale el sol me percato de que no volví a casa. Aprovecho para enviarle un mensaje a Raze, cancelando la visita al club. Me pareció que Britney sintió interés por ese plan, pero salir en este momento sería un riesgo. Regreso a la casa y subo con prisa las escaleras. Tengo una necesidad angustiante de verla.

Está dormida, como lo esperaba, desparramada por toda la cama y con un brazo por fuera. Es una chiquilla. El pelo rubio le cubre el rostro y la mitad de la espalda desnuda. El aire acondicionado está encendido en la habitación y tiene las sábanas azules envueltas en la cadera. Me quito la ropa y me baño para entrar a la cama con ella. Quisiera abrazarla y atraerla contra mi pecho. Suspiro, observando el techo blanco, pues vivo anhelando aquello que algunas veces es imposible tener.

◇◇

Tararea en su lengua materna mientras está sentada en una silla, con las piernas desnudas estiradas hacia arriba. En su muslo derecho tiene apoyado un cuaderno blanco y dibuja a carboncillo.

La biblioteca es un espacio que suelo dejar de lado, pero encontrarla con la ventana abierta y dibujando es extraño de una buena manera. Tiene una de mis camisas negras apenas cubriéndola, el pelo rubio alborotado y menea de un lado a otro la cabeza al ritmo de la música que entona. Su voz es delicada, baja y muy seductora. Me acerco, sigiloso, hasta que sus labios se alzan en una sonrisa.

—Pensé que mi esposo dormiría todo el día —murmura.

—Hmm —ronroneo, tocándole el hombro—. No me percaté de la hora.

—No dormiste anoche —recrimina. Ahora es mi turno de sonreír.

—¿Eso es una queja por no venir a dormir?

—Depende —replica, audaz—. ¿La queja involucra un castigo?

Sonrío abiertamente y tomo el cuadernillo. Es un retrato mío de lado. Antes me ha dibujado, pero esta vez mis facciones son relajadas, no tengo el ceño fruncido o la mirada oscura. En esta ocasión hay algo más cálido en mis ojos, como si el retrato hablara, como si antes de ella existiera otro Roth Nikov muy diferente a este. Es así como me ve ahora.

—Es un tonto dibujo…

—A mí me gusta —digo, entregándoselo—. Aunque tengo otras partes que podrías dibujar, es una sugerencia.

Abre la boca, sorprendida, y me inclino a besarla, divertido con su consternación.

—¡No lo dices en serio!

—Quizás sí, quizás no, ¿quién sabe?

Salgo de la biblioteca con ella siguiéndome. Camina sexy cuando la veo sobre mi hombro y con los ojos bien abiertos. Me encanta sorprenderla y estoy conteniendo la risa. Se detiene al ver a *Madame* organizando nuestra mesa.

—Buena tarde, señora y señor Nikov.

—*Madame* —la saluda Brit, rodeando la mesa, y le da un beso en el cachete a mi empleada, quien parpadea, pero se nota feliz con la efusividad de mi esposa—. No sabía que vendrías, creí que seguías libre.

—Los domingos solo vengo a preparar la comida.

—Oh, pero no tienes que hacerlo, yo me puedo hacer cargo… Quiero decir, si mi esposo está de acuerdo.

—Lo que disponga mi esposa —replico, abriéndole la silla.

—Tómate el día libre, deberías de estar en familia.

Madame le da las gracias antes de retirarse y empezamos a comer. No me molesta que empiece a tomar decisiones porque eso me muestra lo segura que se siente y que poco a poco va liberándose. Empezamos a comer y me comenta sobre ir al club. Sin embargo, le escribí a Raze anoche para advertirle que no podríamos ir.

—No vas a descontarle el día ni nada de eso, ¿cierto? —cuestiona de pronto.

—No.

—Me gusta la idea de estar solos los fines de semana. Además, me encanta cocinar para ti. No quiero que pienses que entro y cambio tu vida o dispongo de tus empleados…

—*Moya dusha* —susurro, posando mi mano sobre la suya—. Esta es nuestra casa, puedes hacer cualquier renovación, decoración u ordenarles lo que desees a nuestros empleados. Este es nuestro hogar.

—Soy tu esposa —musita, tragando saliva, como si apenas lo procesara.

—Exacto, con todo lo que ello implica.

Mi vida parece tomar otro sentido cuando vuelvo a invitarla a un restaurante para la cena. Es extraño, pero me gustó la noche anterior y quiero repetir. Nos pasamos la tarde cabalgando a Relámpago y Afrodita, quienes se notaban felices de recibir atención. Ella es una buena jinete y saltamos algunos obstáculos en la pista diseñada para el entrenamiento de mis caballos. *Raze* se encuentra en las caballerizas, molesto, no obstante, es un potro salvaje. Tratar de dominarlo arruinaría su naturaleza.

—Eres un consentido —lo regaño, tocándole la cabeza y él bufa.

—Creo que quiere tu atención —dice Brit, entregándole la yegua a José.

Subimos para darnos un baño compartido y divertirnos como adultos. Pasamos unos buenos días disfrutándonos y siendo nosotros dos, juntos, descubriendo una nueva forma de combinar nuestras vidas y personalidad. No compartí con nadie antes de ella, pues siempre fuimos Dominic y yo. Luego Em llegó a nuestras vidas, pero aquello fue diferente si lo comparo con tener a Brit a mi lado.

Estamos listos para ir a cenar cuando me sorprendo al abrir la puerta principal y encontrar a Raze, sacando el portabebés de Raven de su camioneta, y a Bess a punto de tocar el timbre. Raze tiene acceso a mi propiedad, pero nunca usó ese privilegio.

—¡Hola! —chilla la pelirroja—. Estábamos en la ciudad y Raze quiso pasar a saludar.

El mencionado bufa, pero se estampa una sonrisa en la cara en cuanto ella lo mira, recriminándole.

—Pensé que estaban en el club —susurro, observando a mi hermano.

—Dejamos la parrillada para otro fin de semana, aunque ahora iremos a comer hamburguesas, entonces pasamos a extender la invitación. El restaurante tiene vegetarianas; Raze dijo que a Britney no le gusta… Oh, ¿iban de salida?

—Sí, quiero decir, ¡no! —Oh, carajo—. Íbamos a cenar, pero las hamburguesas suenan bien para mí, ¿qué opinas, Britney? —le pregunto a mi esposa y ella me aprieta la mano, porque ahora soy yo quien está nervioso y no puedo ocultarlo. Sé que comentó eso de intentar acercarnos, aunque no lo creí posible.

—Es justo lo que quería cenar, de hecho, estaba a nada de pedirte un McDonald’s, ¿por

qué no las preparamos en casa? Así todos estaríamos más cómodos, incluida la bebé —responde, dándome una sonrisa.

Bess suspira y se relaja, como si esperara que esto fuera peor.

—Ese es un buen plan, ¡te ayudo a cocinar! —exclama, llevándose a mi esposa fuera de mis manos y entrando a la casa. Raze pone los ojos en blanco antes de entregarme a Raven.

—Tu sobrina, cuídala —ruge. La pequeña sonríe igual a su madre.

—Gracias por venir…

—Sí, sí, tengo hambre, será mejor que esa esposa tuya sepa cocinar.

Entra, dejándonos a la pequeña y a mí afuera.

—¿Crees que sea un comienzo, Raven? —Ella balbucea y me llena de babas—. Sí, opino igual.

Ya veremos cómo termina esto.

Las mujeres crean una buena amistad y las escuchamos parlotear desde el comedor. Bess le narra la vida del club, de los hermanos y la invita a ir con ellos y conocer todo, prometiendo que le encantará. Brit se escucha animada porque todo el mundo de las motos la enloquece. Un poco de culpa se instala en mí; necesita amigos reales.

—Ya la iniciaste —murmura Raze, desorganizando el área de licores. Lo está haciendo a propósito porque conoce mi manía con el orden. Trato de jugar con Raven y de no prestarle la más mínima atención al hecho de que cambia de lugar las botellas. *Luego las devolveré a su sitio.*

—Es mi esposa y este es nuestro mundo. No iba a salir corriendo por mis preferencias sexuales.

—¿Y crees que dure? Digo, sueles incumplir tus promesas.

Paso saliva y siento un dolor amargo en la boca del estómago.

—Raven está entre nosotros, Raze, por si el odio hacia mí te ha hecho olvidarla —contrataco. Él observa a la niña y suspira.

—Lo siento —musita, golpeándose con suavidad la cabeza—. El pasado está aquí, trato de borrarlo, pero es una huella permanente.

—Déjalo ir, tienes una mujer, una hija y toda una familia en ese club. Sentir rencor hacía mí no les hace bien a ellos.

—Es difícil… Cuando te fuiste, pensé que regresarías.

—No pude volver, Raze. Es lo que siempre traté de explicar.

—Tenías a Dominic, dinero, ¿por qué no regresar? —cuestiona. Es la primera vez que baja la guardia y no está gritándome.

—No era tan fácil… deserté de la Bratva. Nuestro padre estaba vivo y yo era el más buscado…

—Porque mataste a Robert —interrumpe apretando los dientes.

No, Raze, no lo asesiné yo. Lo hiciste tú.

—¡Listo! —grita la pelirroja, entrando con un contenedor de cristal y carne asada dentro. Brit viene detrás con algunas verduras picadas y panes en rebanadas. Se le nota un poco nerviosa y ansiosa. Frunzo el ceño y no dejo de mirarla, incluso cuando se excusa con subir al baño. Dejo a Raven en la silla antes de seguirla.

—*Dusha* —la llamo con ese nombre para frenarla—. ¿Todo bien?

—Sí, solo necesito un poco de aire y quitarme estos zapatos —dice con una sonrisa falsa, intentando minimizar su malestar. Quizás estar con más personas le incomode un poco.

—Bien —respondo sin estar convencido y la veo subir y correr a nuestra habitación. Al

regresar al comedor, Bess está sirviendo los platos y Raze tiene a la pequeña en sus piernas. Aprovecho para organizar mis botellas, satisfecho al finalizar.

—No podías dejarlo estar, ¿verdad?

Omito su comentario. No se trata de buscar una discusión. Soy de este modo y no puedo cambiarlo. El orden, la limpieza y tener control son lo único que me hace una persona funcional.

—¿Britney está bien? No quise incomodarla…

—No lo hiciste, Luna. La chica tiene problemas mentales —responde Raze. Bess se escandaliza y yo me detengo un momento, esperando que Brit no haya escuchado esa mierda.

—Te agradecería que respetes a mi esposa. No tiene problemas mentales.

—Si quieres engañarte… —Se encoge de hombros—. Mira, Roth, la chica me agrada, ¿de acuerdo? Pero no soy un ciego, tiene ansiedad, marcas de cortaduras en las manos y probablemente sea esquizofrénica. Solo Dios y tú lo saben, es normal en ti. Tu tendencia a querer salvar el mundo por joder a tu familia.

—¡Cierra la puta boca, Raze! —sisea Bess, furiosa. Ambos la miramos con sorpresa—. Roth nunca ha sido irrespetuoso conmigo, así que evita esos comentarios fuera de lugar.

—Te dije que no funcionaría y me obligaste a venir, la única razón de estar aquí… —Se calla cuando ella le golpea el brazo.

—¿Cuál es tu única razón? —cuestiono.

Mi lado pacífico queda eclipsado debido a su pésimo comportamiento.

—Nada, olvídalo. Estoy siendo un idiota, lo siento.

—Iré por Britney.

Me marcho, no quiero estar junto a mi hermano cuando estoy imaginando mil formas de reventarle la cabeza. Ella no es esquizofrénica; tiene ansiedad, pero no es una demente. Todos estamos jodidos en este mundo, solo que algunos sufrimos la desgracia de conocer nuestros males y otros viven en la ignorancia. Y realmente no sé qué es peor.

Siempre he sido sigiloso. Me entrenaron para llegar a una habitación con mis enemigos y que se enteraran cuando ya fuera demasiado tarde para ellos. Mi esposa se encuentra frente a la ventana, con las cortinas abiertas, observando la noche. Parece como si la luna contemplara su belleza.

—Estaba un poco nerviosa —confiesa sin girarse—. Las personas me generan estrés. Y no es culpa de ellos, lo sé, pero Bess no dejaba de hablar y eso me consumía. Hice lo que me indicaste: respirar y recordar mi castigo.

Como más temprano en la biblioteca, ella es capaz de sentir cuando llego.

—¿Cómo sabes que estaba en la habitación? —pregunto, rodeándole la cintura y acercándola a mi pecho.

—El ambiente cambia, se vuelve más pesado, y el aire se impregna de ti.

—Ah, ¿sí? —bromeo, girándola, y le levanto una pierna. No tiene bragas, justo como se lo he ordenado, y sus delgadas manos me rodean el cuello.

—Deberíamos bajar —sugiere sin convicción.

—Yo creo que debo follarte contra el cristal primero. —Le muerdo la oreja y ella salta, rodeándome con ambas piernas. No tiene zapatos y chilla cuando le agarro el trasero y la pego a la ventana. Estoy listo para un rápido de unos minutos, cuando algo me distrae y observo con curiosidad una luz roja que parpadea en el cielo. Es como la de un avión, pero se ve más cerca. *¿Qué carajo?* Y luego deja caer algo, una especie de luz amarilla con una chispa.

—No… —jadeo y bajo a Britney con rapidez, tomándola de la mano antes de pedirle que corra. La casa se estremece y los cristales estallan junto con un ruido ensordecedor. La arrastro

escaleras abajo, escuchando sus gritos y el llanto de Raven—. ¡Al patio trasero!

Raze, quien tiene a la pequeña contra su pecho, se moviliza rápido con su esposa. Todos corremos a la terraza cuando una segunda descarga impacta el ala norte de la casa, justo nuestra recámara. Salto desde el balcón de la terraza al patio, llevándome a Britney conmigo, cuando veo que Raze suelta a Bess y ella se queda atrás. Él cae de espalda con la pequeña en el pecho.

Le grito a Britney que corra hacia el bosque y le espeto a la pelirroja que salte. En ese momento la casa, mi hogar, estalla. La explosión nos hace rodar por el suelo y termino sobre ella. Tiene el pelo hecho un desastre, pero estoy más preocupado por los demás. Levanto la cabeza y veo que Raze lucha contra las llamas de su chaqueta y, más allá, noto que Brit está desplomada en el pasto, quizás inconsciente.

—Corre al bosque —le ordeno a Bess. .

—Pero… Raze, mi bebé…

—¡Corre! —grito más fuerte y me apresuro hacia Raze, quien se quita la chaqueta de cuero y sostiene a la niña mientras llora desconsolada.

Britney empieza a moverse, el calor de las llamas se hace más letal y la casa se cae a pedazos. Escucho que la voz de mi hermano murmura el nombre de su mujer, pero la molestia de la explosión está dejándome sordo con un pitido constante y molesto. Ayudo a Brit a levantarse, la cargo y corro con ella en brazos. Raze me sigue y creo que dice algo, pero vuelven a detonar una carga desde el cielo, esta vez sobre las caballerizas.

—¡No! —rujo, pero es muy tarde. Caigo de rodillas con el cuerpo de mi mujer—. ¡No! ¡No! ¡Mis caballos!

Britney es quien intenta hacerme avanzar, pero el coraje me inunda. Mis caballos, Relámpago, Afrodita… Raze… ¡Maldita sea! ¡Ellos no! ¡Joder, ellos no! Hay algo en mis mejillas, algo húmedo y caliente. Mi esposa me grita que avancemos y lo hago por inercia, observando el caos. Todo está envuelto en llamas.

Han destrozado mi casa, pero ¿qué fue? ¿Un dron? No, el artefacto era más grande, ¿cómo está sobrevolando suelo americano?

Brit clama mi nombre, desesperada, y dos detonaciones más impactan la casa, como si quisieran asegurarse de que nadie pueda sobrevivir adentro. Mi racho está desmoronándose en mi cara. Me siento impotente, frustrado, ¡alguien destruyó mi hogar!

Mi esposa sangra de la nariz y tiene una cortadura en el antebrazo. La toco, limpiándole la herida, y siento que el calor aumenta. Raze llega a nuestro lado con una herida en la cabeza.

Quería destruir a mi familia, no era suficiente con matarme a mí, ¡iba a calcinarlos a ellos también! ¿Cómo me encontró? Entonces lo entiendo, la segunda detonación fue en nuestra habitación… no es una coincidencia. Nada nunca lo es. Empiezo a tocarle el cuerpo a Britney, quien chilla más fuerte. Raze gira el rostro cuando le rompo el vestido y ella no puede creer lo que le estoy haciendo delante de mi hermano. Empieza a llorar, pero no tengo palabras para explicarme.

—Deja que Bess lo haga —pide Raze, incómodo.

—Roth, ¿por qué me haces esto? —Llora y me rompe en pequeños fragmentos.

—Tienes un localizador en el cuerpo, en alguna parte. Vlad te lo puso en Rusia, por eso te secuestró y dejó que vinieras a mí sin un rasguño. Nunca te revisé, ¡perdóname! —le imploro. No encuentro nada, aunque le reviso las piernas, la cintura, la cadera, el cuero cabelludo, ¡nada! No podemos movernos sin deshacernos de eso, de lo contrario, sabrán que sobrevivimos. Estoy seguro de que el aparato espera esa señal y por eso sigue en el aire—. ¿Tenías alguna molestia al despertar?

—No —solloza.

—Lo siento, mi alma. —Le acuno el rostro, limpiándole las lágrimas—. Piensa, cualquier cosa será útil. Algún pinchazo, venda… Lo que sea.

—No tenía nada, lo juro. Nada.

—Quizás se lo introdujeron o se lo dieron como algo de tomar —propone Raze.

—¿Dónde…? —Guardo silencio al entender su referencia—. Es imposible, fuimos a la ginecóloga.

Niego, pero tiene mucha lógica. Es el único lugar en donde no tendría molestias y puede ser tan diminuto que incluso yo no lo sentiría.

—Si atraviesas el bosque llegaras a la interestatal…

—No voy a dejarte aquí —replica con un bufido—. Nos quedamos, el bicho ese no puede volar toda la noche. En algún punto tendrá que moverse cuando vea que la señal no lo hace y, además, al salir el sol no podrá seguir en el aire sin ser descubierto.

—Piensa en Raven.

—Estoy pensando en todos —me interrumpe.

Me quito el saco y cubro a Brit, atrayéndola a mis brazos. Bess tiembla con la niña, que ha dejado de llorar, entre los suyos. Ninguno de nosotros tiene un móvil encima y mi esposa está descalza y un poco desorientada. Bess le da pecho a Raven y Raze se quita la playera para taparlas y darles privacidad. Nos quedamos mucho tiempo en silencio mientras lo analizo todo en la cabeza, reuniendo información de lo que debo hacer.

Mi pequeña alma empieza a quedarse dormida, pero no puedo dejarla, pues sigue sangrando por la nariz y por un oído. Quizás tenga una contusión leve y si se duerme, podría nunca despertar. Nadie llega, ni los bomberos o los paramédicos. Sé que estoy en una área apartada, pero Vladimir debió pagar buen dinero a alguien para que esto no saliera más allá.

Casi al amanecer dejamos de escuchar las hélices del pequeño aparato en el aire. Bess está dormida, sobre el pecho desnudo de Raze, con su pequeña en brazos. Mientras tanto, Britney lucha por mantenerse despierta. No salimos de los matorrales y nos quedamos en el lugar, protegidos por la copas de los árboles. Mis empleados llegarán en cuestión de minutos. Siempre los he dejado descansar los sábados y domingos y en este momento no sé si estoy agradecido por eso. Los atacantes no violaron la seguridad directa, sino que volaron mi casa dentro del terreno asegurado.

El primero en llegar siempre es Gastón, quien les da paso a los demás. El fuego se ha apagado, solo quedan escombros y humo en el aire. Les ordeno a Raze y a las chicas que se queden en donde están y salgo corriendo a lo que queda de mi hogar. El patio está lleno de astillas, madera y cristales, así que rodeo lo que puedo hasta llegar al frente, en donde agarro un pedazo de hierro y me acuclillo detrás de unos pinos pequeños. Cuando entra la camioneta de Gastón, veo que frena de golpe y el hombre sale, agarrándose la cabeza, sin dar crédito al panorama que tiene al frente.

—¡Señor Nikov! —llama, agonizante. Ha sido un hombre leal tantos años y lo demuestra cuando saca su móvil y me marca sin percatarse de mi cercanía. Voy hacia él—. ¡Conteste! —exclama, frustrado, y deduzco que está llamando a Dominic.

—Estoy aquí —anuncio a su espalda.

—¡Señor! ¡Por todo lo sagrado!

—Devuelve a los hombres, no quiero que nadie sepa lo que ocurrió aquí. Encárgate de *Madame*, necesito llegar a Rusia cuanto antes. No estoy seguro de si José… si logró salir antes.

No lo dejo hablar más, es una pérdida de tiempo, el cual no tengo. Busco a mi gente y la

subo en la camioneta de Gastón, dejándolo detrás. Manejo rápido hasta una casa de seguridad, pues Brit tiene un localizador. No puedo llevarlos al club, así que abandono a Raze en una gasolinera y le aviso a su gente para que vayan a recogerlo. Él sabe mi destino, lo necesito y ahora no hay vuelta atrás.

—No te pierdas —me pide Raze y me sorprende que esas sean sus últimas palabras—. Eres mejor que nuestro padre, estoy orgulloso de eso. Gracias por salvar a Bess, yo no tengo cómo…

—Ella es una Nikova —respondo.

—Sí —afirma—. Llámame cuando llegues.

—Lo haré —le garantizo, acelerando y observando por el espejo retrovisor cómo abraza a su familia. Vladimir Ivanov me pagará esto. Agarro la mano de mi esposa y le beso los nudillos. Está acurrucada en el asiento del copiloto, cansada y temblorosa.

Más adelante el médico de la *famiglia* la inspecciona y, sin embargo, al igual que yo, no encuentra nada, incluso en sus partes privadas.

Si hubiera ingerido el localizador ya estaría evacuado para este momento, pero deduzco que seguía mandando la señal desde los desagües. Para mi esposa es un tormento que alguien más la toca, pero debo verla sufrir y llorar mientras se somete al examen. No sé cómo hacerlo, pues llevarla a un hospital sería ponernos un blanco en la espalda… y lo mismo sucedería con una clínica privada.

Mi mejor opción es Rusia, viajar. Arreglo todo, volviendo a conducir. No podemos quedarnos en un lugar y arriesgarnos a ser acribillados a balazos. Brit se dio una ducha y yo solo me cambié de ropa. Conduzco hasta Jersey, al aeropuerto Teterboro, y usamos el jet para llegar a Rusia. Antes del despegue llamo a Dominic, le resumo lo más que puedo los hechos y le hago saber cuánto necesito su ayuda. Él tendrá una clínica privada adaptada para nuestra llegada y tendremos que ser rápidos. El movimiento tendrá que ser máximo de una hora para no darle una ubicación a Vladimir. Brit logra dormir algo en el avión; con la ropa de hombre que lleva puesta se le observa más pequeña.

Nuestras vidas cambiarán y ella no lo sabe aún. No puedo quedarme en Nueva York, he sido egoísta y cobarde por mucho tiempo, pero Vladimir ha sabido atacar puntos importantes en mi vida, cosa que no tendrá el placer de volver a hacer. Nací en Rusia, fui criado para hacerme con el poder y dominar a miles de hombres. Este es mi destino, mi futuro, y por más que luche, sé que terminaré con mi sangre derramada sobre las calles de Moscú. Sin embargo, antes me llevaré a Vladimir Ivanov al infierno conmigo.

Soy el jefe de la Bratva y es hora de que el mundo lo sepa. Las gotas de sangre que derramaron mi esposa y mi hermano no serán nada en comparación con los litros que drenaré de sus putas venas. Si él quería guerra, entonces le daré al maldito carnicero.

14: CAVALLI

Dominic

Mi esposa está embarazada. No sé cómo no me percaté antes de la pequeña inflamación en su vientre. Tiene cuatro meses y no se notaría de no ser por la piel un poco más estirada bajo su ombligo. La doctora Petrova ya le ha realizado chequeos de rutina, los cuales aseguran que nuestro futuro bebé está bien. Lo estará, es algo que debo recordarle para que la culpa abandone sus ojos. Se siente arrepentida, ya que desconocía su estado. Su periodo no fue regular después de los mellizos y hace cinco meses se cambió su dispositivo por unas inyecciones. Aparentemente, durante mi último viaje creamos a ese bebé y no nos dimos cuenta.

—Vuelve pronto —murmura y me besa.

—Mientras más rápido me dejes ir…

—Mas rápido volverás —susurra con coquetería. Joder, está desnuda, incitándome con su cuerpo, enloqueciéndome.

—Necesito estar dentro de ti —confieso, dándole una nalgada.

—¿Cuándo no? —me tienta. Luego me alisa el abrigo y suspira—. Ve y trae a nuestro chico… No existe manera de que regrese a Nueva York, ¿cierto?

—No —respondo, un poco aterrado por ello—. Vladimir cruzó una línea, asesinó a sus caballos. Para Roth eso es como tocarme a mí o a ti.

—Nos quedaremos aquí.

No lo está preguntando, dejó de actuar de esa forma hace mucho.

—Sí, hasta que Vladimir muera y Roth decida qué hacer. Sabemos que la Bratva es suya, solo debe tomarla. —Le aparto el pelo del rostro e inclino la cabeza hacia ella—. Tú no debes preocuparte.

Le beso la frente antes de marcharme al hangar privado en busca de Roth. Está nevando y hace un frío increíble, pero los soldados de la Bratva están en alerta máxima. Debemos ser rápidos, el jet aterrizará en media hora. Justo entonces los transportaremos a la clínica por la carretera. Me he encargado de tener artillería pesada en caso de necesitarla y el ministro de defensa está al tanto de que usaré el espacio aéreo si necesito deshacerme de Vladimir Ivanov. En el pasado fui débil al no matar a Kain con mis propias manos, pero eso se debió a que temía perderme, a nunca regresar a los brazos de mi esposa y mi familia.

Sabía que ellos me necesitaban, no podía fallarle a lo más sagrado que poseía y aún mantengo. Dejé a la *famiglia* de lado, lo sé.

Fui un cobarde, pero lo volvería a hacer si eso me garantiza este futuro.

Nos movilizamos con rapidez en cuanto el jet toca tierra, olvidando formalidades. Britney tiene un localizador, o quizás incluso Roth, aunque me parece poco probable. Si él lo tuviera, entonces Vladimir lo hubiera matado desde el principio sin tener que gastar energía y dinero que no posee para preparar este ataque. La joven viene bajo el brazo de mi *consigliere*, el único futuro jefe de la Bratva.

—Don... —empieza Roth, pero abro la puerta trasera para la chica.

Cuando él intenta ingresar, lo detengo.

—Tú ve del otro lado —le ordeno, frío y neutro. Mi hermano se encuentra emocionalmente inestable y mostrarle dudas solo empeorará todo. Ha olvidado por completo su temple y calma, dejándose dominar por la angustia. Sus hombres tienen la cabeza gacha y las armas en mano, esperando sus órdenes.

—Quiero a Vladimir Ivanov vivo. Quien me lo traiga tendrá cien millones de dólares y su libertad, si lo desea. Y la de sus hijos y los hijos de sus hijos, ¡¿entendieron?! —ruge, mirando sobre su hombro.

Los hombres caen de rodillas y se inclinan, están recibiendo a su puto rey. El animal que los gobernará entre la sangre, el caos y la glorificación de la nueva Bratva. Un nuevo reino se está alzando, uno que, junto a mi trono, será la potencia más grande del crimen organizado. El mundo se inclinará ante nosotros y nuestras familias.

—¡Que viva la Mafia Roja! ¡Qué viva nuestro Pakhan! —gritan al unísono, golpeando las ametralladoras contra la pista de aterrizaje. Roth respira, agitado, aceptando quién es. Cuando observa a su esposa en la parte trasera del Jeep, sé que ella será su camino y su guía siempre.

Me golpea el hombro antes de subirse del lado contrario, dejando a Britney en medio de nosotros. El Jeep avanza y nos siguen más camionetas.

—Te respeto —le digo a Britney—. Eres una chica muy valiente, esa clase de personas me agradan.

—Gracias, señor Cavalli —musita suavemente, jugando con sus manos; está usando una sudadera extragrande de hombre.

—Debo hacer algo que no va a agradarte, pero es necesario. —La cabeza de Roth se levanta del hombro de ella—. ¿La revisaste? —pregunto.

—Sí, lo hice. No tiene nada.

—Y estabas igual de inestable que ahora —deduzco y deja de mirarme, pues sabe que es verdad—. Vlad debe estar moviéndose hacia nosotros. Ir a la clínica solo causará que le demos tiempo y un lugar exacto en dónde asesinarnos a todos. No sé tú, pero yo tengo un hijo a quien quiero conocer.

—¿Qué debo hacer? —me pregunta la chica.

—Tendrás que dejar que te toque… todo el cuerpo.

—Mierda, Don. ¡Carajo no! —gruñe, pegándole al asiento.

—Tocaré tu piel y no será nada sexual, créeme. Solo es para salvarnos a todos, espero que seas más inteligente que tu esposo.

—Está bien —concede—. Puedo hacerlo… ¿podría no ser tan rudo?

Claro, ella supone que debo ser una bestia.

—Seré delicado, tienes mi palabra —digo. Caramba, ni siquiera sé si ella ha dejado que Roth la toque. Él me maldice un poco en ruso, pero no tenemos opciones—. Quítate la ropa y, Roth, hazle un favor a la chica y tómala de la mano. Deja de ser un idiota territorial.

—Si fuera yo tocando a Emilie…

—Te cortaría la cabeza —respondo—. ¿Qué? —Sonrío.

La chica se empieza a quitar los pantalones deportivos y la sudadera, quedándose solo en braga y tenis, los cuales le ayudo a retirarse. Veo cuando mi *consigliere* la sostiene y empieza a hablarle en italiano, como si yo no pudiera entenderlos. Le cuenta cuánto le gustó escucharla tocar el piano y que esperaba terminar su cena familiar de otra manera. Mientras él sigue murmurándole palabras, le inspecciono los pies, pantorrillas y muslos. Lo hago despacio, pero con seguridad, y afianzo mi agarre cuando siento que ella quiere retroceder.

La siento sobre mis piernas para analizarle la espalda, desde la cadera hasta las costillas, y se tensa cuando le paso las manos por los pechos. Roth le acuna el rostro, se inclina y la besa. Aprovecho cuando se pierden en ellos para subir por el cuello y los hombros… Nada. ¿Será que realmente se lo pusieron por dentro? ¿Qué tan jodido puede ser Ivanov? Estoy frustrado por no encontrar nada, pero en un momento le toco un punto en la oreja izquierda y ella se ríe,

alejándose de la boca de su esposo. Parece que es un punto sensible…

¿Punto sensible? ¡Punto sensible!

—¡Lo encontré! —exclamo, eufórico. Le pongo la cabeza contra mi pecho y le aparto el pelo. Se le sale una carcajada cuando le toco la oreja de nuevo. Roth enciende la luz y vemos el pequeño dispositivo allí, disimulado por el pelo. Saco la navaja de mi gabardina y sin pensarlo mucho le hago un corte y le retiro el rastreador. Britney grita en cuanto siente el ardor, pero no puede zafarse de mi agarre.

—No es tan malo —la consuelo, acariciándole la espalda.

Le entrego el chip a Roth y él lo alza para inspeccionarlo. Saco mi pañuelo para presionarle la herida, aunque es pequeña. Sé que tendrá pena, así que la empiezo a tapar con la sudadera primero. Tratándola como si fuera mi lucecita Emma, la ayudo a sentarse en medio de nosotros para que Roth se encargue de ella. Su mirada me grita agradecimiento.

—Gracias —es la única palabra que puedo pronunciar después de verlo ser tan delicado, minucioso y aprensivo con mi mujer.

Sé que no es un monstruo con Emilie, pero nunca creí posible que tuviese algún tipo de delicadeza con alguien más. Que haga esto con ella, de esta forma, dice cuánto le importo más allá de ser solo su *consigliere*.

No tenía dudas, pero estas pequeñas acciones siempre lo mantienen presente.

Estoy abrazando a Britney cuando las llantas del Jeep explotan, las chispas del metal contra el asfalto iluminan la calle y a lo lejos se vislumbran los edificios de la ciudad de Moscú. Mi esposa grita y yo tenso el cuerpo, protegiéndole la cabeza. El vehículo termina dando vueltas con nosotros dentro. Las balas y sus gritos son todo lo que tengo en la cabeza cuando yo mismo me golpeo, rompiendo el cristal de mi puerta.

El Jeep se detiene invertido y Dominic sale primero, tirando de ella y sacándola. Yo estoy confundido y cuando siento que él me está sacando, escucho disparos desde un lateral. Me arrastro fuera del vehículo hacia la carretera y se me resbalan las manos, parece que está congelada. No veo a nadie, solo las chispas de las balas cuando golpean nuestros vehículos.

Saco mi arma de la espalda y empiezo a disparar hacia el lugar de donde vienen, pero no veo nada, no puedo apuntarle a ningún objetivo.

—¡Es Dimak! —ruge Dominic, que parece que tiene comunicación con los soldados. A mi lado está Brit, asustada, tapándose los oídos—. ¡Quiero una camioneta para el Pakhan! ¡Debemos sacarlo de aquí!

Tres de ellas se mueven, entonces agarro a Brit de la cintura y la alzo contra mi cuerpo para correr. Dominic dispara, abriéndonos camino, la camioneta que nos protegía explota y vuela unos centímetros en el aire. La onda expansiva nos hace caer más allá y uno de los vehículos casi nos aplasta, pero logro movernos en el último segundo. Don, quien tiene menos peso, levanta a mi esposa y la empuja al vehículo más cercano; yo entro de copiloto y él atrás.

El soldado avanza, pero una de las balas le vuela la cabeza y quedo bañado en su sangre. ¡¿Quién maneja una camioneta blindada con los cristales abajo?! Me muevo cuando perdemos velocidad, entonces abro la puerta y lanzo su cuerpo a la carretera para ocupar su lugar. Acelero y Don empieza a disparar a nuestra espalda. Escucho cuando le ordena a Britney sacar armas de la parte trasera.

—¡Nos siguen! —rujo. Veo que tres vehículos ingresan desde los laterales con las luces apagadas, ¡él sabía en dónde estaríamos!

—¡Lánzala! —Escucho que Dominic le ordena. Alguien baja el cristal en la parte trasera y unos segundos más tarde los que nos siguen vuelan por los aires—. ¡Eso es, mujer!

—¡Le diste una granada a mi esposa!

—¡Más! —grita ella, eufórica.

—¡No! —gruño.

Muevo el volante y hago que la camioneta se deslice para que no choquemos con uno de los vehículos enemigos.

—¡Es el puente…! —advierte Dominic, pero es muy tarde. Estamos volando en el aire y cayendo en las aguas heladas del río Moscova. Lo único que puedo hacer es golpear el botón para bajar el cristal.

Seré el causante de la muerte de todos… La camioneta golpea el agua, Britney grita, me

tapo la cara por inercia y la puta agua me corta al instante. Pareciera que tuviera dagas de hielo arañándome la carne.

—Sácala —le ordeno a Dominic cuando trata de llevarme con él—. ¡Sácala!

Ellos salen, pero tengo las piernas presionadas por el volante, que se movió por el impacto. Intento abrir la puerta, pero la presión del agua no me lo permite. Sé que debo hundirme, aunque mi cerebro me grita que luche. *Respira… ¡Respira!*

Meto la mano en el lateral, buscando deslizar el asiento, para cuando me doy cuenta ya estoy tomando mi última bocanada de aire antes de que todo se hunda. Empujo el metal con las piernas, pero nada cede.

Vendré desde el mismo infierno y te llevaré conmigo, Ivanov.

Mi nadador olímpico no me dejaría, lo sé, pero si está a mi lado por fuera del vehículo, significa que abandonó a mi Britney.

Él empuja el volante y le ayudo hasta que juntos logramos moverlo. En cuanto quedo libre, salgo por la ventana y pierdo el oxígeno de mi cerebro. Ambos nadamos a la superficie, pero me encuentro perdido en el agua, sin saber hacia dónde debo ir. La necesidad de respirar se hace más fuerte, así que abro la boca. Ya no es solo mi piel, sino mis órganos internos los que están siendo aplastados. Dejo de moverme y pierdo la consciencia.

Algo me golpea el pecho con fuerza y tengo una boca sobre la mía cuando abro los ojos, tosiendo y girándome para vomitar lo que me ahoga. No puedo respirar, no tengo aire. Están ahogándome… *Es Gabriel.*

Me tiene atado, golpeado y me ahoga con... Quiero matarlo.

Solo que no es así, estoy en la oscuridad y solo distingo una sombra frente a mí. Luego un toque suave en mi pecho. Estoy temblando de frío, igual que quien está a mi lado.

—¿R-Roth? —me llama. La reconozco y pongo sus manos en mis mejillas—. Oh, Dios, volviste.

—Nunca me fui —murmuro. La garganta me arde con las palabras.

—No estabas respirando. —Llora.

—Nos dará hipotermia. —Escucho la voz de Don—. Debemos movernos.

—¿Dónde estamos?

—Brit y yo nadamos contra corriente y no tengo idea, pero hay luces cerca. —Me ayuda a levantarme. Los tres estamos en las mismas condiciones y me duelen los dedos, como si estuvieran congelándose. Necesitamos entrar en calor.

—Vendrán por nosotros —solloza mi dulce alma.

—No, irán río a-abaj-jo. —Me castañean los dientes.

Caminamos entre las piedras antes de caer en la nieve. Nosotros cargamos a Brit, pues es la primera en debilitarse. Don está en forma y entrena diariamente al igual que yo, pero ella no. Encontramos una cabaña y entro a inspeccionarla; parece de algún pescador. Está oscuro y la ilumina solo la luz de la luna. No tenemos nada que nos sirva. Salgo por ellos y luego dejo a mi esposa en el piso de madera. Adentro hace frío y todo luce abandonado. Hay una chimenea, pero estoy demasiado cansado como para moverme. Empiezo a quitarle la ropa a ella, así podré abrazarla y darle un poco de mi calor corporal, pero entonces veo la llama de un encendedor.

—Gracias, jodida Isabella Cavalli —murmura Dominic, riendo—. Nos salvarás la vida.

Él empieza a quemar unos papeles que parecen periódicos, unos objetos de madera y lo lanza todo a la chimenea. Estoy desnudándome porque ella ha dejado de hablar y tiene la piel y los labios morados.

—Debo calentar-rla.

Don murmura algo, rompiendo sillas y separando la madera para usarla como leña. Las lanza al fuego, haciendo que arda más. Rodeo los hombros de Britney, pegándola a mí. Ambos temblamos, sus dientes chocan y apenas mueve los dedos. Me mira con debilidad.

—No morirás así —le aseguro.

Parpadea sin miedo, confiando en unas palabras que quizás resulten vacías. La primera regla es no dormirse, pero la rompo porque estoy demasiado cansado. Ya llevo dos noches sin dormir desde el ataque en la Pequeña Italia y ahora el de Vlad a mi rancho, así que he terminado fatigado por el esfuerzo extremo. Me duermo abrazado a ella. Cuando abro los ojos tengo una tela hedionda sobre mí, pero al menos se siente más caliente. Todo está oscuro. Brit tiembla más y más, pero ahora con los ojos cerrados. Empiezo a besarle las manos.

—N-necesit-ta calor-r. —Oh, mierda. Esa es la voz de Dominic. Está sentado solo y apartado.

—Ven aquí.

Casi gatea por el suelo, colocándose a la espalda de Britney. Si no lo hacemos, moriremos. Nos abrazamos los tres, casi desnudos, y ella se acurruca más. Sé que para él es incómodo, pero es la única manera de sobrevivir.

Abro los ojos cuando la puerta golpea la pared. Estoy acalambrado, pero me levanto un poco. Mi ángel, ella siempre viene a mi rescate, vestida de negro, con su melena rubia brillando y un gorro peludo. Los soldados entran a su lado, armados.

—Dime que no tuvieron una orgía sin mí —se burla con una sonrisa, siendo toda una reina digna de la mafia. Dominic se mueve y abre los ojos.

—¿Qué haces aquí? —gruñe de mal humor.

—Ya sabes, no puedo dormir sin ti.

—Jodida mujer.

—Sí, también te odio.

—Brit —la llamo, tocándole el rostro—. Nena —insisto.

La muevo más fuerte, pero ella no abre los ojos. Dominic se levanta, se toca un costado y cuando levanta los dedos yo pierdo la razón. ¡Sangre! Es la sangre de mi esposa, ¡de una herida de bala que no sabía que tenía hasta ahora!

15: SIN LATIDOS

Roth Nikov

La angustia me acorrala y el miedo, un compañero que antaño dejó mi cuerpo, vuelve a instalarse ferozmente en mi interior. Dominic me habla, pero bloqueo su voz y de inmediato empiezo a hacer las maniobras de reanimación sobre Brit. Su cuerpo está frío en el suelo de la cabaña, ha perdido una exorbitante cantidad de sangre toda la noche y su corazón no late, no respira. *Está muerta*.

—¡No! ¡Vamos, carajo! ¡¡Respira!! —gruño, haciéndole compresiones en el pecho.

—¡Déjame hacerlo! —ruge mi Capo, empujándome. Emilie, quien se ha detenido frente a nosotros, se moviliza, exigiéndoles a los soldados un cuchillo. Entonces se hinca al lado de Britney y le saca la bala.

No es una herida profunda. Le quito el cuchillo y lo llevo al fuego sin dejar de mirarlos, trabajando por salvar a mi esposa. Cuando la hoja del cuchillo está roja, vuelvo al piso y se lo pego en la herida. Ella no reacciona, nada. Ni un quejido ni un jadeo. Don le da respiración boca a boca.

De repente Emilie grita, pues han empezado a atacar el frente de la cabaña a balazos. La sujeto, tirándola al piso y cubriéndola con mi cuerpo.

—¡Sácala de aquí! —me ordena Dominic. Tres soldados entran, lanzándonos algunas armas. Tomo dos y le entrego una a ella.

—Don… —jadea entre el caos—. ¡Vine en lancha! ¡No es posible que me siguieran!

—Han estado registrando el bosque —le responde.

—Tienes que irte con ella —digo, tomando su lugar. Britney no parece estar recibiendo oxígeno. Dominic me observa y no lo expresa en palabras, pero sé lo que quiere decir mientras el caos a nuestro alrededor se intensifica.

—¡Nadie se queda detrás! —exclama Emilie—. Carga a Britney y nosotros les abrimos paso. La lancha está en el muelle.

Dominic asiente por primera vez y toma un arma, exigiéndole a su mujer que mate a todos y que corra cuando se lo ordene.

—¡Resiste, *dusha*! —imploro, desesperado, agarrándole el rostro y besando sus labios. Ella tiene que luchar por nosotros. La cargo en brazos y espero a que salgan. Don y Emilie se adelantan, disparando; estamos literalmente rodeados, pero no pierdo el tiempo y corro sobre la nieve dura, descalzo y semidesnudo. Los soldados ayudan, algunos peleando cuerpo a cuerpo. ¿Cómo mierda hemos terminado rodeados?

Visualizo el bote pequeño y corro más deprisa.

—¡Ahora! —Dominic grazna sobre los demás. Estoy llegando al final del muelle improvisado de madera casi podrida, pero cuando creo que lo hemos logrado… el bote explota. El agua se alza y se forma una nube de fuego y humo que me lanza a un costado, hacia el agua gélida del río que trae una feroz corriente. Desesperado, intento encontrar el cuerpo de mi esposa bajo el agua, pero solo la hallo cuando emerjo y la veo sobre unas rocas. Nado hasta su cuerpo, sabiendo que no existe ningún acto que nos salve.

—¡Brit! —Le agarro la cara y veo una herida abierta en su cabeza. *¡No, no, no!*—. ¡No puedes hacerme esto, nena!

—¡Dominic! —El grito de Emilie es aterrador y me giro hacia ellos. Justo en ese momento veo a Don caer al agua. Ella se mantiene de pie, disparando hacia los hombres que la están rodeando.

Todos vamos a morir.

—Lo siento, *lo siento tanto.* —Las palabras me anudan la garganta. Hace años tomé una decisión que incluso hasta este momento me ha perseguido: salí de Rusia y dejé a mi hermano detrás porque necesitaba un plan, una estrategia para avanzar y salvarnos. Ahora siento que hago eso mismo. Mi esposa está muerta y no existe manera de que pueda ayudarla. Quedarme a su lado sería mi opción si no tuviera a Emilie y Dominic cargando mi cruz. No quiero dejar a tres niños sin padres por mi culpa, suficiente cargo de consciencia tengo con Raze. No importa cuánto le pida perdón, abandonarla será mi condena más grande… y la dejo ir en el agua.

—Volveré por ti, mi alma. Volveré.

Salgo del río, corriendo por la orilla, y salto al muelle para tomar una metralleta de un cadáver desparramado en la madera. También agarro una granada, la cual lanzo hacia la cabaña para causar una distracción. Emilie se queda sin balas y se lanza al suelo, cubriéndose la cabeza. Logro ver a Dominic más allá, rompiéndole el cuello a un soldado. Parece estar herido, pues tiene la mitad del cuerpo cubierto de sangre. Cuando llego hacia Em, ella intenta pegarme hasta que entiende que soy yo, entonces la levanto y la ayudo a saltar.

—¡Cruza el río!

Disparo, abriendo el camino para Don y volando más de una cabeza, hasta que él llega a mi lado y sigue el rastro de su esposa. Si cruzamos, solo debemos correr entre los árboles hasta llegar a la carretera. Les doy tiempo de ventaja antes de seguirlos y una de las balas me alcanza el hombro mientras braceo para llegar a la otra orilla. Observo a mi Capo levantar a Emilie y perderse en la maleza, pero luego, cuando llego al otro lado, veo que vuelve por mí. Las balas impactan contra las piedras, pero estamos a una distancia suficiente como para que sus disparos no sean tan certeros.

—¡¿Dónde está?! —cuestiona, a lo que niego y nos obligo a seguir. Escuchamos un helicóptero demasiado cerca. Sin tiempo de dar explicaciones, huimos detrás de Emilie hasta alcanzarla. Ella agarra la mano de Dominic y corren juntos, mientras que yo miro atrás, pero solo hay fuego, nieve y árboles secos.

—¡Roth! —Emilie me llama, pero en ese instante se da cuenta de mis manos vacías y se detiene, mojada de pies a cabeza—. ¿Dónde está Britney? —pregunta, asustada.

—Muerta —pronunciar la palabra duele. No pensé que fuera tan importante para mí, hasta el punto de que me siento como una mierda, que quiero llorarla, regresar y morir con ella. Es lo que quiero, regresar y morir a su lado. Le he fallado, dejé que muriera. Dominic tenía razón, no podía ser de otra manera. No fuimos destinados para amar, pues destruimos lo que tocamos.

—Hay que volver —Em insiste e intenta regresar, pero Cavalli la detiene.

—No hay nada que buscar. —La frialdad de mis palabras es mayor a la que nos envuelve.

—¡Dominic, debemos regresar!

—¡Es un cadáver! ¡¡Piensa en los niños!! —le grito, señalando a nuestra espalda—. ¡Volver significa morir! ¡Todos nosotros!

—Es una niña. —Llora.

—¡Está muerta! —rujo, cayendo de rodillas y golpeando la nieve—. ¡La maté desde Italia! ¡Desde que quise casarme con ella! ¡¡Yo la maté!!

Siento que los brazos de Em me rodean y cómo se deja caer a mi lado. Es posible que muriera anoche, que no sintiera dolor, que lo hiciera de forma pacífica en mis brazos. Que no

hubiera sentido cada golpe que vino después, que ella solo se durmiera para siempre… Y ahora será feliz, lejos de este mundo de mierda que tanto daño le hizo.

Ya no tendrá más crisis ni voces que la atormenten, mucho menos una bestia por esposo. Espero que ahora sea un ángel y no el demonio que terminaría siendo a mi lado.

Corremos dentro del bosque durante horas antes de salir a la carretera. Un camionero es quien se detiene porque Emilie se sienta sola en la orilla. Dominic lo saca de la cabina cuando le pregunta a ella cómo pagará el viaje y le rompe el cuello antes de que siga hablando basura. Yo la ayudo a subir. Está cansada, Don tiene un corte cerca de la arteria carótida en el cuello y yo una herida en el hombro; estamos semidesnudos y mojados. Emilie es la única con ropa, pero sigue congelándose. Ninguno de nosotros dice una palabra mientras busco algo caliente y encuentro una manta, la cual uso para cubrir a la rubia. Dominic se roba la playera del hombre y yo otra que encuentro en el piso, maloliente por el sudor. Después encendemos la calefacción y emprendemos nuestro camino al centro de Moscú.

Dicen que luego de una muerte debemos continuar, pero no encuentro ningún deseo para hacerlo en mi interior cuando abro los ojos a la mañana siguiente… ni ninguno de los días que siguen. Entierro un ataúd vacío a pesar de que mis soldados han estado peinando cada parte del río Moscova. No han encontrado nada, ni una hebra. Sé que está muerta, lo estaba antes, pero quería al menos recuperar su cuerpo, darle una santa sepultura. Conociendo esos bosques, puede ser que un oso haya acabado con sus restos. Su recuerdo me pesa, no puedo dormir por las noches y, en cambio, me dedico a llenar las calles de Rusia con sangre, buscando en cada puto rincón a la rata asquerosa de Vlad, quien me llevará con un objetivo que antes no creí necesario.

Dimak Trivianiv. El maldito detective falso que estuvo en el barrio de la Pequeña Italia. ¿Cómo no me di cuenta? ¡Lo tuve frente a mí!

—Era amigo de Robert, por lo que logré averiguar —detalla Dominic, dejando caer la carpeta sobre la mesa. Mi estado de ánimo es un infierno de malhumor.

Robert, mi hermano fallecido. Lo último que supe de Trivianiv en aquellos años fue que partió a Londres cuando enterramos a mi hermano. En ese momento dejé de escuchar su nombre, pero, claro, me encontraba en América y lejos. Olvidé al hijo de puta. Dominic me da la información necesaria, cubriendo los vacíos: conoció a Dimak por su academia de sanguinarios. Entrena a chicos, que luego convierte en asesinos a sueldo, bajo una maraña de ideas militares.

—Quiero venganza —rujo antes de levantarme y dejar el lugar. Quiero la cabeza de ambos, tanto Vladimir Ivanov como Dimak Trivianiv se convertirán en mis putas. Los joderé a ambos.

Como nuevo Pakhan de la Mafia Roja se me exige cumplir con los festejos y presentarme ante la sociedad más influyente. Ninguno de nosotros tiene ánimos festivos y desde el funeral parecemos almas penando en la casa, pero, como siempre, fingimos. Ante el público somos una unión. Emilie pasa quince días en cama debido a una amenaza con el embarazo, el mismo que se empieza a notar cada vez más cuando usa ropa pegada. Dominic se recupera de su herida y , sin embargo, evita mirarme a los ojos.

Yo entreno más y más, asesino a tantos que pierdo la cuenta.

En las noticias empiezan a hacerse eco de las nuevas olas de crímenes y desaparecidos, por lo que las personas se refugian en sus casas temprano, temiendo que el carnicero toque a sus puertas.

—¡Dije que plancharas la azul, no la roja! ¡¿A esto le llamas organización?! ¡Está mal! —

bramo, lanzando la mesa de planchar contra la pared. La mujer del servicio grita y luego lanza un chillido más pequeño. Ellie se encuentra en la puerta y tiene grandes lágrimas en su rostro.

—¿Papi? —pregunta.

—¡Yo no soy tu papá! —estallo. Cuando la mocosa empieza a llorar sin control, Dominic aparece para cargarla al instante. ¡Al diablo todo!

—Acepto que tu humor sea un desastre, pero ¡no te permitiré que le hables así a mi hija! —brama, tapándole los oídos. Me le burlo en la cara.

—Y si lo hago, ¿qué? ¿Vas a castigarme? ¡Vete a la mierda, Dominic!

—Llévala con su madre —le indica a la sirvienta inepta que no sabe diferenciar un color. Estoy tan furioso por la camisa que no veo venir a la tormenta enfurecida hacia mí. Su golpe me toma por sorpresa y me manda al piso. Nunca hemos peleado, solo entrenando, en donde los golpes tienen una medida para no causar daño, pero en ese momento, cuando le devuelvo el puño, no hay nada que me contenga. Quiero sangre, quiero destruir al mundo por arrebatarme a mi esposa… ¡Meses! Han pasado casi cuatro malditos meses sin ella y sigo torturándome por el último momento en donde la dejé ir.

Dominic es más rápido, yo más musculoso; sus movimientos son impulsivos, yo soy estratégico. Destruimos la habitación y me rompo una mano cuando estoy a nada de aplastarle la cabeza contra la pared. Él me levanta, lanzándome contra la cama, la cual también se rompe. Tiene una cortada en el rostro y yo siento hinchado el mío. Cuando me agarra la cara y reconozco que hará un movimiento para romperme el cuello, dejo de luchar y lo observo. Entonces Dominic se detiene, alarmado al ver lo que hemos hecho.

—Acaba con esto —le ordeno. No reconozco la frialdad que yo mismo desprendo. Necesito la destrucción.

—Roth —jadea y retrocede, cayendo en el piso lleno de pedazos de madera, cristales rotos y plumas de las almohadas—. Dios mío…

—¡Dominic! —interrumpe Emilie y ambos giramos la cabeza. Se está sujetando el vientre y tiene la bata manchada de un leve carmesí—. Él bebé ya viene —anuncia, con lo que ambos nos erguimos porque es demasiado pronto.

Es prematuro. No, Cristo, ya basta. No soportaré más jodidas muertes. La llevamos a una clínica privada, en donde la doctora Petrova ha estado monitoreando su embarazo. Solo tiene siete meses y no ha llegado a término, pero ha roto fuente y no se puede retrasar el parto. Al llegar no saben a cuál de nosotros atender primero, pues estamos llenos de golpes y cortes en el rostro. Dominic se queda con ella y yo me voy a la sala de espera. La clínica queda vacía y llega toda nuestra seguridad junto con el equipo más cercano a la doctora. Britney no hubiera querido esto para mí, detestaría que fuera un hijo de puta descontrolado, uno que ataca a su hermano y daña todo lo que, con mucho esfuerzo, sangre y lágrimas, logró construir. Saco el móvil, temiendo llamar a la única persona que creo necesitar ahora.

—¿Roth? —contesta al segundo tono.

—Hola, hermano… ¿Cómo estás?

—¿Cómo estás tú? ¿Quieres que vaya a Rusia? ¿Me necesitas allá?

Me pongo de pie y me quedo frente al cristal. Sonrío con melancolía. *¿Tenía que morir ella para que sientas pena por mí?*

—Quería escucharte y también decirte que se le adelantó el parto a Emilie. Tendremos un nuevo miembro…

—¿No es muy pronto? —interrumpe.

—La doctora está segura de que todo irá bien. Eso… o tiene miedo de morir si nos dice

otra cosa.

—No me has dicho cómo estás.

—Estaré mejor… Pronto.

Algo se mueve detrás de mí, observo a través del cristal y me quedo petrificado, dejando caer el móvil al piso. Me giro rápido porque creo haber visto algo que no está. *¿Acaso estoy loco? ¿Ahora también la imagino en los rincones de una clínica en donde nunca estuvo?*

Niego y me golpeo la cabeza. Debo olvidarla, seguir adelante. Ella está muerta, fin. Está en el pasado y debo reconstruir el futuro… Otra vez.

16: DESCONOCIDO

Britney

Me palpita la cabeza mientras escucho un zumbido molesto, el cual causa que abra los ojos. Todo me duele, siento el cuerpo pesado como plomo, pero estoy en una cama suave. Parpadeo, gruñendo de frustración, cuando la luz me ciega y el dolor se hace insoportable. Tengo una aguja clavada en la mano y me la retiro de golpe, rasguñándome la piel.

—Roth… —llamo en un gimoteo. *¿Dónde estoy?*

Intento abrir los ojos una vez más, poco a poco adaptándome a la luz matutina. No reconozco el lugar con cortinas blancas, muebles de madera de cerezo y el ambiente de tonos rojos. La habitación es amplia y bonita, pero fría. Me toco la cabeza y me topo con un vendaje. ¿Me golpeé? Lo último que recuerdo es estar con mi marido, durmiendo en sus brazos, helada y temblando.

¿Cómo carajos llegué aquí? ¿Dónde están los demás?

Aparto las sábanas y veo que llevo puesto un camisón blanco y largo de satín. Me subo la tela para inspeccionarme la cadera, pues recuerdo el ardor dentro del agua helada y luego la sangre mientras caminaba. No era una herida, sino el roce de alguna bala. Jadeo con sorpresa, pues está sana. Solo un leve tono rosado indica que tuve algo en ese lugar. Me levanto, pero el mareo que me golpea es poderoso y termino sentada nuevamente. Entonces me observo en un espejo: tengo los ojos hundidos y un aspecto de enferma crónica. Además llevo una venda que me cubre una pequeña parte del rostro, cerca de la oreja. Voy despacio hacia el tocador y me quito la venda, encontrando debajo un fuerte golpe y varios puntos, al menos una docena en una línea recta que llega casi hasta el nacimiento de mi pelo. Algo está mal.

Miro por la ventana y solo veo extensos campos de nieve.

¿Sigo en Rusia? Con miedo, salgo de los aposentos y empiezo a caminar por el pasillo, tocando la pared beige y admirando los cuadros de las paredes. Son exquisitos, un deleite al buen gusto. Bajo una escalera semicircular. La casa es enorme y me recuerda a la decoración de la mansión Cavalli en Nueva York. Al pie se encuentra una estatua de Miguel Ángel con un ala negra y otra dorada, incendiándose.

—Oh, despertaste, cariño —murmura una voz femenina que sale de un lateral. Me detengo con cautela y levanto la mano. La rubia sonríe; es elegante y refinada. Se ve mayor y calculo que pasará de los treinta.

—¿Quién es usted? ¿Qué estoy haciendo aquí?

—Oh, cierto, ¡lo olvidé! —exclama y avanza—. Soy Katniss Florentino.

—¿Por qué estoy aquí? ¿Dónde está mi esposo?

—Eso… —murmura la mujer, perdiendo la sonrisa. Me aparta unos mechones del rostro y me observa con pena—. Acompáñame, necesitas saber muchas cosas.

Baja los dos escalones que subió para acercarse y se gira, caminando con sus tacones de diseñador y una falda de tubo negra. La sigo y atravesamos el recibidor para ir a una especie de despacho. La cabeza me sigue trabajando a mil por hora, pues no entiendo el motivo por el que estoy aquí. Al llegar, veo que un hombre está sentado, firmando papeles en su escritorio. Es muy atractivo, rubio y de mirada gris. Curva los labios y me recuerdan a las sonrisas oscuras que le he visto a Dominic Cavalli. Parpadeo y la mente me lleva a Nueva York, a ese policía de lentes, el rubio. Trivianiv… Lo reconozco. Este hombre estaba allí esa noche, observándome.

—Nuestra invitada despertó, ¿la ha revisado el doctor?

—¿Son amigos de mi esposo? —pregunto, insegura. No parecían conocerse ni ser cercanos. El hombre niega y retrocedo por instinto cuando se pone de pie. Mi cuerpo me grita que estoy en peligro y se me eriza la piel.

—No somos amigos del esposo que te abandonó.

—¿Qué? Roth nunca me abandonaría…

—¿No? ¿Cómo estás tan segura? —Katniss interrumpe y se sienta, cruzando sus piernas largas—. Dominic lo hizo conmigo… ellos son así. Me prometió el mundo y luego, cuando no le serví, me tiró en Italia para que fuera la comidilla de los hombres más despreciables del mundo.

—¿Quién es usted?

—Fui su novia, la prometida de Cavalli.

El hombre deja caer un periódico con letras extrañas y ella me lo extiende. Lo agarro temblando y aunque no reconozco las letras, pues creo que es ruso, sí distingo la imagen: Dominic, Emilie y Roth están junto a más personas, todos vestidos de negro, frente a un ataúd. Emilie está abrazando a mi esposo, recargada en su pecho, mientras él se ve imponente e indiferente.

¿Quién falleció?, me pregunto, pero el temor de que sea alguno de los niños desaparece cuando noto que es un féretro de tamaño adulto.

—Te enterraron, estás muerta para ellos. No volvieron por ti, siguieron con sus vidas —manifiesta el hombre. Aunque sus palabras son rudas, parecidas a las de Vladimir Ivanov, posee un acento en lo profundo, ¿inglés, quizás? La rubia me da otro artículo, esta vez en italiano. Se menciona la pérdida de Roth Nikov, de su reciente esposa Britney Ginore, pero no hablan de las causas de mi supuesta muerte. Es un artículo de chismes. Roth y los demás han estado presentándose públicamente y aseguran que mi esposo no parece triste por mi pérdida. De hecho, lo acusan de que parece haberse refugiado demasiado pronto en la Joya Cavalli.

—Hace quince días te rescatamos del bosque a las orillas del río Moscova… —empieza a narrar el hombre, quitándose su americana y doblándose las mangas de la camisa—. Tenías una herida en un costado, un golpe en la cabeza y mucha fiebre. Pensamos que ibas a morir, pero te traje a mi casa y has ido sanando poco a poco gracias a los mejores cuidados.

Me toco la frente y siento los puntos. Niego, pues me duele la cabeza al tratar de buscar una explicación.

—No tiene sentido… No puedo creerlo.

—Para ellos lo más importante siempre será su reina —murmura la mujer—. Harán todo por y para ella. Las demás somos adornos, Britney, ¿no te das cuenta? Incluso tu matrimonio fue una mentira, solo eras el mensaje perfecto. Lucas Piazza intentó destruir a Don y él lo mató. Luego, años más tarde, Roth se casa con una Ginore, ¿por qué motivo te elegiría si no fuera para ridiculizar a tu familia? Has sido la comidilla en Italia.

—No es así, él quería protegerme…

—¿Y por ello te expuso en La Mazmorra? ¿Te cuidó al tratarte como una de sus tantas mascotas? ¿Por qué a Emilie Cavalli la ocultan y a ti te exponen? ¿Acaso no lo ves, *darling*? Solo fuiste una linda gatita en el juego de leones.

¡Él no me abandonaría! Pero… ¿qué conozco yo de Roth Nikov?

Nuestros momentos empiezan a pasar uno detrás de otro y entonces logro visualizarlos de una manera completamente distinta. Sacudo la cabeza, dejando caer el papel. Estoy llorando y me falta el aire.

Me ahogo. Me golpeo la cabeza. Estoy en una pesadilla, esto no es real, nada de esto. El hombre es rápido y me agarra de los hombros, sacudiéndome ligeramente. Está tan cerca de mí

que me sostengo de él con la respiración agitada.

—Quiero irme —jadeo—. ¡Sáqueme de aquí!

—Y puedes hacerlo cuando gustes, no estás obligada a quedarte. —Sube las manos hasta mi cuello y luego me acaricia los labios con el pulgar—. Eres libre, *darling*. Puedes hacer lo que decidas, incluso volver a los brazos de Nikov, pero ¿vale la pena?

—Por favor, señor —suplica la rubia—. La matarán.

—Te dije que la chica era bienvenida en mi casa solo si deseaba quedarse, pero parece que anhela regresar a donde no la quieren.

Me suelta y se da la vuelta, sacando un fajo de dinero que le lanza a la rubia. Ella está llorando y le pide que me permita quedarme.

—Britney, escucha —me implora—. No tienes que irte hoy, puedes analizarlo todo, nena. Acabas de despertar después de días de estar inconsciente… y ahora has visto la verdad. Todo es muy duro, lo sé. Viví en una mentira igual que tú.

—Quiero irme —repito, decidida.

—Aquí tienes —replica el hombre e intenta darme dinero, pero me niego—. Llévatelo, lo necesitarás para huir. Katniss, consíguele un cambio de ropa mientras yo pido un vehículo para la señorita Ginore.

—Nikova, soy Britney Nikova.

Sonríe con condescendencia.

—Mi error, señora Nikova.

La chica me ayuda a salir y observo al tipo por encima del hombro antes de cerrar la puerta. No parece alterado ante mi marcha y tampoco intenta detenerme. Eso me deja fuera de lugar. Eso… y la mujer que llora mientras subimos las escaleras de regreso a la habitación. Me ayuda a sentarme, hablando para ella misma mientras busca ropa. Vuelvo a recordar las fotos. A Roth se lo veía formal y tranquilo. ¿Por qué pensaría que morí?

¿Realmente me abandonó?

—El señor Dimak Trivianiv es una buena persona. De no ser por él, estaría muerta en Italia en brazos de mis captores. ¡A Dominic no le importó nada! ¡Solo quería deshacerse de nosotros! Me tiró a los burdeles para que me pudriera, para que me sacaran nuestro bebé del vientre, pero no lo consiguieron. Piensas que ellos son los buenos… ¡No es así! Han matado y destrozado familias solo para continuar reinando, son crueles y solo se protegen los unos a los otros. ¡¿Por qué crees que te dejaron a ti?! Debían salvar a su reina. ¡Siempre ella! Los dos se desviven por Emilie, no me extrañaría que se la follaran juntos…

Dejo de escucharla y la bloqueo de mi cerebro. Me golpeo con desesperación y siento que se me mueve el cuerpo. Respirar no ayuda, necesito dolor, uno fuerte, pero el que se instala en mi pecho está multiplicándose por mil. Recuerdos, el toque de otro hombre en mi espalda… Era Dominic. Se abrazó a mí, temblando, ¿por qué Roth lo permitiría?

No le importas. ¿Cómo podrías?

Las voces ganan terreno.

—¡Quédate! —implora Katniss, sujetándome el rostro y limpiándome las lágrimas—. Tendrás todo lo que necesites. Puedes entrenar en la academia, aprender a defenderte y entonces, cuando estés lista, empezarás una nueva vida. Tienes la oportunidad aquí.

—Dijiste que tienes un hijo, ¿es con el Capo?

—Sí. —Una sonrisa aparece en su rostro—. ¿Quieres conocerlo?

—Me gustaría, si es posible.

—Claro que sí, hermosa. Ya lo traigo, no te muevas —ordena con voz tierna y se va con

prisa por la puerta.

Estás del lado de los malos. ¿Será cierto? ¿Ellos son los malos? Recuerdo a Roth, su familiaridad con Emilie, su mirada. Se nota que la adora, la venera. Los niños… Dios mío. Ella estaba escondida y protegida en una mansión, ¿y yo? En su orfanato, siendo torturada por la persona a cargo, ¿cómo no se iba a enterar? Pero luego fue buena conmigo… Y cuando me secuestraron Vladimir preguntó por ella. Alzo la cabeza cuando escucho el tintineo que producen los tacones de Katniss, que viene de la mano de una criatura. Es un poco más pequeño que Emma. Sus rasgos… Madre mía. Ojos azules profundos e intensos. El cabello es parecido al de Ellie y su semblante tiene la dureza de Damon.

—Saluda a la tía Ginore, Dominic.

—Buenos días, has despertado.

—H-Hola —titubeo, tapándome la boca.

—Dominic venía a visitarte cada tarde y te peinábamos juntos —musita Katniss, pasándole la mano por el pelo—. Es mi más grande orgullo, es muy inteligente.

El niño, vestido con un traje claramente creado a su medida, camina hacia mí y se sienta a mi lado. No luce como un pequeño ordinario y común.

—¿Conoces a mi papá? —cuestiona. No sé qué decir, pues este encuentro me ha dejado en *shock*—. Mi madre dice que algún día vendrá a verme.

—Estoy segura de que sí… Eso espero —musito, agarrándole la manito—. Creí que lo conocía, pero ahora no estoy tan segura.

Quiero irme, aunque siento que no puedo. Me aferro a recuerdos que se van desdibujando y lucho con mi mente por buscarle una lógica a todo. Suplico que me dejen quedarme sola y aprovecho para permanecer acostada en la cama, observando la nada. Entonces me doy cuenta de que efectivamente no conozco a nadie, que es posible que todo fuera una burla, un grito de poder. En los planes de Nikov no estaba tocarme y cuando lo hizo… no fue con amor, se trató de un acto más. Quizás mi mente lo idealizó todo, soñando con aquel lindo cuento de niñas bonitas casadas con bestias que en el fondo son hermosas.

Así, confundida, no puedo hacer nada, pues el mundo que estaba construyéndose a mi alrededor está siendo demolido en mis narices. Le pido unos días a Katniss. Tal vez observarlos a ellos me dé un indicio de que algo está mal, pero no noto nada. Al señor Dimak le gusta cenar por las noches en familia, es bueno con los empleados y cariñoso con Dominic. Katniss no es su pareja, sino más bien el ama de llaves de la casa. Él es un hombre muy poderos e influyente de Rusia, aunque hace años se fue a Inglaterra a terminar sus estudios luego de la trágica muerte de su mejor amigo. El pequeño es un amor, le gusta jugar al Monopolio por las tardes cuando acaba sus estudios con sus profesoras privadas. Yo soy un asco, pero Dominic se empeña en enseñarme. Reviso los teléfonos de la casa, que sí tienen conexión, y nunca me niegan que salga a caminar por los alrededores.

No soy una prisionera y eso es lo que me aterra.

Al quinto día en la casa Trivianiv me encuentro al señor, saliendo de una habitación en el primer piso, con el torso descubierto. Me sonrojo y siento que las mejillas me arden, así que giro el rostro para no ver el comienzo de sus músculos, los cuales se pierden en un pantalón de deporte gris.

—Lo siento —murmuro—. Bajé por una fruta a la cocina.

—No debe sentirlo, estaba dibujando un poco.

—¿Dibuja? —pregunto, tomando un respiro. Lo observo a los ojos a pesar de que su cercanía me pone ansiosa y tiemblo—. ¿Puedo ver?

—Desconocía que era el tipo de mujer que apreciara el arte.

—Se sorprendería —murmuro.

—Estoy seguro de que sí —replica, haciéndose a un lado, y me abre la puerta. Desde que entro me siento en otro mundo.

Los cuadros son sexuales, todos. Son dibujos a color del cuerpo humano, de las partes íntimas. En unos se puede apreciar el pene entrando en la mujer, en otros unos chorros de líquido… Me lleno de vergüenza, recuerdo el toque de mi esposo y me humedezco al instante.

Mi arte es más oscuro y tétrico; este es a color y grita sexo. Nunca me sentí atraída a los colores.

—Son hermosos. Eróticos, pero no vulgares.

—Es una sorpresa que no se escandalice, no la imagino admirando mis pinturas —musita a mi espalda—. Si pudieras llevarte uno… ¿Cuál sería? —pregunta con un tono cautivador, hablándome con cercanía por primera vez.

No tengo que buscar mucho, pues es uno grande. Representa a una mujer de rodillas, con las manos atadas en la espalda. Me acaricio las muñecas, recordando la escalera, sus golpes, su respiración. Me humedezco los labios, señalando la esquina.

—La chica sumisa —digo—. Lo colgaría en la sala y me sentaría a observarlo por horas.

—¿Es así como te sientes? ¿De rodillas, sin opciones?

Cierro los ojos cuando se me pega por completo y espero a que el pánico y el repudio que suelen llegar me invadan, pero nada pasa.

—Estaba empezando a hacerme un camino, pero ahora me encuentro a la deriva. Lo que creí tener se me ha ido como agua entre los dedos. Quiero creerles, pero los recuerdos del hombre que conocí siguen latentes.

—Pasado mañana se hará la presentación del Pakhan, será un baile especial. Podrías ir de mi brazo y nos mantendríamos alejados, así tendrías la oportunidad de verlo.

—¿Y si quiero irme con él? —replico. Él inhala y vuelve a mi lado.

—Podrás hacerlo, pensé que lo tenías claro. No eres una prisionera. Si quieres ir al baile, háblalo con Katniss. Ella pondrá a tus pies cualquier deseo. Buenas noches, señora Nikova. —Lo escucho alejarse mientras me quedo en medio de la habitación, mirándolo todo. Estoy segura de que no se molestará si agarro algunas cosas, así que me llevo lápices, carboncillo y unas hojas. No duermo nada porque paso el tiempo dibujando el rostro de mi esposo en diferentes ángulos, pero en ninguno sonríe. Es solo un rostro impenetrable y los dibujos no tienen vida. Me duele hacerlo y siento que su recuerdo se distorsiona. No lo conozco. Quizás nunca fue quien dijo ser.

Katniss salta de felicidad con mi petición, pues ir a la fiesta significa dar un paso hacia el principio, a comprobar con mis ojos lo que ellos han dicho. Ella no irá, pues no la deben ver para proteger a su hijo. Pero el señor Trivianiv sí irá y, por cierto, se ve imponente en un traje negro y una máscara en el mismo tono, parecida a una veneciana.

El hombre traga saliva al verme bajar la escalera en mi vestido Valentino de color rojo sangre. También llevo una máscara, pero de plumas doradas, y mi pelo liso está peinado hacia atrás. Katniss me ha maquillado exquisitamente. Hace minutos, frente al espejo, ni yo misma he reconocido a la mujer que se reflejaba.

—¿Cómo el infierno ha cometido tal atropello? Han dejado escapar a Luzbel entre los mortales. No creí que un demonio tan hermoso pudiera sonrojarse. —Sonríe, besándome la mano. He estado rodeada de tantos animales que olvidé la clase de un caballero.

—¿Listo para irnos?

—Claro, solo un detalle más… —replica. Entonces saca un estuche de su bolsillo, del cual extrae un collar Cartier. Niego con la cabeza, aunque me deleito con el accesorio—. Permítame, por favor.

—No es correcto, yo…

—Es solo un adorno, señora Nikova. No rompe el compromiso con su esposo. —A veces creo que sus palabras intentan manipularme, pero como estoy segura de que sigo siendo libre para irme, vuelvo a centrarme en mis pensamientos.

Quizás jugué del lado contrario. Y esta noche lo descubriré.

Por mi propia seguridad, en caso de no querer volver esta noche a la casa, me cubren el rostro con una bolsa de tela negra y nos transportamos por la carretera. El viaje es largo y tiene muchos giros que intento grabarme, pero no lo consigo. Entonces decido sentarme tranquila junto a mi acompañante, sintiendo su mirada sobre mí. A pesar de todo, es un trayecto silencioso excepto por la música clásica baja que suena dentro de la limusina. Cuando me informan que estamos a unas pocas calles del centro de Moscú, me retiran la tela. Parpadeo, adaptándome a las luces. Llevo tres semanas sin ver a Roth, sin saber cómo está por fuera de los periódicos, pero hoy lo veré… aunque a una distancia prudente.

Somos de los primeros en llegar y presentan a mi acompañante como el Primer Ministro del Reino Unido, tras lo cual nos guían a un gran palco privado desde donde se puede apreciar todo el salón de baile.

—Creí que era ruso —expreso mis pensamientos, tomando una copa de champaña y acabándomela de golpe. No he tomado mis medicamentos hace mucho y ahora mismo no soy la persona más estable, menos sintiéndome ansiosa.

—Lo soy, pero creo recordar que mencioné mis estudios en Inglaterra.

—Sí, sí lo hizo, pero… ¿Primer Ministro? Incluso yo sé que eso es mucho poder.

—Algo —dice, restándole importancia—. Es solo un título, me gusta más dedicarme a mi academia.

—Katniss mencionó eso, ¿de qué se trata?

—Es un centro de rehabilitación en donde les enseñamos a ser mejores.

—¿Cómo? —Mi corazón se dispara cuando sonríe y me agarra de la cintura, levantándome el rostro. Su toque no me gusta, pero tampoco me desagrada, ¿qué está pasándome?

—Entrenamiento militar, control… —musita con intimidad, acariciándome muy suave los labios.

Vuelvo a caer, encantada por su acento, sus palabras, su forma de mover los labios y el aroma varonil de su cuerpo… Es solo cuando escucho los aplausos que dan la bienvenida a los anfitriones que retrocedo, agarrándome de la baranda y observando su entrada.

Emilie Cavalli viene al frente, regia y altanera, con el mentón en alto, enfundada en un vestido blanco a juego con su máscara, la cual le cubre medio rostro. Lleva el pelo rubio suelto en ondas salvajes. Todos saben quién es ella por la joya del corazón azul que cuelga de su cuello y porque Dominic viene a su izquierda, como siempre.

Viste un traje gris sin corbata y una camisa negra con varios botones abiertos. Roth, mi bella y hermosa bestia, camina a su derecha ataviado de negro y con un ceño fruncido que se suaviza al observar a la dama a su lado.

Antes veía en ellos hermandad, amor, lealtad…

Ahora son desconocidos. El aire me falta nuevamente y los sigo con la mirada mientras, saludan, se ríen discretamente y hablan. Él no se nota triste por haber perdido a su esposa, ni

tampoco culpable. La gente casi le besa los pies, pues todos ellos parecen inclinarse ante los reyes y su reina, menos yo. Ya no son mi *famiglia*.

Las horas pasan y la realidad se acentúa cada vez más. El límite llega cuando bailan ellos dos en la pista. Se le ve tan cómodo mientras ella le acaricia los brazos y se le recuesta en el pecho... No se tensa, a ella la deja tocarlo, mientras que a mí me mantuvo atada. Despreciaba mi toque.

Porque no me quería. Antes de que la canción termine, él besa la frente de Emilie con infinita devoción, lleno de amor.

Rompo la copa que tengo en las manos, se me clavan los cristales en la palma y me empieza a salir sangre. Dimak, quien se ha mantenido neutro a mi lado, intenta limpiarme, pero niego justo en el momento en que reconozco otro rostro. Es Evangelin, quien le está pidiendo un baile.

Y Emilie le besa la mejilla. ¡Le besa la mejilla a esa! ¿Dónde está el honor a mi memoria? ¡Los gusanos aún no se comen mi cuerpo y mi esposo ya está bailando con su perra de turno! Los observo ir y venir, y aunque no es tan íntimo con ella, la cercanía sigue allí. Evangelin se contiene y solo lo toca en los hombros, pero cuando la pieza termina ella le dice algo y él se gira a mirar a Emilie y Dominic, que están sentados en la mesa principal. Le da un asentimiento y se nota que la hace inmensamente feliz. La sigo con la mirada.

Esa mujer es mi objetivo final. Dimak y su equipo de seguridad van conmigo escaleras abajo. Evangelin se dirige a los jardines y saboreo mi triunfo cuando salgo detrás de ella. Solo tengo la punta de la copa rota y no lo pienso. La agarro del pelo, la giro, arrinconándola contra la pared, y ella grita, pero todo dura poco porque empieza a morir cuando le clavo el cristal en su vientre y lo giro estratégicamente, recordando la forma en la que lo hizo Nikov en Nueva York. Dimak se para a mi lado, me agarra el brazo y observa a los lados.

—¿Recuerdas el orfanato, zorra? Hiciste que la hermana me castigara y me enviara por el jardín para verlos follar como animales, ¿cierto? Pensaste que no lo iba a deducir por mi cuenta, pobre niña tonta, ¿hmm?

No puede hablar, pero no tiene la culpa. Sin embargo, es la primera que me estorba en el camino y yo estoy dispuesta a limpiarlo.

—Britney, si sigues adelante no podrás detenerte —me advierte Dimak, aunque de algún modo me incita a continuar.

¡Hazlo, hazlo, hazlo! Sonrío, sacando el cristal de su estómago. Abre los ojos con pánico cuando le apuñalo el cuello con toda mi fuerza. Me agarra, lucha contra mí, pero es una batalla que lleva perdida. Pensé que asesinar a alguien vendría con gritos y locura; no obstante, para mí es liberador. Siento la adrenalina mientras me muerdo el labio y veo la vida desaparecer de sus ojos.

Roth Nikov lo dijo, no tengo nada de ángel, yo soy la oscuridad.

Dejo caer su cuerpo y me giro, encontrándome una mirada de satisfacción y asombro en Dimak Trivianiv.

—Y la gata se convirtió en leona —pronuncia, sonriendo.

—Que tiren el cuerpo en la recolectora de nieve. Si nadie lloró mi cuerpo, quiero que el de ella lo encuentren triturado —gruño, poniéndole el cristal contra el pecho. No soy una Nikova, soy Britney Ginore. Se dice que en la Bratva exigen ojo por ojo, pero yo quiero sangre por su traición.

17: CUENTAS CLARAS

Britney

Vivir en la inocencia esclaviza. Los pasados meses he deseado vivir en ese mundo imaginario que me inculcaron desde niña, ese en el que un esposo que velaría por mi bienestar y yo le serviría para siempre. Quiero eso, no la cruel realidad.

—Vamos, Emilie, ¡puja! —instruye la doctora Petrova.

La Joya Cavalli se dobla, sosteniendo la mano de su esposo, y hace su mayor esfuerzo. Veo que la cabeza empieza a salir y la doctora saca al pequeño bebé. Respiro cuando este llora, expandiendo sus pulmones. La mujer le entrega con rapidez al recién nacido a mi Capo. Y cuando él lo sostiene, parece que el mundo empieza a girar en sentido contrario o que simplemente se detiene. No se inmuta por la sangre que cubre el pequeño cuerpo.

—Quiero verlo —Emilie suplica, débil, sudorosa y con la piel pálida, alzando las manos hacia su esposo.

—Es una ella, una nena, señora Cavalli —anuncia con emoción y se la deja en el pecho, empezando a limpiarla mientras la doctora procede a cortar el cordón umbilical.

Soy una espectadora detrás, oculta en mi traje de enfermera, esperando mi momento. Es difícil que puedan reconocerme porque llevo un gorro, mascarilla y bata quirúrgica. No soy más que la pediatra que se llevará a su recién nacida.

Mi ayudante le explica que tenemos que revisar y monitorear a la niña. Dominic es un poco renuente, pero su reina lo tranquiliza. Dejan a la niña en la incubadora móvil y salgo de la habitación con ella, observándola detrás del cristal. Tiene minutos de nacida y ya ha conocido a un demonio.

En el área pediátrica la saco de la incubadora y la cargo.

Es tan frágil… con apenas unas pequeñas y finas hebras rubias.

—Hola, mariposa —musito, tocándole las suaves mejillas—. Es un pequeño dolor a cambio… lo siento, bebé.

La dejo en la báscula para pesarla y saco el dispositivo. Le doy un pinchazo diminuto, pero necesario, en el pie. Empieza a llorar y trato de consolarla. Mientras le causo dolor a su hija, intento llenarme del rostro de la madre, de las veces que me sonrió, que fue amable, que me ayudó sin esperar nada a cambio, solo dándome ánimo. Dejo que los recuerdos se unan en mi cabeza. En los primeros días con Katniss y Dimak, tenía la mente distorsionada, pues estar sin mi medicamento es como vivir en una jaula perpetua que me arrincona mientras las paredes parecen cerrarse, haciendo que me falte el aire. Tres semanas después de mi llegada tuve mi primera crisis y Dimak se vio en la necesidad de incluir mis pastillas en sus planes. He entrenado en la academia y descubrí que soy buena infiltrándome en lugares pequeños y que me gustan mucho las armas, aunque la puntería aún me falla. Mi cuerpo ha cambiado, pues entreno desde las cinco de la mañana, no duermo más de cuatro horas y cada día que pasa me convierto en un arma letal. Han pasado cuatro meses desde mi supuesta muerte.

Al principio quería destruir al combo completo, pero luego logré hacer un análisis y establecer diferencias. Dimak tiene algo que necesito, la academia, el grupo de apoyo en la élite, con los cuales aprendo a enfrentarme y a sobrevivir.

Katniss sigue siendo una madre abnegada y no sé qué sucedió con ella o si ese niño es verdaderamente un Cavalli. Si lo es o no, francamente no me importa, pues he llegado a tomarle un gran cariño.

Dejo a la bebé en la incubadora y me voy a la oficina de la doctora Petrova, en donde me quito la ropa ridícula y me hago una coleta alta. Estuve tan cerca de Nikov… Podría haberlo matado, ¿por qué no lo hice? Cuando la puerta se abre, enciendo la luz y la mujer se sobresalta.

—Debería estar acostumbrada —la regaño.

—Hice lo que me pidió, por favor…

—Inducirle el parto fue una buena técnica, lo admito, pero siguen en la clínica, eso no era parte de nuestro acuerdo.

—Creí que me llamarían a la casa —refuta, nerviosa. Hmm, es un sentimiento que he aprendido a disfrutar. Antes yo era la víctima; sin embargo, me gusta más el papel de villana—. Están sanas, lo ha comprobado.

—Quiero que se marchen de la clínica, no deben quedarse aquí.

—No puedo sacarlos, sabe que el señor Cavalli me mataría…

—Es un riesgo que deberá tomar. Si él la mata, será rápido. En cambio, yo voy a torturarla, doctora. Tiene dos horas —le advierto, dejando el fajo de billetes en su escritorio—. Es un pequeño donativo por su esfuerzo.

La mujer asiente, asustada. No había querido cooperar y me vi en la necesidad de darle un incentivo para que hiciera las cosas a mi favor.

Contrario a lo que se pueda malinterpretar, estoy salvándole la vida a esa criatura inocente, pues tiene un pequeño chip de rastreo que me dará la ubicación de la familia Cavalli siempre. Es necesario algo si quiero protegerlos de Dimak, a quien no le importará atacarlos, haya menores involucrados o no. Instruí a la doctora para que adelantara el parto en el último chequeo de Emilie, pues necesitaba esa distracción para desviar los planes de mi jefe. Huyo por las alcantarillas, que se han convertido en mi eficaz medio de protección. He estado siguiéndoles la pista, lo cual es posible cuando conozco su ubicación. Me gané la confianza de Trivianiv y me convertí en su juguete más anhelado. Es fácil fingir que soy la nena manipulable, ¿qué puedo decir? Es un papel que me queda bien con mi cara de niña dulce; un papel que, además, ya viví en carne propia.

Luego de caminar por los túneles y de llegar a mi moto, un regalo de Hayden, la chica favorita de Dimak, una *hacker* americana capaz de infiltrarse en cualquier computadora sin ser detectada, manejo a las afueras de Moscú por media hora. El frío es extremo, pero me he adaptado a sobrevivir en estas condiciones. Bien decían que solo tardas veintiún días en crear un hábito… y es justo lo que he hecho durante este tiempo.

Aprender, reinventarme.

La seguridad me deja ingresar a la mansión. Estar aquí es ser una esclava en una jaula grande, en donde te dan la ilusión de ser libre solo un poco… hasta que tu amo tira de la soga y te recuerda tu lugar.

◇◇

—Tranquilo, muchacho —ordena y Relámpago relincha, levantándose en sus patas traseras —. Si sigues así no te dejaré estar con Afrodita.

—¿No es eso muy cruel? Castigarlo por ser salvaje —susurro, sentada en el pasto. No sabe que me percato de su mirada en mí mientras pinto.

El vendaje que tengo en las muñecas se ha manchado de carboncillo y tendré que cambiarlo y desinfectarlo pronto, pero no quiero molestarlo. Está teniendo un momento con sus animales.

—Me gusta que sea salvaje. Solo le enseño que soy su amo y que si no acata mis reglas recibirá un castigo…

—Sigue siendo cruel. No es un animal para domesticar, debería estar corriendo en las laderas, siendo libre.

—Dependiendo del dueño que tengas, puede que incluso ames la jaula —replica, empezando a cepillar el animal—. Algunas veces vivirás retenida, pero todo es tan hermoso y lujoso que terminas perdiendo la visión de que sigues atada. Relámpago piensa que es libre, incluso cuando lo meto en su corral —añade y resoplo, dejando de lado el cuaderno—. ¿Recuerdas a Emilie?

—La Joya Cavalli, sí —musito, frunciendo el ceño. Sí la recuerdo.

—El mundo cree que ella vive en una jaula, cuando en realidad es ella quien tiene enjaulado al mundo entero.

¿Cómo sería eso posible? ¡La obligaron a casarse con él!

—No entiendo —murmuro—. Es la esposa de nuestro Capo, obviamente vive en una jaula. ¡María Magdalena! Estoy segura de que le ordena «lávame los pies, esclava» o «tráeme de comer, esclava».

Se ríe a carcajadas, como si de alguna manera hubiera dicho la cosa más estúpida. No me importa haber dicho una estupidez, no si con ello sonríe de ese modo.

Parpadeo, saliendo del estúpido recuerdo. ¡Me abandonó! De algún modo, Dimak terminó siendo mi carcelero. Quizás mi marido los eligió a ellos sobre mí, sobre su esposa, a quien juró proteger. Puedo perdonar a los Cavalli, pero nunca a Roth Nikov. Él pagará mi olvido con sangre.

Me gusta nadar, el agua templada me quita toda la tensión a pesar de que sé que en cualquier momento volverá a invadirme.

—¡Ginore! —ruge, pongo los ojos en blanco y me sumerjo para salir del lado contrario. Está al borde de la piscina con un látigo de tiras en la mano y no tengo que preguntarlo, sé que está molesto a rabiar.

—¿Sí?

—¡¿Dónde carajos estabas?!

—Estoy segura de que Hayden te lo ha notificado, no tienes que fingir conmigo.

—Quiero oírlo de tu boca —demanda.

Sonrío y empiezo a salir del agua. Él retrocede cuando se percata de mi completa desnudez. Casi quiero reírme por su cara de asombro. Es un monstruo con traje de caballero. El agua se desliza por mi piel y la hace aún más apetecible, así que observo cuando traga en seco.

—¿Trajiste el látigo para castigarme, *daddy*? ¿O para jugar?

Me humedezco los labios, dejando la lengua visible. El golpe del recuerdo es brutal, pues Roth se cuela en mi mente cuando jugaba a ser mi padre y yo acabé burlándome de ese término. A pesar del abrumador recuerdo no dejo caer la sonrisa coqueta. Le rodeo el cuello con las manos y me paro sobre las puntas de los pies para acercarme a su rostro.

—Creí que no querías hacer esto otra vez, *darling*.

—He cambiado de opinión.

—¿Tomaste tu medicamento? —cuestiona.

Ese fue su primer error, cuando sembró la duda en mí. Vislumbré su miedo tras mi crisis y yo estaba tan mal que quería conseguir un toque parecido al de Roth, necesitaba que alguien me dominara. Busqué eso en Dimak, le di mi cuerpo de forma desmesurada, me entregué por

completo y al finalizar me preguntó si todo estaba bien. Entonces entendí las palabras de Nikov.

Roth sentía confianza, estaba seguro de sí mismo y no necesitaba esas pocas palabras para cuestionar nada.

Luego llegaron las miradas discretas de Dimak y su mayor error.

Una llamada con Vladimir Ivanov. ¿Qué puedo decir? Soy pequeña y entro en los lugares menos esperados. Escuché su plan de ser el arma que usaría para destruir a los reyes de la mafia. Tenía la débil esperanza de que me hubiera secuestrado, pero cuando escuché que encontrarme en la orilla del río Moscova fue lo mejor que les pasó, supe que Roth realmente sí me había abandonado. Las esperanzas de mi corazón terminaron por romperse en esos momentos.

—Estuve pensando… —susurro, abriéndole la camisa—. Eres lo único que me queda y te necesito tanto, Dimak. Por las noches estás en mi cabeza, me toco pensando en ti y no dejo de pensar en lo que hiciste aquella noche. En tus manos, tu boca… mira cómo estoy. —Sujeto su mano, guiándola hacia mi centro. Él cierra los ojos y niega hasta que une su frente a la mía.

—*Darling*, te dejé ir una vez. No podré hacerlo dos.

—Quiero que me tengas para siempre, Dimak. Quiero ser tu mujer, solo tuya.

Es la mejor forma de tener a tu enemigo, pienso, *hundido entre mis piernas*. Cuando la muerte venga, será demasiado tarde para reaccionar.

Darle mi cuerpo a Dimak Trivianiv es fácil, pues cuando tu alma fue consumida por un animal como Roth Nikov, jamás existirá una forma de que pueda volver a ser libre. Ese hombre no solo tomó mi cuerpo, sino que enjauló mi alma, mató lo poco que tenía de espíritu. Vivo y muero por él, quizás eso es lo que más odio.

Yo hubiera muerto a su lado, no lo hubiese abandonado.

18: LAS BARRACAS

Britney

Trato de escapar antes de que Dimak se despierte, pues nos hemos mantenido entretenidos toda la noche y mi plan de retenerlo ya dio sus frutos.

No quiero despertar a su lado y tener que explicarme o fingir más. Suficiente he tenido con la maratón de sexo. Que no me engaño, el hombre es una jodida manzana de lujuria y pecado, pero hasta ahí. Es buen sexo, nada más. Estoy desnuda y un tanto adolorida cuando me agarra de la muñeca, deteniéndome.

—*Darling* —susurra y me atrae a sus brazos.

—Debo ir a entrenar.

—Es lo que trato de hacer. —Me aparta el pelo del rostro—. Desayuna conmigo, luego llegaremos juntos a la academia.

—Eso es imposible, no pueden vernos juntos —replico, sintiendo que se me acelera el corazón. Ese es un escalón en mi lista, pero no creí llegar a él tan rápido.

—¿Quién dice que no? Quiero que todos sepan quién eres…

—¿Y quién soy, Dimak? No tengo una identidad.

—Mi mujer —afirma.

Sus manos van a mi cintura, alzándome sobre su polla, y lo guío dentro de mí. Escucho su gruñido de placer y me dejo transportar a meses atrás, cuando aquel hombre que consumió mi vida era quien me tocaba.

“Solo yo te haré sentir así, desesperada. Tenlo presente, dusha.”

—Sí, solo tú —digo en voz alta.

Los ventanales automáticos se abren a las seis en punto y solo el amanecer es testigo de cómo Britney Ginore se ha apoderado del ruso Dimak Trivianiv. Mi objetivo de ser la cabeza en la academia está a punto de cumplirse.

Seré la mujer más poderosa de Rusia en cuanto mate al hombre que está viniéndose en mi interior, ese que se encuentra completamente dominado por la pasión, tanto que ha olvidado un principio básico.

El arma más letal del mundo es la mujer, pero si ella está herida, será más potente que la bomba de Hiroshima. Él obtiene su orgasmo y yo no, porque al parecer perdí esa capacidad, así que me toca fingir, temblando en sus brazos y arañándole el pecho con la intensidad de algo falso.

Minutos más tarde me permite ir a mi habitación, en donde me baño y borro sus caricias de mi cuerpo. Si no hubiera escuchado esa llamada con Vladimir quizás estaría enamorada de Dimak. No es un hombre desagradable, es atento y, aunque conozco sus intenciones, me ha protegido estos meses y me ha enseñado a enfrentar la vida.

Ya está en la mesa cuando entro al comedor. No porta su traje, sino el uniforme de la academia con botas militares negras, pantalón en franjas de colores tierra y una playera negra que se le adhiere al cuerpo. Realmente es un hombre ardiente, ¿por qué no me atrae como debería?

Vamos, el plomazo de Vlad es un detalle insignificante en comparación al abandono de Roth, pero aun así…

—Hola, campeón —saludo al pequeño, quien ya está recto en la mesa, comiendo su

desayuno, mientras su madre lo peina. Quiere tenerlo tan perfecto que es aterrador.

—Modales, Britney —me regaña. Ni siquiera la miro, pero voy directo a las piernas de Dimak y me siento allí. Escucho su gritito de sorpresa cuando lo beso. Me gusta que él se encargue de acomodarme.

—Buenos días, ¿dormiste bien, *daddy*?

—Yo diría que no dormí mucho. —Me deja una suave caricia en la mejilla—. Tengo algo para ti.

—¿Sí? —curioseo.

—¿Qué está sucediendo? —nos interrumpe Katniss, alarmada. Él se aclara la garganta, pero no deja de aferrarme la cintura.

—Tuvimos un acercamiento y planeamos estar juntos.

—¿Cómo…?

—Somos pareja —respondo, agarrando una fresa y llevándomela a la boca—. Somos adultos, nos gustamos… ya sabes, pasaste ese camino con Dominic, ¿no?

—Te dobla la edad, quiero decir. Dios mío.

—Me dobló otras cosas anoche y, créeme, la edad no fue un impedimento —me burlo. Dimak tose con una risa discreta—. Por cierto, Katniss, encárgate de que mis pertenencias se muevan a la habitación del señor, odio tener que dejarlo a mitad de la noche.

—Claro, señora —espeta, envenenándose con la lengua. Los hombres no se dan cuenta cuando una fulana quiere hincarles el diente, pero otra fémina sí. Y, para mí, eso es lo que ella deseaba con Dimak, ser su mujer.

Como rápido y me tomo el medicamento; estoy retrasada por dos horas. Al salir de la casa me lleva agarrada de la mano. Tiene listos el arma y el abrigo cuando nos detenemos frente a un Jeep negro.

—¡Sorpresa! —exclama.

—¿Qué?

—Creí que un Jeep sería un buen regalo porque no puedes andar en tu moto con la nieve.

—¿Me has comprado un Jeep?

—Así parece…

—Pero yo no necesito uno, puedo ir y venir con los chicos.

—Anoche desconfié de ti y creí que habías interferido en algo cuando solo estabas cumpliendo tu deber. Llamé a Hayden esta mañana y ella corroboró tu caminata habitual por la ciudad. —Desesperado, me acuna el rostro cuando me suelto de él. Se me empañan los ojos de lágrimas falsas.

—Desconfiaste de mí —lo acuso.

—Lo siento, *darling*. Realmente lo siento.

—Hago cada cosa que me ordenas, ¿y aun así desconfías? Por Cristo, hicimos el amor anoche… ¡y estabas desconfiando de mí!

—Por eso quiero reparar mi error…

—¿Comprándome un Jeep? ¿Crees que soy una interesada?

—¡No! ¡Claro que no!

—No quiero escucharte, me iré por mi cuenta —gruño, soltándome de su agarre—. Recuerda que un hombre ya me llenó de palabras antes, así que no repetiré la maldita historia. Creí que serías diferente. ¡Que alguien me traiga mi moto!

Me alejo, molesta, e intenta detenerme, pero soy más rápida. Su hombre de seguridad no sabe qué hacer y el encargado de la casa empieza a moverse para ir por mi moto.

—Te llevaré a las barracas —me dice y lo observo, pues ese es un nombre desconocido para mí.

—¿Eso debería decirme algo?

—Son las carreras de autos ilegales. Roth Nikov las maneja y está en cada una de cuando acaban. Podrías estudiarlo y, tras un par de veces, quizás consigas acercarte.

Podría ser una trampa… Si me noto sorprendida, delataré mi conocimiento sobre el nacimiento de la nueva integrante Cavalli.

—No me dejarás sola, ¿verdad? No quiero estar sola con él. Te necesito a mi lado, Dimak… Por favor, no desconfíes de mí.

—Y estaré ahí, contigo. No volveré a dudar de tu palabra.

Sonrío y salto a su cuello, entonces me agarra de la cintura, pegándome a él tanto como le es posible y devorándome los labios. No existe nada, no siento nada, ni siquiera una mínima comparación. Me siento muerta y entumecida. Quizás Britney Ginore sí murió en esas aguas heladas.

—Me gustó el regalo —musito, dándole besos cortos—, pero no sé conducir.

—¿Es broma? Conduces la moto.

—Esa tiene dos ruedas que puedo dominar, pero las bestias de cuatro me asustan. —Le guiño un ojo y él sonríe, asintiendo. De cierta manera me gusta que no oculte sus sentimientos. No le importa que la seguridad lo vea siendo él, no necesita una máscara… y eso me aterra.

Roth y Dominic viven ocultando sus demonios, mientras Dimak los acepta.

Nos marchamos a la academia y en el camino decido que es prudente ir sembrando dudas sobre Katniss, pues es un elemento que no quiero cerca y que podría interferir en mis planes a largo plazo. La duda es sencilla, ¿es ese hijo suyo un Cavalli? ¿Lo confirmó Dimak? No, no lo hizo. Creyó lo que ella le dijo. He aprendido que la manipulación puede ser tergiversada a favor de cada uno y yo soy la prueba de ello.

La academia queda en un campo abierto, en un terreno bastante amplio y privado. Para el público es una agencia del Gobierno, pero la verdad es que es una base militar. La TAFR.

Trivianiv, Armada de la Federación Rusa. Es un orgullo para Dimak tener su apellido encabezando la academia, pues, según entendí, antes no llevaba el Trivianiv.

Viktor, el jefe de inteligencia se encuentra discutiendo acaloradamente con Novich, el jefe de combate. No debemos ser genios para saber que la discusión se relaciona conmigo.

En la academia no se usan los saludos militares y tampoco los rangos. Según entiendo, Dimak quiere que nos sintamos como familia y no en una organización. Es un modo de lavarles el cerebro a los jóvenes que salen de estas instalaciones a hacer no sé qué. Son cinco cabezas, cinco posiciones en las que puedes especializarte. Viktor es de inteligencia y te enseña a infiltrarte en cualquier lugar. Pasé su entrenamiento con un 9.8, la mejor nota obtenida hasta ahora.

Hayden es la *hacker*, se mueve en la red silenciosamente. Soy un asco en eso, no pasé la dos primeras clases y solo aprendí a activar un chip de rastreo.

Rezun, francotirador militar, sirvió en Afganistán y tiene condecoraciones, medallas… Pero todo se fue a la mierda cuando regresó a casa y seguía con la guerra en la cabeza. Asesinó a su hermana sin intención y fue destituido. Ahora es mi maestro, aunque sigo aprendiendo a tirar sin fallar tres de cada diez.

Y Novich, quien se encarga del combate y con quien tenía entrenamiento esta mañana.

El hombre me ha hecho arrastrarme por el suelo, saltar ruedas de camiones en ropa interior mientras me rociaban con agua helada, tirarme de edificios corriendo, tragar lodo y casi suplicar

que detuviera todo.

—Disculpen el retraso, caballeros, ¿algo que quieran compartir?

Nadie dice nada, los dos hombres están mirando nuestras manos entrelazadas. Trago, nerviosa.

—¡Ginore tenía práctica hace tres horas! —ruge Novich.

—Me he encargado de aplicarla yo mismo —responde Dimak—. Llamen a los demás, no haré un anuncio cabeza por cabeza.

Los hombres se encargan de llamar a quienes faltan y en poco tiempo el campamento está lleno. Nos miran y aunque se ven extrañados, no dicen nada. La última en llegar es Hayden. Viene sonriendo hasta que observa aquel detalle obvio, entonces frunce el ceño y me mira, interrogante. No le debo nada, pero aun así me duele. Es la favorita de Dimak, la más chica de ellos, sin incluirme. Yo no pertenezco a la élite.

—Britney es mi mujer —anuncia a todo pulmón—. Eso no impedirá que cumpla con sus obligaciones en la academia, entonces seguirá entrenando y ganándose su lugar como un miembro más. Espero que esto no interfiera en nada.

—No lo hace, señor —afirma Viktor. Es el cabecilla de ellos, por eso me esperé hasta que me hubiera ganado un lugar entre sus estudiantes y me destacara. Si Viktor está a favor, los demás también lo estarán.

Esta vez Hayden resopla y sale. Dimak está a punto de ir tras ella, pero logro convencerlo de que tengo que ir yo. Ella corre a la casa central, que es la residencia que comparte con los tres hombres. Solo Cristo sabe lo que ocurre en esas paredes entre esa chica y ellos. Empuja la puerta de golpe y entra.

—Hayden, escucha. —No me deja hablar y me lanza una patada directa al estómago. No la bloqueo y reculo varios pasos hacia atrás. Viene hacia mí, sin embargo, le giro el cuerpo, haciendo que el hueso de su muñeca se zafe cuando lo doblo hacia atrás y la pego a la pared. Gruñe, pero no llora.

—Sé que estabas en la clínica, ¡se lo diré!

—No, no lo harás —replico.

—¿Quién va a detenerme? ¿Tú? ¿Vas a matarme? Así él sabrá de tu error. Pensé que eras mi amiga, le mentí por ti.

—Fui a la clínica, quería matar a Nikov, pero la seguridad era extrema. No ingresé más allá del primer nivel.

—¡Eres una mentirosa!

—Edward Rawson, cuatro años. Lo dejaste con tu tía y es el hijo del jefe de la CIA. Te involucraste, saliste embarazada y huiste. Solo tenían que resolver un caso, eras menor y se te fue de las manos. Detroit, 75th —enumero. Ella deja de luchar, entendiendo mi alcance—. No soy buena entrando a las computadoras, pero sí descubriendo los secretos de las personas. Mi calificación con Viktor no fue en vano y conozco cada rincón de este lugar con los ojos cerrados. Si dices algo, ellos sufrirán las consecuencias.

—Eres una hija de puta.

—¡Gracias! —exclamo, retrocediendo y liberándola—. No interfieras en mis planes, Hayden. No quiero lastimarte.

—Es muy tarde, lo hiciste cuando te creí mi amiga.

Sus ojos, en lugar de verse mortales porque acabo de usar a su hijo para chantajearla, reflejan dolor. Tengo que respirar y calmarme antes de responder.

—En este mundo, Hayden, tus amigos te matan y los enemigos celebran.

◇◇

—¿Lograste hablar con ella?

—Sí, solo necesita tiempo a solas. Estará bien.

—Es una buena chica —susurra, llevándome a su pecho.

—Lo es. —El nudo en mi estómago se acrecienta.

—Bueno, ve con Novich. Tienes que entrenar. A las cinco regresaremos a casa y te llevaré a las barracas.

—Muy bien, estaré lista.

Estoy a punto de irme cuando vuelve a besarme. No es apasionado ni emocionante, pero logra sorprenderme.

—Nadie dijo que no podía besarte.

Me paso las siguientes horas enumerando todo lo que está mal y cuáles son mis metas. La primera es matar a Dimak cuando tenga suficiente poder. Para quedarme con la academia debo ganarme a todos… Excepto a Hayden, quien tendrá que ser un punto ciego en mi plan y sufrir el mismo destino de Dimak. Nunca me aceptará, eso quedó claro desde hoy.

—¡Vamos, Ginore! ¡Quiero diez vueltas completas! ¿O crees que por follarte al capitán tendré contemplaciones contigo?

—¡No, señor Novich! ¡Soy una más, quiero el mismo trato! —grito. Estoy sudando, llena de lodo y de nieve negra. Me duelen los huesos, pero no puedo rendirme.

—¡Así me gusta! Si completas doce, te envío a su oficina. Creo que está desesperado por follarse el coño rebelde que posees.

Le saco el dedo medio, lanzando una carcajada.

—¿Molesto porque no fuiste tú? Recuerdo claramente que lo querías.

—Has sido una perra astuta y te fuiste por el mango más grande.

—¿Qué puedo decir? Me gusta comer lo mejor. —Me encojo de hombros.

—¡Doce vueltas! —grita y me pega en el trasero cuando me giro. Muchos pensarán que está molesto, pero esa es su forma más real de demostrar afecto. No me ofendo por la palabra «perra», pues me crie en donde decir una palabra mal ubicada era una condena por la cual recibías uno o varios castigos. En mi casa me sentí más extraña que entre esta gente. Ellos no se esconden, son reales. Los aceptas o no, ese es tu problema, pero no fingen un papel, son lo que son y punto.

Me esfuerzo en correr por el campo, pasando a mis demás compañeros. Somos un grupo de treinta, todos jovencitos rozando la mayoría de edad, pero ¿qué hacen con ellos? ¿Dónde terminan? Son soldados, no hablan o interactúan, solo cumplen las órdenes que se les dan. Conocen su destino. Dimak tiene el látigo para ellos. Una desobediencia equivale a veinte latigazos.

Tiene un poste en donde los amarra y deja que su monstruo sea libre. Aún no lo he visto, pero eso no evita que escuche los rumores.

Llegamos tarde a las barracas, entrada la madrugada. La arquitectura del lugar es como de cuevas, como una montaña de piedra. Llevo medio rostro cubierto por un pañuelo y tendré que idearme algo para que no me reconozcan pronto. Entrar a este lugar es arriesgarme. Sigo teniendo el mismo color de pelo y quizás sea hora de cambiarlo y de usar algunas lentillas oscuras. Dimak no trata de ocultarse, como si tuviera el derecho de estar aquí. Tampoco se

ocultó en la fiesta de máscaras. Vestimos ropa de cuero, mezclándonos con las demás personas.

—¿Por qué no ocultas tu identidad?

—Porque no tengo ninguna.

—No entiendo —murmuro, confundida.

—Nadie sabe quién soy, *darling*. No existo.

—Eso es aún más confuso.

—Saben quién es Dimak Trivianiv, pero no conocen mi rostro. Podría estar al lado de ellos, de Cavalli, de Nikov, y no se enterarían de que soy yo.

—¿Qué? ¿Cómo…? ¿Eres un fantasma o algo así?

Pero Roth lo vio en Nueva York. Sí, un poco camuflado; sin embargo, sé que lo reconocería.

—Conocí a Nikov hace años porque yo era el mejor amigo de Robert, su hermano. Él lo asesinó… No me reconocería porque no soy quien solía ser.

—Realmente me siento mareada.

Roth no asesinaría a su hermano. Él ama a Raze, pero… ¿Raze lo odia?

—En ese tiempo era un debilucho, el chico necesitado, delgado. Un fracasado. Robert fue el único que me dio su amistad…

—¿Pura y desinteresadamente? —pregunto con un deje de ironía. Estamos avanzando a lo profundo de estas cuevas y la carrera ha finalizado. Los ganadores tienen su dinero, pero muchos están celebrando, follándose a las mujeres a la vista de todos y tomando alcohol mientras escuchan una música que no entiendo.

—No —confiesa—. No era sin interés, pero se volvió cercano.

—¿Hace cuánto murió?

—Mucho tiempo atrás —murmura. Me detengo y me giro para enfrentarlo.

—¿Y por qué venir ahora como el vengador justiciero?

—Estaba aburrido en Londres.

Miente. Existe una razón detrás para que quiera lastimar a Roth Nikov.

Observando a Dimak, la respiración se me acelera, el corazón me palpita sin control y esa sensación de pesadez lo invade todo. Él está aquí. Pasa casi a mi lado, altanero, imponente, arrasando el oxígeno a mi alrededor, resaltando entre los demás con su traje implacable, su pelo negro mojado y una mirada dura. No está pendiente de nada, solo de un objetivo más allá, el cual tiene la cabeza enterrada en las tetas de una mujer. Agarra al individuo del cuello, diciéndole unas palabras en ruso… un idioma que, a pesar de los meses que llevo aquí, no entiendo. La gente retrocede, casi inclinados ante su dios Nikov.

Exuda respeto, como si ese hombre fuera la muerte misma.

—Hora del *show* —canturrea Dimak a mi lado. Todos seguimos a Roth, quien se mueve hasta llegar a un vacío, y tira al tipo por una especie de escaleras rústicas. Luego se devuelve, tronándose el cuello en el proceso. No lo reconozco, no es a quien alguna vez pensé conocer. Este hombre es mi marido, pero parece un completo villano. Y no mi héroe.

Me agarro del borde rocoso y veo el cuerpo de otro individuo sobre una especie de piedra mientras le presionan la cabeza con una máquina. Lo más probable es que el hombre esté gritando con desesperación detrás de la mordaza, pues su cuerpo ha sido mutilad. Lo noto en sus dedos, en la carne de sus piernas. El suelo brilla y no dudaría que se deba a su sangre.

—¡Les dije que mataría a uno de ustedes cada noche hasta que me traigan la cabeza de Ivanov!

—¡Piedad, mi Pakhan! —grita el hombre, también en ruso. Es lo único que logro traducir.

—La muerte no tiene piedad —dice. Dimak lo traduce para mí—. Y yo soy la muerte misma.

No, no estaba preparada para ser testigo de la crueldad de quien alguna vez me cubrió con una sábana, me habló suave y juró que todo estaría bien. Este hombre es un monstruo irreconocible. Es el carnicero.

19: LA MUERTE

Roth Nikov

Sostengo el móvil, desconcertado… He dejado de ser yo estas últimas semanas. Se siente extraño que mis emociones me dominen y no yo a ellas. Vuelvo a la imagen de ese rostro en el cristal.

¡Céntrate!, me exijo. Escucho la voz de Raze a la distancia hasta que llevo el dispositivo a mi oreja.

—Debo colgar —anuncio.

—¡Roth! Escúchame, iré a Rusia. Estás mal…

—No tienes que venir, Raze —finalizo la llamada.

Ella murió, lo vi. Tratamos de reanimarla, pero fue imposible. Luego vi el golpe en su cabeza, la sangre. Cierro los ojos y sacudo la cabeza.

Ella no respiraba, ¿lo verifiqué una última vez?

Toco la pantalla y observo la fotografía. No es una que haya tomado yo, sino una que tomó un periódico neoyorquino el día de nuestro compromiso. En mi afán por mostrarme tal cual soy, la impulsé a mi mundo demasiado rápido. Debí instruirla poco a poco, forjar una confianza. Estaba tan llena de vida.

—¿Ya nació? —le pregunto a una de las enfermeras en cuanto pasa por la sala de espera.

—Sí —responde, confundida—. ¿La pediatra no le mostró la bebé?

—¿Pediatra? La señora Svetan no pudo llegar a tiempo.

La chica intenta señalarme algo, pero la dejo detrás y camino con prisa hacia donde se llevaron a Emilie y Don. Empujo la puerta y veo que una enfermera está cubriendo a Emilie, quien duerme plácidamente. Justo entonces Dominic sale del baño, secándose las manos con una toalla.

—¿Dónde está el bebé?

—Es una bebé —responde, sonriendo, pero pierde el gesto un segundo después—. ¿Qué sucede?

Me acerco para contárselo en voz baja, pues no quiero incomodar a Emilie, que debe estar agotada física y emocionalmente. Tampoco quiero asustarla.

—Llamé a ambas doctoras. Svetan se encuentra en Ucrania de vacaciones y lamentó no estar aquí. Y ahora me entero de que tenías una…

—Hermano —me interrumpe, tocándome el hombro—. Necesitas parar, tienes demasiado en la espalda. Toma un descanso.

—Chicos —susurra Em, adormilada—. Dejen de pelear, por favor. Britney no querría esto para nosotros.

Si Dominic pudiera pegarme ahora, lo haría.

—No estamos discutiendo, *mia regina*. Vuelve a dormir.

—Ella estaba aquí, cuidándome.

Frunzo el ceño, apretando los puños. Un fantasma no puede ser visto por dos personas distintas.

—¿La viste, ángel? ¿Dónde?

—Roth —sisea Dominic, molesto—. Detente ahora, carajo. Emilie ha perdido mucha

sangre, está débil.

—Estaba aquí, vestida de enfermera. No dejaba de mirarme. Ella está en el cielo, era buena… Nosotros la dejamos atrás —dice, empezando a llorar en el pecho de su esposo. El corazón se me acelera ante un pensamiento.

Estaba muerta, no tenía ningún signo vital. Estoy saliendo de la habitación mientras hago una llamada, pues quiero dar la simple orden de revisar la clínica, cada rincón de ella. Dominic me intercepta, empujándome contra la pared.

—¡Está viva! —jadeo. Necesito centrarme. *¡Maldita sea, Nikov!*

—¡Eso es imposible y lo sabes! ¿Estás culpándome porque nos salvaste a nosotros? ¿Es eso, Roth?

—¡No! —grito. Nunca me arrepentiría de dar mi vida por la suya—. Don, por favor, cree en mí. Hace minutos vi un reflejo en el cristal y ahora Emilie habla de que estaba en la habitación. ¿La enfermera? ¿La pediatra? Piensa, Evangelin desapareció luego de bailar conmigo.

—Busca a mi hija, tráemela. Si de verdad la chica está viva, entonces la buscaremos, pero no puedes ilusionarte con una teoría descabellada.

—Bien. —Me suelto de su agarre y corro hacia el área de bebés, pero me detengo cuando veo que una sombra gira por una esquina, saliendo del pasillo de la oficina de la doctora Petrova. La sigo, sigiloso, y veo a una persona que sale por una ventana. Son las escaleras de incendio. Dejo que cierre antes de ir hasta allí y abrir. Cuando lo hago, veo el cuerpo de alguien pequeño descendiendo, pero es tan rápido como un parpadeo. Se tira de un nivel a otro sin temor de la altura. Meto la cabeza y cuento diez segundos antes de salir y seguirla. Atraviesa el estacionamiento mientras aún estoy bajando la escalera y no se da la vuelta para verificar. Error de un aprendiz.

Saco mi arma y le quito el seguro. Aunque algo me grita que reconozco a esa persona, no puedo fiarme de que no sea una trampa. Por su movilidad y tamaño es una mujer. Ella se inclina y quita una tapa del alcantarillado. Antes se usaban para trasportar soldados y contrabando, pero ahora han quedado vacías rodeando toda la ciudad. Entra y luego la recoloca. Yo la imito despacio para no hacerla sonar, pues no quiero que el eco me delate. Primero introduzco la cabeza y la veo caminar normal hacia el sur. Entonces empiezo a descender por los barrotes pegados a la pared asquerosa. Huele a mierda aquí dentro.

Me mantengo a una distancia segura y siempre al margen de las paredes; la chica salta de un lugar a otro, cantando bajo. Es ella, mi alma. Quiero correr y comprobarlo, pero no sé qué está haciendo ni qué ha pasado todo este tiempo. Meses, joder, meses. Dejé de pensar esa mañana, me sumí en el dolor de perderla a ella, a mis caballos, a mi vida… Pasé de ser el hombre coherente y analítico a esto de ahora, un cascarón andante que busca solo sangre y venganza. En el pasado tuve mujeres, me las follaba y las dominaba. Todo era perfecto en mi mundo, pero cuando Britney murió, eso me desestabilizó.

Le había fallado no a una persona, sino a dos. Y el dolor fue demasiado.

Y ahora ella está aquí, viva. Quizás confundida. ¿En dónde vive? ¿Con quién? Quiero gritar su nombre, pero mi cabeza me lanza imágenes que no quiero procesar. ¿Dimak Trivianiv? Él tenía un helicóptero y alcanzó a ver el cuerpo desde el aire, ¿acaso la llevó? No está dudando. ¿Acaso Brit conoce la ciudad? ¿Se dedica a esto?

Llegamos hasta el final. En el pasado, el agua maloliente salía hacia la cañada, pero ahora todo está seco luego de las reformas al sistema. Ella destapa una moto y se pone un casco. Es absurdo lo que hago, pero le tomo varias fotografías, esperando poder ampliarlas más adelante y

obtener algo. La enciende y se marcha. En ese instante corro y llamo a unos de los soldados en la frontera de la ciudad. Quiero a todos mis hombres persiguiendo esa moto, ahora.

¡Yo soy el Pakhan! Es hora de que deje de estar a las sombras y me posicione en el lugar que todos han luchado para devolverme.

Ella es un borrón en la distancia y necesito con urgencia tenerla cerca.

◇◇

—Entró a esta propiedad. —Lev, uno de mis soldados más antiguos, deja caer las fotos en mi escritorio. He apagado el móvil y no he dormido nada reviviendo una y otra vez ese último día—. No creerá a nombre de quién está. Maksim Pávlov, el ministro de la Federación Rusa.

—Dominic lo mató.

Es una de las cabezas que Emilie entregó hace años en Italia, cuando Dominic obtuvo el dominio gracias a ella.

—Nos quedamos vigilando la propiedad, que tiene una red de seguridad máxima, pero esta mañana obtuvimos esto.

Mueve las hojas y esta vez tengo una foto nítida de Britney. No estaba loco, no fue solo una alucinación. Es real. Está de pie, parece ofuscada y en las siguientes aparece abrazada a un hombre, besándolo. Si no lo viera, no lo creería. La máscara de «me importa un carajo» está en su lugar, pero mi interior hierve con algo desconocido. Celos, ira. Ella es mi mujer.

Quiero sentir coraje o desprecio hacia Britney, pero la lógica me supera. Es una chiquilla, quizás esté confundida y herida. Un hombre puede manipular su frágil mente, moldearla a su forma. Yo mismo lo estaba haciendo.

—¿Quién es el muerto de la foto? —gruño, dejándolas en el escritorio y señalando al rubio que besa a mi mujer.

—No lo sabemos…

—Lev, esa no es una respuesta que me agrade.

—Estamos investigando, señor. Prometo traerle más noticias.

—Quiero su cara en cada reconocimiento facial disponible —ordeno con frialdad. Un témpano tendría más calor en este momento.

—Trabajo en ello…

—Sal —le ordeno. Sin embargo, mi cerebro trabaja más rápido y aunque me siento cegado de ira, un recuerdo viene a mi cabeza. Trivianiv en Nueva York, la similitud del pelo rubio… Y si bien no tengo una imagen nítida de su rostro, sé que son el mismo hombre—. Dimak Trivianiv es este hombre.

Lev se detiene, sorprendido.

—Señor, ¿está seguro?

—Sí, haz esa investigación. Este rostro es de Dimak.

—Como ordene.

En cuanto escucho la puerta cerrarse, golpeo con furia la madera. *No sé quién seas, pero conocerás la muerte que traigo en mis manos*. Nadie juega conmigo y vive para contarlo. Este es mi juego, son mis malditas reglas. Te adaptas o mueres. Ella volverá a mí y lo hará más pronto de lo que ninguno imagina.

20: QUINTA SINFONÍA

Britney

Montas el *show* y atraes la carnada hacia ti. Eso es lo que Roth Nikov ha creado, un espectáculo de primera, pues asesinó a tres hombres delante de una multitud de seguidores. Al primero, aplastándole la cabeza en una máquina industrial. Tuve que dejar de mirar porque casi me doblo y vomito sobre mis pies. Con el segundo fue más rápido: le abrió el pecho con su cuchillo dorado, sacándole el corazón para mostrárselo a sus soldados, quienes aplaudían ante el frenesí medieval que observaban. Y al tercero le mutiló el cuerpo a sangre fría, con el hombre vivo, clamando por piedad, una de las pocas palabras que reconocí en medio de la algarabía. Fue brutal verlo levantar la cabeza mientras le goteaba sangre y luego lanzarla a sus hombres, quienes no dudaron en divertirse con los restos humanos esparcidos por el lugar.

Ese hombre en las barracas es el Carnicero.

Siento la mano de Dimak en la pierna y salto, asustada. Creo que necesitaré una dosis extra de mi medicina. Verlo asesinar a Wellington en La Mazmorra fue un juego de bebés en comparación a esto.

—Tenías que verlo por ti misma, *darling*. Es un monstruo, merece morir —comenta cuando vamos de regreso a casa.

—¿No lo somos todos? —pregunto. En la oscuridad del Jeep, siento su intensa mirada sobre mí—. Algunos lo llevan libremente y otros lo encerramos.

—Ha sido demasiado para ti, lamento haberte traído.

No respondo, solo permanezco en mi lugar y bajo el cristal de la ventana. Necesito aire, por eso me gusta la moto. Me da seguridad y libertad… ¿No es acaso aquello lo que Roth intentó darme?

Al llegar a casa, Dimak me da las pastillas. Ha multiplicado la dosis y por primera vez tengo recelo a tomarlas. Antes de mi crisis lo cuestionaba todo, no era tan fácil de dominar, pero luego del medicamento me volví dependiente. Lo primero que hago por las mañanas es tomármelas, aunque no vienen con un sello farmacéutico, sino de un frasco común. Sin embargo, esta vez finjo y me las guardo debajo de la lengua.

Me despido y subo al segundo nivel, maldiciéndome por mi sugerencia estúpida de compartir la misma habitación. Escupo las pastillas en el inodoro y lo suelto. Me cepillo mientras me ducho, pensativa. ¿Y si me he equivocado?

Cuando Dimak regresa, finjo que estoy dormida. Siento un beso en el hombro, pero no me toca más allá de eso.

Cumplo con mi entrenamiento en la academia, aunque no lo hago al cien por ciento, pues estoy muy distraída. Hayden mantiene su distancia y no toma ninguna represalia hacia mí. Transcurre una semana completa sin que tome el medicamento. Los primeros días sufrí espasmos y alucinaciones. Cada vez me convenzo más de que aquí nunca me tomé el original, sino algún tipo de droga. Vigilo a los chicos y todos me parecen robots. No cuestionan, no llevan la contraria, son fieles a la causa.

—Aísla mi señal esta noche —le ordeno a Hayden, quien está detrás de su computadora, analizando unos planos extraños.

—No —responde—. No seré tu cómplice.

—No te lo estoy pidiendo, aísla la maldita señal. Si no, tu hijo pagará…

—¿Por qué das por sentado que me importa? No todas las mujeres tenemos una vena maternal activada, por alguna razón no me quedé a su lado… —se burla y reconozco el juego.

—Te importa. Si no fuera así, ya me habrías delatado.

—Si no lo hice fue para darte una oportunidad. No somos los malos aquí, Britney. Esos hombres venden drogas, armas, infectan el mundo con violencia y muertes, ¿cómo no puedes verlo? Somos el lado bueno —insiste.

—¿Viste a esos chicos? ¿Qué hacen con ellos? ¿A dónde van? No tienen ni veinte, ¿crees que eso hace a Dimak mejor ser humano que Nikov o Cavalli? Ellos no obligan a nadie a meterse drogas, pero no puedo decir lo mismo de Dimak. Si realmente crees que existe un lado bueno en esta guerra, estás peor que yo —gruño y veo que baja la cabeza, moviendo la pierna izquierda con nerviosismo.

—Camuflaré tu ubicación solo esta noche. No más.

—Gracias —respondo.

—Dimak salvó tu vida, como lo hizo con nosotros. No sé si estoy en el lado bueno o malo, pero sé que estoy con el hombre que me ha cuidado desde el día cero.

—Ese es el detalle, Hayden. A mí me salvaron la vida mucho antes de que Dimak apareciera. —Ladea la cabeza porque no me entiende, pero no necesito que lo haga.

Me marcho directo a la mansión, sintiendo que alguien vigila mis pasos. No me gusta estar inestable y paranoica. Me detengo para escribir una corta nota que solo un hombre podría descifrar.

Cuando llego, Katniss está regañando a Dominic por una tarea y el pobre niño solo mantiene la cabeza gacha. Paso de largo sin que noten mi presencia y voy al despacho de Dimak. Demasiadas coincidencias: Vladimir Ivanov, sus planes (de los cuales no sé nada), las pinturas… Buscó la manera de conectar conmigo, me brindó una linda jaula de oro y me ha hecho creer que soy libre dentro de su territorio. Soy la perra con un collar del que él puede tirar siempre que se le dé la gana, haciéndome retroceder y colocándome a sus pies.

Llego en un taxi al Teatro Bolshói y me indican en dónde está mi palco privado. Hoy interpretarán una dulce melodía de *Moonlight*. Me quedo de pie con una copa en mano. Me he registrado con mi nombre y si él no sabía que continuaba con vida, esta será su oportunidad de averiguarlo.

Quiero que me encuentre porque quizás todo lo que he pensado ha sido elaborado con un propósito. Mientras el pianista hace una interpretación casi perfecta de Beethoven, disfruto de mi copa de vino blanco. Uno de ellos llegará. Tal vez sea mi última noche con vida, pero quiero disfrutar de la música. Cierro los ojos en cuanto siento su presencia a mi espalda. Estoy muy confundida, me siento culpable y llena de dolor. *Él nunca se ocultó conmigo.*

Quizás por esto mi padre me entregó a Michael, pues sabía que nunca sería una buena esposa ni madre, que mi mente me jugaría en contra, que traicionaría si alguien me manipulaba lo suficiente.

—Estás hermosa —susurra, aspirando mi aroma—. Vainilla, mi aroma favorito.

—Viniste —jadeo. Siento las piernas débiles y quiero llorar, pegarle, follarlo y volver a pegarle—. Podría ser una trampa.

—Correré el riesgo —murmura y me abraza por la cintura, pegándome a su pecho—. ¿A qué estás jugando, *dusha*?

—¿Desde cuándo lo sabes?

—¿Saber qué?

—Que estaba viva —señalo. Empiezo a sentir en la piel ese hormigueo que parecía haber olvidado mientras él me besa el hombro.

—Unos días atrás.

—¿Por qué no fuiste por mí?

—No me gusta nada a la fuerza. No voy a obligarte, pero hoy has dejado muchas pistas. La nota en la carretera, la cita de este lugar… Te repito, ¿a qué estás jugando?

Su voz me seduce, envuelve mi mente.

—Necesito que me guíes, estoy perdida. Realmente estoy dudando de que seas real, creo que te anhelo tanto que te imagino.

Me gira con violencia y abro los ojos, enfrentando los suyos negros, los cuales me queman el rostro. Existe una mezcla de emociones en ellos que me es difícil analizar, pues atrás quedaron los pozos vacíos que vi en las barracas. Su mano me atrapa el cabello, lastimándome ligeramente.

—Eres mi mujer, soy el único que podría dominarte, *dusha*. —Su aliento me acaricia los labios—. Pero debes saber que si accedes a mí, no podrás irte nunca más, no te apartarás de mi lado.

—Debo volver, hay cosas que no he terminado…

—No te dejaré ir —declara. Esta es su bestia, ese animal interno saliendo a la luz—. Voy a matarlo, Britney. No quedará nada de Dimak Trivianiv.

—Sabes quién es, ¿cómo?

—Soy bueno torturando. Mientras has estado divirtiéndote esta semana, fingiendo ir de un lado a otro, yo estuve con Vladimir Ivanov. Tengo un pequeño poder, un don, si quieres llamarlo así, para extraer la información que quiero de quien quiero.

Lo beso, no soporto no hacerlo. Quiero decir que soy quien lo domina, pero nunca será de esa manera junto a Nikov. Él siempre tiene el dominio de todos a su alrededor. Crees bailar tu propia canción, pero sin darte cuenta estás girando por y para él. Todos y cada uno de nosotros hemos sido dominados por este hombre. Me levanta la pierna, haciendo que le rodee la cadera, y me aprisiona contra la baranda. Su boca es una lluvia de diminutas explosiones, parece guiarme con solo un toque de sus labios. Al separarse de mí levanta el arma que ha sacado de mi muslo interno.

—Era una precaución. —Ladeo el rostro.

—Bienvenida a la oscuridad, *dusha*.

—Solo respóndeme algo… ¿Me abandonaste? ¿Eso es cierto?

—Sí —responde, dejando de mirarme unos segundos y enfocando la vista más allá del escenario—. Creí que estabas muerta, lo intentamos todo. Estábamos en medio de un ataque, íbamos a morir. Hice lo que se esperaba de mí…

—Rescatar a tu Capo y dejar a tu esposa —escupo, sintiendo el dolor golpearme. Tenía la débil esperanza de no haber sido abandonada a la deriva, en un río, como un animal.

—Si hubieras sido tú, ¿qué habrías hecho?

—Morir contigo —respondo sin titubeos. Sonríe con tristeza, como si fuera una cría que no entiende la vida.

—Dominic me ha salvado innumerables veces, he sido egoísta en más de un sentido y él se ha expuesto por mí, lo sigue haciendo. Tú no respondías, no tenías ningún signo de vida. Quería quedarme en ese río, morir contigo. Lo hubiera hecho, pero ¿y los niños? ¿El futuro de la Bratva y Sicilia? ¿Dónde quedaba aquello? ¿En manos de quién? No te engañes, Britney, aquí no

se trata de elecciones. Fue más fácil para ti adaptarte a ellos porque te convenciste de que me odiabas. Debías tener un mecanismo para enfrentarte a la realidad, eso no está mal. Sobreviviste.

Me duele darme cuenta de lo que está haciendo, jugando una doble carta, fingiendo que quiere regresar a mí.

—En cinco minutos estarán contigo —anuncia Dominic en el dispositivo que tengo en el oído. Britney me acaricia el pecho. ¿Está jugando o de verdad no sabe que Dimak se acerca? Supongo que lo descubriré muy pronto—. Sé que no quieres obligarla, pero decide ahora. La sacamos entera o la dejas atrás.

—Ven conmigo —susurro, extendiéndole la mano. Nunca le he mentido y no empezaré ahora—. Dimak está en camino, tenemos menos de cinco minutos. Sabe de tu ubicación, la chica le dijo todo más temprano. Solo te ha usado de carnada para tenerme.

—¿Lo sabías y aun así viniste?

—Eres mi esposa, iré a donde tenga que ir por ti.

—Si voy contigo, ¿siempre seré la segunda elección?

—Sí —respondo con sinceridad.

Dominic está escuchando esta conversación. Aunque ella no podrá entenderlo, Don es mi primera elección, como yo soy la suya en la mafia. Fuera de ello, cuando somos hombres, nuestras mujeres vendrán en primera fila. Cuando él se enteró de que le oculté el conocimiento de Emilie, se apartó, pero no me excluyó; cuando se hizo con el poder de Rusia, me eligió a mí por sobre su esposa e hijos. Vino aquí, separándose de ellos. Siempre nos elegiremos primero. Es como funcionamos, es lo que somos.

—Tres minutos —anuncia.

—No quiero ser la segunda opción —murmura, dejando ver esa chica frágil y vulnerable —, pero te necesito.

—Entonces ven conmigo.

Me agarra la mano, asintiendo. Noto cómo tiembla y luego que tiene los ojos un poco irritados. ¿Qué carajos hizo? La guío hacia el nivel principal, pues Dominic nos está esperando en la parte trasera. No la busqué antes porque quiero hacerle un anuncio a mi enemigo, quiero que tiemble de miedo al no saber si fui yo quien infiltró a Britney con él, quiero que se cuestione y desestabilice. Asesinarlo sería fácil, ya que tenemos los hombres suficientes para un ataque, pero no es la solución. Necesito erradicarlo por completo y para ello he creado el escenario perfecto.

Ella volvió conmigo por su voluntad, no la obligué. Lo tendré pensando en nosotros, sacando teorías locas y moviéndose de lugar. Está demasiado preocupado tratando de llegar a mí, pero no tiene idea de que estoy en cada uno de sus lugares. En su casa, su academia… Incluso conozco al pequeño niño que dicen es de Dominic. Cuando me tenga sobre su cuello, lo sentirá.

He sido un virus que infectó cada célula de su academia y ahora solo esperaré el momento indicado. Consejo: analiza a tu presa y ataca cuando ya esté en la jaula, sin poder salir.

Mis hombres se movilizan en cuanto entro a Brit en la parte trasera de la camioneta. Don ya está esperando con un cuchillo en la mano.

—Dolerá un poco —advierte con ironía—, pero no será nada que no puedas soportar. Después de todo, se lo hiciste a mi hija.

—Intentaba protegerlas. Si esperaba, Dimak iba a atacar.

—Lo sabemos —replica, interrumpiéndola. Ella no se inmuta, no grita de dolor. Solo deja que le corte la piel y le extraiga el dispositivo. Yo le cubro la cabeza con una bolsa de tela

oscura. No puedo confiar en ella por completo, no hasta que demuestre en dónde tiene su lealtad.

—Es por tu propio bien —le garantizo, observando a Don, que trabaja rápido para cubrirle la herida y tirar el dispositivo por la ventana.

Vladimir está en nuestro poder, siendo torturado. Britney ha regresado, pero todo se siente erróneo. No siento la paz que debería tener y los ojos azules de Don dicen lo mismo. Ella podría ser el castigo que nos lleve a la ruina.

21: EN CASA

Britney

Al quitarme la tela me encuentro desorientada y un tanto mareada hasta que Roth me acuna el rostro. Él tiene esa mirada analítica, la que usa para tratar de descifrarme, pues probablemente no confía en mí. Ni yo misma lo hago. Baja los ojos, fijándose en mis labios, y no puedo evitar humedecérmelos. Siento esa conexión latente entre ambos, aquello oscuro que me ha atraído a él durante años.

—Bienvenida a casa, *dusha*. —Su voz es tan cálida, baja e íntima.

—¿Está aquí? ¿Vino con ustedes? —pregunta la rubia llena de angustia. Don intenta detenerla, pero ella camina decidida hasta la camioneta.

—*Mia regina*, deberías estar descansando, el viento frío te hará daño.

—¡Quiero verla! —demanda. Abro la puerta, apartándome de Roth. Ella está de pie, envuelta en un abrigo blanco, y le noto ojeras bajo sus lindos ojos verdes—. Mi niña, ¿qué te hicieron, bebé?

Me rodea con las manos y su cuerpo me da una estabilidad que creí perdida. Me duele el pecho, reconociendo que extrañé estos brazos, quizás más de lo que pude querer a Nikov. Todos mis sentimientos quedan a flor de piel. Emilie fue la razón por la cual me puse en peligro yendo a la clínica. La parte consciente de mí me gritaba que no dejara que nadie la dañara, pues ella siempre me había defendido. Es una mamá osa, una que no tuve en mi niñez. Nadie se preocupó por cuidarme y mucho menos me abrazaron de esta manera.

—Estás en casa, con tu familia. No te dejaremos ir, ¿me entiendes, bebé?

—Britney necesita descansar, Emilie. Igual que tú. —Su esposo la aparta de mí cuando no puedo responder ante su afirmación. El mío deja caer su americana sobre mis hombros. Ella le sonríe con tristeza, con esa complicidad de la que me siento excluida. Roth me guía al interior de una casa diferente, una en la que nunca he estado. Subimos al segundo nivel mientras curioseo todo a mi alrededor. Es más grande y lujosa, pero cálida, pues tiene retratos de los niños y de ellos por todo el lugar.

—Tenemos nuestra casa más arriba, pero Emilie insistió en que necesitas estar en el calor de la familia. Esta es tu habitación. —Abre la puerta, dejando ver una recámara bastante amplia de colores pasteles. Entro en silencio, toco la superficie de los muebles y mi esposo se mueve para prepararme la tina. Voy directo a una foto mía en la mesita de noche.

—¿Quieres algo de comer? —me pregunta mientras delineo la imagen, triste por esa chica tan inocente y tímida.

—No, estoy bien.

—Toma una ducha, traeré algo de fruta.

—Sí, señor. —Es una burla y él la reconoce, pero no dice nada. Cuando se marcha verifico la puerta y veo que está cerrada. Sabía que no me dejaría vagar de un lado para otro. Ahora soy el enemigo.

Me quito las prendas despacio y me baño. En la esquina de la habitación noto una cámara de vigilancia. Es pequeña y una persona común no se daría cuenta de que está ahí, pero en la academia aprendí a buscar ese tipo de cosas.

Minutos más tarde escucho la puerta. Roth entra con una pequeña bandeja, la camisa

arremangada y un aspecto más desaliñado. Lo observo dejar todo en la cama, así que me pongo de pie y tiro la toalla al piso. Él no se pierde ese detalle y sus ojos van rápido a mi cuerpo desnudo.

—Tengo que revisarte en caso de que tengas un rastreador extra.

—¿No llamarás a Dominic para que lo haga por ti? Digo, como la última vez —ironizo con veneno. Él entrecierra los ojos, pero no se molesta.

—¿Y eso te incomodó? ¿Que le permitiera tocarte?

—No —respondo con sinceridad, curiosa por saber por qué se lo ha tomado con tanta calma.

—¿Por qué traerlo a colación? Oh, entiendo, ¿es así como jugarás? ¿Nos hablarás mal a uno del otro? ¿Causarás un conflicto? Te diré, *dusha*, no va a funcionar. Entiendo el resentimiento, pero Don lo único que hizo esa noche fue luchar por ti, como lo hizo por mí.

—Lo siento, fue un comentario estúpido. Es que los miro, noto la complicidad en ustedes y me siento apartada… —Y soy sincera en eso.

—No has tenido tiempo de ser parte de esto, pero si nos das la oportunidad, pronto lo serás. Eres mi esposa, le importas tanto a ellos como me importas a mí.

Tengo la respuesta a eso, pero no considero que sea una adecuada para el momento, entonces me recuesto en la cama, bocabajo, abriendo las piernas y dejándolo tocarme. Aprieto las sábanas con los puños porque su tacto literalmente me quema, eleva mi ansiedad y el anhelo de algo pasado que quizás no logre recuperar. Su tacto empieza en mis pantorrillas y sube despacio. Cierro los ojos, evocando el recuerdo de la confusión al despertar en aquella casa, de las palabras de Dimak y Katniss.

Me cuesta llegar allí cuando su presencia es todo lo que tengo en cada sentido. Amaba a un demonio de ojos negros y alma de guerrero, me encontraba en sus brazos. Yo era suya y siempre lo sería, incluso si intentaba luchar contra ello con tanta desesperación, repudiándome a mí misma por ser débil a su lado. Roth Nikov sabe cómo dominarme.

Me sostiene fuerte por la cadera y me presiona contra la erección que tiene en sus pantalones, tentándome. Soy un poco más descarada y me muevo, casi puedo imaginar la sonrisa en su cara mientras continúa su inspección.

Odio estar a su lado y darme cuenta de que su presencia es muchísimo más poderosa de lo que solía recordar. Se aparta y sé que buscar un rastreador solo es una excusa para saciar sus ganas de tocarme. Me giro, viendo cómo se tira del cabello y luego empieza a quitarse la camisa, dándome la espalda. Agarro una de las fresas de la bandeja y la muerdo; todo el jugo explota en mis labios. Se le contraen los músculos y el tatuaje del cuervo se mueve como si tuviera vida. Quisiera tocarlo, sentirlo.

No me permitió ese contacto en el pasado. Guiada por mis deseos, me pongo de pie, pero se aleja cuando me siente. Parece un poco dudoso de mis movimientos mientras me analiza, mirándome sobre su hombro. Antes de que cualquiera llegue a arrepentirse, alargo la mano y escucho su respiración profunda en tanto delineo su piel desigual con los dedos. Frunzo el ceño, notando un dolor agudo en la garganta. Hay una marca distintiva debajo de la tina.

Es el símbolo nazi, ¡ese jodido símbolo!

—Cuando te dejé atrás sentí que perdí mi alma, la única parte valiosa que me quedaba. Quería regresar… —Levanto la mirada, encontrando que se ha girado hacia mí y tiene los ojos cerrados—. No es mi intención que sientas que te dejé a un lado, no lo es, y quizás deba usar otras palabras para expresarme, pero trato de ser honesto contigo porque vi a Don mentirle a Emilie por meses y eso los llevó a un conflicto innecesario.

—Me gusta tu sinceridad… Solo no quiero ser la segunda opción de nadie. Y entiendo, nuestro Capo va primero, pero eso no evita que sea una perra egoísta contigo. —Me acaricia la mejilla con dulzura y debilita mis barreras—. Quiero entender, eso es todo.

—Emilie me salvó la vida en el pasado y Dominic me rescató de las calles. La conexión que ves es producto de años de convivencia, de secretos y lealtad.

—¿Cómo Emilie podría salvarte? Es una muñeca y tú un aniquilador.

—Vamos a la cama. —Tira de mi mano, sube primero y luego me carga, sentándome sobre él. Me sorprende que no me ate las manos y que, en cambio, me deje sostenerme de sus antebrazos—. Lo que te diré no es para causar lástima. Seré honesto como siempre. Hace años, cuando aún no era un soldado de la *famiglia*, Gabriel Cavalli gobernaba. Me infiltré con Dominic, tratando de conseguir poder para cuidar de Raze.

—¿Dónde estaba Raze?

—Aquí, en Rusia, con nuestro padre.

—¿Por qué? ¿Dónde estabas tú? ¿Por qué no estaban juntos?

—Vaya… —jadea tocándome las piernas mientras medita la respuesta—. Supongo que será más difícil de lo que pensaba. Bueno, mi padre era un sádico, un hombre sin escrúpulos. Para mí era normal, pues era el mundo que conocía. Mi madre murió cuando Raze era pequeño y su partida desencadenó situaciones horribles. Éramos cuatro hermanos, Robert, Ryana, Raze y yo. Nunca vi a nuestra madre embarazada de Raze y pensé que quizás lo había olvidado. En este mundo de la mafia olvidas cosas que son demasiado duras, pero cuando ella falleció, mi padre empezó a tratar a Ryana como su esposa… y con el tiempo detecté el parecido entre ella y Raze. Enfrenté a mi padre y él no negó nada.

Me quedo callada, entendiendo lo que acaba de decirme. Raze es hijo de su hermana. Dios mío, las náuseas me sacuden el estómago.

—Robert también abusaba de ella… Al enterarme, enloquecí. No pensé, solo me fui de lleno a actuar. Los enfrenté a ambos, discutimos, Robert se lanzó sobre mí y peleamos hasta que escuché el disparo de un arma. Creí que mi padre me había matado, era lo normal. Yo parecía ser el hijo que estaba en contra de su porquería, pero cuando Robert cayó a mis pies… tenía a mi hermano pequeño cubierto de sangre, mirándome con unos ojos grises asustados y profundos. Era un chico, no iba a soportarlo. Había perdido mucho en la mafia a su corta edad y yo era lo único que tenía, pero estaba quebrado. Sin la ayuda de nuestro padre era solo un soldado más.

—¿Raze asesinó a Robert? ¿No tú? —cuestiono. Me bajo de su cuerpo, pensando. Dimak odia a Roth por la muerte de Robert y jura que está vengando su memoria, pero no tiene al verdadero culpable—. ¿Es ahí cuando te vas?

—Sí, viajé a Estados Unidos. En mi plan caía en la *famiglia*, los Cavalli. Conocía algunas historias de los gemelos y su papá, así que pensé ir con Damon, pero era demasiado inestable, entonces me introduje con Dominic. Me gané su confianza mientras ideaba hacerme con el poder de Sicilia y traer conmigo a Raze.

—¿Qué salió mal? ¿Dónde encaja Emilie?

—Duré un tiempo con ellos, pero hubo una pelea orquestada por Gabriel en la que Dominic fue el vencedor. Ahí fue cuando su actitud cambió, se volvió impredecible. Yo necesitaba poder y me quedé a su lado. Le enseñé a controlarse porque parecía dinamita andante. Todo iba perfecto hasta una noche en la que Gabriel iba a asesinar a Dominic. Y en ese punto apareció Emilie.

—¿De qué te salvó ella?

—De Gabriel Cavalli —responde, apretando los puños. Niego porque no entiendo…

tendría que ser una chiquilla, si mis cálculos no son erróneos—. Le gustaba que se lo follaran chicos jóvenes y lo mantenía en secreto. El abuso, los golpes.

No… No.

El símbolo que tiene quemado en la piel, el tatuaje que lo cubre…

—¿Él te…? —No puedo completar la pregunta. Sufro por él, pero no por pena, ni asco, sino por empatía—. ¿Por eso no te gusta que te toquen?

Emilie, solo ha permitido que ella lo toque. *Porque lo salvó.* Y entiendo ese sentimiento. Yo misma en el pasado rechazaba el contacto íntimo, pero anhelaba el suyo, ¿es así como se siente con ella? Agradezco que las voces no sean partícipes de esta discusión, pues gracias a eso tengo la mente más clara. No, no es sexual entre ellos. Su acercamiento es familiar, seguro. Ella le da protección.

Y está diciéndome esto para que entienda.

Porque me conoce, sabe que es mi primera elección por la deuda que le tendré el resto de mi vida. Ellos son el piano y el intérprete, se necesitan mutuamente. Dominic y yo somos los cantantes, estamos al lado, podremos ser parte del entorno, pero ellos siempre tendrán un lazo más poderoso. No debo ir en su contra, sino unirme a la sinfonía, pero ¿cómo lo hago?

—Cuando Michael me tenía sobre ese piano quería morirme… o matarlo. Ideé tantas maneras de hacerlo en mi mente, pero luego llegaste tú y fuiste un ángel desde ese momento. Te soñaba a cada instante. Parecías mi amuleto de la suerte: cuando estaba mal, cerraba los ojos y te imaginaba, entonces todo parecía mejorar. ¿Es eso lo que sientes con ella? ¿Te sientes en casa?

—Sí, no podía dejarla morir. Fue allá por mí… Es un círculo. No sé cómo decirlo sin que pienses que estamos locos, pero nos movemos en sincronía, cuidamos las espaldas de los demás. Emilie llegó a esa cabaña para asegurarse de que yo estaba bien. Lo que hay entre nosotros no es sexual, ni físico o romántico. No estamos secretamente enamorados, solo… conectados. Y es una conexión que siento contigo, pero mil veces mayor. Era una tortura saber que estabas en la misma ciudad. Quería irrumpir en esa casa y traerte conmigo, atarte y follarte hasta el alma para que decidieras permanecer a mi lado, pero cada vez que veía tus fotos parecías una desconocida.

—¿Estabas vigilándome? ¿Desde cuándo?

—Una semana —responde, sentándose en la cama—. Te seguí al salir del hospital. Desde esa noche supe que estabas viva.

—Escuché a Dimak decir que planeaba atacar cuando Emilie diera a luz, por ello ideé mi plan con la doctora. Quería protegerlos —susurro, desviando la mirada.

—Lo sé —concede—. ¿Qué te tomó tanto tiempo para venir con tu hombre?

Sonrío de lado. Soy una estúpida por caer tan fácil. Ambos estamos jodidamente dañados en más de un sentido.

—Quería ser suficiente —confieso.

—¿Antes de la cabaña te hice sentir que no lo eras?

—Eres el poderoso Roth Nikov y yo solo soy una carga, un lastre colgado de tu costado.

—Oh, esos son los demonios de tu cabeza hablando —pronuncia. Luego tira de mi mano y me acerca a él. Saca la lengua y lame el centro de mis pechos. Me agarro de sus hombros con fuerza—. Creo que hablamos demasiado y aún no te doy una bienvenida decente.

—Menos palabras y más acción.

—Como ordene, señora —afirma y toma uno de mis pezones en su boca. Cierro los ojos mientras me muerde.

Fantaseaba con este toque, lo deseaba y me odiaba por ello. Pensé que lo peor que Roth me haría sería abandonarme en aquel río y creí erróneamente que aquello era una bajeza, pero

esto lo es aún más. Roth me ha hecho adicta a él, ha creado una bestia que, aunque lo intenta y jura odiarlo, siempre volverá a sus pies. Y eso es lo que Dimak vio, una oportunidad de dividir a sus enemigos. No calculó que con enviarme de regreso tendría la verdad en mis manos.

Puedo odiar a Roth de la forma en la cual lo hago, pero, no obstante, el respeto que siento por su lealtad es mayor. Y ese hombre recto y leal no me hubiera dejado morir en el río si no creyera que ya no existía ninguna oportunidad para mí. Me dejó ir, convencido de que estaba muerta. No me abandonó, solo eligió salvar a quienes sí seguían con vida. Qué perfecto escenario para Dimak Trivianiv, ¿fue esto un paso de suerte? ¿O de alguna manera Dimak lo manipuló todo?

Fui la única con una herida de bala, se encargó de que cayéramos a ese río y nos dio el tiempo suficiente para amanecer en la cabaña. Trivianiv es el hombre que ha protegido su identidad durante años. Una persona así no va dejándole sus planes al destino. Un hombre de su porte crea la situación y manipula todo a su conveniencia. Esto no fue una jugada de la suerte.

22: DOMINIO

Roth Nikov

—Tócate, bebé —su voz es sexual e hipnotizante. No puedo evitar la sonrisa que se apodera de mis labios.

—Pareces olvidar las reglas, *dusha* —murmuro, subiendo la mano por su pierna. Ella se abre más, ofreciéndome su cuerpo, algo que claramente me pertenece.

—Quizás debas darme algunas nalgadas para refrescarme la memoria.

Maldigo en mi interior por no haber ido directo a nuestra casa. Si lo hubiera hecho, tendría mucho de dónde elegir para hacer esta noche memorable.

Noto su mirada hambrienta, esa que me dedica cuando necesita estabilidad y cederle sus emociones a alguien más. Los demonios parecen estar consumiendo su mente. Empiezo a dejarle besos en el interior de los muslos, subiendo hasta el centro de su placer. Se arquea en cuanto siente mi respiración golpeándole aquel punto sensible. No la toco, no le doy ni una sola lamida y ella ya jadea, expectante.

—Yo soy quien tiene el control, nena.

Levanta el rostro, ubicándome y pestañeando. Me fascina ver el punto exacto en donde ella se vuelve la mujer que deseo, esa que me dejaría dominarla sin titubear.

—Sí, señor —claudica, mordiéndose el labio. Curvo los míos antes de bajar la cabeza y barrer sus fluidos con mi lengua. Es dulce y adictiva.

Intenta moverse, pero afianzo las manos en su cadera y le ubico las piernas sobre mis hombros. Ella grita y se retuerce mientras la sigo torturando con la lengua hasta que empieza a temblar, viniéndose. Estoy duro y más que ansioso cuando me aparto. Tocándome la polla de arriba abajo, la paseo por entre sus labios vaginales. Entre su orgasmo y mi saliva está muy húmeda y juego, tentándola, antes de hundirme en ella de una sola estocada. Gruño una maldición. Joder, su coño es una prisión jodidamente agradable para mí. Retrocedo despacio, observando la unión de nuestras carnes, la manera en que se abre para recibirme.

Soy suave y delicado, al menos todo lo que puedo permitirme. Mi esposa no necesita una bestia en este momento, no cuando sus sentimientos parecen contradecir su forma de actuar. Cuando la miro, noto que tiene los ojos multicolor anegados de lágrimas, así que busco sus labios mientras ella se sostiene de mis antebrazos. Aunque estoy moviéndome con delicadeza dentro de ella, mis labios son feroces sobre los suyos.

—Déjame tocarte —suplica cuando me aparto. Tiene lágrimas cayéndole por el rostro y la acaricio, limpiándoselas con mi pulgar.

Britney Ginore me odia, pero su amor por mí es más fuerte. Asiento suave y, sin salir de ella, me arrodillo en la cama, trayendo su cuerpo sobre el mío.

—Hazlo mientras te mueves —ordeno con cautela. Ella se mece, moviendo la cadera como una serpiente tentadora. Cierro los ojos en cuanto sube por mis brazos.

—Mírame —pide con dulzura.

Lo hago, encontrándome una tierna sonrisa. Esta es la chica que dibujaba mi rostro en Nueva York. Su tacto es delicado y me explora con cautela. Quisiera decir que está ahuyentando mis tormentos, pero no es del todo cierto a pesar de que estoy demasiado ido en su mirada como para regresar al pasado.

Ella lo toca todo, mi pecho, el tatuaje de la *famiglia*, mis pectorales… Es una simple

muestra de la intimidad que estamos creando. He follado de formas inimaginables en el pasado, pero jamás tuve esta conexión. Y es eso lo que me gustaría trasmitirle; no obstante, soy malo con las palabras.

La ayudo a moverse, agarrándola de las nalgas. Me gusta verla alocada y desenfrenada. Le doy un par de nalgadas. Estamos siendo realmente ruidosos y me importa un carajo.

Le tiro del pelo, exponiendo su cuello, lamiéndola y succionándola duro. Sus pezones se frotan contra mi pecho mientras sube y baja sobre mi polla. Es una jodida diosa. Introduzco dos dedos en su culo, moviéndolos en su interior y sintiendo mi polla tan solo al otro lado de una delgada pared interna. Se contrae, me clava las uñas y no tiene ninguna escapatoria cuando grita, viniéndose.

—¡Roth! —chilla—. ¡No! ¡Oh, no!

Ni siquiera entiendo lo último ya que estoy levantándola y saliendo de su interior cuando mi propio placer me supera. Hago un desastre, el semen me cae en el estómago, en partes de la cama y me gotea de la polla. Entonces ella piensa que es un buen momento para soltar una risita infantil y gatear con coquetería, sacar la legua y lamer el semen. Se me tensa el vientre con esa jodida imagen y esos ojos retadores. Brit lo saborea como si fuera un puto cono de helado y termina de rematarme cuando limpia parte del líquido de la cabeza de mi polla con sus dedos y luego se los lame. *Mátame ahora, Cristo Jesús*.

—Sigues duro —murmura, tocándome el pene semierecto.

—Abre la boca —le ordeno. Tengo esta necesidad de hacerla sentir que soy todo a lo que puede aferrarse, que no tiene escapatoria de mi agarre.

Obedece y le advierto que no seré nada tierno, pero es un desafío claro para ella. Entro en su boca y cierra los labios como si fuera a comerse la puta fresa de hace unos minutos. La agarro del pelo y me introduzco hasta el fondo, ladeando el rostro y midiendo su reacción. Claramente soy el primer hombre que ha estado en su boca, pues no sabe esconder los dientes y veo las dudas en su mirada. Está tensa.

—Chupa despacio —insto, soltándola, pues así ella tendrá el dominio para continuar. Está babeándome la polla sin tener mucha idea de qué hacer, pero la dejo tomar seguridad y relajarse. Si me mantengo duro es porque está desparramada en la cama, desnuda, y dándome una vista grandiosa de su culo, no por el intento de mamada. Lo bueno de Britney es que es una observadora nata, entonces indaga y descubre. No tarda en empezar a notar que me gusta si me toca las bolas, que me enloquezco si me lleva profundo. Cuando la seguridad se adueña del acto, es mi turno de ser su profesor. Le agarro el rostro y le digo que ponga las manos en la espalda. Si me toca, la dejaré sin venirse una tercera vez. Me hundo fuerte y cierra los labios. Mi polla es demasiado grande, así que no puede tomarla toda; sin embargo, su boca me encanta. Empiezo a follarla y veo que unas lágrimas le humedecen las pestañas mientras la saliva le baja por el mentón. Entro y salgo, repitiendo el acto una y otra vez, hasta que me vengo en su boca. Es una descarada codiciosa que se traga hasta la última gota.

Estoy jadeando cuando ella retrocede. Joder, es la mejor alumna.

La noche no es suficiente cuando no tenemos bastante del otro. No sé cómo carajos terminamos teniendo sexo en todos lados, en el baño, contra la pared, en el piso… Le dejo el trasero rojo con diez nalgadas a cada lado y follamos en la cama antes de que caiga rendida contra mi pecho.

Está quedándose dormida cuando intento apartarla.

—No me sueltes aún, sigue sosteniéndome así. Me hace sentir segura.

Se escucha tan vulnerable que me duele el pecho. Suspiro, apartándole el pelo pegajoso de

la frente.

—No existe nada a lo que debas temerle.

—Temo causarte daño… Siento que intenté jugar el papel de alguien más, no me reconozco.

—Por eso estoy aquí, *dusha*. Me tienes a mí, juntos lograremos lo que sea mejor para ti, para nosotros —afirmo, acariciándole la mejilla.

Se refugia contra mis costillas y se queda en silencio. Para cuando yo cierro los ojos, el amanecer ya está alumbrando la recámara y ella parece no poder conciliar el sueño. Dormir a su lado es un voto de confianza máximo, ya que podría intentar lastimarme mientras duermo. Para mi sorpresa, parece que no es parte del plan, pues cuando despierto no tengo ningún cuchillo clavado en el cuerpo… aunque me duele la polla de tanta acción. La cama está vacía y no encuentro rastros de mi esposa.

Voy al baño. Parece que lo usó más temprano y que ha recogido el desorden que dejamos anoche. Me baño y luego solo me pongo un pantalón de chándal para bajar descalzo al primer nivel. Emilie está en la sala común, mirando el patio desde la ventana. La pequeña Anais duerme en su mecedora de bebé. Agarro una manzana verde del frutero y camino hacia ellas, observando el panorama en el jardín cubierto de nieve. Dominic y Britney se encuentran entrenando.

—Ella es increíble —murmura Emilie, asombrada.

Lo es. Incluso si Dominic le está dando ventaja al no tener una posición completa de ataque, Britney se mueve ágil, manteniendo su defensa y moviéndose con decisión.

—¿Cuánto hace que entrenan?

—Una hora, antes fueron a la casa de la colina.

Así es como Em se refiere a mi casa, pues no quiere que me marche. Pero ahora que Britney está de vuelta, necesitaremos nuestro propio espacio. Ella bosteza y se sienta despacio en la silla al lado de Anais.

—¿Cansada? —cuestiono.

—Entre los gritos de ustedes y Anais, no me dejaron descansar mucho.

Debería darme vergüenza, pero solo sonrío.

—Sabes que yo he soportado mucho de eso, ¿verdad?

—Es lo que le dije a Dominic… Entonces, ¿ustedes están bien?

—No lo sé —respondo con sinceridad—. Siento que no puedo confiar en ella.

—Es lo normal luego de cuatro meses en los que ella estuvo con ese hombre, pero ¿por qué nos salvaría a nosotras si fuera una amenaza?

—Creo que siente celos de nosotros. No tiene la sensación de pertenecer a esta familia y a eso súmale que la abandoné…

—Roth —suplica, levantándose. La ayudo porque el parto de Anais fue hace solo una semana y no debería estar caminando, sino reposando en cama, pero es terca—. Dejemos las culpas de lado y ahora luchemos por hacerla parte de nosotros, por que sienta que es una Nikova.

—Ese es justo el problema, no sé cómo demostrárselo.

—Encontrarás una forma, hombre. Podrías empezar por salir de compras con ella, no tiene ropa acorde a su nuevo estilo.

—La última vez eso no resultó bien —confieso.

—Quiero verte feliz, no como el alma en pena que llegaba de madrugada. Mírate, estás sonriendo… como un pervertido, pero es una sonrisa.

—Muy chistosa, ¿eh? —me burlo, poniendo los ojos en blanco.

—Oh, es un don que solo tenemos Raze y yo.

La servidumbre anuncia el almuerzo y no puedo creer que he dormido hasta tarde. Parece que las malas noches por fin me pasaron factura. También llaman a Dominic y a Brit, quienes dejan de entrenar. Los espero y saludo primero a mi esposa, quien usa una de mis sudaderas. La ayudo a quitársela y luego la beso, sorprendiéndola.

—No quise despertarte, bajé por algo de comer y encontré a Don…

—Estás hermosa —la interrumpo y le acaricio los labios. Cristo, quiero subir a follarla todo el día. Ella se desinfla como un pez. ¿Quizás esperaba una reprimenda por estar con Dominic?—. Vamos a comer.

Llegamos al comedor, donde ya están los niños. Le abro una silla y me siento a su lado. Su comida es especial, puesto que recordamos que sigue siendo vegana. Ella mira el plato, alucinando, ¿cree que olvidamos quién era así de fácil? Agradezco que Dominic hable, que mencione sus buenos movimientos. Sé que está dándole confianza, al igual que Emilie, quien le da a la pequeña Anais para que la cargue. Son pequeñas acciones que le van demostrando, poco a poco, que siempre seremos su familia. Ella no es menos, es una de nosotros y punto. Anais es un retrato de Dominic, tanto en sus ojos azules profundos como en su pelo castaño. Ahora que soy el Pakhan oficialmente, tiene menos compromisos y puede disfrutar más a su familia. Me alegra que por fin esté obteniendo la felicidad completa que merece.

Invito a Britney a ir de compras, pues necesita ropa y accesorios de uso personal.

—Oh, vamos, es solo un arma —se queja cuando le digo que no le compraré una.

—Sí, pero aún no estamos en ese nivel.

—Dimak está buscándome, ¿crees que se sentará tranquilo a esperar?

—Tengo seguridad y ellos llevan armas.

—¡Está bien! —grita, alzando las manos.

—No era una negociación —replico, abriendo la puerta de la camioneta.

—Eres un troglodita.

—Anoche no estabas disgustada con el troglodita.

Se sonroja y yo sonrío, cerrando la puerta y rodeando el vehículo. Britney es como una niña hiperactiva: cambia la radio, le molesta el asiento, estar con las ventanas cerradas le corta el aire… El equipo de seguridad nos sigue de cerca ya que no me daré el lujo de descuidarme ni un segundo. Ella me está estresando, así que le agarro la mano y la presiono junto a la caja de cambios de la camioneta. Al fin se tranquiliza. Manejo hasta el centro de Moscú, pasando las tiendas de diseñador y seleccionando las tiendas departamentales.

Al estacionar se baja de primera y busca un carrito de compras. Mis soldados se ubican a su lado en unos segundos, pasmados de ver a la criatura meterse en una de esas cosas.

—Tú, empújame —le ordena a Lev y el pobre hombre me observa petrificado, buscando alguna ayuda.

—Haz lo que dice —secundo. Joder, si la chica tendrá esa sonrisa, por mí que la lleven hasta la Antártida en esa cosa. Ella celebra de inmediato y atravesamos los pasillos con ella sentada allí y ordenando cuándo deben detenerse si alguna pieza de ropa le gusta. La mayoría son vaqueros, botas y chaquetas. Todo informal, ningún vestido.

Se la ve sonriente, feliz… Siendo ella, libre. Al final la empujo yo, pues Lev está ocupado con el segundo carrito de compras. Brit se molesta en un punto porque debo responder varias llamadas y le corto su diversión. Soy un idiota, lo sé. Entonces apago mi móvil. Quiero recuperar a mi esposa, pero ¿cómo lo hago?

—Me gusta la nueva casa —murmura cuando estoy pagándole a una empleada a quien le falta poco para babear—. El cuarto de arte que hiciste es precioso.

—Aún no está finalizado, no tuvieron tiempo de perfeccionarlo.

—Y el piano, pensaste en todo.

—Me gusta verte tocarlo —respondo mientras le paso la tarjeta a la mujer. Britney, quien ha estado hablando en inglés dentro del carrito, se baja y se para a mi lado.

—No me gusta cuando te miran tanto —musita, haciendo puchero.

—Los hombres también te miran —comento—. Si tuvieras tu anillo de casada, sabrían que ya estás reclamada… y la mujer esta también lo sabría.

—Cuando desperté en casa de Dimak no lo tenía.

—Necesitas uno —afirmo.

—Y ropa interior sexy, pero primero quiero comer.

—Hmm, conozco un lugar que te gustará.

Los chicos se encargan de llevar las compras y partimos hacia una cafetería con las mejores hamburguesas veganas. Las personas se nos quedan viendo, pues muchos de ellos me reconocen, pero no a la chica a mi lado. Le comento que eventualmente necesitará vestidos para salir conmigo y ella promete pedirle ayuda a Emilie con ese tipo de vestuario. Después le traen su comida con una ración grande de papas y una malteada de chocolate bañada con crema batida, vegana, por supuesto.

La vieja Melier, dueña del lugar, me trae una canastilla con *vatrushka* y *pryanik*, pan dulce ruso. Ella sabe quién soy. Venía aquí desde que era un crío, me sentaba en esta misma mesa y disfrutaba de comer dulces mientras planeaba la vida que viviría de adulto.

—Antes de abandonar Rusia, la noche que murió Robert, vine aquí —le narro a Britney. Ella empieza a comerse sus papas, ahora con curiosidad—. Luego de lo que sucedió en la cabaña, regresé. Me senté en esta mesa y recordé cada momento a tu lado. Estuve aquí un día completo, pensando en todo lo que quería vivir, pero no tenía conmigo a la persona con quien anhelaba compartirlo. Empecé a creer que poseo alguna especie de maldición que me obliga a abandonar a los que me importan para luego recibir su odio. Lo he hecho con Raze por años, pero no quiero vivir ese ciclo contigo. Es por ello que te preguntaré esto una sola vez: ¿existe algo que yo deba saber?

Cuando pregunto algo es porque ya tengo un camino entero de respuestas. Mi esposa no lo sabe y, sin embargo, espero que sea honesta. Es su oportunidad. Luego de esto, si me traiciona, habrá elegido su senda y aunque tengo sentimientos por ella, no podré intentar salvarla.

Si me miente, estará traicionando mi confianza.

23: TE LO DIJE

Roth Nikov

—Tengo un acuerdo para ti —le gruño a Vladimir Ivanov, el hombre a quien he quebrado de tantas maneras distintas que casi me quedo sin ideas. Ha sido un placer experimentar con su dolor. Parece que solo intenta sobrevivir por su primogénita, de quien desconozco su paradero.

—¿Como aquellos que hace Dominic? No, gracias.

Escupe sangre en el piso. Su rostro está irreconocible porque he descargado mi frustración en él. Tiene una herida abierta en el estómago, la cual necesita revisión urgente, pues morirá si se infecta. Yo lo sé y él también.

—Eres un daño colateral —confieso—. Y quiero asesinarte por mis caballos, pero si mi información es correcta, no has sido tú el responsable.

—Solo la quería a ella —se queja en medio del dolor. No puede mover las manos ya que los cables de púas se le entierran profundamente en la carne. Ha perdido tanta sangre que su piel luce pálida y enferma.

Huele a mierda y orina rancia.

—¿Realmente quieres vengar la muerte de un hijo de puta como Kain?

Cierra los ojos y parece irse dentro de su cabeza. Cuando vuelve a observarme lo hace con determinación.

—¿De qué se trata ese acuerdo?

Cristo, el hombre apenas puede respirar.

—Dime algo sobre Dimak y te daré una ventaja de diez horas en la montaña. Si resistes, podrías salir con vida o morir en las garras de un oso. Antes de negarte, pensaría en tu hija, ¿cómo se llama? ¿Becca Isakova? Soy bueno buscando información. Tengo su nombre, Vlad. Ella no podrá permanecer mucho tiempo en la oscuridad. Sé que Dalila murió y que tu hija está sufriendo un síndrome de alcoholismo gracias a la adicción de su madre, ¿no crees que te necesita?

Según la información recaudada por Lev, mi hombre de seguridad, Dalila murió en la cesárea de emergencia casera a la cual fue sometida cuando intentó suicidarse sin que le importara la pequeña vida que tenía en su interior. Gracias a ello puse mis manos sobre Vlad, pues fue lo suficientemente imprudente como beber hasta perder la consciencia en mi ciudad. Dudo que sobreviva en las montañas con el frío y lo cansado que está. Estoy siendo cruel al darle una esperanza vacía. Se necesita coraje para sobrevivir, pero eso es algo que Ivanov perdió hace años.

—Tiene una academia…

—Eso no me sirve —lo interrumpo. Es algo que ya sé, además de todo lo que declaró mi esposa, si es que aún puedo seguirla llamando de aquella manera luego de su confesión. Es mi turno de controlar la ira que resurge en mí.

—Era pareja de Robert y quiere tu cabeza por ello. Lleva años intentando dar contigo sin éxito. —Tiene que parar para toser. Eso tiene más sentido, pues Robert odiaba follarse a mujeres. Los abusos a Ryana eran para complacer a nuestro padre, quien siempre vivía quejándose de sus gustos «diferentes». Sin embargo, no logro ubicar el rostro de Dimak entre el círculo de los amigos de Robert. ¿Y por qué aparece ahora? Tuvo tiempo suficiente para llegar a mí—. Cuando Dominic asesinó a su padre, explotó sobre ustedes.

—¿Su padre?

—Maksim Pávlov es el padre de Dimak Trivianiv. Cuando Dominic lo asesinó, Dimak se llenó de más resentimiento. Eran muy cercanos. Maksim lo envió con su madre, Julie Trivianiv, a Londres cuando Robert falleció.

—Su apellido no es ruso, es inglés, ¡maldita sea! Estuvo en mis narices todo el tiempo. ¿El dron en Nueva York?

—Quisiera decir que tengo ese poder, pero ambos sabemos que no. Solo quería atraerlos a su terreno y no fui yo quien orquestó ese ataque.

Me detengo en medio del almacén abandonado. Si bien Vlad no asesinó a mis caballos, sí secuestró a mi esposa. Los rusos no tenemos clemencia, no conocemos el perdón, pero él también tiene un ángel. La única que ha abogado por su vida. Carajo, Emilie Cavalli. Marchando en contra de mis principios y principales deseos, llamo a los soldados y ordeno la liberación del fantasma ruso.

No pido que sean delicados, pues el malnacido no lo merece, así que lo torturan mientras le quitan los alambres que lo ataban al poste. Cae al piso, goteando sangre de todas partes. Me acuclillo a su lado sin tocarlo. Está agarrándose la herida abierta que tiene en el vientre.

—Si fuera tú me convertiría en un animal, me arrastraría fuera del infierno y encontraría un lugar en puedas darle una oportunidad a tu hija —siseo, sacando el cuchillo de Kain, que Emilie ha guardado durante estos años. Lo dejo caer en el suelo—. Si vives, dale un mejor uso.

—Fue ella, ¿no? —pregunta con un tono bajo—. Ustedes tres me lo arrebataron todo.

—Supongo —concuerdo, asintiendo—. Las historias son como un doble filo, no siempre las ves igual desde diferentes ángulos.

Me pongo de pie y escupo en el piso. Mis hombres lo levantan, alejándolo de mí. Cumplo mi palabra y le doy diez horas de ventaja; si se deja atrapar por mis soldados, morirá lentamente. Si los osos acaban con él, le servirá de consuelo para saber que no sucumbió bajo mis manos.

Voy directo a las barracas, pues no soporto estar cerca de Brit. No esta noche, no sin lastimarla con palabras hirientes. Fui duro en la cafetería mientras la escuchaba narrar los cuatro meses que vivió con Dimak y cómo no trataba de justificarse, sino que asumía la responsabilidad de sus actos. Sé que todo se derivó de lo que sucedió en la cabaña, pero no por ello deja de molestarme su modo de actuar, lo rápido que creyó en las palabras del enemigo.

Se acostó con él. No la forzaron a hacerlo. Es un tanto injusto que lo piense, pero ¿realmente no fue manipulada? Según su relato, Dimak la envolvió, mostrándole que tenían cosas en común, y la inspiró a que fuera «poderosa». Algo imaginario, claro. Es una chiquilla, ¡por los clavos de Cristo!

Una mocosa jugando a ser un *made man*. Jódeme.

Estuvo en estas paredes de roca con él, casi frente a mí.

Siempre fui un hombre centrado, cuidadoso en cada paso, determinado hacia mis ideales… y ella me convirtió en un endeble. Dejé que el remordimiento gobernara mis emociones.

Bebo un poco más de vodka cuando la puerta se abre y me llega el ruido de los hombres actuando como cavernícolas mientras pelean, follan o apuestan su dinero. No levanto la mirada, pues el único que podría atravesar mi séquito de seguridad es Dominic Cavalli.

—Vodka… Hmm, ¿así de serio es?

Se sienta en una silla de palo vieja. Aquí todo es muy diferente del lujo en Nueva York o de Italia. Los rusos somos animales salvajes que dependemos de tres factores para vivir: el poder, las mujeres y la sangre. Tres elementos igual de problemáticos.

Sangras por ellas, pierdes el poder por ellas y te doblegas ante ellas.

—Ahora puedes decir, «te lo dije» —ironizo, dando un trago más largo. Agradezco el ardor, pero al menos me adormece por dentro—. Britney Ginore no es la mujer que debí escoger. Fracasé, otra vez.

—No lo llamaría fracasar, pero creo que todo ha ido en contra de ambos. Las circunstancias, los hechos… Tienen cinco meses de casados y no han estado ni una semana juntos.

—Asesinó a Evangelin solo porque estaba en el baile y se acercó a mí, se acostó con Dimak planeando quedarse con una academia… Ni siquiera entiendo esa parte de su plan porque es una estupidez sin sentido. Y además puede que esté sufriendo abstinencia por algún tipo de droga.

—Yo asesiné por menos. —Se encoge de hombros y se sirve un trago—. ¿Te molesta el hecho de que se acostara con él? ¿Puedes culparla? Vamos, hombre, es una mujer inestable, ¿crees que Dimak no lo vio? No es tan difícil envolver a una mujer para llevarla a la cama. Ambos sabemos eso… A menos que… —Una sonrisa se le empieza a extender por el rostro—. Pensé que el remordimiento te hacía no querer follar con nadie, pero ¿y si tienes sentimientos por tu esposa?

—Oh, vamos, ¿en serio, Don? Tú mismo lo acabas de decir, he estado a su lado cinco putos minutos.

—Y eso es lo que te jode. Es tu esposa y no la has disfrutado porque tu enemigo te la arrebató. Primero Vlad, a quien, por cierto, liberaste porque creo que perdiste la cabeza, y luego Dimak.

Frunzo el ceño y analizo la bebida transparente. Me molestó… No, carajo, molestar es una mierda en comparación con lo que sentí cuando me confesó que se acostó con él por voluntad propia.

—Ella fue honesta —replico. Pudo mentir, pues yo no tenía forma de saber si se habían acostado, pero Brit en esa parte fue sincera.

—Y eso dice que está de nuestro lado, al menos del tuyo —deduce—. Entiendo que no puedas ayudarla porque estás emocionalmente implicado —pongo los ojos en blanco ante la ironía—, pero yo puedo. Déjala entrenar conmigo para que tenga algo por lo cual levantarse en las mañanas. No la apartes. Yo fui un problema mayor y encontraste la manera de rescatarme, ¿por qué ella no merece la misma oportunidad? Mira, tú y Emilie me enseñaron que somos una familia y Britney es parte de ella. Y en nuestra familia no se deja atrás a nadie solo porque esté jodido. Si no, mira a Raze.

—No la dejaré atrás, solo es que no sé cómo actuar con ella.

—¿Así era yo? ¡Por el jodido infierno! Los hombres somos unos pendejos, ¿dejamos de funcionar por ellas? Necesitas espacio, lo entiendo, y estoy seguro de que ella lo comprende. Refresca tu cabeza, encárgate de Dimak, que yo la tendré bajo control.

—Podría volar a Dimak por los aires ahora mismo si no estuvieras dudando —gruño y lo observo, buscando la verdad—. No es tu hijo, ¿cierto?

—Te he repetido un millón de veces que no —sisea de mal humor.

—Katniss lo presentó de ese modo, el chico se parece a ti.

—No es mi hijo, es imposible. Si lo fuera, serías el primero a quien se lo diría.

—Cierto —concuerdo—. Nunca me ocultarías nada.

—Vamos a casa, Emilie necesita ayuda con Anais y tú… lo que sea quieras hacer.

Quiero matar a Dimak Trivianiv. En el camino a casa le explico todo: el parentesco con

Pávlov y la supuesta relación con Robert. Eso es algo que no pongo en duda, pues incluso Gabriel Cavalli conocía las preferencias de mi hermano y por ello no dejaba de creer que yo me comportaría igual.

Planeamos mil formas para atacar a Dimak sin poner en riesgo al chico ni a Katniss, pues necesitamos sacarlos a ambos con vida y averiguar qué carajos sucedió en Italia y la procedencia de esa criatura, quien sí sabemos que es hijo biológico de ella, según la información que recolectó Nicklaus.

Al llegar a casa tenemos una idea de cómo actuar. Dejaremos que se canse de esconderse y que sea él quien salga por nosotros.

—Qué bueno que regresaron —jadea Emilie en la escalera y se ve preocupada.

—¿Dónde está Britney? —pregunto con temor. ¿Se marchó?

—Arriba. No quería que te llamara. Me pidió que la atara a la cama porque empezó a temblar y ahora tiene fiebre. Llamé al médico y ya está en camino.

¡Maldita sea! Subo las escaleras de dos en dos y Dominic va por detrás, ayudando a Em. Los pierdo en medio de mi preocupación. Brit me mencionó su medicina y la noté ansiosa en el coche… ¡Y solo me preocupé por una parte de la historia! ¡Solo pensé en mi estúpido ego de macho! ¡No en su salud! Abro la puerta de nuestra habitación y me encuentro con una de las empleadas pasándole un paño por la cara. Tiene atadas las manos al cabecero de la cama con una de mis corbatas. El sudor le cubre la piel y delira. Rompo la cuerda improvisada y la atraigo a mi pecho, pero no deja de temblar.

—¿Tienes idea de cuándo fue la última dosis?

Dominic le agarra las piernas y entre los dos intentamos estabilizarla. Brit convulsiona y le meto los dedos a la boca, buscando que no se ahogue. Dimak lo lamentará cuando lo tenga entre mis manos. Lo juro por la memoria de Ryana Nikova.

24: SONRÍE, BRITNEY

Britney

—Crecí en una casa en donde debía ser perfecta y viví bajo la mano dura de mi madre, tratando de ser quien no era. Luego, cuando me salvaste y me llevaste a Nueva York, debí fingir y adaptarme a lo que tenía. Cuando nos casamos soñé con una historia totalmente distinta —confieso, moviendo la crema batida de mi malteada—. Eras lo único seguro para mí, Roth, pero luego de la cabaña me quedé con las manos vacías…

—Y se te hizo fácil adaptarte a Dimak, ¿no?

—Debía aferrarme a algo. —Bajo la cabeza, avergonzada. Él desliza una foto a través de la mesa. No me debería sorprender, pero aun así logra que se me detenga el corazón. La culpa me estaba matando anoche, por ello no pude conciliar el sueño. Necesitaba desesperadamente decirle la verdad, pero la foto cuenta ya una historia…

—¿Qué hiciste en estos cuatro meses? —pregunta lentamente. Agarro la foto con un nudo en el estómago. Estoy besando a Dimak en ella y ahora entiendo por qué conoce su identidad. No lo miro mientras le narro todo, desde mi despertar, la crisis y la llamada a Vlad hasta los toqueteos y la academia. En realidad no tenía información que pudiera revelarle a Dimak sobre ellos. Además, sigo siendo la misma chica que doblaron frente a una cortadora y no dijo nada acerca de Emilie. Sí, estaba llena de odio contra Roth e incluso mientras hablo ambos podemos percibir el resentimiento en mis palabras.

—Escuché cómo planeaban atacar cuando Emilie tuviera al bebé, así que creí que si lo adelantaba no tendrían tiempo de modificar el plan. No tenía mucho tiempo.

—¿Te acostaste con él? —interrumpe.

—Roth, por favor —le suplico.

—¿Sí o no? —insiste—. Mírame.

—Sí… Lo siento.

Decir la verdad sabiendo que perderás a la única persona en el mundo que podría quererte, o al menos cuidar de ti, es triplemente doloroso. Narrar todo, cada suposición… y ver la decepción en su rostro me quiebra.

Todos tenían razón. Britney Ginore no era suficiente y jamás lo sería. Debí quedarme en el papel de ser su protegida. Mi error fue intentar ir más allá cuando solo soy una persona llena de demonios. Él merece felicidad. Conociendo parte de lo que ha sido su vida, reconozco que yo no puedo darle lo que necesita. Por ello no me contengo y dejo salir las verdades. Si bien solo dormí dos noches con Dimak, se siente como si hubiera pasado cuatro meses follando con él y burlándome de Roth, incluso si aquello no fue así. La primera vez lo hice para apaciguar mi soledad, aferrándome a lo que tenía en las manos. Tal vez no soy la primera mujer que lo ha hecho, pero creo que me juzgarán por ello incluso aunque saben que pensaba que mi esposo me había abandonado para morir en un río helado de Rusia. Yo de verdad creí eso.

Tal vez soy demasiado y fácil de manipular, justo lo que Dimak de algún modo quería. Su objetivo era contaminar todo lo que Roth deseaba. Contar la parte de mi plan en la que pretendía hacerme con el poder de la academia es estúpido e incluso mientras hablo me doy cuenta de que era un proyecto diseñado para fracasar.

No tenía ninguna oportunidad, ¿qué me hacía creerme invencible?

Él me deja en la casa y no se asegura de que entre, solo se obliga a interponer distancia. Como todos, al final solo ven lo defectuoso en mí.

Me tiemblan las manos al ingresar a la casa de Cavalli y ni siquiera espero al hombre de pelo castaño que está tras la puerta. Sin sospecharlo, él me rodea los hombros y me deja llorar en su pecho. No quería este matrimonio. Desde un principio supe que iba a joderlo, pues así soy yo. Alejo todo lo que sea bueno. De pequeña tenía un gato que me hacía feliz, lo alimentaba y lo dejaba entrar a escondidas a mi habitación. Eran buenos días, pero luego las voces me dijeron que un día se iría, que yo volvería en la noche y mi gato no estaría. Así que se lo entregué a mi papá, pues prefería sufrir gracias a mi propia decisión y no romperme si llegaba y no lo encontraba. Es lo que hago, aparto a las personas porque sé que las voy a decepcionar cuando se den cuenta de que no existe nada rescatable en mí. Las alejo antes de que ellas lo hagan conmigo.

Dominic me lleva hasta la habitación entre mis sollozos. No espero que se siente en la cama y mucho menos que hable, así que me sorprendo cuando lo hace.

—Durante años creí que no merecía la felicidad y, de hecho, me convencí de que no existía. Decenas de psiquiatras me dijeron que era un sociópata, un pirómano, un psicópata y me diagnosticaron con cada enfermedad mental en el catálogo. Oh, la esquizofrenia fue una de ellas. Me convencieron de que no era capaz de sentir afecto o apego por las personas. Y mírame ahora, soy padre de cuatro hijos, tengo una esposa, dos hermanos que pelean entre ellos y una chiquita que se siente perdida. Esta mañana dijiste que las voces no te dejarían dormir… y te comprendí. Yo las tenía, eran bastante insistentes y locas, pues se regodeaban en ideas sanguinarias. La mente humana es compleja y no sabes cómo reaccionar a ciertos escenarios. Es difícil que una sola persona te diga lo que es correcto o no, porque todo depende de en cuál balanza lo ponga. Lo que es moralmente correcto para algunos no lo es para otros.

—No soy suficiente. —Lloro más fuerte.

—Entonces trabaja para serlo. Nadie es suficiente si no lo intenta. El camino entre intentar y lograrlo está hecho, solo debes recorrerlo, pequeña. —Me aprieta el muslo—. Y llegar al final.

Intento desahogarme y llorar, pero entonces empiezo a sentir unos temblores en el cuerpo. No quiero ser una carga, así que me quedo sola en la habitación tanto como puedo, pero sé que estoy pasando por algo que no podré dominar. Abstinencia. Estoy segura de que las pastillas que saqué del despacho de Dimak eran algún tipo de droga. Hubiera sido fácil tomarme un par y acabar con todo, pero creo que tomé la decisión más sabia al vaciar todo el contenido en el inodoro y solo dejar una. Fue fácil esconderla entre mi ropa… y hoy sé que me será útil.

Quizás en algún laboratorio puedan dar con los componentes precisos.

Quiero pertenecer, integrarme, y si no pongo una pequeña parte de mí misma primero, jamás lo lograré. Quizás nunca llegue a ser suficiente para Roth, pero intentaré ser mejor para mí misma y partiré desde ese punto al futuro. Salgo en busca de mi Capo, mas él no está en la mansión. Estoy mareada y no recuerdo cuándo fue mi última dosis. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Setenta y cuatro horas? ¿Cuarenta y ocho? Le entrego a Emilie la única pastilla restante y le pido que me ate. Podría volverme agresiva y ser una amenaza para ella o los niños de manera inconsciente.

Quiere llamar a Roth, pero la convenzo de darme un tiempo. No quiero ser una carga más pesada. Tal vez solo necesite dormir…

Mentira.

◇◇

—¿Papá? ¿Qué está pasando? ¡No me entregues! ¡No quiero ir con él! Por favor, por favor…

El señor intenta tocarme. Mi papá me dijo que lo deje, que solo debo quedarme quieta en la cama, que se subirá encima de mí y hará cosas que me dolerán primero, pero que luego van a gustarme. Mi papá dijo que sería divertido, como él cuando se divertía conmigo.

Solo debo sonreír, ser bonita. Las mujeres bonitas les agradan a los hombres de nuestro mundo.

Sonríe, Britney… Sonríe.

—¡Me ofreciste una virgen y ella no lo es!

El señor Michael está molesto. Me ha tocado allí. Fue incómodo, entonces le expliqué que mi papá usaba un líquido y así me dolía menos. Se molestó y me golpeó. Está hablando al teléfono mientras intento limpiarme la sangre.

Sonríe, Britney… Sonríe.

—Pagaste una basura, ¿crees que conseguirías algo mejor con esa cantidad? Confórmate, es bonita y obediente.

—¡Esto no se quedará así!

—Disfruta a tu muñeca, al fin y al cabo ya no es mi problema —dice la voz de mi papá en el altavoz. Michael rompe el teléfono. Está molesto y no sé cómo sonreír para calmarlo. Estoy rota. Las muñecas rotas no somos bonitas, pues no importa cuánto sonrías, nadie puede repararte.

Mi papá me amenazó para que no lo dijera, pues mamá no debería enterarse. Las niñas buenas juegan, las niñas necesitan aprender. Le dije a mamá, pero ella me culpó de querer llamar su atención.

—¿No te cansas? ¡Deja de inventar mentiras!

—Mamita, mamita…

—Necesitamos el dinero de tu papá, ¿de qué vamos a vivir? ¿Dónde? ¿No lo ves?

—Por favor… Me duele, por favor.

—Sonríe, Britney, Sonríe.

◇◇

Sé lo que haces con ella, ¡alguien se dará cuenta! Dejó de comer y se ha cortado las muñecas.

Drógala o haz algo, ¿crees que me importa? Tengo que trabajar duro para Lucas y traer comida a esta casa. Al menos sirve para algo.

¿Qué es esto, mami?

Son unas pastillas, las ha dejado la doctora. Necesitas tomarlas siempre. Estás enferma, Britney. Ellas te ayudarán y tú solo…

Sonríe, Britney… Sonríe.

—*Dusha*, nena, estoy aquí, ¿me escuchas? Estoy aquí.

Él era un caballero, vestía de un negro tan oscuro como su pelo y su alma. Me cargó en sus brazos y me protegió. Ya no tenía que fingir sonrisas.

25: LAZOS ROTOS

Roth Nikov

Cada parte de Britney parece adaptarse a mí. La forma en que su cuerpo responde al mío, las sombras que se esconden dentro de su mente, ese tinte de oscuridad, su lealtad salvaje y el espíritu que la vida sigue pateando con fuerza. Reconocí su lealtad desde el momento en el que narró cómo Vladimir la dobló contra una mesa, esperando obtener respuestas, y ella se negó a dárselas. Luego de todo el asunto con Dimak, esa confianza se vio opacada ante mis ojos. Dudaba de ella y lo hacía porque reconozco cuán inestable y vulnerable es su mente. Tampoco dejo de recordarme que es una chiquilla; su corta edad e inmadurez son una larga pelea. Mi idea al casarme con ella era otorgarle un refugio y no esperaba el sexo, ni la relación de pareja, una que, por cierto, no hemos podido consolidar gracias a todos los hechos previos, pero aquí la tengo en una cama, con fiebre y delirando. Y todos estamos preocupados por ella.

El examen toxicológico y los estudios a la pastilla que le dejó a Emilie arrojaron que se trataba de una alta concentración de una droga experimental, la cual, según el doctor, era usada por los nazis para controlar las emociones de los soldados. Los volvía espectros sin sentimientos y, sin embargo, les inyectaba una idea, una determinante para sus débiles mentes. En aquel tiempo se usaba como un supresor y los soldados asesinaban a sangre fría reconociendo que eso era lo mejor por y para su líder.

—Estará mejor cuando despierte —insiste el médico.

—Lleva tres días, ¿cuánto más necesita?

—En su estado lo mejor es mantenerla dormida. La droga está saliendo de su cuerpo y en unos dos días más el rastro que quedará en ella será mínimo. Así, estando dormida, no se causa daño a sí misma ni a otros.

—Sería agresiva —concuerda Dominic. Asiento y veo cómo Emilie le cambia los paños húmedos de la frente.

—Las cosas que ha murmurado… ¿pueden ser un juego de su mente?

—Podrían, pero en su estado parecen ser reales. El dolor físico que viene con sus murmullos… —El doctor la mira, contrariado, y luego me mira a mí—. Dijo que su esposa tenía una psicóloga, ¿por qué no se pone en contacto con ella?

—Lo hice. —Eso es lo jodido de todo—. Solo duplicaba las recetas originales y no se tomó el tiempo para hacerle una evaluación. Britney tampoco ponía de su parte en sus conversaciones.

—Suele pasar —responde—. Muchos solo se guían por un primer diagnóstico. Si fue declarada con esquizofrenia por un doctor corrupto, los demás seguro siguieron esa evaluación.

—Es una chica con daño severo, pero no tiene ningún síntoma de esquizofrenia. Las voces de las que hablaba pueden ser producto del mismo medicamento al cual fue expuesta desde niña —comenta Dominic—. Cuando insisten en decirte cuán dañado estás, vas a creerlo y vivirás con esa idea hasta que demuestres lo contrario.

—Exactamente. Bueno, estaré en el primer nivel —se despide el doctor, que se ha estado quedando en casa para darle una mejor atención a mi esposa.

—Necesito encontrar a su padre…

—Hmm, eso no será posible —replica Dominic, pasándose una mano por el pelo.

—¿Por qué? —gruño. Quiero un maldito respiro.

—Está muerto. Intentó lastimarla el día de tu boda.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—Te secuestraron y se la llevaron a ella, ¿lo recuerdas? —ironiza.

—Al menos dime que fue doloroso.

—Los chicos se encargaron, doloroso es poco.

—¿Y la madre?

—Averigüé anoche que murió debido a la enfermedad terminal que la aquejaba. No queda nada de ellos, excepto un fideicomiso de la familia Ginore, en el cual la única beneficiada es Britney. Lo extraño es que su papá buscaba dinero y ellos no tenían forma de sacarlo. No pude averiguar la fuente.

Frunzo el ceño porque eso es raro. Si los padres no le dejaron ese dinero, ¿entonces quién? No me importa nada de esa familia. Jodieron la mente de mi esposa, la convirtieron en lo que es hoy en día. Estoy cansado, han sido días agotadores. En cuanto Dominic y Emilie se marchan me quito la ropa y me recuesto a su lado, atrayendo su cuerpo hacia mí lo más que puedo.

—Nadie te volverá a lastimar, *dusha*. Nadie —le prometo.

Intento dormir, pero conciliar el sueño y aplacar mis pensamientos es difícil. Me quedo aquí, observándola la mayor parte del tiempo. En algún punto me duermo, aunque es por tan poco tiempo que se siente semejante a un parpadeo.

Me meto a la ducha y siento el agua caliente golpearme la espalda mientras analizo en lo que se ha convertido mi mundo. Entonces tomo la decisión más dura, aquella que nunca pensé necesitar. Al regresar a la recámara en la que ella permanece inconsciente, sé que es lo mejor para ambos. Esta es mi guerra, la he dejado de lado por temor a que terceros salgan heridos, pero es hora de dejar salir el animal que tengo dentro, que todos me teman, que duden antes de llevar a cabo cualquier acto en mi contra, que dejen de verme como la sombra de… Es hora de demostrar mi fortaleza.

Emilie se encuentra preparando la mesa, pues si bien tiene al servicio, le gusta atender ciertas partes para su familia. En Nueva York me empeñé en que no quería cambiar ninguna parte de mí, involucré a Britney en mi mundo y olvidé estos detalles. Una mujer preocupándose por su hombre, cuidándolo, preocupándose por él… ¿Era eso lo que quería? Sí, pero no lo supe hasta que Britney no estuvo en mi vida.

No quiero hijos y tal vez debamos trabajar en ello a futuro, pero me aterra la idea de una criatura, de arruinarla, como han hecho con nosotros, pero luego observo lo que ellos tienen, lo que Don y Emilie han logrado, y la duda arde. Quizás más adelante… Cuando ella tenga una mejor edad y hayamos disfrutado nuestro matrimonio.

—Hola, ¿te quedarás ahí o vendrás a ayudarme? —pregunta con una dulce sonrisa. Para Emilie Cavalli soy su hijo mayor. Sacudiéndome los pensamientos, la acompaño para arreglar la mesa.

—¿Y Dominic?

—Está durmiendo. Se quedó hasta tarde resolviendo algo de Nueva York.

—¿Problemas? —cuestiono, intrigado. Es raro que Dominic no me haya comentado nada. Una razón más que reafirma mi posición.

—No quiere cargarte más, ya tienes suficiente.

—Soy su consigliere…

—No —susurra Emilie, pasándome la mano por mi hombro. Es el tipo de caricias de una

madre que regaña a su hijo—. Eres el Pakhan de la Bratva. Ese es tu lugar.

Trago saliva y asiento. Dominic entra unos minutos más tarde, cuando ya la comida está servida, y se lo ve agotado. Desayunamos solos, pues los niños se encuentran tomando clases con las tutoras privadas en el salón. La pareja habla mientras muevo la comida en mi plato, trasportándome a esa parte de mi mente en la cual solía vivir siempre que me mantenía en silencio. Me pierdo, dándome cuenta de todos mis errores previos y de la única salida clara. Es ahora o nunca.

—Necesito que se vayan —hablo fuerte, alto y con determinación. Cuando levanto la mirada me encuentro con un Dominic perplejo.

—Claro, te daremos tiempo a solas si necesitas…

—No —lo corto—. Necesito que se vayan de Rusia.

—¿Qué…?

Se le contorsiona el rostro y se queda paralizado.

—No puedo moverme si están aquí.

—¡¿De qué rayos hablas?! —estalla, levantándose, y en el proceso la silla se pega contra la pared. Emilie es quien lo sigue y lo agarra, como si aquel gesto fuera capaz de calmar la furia y confusión de mi hermano.

—He hecho todo mal porque vivo con el temor de que, por mi culpa, terminen sufriendo las consecuencias ustedes o los niños. No me muevo como deseo y estoy siempre con la incertidumbre de si mis actos tendrán repercusiones.

—¡Roth! —suplica Emilie con lágrimas en los ojos.

—Son mi debilidad —confieso, apretando las manos—. No los puedo tener cerca… Raze estará dentro de nada en Rusia y prepararé todo para que regresen con él a Nueva York.

—No te dejaré solo —declara Dominic—. Me necesitas a tu lado.

—Me estorbas, eres una carga. El amor y la lealtad que siento por ti me nublan la cabeza. Pensé que era Britney, pero son ustedes. Tengo la información de Dimak, entonces, ¿por qué no ataco? Porque mi mente me dice que tú, tu esposa y tus hijos saldrán perjudicados. Tenerlos aquí me detiene.

—Es cierto —responde Emilie, sorprendiéndonos a ambos—. Hicimos todo por darte tu lugar y ahora queremos protegerte tanto que estamos causando más daño. Roth es el jefe de la Mafia Roja, no puede seguir bajo tu ala, Dominic. Necesita abrirse su propio camino. Dimak atacó su rancho esperando esta jugada. Ha anticipado todo porque conoce esta lealtad entre nosotros y sabe que Roth no se involucrará en la batalla mientras exista la posibilidad de herirnos.

—¿Y Britney? Ella me necesita —replica Dominic, aferrándose a cualquier posibilidad. Estamos emocionalmente atados.

—Yo soy todo lo que ella necesita —respondo, poniéndome de pie—. Los amo. Ustedes y los niños son mi familia, pero debo construir la mía y defenderla con garras. Y, créeme, Dominic, es más doloroso para mí pedirte que te alejes de lo que algún día podrías imaginar. Te has sacrificado por mí tantas veces… —Sacudo la cabeza y me aparto el pelo de la frente—. Es hora de que tome mi lugar y demuestre mi poder.

Entonces me voy, dejándolos a ambos atrás. Sus rostros llenos de dolor van a perseguirme por siempre, pero estoy tomando la mejor decisión. Lo sé.

Esto se siente como el viejo yo. El Carnicero necesita saciar su sed de sangre y solo es posible si tengo mis emociones dominadas.

Britney

Tengo mucho calor, me duelen la cabeza y los músculos, pero el lugar en donde me encuentro es tan cálido que quiero permanecer aquí, con los ojos cerrados, lejos de todo el dolor y la realidad del mundo. Quiero esconderme y jamás tener que enfrentar una decisión más en mi destino.

El pensamiento es de cobardes, algunos dirían que es depresivo, pero para mí se trata de mi bienestar, de la paz que no he experimentado demasiado a lo largo de los años. Estoy cansada de sufrir, de arruinarlo todo. Quiero descanso, tranquilidad… Una vida.

Poco a poco abro los ojos, parpadeando ante la molesta luz. Mi esposo tiene la cabeza cerca de mi vientre. Está sentado en una silla y se le nota la incomodidad de la posición mientras me sostiene la mano. La saco despacio para acariciarle el pelo. Noto que tengo una intravenosa y me pica un poco.

—Hola —susurro con suavidad cuando alza su rostro soñoliento. Se ve cansado. Él parpadea un par de veces antes de sonreír.

—Bienvenida, *dusha*. —Me agarra la mano y me besa los nudillos—. Te extrañé un infierno, mujer.

—¿Tanto tiempo me fui?

—Cinco días —jadea. El sufrimiento se percibe claro en esas dos palabras y en el tono agonizante de su voz—. ¿Quieres algo? ¿Agua?

—Un baño sería agradable, estoy pegajosa.

Me quita la intravenosa, me ayuda a sentarme y luego empieza a llenar la bañera mientras yo espero con una bata de seda de color marfil. Me desnuda con calma, asegurándose de tocarme delicadamente. Me deja dentro de la tina y él toma asiento a un lado. Suspiro en el agua fresca y más cuando empieza a lavarme el pelo. Dejo que me cuide porque necesito mucho este tacto agradable, desinteresado. Mi esposo se mantiene en silencio, pero tengo un remolino de ideas en la cabeza.

Me limpia cada parte del cuerpo con la esponja y luego me seca. Me siento en la silla donde antes estaba él mientras se dedica a peinarme, concentrado.

—Te quiero —confieso, observándolo a través del espejo. Roth frunce el ceño y luego una media sonrisa se posa en sus labios. Es eso lo que me da la valentía para hacer mi siguiente movimiento—. Quiero internarme en una clínica.

Al dejar salir las palabras, me doy cuenta de la determinación que no sabía que poseía.

—¿Qué…?

—No puedo seguir así, necesito ayuda profesional. Antes de nuestro matrimonio solo hacía las cosas para agradarte… pero la felicidad no debería depender de nadie, salvo de uno mismo. Y no soy feliz porque estoy dañada. Sabía que no era lo correcto.

—Nunca lo será —interrumpe—. Existirán un millón de problemas siempre, pero lo importante es cómo los enfrentas. Internarte no es la solución, no tienes una enfermedad; te lo has creído, pero no es así.

—¿Y cómo lo sabes? —pregunto, jugando con los dedos.

—Tuviste fiebre, eso te hizo delirar y decir algunas cosas… ¿Lo recuerdas?

Bajo el rostro, pero él se mueve, poniéndose de rodillas delante de mí. Veo las gotas de unas lágrimas caer en mis piernas desnudas. Estuve teniendo pesadillas, recuerdos que siempre he mantenido encerrados para mí.

—Quiero comer algo —atino a decir, intentando desviar la conversación. Me agarra el mentón con los dedos y lo alza para que mi mirada se encuentre con sus ojos negros oscurecidos y llenos de furia.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Se lo dije a mi madre… Ella no me creyó. Esos días son confusos la mayor parte del tiempo y fue duro solo fingir que no pasó.

—Oh, nena. —Tira de mi cuerpo, llevándome al piso y cubriéndome con sus brazos. Sigo llorando contra su pecho desnudo—. Tienes estrés postraumático, lo cual es normal luego de un evento de esa índole, pero nunca ha sido esquizofrenia ni estás loca. Estar recluida en una institución mental no te hará ser feliz, solo te adaptará a esa vida, haciendo que no puedas mezclarte en la sociedad. Dominic te ayudará. Yo estoy sentimentalmente involucrado contigo y eso me nubla el juicio; sin embargo, él te enseñará todo lo que necesites. Y ese control, si lo quieres, te irá dando una brecha a lo que quieras en el futuro.

—¿Sentimentalmente involucrado? —sollozo.

—¿Eso fue todo lo que escuchaste? —Le burbujea el pecho por la carcajada baja que suelta. Se me llenan los ojos de lágrimas, pero esta vez de felicidad—. Te quiero, *dusha*. Y podemos trabajar en conocernos, encontrarnos y llevar ese te quiero a un te amo. Estoy seguro de que podemos lograrlo.

Y yo también. Por primera vez en mi vida tengo ganas de avanzar.

26: LA CARTA

Britney

—¡Mantén tu defensa alta! —gruñe, enviándome de nalgas contra la nieve. Bufo de frustración por enésima vez. Hemos tenido este entrenamiento cinco días seguidos desde hace una semana que desperté. Me gusta mantenerme activa y Dominic (como prefiere que lo llame, en lugar de Capo) es muy bueno pateándome el trasero. Roth no está muy feliz y parece que se han distanciado. No me gusta verlos frustrados el uno con el otro. Irónico, ya que antes me sentía excluida del grupo.

—Sí, señor —susurro, levantándome y limpiando la nieve de los pantalones.

—Eres muy lenta, debes concentrarte en mí. Si alguien te ataca usará el cien por ciento de su capacidad. No irá tonteando, ¿me oyes?

—Fuerte y claro.

—¿Tienes algún síntoma nuevo? —me pregunta y deja que le lance puños a sus palmas enguantadas.

—Solo resequedad en la boca —confieso. Y he estado muy caliente, algo que mi esposo ha dejado de lado, preocupado por mi salud mental… pero no es un síntoma de abstinencia.

—Te vi corriendo más temprano, ¿por qué?

—Hmm… —Esto es incómodo.

—Puedes ser honesta, soy lo más cercano a un psicólogo que tienes. —Frunce el ceño al terminar la frase.

—Mi esposo duerme abrazado a mí y él ha decidido que… cero… eso…

—¿Sexo? —interrumpe.

—¿Podemos omitir esta conversación?

—De acuerdo —se burla.

Roth está estresado, molesto con algo que no comparte y le he cedido su espacio, no quiero ser una carga molesta. Me mantengo despierta por las noches, esperándolo. Cuando llega le preparo la tina y lo masajeo con jabón, pues es algo que le agrada y soy feliz de sentirme útil, de complacerlo con algo tan ridículo como un baño.

—Está en el balcón, creo que quiere despedirse —cuchichea Dominic y me giro hacia la casa. Veo a Roth de pie, vestido de traje—. Ve con él, terminamos por hoy.

—Gracias —musito antes de empezar a trotar hacia él. Estoy en ropa deportiva, con un abrigo extrapesado y el pelo recogido, pero la fría temperatura no me impide sudar—. Buenos días —canturreo, subiendo los escalones.

—Buen día, *dusha*.

—¡Uy! Estoy pegajosa.

—No importa —me tranquiliza, rodeándome la cintura con uno de sus brazos—. Te extrañé al despertar.

—Estaba entrenando. —Le rodeo el cuello, alzando el rostro.

—¿Pensaste en lo que hablamos?

—Sí —murmuro—. Si quieres irte a la casa en las colinas, yo igual, estoy bien con lo que decidas.

—Gracias.

—¿Pensaste que no me gustaría la idea?

—No quiero alejarte de lo que pareces disfrutar —confiesa.

—Tú eres lo que disfruto, a mi esposo…

—Hmm, me gusta eso. —Baja el rostro y me besa. Tengo que controlarme para no saltar sobre él y quitarle la ropa. Me encanta que demuestre delante de cualquiera que soy suya. Estoy tan necesitada y hambrienta por su toque que necesito con desesperación que estemos solos—. Trabajaré un poco, luego iré por Raze al aeropuerto y regresaré temprano a casa, ¿de acuerdo?

—Me haces falta —susurro, haciéndole un puchero—. Regresa pronto.

—Lo haré.

—¿Un último beso?

—¿Solo uno…? —se burla.

—Bueno, también podrías llevarme arriba y darme mucho más.

—Traviesa —reprende, golpeándome el trasero—. Esta noche nos iremos a nuestra casa y podré hacer mucho más que solo darte besos.

—Buen plan. —Sonrío. Atraigo su rostro al mío y le rozo los labios—. Te quiero.

—Yo más, *dusha*. —Frunce el ceño, observándome cuando me muerdo el labio—. ¿Qué?

—¿Y Dimak? ¿Qué pasará con él?

Ha excluido el tema entre ambos, pero no puedo seguir con la incógnita. Quiero que todo esto acabe. Sé que no será así de fácil y que luego siempre existirá alguien más que nos quiera hacer daño, pero ahora mismo deseo con fuerzas quitarle este tormento que parece agobiarlo.

—Me haré cargo.

—Roth…

—Es mi asunto, no necesitas preocuparte por esto. Suficiente has tenido ya.

Asiento despacio y me analiza unos segundos más antes de irse.

Vivir en la mansión Cavalli es divertido, pues paso tiempo con los chicos cuando dejan a sus profesoras y ayudo a cuidar de Anais, que es una perezosa. Me gusta estar con ellos, pero entiendo que, como pareja, necesitamos nuestra privacidad y que Roth requiere de un espacio en donde sentirse libre.

Me baño y luego bajo a desayunar al comedor con Emilie, que está amamantando a Anais. La Joya Cavalli tiene un mejor color de piel y parece ya estar retomando sus fuerzas luego del parto. Comemos y hacemos planes, pues Bess estará con nosotros.

—Bess es increíble, Britney, ella te agradará.

—Nos vimos poco en Nueva York, pero fue una persona amable… Y dura. Aunque ellos creen que no los oí, sé que puso en su lugar a Raze.

—Sí, ella lo tiene dominado —ríe, sacándole los gases a la bebé.

—¿Cómo hacen eso?

—¿Qué, cariño? —cuestiona, extrañada.

—Son fuertes, determinadas. Yo me siento como una mosca perdida incluso después de todo el entrenamiento que he recibido —confieso, jugando con la comida—. Antes estaba celosa de ti, pero ahora siento admiración cuando te veo. Quiero ser como tú. Es decir, no una doble de Emilie Cavalli, aunque sí valiente, guerrera… Y no sé cómo empezar.

—Creo que ya lo estás haciendo, cariño —murmura como una madre protectora. Es natural en ella, un instinto adherido a su personalidad. Me agarra la mano sobre la mesa y me la aprieta ligeramente—. Yo no era esta mujer hace años, era terca, imprudente, un dolor de cabeza. La experiencia, la valentía y todos esos rasgos van llegando con la madurez, con los años, con

los tropiezos. No vienen de un día para otro. Te vas a equivocar y eso está bien. Un tercero no puede juzgarte porque has reaccionado diferente a una situación. Es fácil apuntar y decir cómo lo habrían hecho de manera diferente, pero nadie vivió lo mismo que tú, así que sus opiniones no son válidas.

—Gracias, aprecio tu cariño —respondo con sinceridad y un eructo de Anais nos hace reír a las dos.

—Debo llevar esta pequeña a dormir. ¿Podrías ayudarme? Tengo tanto por hacer. No he revisado el menú en semanas, tengo la correspondencia pendiente… Dios, voy a enloquecer.

—Solo respira, Dominic dice que funciona. —Ella pone los ojos en blanco—. Llevo a Anais y me encargo del menú.

—Eso sería genial.

—Entonces manos a la obra. —Aplaudo. Me levanto y sostengo a Anais, que es tan pequeña y frágil que me causa un gran ternura tenerla en mis manos. Ahora entiendo lo aterrado que Roth puede sentirse con el tema de los bebés. Aunque son hermosos también acarrean una enorme responsabilidad. Y no, no estoy lista para ese paso. Me gustan los niños y creo que algún día sería bonito tener uno propio, pero al convivir con ellos puedo entender el temor. Subo al segundo nivel y la acomodo en su cuna. Una chica del servicio aparece rápidamente para quedarse monitoreando a la pequeña. No habla italiano ni inglés, solo ruso, así que le sonrío y me marcho, caminando al otro extremo en donde se encuentran los demás. Dos profesoras les enseñan de ocho de la mañana a cuatro de la tarde, una se encarga de los mellizos y otra de Emma. Verifico que estén bien y luego bajo, lista para mi siguiente deber, pero es entonces cuando escucho los gritos y algunas cosas rompiéndose. Lo más alarmante es que Dominic sale de un lateral con su arma y preocupado.

—¿Dónde están los niños y Em? —pregunta, alerta.

—Los niños están arriba, acabo de confirmarlo. Dejé a Emilie aquí, no sé dónde está.

—Sube…

—No te dejaré solo, ¿de qué sirve entrenar si huyo?

No seguimos discutiendo cuando ambos comprendemos que los gritos son de Emilie, que parece estar sufriendo. Corro detrás del Capo y la casa se me hace interminable mientras la atravesamos hasta la cocina. Tres de las cocineras, incluyendo a *Madame*, quien ya se encuentra en Rusia con nosotros, están paradas contra la pared, asustadas. Em está en el piso, llorando, ¿qué mierdas pasó? Dominic guarda el arma a un lado de su cadera, precavido e igual de confundido.

—¿Emilie? —llama con cautela. Intenta tocarla, pero ella se levanta y lo empieza a empujar por el pecho.

—¡Mentiroso! ¡Eres un maldito mentiroso! —grita, fuera de sí. Abro mucho los ojos, ¿qué está sucediendo? Le hago una seña a la servidumbre para que salga. Ver a sus jefes discutiendo no es lo adecuado—. ¡No me toques!

—Amor, ¿qué está mal? ¡Habla conmigo!

Ellos forcejean y Emilie intenta apartarse mientras sigue llorando y vociferando palabras que no entiendo. Entonces ella le quita el arma y le apunta con ella. Jadeo. Dios mío.

—Baja esa arma, sea lo que sea…

—¿Quién eres tú? —gruñe, observándolo con odio. Su agarre del arma es desafiante. Un pequeño tic le aparece en el rostro de Dominic y levanta las manos con cautela, mirando despacio a su alrededor. Justo en ese momento ve una pila de cartas sobre el mesón. No entiendo lo que sucede entre ellos, nunca los he visto pelear antes—. ¡Respóndeme!

—¡Emilie! —implora, torturado—. Soy tu esposo, baja el arma. Puedo explicártelo.

—No te conozco, no sé quién eres…

—Baja el arma, nena, hablemos.

—Emilie… —intervengo. El deseo de defender a mi Capo siempre será mayor, pues así nos han entrenado y educado. Su vida va primero—. Mírame a mí, ponme atención a mí —le suplico y Em parpadea antes de mirarme. Es la oportunidad para que la desarme; no obstante, él no se mueve, parece que el mundo le ha explotado en las narices. Continúo hablando con ella para ver si reacciona—. No sé lo que sucede, pero acabo de ver a tus hijos arriba. Si disparas no solo lastimarás a su padre, sino también a ellos. Arruinarás sus vidas, lo sabes.

—No es quien dice ser —solloza con ira.

—¡No! —Él empieza a negar, desesperado—. ¡No! ¡No!

La mujer deja de mirarme y vuelve a centrarse en su esposo. Hay tanto asco, repulsión y odio en sus siguientes palabras.

—Quiero el divorcio, la custodia de mis hijos y que te alejes de mi maldita vista —sisea, dejando el arma junto a las cartas.

—Emilie, por favor, escúchame.

—¡He dicho que no me toques, bastardo infeliz! —espeta llena de ira. Sale de la cocina y Dominic intenta seguirla, pero me interpongo.

—Dale tiempo, aléjate de ella.

—No lo entiendes —murmura, pasándose la mano por el pelo.

—No, no lo hago, pero sé que acaba de apuntarte y está completamente decidida a matarte, así que al parecer la jodiste en grande. Déjala respirar, ¿llamo a Roth? —le pregunto con inocencia; sin embargo, eso parece ser un desencadenante, pues me empuja contra la pared, dirigiendo su furia hacia mí. Se siente amenazado.

—Cierra la maldita boca, ¡ni una sola palabra a Roth ni a nadie! ¡¿Entendido?!

Me encojo y cierro los ojos. Ha empleado un tono brusco y furioso conmigo y no puedo evitar temblar ligeramente.

—Me estás lastimando —susurro despacio y eso lo hace retroceder.

—Britney, yo no… —Niega. Se ve mal.

—Lo entiendo —miento—. Iré con ella. —No espero que lo apruebe y huyo de su presencia, pues me temo que si llego a molestarlo entonces seré yo el siguiente cadáver en su lista. Subo las escaleras, corriendo hacia la habitación de ellos. Emilie ha dejado la puerta abierta y la encuentro en el piso, llorando con gritos ahogados y desgarradores. No sé qué hacer, las palabras parecen ridículas y vacías cuando no entiendes qué sucede, así que me arrodillo a su lado y la abrazo contra mi pecho, dejando que saque todo su dolor.

—Él lo era todo para mí. —Llora.

—Te hará daño, debes tranquilizarte.

—¿Cómo me dijo que me amaba? ¿Cómo me miró a la cara todos estos años? —insiste entre sus lágrimas—. Sé que era un hombre de la oscuridad y acepté eso, pero era mi luz. Y ahora no puedo verlo, no es el hombre que amo.

—Está bien, solo desahógate, deja salir el dolor.

—Es tan fuerte. —Se quiebra en mis brazos. No haya el consuelo durante horas y nunca presencié tanto dolor en alguien. Sé que esto no es por Katniss o por el pequeño Dominic, pues Emilie conocía la identidad de ambos. Ella incluso manifestó hace unos días que si el pequeño era hijo de Dominic lo acogería junto a sus hijos… Una mujer dispuesta a criar al hijo de otra no lloraría de esta manera por algo simple. Trato de guardar silencio, de quedarme aquí, siendo su

hombro y protección. Horas más tarde la persuado de subir a la cama e intentar descansar. Debo verificar que los niños estén bien, pues pronto bajarán a comer y su madre no se encuentra en condiciones de atenderlos. Cerrando la puerta a mi espalda, bajo y pregunto por Dominic, pero se ha marchado hace horas. Respiro un poco. Al menos si le concede distancia, ella se calmará. Busco el teléfono fijo de la casa y llamo a Roth. Por muy leal que le sea a mi Capo, primero le debo sinceridad a mi marido. Además, no sé cómo lidiar con algo desconocido.

—¿Discutieron? —pregunta, extrañado.

—Sí, no sé qué sucede. Lamento llamarte, pero Dominic salió de la casa y ella está llorando. Es algo delicado, debe serlo.

—Hiciste lo correcto, *dusha*. Voy en camino. ¿Puedes encargarte de los niños para que no se den cuenta? Principalmente de Damon, que es demasiado intuitivo —me pide.

—Sí, lo haré.

Corto la llamada y primero busco a Anais. Cuando bajo con ella en brazos para encargarme de la comida de los más grandes, Emilie está con ellos. Se nota rota de mil maneras, pero a pesar de eso finge delante de sus hijos, se preocupa por que tengan su almuerzo listo. Eso refuerza mi admiración hacia ella. Esta mujer es sencillamente inquebrantable. Preparo un biberón para la más pequeña, pues su madre no está en condiciones de darle pecho. Luego me siento al lado de Damon para distraerlo. Ellos comen mientras observo a su madre, quien se queda ida y parece querer llorar, pero pronto retoma su semblante de calma fingida.

Se escucha la puerta principal seguida de unos pasos apresurados y ella se endereza.

—Es Roth —le informo. No quiero ser una soplona, pero mi esposo puede controlar todo mejor. Llega y la mira con preocupación.

—¿Qué está sucediendo? Dominic no responde mis llamadas —dice en italiano. Damon levanta la cabeza, alerta.

—Vengan a tocar el piano con la tía Britney. Les daré lecciones especiales —les propongo a los chicos para que se paren. Ellos me siguen fuera, pero Damon gira el rostro en el momento en el que su madre rompe a llorar.

—Tía Brit, ¿dónde está mi papá? —pregunta. Es un hombre en miniatura, con una actitud calmada, pero fría.

—Salió por negocios, vendrá pronto.

Nos guío hasta el gran salón, en donde dejo a la pequeña en su cuna de bebé. Emma se posiciona a mi lado en el banco mientras Damon le explica a Ellie que todo está bien, que no debe temer. El corazón se me aprieta mientras empiezo a tocar sin saber que este solo es el primer acto de una catástrofe desafortunada en la cual todos sufriremos.

27: UN LOBO PACIENTE

Roth Nikov

La sociedad nos ha clasificado: si eres bueno, no puedes ser malo, y viceversa. Pero nadie llega a entender que aquel padre abnegado puede ser un asesino serial que disfruta de desmembrar jovencitas o que aquel esposo recto en público es en realidad un abusador a puerta cerrada.

Creo que no existe una persona que buena por completo, no en su totalidad, pues todos llevamos un lado oscuro. En mi caso me denomino malvado, me gusta torturar, joder la mente de mis enemigos e incluso de mis propios aliados, pero tengo una línea…

Mi esposa, mis hermanos, mi familia. Ninguno de nosotros es bueno o inocente. Cada adulto bajo este techo se ha ensuciado las manos de sangre por cualquier razón y por ello no me siento mal al dejarlos de lado en mis planes, al no compartirles mis movimientos.

—¿Y Dimak? ¿Qué pasará con él? —cuestiona, mirándome con esos ojos que me harían darle el maldito mundo… excepto esa información.

—Me haré cargo —respondo sin demostrar nada.

—Roth…

—Es mi asunto, no necesitas preocuparte por esto. Suficiente has tenido ya.

No le gusta mi respuesta, pero no tendrá otra. Le beso los labios una última vez antes de irme. Joder, me gusta tenerla pegada a mí. Al salir, Dominic se encuentra recostado en mi coche, cruzado de brazos. Se ha mantenido apartado y siento curiosidad por el hecho de que me enfrente hoy.

—¿Me dejarás de lado en esto?

—Estoy protegiéndote —digo, rodeando el vehículo. Nuestra relación no está en los mejores términos ahora—. Tienes cuatro hijos, una esposa… Italia requiere a su Capo. Me has protegido bajo tu manto tantos años que es tiempo de que vuele yo solo.

—Eres mi hermano —susurra y me duele la agonía en sus palabras. Muevo la cabeza, jugando con las llaves, antes de caminar y detenerme frente a él. Me acostumbré a todo en Don, su altura, su poder, la explosividad, esa furia para conseguir lo que se propone.

—Siempre serás mi hermano sin importar qué suceda en el futuro —le garantizo, aferrándole la mano. Él me devuelve el apretón y frunce el ceño, preocupado—. Lo que haga desde este punto en adelante es para mantenernos vivos a todos. Dimak no es Vladimir, no tiene la demencia de Kain, no tiene ansias de poder, de riquezas… no se asemeja a ninguno de nuestros enemigos. Él no tiene nada que perder, a diferencia de nosotros.

—No puedes apartarnos a todos.

—Me acuesto por las noches al lado de mi esposa y no puedo dormir por pensar que nos atacarán mientras dormimos. Y si logro cerrar los ojos, entonces tengo a mi familia despedazada, incluso a los niños, por todo el lugar. Sabemos cómo es este mundo de la mafia, no siempre saldremos vencedores. Y si alguno debe sacrificarse, seré yo.

—¿Le dijiste a ella que tienes un boleto con su nombre y que la silla de al lado estará vacía? ¿Le dijiste que la vas a abandonar? ¿Crees que se quedará cumpliendo lo que tú deseas? ¡Apartarla! —Niega, dejando caer mi mano—. Estás haciendo lo que Dimak espera, dividirnos. Recuerda, él también ha tenido la misma cantidad de tiempo para atacar y está esperando la oportunidad. Cuando te deje atrás en Rusia, nos atacará a ambos. Me iré a Nueva York, sí, pero

cuando su cabeza esté rodando despegada de su cuerpo, no antes.

—Gracias, hermano —respondo con sinceridad.

—¡Ay, no! Nos volvimos sentimentales. Cuidaré a las mujeres. Tú vete a la parte divertida de destripar cuerpos, que me estoy volviendo viejo, ¿eh? —Trata de burlarse de sí mismo.

—Todavía puedes levantar a algunas jovencitas, solo que no creo que Emilie lo apruebe —bromeo.

—A las únicas que quiero levantar es a mis hijas para empezar el día.

—¿Nos vemos más tarde? ¿Cena familiar?

—Sí, tendré que soportar a Raze. —Pone los ojos en blanco, alejándose. Me subo al coche y lo veo en la puerta de entrada. Sin importar qué suceda, Dominic Cavalli siempre será mi hermano.

—Habla, Lev —le ordeno, aparcando mi vehículo al salir de la muralla de protección.

—Tengo dos de los objetivos, conseguí que pasaran una noche agradable en el burdel.

—¿Quiénes?

Que no sea la chica, por Dios.

—Viktor y Novich, se despertarán desorientados. Las putas hicieron un buen trabajo —dice en la línea.

—Genial, envíame la ubicación. ¿Lev? Dobla la seguridad en la fortaleza, necesito tantos hombres como sean posibles. Luego de este golpe, Dimak vendrá con todo su arsenal.

—Como ordene, mi Pakhan.

Corto la línea, sintiéndome extraño. Acostumbrarme al nombre será más duro de lo que creí. La ubicación no tarda; estoy a media hora de distancia. Los protegidos de Dimak no habían dado ni un solo paso en falso, así que me senté en las sombras a esperar el momento.

Las cucarachas no duran demasiado en la oscuridad, siempre saldrán tarde o temprano. Lo que haré desde este punto no tiene ningún retorno. Levantaré una guerra que había estado dormida, pero Dimak debe conocer no solo a Roth Nikov, el Pakhan de la Mafia Roja, sino al Carnicero.

Desde que pongo un pie en el prostíbulo sé que todo ha sido un montaje. Es demasiado fácil, pues gracias a Britney reconozco a los dos hombres, el de combate y el de inteligencia. No, no son el tipo de hombres descuidados, pero Dimak los ha plantado para mí, esperando que muerda el anzuelo. Y lo haré, pero bajo mis términos. Este ha sido su primer error.

—¿A las barracas? —cuestiona Lev, levantando a Novich, quien se ve muy dócil para ser el especialista en combate.

—Las barracas, justo donde me gusta divertirme. —Sonrío de lado mientras los observo. Incluso Britney fingiría mejor—. Estarán encantados de reunirse con Vladimir.

Al decir las últimas palabras Lev me comprende. El hombre es duro e intuitivo y es fácil comunicarme con él, por eso estoy pensando en nombrarlo como mi mano derecha.

Mis hombres empujan a las carnadas. Cuando estamos saliendo del burdel la policía se encuentra afuera, pero retroceden al mirarme. Les pago una cuantiosa suma de dinero para que agachen la cabeza. Subimos a los vehículos y les cubren el rostro.

No iremos a las barracas, pues ese lugar es una montaña de rocas con una salida. Es lo que Dimak previó y seguro que está rastreándonos ahora mismo. Cuando ordeno que se detengan los vehículos, a las afueras de la ciudad, siento por primera vez tensión entre los hombres capturados.

Novich intenta pelear cuando lo tiro al piso sobre la nieve, a orillas de la carretera que sale

de Moscú hacia las montañas, por donde solo pasan vehículos comerciales y de carga.

—Demasiado fácil —gruño, hablando por primera vez en voz alta—. Tomaron una mala decisión.

El hombre retrocede cual cordero asustado. Ahora se convertirán en un mensaje.

—¡Novich! —grita el segundo. El hombre tirado en la nieve intenta ponerse de pie, pero le tengo el rostro cubierto y las manos atadas en la espalda. Lev es bueno con los nudos.

—En la oreja —canturrea Lev, llegando a mi lado con el trozo de carne en la mano, la cual exprime para dejar caer el rastreador. Hijo de puta—. ¿Qué? Perdería mucho tiempo buscando, fue un corte limpio. —En otro momento me reiría de esto, pues debo reconocer que es divertido, pero no hoy. Tengo prioridades.

—Me ofende que Dimak me crea tan estúpido. —El hombre en el piso no dice una sola palabra—. ¿Quizás esperaba que ella mantuviera la boca cerrada? Hmm, claro que sí.

—Dice que es una zorra en la cama y que se la folló tanto que no pudo caminar.

Pongo los ojos en blanco, escuchando lo que ha elegido responder.

—Es bueno saberlo. Después de todo, le enseñé muy bien. Esa era su misión —miento. Es fácil girar los acontecimientos a mi favor—. Ella es una pequeña puta deliciosa e irresistible, ¿no es así? Me pregunto si también te la follaste… no lo dudaría. Se infiltró entre ustedes demasiado bien, una chiquilla de dieciocho seduciendo a Dimak Trivianiv.

Tiro de la bolsa plástica de su cabeza para ver el desconcierto en su cara.

—¡Ella mintió! —replica, cayendo en mi mentira—. Pretendió retornar para asesinarte cuando en realidad volvió para darte la información que recolectó de nosotros.

Mi cara de póker no deja ver el golpe directo a las pelotas que acaba de darme sin tocarme. Reconocí que no volvió porque me amara, que quizás se sintió asustada, pero el impuso inicial era uno muy distinto.

Al estar a mi lado descubrió la verdad. Sabía todo esto, me lo dijo en la cafetería. Volvió por orden de Dimak, pero cuando descubrió que la drogaban entendió que la estaban utilizando con un propósito. Y que este hombre confirme sus palabras revive la herida.

—Siempre estuvo de nuestro lado. Dile eso a tu jefe.

—¿Qué…? —jadea.

—No vendrás en este paseo, pero, tranquilo, cuidaré de Viktor —ironizo.

Pido la motosierra y el hombre intenta arrastrarse lejos de mí cuando me la entregan y la enciendo. Mi parte favorita es mutilar y amplío mi sonrisa mientras bajo la máquina hacia su pierna derecha y dejo que empiece a cortar la carne, escuchando sus gritos de dolor.

Novich pierde la consciencia antes incluso de que llegue al hueso. No le hago un corte limpio, pues si bien quiero que sobreviva, no deseo que recupere la pierna ni la movilidad. Cuando termino, la sangre gotea del aparato y de mis manos. Le tiro un celular desechable al pecho al individuo y agarro la pierna.

Nos marchamos, dejándolo desangrarse en la orilla. Dimak seguro seguirá el rastreador y, si no, ¡un hombre más, un hombre menos! ¡Qué más da! Viktor intenta escapar de mil formas, lucha y patalea todo el camino. Es a quien he elegido, a su hombre de inteligencia, quien estaba detrás del ataque de los drones, quien detonó los explosivos que volaron mi casa y pulverizaron a mis caballos. Animales inocentes.

Ellos no sufrieron, murieron al instante… y eso es algo que Viktor deseará. Llegamos a las montañas en tiempo récord y el hombre no deja de gritar mientras lo ubican en la mesa quirúrgica. Tenía reservada esta escena para Vladimir, pero él no fue el culpable de todo.

Me cambio el traje sucio por unos jeans desgastados y camino sin camisa hacia la

habitación, cubriéndome solo con un delantal. El piso está mojado de agua y sangre en algunas partes, pues aquí he traído a mis víctimas últimamente. Prometí llenar las calles de Rusia con sangre. Cada traidor será erradicado de mis filas e irá directo al pozo del infierno.

—Cuando era pequeño mi papá me contaba historias sobre la guerra y narraba con gran emoción aquellos actos inhumanos, despreciables. Estuve jodido desde ese momento y escuchaba atentamente, pues luego vendría una lección. Una vez me contó sobre unos cazadores que despellejaban a los animales cuando estos aún vivían. —Agarro un bisturí, observando el filo, y lo reemplazo por un cuchillo ancho, puntiagudo—. Días más tarde me regaló un caballo. Era un potro de pelaje negro, hermoso. Lo llamó Infierno porque era rebelde, quería ser libre. Varios meses más tarde hice enojar a mi padre, así que trajo al potro y me entregó un cuchillo. Me dijo que me lo había comprado para que lo despellejara vivo. No quería hacerlo, entonces me propuso conservarlo a cambio de que despellejara a uno de sus traidores. Duré horas y horas separando la piel de la grasa y del músculo hasta tener un tapete humano precioso, debo recalcar, porque quedó perfecto. Fue una tortura increíble y desde ese día sus hombres me llamaron el Carnicero. ¿Cuánto crees poder aguantar…?

Mis demonios se alimentan del miedo, del pánico. Aprendí a controlarlos ante la sociedad para convertirme en un animal dentro de mi cueva.

Mis hombres empiezan a salir para dejarnos solos. Conocen el ritual, todos ellos me temen y han visto el monstruo en los pasados días.

—Quédate, Lev —ordeno. El hombre asiente y camina hacia mí. Si será mi mano derecha es mejor que presencie en quién me puedo convertir cuando van en mi contra.

—Señor Nikov —solloza Viktor. Es por ello que lo elegí: Novich no se iba a quebrar, pero Viktor sí.

—¿Tienes algo que decir?

—No quería hacerlo, solo recibía órdenes.

—Aburridooo —canturreo, acercándome, e incluso me doy el lujo de bostezar—. No me gustan los soplones, Viktor.

—Puedo ser de ayuda, deme una oportunidad.

—No es necesario —le digo, silbando—. Entrenaste a Britney para mí. Es buena, ¿cierto? Y solo tiene dieciocho, me pregunto qué hará cuando sepa controlar sus emociones.

Estoy acercando el cuchillo a su rostro cuando habla.

—Tengo coordenadas de otras dos academias militares en Londres y Alemania. Soy útil. Britney no sabe eso.

—No tengo cómo comprobar si es verdad.

—¡Se las daré ahora mismo! Si promete liberarme… —Tiene la cabeza restringida y las manos y piernas atadas al metal. Tiene el rostro empapado de sangre por el corte que le hizo Lev en la oreja.

—Díctaselas a Lev, él va a verificarlas —indico. El hombre, desesperado, revela las coordenadas mientras Lev teclea en su móvil. Me confirma la verdad con un asentimiento de cabeza rápido, el cual Viktor no puede ver.

—Además planea moverse. Llamará a Britney en las próximas cuarenta y ocho horas.

—¿Es el plazo que le dio para asesinarme?

—Sí —confirma—. Creímos que ella lo haría porque la envenenamos en tu contra. Pero cuando lo intentamos con los Cavalli ella retrocedía.

—¿Por eso la droga?

—Sí, es un supresor. Fueron cantidades controladas, los demás reciben el doble…

—¿Por qué? —pregunto.

—Ellos son desechables, los entrenamos para misiones cortas. Duran de uno a tres meses activos…

—Porque cuando se vuelven adictos deben asesinarlos.

—Sí —gruñe entre dientes.

—¿La iban a asesinar?

—Al principio sí, pero luego Dimak se interesó en ella, así que desistió de ese plan.

—Él está esperando que ella regrese —comento—. Lev, llama a los hombres de la carretera para que asesinen a Novich.

—Sí, mi Pakhan.

—¿Qué? —pregunta Viktor—. ¿Qué está pasando?

—Si Dimak la quiere de vuelta, entonces la tendrá.

Soy un lobo paciente. Puedo sentarme a esperar a mi presa por días, pero tengo una ventaja aquí y la usaré. Britney Ginore es la debilidad de Dimak Trivianiv.

28: BURBUJA DE FELICIDAD

Britney

—¡No te metas en esto! No es tu problema.

—¡Sí lo es! ¡Es mi familia! —sisea Roth, levantando la voz. Gracias al cielo los niños no están presenciando esta discusión entre ellos. Emilie es la primera en salir del despacho en donde se encerraron a platicar—. ¡Emilie!

Ella pasa a mi lado llorando y no intento detenerla, pues no sirve de nada presionarla. Empujo la puerta y me encuentro a mi esposo sentado en el escritorio y golpeando la madera.

—¿Lograste que hablara contigo? —pregunto, pero conozco la respuesta.

—¡No! —gruñe, desordenándose el pelo con frustración—. ¿Por qué estás mojada?

—Bañé a los niños.

—No tenías que hacerlo, *dusha*, hay personal en la casa. —Se acerca y me quita la toalla pequeña de las manos para secarme el rostro.

—Es algo que Dominic y Emilie hacen juntos, entonces no quería que los niños notaran algo extraño.

—No sé dónde está, desactivó la señal del rastreador. Nunca han discutido a este nivel.

—Volverá, solo necesita tiempo… Espero.

—Eso en la mente de Don es destrucción.

—¿Qué significa eso?

—Está desquitándose ahora mismo. No dañará a gente inocente, pero causará caos.

—No entiendo lo que sucedió —confieso, intentando encontrar alguna explicación.

—Somos dos, pero lo peor es que Emilie tiene razón. No puedo pedirle que me cuente lo que sucede cuando yo mismo he exigido privacidad.

—¿Quieres estar solo? Te noto cansado, puedo irme…

—Prefiero tu compañía —anuncia, acariciándome la mejilla—. Además, tenemos asuntos nuestros de los cuales hablar.

—¿Sí? Me gusta cómo suena eso… —Me callo cuando me levanta del piso y le rodeo la cadera con las piernas rápidamente. Sonríe en cuanto me arrincona contra la pared—. Eres un demonio de sonrisa encantadora, ¿lo sabías?

—¿Confías en mí? —replica en cambio.

—Claro que sí, Roth, por completo.

—Y yo en ti.

—Estás asustándome. —Le acuno el rostro con mis pequeñas manos. Mi esposo se acerca lentamente hacia mí, tanteando mi reacción. Me besa suave y delicado, mordisqueándome los labios. Ese simple toque me hace desear más y cuando se separa para bajar la cabeza y tomar mi pezón sobre la tela, me hace cerrar los ojos. Siento ese látigo de electricidad en mi coño de inmediato, mojándome—. *Roth.*

—¡Tío! —llama la voz neutra de Damon. Me separo rápido de mi esposo y me giro para que no se me note lo acalorada.

—¿Qué pasó con eso de tocar la puerta?

—Estaba abierta —responde el pequeño—. ¿Dónde está mi papá?

Me volteo para verlos. Roth está de cuclillas, acomodándole el cuello de la camisa al niño,

quien espera una respuesta.

—¿Recuerdas cuando salía por trabajo?

—Sí, pero no se despidió esta vez, ¿por qué?

—Fue apresurado —dice mi esposo, dándole una sonrisa fingida—. ¿Por qué no me haces un favor? Cuida a Ellie, ella se sentirá sola.

—Bien, pero si papá llama, dile que quiero hablarle.

—Claro que sí, campeón. Se lo diré.

Me muevo para servirle un trago de vodka a mi marido mientras él cierra la puerta tras despedirse de Damon. No me gusta cuando se siente preocupado y parece que el mundo colapsa sobre sus hombros. Le pido que se siente y me subo en sus piernas, dándole el vaso y dejando la botella a un lado.

—Háblame de esos asuntos nuestros —le pido, metiéndole las manos por debajo de la americana, pues me permite tocarlo sobre la ropa. Cierra los ojos y deja caer la cabeza hacia atrás, tomándose todo el alcohol del vaso.

—Dimak espera que regreses —anuncia, haciendo que me tense.

—Ya lo sabíamos cuando te conté toda la verdad. Porque lo hice, Roth…

—Shhh, tranquila, *dusha*, sé que lo hiciste. Confío en ti, cariño, con mi vida, ¿de acuerdo?

—¿Entonces por qué mencionas a Dimak? No lo entiendo —digo.

—Tengo un plan, el cual seguiré solo si tú estás de acuerdo. No te sientas presionada a hacer nada, ¿lo prometes?

—Bien, creo. Explícame para comprenderlo.

—El plan es hacerle creer que regresarás a su lado, que lo convenzas de que estás asustada de mí, diciéndole que llegué a casa y te maltraté. Tendrías que llamarlo hoy y fingir que estás alterada. Le pedirás que te busque, que no soportas seguir a mi lado, que me odias…

—Me pedirá que resista, no entiendo. Él no me buscará porque el trato era que te asesinaría y lo llamaría después de hacerlo. —Me levanto, apartándome—. ¿Qué ganaríamos con esta llamada?

—Ver qué tanto le importas —aclara—. Luego lo llamarás dos días más tarde para decirle que me asesinaste, pero que hay demasiada seguridad y no puedes salir.

—En cuanto tenga una ubicación volará la propiedad con sus drones.

—No tendrá la ubicación real. Además, estoy seguro de que irá por ti, solo que realmente se encontrará con una trampa.

—¿Por qué se arriesgaría? —Se me sale una risa nerviosa.

—Le importas —susurra, sirviéndose otro trago—. Envió a dos de sus hombres hoy y eso dice cuán desesperado está por tenerte.

—¿Qué…? ¿A quiénes? No, no quiero saberlo —me retracto. Es mejor si no conozco sus identidades, pues sé que mi esposo los asesinó o que planea hacerlo si siguen en su poder.

—¿Qué piensas? —pregunta y se acerca más para rodearme la cintura—. Puedo buscar otra manera, no tienes que hacerlo.

—Yo nos metí en este lío —suspiro, dejando caer mi cabeza sobre su pecho—. Además, no estaría en peligro real. Dimak no conocerá la ubicación. Y si lo puedes guiar a una casa de seguridad, sería perfecto para agarrarlo. ¿Sabes algo de Katniss y de Dominic bebé?

—Nada, seguimos ciegos en esa área.

—Bueno, es hora de hacer esa llamada —digo sin estar del todo convencida.

—¿Segura?

—Quiero que esto acabe para poder disfrutar a mi esposo y olvidarnos de Dimak. Así que

hagamos lo que se tenga que hacer.

—Bien, activaré un móvil desechable. Tienes cincuenta y nueve segundos, los mismos que tiene Dimak para cortar la llamada. No se va a arriesgar, así que cortará. Pero si no lo hace, debes hacerlo tú. —Asiento. Me besa la cabeza antes de separarse de mí con suavidad.

Sale del despacho y aprovecho para tomar un buen trago de vodka porque necesito toda la valentía posible. El alcohol me quema la garganta y el estómago. Cuando regresé, planeando asesinar a Roth, no tenía en mente que acabaría entendiendo lo que sucedió en la cabaña ni que mis sentimientos por él serían más poderosos.

Vuelve a la oficina y lo primero que hace es quitarme la botella, negando. No le gusta que esté cerca de ninguna clase de bebida alcohólica.

—Recuerda sonar desesperada y colgar a tiempo. Estaré aquí, a tu lado.

—Listo, puedo hacer esto —afirmo. Me sé su número de memoria y lo marco en el teléfono desechable. En el primer intento solo va al buzón luego de sonar y sonar, entonces insisto una vez más y en esa ocasión contesta sin saludar, solo deja la línea abierta—. ¿Dimak? —digo, fingiendo un sollozo a la vez que toso e hipo—. Bebé, ¿estás ahí? No tengo tiempo, él va a regresar.

—*Darling?* ¿Eres tú? —Su voz suena desesperada.

—Oh, Dios mío, respondiste, c-creí que nunca contestarías.

—No tenemos tiempo, *darling*, ¿por qué lloras? ¿Qué sucede? —Escucho que se mueve, volteando cosas en donde sea que se encuentre.

—Tienes que sacarme de aquí, ¡no lo soporto! Ha estado abusando de mí. Dimak, por favor, ven por mí. ¡Por favor! —gimoteo—. Me mantiene en condiciones inhumanas.

—Lo asesinaré, ¡mataré a ese maldito! Dame algo, *darling*, tienes que darme un lugar, una dirección —suplica.

—No sé a dónde me trajo, solo hay nieve…

—Se nos acaba el tiempo.

—Ven por mí, te lo suplico. ¡Prometiste no abandonarme! ¡Hice todo lo que me pediste! ¡No soporto que me toque! ¡¿No lo entiendes…?!

—Escúchame, *darling*, iré por ti, sabes que no rompo mis promesas. Te sacaré de las garras de Nikov. ¡Ahora debes colgar! —me implora. Y eso me confunde. Está dispuesto a que se descubra su ubicación… ¿tanto confía en mí? ¿Qué tipo de poder sembré en Dimak Trivianiv?

—Te extraño, no soporto estar aquí.

—Cuelga, nena, vamos.

—Te quiero —digo por último antes de hacerlo. Es algo que la Britney del pasado diría, la que tenía manipulada con drogas, la que solo era su títere. Le entrego el móvil a Roth, quien se queda observándome con el ceño fruncido—. Debía…

—Sí, sí, lo hiciste bien. Fue perfecto. —Su voz es fría, baja y distante—. Ve a ducharte, Raze llegará en cualquier momento.

Creo que llamar ha sido mala idea… o al menos hacerlo delante de él. Salgo del despacho, dejándolo atrás. Estábamos bien y esa llamada arrasará con lo poco que habíamos progresado. Ya quiero que esto acabe y poder tener una relación normal con mi esposo, sin tener miedo de que no confíe en mí o que esté sobreanalizando todo lo que hago. Aunque me ha recalcado que confía plenamente en mí, los miedos se encuentran detrás, persiguiéndome.

Me baño y espero secretamente que en cualquier segundo entre, poseído por los celos, y me folle contra la primera superficie a la vista, pero no parece ser el caso. Bufo. ¿Cómo puedo pensar que soy capaz de despertar los celos en ese hombre, en uno tan ardiente e irresistible

como él, siendo yo tan básica? Ni en mil años.

Mi cuñado y su esposa nos van a visitar y quiero darles una buena impresión, una que vaya acorde con la chica que conocieron en Nueva York, así que dejo de lado los pantalones para sustituirlos por unas medias negras y un liguero que me quedará perfecto debajo del vestido rojo que he elegido. Me detengo frente al espejo, observando si se me ve el trasero gordo con las bragas. Quizás se me marque el encaje cuando me ponga el vestido.

Mi esposo tiene la costumbre de ser silencioso, pero existe algo en el ambiente que suele cambiar cuando está cerca de mí, por ello levanto la mirada y lo encuentro en el reflejo del espejo, mirándome aún más furioso que antes. Trago saliva y me giro para enfrentarlo. Parece que ha estado ejercitándose mientras yo fantaseaba con él y luego jugaba a ser la anfitriona perfecta, eligiendo cuál vestido usar. Deja caer la camisa, la americana y los zapatos en el piso, lo cual es el primer indicio de que algo no va bien, pues este hombre adora la organización. Tiene el pecho descubierto, y los pantalones apenas le cubren esa deliciosa V por la que quiero pasar la lengua. Me muevo hacia la cama, percibiendo su mirada en mí. Tengo las tetas al aire y los pezones se me yerguen de inmediato. Traicioneros.

—¿Quieres que te busque algún traje en específico? ¿Que te prepare el baño? —Soy cuidadosa con mis preguntas, pero me sobresalto cuando deja caer la hebilla de su cinturón al piso. Luego se acerca con sigilo y lo único que me advierte que está detrás de mí es que su respiración me golpea el hombro desnudo.

—La boca de una mujer puede mentir… —susurra y es ahí cuando siento que me toca la espalda, bajando hasta mis bragas e introduciéndome los dedos en mi sexo. Estoy húmeda, babeando, pero es algo que ya sabe. Se deleita con mis fluidos y luego saca la mano. Me alarmo cuando me mueve para que quedemos frente a frente—. Pero su cuerpo no —finaliza.

—Roth…

—Abre la boca —me ordena y le obedezco. Entonces me introduce dos de sus dedos, empapados de mi humedad—. ¿Dulce?

Ni siquiera sé si debería responder, pero asiento de todos modos. Saca los dedos y me agarra del pelo, no de una manera salvaje, pero sí dominante.

—Tú. Eres. Mi. Mujer —gruñe cada palabra con esos ojos suyos diabólicos.

—*Tvoy* —respondo en ruso con mi pésima pronunciación, pero eso le hace curvar los labios. Recuerdo vagamente que significa suya.

—И я не разделяю то, что принадлежит мне[7]. —No entiendo, pero no es necesario cuando me alza y caemos en la cama con su cuerpo sobre el mío. Me devora la boca con determinación y me agarra las piernas con violencia. María Candelaria—. ¡No quieres a ningún hombre que no sea yo! —brama como advertencia, mordiéndome los labios, estrujándome el pecho, moliendo mi pezón entre sus dedos.

—Empezaba a olvidarlo porque ya no me tocas —lo desafío a propósito, sacando ese animal que trae en el alma y que adoro que me domine.

—No te castigaré ahora por insolente. —Me chupa el otro seno desatendido y me aferro a su pelo, acercándolo más.

—Una lástima.

—Eres mi mujer, mi esposa, ¡¿entendido?!

—Sí, sí. Solo fóllame ya, ¡por favor! ¡Señor! —corrijo cuando me muerde.

Escucho cómo rasga mis bragas, rompiéndolas y causando que me arda la piel por el tirón. Luego se hunde en mí con rapidez. La respiración se me corta y atravieso una línea cuando clavo le clavo las uñas en los omoplatos y lo araño. Mi esposo gruñe una serie de palabras en ruso que

no comprendo, pero no parece darse cuenta de lo que he hecho en mi nube de placer, pues está completamente cegado reclamándome como suya, demostrándome que jamás existirá ningún hombre como él.

Sus movimientos son impetuosos, tortuosos. Entra y sale de mi interior con desespero, salvaje. Se instala en mi cuello y me chupa la piel mientras me introduce un pulgar en la boca. Ha perdido toda la calma y solo ha dejado a la bestia en su lugar. La habitación está repleta del sonido de nuestros cuerpos chocando y de mis gemidos. Pronto siento cómo crece su polla dentro de mis paredes y se me hace insoportable aguantarme.

Roth reconoce que estoy tensa y que necesito acabar, así que me sube aún más a esa espiral de placer a la que me transporta.

—¡Déjate ir! —demanda. Me muerde el hombro, el cuello, la barbilla y luego me besa profundamente. Entonces nos giro para quedar encima y él intenta volver a la posición anterior, pero soy más rápida y muevo la cadera para que me penetre más hondo. Él se agarra a mi liguero y yo me apoyo en su vientre. Ruge y el sonido es un maldito bramido ronco y varonil que le sale desde lo profundo de la garganta. Subo mis manos por cada músculo hasta su pecho y cuando nos miramos me da la sensación de que hemos creado un tipo de intimidad única, hermosa, indescifrable.

Su semen me llena por completo mientras grito su nombre, olvidando a quien sea capaz de escucharnos, disfrutando de la paz que me deja el orgasmo y cayendo rendida contra su pecho. Estoy pegajosa, sonriente y jodidamente enamorada.

Sus manos me acunan el rostro y no puedo explicar la mirada llena de sentimientos y adoración que tiene. No necesita decirlo, pero incluso cuando lo hace, mis ojos se humedecen de lágrimas contenidas.

—Te quiero, *dusha*. —Dejo de respirar y sonrío cuando me aparta el pelo de la frente—. A ti —agrega, como si no me hubiera quedado bastante claro.

—No dejes de repetírmelo, por favor. Lo que siento por ti es mucho más grande y no lo digo porque me aterra asustarte. —Las lágrimas de felicidad me cubren las mejillas y él me las limpia.

—Dilo —pide suavemente.

—Te amo, Roth. —Eso lo hace sonreír y veo paz en sus facciones—. Intensos y desmesurados, así son mis sentimientos por ti.

—Solo por mí —reafirma.

—Sí, solo por usted, señor Nikov.

Me abraza, dejándome tocarlo. Este acto significa más que millones de declaraciones de amor.

—Vamos a quedarnos en esta burbuja, fuera del mundo real, un poco más.

Y me sorprende que sea él quien justamente me lo pida. Nuestro mundo se está desmoronando pedazo a pedazo, pero no puedo dejar de ser un poco egoísta y estar feliz por este pequeño momento de dicha.

29: OPINIONES

Roth Nikov

—Déjame ayudarte —murmuro, viéndola luchar con el cierre de su vestido.

Me observa a través del espejo y no logro controlar la tentación de acariciarle la piel antes de subirle el cierre. Ella suspira, como si no la hubiera tocado en años, cuando en realidad hace nada estábamos enredados el uno con el otro. Me inclino para besarle el hombro descubierto. Me gusta el vestido rojo que ha elegido porque le hace brillar la piel, al igual que sus mejillas sonrojadas le dan vida. Y la cola alta en la que tiene el pelo me provoca pensamientos impuros en los que me la estoy follando mientras le agarro fuerte esas hebras.

—Gracias —jadea. Cristo.

—Más tarde —le aseguro.

—Quiero desaparecer y que seamos solo nosotros, ¿eso me hace egoísta?

—Mucho, lo bueno es que yo también anhelo lo mismo —confieso, sonriéndole. Está a punto de decir algo cuando cierra los ojos y se toca la frente—. Ey, ¿qué sucede?

—Estoy un poco mareada. —La llevo cargada a la cama y siento que tiene la piel fría. Está palideciendo.

—Respira, *dusha*, quizás sea la abstinencia…

Antes de que termine de hablar se para y sale corriendo hacia el baño para vomitar. Voy tras de ella y le acaricio la espalda; es la tercera vez que veo que se ha sentido mal esta semana. El doctor aseguró que sería parte del proceso, aunque no mencionó mareos específicamente.

Quien empieza a sentirse enfermo soy yo… ¡Cristo! Me niego a darle crédito a los pensamientos locos que se desarrollan en mi cabeza y me aflojo el nudo de la corbata.

—Esto es asqueroso —se queja y se mueve para lavarse la boca. Yo me quedo quieto y sigo pensando en todo el sexo que hemos tenido, en todo el sexo *sin protección* que hemos tenido. No, joder. Estoy llevando todo a un terreno que no debo.

—Tu dosis de inyecciones —digo, lívido.

—No estoy embarazada, Roth. No entres en pánico. ¿Tan jodida te parece la idea?

—¿Cómo puedes estar segura? Hemos tenido sexo y antes de ello estuviste con… —Me detengo y niego. Dios, fue solo un mareo.

—Me acosté con Dimak, ¡dilo! Tuve sexo dos noches con él. Al menos ahora puedes tranquilizarte porque si estuviera embarazada no sería hijo tuyo —sisea, tirándome la toalla al pecho y saliendo del baño. ¿Qué carajos? ¿Acaso quiere terminar con el culo tan rojo como una fresa? ¡Maldita mujer! Salgo detrás de ella, deteniéndola en el pasillo. Su comentario me enfurece. No me importa si se acostó o no con Dimak, ¡por Dios! Yo me he follado a decenas de mujeres y no tengo la cara dura de reclamarle algo así cada vez que tenemos una diferencia de opiniones.

—¡Detente! —ordeno.

—Vete a la mierda, Roth.

—¿Por qué estás a la defensiva? Fue solo un pensamiento.

—Veo tu cara, el temor. ¿Qué harías si supieras que estoy embarazada? ¿Me pedirías que

abortara?

—¡Claro que no! No, si no es lo que tú quieres, es tu cuerpo. No te gobierno, Britney. No soy tu jodido dueño porque, hasta donde recuerdo, eres una persona y no un perro. Solo me alteré porque ninguno de nosotros está preparado para un bebé y sabes mi opinión sobre ello.

—¿Y la mía? —contrataca, levantando el mentón. Oh, mi pequeña alma tiene agallas y parece estar encontrando al fin su propia personalidad. La antigua Britney Ginore no me desafiaría de esta forma. Y, mierda, soy un jodido loco por prenderme con esta actitud retadora en vez de molestarme.

La pego contra la pared, acorralándola y restregándole mi polla dura.

—Estoy dispuesto a escuchar tu opinión cuando quieras, pero ahora, por muy divertida y excitante que me resulte tu actitud, quiero que cierres esa dulce boca o… puedo meterte la polla hasta la garganta y darte algo con lo cual estar ocupada, señora Nikova —le advierto. Ella abre mucho los ojos, sorprendida—. Está prohibido que menciones a terceros en nuestra habitación o dentro de nuestros problemas. Son parte del pasado, así que enfócate en nosotros y el futuro, ¿de acuerdo? —Al ver que solo hace un gesto con la cabeza, añado—: Y se dice «sí, señor».

—Sí, señor… pero no estoy embarazada —afirma, desafiante.

—¿Cuándo fue tu último período? —Eso la hace fruncir el ceño.

—No lo recuerdo. Ha pasado demasiado en poco tiempo, pero no lo estoy. Una mujer sabe esas cosas: me dolerían los pechos, tendría más hambre, cosas así.

—Bien, dejemos el tema de lado y bajemos.

30: EL ALMA MUERE

Britney

Tener a Raze y a Bess con nosotros es un soplo de aire fresco, pues ellos son todo felicidad y tranquilidad, lo cual contrasta con las emociones de los demás. Ella se encuentra radiante como siempre, sonriendo. El abrazo que me da al recibirme es vida entre mis huesos. Vienen sin la pequeña Raven, ya que por seguridad es preferible dejarla en Nueva York con su tía Vicky, a quien no tengo el placer de conocer.

—¿Cómo está mi cuñada favorita? —se burla Raze, ubicándose junto a su esposa.

—¡Escuché eso! —grita Emilie, que está bajando las escaleras. Luce tan hermosa, como si el llanto y dolor fueran parte del pasado. Parece que ha perfeccionado el arte del engaño.

—Tú eres mi rubia favorita —rectifica con una sonrisa. Roth luce nervioso y no deja de observar a su hermano, quien no lo ha saludado con tanta efusividad. No me gusta ser testigo de cómo mi esposo trata de ganarse el cariño de mi cuñado y tampoco de cómo este lo rechaza o le lanza comentarios fuera de lugar. No soy quién para opinar, pero ellos deberían tener una plática de hermanos y revelar la verdad. Si bien Roth trata de proteger a Raze, en mi opinión está intensificando ese odio.

—¿Y Dominic? —pregunta Bess y Emilie se descompone un poco, perdiendo la máscara de frialdad que ha decidido portar esta noche.

—Tuvieron un problema, no sé dónde carajos está —responde Roth.

—No es un «problema», nos vamos a divorciar y yo me devolveré a Nueva York —replica Em.

—¡Wow! Vamos por partes, uno a uno… ¿Qué carajos pasa en Rusia? Muertos que reviven… sin ofender, cuñadita. Roth siendo un jodido pelele, ¿y ahora Don y tú divorciándose? ¿Es el agua? ¿Algo en el aire?

—No soy un pelele.

—Técnicamente no morí, así que no reviví.

—¡El karma! —Todos respondemos al mismo tiempo, pero nos callamos cuando Emilie sigue hablando.

—Le hemos hecho mucho daño a terceros protegiendo a nuestra familia, a nuestra gente. El karma nos ha golpeado esta vez —comenta Emilie.

—¿Por qué no vamos al comedor? Los niños están esperando —sugiero, pues las cosas se están yendo de blanco a negro muy rápido.

Nos reunimos todos y Emilie se sienta en la silla de Dominic, acariciándola con melancolía. No importa cuántas veces o quién pregunte qué sucede entre ellos, Emilie siempre dice que es algo que les compete a ellos y que no está listo para compartirlo con nadie más, así de simple. Cenamos mientras conversamos sobre banalidades ya que los niños están presentes. La ansiedad de Roth va escalando con el pasar de los minutos; es extraño y erróneo estar en la mesa sin Dominic presente y peor aún es desconocer su paradero.

—Cariño —susurro, acariciándole la pierna, y me observa con el rostro descompuesto.

—Tengo que buscarlo —dice, casi agonizando, y yo asiento, pues entiendo todos los sentimientos que hay detrás de esas tres palabras. Cuando se gira hacia Emilie veo en él esa

seguridad que me atrajo en primer lugar—. Te respeto y no sé lo que ha ocurrido entre ustedes, pero no puedo elegir un bando y sentarme en esta mesa sin saber en dónde está. Dominic ha sido mi hermano por años y él, si la situación fuera al revés, no se sentaría aquí como si nada. Saldré a buscarlo, perdóname si esto te duele.

Ella baja la cabeza, como si quisiera llorar.

—Iré contigo —secunda Raze, quien parece que solo estaba esperando a ese momento para hablar. Bess le acaricia el brazo por encima de la chaqueta negra de cuero.

—¡También voy! —bufa la rubia. Damon nos mira a todos mientras Ellie sigue coloreando y Emma se entretiene en su tableta con esos números que tanto ama—. Sé dónde está. Estoy segura de que se ha divertido mucho.

—Es mejor si te quedas, yo puedo ir en tu lugar —intervengo.

—¡No! —sisea Roth—. Tú te quedarás aquí.

—¿Podemos hablar a solas? —pregunto, pues ahora somos el centro de atención. Él asiente y se levanta, ayudándome a mí. Raze dice algo en ruso y mi esposo le dedica el dedo medio, entonces vamos hasta la sala—. Damon está asustado, ¿no crees que sería bueno que tuviera a su madre con él?

—No quiero que salgas de estas paredes.

—Estaré a tu lado —le recuerdo, acariciándole el pecho.

—La última vez fue igual y te perdí.

—Si sigues hablando así, Raze tendrá más razones para burlarse. Sé pelear, conozco la ciudad y puedo disparar. Te sería de ayuda. No puedes protegerme del mundo eternamente, Roth —manifiesto, pues es una verdad que ambos conocemos. Estar encerrada no es la clave ni la salida correcta.

—No irás, punto. —Y su tono no admite ninguna réplica.

—¿Listo? —cuestiona Raze desde atrás mientras mi esposo no deja de mirarme. Asiento despacio.

—Es por tu seguridad.

—Lo sé. Está bien, vete y regresa pronto. —Me empino y le dejo un beso corto.

—Lo haré, *dusha*. Espero que estés sin ropa y en la cama cuando vuelva, así te devoraré como nunca —pronuncia con coquetería en italiano—. Él no entiende —me dice, señalando a Raze, cuando enrojezco.

—Dejen las cochinadas y vámonos, hombre.

—¡Dijiste que no entiende! —le reclamo en un chillido.

—Y no lo hago —afirma Raze—. Solo lo deduje, alma.

—¿Alma? —cuestiono sin entender.

—*Dusha*, en ruso; alma, en inglés.

—¡Raze! —exclama Roth y parece que es su turno de avergonzarse.

—¡Ya me voy! —dice en ruso y me guiña un ojo. Lo ha hecho a propósito.

—¿Me has llamado tu alma todo este tiempo?

—Sí, mi alma. Descubrí que tenía una el día que te conocí.

Pensé erróneamente que existía algún tipo de límite a la hora de amar, pero este hombre acaba de comprobarme lo contrario porque estoy cayendo cien veces más enamorada. Desde pequeña escuchaba a mis tías y a las amigas de mi madre hablar de los abusos que sufrían en casa a manos de sus maridos. A algunas las forzaban a tener relaciones y a otras las asesinaban cuando el marido se había cansado de ellas, reemplazándolas por otra mujer.

Por años se ha creído que un mafioso es devoto a su familia y creo que han visto

demasiadas veces *El Padrino* o que han leído demasiadas de aquellas novelas románticas en las que el mafioso es perfecto. La realidad es que son despiadados y no les importa nadie, salvo sus hijos, si son varones, para heredarles el título y hacer crecer el apellido. La mafia es como la monarquía, solo que una es más sangrienta que la otra. Y aquí está este hombre, el Pakhan de la Mafia Roja, confesando un apodo tan dulce y humano, ¿cómo no podría amarlo más?

Lo beso, agarrándome de su cuello, convirtiendo su boca en una parte de mí. Mi esposo no pierde el tiempo y se transforma en ese ese animal que me encanta, metiéndome la lengua y apretándome las nalgas con las manos. Mis sentimientos se intensifican, pues este parece un beso de confesión más que solo un simple beso de esposos. Nunca creí posible tener esto, tanta felicidad, un hombre que me quisiera con toda la carga de lo que soy. No soy perfecta, estoy rota y dañada en más de un sentido, existe mucho de mí que yo misma no comprendo… y aun así él encuentra la manera de hacerme sentir única, especial… suya.

—Te quiero, mi alma —musita suave antes de separarnos.

—No tengo un apodo empalagoso —digo, haciéndole un puchero—. Te llamaré animal. Te quiero, mi animal.

—Estás loca —canturrea con una sonrisa, pero no rechaza el apodo.

—Por ti, mi animal.

Me da una nalgada como advertencia y, no obstante, no pierde esa sonrisa.

Al final se marchan y dejan a Emilie detrás después de que anuncia que el Capo está en el sanatorio en donde estaba Isabella Cavalli, la madre de Dominic. Ella rastreó la última señal y sospecha que allí ha permanecido hasta este momento. Los niños juegan mientras nos sentamos en la sala a esperar a los hombres y Em se toma un té que *Madame* le ha preparado.

—¿Qué hizo Don para que estés tan molesta? —interviene Bess en tanto se hace una trenza en su larga melena roja. Es muy hermosa y tiene unos grandes ojos azules. Estoy a nada de salir y dejarlas hablar cuando veo que palmea el asiento a su lado—. Ven, Brit, estas son cosas de mujeres.

—No quiero incomodarlas, puedo cuidar a los niños y eso.

—¡Siéntate! —ordena Emilie—. Eres parte de esta familia y no quiero que te sientas excluida.

—Gracias —murmuro, sentándome al lado de Bess, quien se acomoda colocando las dos piernas sobre mí.

—¿Sabes dar masajes? Los viajes largos me matan y Emilie tiene mucho que explicar.

—Puedo intentarlo —respondo con timidez.

—Emilie, tienes que despertar a Britney, ¡por los clavos de Hades, necesita abrirse! Pero no nos desviemos del tema, cuéntame qué sucede con tu señor de la oscuridad.

—Me desperté una mañana y descubrí que amo a alguien que no existe —narra con ganas de llorar y mira a sus hijos antes de seguir—. Recibí una carta por error, una que iba dirigida a Roth en Nueva York. Desde la supuesta muerte de Brit en la cabaña me pidió que me encargara de esa correspondencia, así que me la reenviaron a mí.

—La carta —susurro—. Sabía que algo de eso era porque vi la pila en la cocina. Cuando estaba en Nueva York con Roth, Dominic lo llamó una mañana. No debí estar escuchando a escondidas, pero creí que era la garrapata…

—¿La garrapata? —pregunta Bess, riendo—. ¿Qué nombre es ese?

—Antes tenía una relación con Roth, se llama Evangelin.

—No, ellos no tenían una relación —contradice Emilie, confundida.

—Era su mascota o algo así.

—¡¿Su mascota?! —exclama Bess y se dobla, soltando una carcajada.

—Britney, Roth estuvo con Evangelin porque su papá me bloqueaba unos permisos para la construcción de un tercer casino. Él me ayudó, no sé cómo, pero hizo que el hombre firmara. Aunque, bueno, ahora entiendo cómo lo hizo.

Me quedo fría al escucharla. Entonces no fue una relación, no estuvo con ella al nivel que pensé. Más bien fue una jugada para conseguirle a Emilie esos permisos. Recuerdo aquella noche en Nueva York cuando la visitamos antes de casarnos, cuando él le dijo que lo había conseguido. ¿Todo el tiempo se trató de eso?

—Ay, chicas, qué risa… ¡Su mascota! Pero, Emilie, no te escaparás. La carta… ¿quién la mandó?

—Isabella Cavalli.

—Ohh —musita Bess, sorprendida—. No esperaba esa respuesta. Isabella es la mamá de Dominic y lo odia, nada bueno puede venir de esa mujer —me explica Bess.

—Era —corrige Emilie, recordándonos que está muerta.

—¿Y por qué le creerías a una mujer que odiaba a su propio hijo? —pregunto, tratando de entenderla—. Si lo odiaba, escribiría cosas horribles sobre él.

—Concuerdo con Brit, no diría bellezas. En su carta, la intención seguro era la de lastimar a Dominic, la cosa es… ¿por qué lo creerías tú?

—Se acostó con ella. Sé que es verdad porque me lo contó hace años, pero lo hizo manipulando la verdad a su favor… Y no sería la primera vez, Dominic es el maestro de la manipulación…

—Sin embargo, es su pasado. Quizás no entiendas lo que te diré, pero nos criaron en la mafia. Las cosas que suceden en nuestras casas no son normales y quizás lo hizo no porque lo deseara, sino porque tenía miedo de lo que sucedería si se negara. —Respiro hondo antes de continuar porque me duele el pecho por las palabras que debo decir—. Estás siendo injusta. Si lo hizo y era un niño o un adolescente, fue abusado. No lo disfrutó, ¿por qué es diferente cuando una mujer dice que la tocaron a cuando lo dice un hombre? Ella abusó de él; ella, cuya responsabilidad era cuidarlo, protegerlo. ¿Lo harías tú con Damon?

—No, ¡claro que no!

—Entonces, ¿cuál es la diferencia?

—Concuerdo con Britney. Lo obligaron y no puede seguir sufriendo por algo que no pudo controlar. ¿En la carta te dice que lo hizo siendo adulto?

—No, no lo dice —confiesa.

—¿Dejaste que se explicara? —inquiere Bess.

—No, no lo hizo. Ella le apuntó con un arma y él se quedó ahí como si nada.

—¡Nooo! ¿De verdad hiciste eso?

—¡Estaba muy molesta! —chilla Em—. Es que, es que… ¡Ay, ustedes no entienden!

—Pues la verdad no, pero tengo un remedio increíble. Sube, date un baño, duerme a los niños y ten un delicioso de reconciliación, es lo mejor… Pero no grites mucho porque quiero dormir.

—¡Concuerdo con la pelirroja! —exclamo, rodeándole los hombros.

—Ustedes dos son insoportables. Nada de delicioso y menos de reconciliación, pero puedo dejar que se explique —concede Emilie y todas sabemos que terminará en sexo. Aunque si ella quiere fingir que solo platicarán, le seguiremos el juego hasta que inunde la casa con sus gritos —. Niños, vamos a dormir.

Sus hijos se ponen de pie, dejando sus juguetes de lado, y Emilie carga a Anais para irse.

Se despide de nosotras y nos agradece la charla. Bess y yo suspiramos juntas cuando va subiendo la escalera.

—¿Crees que estarán bien? —pregunto, preocupada—. Ellos son mi esperanza de que puedes sobrevivir en este mundo.

—Lo estarán, siempre encuentran la manera de seguir unidos y ahora no será diferente.

—Eso espero.

—Cuéntame, ¿qué hay de ti?

—No mucho —susurro—. Soy quien trajo un montón de problemas.

—Mi versión es que hiciste que el reservado de Nikov cayera rendido por ti.

—También me acusan de eso. ¿Qué tal es el Nikov motero?

—Caótico, increíble, angustiante, hermoso… No cambiaría nada de nosotros.

Algo empieza a sonar desde el comedor, una música pop.

—¿Qué es eso?

—Mi teléfono, seguramente es Raze.

Se levanta y corre al comedor por el móvil y yo la sigo para verificar que todo esté bien. Si están llamando, seguro todo está en orden.

—¿Quién es? —pregunta—. Dios mío, qué tonta soy. Claro, claro, ¿en la terminal? Ahora mismo salgo. Gracias, gracias.

Cuelga el teléfono con prisa.

—Me olvidé el bolso en la terminal, ¿puedes llamar un taxi?

—No puedes salir de la casa, debemos quedarnos aquí —digo cuando veo que toma su chaqueta, la cual tiene un «propiedad de Raze» bordado en letras plateadas en la espalda—. Bess, no puedes salir, escúchame.

—Nadie me conoce, estaré bien. Encontré un servicio de taxis, volveré en unos minutos.

—Bess, escúchame —insisto, siguiéndola a la puerta. Carajo, no puede andar en Rusia en un maldito taxi.

—Raze no se molestará, en serio.

Me muerdo el labio, nerviosa. Roth va a matarme si se entera. Maldita sea.

—Me pongo un pantalón y yo te llevo. No puedes andar así, iremos juntas en la moto de Dominic. Solo llama a Roth y avísale, así nos enviará a su seguridad a la carretera.

—Bien, lo llamo —accede.

Subo rápido a mi habitación y me cambio de ropa. No le aviso a Emilie, pues suficiente tendré con un Roth molesto. Saco la moto del garaje y le entrego a Bess el casco de seguridad, prefiero que lo use ella. Me duele el pecho mientras la enciendo y todos mis instintos gritan que es una mala idea.

—¿Llamaste a Roth? —pregunto cuando se ubica detrás, abrazándose a mi cintura. Ella es la digna mujer de un motero.

—Sí, nos encontrarán de camino.

Eso me calma un poco la ansiedad porque al menos no ha puesto el grito en el cielo. Solo serán unos minutos. El encargado de la seguridad de la puerta nos detiene y nos pregunta a dónde vamos, pero Bess le comunica las órdenes de Roth, que indican que debe quedarse en la propiedad, y le dice que volveremos pronto. El hombre, aunque cauteloso, nos deja ir. Acelero la moto, sintiendo el frío en el rostro y disfrutando de la libertad.

Bajamos la colina. Nuestras casas son las únicas en todo este terreno. Elijo ir por el borde de la ciudad porque me encanta la naturaleza y la velocidad que puedo alcanzar. Bess no se asusta detrás, una clara señal de que Raze se ha divertido de lo lindo con ella pegada a su

espalda. Estamos casi entrando a la autopista principal, para subir la rampa hacia la ciudad, cuando veo el brillo de las cadenas en la pista. Son púas, jodidas púas. Intento frenar, pero la velocidad me supera. No alcanzo a hacerlo a tiempo y las llantas de la moto explotan. Yo salgo volando por el aire y aterrizo en el pavimento, girando y girando. Grito porque siento que me he roto cada hueso en el cuerpo y por el rabillo del ojo veo que la moto sigue rodando, envuelta en llamas, por la carretera. Cuando finalmente quedo bocabajo noto que me sangran las palmas de las manos y el rostro; estoy muy raspada.

La cabeza me pita, veo puntos de colores y siento el mundo girar. Entre la confusión que siento, ubico un cuerpo tirado casi al borde de la carretera. Tiene el casco puesto, pero la trenza roja distintiva me indica que es Bess. Jadeo cuando trato de pararme y lucho por salir del camino de la camioneta que se aproxima a gran velocidad, la cual se detiene justo a tiempo antes de aplastarme. Cuando la puerta trasera se abre, unos zapatos relucientes son todo lo que veo. Toso, jadeo y gruño hasta enderezarme un poco. La persona me agarra y me sienta en el pavimento. Él… Su pelo, sus ojos, su rostro. Dimak Trivianiv.

—Hola, *darling* —saluda. Oh, no. Me quedo callada sin saber qué debo hacer y es entonces cuando alguien más se sienta a mi lado: Hayden—. Te dije que vendría por ti.

—¿Qué? ¿Cómo…? —Quizás si hago tiempo Roth vendrá… No, no lo hará. Casi me quiero reír de lo tonta que soy. Bess nunca lo llamó. Nadie sabe que estamos aquí.

—Me robé el bolso de la pelirroja —canturrea Hayden—. Tenemos que sacarte de aquí.

—Y le instaló un rastreador en la chaqueta. Tenemos todo, *darling*. Este es el fin de Nivalli, la no tan inquebrantable alianza de Nikov con Cavalli.

—Iré a rematar a la perra —anuncia Hayden, levantándose mientras aplaude.

—¡Viniste! —sollozo, fingiendo contra el pecho de Dimak—. Déjame hacerlo a mí, me lo debes. Quiero matarla. Tomé la oportunidad, le ofrecí traerla para salir de la casa. Dimak, él… él…

—Tranquila, *darling*. Te daré todo lo que me pidas.

—Déjame ser quien la mate —pido, llorando de forma real por ellos. Soy una pésima tiradora y no sé en dónde dispararle para que pueda sobrevivir. Si dejo que le disparen ellos, Bess Miller solo será un cuerpo tirado en la calle. Dimak me entrega su arma, ayudándome a levantarme porque me tiembla todo. Estoy muy herida y las lágrimas me escuecen cuando se deslizan por mis mejillas. Sostengo el arma con fuerza y justo en ese momento Bess tose y se quita el casco. Luego se agarra el vientre y trata de ubicar dónde está.

—¡Brit! —jadea sin aire y abre mucho los ojos cuando me ve, pues supongo que mi aspecto no es el mejor. Además, me está sosteniendo un hombre que no es Roth y le estoy apuntando con una Glock al pecho.

—Dile a Roth… que ~~no~~ lo siento.

Entonces disparo, rezando internamente por que logre vivir, que no muera desangrándose lentamente en medio de la carretera, que Roth no me odie y que entienda que traté de salvarnos. Porque si Dimak Trivianiv se entera de que acabo de engañarlo, ninguna de nosotras vivirá.

—Se acabó, *darling*. Los destruiré y ahora serás libre.

Qué equivocado puede estar un hombre. No, esto no acabó, es ahora cuando recién empieza.

PARTE DOS
LEGADO DE HONOR

“El amor se muere, la venganza florece y el Pakhan de la Mafia Roja pierde su alma en el proceso”.

INTERLUDIO

Roth Nikov

Dile a Roth… que ~~no~~ lo siento.

Nuestra familia sangra, los enemigos ganan.

—Tiene daño neurológico en la columna vertebral y la están operando, pero lo más seguro es que pierda toda la capacidad motora. Lo siento mucho, los cirujanos están haciendo todo lo posible.

Dile a Roth… que ~~no~~ lo siento.

—¡Esto es tu culpa! —grita, pegándome en el pecho. Dominic intenta detenerlo, pero no podrá. Raze siempre ha sido un demoledor, arrasa con todo lo que tiene frente a él.

—Bess mintió, ella dijo que me llamó y nunca lo hizo…

—¡No podrá volver a caminar! ¡¿Cómo le digo eso a mi esposa?! ¡¿Cómo le digo a mi luna que no volverá a bailar?! ¡¡¿Cómo?!!

—¡Roth, no hagas esto! ¡Somos tu familia! —interviene Em.

—Nadie cree en ella —siseo, rompiendo el cristal. No importa si Emilie aún le cree, todos me han dado la espalda. Fue mi plan, fue mi culpa.

—¡No nos alejes de ti! —suplica. Su esposo abre la puerta para salir y la llama. No puedo verlo a la cara cuando se ha puesto de parte de Raze, cuando me ha abandonado. Supongo que su plato está muy lleno como para recordar que somos hermanos—. Dominic, por favor.

—Es hora de irnos.

Ella nos mira de hito en hito a ambos hasta que elige un camino… que no soy yo, obviamente.

—Te amo —susurra y eso es lo que me quiebra.

—Nicklaus tomará tu lugar como mi *consigliere*.

—Bien —gruño, aclarándome la garganta.

Sus pasos se alejan, la puerta se cierra y la soledad hace eco en una casa vacía.

El cuervo se queda solo, mirando la nieve caer por la ventana, sin nadie quien lo acompañe. Lo ha perdido todo. Una sola elección ha destrozado todo lo que alguna vez fue. Solo le quedan los soldados, la Bratva, unos caminos llenos de sangre y una sed de venganza hambrienta y apasionada. Esta vez no se quedará en paz y esperando a que el mundo se conecte. Quiere sangre y guerra… Irá con todo a por ella.

31: MONSTRUO

Britney

—¡Puja! —instruye la partera.

Grito, dejando caer la cabeza hacia atrás y cerrando los ojos, mientras estoy en medio de una cama, con las piernas abiertas y esperando a que una pequeña luz salga de mi interior. Estoy cubierta de sudor y me duele todo. Aprieto los dientes, luchando para no quebrarme hasta no escuchar su llanto.

Parece que la noche entiende mi tormento, pues una tempestad que azota los ventanales se acrecienta casi en sincronía con mis lamentos. No puedo más, estoy mareada, sin fuerza y tan desvalida que incluso respirar es una agonía.

—¡Vamos, Britney! —exclama Katniss.

En este momento quisiera tener un cuchillo solo para terminar con su miserable vida en medio de una contracción. Me ha mostrado su verdadera cara en estos meses, dejando al descubierto la arpía que siempre fue, pero el dolor me ciega y por eso me aferro a su mano. Ese rostro es lo único familiar que tengo en medio de Londres.

—¡Es muy pronto! —maldigo entre dientes, apretando los puños.

La puerta se abre justo cuando veo que la partera levanta unas toallas que están empapadas de sangre, tanta que siento un charco entre las piernas. Eso no es normal.

—Ya es hora —le informa Katniss a Dimak. Él no se acerca, sino que se queda al pie de la cama, esperando el momento.

—¿Qué sucedió? —cuestiona con frialdad, sin emoción alguna. Ambos sabemos que mi farsa está a punto de acabarse por más que quiera mantenerla.

—Se cayó por las escaleras —responde ella. Un nuevo dolor me atraviesa y esta vez me sostengo el vientre, pidiéndole al cielo que no lo deje morir, que sobreviva incluso a la furia de Dimak.

—¡Me tiraste! —la acuso.

Lo hizo cuando se enteró de que Dimak me prometió que podría quedarme al bebé, incluso si no era un Trivianiv; cuando, en medio de esa discusión, le aseguré que el Dominic pequeño no era un Cavalli. Nos ha visto la cara a todos. Esa mañana entré a la habitación de Dominic mientras él aún dormía, pues quería despertarlo en su cumpleaños, pero cuando abrió los ojos me encontré con unos oscuros, no azules como siempre los había visto. No sé quién sea ese niño ni tampoco de dónde lo sacó, pero no es un Cavalli y su apariencia ha ido cambiando con los meses.

—¡Puja! ¡Puja! —me ordena.

Vuelvo a intentarlo y, no obstante, no encuentro las fuerzas. Mi cuerpo no resiste la angustia de no saber qué sucederá en los próximos minutos. No quiero que llegue al mundo porque tengo miedo de su futuro, de las decisiones que el monstruo al pie de la cama pueda tomar. No soy libre, soy la esclava de una bestia hambrienta de venganza.

Por más que intento retrasar el momento no lo consigo y, en medio de un alarido, termino de expulsar a mi hijo fuera del vientre, doblándome hacia adelante y mordiéndome los labios.

La mujer lo saca de mí. Es una pequeña bola de carne cubierta de sangre y me siento tan débil que apenas logro alzar los brazos hacia ella cuando su llanto explota en la habitación, como

un relámpago en la noche, recordándome el infierno al cual pertenezco. Lo amo incluso sin verlo. Es un sentimiento que ha florecido con cada día que estuvo en mi interior, con cada noche que le canté, incluso en aquellas en las que lloraba y le rogaba a Roth en silencio que nos encontrara. Pero las esperanzas murieron con el tiempo y luego solo me adapté a sobrevivir por el bien de ambos.

La mano de Katniss me empuja hacia atrás, al espaldar de la cama. Tengo lágrimas en las mejillas, aunque no sé cuándo empezaron a brotar.

—Dame a mi bebé —sollozo. Otra de las mujeres toma su lugar, impidiéndome el movimiento. Katniss le entrega el bebé al hombre—. Por favor, Dimak… ¡Por favor! —Lloro.

No me importa suplicarle, no si es por la vida de mi hijo.

Puedo ver ese halo de ilusión mientras lo sostiene, envuelto en una sábana, pero se esfuma en cuanto le abre los ojos. Mi hijo llora más fuerte y esta vez parece de dolor.

—¡Largo! —les ordena a las mujeres, quienes nos dejan sin ningún titubeo.

—Dimak, cariño…

—Es descendencia suya, *darling*. No es mi hija —sisea, apretando su cuerpo.

Es una niña, ¡es una niña! No me dejó tener ningún cuidado, acudir al médico o acceder a medicamentos… Así que nunca supe su sexo. La despreció desde que se enteró de que mi cuerpo crecía. Los primeros meses lo oculté, pero se me empezó a abultar el vientre y tuve miedo de dañar al bebé, así que tuve que confesar la verdad, sabiendo que no tenía salida o escapatoria de mi encierro.

—Nos amamos, ¿lo recuerdas? Esta criatura no cambia eso, soy tuya. Estaré a tu lado, pero la amo porque es parte de mí. No me la arrebates, no sé si pueda perdonártelo.

—Acaba de respirar y la has elegido a ella sobre mí. ¡No puede vivir! —gruñe.

No soy capaz de moverme, de pararme para luchar por ella, pues la sangre sigue empapándome las piernas. Empieza a pasearse con ella en brazos, de un lado a otro. La niña no deja de llorar y debería decirle algo para calmarlo, pero la angustia es mayor.

¿Qué hice yo para merecer tanto dolor? ¿Dónde estás, Señor? ¿Por qué abandonas así a tus hijas? ¿Dónde está mi guardián? ¿Por qué jamás apareció?

—Te elijo a ti sobre ella, sobre cualquiera, pero no la apartes de mí.

—Todos se han ido… No quiero que lo hagas, no por la bebé. Tiene que morir, ella lleva el mal en su interior. Nikov la ha corrompido, no tendrá salvación…

—¡Dimak! —grito. No puedo quedarme aquí, acostada, mientras sale de la habitación con mi hija en brazos. Me caigo de la cama al piso, llorando, exclamando su nombre, sosteniéndome el vientre vacío, aquel que la protegió y que ahora ha perdido—. ¡¡Dimak!! ¡No la lastimes!

Sufriendo, sintiendo el dolor en todos mis huesos, me pongo de pie tambaleándome. Yo soy su madre, voy a protegerla. Nadie lo hizo conmigo. No tuve amor, no tuve protección, pero ella sí. Mi hija no tendrá este maldito círculo de desgracias pegado en su espalda. No me importa lo que tenga que hacer o a quién deba sacrificar. Ella tendrá un futuro.

No será vendida ni ultrajada. Es una Nikova.

Es la heredera de un trono lleno de honor.

Se me resbala la sangre por las piernas y algo más cae al piso de mármol blanco. Parece un pedazo de carne podrida, pero no me detengo y, sosteniéndome de las paredes, me arrastro para llegar a mi hija.

«A veces el dolor será demasiado y vas a querer renunciar, pero no puedes doblegarte. Elige morir con orgullo antes que doblegarte».

«Esto es todo por la familia, mis hermanos, mujer e hijos. Sin ellos, sobrellevar el peso del

poder sería insoportable».

«¡Levántate, Ginore! ¡Deja de ser una cobarde! ¡Lucha! Porque en esta selva siempre encontrarás a un depredador más fuerte».

«Eres tan ágil como un águila, Britney. Tus enemigos no te verán llegar».

Las palabras de mi Capo se alzan y aquellos días de entrenamientos me inundan la mente cuando llego a la baranda del primer nivel. Tengo fiebre, voy a colapsar en cualquier momento, la bata está llena de sangre, estoy semidesnuda y el sudor me baña por completo, pero nunca he sentido tanta determinación por algo en mi vida. Debo salvar todo lo que tengo, la mafia no me quitará a mi hija.

Escucho su llanto, que me parte el pecho en dos. Cuando me acerco veo que Dimak deja su cuerpecito sobre la mesa del comedor y saca su arma.

¡No! ¡No! ¡No!

Y luego el llanto muere, cesa al final del estallido, cuando el disparo acaba con sus segundos de vida. La Tierra parece abrirse bajo mi cuerpo, pero no lo suficientemente rápido como para llevarme dentro y reencontrarme con ella, mi bebé… Mi dulce bebé.

Me tiro del pelo, me araño la piel, abriéndome la carne. Nunca he sentido tanto dolor ¡y no lo merezco! ¡Ella no lo merecía! Cuando mis gritos llegan a un punto desquiciante, la garganta no me da para más. Dimak se gira con el arma en las manos…

—Ellos crearon a un monstruo, *darling*.

Y con ello, la inocencia muere.

—Mataste a mi hija —digo. Aunque se escucha mi voz, parece ser un demonio quien ha poseído mi cuerpo—. Asesinaste a mi hija, jamás podré perdonártelo. Mátame ahora, Dimak, porque de lo contrario disfrutaré bañándome en tu sangre.

Alza el arma y me apunta. Cierro los ojos, lloro por fin y sonrío, pues sé que de aquel lado un ángel me espera. *Dios, si existes, déjame reunirme con ella más allá de la muerte*. Entonces, al terminar mi única plegaria, escucho el segundo estallido y esta vez no es el cielo anunciando una tormenta. Puedo morir feliz, estaré en paz y sé que Roth Nikov traerá el infierno a la Tierra. Sus enemigos deben empezar a temblar porque desataron un legado de sangre, uno en el que el honor no ganará.

◇◇

Las cadenas me magullan la piel de las muñecas mientras una gota de agua fría me golpea la cabeza. Estoy desnuda, atada de manos y casi crucificada en un calabozo de Dimak. El disparo aún resuena en mi memoria. Sí, disparó, pero nunca sentí el impacto porque soy la debilidad de ese hombre. Me odia por ello y decidió encerrarme para que muriera entre estas paredes de roca, bajo tierra. Lo cierto es que mi alma falleció en el instante en que le disparé a Bess Miller y supe que no regresaría junto a mi único amor. Yo misma jodí esa oportunidad. Por unos meses tuve la esperanza de que me rescatara; sin embargo, el tiempo ha dejado claro que no parece estar buscándome. Y no lo culpo, aunque era su plan hacerle creer a Dimak que estaba infiltrada, no previó que saldría de la casa o que le dispararía a su cuñada.

Lo peor es que aunque lo he perdido, todo eso solo ha impulsado una parte desconocida de mí. Ira. Tengo rabia y dolor acumulándose y siento que solo espero el momento indicado para explotar. Sé qué cartas mover y hacia dónde dirigirme, pero necesito llorar a mi hija, sacar el dolor y borrar los sentimientos. He conseguido una parte, pero aún trabajo en lo demás.

Roth Nikov me enseñó algo, que es paciente e ingenioso. No te dice lo que quiere que

hagas con palabras, sino que te impulsa, haciéndote creer que es tu idea, cuando fue él quien movió todos los hilos. Recordando esa enseñanza, sonrío al escuchar que se acercan unos pasos.

Ella ha venido veinte veces, lo que quiere decir que he pasado más de veinte días entre estas paredes, encerrada, sin bañarme, orinándome encima. La vida se ha empecinado conmigo y es hora de cambiar ese futuro de tragedias. Por mí, por mi hija, en su memoria.

—Bajar aquí es desgastante —murmura y solo logro ver parte de su pantalón militar—. Total, siempre recibo la misma respuesta.

Levanto un poco más la mirada, encontrándome a la dulce Hayden. Ella es mi objetivo, necesito lograr que haga lo que quiero sin tener que pedírselo. Sé lo que va a suceder y cuento tres segundos antes de que el agua helada me empape desde la cabeza. Una convulsión me recorre con el segundo impacto y me doblo, lastimándome más las muñecas, pero soy hija del maldito dolor, es mi compañero fiel. No van a quebrarme, no con algo tan tonto.

Luego pasa el rocío del vinagre, el cual parece inofensivo, pero hace que me escuezan todas las heridas, las cuales crean nuevas costras que ellos me arrancan de la piel cuando me torturan.

Hayden se posiciona delante de mí, levantándome el rostro, mientras tiemblo y escupo el vinagre.

—¿Estás lista para avanzar? ¿Por cuánto tiempo crees que vas a resistir?

—Asesinó a mi hija —rebato con la garganta rasposa—. Le disparó delante de mí, a una criatura inocente. —La ira vuelve a resurgir—. Me entregué a Dimak, fiel a su causa, hice cada cosa que pidió e incluso regresé con la basura de Nikov… ¿y así es como me paga?

—Te ha dejado vivir —comenta, como si Dimak tuviera el derecho a ser juez de mi vida.

—Y eso dice lo poco merecedor que es. Debió asesinarme, ambas lo sabemos. Es un hombre débil, una cucaracha que se esconde en Londres porque tema que Nikov o Cavalli lo encuentren. ¿Crees que un hombre como él merece gobernar la milicia?

—No —responde y me suelta. Quiero sonreír en su maldita cara. Dominic lo dijo, la mente humana es muy fácil de manipular.

—No sé quién podría —musito e intento estabilizar los pies, a lo que ella reacciona liberándome de las cadenas. Se arrodilla y me masajea los tobillos.

—Conozco a alguien que sí, pero… olvídalo —dice rápidamente—. Dimak nos mataría, sería traición.

—Dimak ya no es nadie, perdió a sus mejores hombres. Solo quedamos nosotras, ¿no lo ves?

—Phils Rawson se comunicó conmigo —confiesa, pero es algo que ya sé. Lo supe desde mi quinto mes de embarazo porque la he escuchado a escondidas—. Lo sacaron de la CIA por denunciar a sus supervisores, está molesto…

—¿Él tiene entrenamiento? —la interrumpo, fingiendo no saber de lo que habla—. Podría ser un nuevo comandante en la academia, nos liberaría para servir a su lado.

Phils Rawson, según lo que entendí de sus llamadas y mi investigación de hace meses, era un agente de la CIA que intentó derrocar a Cavalli, pero que no llegó muy lejos porque mi Capo lo destituyó de su cargo. Hayden y Phils tienen un hijo en común, un sucio secreto que ambos compartieron cuando ella era su caso. Soy yo quien ha moldeado ese hilo en la vida de Hayden, pues necesitaba que el amor del pasado regresara, de manera que ella pudiera dejar de lado esa lealtad infinita hacia Dimak. Es un plan arriesgado que pensé que podría ejecutar para salvar a mi bebé, pero ahora solo puedo usarlo para sacarme a mí de este infierno.

—¿Y Dimak? ¿Qué hacemos con él?

Aquí está la línea en donde todo empieza o acaba. Mis siguientes palabras pueden ser una salvación o una sentencia de muerte. Un precio a mi cabeza.

—Yo lo mataré —respondo con seguridad y sin titubeos. Ella jadea, admirada y escandalizada a partes iguales. Saboreo mi triunfo ante su silencio. Las mejores palabras son aquellas no pronunciadas. Se pone junto a mí, dejándome las piernas libres y sale de mi prisión personal.

En mis entrenamientos con Dominic él no dejaba de hablar y de mantenerme en forma físicamente, pero a la par me daba consejos que en ese momento no parecían tener sentido, aunque ahora los agradezco. Él no estaba distrayéndome de lo que ocurría, sino preparándome para el futuro. Y esas palabras, junto a los recuerdos de mi animal, son lo que me mantienen con vida, resistiendo lo que sea necesario para salir y regresar a ellos. La valentía y fortaleza de Emilie me acompañan mientras aprendo a manipular como Dominic y a hacer mis estrategias en silencio como Roth Nikov. Ser el ratón callado ayuda a tener la visión más aguda; ser la cucaracha que el mundo aplasta te hace sobrevivir a cualquier veneno.

No puedo seguir siendo débil, quebradiza, viviendo de jaula en jaula, cuando nací para volar.

No dejaré que los buitres me coman. Seré el depredador y dejaré atrás a la carnada.

32: EL CARNICERO

Roth Nikov

La realidad es que la vida sigue, algunas personas se quedan en el olvido y otras se adhieren a ti, a tus sentidos, a tu alma.

Son un sonido sordo en tu memoria, pero constante. Las sueñas despierto, escuchas su risa, recuerdas su pelo y aquellos momentos compartidos. Están contigo en todo lugar.

Incluso en los peores.

—Señor —gimotea, doblegada.

Hacer esto no me da ninguna satisfacción, es un acto más. No siento, no reacciono. Solo voy en automático por la vida. Asesino y reviento cabezas como quien toma café por las mañanas.

Mi nombre resuena en cada rincón de Rusia, me temen, se estremecen. Estoy en la gloria dentro de la mafia, soy fuerte e inquebrantable para ellos.

La gente besa mis malditos pies, las mujeres llueven sobre mi polla y los enemigos permanecen ocultos en las sombras, acechando, sintiendo pánico por el siniestro ser en el cual me he convertido.

Tengo todo y a la vez nada. Ella no está, me la arrebataron de las manos. Mi familia me dio la espalda.

La Bratva ha resurgido en mi nombre, soy el hombre que se sienta en el trono, gobernando y dirigiendo la segunda potencia criminal más importante del mundo.

Ya no tengo a mi hermano al lado porque él tiene que dirigir su propio imperio. Ha transcurrido casi un año y ninguno de ellos me habla, solo Emilie.

Mi ángel, la rubia que ve algo en mi corazón. Ella me hace pensar que aún sigue latiendo, que soy humano después de todo, porque lo demás está podrido.

El dinero, las mujeres y el poder. Tres males malditos. Yo los tengo todos.

Salgo de la pequeña puta, empujándola.

—¡Baila! —le exijo sin ninguna emoción.

Tiene las manos atadas, pero aquello no es un impedimento para divertir al Pakhan. Harán todo por mí. La mujer empieza a mover las caderas, alzando como puede las manos atadas sobre su cabeza.

Cierro los ojos, recostando la cabeza en el espaldar del sillón, ebrio de un recuerdo demasiado lejano, de una mujer que ya no existe.

Me rodeo la polla con la mano, ejerciendo presión, masturbándome.

Ella se encuentra allí, frente a mí. Mi pequeña *dusha*, mi alma.

—¿Se me permite beberme su néctar, señor?

—¡Silencio! —gruño. El mal humor se apodera de mí y mi recuerdo se va, como humo disipándose en el aire. ¡Maldita sea! Se ha ido tan rápido como llegó—. De rodillas —siseo, encontrándome con una mujer que claramente no es mi esposa delante de mí.

Me obedece de inmediato. No está aquí para su beneficio, sino para mi placer. Es un pedazo de carne comprada en la carnicería.

Hará lo que yo diga, incluso si le ordeno pegarse un tiro. No tendrá el jodido carácter de hablarme de frente y mandarme al diablo. No debo cuidarla, no he jurado protegerla y no le he fallado. Esta mujer no es nadie.

Es solo mercancía entre tantas otras más. Mañana no recordaré esta noche, no habrá nada

memorable en ella, solo sexo y muerte.

Me pongo de pie, la agarro del pelo y, ordenándole que abra la boca, me hundo en ella y follo lo único que vale la pena de ese ser.

Se ahoga, la saliva le baña la barbilla y el cuello mientras yo disfruto con su sufrimiento. No soy un santo, no vine a ser bueno, ni recto. Dejé esos sentimientos atrás, en algún lugar del pasado. Me los arrebataron, igual que ella. Precipitado, sin razón y ninguna explicación, los enterré en lo profundo y ahora solo hay oscuridad en donde antes existía la vida. Ahora sí soy un animal, uno salvaje.

¿Ella quería mi néctar? Ahora puede atragantarse con él. Sonrío y saco mi verga para quitarme el preservativo, lo cual la deja tomar una bocanada de aire antes de que vuelva a entrar de golpe.

Abre mucho los ojos mientras los chorros de semen golpean su garganta una y otra vez, desbordándosele de la boca. Rujo, hundiéndome con fuerza hasta que no me queda nada, solo entonces la suelto.

Su cuerpo cae hacia atrás y veo unas lágrimas de rímel corriendo por sus mejillas. Debería llorar de tristeza, pero la sonrisa de perra en su rostro grita cuánto acaba de disfrutar por el placer de saborear mi semen.

Probablemente pase semanas alardeando por ser la puta a la que me follé. No es que sea zorra por joder conmigo, sino que es una puta por aguantar que me la folle como quiera incluso si no obtiene ningún placer real.

Me subo el pantalón y me siento de nuevo en el mueble acolchado. Le lanzo un fajo de billetes al pecho desnudo.

—¡Vete! —indico, alto y claro.

—Gracias, señor. —Se inclina y me besa las puntas de los zapatos.

Muevo la mano con desinterés para que salga del privado y lo hace casi arrastrándose, pues ha estado dos horas encerrada aguantando las torturas a las que sometí su cuerpo.

Ha merecido la pena, he aliviado las partes jodidas de mí. Lev entra de inmediato y no se alarma por el panorama. Todo esto se ha vuelto normal para él: las fustas, las reglas de madera, las varas de goma gruesa, cera en el piso… la cual le derramé en la espalda y en el coño a la zorra.

—Sigo respirando —me burlo, tomando whisky directo de la botella.

—Tenemos un asunto —replica con seriedad.

—¡Habla! —exijo. Los negocios son negocios, van antes que nada.

—Uno de nuestros hombres terminó muerto, fue decapitado. Es de San Petersburgo, pero el hecho ocurrió en Noruega, en donde estaba de vacaciones con su familia en la costa…

—¿Por qué carajos me interesa? Búscale un suplente. Murió, alguien más ocupará su lugar. Ley de la vida, no se es indispensable.

Te traicionan, te abandonan y luego buscan quién ocupe tu lugar. Así de simple. Incluso si das un mil por ciento de ti, alguien siempre podrá llenar el vacío que dejes.

—¿Realmente ya no quieres buscarla? —cuestiona.

Rodea el desperdicio en el piso y no puedo mirarlo a la cara. Siempre tengo en su lugar mi máscara de frialdad, la que me permite fingir que su mención no me lastima, que no se siente como una espina en el pecho, como una daga contra el cuello.

Hace días ordené detener cualquier búsqueda. He perdido recursos recolectando pistas falsas que me mueven de un lugar a otro del mundo, viajes desgastantes que no me llevan a nada concreto.

Ellos desaparecieron esa noche. Dimak posee un pasaporte diplomático y no existe ningún programa de rastreo o reconocimiento que no haya usado ya.

Ella tampoco me dio ningún tipo de señal. Esperé llamadas que no llegaron y no puedo seguir huellas que parecen ser invisibles.

He cerrado el sentimentalismo porque debo reinar sobre la Bratva. No me conviene verme como el hombre desesperado que ha perdido recursos y tiempo detrás del fantasma de una mujer.

¡Hay miles en el mundo! Quizás no como ella… Nunca serán ella, pero ¿qué opción tenía? ¿Crear una novela romántica en donde rescataba a la doncella de la torre y me la quedaba luego de matar al dragón? Sí, por favor, ¿fumas o te la chupas? Porque esa mierda te hará daño.

Es mejor ser el distribuidor que el consumidor, créeme. Al menos te haces millonario.

—Fui claro, ese tema está finalizado.

—Unos testigos aseguran que el hombre que lo mató tenía un águila, el símbolo militar.

Miro la botella fijamente. Siempre que intento dejarla atrás algo más llega, ¿cuándo será suficiente?

Ya he sido un hijo de puta por retroceder y por pedirle al infierno que, si ella vive en algún lugar del ancho mundo, al menos sepa sobrevivir y nunca se dé por vencida, no como lo hice yo.

—Eres mi mano derecha, Lev, te he dado poder y gloria gobernando a mi lado, me has demostrado ser fiel y justo dentro de los parámetros de la mafia, has cuidado de mí y por ello no te mataré por desobedecerme. La única situación en la que mencionarás a Britney Nikova es si aparece, viva o muerta, porque de esperanzas el pez se muere —siseo, levantándome de mi lugar.

Dejo la botella a un lado y me encamino hacia la salida. No va a contradecirme, tampoco a insistir.

Sabe que digo las cosas una sola vez… y en este caso me he repetido. No puedo seguir con ese tema, ha pasado casi un año. Ya la he imaginado en demasiados escenarios fatales.

¿Noruega? No, no saldré corriendo hacia allá para quedarme enjaulado en otro enfrentamiento en el que perderé a parte de mis hombres y regresaré a Rusia con las manos vacías.

Es el juego de Dimak: darme una pista, atraerme a ella y hacerme ver como un tonto. Cuando vea que no me muevo, que desistí de jugar, saldrá. Las cucarachas siempre lo hacen de noche, cuando creen que los demás se han dormido. Entonces tendré mi trampa lista para agarrarlo.

Estoy siendo paciente, ofreciendo el cebo y sentándome a ver cómo cae en mis redes.

La sangre se escurre entre mis dedos, el líquido los cubre tanto que no veo mi piel. Observo, maravillado con el vibrante rojo, la viscosidad y frescura. Me río y logro que mis invitados se asusten, a excepción de Lev, quien sonríe de lado y sacude la cabeza. Estos meses ha sido mi hombre más cercano, aquel que ha presenciado mis demonios en su máximo nivel. Él sabe que, para mí, este acto no representa nada.

Alzo la cabeza del líder de una pequeña pandilla en formación. No es un rival a mi altura y atraparlo ha sido fácil, pero el propósito de esto es mostrarles a sus seguidores lo que sucederá si deciden continuar.

Tiro la cabeza, haciéndola rodar en la línea recta del boliche y logrando un tiro perfecto. Las piezas caen, unas contra otras, la malla atrapa la cabeza que ha servido de bola y la regresa gracias al sistema mecánico. Aplaudo y aparento que me divierte el verla volver a mí.

—¿Quién quiere ser el siguiente? —cuestiono, retomando mi monstruoso papel y girándome hacia los nueve hombres que siguen de pie, alarmados y con los ojos casi

saliéndoseles de las cuencas. Sí, este es el jodido animal del que todos hablan. La bestia, el maldito anticristo.

Mírenme, adórenme y teman, porque si el reino de Dios está hecho de misericordia, mi reino está compuesto de azufre, sangre y dolor. Reinan los grandes, que dominamos a los débiles.

Los hombres se miran entre ellos y sueltan palabras de negación. Se escondían aquí, en un pequeño autocine con esta imitación de un centro de boliche. Huele a suciedad, a moho y aguas estancadas. Tenían tiempo de sobra para planear cómo joder a mi gente, pero no para limpiar. Si bien me gusta ensuciarme de sangre, odio el mugre.

Lev atrapa al primero que intenta correr hacia la puerta, como si mis hombres y yo pensáramos dejarlos marchar y fuera tan sencillo hacerlo. ¡Ilusos! Dos de ellos vienen contra mí y eso solo me llena de emoción.

Agarro el pico de jardinería con el cual acabo de cortarle la cabeza a su amigo y lo impacto en la cara de un moreno. Grita y ese sonido es como júbilo para mis oídos, una satisfacción que burbujea en mi sangre, calentándome por dentro.

El otro para en seco, aterrado. Es un hombre en sus buenos treinta, enorme, de aquellos que se crean músculos en el gimnasio y que luego no saben cómo carajos usarlos.

Son un camión sin motor. Los hombres en la mafia no tememos morir, vivimos con un propósito y morimos con orgullo, sabiendo que nuestros nombres serán leyenda, que hablarán de nosotros por generaciones, que dejaremos una marca en la historia. Sí, queremos ser recordados, no como los mejores, sino como los peores. El que más cruel fue, ese que adoraba la sangre o se vanagloriaba en su poder sembrando el terror… Todos deseamos escalar, estar en la cima. Gobernar.

Le lanzo el pico, enganchándoselo en el pecho, y cae de rodillas, abre los brazos y berrea cual animal herido. Un jabalí salvaje. Salto y corro hacia otro que cae en manos de Lev. Mi hombre de confianza es brutal y le gusta matar más rápido, sin jugar con la presa. Va directo y los aniquila, mientras que a mí me gusta causar dolor, disfrutarlo despacio.

Sostengo el trozo de madera, lo saco y se lo vuelvo a clavar al desafortunado hasta que deja de gritar y lloriquear. Me giro y sigo con los demás.

La sangre salpica entre nosotros, sus gritos se hacen cada vez más fuertes hasta que solo queda un silencio que se llena con la respiración agitada de mi gente. Ellos nunca tuvieron ventaja, lo sabían. Se arriesgaron, apostándole una carrera a la suerte, cuando yo soy el creador.

—Apilen lo que queda de ellos. Cuelguen sus cuerpos en la plaza con un letrero, hecho con su propia sangre, que diga: «solo la Parca puede acabar con la Bratva». Que todos aquellos que crean tener una oportunidad retrocedan, pues su único futuro será la muerte —ordeno, observando a los más de veinte hombres. Ellos me sirven sin refutar, mi palabra es la ley.

Salgo del lugar, tomando uno de los coches. Desde Dimak Trivianiv, no conduzco mis típicos vehículos, sino que son rotativos. Estoy manchado de sangre y muerte, pero no me importa, quiero llegar a la casa antes de que salga el sol para meterme en esa cama vacía y autoflagelarme con los recuerdos de mi esposa. Estoy casi llegando cuando una patrulla decide enfrentar la oscuridad en esta noche. Me detengo en la orilla como me lo indican y espero con paciencia a que me toque el cristal. Cuando lo hace, lo bajo sin girar del todo el rostro. Entonces la luz de la linterna me enfoca y escucho el jadeo ahogado del hombre.

—Señor Nikov… N-No sabía, esto, y-yo —tartamudea.

—¿Se le ofrece algo, oficial? —pregunto con burla, mostrándole mis dientes a modo de sonrisa.

Soy la autoridad, nadie está sobre mí. Rusia me pertenece e incluso el presidente es un títere de mi organización. El hombre retrocede, excusándose. *Creo que no le gustó mi sonrisa.*

—Nada, lo siento, señor. No volverá a suceder, ¿necesita escolta? No es bueno que ande solo en la carretera.

—Estaré bien por mi cuenta —respondo y acelero.

Siempre estoy mejor por mi cuenta. La soledad es una gran amiga de la cual ya no quiero apartarme.

33: MI ÁNGEL

Roth Nikov

Llego a la residencia y me quito la ropa en la entrada sin que me importe el frío. No joderé la limpieza de *Madame*, mi fiel mujer, la única a quien le importo lo suficiente como para prepararme comida libre de veneno. ¿Quién no quiere a una mujer así? Es la única que no me da problemas. Entro a la casa desnudo. La ropa ya no sirve, tiene demasiada sangre. Atravieso el salón principal, recordando las risas de los niños, imaginando a Emilie sentada en el diván leyendo, a Dominic observándola desde el balcón, a Britney bajando la escalera mientras me esperaba… Se me rompen todas las ilusiones.

Cuando entro a mi habitación algo está mal, hay un bolso de mujer en mi mesa de noche y un cuerpo en mi cama. Enciendo la luz, asustando a la intrusa.

—¡Roth! —chilla y salta con su habitual energía. No repara en mi desnudez, solo se aleja de la cama y brinca como un koala sobre mí—. Uy, estás pegajoso —se queja.

—Y desnudo —puntualizo, soltándola—. ¿Qué mierda estás haciendo aquí?

—Visitándote, como siempre. ¡Por Dios, tápate!

—Deja de entrar a mi casa como una ladrona y no tendrás que mirarme.

—Dije que te tapes, pero eso no significa que no quiera mirarte.

—Bueno, dale una excusa más a tu marido para que quiera asesinarme —ironizo, caminando al baño. Ella me sigue. Está claro que mi desnudez no va a intimidarla.

—Estoy llena de sangre, límpiame —me pide desde atrás. Agarro una toalla, la mojo con agua caliente, la siento en el lavamanos y empiezo a limpiarle el rostro. Tiene sangre en las mejillas y su blusa está arruinada—. Tienes que darte una ducha, ¿por qué te embarras así? ¿La sangre es el nuevo tónico de la belleza?

—El elixir de la juventud —siseo con ironía y me acuna el rostro, ensuciándose más.

—¿Cómo estás, hombre mío?

—Vivo, ángel. Sigo vivo. —Bajo la cara, escondiéndome de sus ojos verdes. Ella tiene el poder de conocer mis sentimientos, incluso si no los expreso en palabras.

La dejo y me meto a la bañera. La escucho parlotear sobre los niños mientras se retira partes de su ropa. Salgo cuando dejo de oler a muerte y me cubro con una toalla. Em sigue mis pasos, contándome del nuevo logro de Damon, de la medalla meritoria de Emma, de la travesura de Ellie y de las nuevas palabras de Anais, quien, para solo tener un año, es increíble. La escucho y no digo nada. Suele hacer esto: viene una vez cada dos meses, me cuenta todo lo que han hecho, se mete en mi cama y se acurruca a mi lado.

Le tiro una de mis playeras para que se cubra y prepara la cama. Cuando tengo el pantalón de chándal puesto, me acuesto a su lado. Me rodea rápido la cadera y se apoya sobre mi pecho desnudo. Suspiro en silencio y llevo mi mano a su pelo rubio, acariciándola. Mañana se irá, pero mientras duran estas horas a mi lado, me recuerda al hombre que fui.

—¿Cómo están… ellos? —pregunto, aclarándome la garganta.

—Bess está en una nueva terapia y tiene mucho ánimo. Su instructor asegura que logrará recuperar algo de movilidad. Raze es… Raze y sigue odiando al universo. Y Don está en su mundo, creando, planeando —susurra. Escucho una mejora en su tono al referirse a su esposo,

parece que han conciliado sus diferencias. Me alegro de que Bess tenga una mínima oportunidad. Raze… Ya no sé qué pensar sobre él.

—¿Cómo estás tú?

—Feliz de estar aquí, te extraño mucho.

—También te extraño, caprichosa, ¿te has escapado esta vez o pediste permiso? —me burlo, mirando al techo, sin dejar de acariciarle pelo.

—Dominic está en Chicago… Eventualmente se dará cuenta de que salí.

—No puedes seguir haciendo esto, es arriesgado. Que me odien más es lo que menos necesitamos —le recuerdo.

—Nadie te odia… —Me río, cortando sus palabras—. Bueno, Raze un poco, pero Bess no. Y Dominic tampoco, solo que es demasiado orgulloso como para tomar el teléfono y pedir perdón.

—Eso es de maricas.

—Es lo que él dijo, por ello vine a buscarte.

—No pasará…

—Es el cumpleaños de los mellizos, Roth. Te perdiste el primero de Anais y faltaste al de Emma; no hagas esto con Damon, por favor. Él no entiende lo que sucede, está confundido, rebelde… Es mi bebé, por favor. Lo único que quiere es a su tío allí. Me partió el corazón escuchar sus deseos.

—No iré —determino. Por mucho que ame a sus hijos, casi como si fueran míos propios, no asistiré—. Le enviaré un lindo regalo y lo llamaré, ¿de acuerdo?

—Irás, vine a buscarte. No existe una negativa. Ahora cállate y duerme, estoy cansada —replica y suspira antes de acurrucarse en mis costillas y quedarse profundamente dormida.

No sé quién disfruta más estos momentos, si ella o yo. La acomodo y la cubro con las sábanas. Mucho más tarde me duermo yo.

¿Negarle algo a la caprichosa señora Cavalli? Imposible. Esa mujer consigue lo que quiere. Está a punto de saltar en una pierna mientras me subo al jet. Lev se encuentra igual de incómodo por ir, pues América no es un lugar que sea de su agrado. Yo tengo los pensamientos corriendo de un extremo a otro, planeando mis propios movimientos. Nos hospedaremos en un hotel y solo iré unos minutos a la celebración para entregarle mi regalo.

Esta situación será bastante difícil y puedo predecir cuán errónea es mi decisión de ir, pero se trata de Damon. Los niños no tienen la culpa y el pequeño ha pasado por demasiado en sus cortos años. Una razón más para que Dominic me odie.

Cuando Britney y Bess abandonaron la casa y la seguridad, también dejaron un problema detrás. No fue solo que Bess perdiera la movilidad, sino que la casa fue atacada por la gente de Dimak y los niños sufrieron en el bosque, corriendo para ponerse a salvo gracias a la rápida respuesta de su madre. Mientras tanto, yo estaba con Raze, sacando a Dominic del psiquiátrico de su madre, aquel que se encargó de destruir. Asesinó al personal encargado de vigilar a Isabella, los que, según él, fueron los cómplices de la difunta. ¿Cómplices de qué? No lo sé. Cuando recibimos la alerta ya era muy tarde. Tuve muchos fallos en mi relación con Britney y darle libertad fue el mayor de ellos. No quería ser un segundo Dominic, colocándole un rastreador, pero ahora sé que eso es lo que debería haber hecho. Esa noche, la alarma de seguridad de la casa anunció a los intrusos e intentamos llegar a ellas, creyendo que todas estarían unidas. La realidad era otra. Emilie estaba perdida en la nieve con los niños, en el ancho bosque, rodeada de animales salvajes. Bess se encontraba tirada en la orilla de la carretera,

desangrándose, perdiendo no solo la movilidad, sino a un segundo hijo de mi hermano. Arruiné la felicidad de Raze. Ahora su esposa no solo no podrá darle más hijos, sino que también ha quedado paralítica y amarrada a una silla de ruedas. Y Don me culpó por dejarlas solas para ir por él.

Mi mayor equivocación fue salir a buscarlo. Sí estaba preocupado, pero Don era uno solo; ellos eran más, las mujeres y los niños, por quienes siempre velábamos antes de pensar en nosotros mismos. Lamentarse no cambiará ninguna de las acciones previas y tampoco el desenlace.

Respirar el aire de Nueva York es doloroso y me recuerda los mejores días. Mirar las calles me da nostalgia, pues rememoro el tiempo en el que éramos los reyes de este lugar. Hombro con hombro.

—No te hospedarás en un hotel, no me enojes. La casa tiene habitaciones de sobra, no te quedarás lejos de tu familia —asevera y le ordena al chofer que se dirija a la mansión.

—Ya no son mi familia —le recuerdo.

—Eres tan imbécil como Dominic. ¿Ahora no somos tu familia porque las cosas pintan mal? Te tengo una noticia: las familias pelean y se separan, pero vuelven a unirse. Si alguien asesina a Don, ¿te quedarías de brazos cruzados o lo vengarías?

—¿Qué pregunta es esa? —replico, airado—. Lo vengaría. Les sacaría las tripas a los culpables y las colgaría del Empire State. No deja de ser mi hermano, incluso si estamos separados.

La rubia sonríe, iluminando el interior de la limosina con solo ese gesto. Lev se remueve con incomodidad. Emilie lo pone nervioso y creo que la mujer lo atrae secretamente, pero ¿a quién no? Ella es una reina a la altura de su esposo.

—Es lo mismo que dijo él… No sobre las tripas, fue más de órganos y tal, pero al final la respuesta es similar. Ustedes se aman, se guardan esta lealtad inquebrantable el uno con el otro. Podrían entrar en una lucha de poder, Rusia contra Italia, pero aún manejan las divisiones, creando un imperio único que no interfiere con el otro, ¿no lo ves?

—La pregunta correcta, mi ángel, es: ¿continuará de ese modo siempre? Tenemos un año de distancia y muchas cosas pueden cambiar. Mañana Don puede ser mi rival, quizás debas elegir y apartarte de uno de nosotros. No podrás amarnos toda la vida por igual —sentencio.

Eso la hace voltear el rostro. Veo que se tensa y forma dos puños.

—Eso no pasará —garantiza, pero es algo que ninguno de nosotros puede saber con certeza.

—¿Y si Dominic llegara a pensar que no solo te acurrucas contra mí? Si por azares del destino nos imagina follando en Rusia mientras te escapas de su lado, ¿qué no haría el Capo? Todo puede pasar, Emilie. Todo.

—No sería de esa manera —me contradice—. Sabes tan bien como yo que, muy a pesar de todo lo que ha sucedido en el último año, Dominic conoce mi corazón, que le he demostrado mi amor, mi devoción por él y por nuestra familia. Él tiene la seguridad de que te amo, de que mi corazón está dividido entre los dos, porque él es el amor de mi vida y tú eres mi hermano. Don no te lastimaría nunca, incluso si llegara a odiarte… Tocarte a ti significaría destruirme a mí. Y si tú me amas de la forma en la cual yo lo hago, jamás lo lastimaras a él, ¿me escuchas, Nikov? Porque nunca elegiré entre ustedes. —Sus palabras son claras y su actitud determinada aún mayor.

La limosina se detiene frente a la mansión Cavalli. Lev sale primero y lo sigo para ayudarla a salir. Cuando le doy la mano me la sostiene con fuerza, deteniéndose frente a mí. Ella

me acaricia el rostro y no puedo evitar cerrar los ojos.

—No imagino un mundo sin ti o sin él. Por favor, hazlo por mí. Acércate a él, vuelvan a unirse. Nuestra familia no necesita más dolor, sino alegrías. Eres más inteligente que Dominic, no caigas por la terquedad. Si te busca, permítele expresarse. —La rodeo por los hombros y la abrazo—. Existen cosas que no sabes, pero que te puedo porque las conozco: Dominic te ha amado por años y también ha renunciado a mucho para salvarte a ti, porque sabía quién eras y lo que valías. No como un soldado, sino como su hermano.

—¡Tío! ¡Tío Nikov! —gritan las pequeñas vocecitas en italiano. Emma y Ellie se abrazan a mis piernas y dejo ir a su madre para cargarlas. Están enormes y vestidas idénticas, con coronas de oro incluidas. Los rasgos de Emma han evolucionado, es más parecida a Emilie ahora.

—Está en un tratamiento experimental —explica Emilie—. Con el pasar de los años no se verá diferente al lado de otra niña. Son hormonas.

—Siempre ha sido hermosa y ahora es inteligente —alabo a la criatura.

Damon está en la escalera, sentado, esperando, apartado. Hago reír a mis niñas antes de que Emilie se las lleve dentro de la casa, invitando a Lev con ella. Me siento al lado del hombrecito y le revuelvo el pelo.

—¿Estás molesto conmigo? —Es lo primero que pregunta.

—No —respondo—. Nunca estaría molesto contigo.

—¿Es porque no encontré a la tía Brit esa noche? Te juro que la busqué. Es por eso que hirieron a mamá, ¿cierto? Tardé demasiado, no fui rápido… —Lo abrazo antes de que continúe. Es un bebé, un niño inocente que no merecía la carga de ver cómo lastimaron a su madre delante de él—. Se la llevaron, se llevaron a mi tía Brit.

—No es tu culpa, Damon. Y todo está bien ahora —miento en la última parte porque no quiero hacerlo sufrir más. Me niego a cargar sus pequeños hombros con un peso innecesario, el cual solo nos pertenece a los adultos—. Vamos, campeón, celebremos tu día. Tía Brit está bien, está luchando, haciéndose fuerte. ¿Recuerdas cuando entrenaba con tu papá? Pues se encuentra haciendo lo mismo ahora. Entrenando.

—¿Me lo prometes? ¿La traerás con nosotros? La extraño —susurra, limpiándose las mejillas y alejando las lágrimas que no pudo ocultarme.

—También la extraño mucho. Te prometo hacer todo lo que está en mis manos.

—Papá la está buscando. Él me lo prometió, me dio su palabra.

—Y la cumpliré —dice Dominic tras nosotros. Me levanto, enderezándome. Es triste la situación en la que nos encontramos, no sé si es mi rival o si continúa siendo mi amigo. Ha cambiado en estos meses, tiene un corte más bajo y la barba en un estilo cuadrado. Se le ve más letal, más adulto. Yo también he modificado mi apariencia. Tengo el pelo al estilo militar, dejando de lado el copete, y la barba se me ha poblado más, aunque sigue siendo corta. Porto una cicatriz visible en la cara, sobre la ceja izquierda, gracias a uno de los hombres de Dimak.

No me saluda, no dice una palabra, solo agarra a Damon. Yo tampoco hablo, aunque ambos nos hemos mirado y casi hemos sentido alivio de encontrarnos enteros. Entra con el niño a la casa y los sigo.

Dicen que existen momentos en la vida para los cuales no estás preparado por más fuerte que seas y quizás este es uno de esos. La casa está decorada con globos, tela de papel cayendo del techo y suena una música suave. Algunos de los moteros de Raze se encuentran sentados con sus mujeres en las piernas, pero mis ojos solo se dirigen a la pelirroja que está en una silla de ruedas. Se ve delgada, mucho más delgada… Veo sus piernas descubiertas y resecas, parece que la piel estuviera pegada al hueso. Ha perdido demasiado peso.

Raze, quien está tranquilo, besándole los nudillos y diciéndole algo que la hace reír, levanta la cabeza y me ve. La sonrisa se desvanece de su rostro de inmediato.

Joder, claramente no sabía que yo estaría aquí.

—Mala idea —musito bajo. Emilie le pide a Vicky que saque a los niños y yo retrocedo porque lo que menos quiero es causar daño. Por lo visto es lo único que hago…

—¡¿Cómo te atreves?! —ladra, levantándose. Bess lo agarra de la chaqueta de cuero.

—Raze, cálmate —pide con esa vocecilla pequeña.

—Es el cumpleaños de Damon y él quería tenerlo aquí —explica Dominic, moviéndose más cerca de Raze. Lev, que está desubicado con una bebida en la mano, me observa. Entiende inglés y sabe lo que se está diciendo. Lev no está acostumbrado a esta interacción en la cual Raze me culpa del hambre en el mundo y yo solo bajo la cabeza. Nunca ha visto que nadie me levante la voz y viva.

—¡¡Nos vamos!! —grita, orgulloso—. No respiraré el mismo aire que esta basura.

—No es necesario, me retiro yo…

—¡Nadie se va! —interviene Emilie—. Somos familia.

—¿Familia, Em? —sisea Raze, enfrentando a la rubia, quien levanta la cabeza sin amedrentarse. Dominic, como el león posesivo que es, empuja a Raze fuera del camino de su esposa—. Por su culpa Bess no camina, ¡perdimos a nuestro hijo por su perra traidora!

—Te he dicho que no fue su culpa —interfiere ella y la miro.

—¡No sabes nada! —grita Raze—. Eres demasiado buena, ves cosas que no existen…

—No estabas allí —sentencia Bess y luego me observa—. No es culpa de Britney, yo la hice salir… Tenía la cara destrozada, pero la vi, Roth. No tenía otra opción, nos iban a matar a ambas si no fingía.

—¡Era preferible…! —exclama la bestia de mi sangre. Esa es la gota que sobrepasa a Dominic. Sé que no deseó que asesinaran a su esposa, pero está sobrecargado por las emociones al tener a su enemigo delante; al culpable, según él, de todas tus tragedias.

Dominic le da un empujón en el pecho para calmarlo, pero el demoledor nato en Raze no está listo para retroceder, así como mi lealtad por Dominic tampoco, porque cuando mi hermano avanza y le golpea el rostro a Don, se me nubla la vista y soy quien pierde la serenidad. Ataco a Raze para defender a Cavalli. Somos titanes, dos montañas de músculo puro, dispuestas a doblegar al otro. Estoy cansado de aguantar el peso de su odio, pues han sido años soportando su pésimo actuar hacia mí, las acusaciones y el dolor que me generó. Voy con todo y lo golpeo primero en el rostro. Raze no parpadea para atacar, las mujeres gritan y los hombres se mueven para separarnos. Lev, como mi segundo al mando, activa su arma y le apunta a Raze cuando lo hago caer de rodillas, haciéndole una llave en el brazo.

—¡No! —le gruño a Lev, quien parpadea, desorientado, hasta que tiene cinco armas apuntándole a la cabeza. La de Harry, Damián, Jake, Byron y otro nuevo integrante, Pardo, si no me equivoco.

—¡Basta! —ordena Dominic, limpiándose la boca. Nicklaus está a su lado, listo para joder al mundo—. Denle gracias a Dios de que los niños no han presenciado esta mierda, si no, ¡yo mismo los asesinaba a todos! ¡Guarden las jodidas armas! —demanda. Suelto a Raze, que se levanta como un huracán y me mira con odio.

—Maldigo llevar tu sangre —sisea frente a mí—. Eres una vergüenza. Cada día que pasa te maldigo por matar a Robert, cada día deseo que fueras tú quien hubiera muerto.

—Somos dos —respondo, sonriendo y camuflando el dolor con ironía—. También desearía estar muerto.

—Pues te haré el favor —avisa, sacando su arma y ubicándola contra mi cabeza. Tenemos la misma complexión muscular, aunque quizás soy un poco más alto, pero estamos cara a cara. Siento la respiración de un toro abriendo sus fosas frente a mí—. Tu mujer es una puta, se jodió a Trivianiv y aun así la recibiste. Hizo que mi esposa quedara paralítica, que Emilie luchara para salvar a los niños en medio de la puta nada y tuviste los cojones de defender a esa perra sobre nosotros.

Quita el seguro del arma y Lev se mueve, pero levanto la mano para detenerlo.

—Está bien, Raze —susurro—. Si mi muerte te hará vivir sin odio, adelante, hermano.

—Saluda a Robert de mi parte si lo ves en el infierno.

Seguro es el lugar a donde iré.

—¡No, no! —grita Bess. Intenta levantarse de la silla y cae al piso. Mi hermano no la está viendo arrastrarse para llegar a él, pues su odio por mí es mayor, siempre lo será—. ¡Tú lo hiciste! ¡Tú asesinaste a Robert! —exclama. Raze frunce el ceño, listo para girarse, pero Lev se le va encima y el arma se dispara. Sé que me ha dado a mí porque siento un dolor agudo en el cuerpo. No sé en dónde estoy herido hasta que Dominic me agarra el abdomen y presiona. No me doy cuenta de nada porque solo observo a mi hermano, sus ojos. El dolor, la confusión, el terror. Parece que ambos nos vamos en el tiempo, retrocedemos años y años hasta llegar a una sala en donde Robert es quien cae y Raze queda detrás con la sangre por todo el cuerpo y rostro.

Existen verdades que matan… Y condenas que deben dejarse ir.

34: MI TRONO

Roth Nikov

Reunir a un montón de mafiosos malhumorados no es buena idea, menos cuando uno de ellos está lleno de odio hacia otro. Raze no puede o, mejor dicho, no quiere asimilar la verdad. Ha estado en su cara, pero se negó durante años a ver las señales. Sí, me culpé a mí mismo para darle un respiro a su cabeza, pues temía que se enloqueciera; sin embargo, no puedo vivir cargando en los hombros las culpas de otros porque los demás, seguro como la mierda, no lo harán por mí.

Sale de la estancia, casi tropezándose con todo, al tiempo que Bess lo llama con desespero, gritando su nombre y llorando. Emilie se mueve para ponerme hielo en la herida.

—Estaba apuntándote —jadea Lev, quien no comprende del todo lo que sucede.

—Tienes la bala dentro —afirma Dominic. Los moteros siguen a Raze cuando escuchan que su moto se aleja. La cabeza me da un vueltas por toda la sangre que me brota de la herida.

—Debía hacerlo —solloza la pelirroja—. Va a odiarme, acabo de perder a mi marido.

—Tranquila, roja, Raze solo necesita espacio. Él volverá a ti, lo sabes —la consuela Vicky. Nicklaus es quien carga a Bess para devolverla a la silla de ruedas.

Observo la puerta y algo dentro de mí me grita que corra tras mi hermano, que no lo deje de lado, que no lo abandone, pero sé que no puedo hacerlo. Tengo que soltar a Raze, darle la oportunidad de regresar por su propia voluntad. Es como debe ser.

Le toca al motero dar el primer paso.

Emilie es la encargada de mi herida y yo bebo mucho whisky para soportar la extracción de la bala. Ella se mancha toda, pero permanece callada.

—¡Dilo! —exijo. Conozco a esta mujer desde la punta de su dedo del pie hasta la hebra más delgada de su cabello.

—Quería que nuestra familia volviera a unirse…

—Es algo imposible, ángel. —Aprieto los dientes cuando deja caer el alcohol—. ¡Hijo de puta!

—Tranquilo, solo debo coserte y estarás bien.

—¿Quién se imaginaría que el ratón de biblioteca se convertiría en una experta en balas?

—La práctica hace al maestro, pero no me cambies de tema.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que ha sido un error? Sí, Emilie, venir a Nueva York es un tremendo error, no remedia nada, solo parece que traje más desgracias. Bess acaba de gritarle a su esposo demente que él asesinó a su hermano, hecho por el cual me ha culpado toda su vida, ¿sabes cuál es el problema en todo esto? Bess lo ha sabido por años. El odio que Raze siente por mí… ahora caerá sobre ella.

—No sé qué hacer. —Llora, se quiebra frente a mí. Trata de limpiarse las lágrimas, pero solo consigue embadurnarse el rostro con mi sangre—. Don y yo estamos mal, igual que Raze y Bess… tú y Britney, ¿qué nos pasó?

—¿Qué? ¿Por qué ustedes estarían mal?

—Porque le mentí —interviene Dominic, entrando al baño de servicio en donde Emilie intentaba coserme. Ella baja la cabeza y me doy cuenta de que las veces que fue a mi lado era porque necesitaba cariño, estaba buscando consuelo.

—Los dejo solos —murmura y huye.

—Déjame ver esa herida.

—¡No necesito una mierda de ti, Dominic! —rujo, vertiendo el whisky en la herida. Sobreviviré. No necesito que me cosa nada ni que esté a mi lado por pena. Maldito hijo de puta. Dañó a la única persona que se ha preocupado por él—. ¿A cuál puta te follaste? ¿Es cierto lo de Katniss y me viste la cara de idiota al negarlo?

—No, no te mentí sobre eso.

—Sobre eso —me mofo—. Entonces sí mentiste en algo. Venir aquí fue un grave error. ¡Cristo! Quiero romperte la puta cara, golpearte tan jodidamente mal.

—Yo también lo quiero —concuerda—. Eres mi hermano, Roth.

—¿Tu hermano? —ironizo— ¡¿Mi hermano?! ¡Me abandonaste cuando más te necesitaba! ¡Saliste corriendo de Rusia! ¡Me dejaste solo! Yo nunca te hice esa mierda, permanecí leal a tu lado cuando nadie apostaba un centavo a ti, ¡yo sí estuve allí!

—Me pediste que me fuera…

—¡Antes de perder a mi mujer! ¡Antes de perderlo todo! Viste la salida fácil, la tomaste y no te giraste hacia mí.

—¡¿Qué querías que hiciera?! —explota finalmente—. ¡Mi esposa me estaba pidiendo el divorcio! Ella estaba herida y mis hijos quedaron traumatizados, ¡¡debía preocuparme primero por ellos!! No sabía qué creer de Britney, ¡te advertí que jodería nuestro mundo!

—No te atrevas a hablar mal de ella en mi maldita presencia, de lo contrario olvidaré el respeto que te tengo. ¡Es mi esposa! —siseo—. Y lo seguirá siendo.

Golpea la pared, furibundo, antes de dejar caer su cabeza, agitado. Sé que pedir disculpas no está en su sistema y arrepentirse de sus decisiones tampoco. Lo conozco, han sido años el uno al lado del otro, años que no se pueden borrar con solo uno de distancia. Dominic ha sido más mi hermano que Raze.

—Le pedí que te buscara, yo… Nosotros solo somos esposos de apariencia. Hablamos civilizadamente y compartimos cosas por los niños, pero la realidad es que ella tiene su propia ala dentro de la casa y yo la mía. No importa qué tanto trate de ganarme su perdón, mi error fue mucho mayor. Estoy contándote todo esto porque, aunque ella decidió que no me ama, yo, por el contrario, la amo más con cada instante que pasa. Y debo hacer un viaje…

—No —respondo antes de escuchar sus palabras—. Santo Roth no estará disponible para solucionarte la vida, no esta vez. Regreso a Rusia mañana mismo y no me interesa lo que necesites, eso quedó en el pasado. No eres mi enemigo, pero tampoco mi aliado… Creo que, después de todo, Gabriel sí tenía razón. Los rusos y los italianos no podemos estar asociados, mucho menos ser hermanos.

—Lo dices porque estás dolido, acepto mi equivocación.

—No me es suficiente, puedes ahorrártelo. Estás bien sin mí, Don, y yo estoy de maravilla sin ti. No nos crucemos en el camino del otro, así no debería haber ningún problema.

—¿Estás amenazándome? —replica, incrédulo—. Sabía que la Bratva te transformaría, pero no al nivel de que olvidaras quién te hizo. Recuerda, Nikov, yo te alcé a ese trono.

Río, sosteniendo mi americana y dejando el frasco a un lado. La sangre caliente me baja por el estómago y me ensucia el pantalón. Don está a mi lado y respira muy fuerte por la ira. Sí, nadie se atrevería a desafiar al Capo, mucho menos a no hacer lo que él desea, pero la vida ha cambiado para todos.

—La cosa es, Dominic, que no me «regalaste» el trono, yo lo trabajé, lo luché. Y si hoy estás en el tuyo fue gracias a mí. Así que me parece que no me debes ni te debo —puntualizo,

presionándome la herida—. Y te diré cuál es tu problema, que no sabes hacer lo correcto cuando se requiere. ¿Estás perdiendo a Emilie? ¿Qué hiciste para recuperarla? Oh, déjame adivinarlo, le compraste mierda material que no necesita, pero estoy seguro de que ni una sola vez te has detenido a hablarle, a decirle cuánto lo sientes o simplemente a escuchar el porqué de su enojo. Es lo que haces… Minutos atrás, antes de hablarme como si fuera tu subordinado, algo que ya no soy, debiste decirme: me equivoqué, lo siento. Eso no te haría menos hombre. He allí tu error.

Sin decir nada más, le golpeo el hombro al salir. Una parte de mí sigue siéndole leal al él, a sus ideales, a la forma en la cual trata de ser mejor en medio de este mundo corrupto, de darle un enfoque centrado a la podredumbre, pero no dejaré que me pisotee, que intente hacerme sentir inferior cuando siempre luché a la par de él sus batallas. Debe aprender a disculparse.

No me dolió que se fuera, pues, como bien dice, yo necesitaba que lo hiciera, yo mismo lo pedí, pero sí me duele que lo necesité y que me dio la espalda justo en el momento en el que mi castillo estaba siendo demolido. Quizás lo hizo porque tenía sus propios problemas pasándole factura, pero tuvo la oportunidad de hablarlo y eligió irse y olvidar a su hermano detrás, ese que nunca lo dejó de lado. Para bien o para mal fui su mano derecha, aquel hombre que veló por su bienestar.

Dejo la casa sin despedirme de nadie. Lev sigue confundido sobre si tomó o no la mejor decisión. No hablo con él, francamente me siento agotado.

Nos alojamos en un hotel, al cual llego goteando sangre y sin poder retrasar lo inevitable. En la *suite* caliento el cuchillo contra el fuego y me quito la ropa, limpiándome en el proceso. Entre tanto, recuerdo uno a uno mis momentos desde el instante en que me casé con Britney, buscando dónde fallé, cuál fue mi error o punto débil.

Me muerdo los labios y presiono el filo ardiendo contra mi piel, sellando así la herida. Me tomo unos analgésicos con whisky, los cuales sé que no me harán nada, y observo la ciudad a mis pies. Esta era mi casa, mi hogar. Era dueño de ella y muchos me temían. El Carnicero ruso en la mafia italiana.

Horas más tarde me tiro en la cama sin poder conciliar el sueño, luego me sobresalta el sonido de mi móvil. Es un número que no logro reconocer, pero sí la voz que hay detrás.

—Damián —saludo, sentándome en la cama—. ¿Qué hizo?

No necesito ser un genio. Raze probablemente destrozó el club.

—Está fuera de control —confirma—. Mató a varios hombres y está destruyendo el muelle.

—¿Muelle?

—Sí, es un almacén. Tomó demasiado… Me pareció que podrías ayudar.

—Soy la última persona que quiere ver —digo, pasándome la mano por el rostro.

—Estuvo nombrándote y la verdad no quiero llevarlo así con Bess, quien lo último que necesita es ver su estado, pero supongo que me equivoqué al llamarte.

—Mándame la ubicación, iré con ustedes. No creo que resuelva algo, pero lo intentaré.

—De acuerdo.

Finalizo la llamada, extrañado. Pensé o, más bien, estaba convencido de ser la última persona a quien Raze querría ver en estos momentos.

Salgo de la cama y suspiro, no voy a molestar a Lev para esto. Recibo la ubicación por parte de Damián, me cambio rápido y, ligeramente adolorido, bajo a la recepción para que me pidan un taxi. Maldita sea Nueva York, ya quiero regresar a Rusia y no volver aquí nunca más.

El taxista no está muy feliz con la dirección que le indico, pues recuerdo que es un muelle abandonado en Queens, aunque quizás lo hayan reformado en estos meses. La ciudad es así,

cambia constantemente. El hombre desaparece apenas le entrego su pago, dejando el humo detrás. Camino para rodear la edificación y me causa curiosidad la tranquilidad en el ambiente. Si no fuera Damián quien me habló, juraría que estoy caminando hacia una trampa.

Alcanzo a enfocar una silueta en la orilla, jugando con piedras que lanza al mar. Frunzo más el ceño y acelero el paso.

—¡Damián! —le grito, esperando escuchar su voz. La persona se gira, pero la oscuridad me impide ver quién es en realidad.

—Hola, Nikov. No creí volverte a ver.

Antes de que pueda responder alguien me pega por la espalda. Gruño y me giro para defenderme, pero vuelven a golpearme, esta vez en la cabeza. Caigo de rodillas, mareado. Si bien la herida de bala no iba a matarme, sí me ha hecho perder suficiente sangre como para encontrarme débil.

—Damián —susurro, observando al hombre frente a mí. No entiendo un carajo.

—Dulce sueños, Nikov —musita antes de inyectarme un líquido en el cuello. Le agarro la mano, luchando contra lo que está introduciéndome, pero la droga es mucho más efectiva y fuerte. Caigo hacia adelante, sosteniéndome como puedo con las manos. El mundo empieza a girar y girar, pero no quiero perder el sentido.

—Dale otra dosis —murmura la primera voz.

—Es demasiado —responde el traidor de Damián. ¿Qué mierda está pasando?

—No será una gran pérdida.

Entonces, justo en ese momento, vuelvo a sentir un tercer golpe. Mi cara cae sobre la arena mezclada con piedras. Observo los zapatos del hombre que se acerca y me pregunto cómo terminó Damián aliado con uno de mis enemigos; sin embargo, la oscuridad es más fuerte y me absorbe. Parece que Dominic no tendrá el gusto de enviarme con Hades.

35: NORUEGA

Roth Nikov

Me despierto desorientado, el sol ardiente me quema en la piel y estoy al aire libre. El piso se balancea de un lado a otro y unas gaviotas sobrevuelan. Parpadeo, tapándome el rostro con las manos, hasta que me incorporo con bastante dificultad. Me sangra la herida del abdomen, tengo el pecho descubierto y solo los pantalones puestos. Reviso la herida y me doy cuenta de que estoy equivocado. No sangra, sino que la han cosido, pero está húmeda con una gasa que escurre alcohol.

El recuerdo borroso de Damián se cruza en mi mente: me golpeó, me inyectó un químico… ¿Con cuál maldito propósito? Me levanto mareado y me alarmo ante la vista. Contenedores de metal, el vasto mar en todas las direcciones y el cielo azul. Por la intensidad del sol deben ser pasadas las doce del mediodía, pero ¿de cuál día? ¿Por qué estoy aquí? Lo peor es que, aunque el sol brille, lo que me quema es el aire gélido del ambiente.

¿Cómo carajos llegué aquí?

Trato de caminar sin caerme, pues los golpes han sido lo bastante fuertes como para dejarme medio entumecido y sin coordinación. Estoy sopesando la idea de algún secuestro cuando escucho ruido dentro de un contenedor vecino. Expectante, observo cómo Dominic emerge desnudo, cubierto apenas por un bóxer.

—¿Qué carajos…? —pregunta, mirándome. La idea de que sea su plan se va a la mierda antes de siquiera llegar a formular la pregunta en mi mente.

—¿Por qué estás desnudo?

—¿Cómo llegamos aquí? —replica, empezando a verse nervioso—. Emilie… —jadea, lívido.

—¿Emilie qué?

—¡Emilie! —grita y se mueve cuando se da cuenta de que solo tenemos metal a la vista—. Ella estaba conmigo, estábamos… ¡Maldita sea!

Empieza a caminar y lo sigo, analizando el lugar. Estamos en un barco de carga, no hay tierra a la vista y tampoco conocemos el rumbo. Él se agarra el cuello, confundido, y para mí las cosas empiezan a encajar. Nuestra discusión en el baño… ella seguro nos escuchó. Damián no podría ser un traidor y mucho menos Nicklaus. Esto es obra de Emilie.

—¿Te drogó? —cuestiono, tomando asiento y dejando que los pies me cuelguen. Me siento demasiado débil como para caminar de un lado a otro sin sentido.

—¿Por qué iba a hacer esto? ¿Hacia dónde vamos?

—Son las mismas preguntas que me hago. Al menos espero que haya dejado comida y ropa, el frío es insoportable. —Lo veo casi borroso y me levanto, intentado luchar en vano con la debilidad. Sus brazos me agarran antes de que me caiga.

Me acorrala contra una de las paredes de metal y en el proceso parece sentir algo en mi bolsillo. Saca un móvil pequeño, el cual no me pertenece. Intenta llamar, pero es una lucha en vano, igual a la mía de permanecer lúcido… Cuando menos lo pienso, vuelvo a la oscuridad.

◇◇

Huele a comida. Infiernos, no, huele al mismo cielo. El estómago me gruñe y recuerdo que

tengo un hambre atroz. Esta vez, cuando me siento, estoy más centrado. Dominic está frente a una especie de calefacción eléctrica y el lugar en donde nos encontramos es un poco decente. Estoy acostado en una cama sobre el piso y él está comiendo algo que creo que es sopa. Noto que estoy vestido con ropa abrigada.

—Despertaste —musita, girándose—. ¿Quieres algo de comer?

—Si no está envenenado… —ironizo.

—¿Realmente crees que tengo intención de matarte? —Sonríe de lado, pero es un gesto triste—. Ahora entiendo a Emilie.

—No estoy para estos juegos, ¿dónde coño estamos? ¿Cuándo volveremos a la civilización?

Me lanza un teléfono en respuesta, indicándome que busque el único video en la memoria. Lo hago y veo a Emilie sentada en el despacho de Dominic. Al principio está un poco inquieta, como si no supiera si está grabando o no, pero luego observa la cámara y empieza a hablar.

—Perdóname, Dominic, sé que verás esto primero y estarás hecho un león enjaulado. Lo cierto es que los escuché discutir, llenarse la boca de quién le debe a quién. —Ella niega, poniéndose de pie—. Ambos me deben todo a mí. Sí, sé que no creé la mafia, no la trabajo, no la domino, pero la verdad es que soy yo quien los ha ubicado a ambos en donde están. Es a mí a quien le deben todo, sus puestos, sus cabezas. Dominic, te di las herramientas para acabar con Kain, te guie para saber cómo usar a Vladimir. No estoy orgullosa de mis acciones y poco o nada puedo hacer para revertirlas, aunque tampoco cambiaría nada. Y, Roth…

Trago saliva en cuanto pronuncia mi nombre. Siento su coraje y me da la sensación de que la tengo delante de mí y no en una pantalla.

—El gran Pakhan —se burla—. Tampoco quiero que olvides que yo te gané en ese lugar. Sí, la rubia Emilie Greystone. El ratón de biblioteca. Los puse a ambos en la posición que creí necesaria porque los amo por igual, porque no me imagino vivir sin alguno de los dos. Te has sacrificado por nosotros, pero nos hemos sacrificado por ti igual. Eso hacen las familias, eso es lo que somos, lo que aprendí de ambos. A ser unidos, inquebrantables. El enemigo ha usado nuestra peor debilidad a su favor, nos ha obligado a separarnos. Le hemos dado ventaja y ahora ha conseguido su propósito: ocultarse mientras Rusia e Italia se juran destruirse una a la otra, ¿no les da vergüenza llegar a estos extremos? Porque yo estoy decepcionada de ambos, de su maldito orgullo, de ese ego de hombre rudo que no puede llamar al otro para decir unas simples palabras como «me disculpo» o «lo siento». Por eso me han obligado a tomar estas medidas.

Suspira, parece cansada de lidiar con nosotros. Admito que no hemos sido los mejores en estos últimos meses, en los cuales me sumí en mi propia búsqueda. No miré las cosas que estaban a simple vista, como el matrimonio de ellos a la deriva, incluso cuando Emilie me buscó tantas veces.

—Están en un barco de camino a Noruega y llegarán en dos semanas. No tienen ningún apoyo, no hay seguridad, no hay hombres. Solo ustedes dos… Dominic tiene la información para encontrar a Britney y él la compartirá contigo. Antes de que seas un bruto, Roth, no la compartió antes porque no quería darte falsas esperanzas. Al igual que tú, también nosotros hemos hecho nuestra propia búsqueda. —Se vuelve a sentar, dejándose caer, cansada y derrotada. Me recuerda a mí cuando me vi exhausto ante una lucha interminable—. Le pido a Dios que la puedan recuperar unidos. Nadie sabe en dónde están ustedes y a dónde llegarán. Deben adaptarse a Noruega, pasar desapercibidos. Estudien el terreno y luego hagan lo que nadie más puede, unidos, como hermanos… Familia. Los amo con cada gramo de sangre en mi cuerpo. Por favor, regresen a casa.

Me quedo viéndola. Mi bello y hermoso ángel, ¿qué no haría ella por su gente? ¿Por su familia? Me siento avergonzado de mí mismo al verla así.

—Lo siento. —Dominic musita, haciéndome creer que he perdido la razón—. Siento haberme alejado. No lo hice porque me lo pediste, sino porque tenía vergüenza de volverte a mirar a la cara y saber que era mi culpa que ellas sufrieran. Juré proteger a nuestras mujeres, le prometí a Britney que no volvería a sufrir y por mi error ellas padecieron sus peores momentos. Pasaron demasiadas cosas ese día y me vi superado, lo admito. Creía que éramos indestructibles, que nadie tenía la fuerza para llegar a nosotros, pero Rusia demostró ser un desafío, uno que no supe manejar.

—No creo que quieras asesinarme, solo lo dije para molestarte —admito, peinándome el cabello con las manos—. También fue mi culpa, teníamos el acuerdo de no dejarlas solas y yo salí en tu búsqueda cuando eres capaz de cuidarte solo.

—De nada nos sirve lamentarnos… y Emilie tiene razón. No esperan vernos unidos, saben que somos más débiles por separado. Come algo. —Me tiende el tazón con sopa instantánea dentro.

—¿Por qué Noruega? Lev también lo mencionó. —Empiezo a comer, aunque para un hombre tan grande esta no es una comida decente.

—Ya lo verifiqué —indica, desplegando un mapa—. Están en la costa, aquí. —Señala un punto—. Nosotros llegaremos a una hacienda cercana. Los habitantes son granjeros, campesinos tranquilos. Es el lugar perfecto para esconderte.

—¿Cómo conseguiste la información?

Noto su incomodidad cuando empieza a envolver el mapa sin mirarme.

—Vladimir —confiesa. Es un nombre que no esperaba escuchar—. Pero nos va a traicionar, probablemente ya lo hizo. La información que me dio es para dos semanas y no atacaremos el día que le garanticé, sino que esperaremos con paciencia a que Dimak se descuide.

—Entonces él sabe que tenemos la información, eso no va a resultar.

—Vladimir me dijo que estaban en las montañas, nunca mencionó la costa. Tengo una persona dentro del círculo de Vladimir y ella me indicará si Vlad me traiciona o no, pero lo que sí sé desde ya es que me dio información medianamente falsa. Dijo Noruega, así que investigué y encontré que hace un año se reportaron diversos ataques. Algunos moradores empezaron a alarmarse, sus hijos desaparecían, jóvenes y fuertes chicos, ¿no es mucha causalidad? Algunos regresaron muertos por sobredosis de zinc en sus cuerpos.

—Zinc… —repito y me pongo de pie, perplejo. Es la información más cercana que he tenido de mi mujer.

¿Será esta finalmente la pista necesaria para recuperarla? Estoy dispuesto a todo por ella, incluso reducir el maldito mundo de ser necesario. La necesito. Britney Nikova es el puto aire de mis pulmones y hace un año que parece que no respiro.

Observo a Dominic sin decir una palabra. Emilie tiene razón, somos hermanos. Este hombre es mi maldita mitad, el lado perfecto que me mantiene en equilibrio. Somos la balanza de dos mundos opuestos, pero entrelazados entre sí.

—La traeremos de regreso a casa —dice, uniendo su cabeza a la mía. Sonrío.

—Lo haremos —le garantizo.

O moriremos en el camino.

36: SIN CULPAS

Britney

—Luces hermosa, él se quedará deslumbrado —dice, alisándome el pelo rubio. Sus facciones se muestran suaves, más juveniles—. Me gusta tu pelo natural. Antes lo tenías negro, ¿cierto?

—El color ya no importa —susurro. Antes lo hacía para esconderme, para camuflar mi dolor detrás de la oscuridad, pero ahora que observo a la mujer en el espejo sé que ella no necesita ocultarse, pues es la oscuridad misma. Hayden continúa hablando, contándome de su llamada con Rawson y los planes a futuro para los tres. No me fío de ella, puesto que no soy estúpida. Hayden es un camino en mi huida; sin embargo, no es el destino final.

Sé fingir muy bien lo que me conviene y eso, ante sus ojos, es ser la víctima.

—¿Tú la viste? —interrumpo. Torturándome al sospechar su respuesta.

—Sí —confirma. Aprieto con fuerza la tela de mi vestido, que parece el atuendo de una prostituta barata—. Tenía el pelo negro… Katniss dijo que sus ojos eran idénticos a Nikov.

—¿Katniss?

—Ella la enterró —dice y confirma mi sospecha—. Sé que desconfías de mí y estás en tu derecho de hacerlo, pero estoy de tu lado. Dimak me dijo que estábamos haciendo lo correcto, mejorando al mundo. Asesinó a una inocente, ¿qué mal había causado la pequeña? Ninguno…

—Ser la hija de Nikov —musito. No demuestro mis sentimientos, los gritos que están en mi mente. Mientras frente al espejo parezco serena, por dentro siento un dolor lacerante.

—Rawson nos ayudará, ¿de acuerdo? Solo finge muy bien porque Dimak no puede sospechar que no has estado bajo la influencia de los medicamentos.

Me mantuvo semanas en el calabozo y luego, por lástima a Hayden, me sacó para entrenar. No se ha acercado a mí, me teme. Soy su proyecto, la bestia que puede ser domada a su antojo. Cree que seré dócil y es lo que se espera de mí, pero también está esperando que responda a sus órdenes. Hayden se ha encargado de explicarme el proceso.

Las pastillas suprimen el sistema límbico, una parte del cerebro encargada del aprendizaje, la memoria y las respuestas emocionales. Su droga mantiene a los soldados en un estado inerte, a la deriva de sus mandatos. Mientras más la tomes, menos recuerdos del pasado tendrás y todo se irá borrando día tras día. Dejarás de sentir amor, compasión y empezarás a estar cargado de ira, deseo. La ira es el detonante de la guerra y el deseo mantiene a los soldados satisfechos, les hace creer que por medio del sexo formarán un vínculo y ese vínculo los motiva a seguir pegados a la ira.

Bajo al primer nivel y me siento en el comedor con mi nueva amiga frente a mí. Cuando Dimak entra no reacciono, solo sigo con los brazos cruzados sobre el regazo y la mirada perdida. Él se mueve hasta colocarse a mi lado, me besa el pelo y me acaricia, actuando como si yo fuera su mascota preferida. Quizás así sea. Soy el trofeo que le quitó a los Nivalli.

Se sienta a la cabeza y me quita el cuchillo de cortar la carne de mi lado. En ese momento Katniss irrumpe en el comedor, cargada de bolsas y con dos hombres detrás de ella. Parece que acaba de salir de una página de diseñador. Viene sola, porque da la sensación de que ya no le interesa su hijo ahora que su juego ha quedado descubierto.

—¡Hola, amor! —exclama, emocionada, tirando sus compras y corriendo a besar a Dimak. Su gesto tan falso me produce náuseas. Sé que ha aprovechado el tiempo que me mantuvieron

recluida para ganarse el puesto de zorra universal.

Ella comete solo un error y es sentarse a mi lado y acariciarme la mano.

—La pequeña rata salió del calabozo —canturrea, feliz. Le brillan los dientes y sé que ha pasado más tiempo en el dentista que ejercitando su cerebro. Es un cascarón bonito, pero vacío. No se da cuenta de la posición en la cual estamos ubicadas. Dimak me ha sentado a su lado, marcando mi lugar como su mujer e indicando lo que espera de mí. Katniss simplemente fue la carne de los animales.

La mujer es mi detonante de ira. Cuando el cuchillo regresa a la posición en donde estaba, sé que no fue diseñado para cortar la carne que no comeré. Para Dimak, esta es una prueba.

Un juego de cuánto me importa. La Britney real sentiría culpa, pero la medicada no.

—Entonces, ¿qué haremos…? —Su pregunta muere en el mismo segundo en que muevo la mano, agarro el cuchillo y se lo clavo directo en la yugular. La sangre estalla y no puedo evitar la sonrisa de satisfacción mientras ella se pone de pie, tambaleándose, agarrándose el cuello, ahogándose en su sangre, burbujeando palabras que no llegarán a tener sentido. Intenta llegar a Dimak, pero fracasa y él me mira a mí, maravillado de su logro, apreciando la bestia que ha creado. Lo irónico es que en tanto la perra se muere y él celebra su victoria, yo prometo internamente que Dimak Trivianiv será mi siguiente víctima.

—Que alguien limpie la alfombra —pronuncio con total desinterés—. Una cucaracha ha muerto.

Y aún me faltan dos de tres.

37: ISLAS LOFOTEN

Dominic

La *famiglia* lo es todo. No la organización por la cual he dado mi vida, sino la familia: mi esposa, mis hijos, mis hermanos. Ver a Roth sonreír, sintiéndose medio humano al acariciar un caballo, es algo que no me quiero perder por ninguna circunstancia, ni siquiera por las llamaradas de la chimenea, las cuales debería de estar avivando para mantenernos en calor.

—¡Eh, eh! —tranquiliza a la bestia que se alza sobre sus patas traseras.

—Hmm, sigues herido, ¿lo recuerdas? —comento cuando, sin miramientos, monta al animal. Su recuperación en el barco que nos trajo a Noruega no fue la mejor, pues la herida se infectó y tuvo tanta fiebre que deliró. Lo cuidé cada día hasta que pasó sus peores momentos.

Me siento sobre los peldaños de paja, soplando aire en mis manos para entrar en calor. Roth maneja a la bestia, guiándola hacia donde desea. Tiene un talento natural para ello.

Las islas Lofoten están llenas de montañas altas y vegetación. Desde esta pequeña granja logramos pasar desapercibidos entre las casitas de colores y no hemos visitado el pueblo desde que desembarcamos. Emilie se encargó de tenernos una lancha de escape, provisiones, armas y material de defensa, pero seguimos siendo dos hombres contra un ejército y toda la seguridad de Dimak. Dejo que mi hermano se divierta y entro a la casa para encargarme del fuego. Más tarde, Roth entra sudado y lleno de paja.

—No digas ni una palabra —me advierte, caminando directo al baño.

Suelto una carcajada porque parece que encontró a un hijo rebelde. Hemos sobrevivido con comida recalentada, pues ninguno de nosotros es muy bueno en una cocina si los alimentos no traen instrucciones. Esta vez caliento una lasaña para mí y un estilo raro de puré de papas con una supuesta carne para el ruso. El teléfono me hace fruncir el ceño cuando suena, pues es raro que Emilie se comunique porque siempre intenta ser discreta. Observo la puerta por donde se ha marchado Roth y, suspirando, agarro el aparato. Nunca creí posible que me diera miedo hablar con mi mujer, la madre de mis hijos.

—Hola —pronuncio un tanto dudoso.

La línea se queda en silencio, pero escucho su respiración. Ese simple hecho me estremece, hace tanto que perdimos cualquier intimidad…

—Quiero hablar con Roth.

—Está montando a caballo —miento porque necesito tenerla, aunque sea de esta manera.

—Tu ramera llamó —anuncia y cierro los ojos.

—Ella no es mi ramera, no es mi mujer. Te lo he explicado, Emilie.

—Y yo no te creo nada, mentiroso.

—*Mia regina*[8] —le suplico y salgo de la casa después de dejar la comida sobre la mesa —. Sigo siendo yo, tu hombre, el mismo de siempre. ¿Cómo te lo hago entender?

—Eres un ser repugnante que se acostaba con su madre, ¿qué puedo esperar de ti? — escupe las mismas palabras. Niego aunque ella no puede verme y me tiro del pelo, frustrado—. Acepta que lo nuestro acabó, que no podremos superar esto.

—Tenemos un acuerdo —le recuerdo con desesperación, recurriendo a la única cosa que la hace permanecer a mi lado: nuestros hijos, su futuro, que sean sanos y estén seguros. Soy un idiota, no debería retenerla, pero también soy egoísta y prefiero saber que cuando regrese a casa ella estará allí. Que aunque me haya dejado de amar, me recibirá.

Me conformo con cosas simples cuando se trata de ella: tenerla en el comedor, quedarme admirando su presencia cuando está educando a nuestros hijos o verla jugar con ellos.

—¡Tengo derecho a seguir con mi vida! —replica con un tono acusador.

—Sobre mi puto cadáver.

¿Imaginarla con otro hombre? Carajo, nunca. Ella es mía, siempre lo será. El hombre que intente tocarla tendrá un anuncio de muerto viviente antes de siquiera imaginarlo.

—¡A veces quisiera que te murieras! ¡Te odio, Dominic!

Y corta la llamada. Esas proclamaciones de odio esconden el amor que siente por mí, el verdadero sentimiento que tiene dentro desde que recibió la carta de mi madre y leyó lo que fuera que decía. No existe poder humano que la haga escucharme y yo tampoco, lo admito, he sido muy comunicativo. He intentado salvar nuestro matrimonio, claro que sí, pero quizás no con las herramientas adecuadas. No sé qué darle, no sé qué espera de mí. Y para añadirle una cereza al pastel, desde que conoció a Avery, la nueva esposa de Vladimir Ivanov, está obsesionada con que es la mujer a quien me follo.

Creí que los celos causarían que quisiera retenerme y no me di cuenta de que, en vez de acercarla, terminé alejándola mucho más.

Gruño con frustración y regreso al interior de la casa. No llamará, lo tengo más que claro. Debe estar maldiciéndome en cada idioma posible. Para ella solo soy el verdugo que, a toda costa, la enjaula en un lugar en donde ya no quiere estar. Y esa parte me quema el alma.

Porque mi único deseo es volver a ser la familia que éramos. Ya he perdido suficiente. Quizás ese dicho sea real y no un mito: «el éxito de algunos momentos es el fracaso de otros».

Soy exitoso, poderoso, tuve el placer de formar una familia y de conocer el amor, pero ahora lo he perdido. Si preguntas por mi nombre, es muy probable que me conozcan. Soy una leyenda viviente. El hombre, técnicamente, más poderoso del mundo.

En la casa, Roth ya está comiendo de su plato, obviando mi mal humor. Aunque gracias a Dios no conoce las razones de mi fracaso matrimonial, ha decidido no intervenir. Esa es, por lo pronto, una preocupación menos. Si bien le he mentido también a él, el pánico de cómo reaccionará es lo que me impide contárselo todo.

Nos dividiríamos. Sería mi enemigo, lo tengo por seguro. Traicioné su confianza mucho antes de obtenerla.

—¿Qué? —pregunta, apuntándome con el tenedor.

—Emilie llamó.

—¿Dijo algo valioso?

—Que quiere verme muerto —digo, burlándome de mí mismo.

—Lo dice porque está molesta…

Lo dice porque es cierto.

—Seguro.

Ninguno dice una palabra más. Comemos sumidos en nuestros mundos, en el dolor. Al menos en esta casa tenemos habitaciones separadas, no como en el barco, en donde compartíamos un colchón en el piso. Me aíslo en mi espacio, dejándolo solo con su angustia. Estamos a horas de recuperar finalmente a su mujer, así que está que se sube por las paredes.

Me baño y medito las pocas opciones que me quedan con mi esposa, pues ya no existe ni siquiera la pasión de nuestro comienzo, aquella que alguna vez nos mantuvo odiándonos y deseándonos hasta hacernos arder. Entro en la cama y examino una última jugada.

Roth dice que no exteriorizo lo que siento, que me limito a intentar comprar a las personas. Quizás sea cierto, pues en este año la he llenado de lujos, pero no pedí le perdón o le

murmuré un «lo siento», más que nada por vergüenza. No me acosté con Isabella por voluntad o satisfacción. Pocos comprenderán, Emilie incluida, que la mafia es así de dura, que las cosas no son hermosas y brillantes, sino oscuras y malditas. Gabriel disfrutaba de lastimarla, no medía cuánto dolor nos causaba a sus hijos y estaba empeñado en hacerle la vida imposible a la mujer que tuvo la cara de creerse superior a él.

Marco el número de mi esposa, sabiendo de antemano que cortará la llamada. Esta vez elijo dejarle un mensaje en la contestadora porque no me soporto en mi propia piel.

—Probablemente no escuches el mensaje, pero quiero dejarte estas palabras: me odias y es válido, yo también lo hago. Odio cada noche que no te tengo cerca, odio saber cuánto tiempo perdí lejos de ti y, aunque no lo creas, me duele la situación en la que nos encontramos. Ya sé que no me casé amándote, que he sido un hijo de puta… —sigo hablando sin parar.

Más que un audio es como un confesionario, pero no me detengo, me entrego por completo a unas palabras que creo que son necesarias. Al final el teléfono muere por la falta de batería y lo pongo al lado de la cama, quedándome en silencio mientras miro el techo blanco.

Me despierto por los sonidos de una lucha. Alguien está peleando afuera, así que agarro el arma que tengo guardada bajo la almohada y salgo a la sala con rapidez.

Roth tiene dominado a un cuerpo pequeño, pero la chica le devuelve un golpe, soltándose de su llave, y tira al mismísimo jefe de la Bratva al piso. Mi hermano se para, dispuesto a reducirla.

—¡Deténganse! —les ordeno a ambos, que apenas me notan. Roth tiene la cara arañada. Parece que la princesa Kozlova lo ha marcado y a ella le cae un hilo de sangre de la cabeza—. ¿Qué carajo, Roth? ¿La golpeaste?

—No sabía que era una mujer —se defiende, soltándola.

La aludida se limpia la boca y luego se toca la pequeña herida.

—¿Qué haces aquí, Avery? ¿Cómo diste conmigo?

—¿Qué está pasando entre ustedes dos, Dominic? —replica mi hermano.

—Nada —responde la pelinegra—. Estoy aquí porque me necesitas.

—¿Están follando? —ruge Roth.

—¡¿Por qué todo el mundo piensa eso?! —exclamo sin entenderlo—. No estoy follando con Avery, es una soldado de la Bratva.

—¡¿Qué?! —jadea Roth, observándola.

—Eso mismo —me burlo.

—Don, dime, por favor, que no entrenaste a esta mujer para ser una soldado. ¿Es que has perdido la cabeza?

—Es divertido —me quejo—. Si hubieras visto tu cara al enterarte…

—¡Porque no debería de suceder…! Fue malo que la sacaras del psiquiátrico, pero ¡¿entrenarla?!

—Cálmate, perderás la cabeza. No, no la entrené yo. Ella ya era una soldado antes de conocernos, solo me he divertido enseñándole algunas cosas —le informo para tranquilizarlo.

—Como encontrarte cuando no debería.

—¿Algo de eso? —pronuncio con dudas, pasándome una mano por el pelo.

—Sigo aquí —murmura la mujer, sentada sobre la mesa.

—Dominic…

—Es mejor si lo hablamos en privado —sugiero.

Avery pone los ojos en blanco.

—Saldré a verificar el perímetro —anuncia y salta desde la mesa. Roth la mira caminar,

pues parece una modelo y no una soldado. He ahí el arma más letal de la chica, que no demuestra a primera vista lo peligrosa que puede llegar a ser.

—Necesitaba a alguien como tú —confieso y Roth se queda perplejo—. Nos necesitábamos mutuamente. Ella quería algo que yo tenía y ella tenía algo que yo anhelaba.

—Tienes a Nicklaus —rebate sin comprender.

—No lo podía dejar morir. Nicklaus es el único que mantendría con vida a Emilie, no estaba dispuesto a arriesgarlo. Avery, en cambio… era desechable.

—¿Era? —pregunta, encontrando el punto perfecto.

Entonces empiezo a contárselo todo, a narrarle desde el inicio lo que hemos hecho. La cara de Roth se vuelve inexpresiva, quizás sí me pasé uno que otro pueblo con la chica, pero se requerían medidas extremas. Si no fuera por ella, gran parte de este plan no estaría funcionando ahora. No quiero cargar una línea de secretos y por ello mi meta es decirle todo. Al final se para, acariciándose la barba.

No está feliz con mis planes y seguro que no quiere otro enfrentamiento. Me deja solo en la sala para que me ocupe de mis asuntos. Le cedo mi capa a la chica y cabeceo en el sofá. Luego, en la madrugada, me despierta mientras prepara el desayuno. Al menos de todo esto sale que podemos disfrutar un desayuno decente. Luego de cepillarme lo primero que agarro es una buena taza de café, el cual parece un manantial de agua fresca. Roth es precavido, como si Avery fuera estúpida. Ella no me va a traicionar, tiene mucho que perder si lo hace.

Y no está dispuesta a eso.

—Lo dejé vivir —me informa con neutralidad.

La observo unos segundos sin decir nada.

—Te importa —comento y que no lo niegue es toda la respuesta que necesito—. Asegúrate de que esta noche salga según lo planeado y de regreso a Nueva York serás libre. Si quieres volver con Vladimir, solo puedo decirte que debes estar preparada, pero si quieres irte como tenías planeado...

—Seguiré mi plan —asegura.

Roth se aclara la garganta.

—Debemos prepararnos para salir.

Atravesamos la isla de un punto a otro entre la maleza. Para cuando llegamos a la villa de Dimak ha caído la noche, pero no está lo suficientemente oscuro. Nos quedamos camuflados entre los árboles y Roth, nervioso, no deja de vigilar la propiedad. Avery supervisa el mapa que nos ha proporcionado una vista aérea extraída de Google Maps. Sí, el internet es muy abierto y contiene oro si buscas en el lugar correcto.

—Esa es nuestra vía de escape. —La chica señala el muelle, en donde aterriza un helicóptero. Vladimir se baja del aparato, listo para hacer su jugada. Temía que me traicionara del todo, pero Avery tenía razón. Ha venido a salvar a Britney de las garras de Dimak, creyendo que con ello su esposa volverá a su lado. Ella lo observa como un halcón a su presa, sin perderlo de vista—. El piloto es Dante, mi hombre de confianza. Él nos va a esperar. No sé qué tan de nuestro lado se encuentre Vladimir.

—Está aquí, es lo importante.

—Es nuestra señal —dice Roth—. Tenemos diez minutos para esto. Dominic, quiero decirte…

—No hace falta, hermano, mi lealtad está contigo. Saldremos de este país y tendrás a tu *dusha* a tu lado.

—Mi hermano por elección —susurra, abrazándome—. Siempre tendré mi lealtad contigo.

—Lo sé, imbécil. Ahora, vamos.

—Nueve minutos —anuncia Avery, activando el cronómetro.

Empezamos a correr, agachados, por el patio trasero hasta la habitación en la que suponemos que se encuentra Britney. Vladimir es el encargado de distraer a Dimak, contándole sobre sus nuevos negocios y de cuán rico se ha convertido en cuestión de semanas mientras nosotros inmovilizamos a su personal de seguridad. Tenemos semiautomáticas silenciadas. Avery es la primera que derriba a dos hombres sin apenas hacer nada. Roth me mira de lado y quiero gritarle un «te lo dije», pero me contengo con una sonrisa y escucho su maldición por lo bajo. No entrenan mujeres porque no quieren perder el estatus de hombres machistas y poderosos; sin embargo, yo creo en ellas, muchas tienen una inteligencia superior. Y cuando descubrí el poder de Avery, debía utilizarlo a mi favor. Gracias a ella, Britney vivirá.

Le hago señales a Roth para que vea la que puede ser la habitación de su mujer. Entonces vemos una silueta femenina que camina de un lado a otro detrás de unas cortinas. Él guarda su arma y escala la pared hasta entrar por el balcón. Me cuido de la cámara, doblando en la esquina de la casa, y sujeto a uno de los hombres hasta llevarlo al piso. Le rompo el cuello y me levanto de un salto con rapidez.

—¡Cuatro! —gruñe Avery. Cuando llegue a tres, el helicóptero empezará a girar y levantará sospechas.

—Algo está mal —murmuro para mí mismo. Todo es demasiado fácil, hay demasiada calma.

Y parece que el infierno se pone de acuerdo. Un disparo. Ese sonido sordo me hace temblar de pies a cabeza, luego escucho que unos cristales se rompen y el grito de una chica hace vibrar la noche. Corremos hacia donde Roth subió para encontrar a Britney, pero lo que veo son dos cuerpos saltando desde el balcón y cayendo al vacío para luego rodar por el césped. Levanto la mirada y encuentro a una chica que les apunta.

Corro hacia Roth y Britney, quienes parecen desorientados tras caer. Un segundo disparo se escucha y recibo el impacto en el hombro, gruñendo por el ardor instantáneo. Nos movilizo rápido, aprovechando que Avery me cubre, y la persona cae al recibir una bala.

—¡¿Brit?! —ruge Roth, acunando a su esposa—. Reacciona, nena. Estoy aquí, vine por ti.

—¡Corran! —grita la pelinegra.

Nos rodean, son más que nosotros y les hemos dado nuestra posición. Le ayudo a levantar a la chica, que luce desubicada. No, joder, no. ¡La drogó! ¡La estuvo drogando otra vez!

El helicóptero está muy lejos ahora, se siente a millas y millas de distancia. El bosque sería una opción si Dimak no lo conociera mejor que nosotros.

—¡Avery! —llamo. Escucho las pisadas de los hombres que van aproximándose a nosotros y, aunque no los alcanzo a ver, sé que serán muchos—. ¡Corran! —ordeno.

Avery agarra a Britney y emprendemos la huida mientras los disparos empiezan a llegar. A Roth lo hieren en una pierna y se cae, pero luego se levanta con más fuerza, pues tiene un propósito: salvar a su mujer, devolverle una vida. Avery gruñe cuando recibe un disparo en la espalda… Estamos cerca del trasto… y a la vez tan lejos. Veo que se eleva poco a poco del suelo. Dante no esperará mucho más y no podemos quedarnos atrapados.

De repente, desde el bosque empiezan a salir hombres, decenas de ellos, pero no están atacándonos a nosotros, sino a los soldados de Dimak.

¡Son gente de la Bratva! ¡Maldito Vladimir!

—¡¡Zaria!! —exclama un grito entre la noche, desgarrándolo todo, pero ya estamos corriendo en el muelle.

Roth alcanza a subir a Britney y luego se sienta a su lado. Avery salta al aparato, que ya está despegado del suelo. Los soldados de Vladimir son muchos, pero no los suficientes. Dimak y él están peleando mientras los soldados empiezan a disparar hacia el helicóptero, buscando derribarlo.

—Dile que la amé como a nadie —musito hacia mi hermano, que me observa con confusión, aunque no tiene tiempo de reaccionar cuando Avery lo noquea.

Este siempre fue el plan. Sabía que no todos saldríamos vivos y tenía la certeza de que yo caería en esta isla por Roth Nikov. Mi lealtad siempre será eterna. Nunca ha existido una elección entre mi vida o la suya, pues desde hace años, en aquella arena en donde asesiné a Dominic, el real, supe que estaba dispuesto a morir por Nikov, que quizás estaba destinado a ello.

La diferencia entre Avery y los demás es que ella no antepondría mi vida sobre mi orden. He ahí donde la guerrera de la Bratva es diferente de todos ellos.

Ella cumplirá mis órdenes porque, al igual que yo, tiene sus propios intereses que ganar.

—¡Estoy aquí, hijos de puta! ¡Yo soy el hombre al que quieren! ¡Un rey! ¡Un dios! ¡¡Soy el maldito Capo de capos!! —rujo en la noche.

Los hombres dejan de dispararle al helicóptero que se eleva y se concentran en mí. Recibo varios disparos que me hacen retroceder, pues son determinantes, y caigo al piso. Me cuesta respirar, la sangre me llena la boca con rapidez, brotando de todas las heridas. Me quedo ahí, observando la oscuridad de la noche. Nací en las penumbras y, sin embargo, un ángel me ilumina con su pelo, su sonrisa, sus ojos.

Quizás mi cuerpo muera, pero mi nombre no lo hará jamás. Mis hijos y los hijos de sus hijos recordarán esta noche. Ellos buscarán venganza.

—Lo cumplí, hermano… —Toso la sangre—. Tu nombre será leyenda.

Vale la pena morir por ti, Nikov.

Lo siento, Em. Ya no regresaré a casa.

38: MI ALMA

Roth Nikov

—Dile que la amé como nadie. —Escucho sobre el sonido de las hélices. No entiendo de qué habla, pero tampoco cuento con tiempo para analizarlo. Avery me da un fuerte golpe en la cabeza con su arma y reboto en el asiento delantero, parpadeando dentro de la oscuridad a la que no quiero sumergirme. Oigo su voz, la de mi hermano, y más disparos.

Muevo la cabeza y veo a Avery en la puerta del helicóptero. Parece que quiere arrojarse al vacío, pero, si lo hace, cargará siempre con un mundo de equipaje que no la dejará vivir.

—¡Protégelos! —le ordena al piloto y luego veo que se lanza al agua. Siento la humedad de la sangre deslizarse por mi sien e incluso dentro de mi aturdimiento sé que debería estar movilizándome. Nunca lo dejaría atrás, jamás abandonaría a ninguno de ellos. Aprendí mi lección en el pasado cuando dejé a mi esposa, creyéndola muerta. No estoy dispuesto a repetir mis errores, no, ¡carajo! Yo aprendo de ellos. Si caigo, me levanto; si me derrotan, vuelvo del mismísimo infierno y me los cargo a todos.

¡Por mi familia! ¡Por mi gente! ¡Soy el jodido Pakhan!

—¡Aterriza!

—¡Moriremos! —responde el desconocido a quien le identifico un acento ruso.

—¡Entonces lo haremos con honor!

Empieza la maniobra de descenso, agarro varias armas de la bolsa en el piso y casi me lanzo del helicóptero. Avery está saliendo del agua para acercarse a Dominic, quien yace inmóvil en el piso. Les disparo a los hijos de puta de Dimak sin detenerme mientras los hombres de Vladimir los reducen. Los enemigos se giran para enfrentarse a ellos, dejando de dispararnos. Caigo en el piso al lado de mi hermano, quien está desangrándose. Sus ojos azules me observan.

—¡Maldito bastardo! —siseo, molesto—. ¿Cómo pudiste pensar que te dejaría?

—No debiste v-volver —se queja con la mujer, quien se encuentra rompiéndole la camiseta. Ella también está herida, tal como lo indica la sangre en un lateral de su cadera, y yo siento un dolor hijo de puta en mi pierna; sin embargo, mi prioridad son Britney y Dominic, que ambos salgan con vida de este lugar.

—Te necesito con vida, no muerto —replica ella. Terminamos de descubrirle el pecho y encontramos al menos seis impactos de balas—. Nikov, debo huir de Vladimir, no puedo quedarme a ayudarte. Tendrán que sobrevivir solos, pero necesito que él viva. Tiene algo que me pertenece y que debo recuperar.

Varias ráfagas de balas pasan sobre nuestras cabezas y me pongo en guardia para atacar, pero solo veo a dos hombres caer. Busco con desesperación el helicóptero, esperando ver al piloto, pero es Britney quien viene corriendo hacia nosotros, disparándoles a nuestros enemigos. Aún luce tambaleante y sus ojos idos; no obstante, se las ingenia para mantenerse alerta. ¡Esa es mi mujer, mi valiente chica!

—Nicklaus —susurra Don, agarrándole, la mano a Avery. Le cuesta hablar y parece que está teniendo alguna hemorragia interna. Grita cuando hurgo en sus heridas con los dedos, pues no tengo nada que me sirva para sacarle las balas. Pero no lo dejaré morir, no esta jodida noche.

—Gracias por tanto. —La chica prácticamente le llora. Sé que Dominic la liberó del psiquiátrico en donde estuvo recluida Isabella hasta el día de su muerte. Este es el Capo, capaz de manipularlos a todos hasta conseguir lo que desea. En este caso siempre fue la liberación de mi *dusha*. Avery le besa la mano antes de levantarse y echarse a correr. Vladimir la llama y grita su

nombre mientras doblega a Dimak contra el piso. Estamos ganando esta guerra, pero aún tengo la batalla de la vida de mi hermano delante de mí.

—¡Vete! —me suplica Dominic—. Sé feliz con ella.

—¡¡No te dejaré, ella tampoco lo hará!! —rujo.

Britney le sujeta la cabeza, levantándole el cuerpo para que no continúe ahogándose en su propia sangre. Me duele el pecho por la emoción de recuperarla. Estoy lleno de júbilo por estar a su lado una vez más y adolorido por ver a Dominic casi muriendo.

—¡Avery! —exclama Vlad, pasándome a un lado, e intenta llegar a tiempo y colgarse del helicóptero, pero este ya está demasiado alto. Grita palabras hacia ella, las cuales prefiero ignorar. No conozco a esa chica y, sin embargo, le agradeceré eternamente esta noche. Logro sacar una bala, pero Don pierde el conocimiento y siento el pánico en cada molécula de mi ser. Le levanto el cuerpo con ayuda de Britney y, arrastrando la pierna, nos encaminamos a la casa. La gente de Vladimir está apilando los cadáveres y no sé dónde está Dimak.

Estoy casi cayéndome de cara al cemento cuando un tercer cuerpo me ayuda a cargar a Dominic. Justo cuando voy a romperle la cabeza, noto que es Vladimir quien nos auxilia. No confío en él. Es un sentimiento natural en mí y tendré siempre ese ruido en mi cabeza que me grita que debo mantenerlo apartado… Sin contar con el resentimiento que me invade al recordar que él secuestró a mi esposa y la expuso al dolor cuando ella apenas se adentraba a esta vida de mierda. Esta noche, sin embargo, Ivanov decidió venir y salvarnos a todos. No creo que lo haya hecho por Dominic, pero sí por la mujer que acaba de abandonarlo.

—¿Dónde está Dimak? —cuestiona Britney mientras dejamos el cuerpo de Dominic sobre la mesa del comedor.

—Escapó hacia los bosques —responde en un rugido Vladimir.

—Iré a buscarlo…

—¡No! —corto de raíz su intención. ¿Buscarlo? ¿Está loca? La acabo de recuperar hace un puto segundo y cree que la dejaré irse tras Trivianiv, ¡ni en mil años! Me observa confundida. Ha cambiado, está más delgada y ojerosa. Mi pequeña—. No dejarás mi lado.

—Debemos limpiarle las heridas al Capo, parece un colador —interviene Ivanov.

—No vas a tocarlo, no confío en ti.

—No estoy pidiendo tu confianza, Nikov. Y, créeme, soy quien más desearía que ustedes dos se pudrieran en el infierno, pero ya conoces a Dominic, él siempre tiene algo sobre cada uno de nosotros y no dejaré que el bastardo muera. —Escupe el piso, como si esas palabras lo envenenaran—. Así que solo podemos luchar juntos para salvarle la vida, ¿no crees?

No me gusta nada y, sin embargo, es lo que hay. Somos el extremo opuesto del otro, pero por mucho que deseo asesinarlo, solo tengo esta oportunidad para traer de la misma muerte a Don.

—Dimak tiene un laboratorio en el segundo nivel —informa Britney, nerviosa, inquieta. Es esa maldita droga, ¿ha estado todo este año consumiéndola? ¿Hace poco empezó? ¿Por qué siento que estamos a una galaxia de distancia?

Quisiera tenerla entre mis brazos, besarla, acurrucarme con ella, asegurarle que no volverá a pasar este infierno nunca más, pues el destino se ha empecinado demasiado con ella. Tendré tiempo de destripar a Dimak, seré muy lento y jodido. Su sufrimiento será como el infierno de doloroso. Con la ayuda de Vlad llevamos a Dominic al laboratorio y ambos trabajamos rápidamente en su cuerpo. Como me gusta la tortura, conozco muy bien la anatomía humana y sé en dónde están los órganos de riesgo con las heridas de bala. Les agradezco a los dioses que no tenga ninguna bala en el pecho mismo y que la mayoría hayan sido en su estómago.

Recuperamos algunos proyectiles de su interior, los que no comprometen su salud, pero la mayoría de las balas se quedan dentro. A veces intentar sacarlas causa más daños que dejarlas dentro. Suturamos algunas de las heridas y me encargo de quemar las dos más peligrosas, las que están cerca de sus pulmones. Necesitamos sangre para hacerle una trasfusión y lanzo la idea. Vlad se me queda mirando cuando lo observo, pues sé que tienen el mismo tipo, aunque no puedo revelarle por qué lo sé. De mala gana y sin querer cooperar en aquello del todo, accede. Él mismo prepara los instrumentos para una trasfusión casera.

Le inyecto un medicamento para controlar una posible hemorragia interna y prevenir alguna infección que pueda surgir, luego le limpio el cuerpo. Está respirando y eso me basta. Sé que es un luchador nato, que no pierde una batalla tan fácil. No tengo suero para mantenerlo hidratado y tampoco sé qué tan seguros estamos en esta casa. Me siento fuera de control.

Busco a Britney con la mirada y me doy cuenta de que se ha quedado dormida contra la pared. Quisiera llevarla a una cama para que descansara allí, pero no puedo perder a ninguno de mi vista.

—Estás herido —dice Ivanov, señalándome la pierna.

—No te importa —siseo. Pone los ojos en blanco y se quita la aguja con la que le estaba donando sangre a su medio hermano. ¿Puede ser más jodido el destino?

—No entiendo por qué actúan como si yo fuera el malo —se burla, riéndose—. No soy un santo, claro que no, pero fueron ustedes quienes me jodieron la vida, no al revés. Tú empezaste esto hace años, viniste a mí. Te dije con honestidad mis intenciones con Emilie y decidiste, bajo tu criterio, que yo era poca cosa para ella…

—No —lo interrumpo, encarándolo—. Sabía que ella terminaría como Dalila, esa es la diferencia.

—Nunca quise o deseé a Dalila, todos ustedes lo sabían y aun así me la dieron como premio de consolación, esa fue la diferencia. Si buscas culpables, mírense al espejo. Si no, la chica en el piso es el mejor ejemplo de lo que ustedes dos son. El intocable Cavalli y el que se cree todopoderoso, Nikov. Yo soy real, no digo que soy bueno porque mentiría. Soy malo, pero sé con quién debo serlo. Y a ustedes dos solo les entregué mi honor, una palabra que ambos pisotearon.

Sus ojos lucen enfurecidos y aunque mucho de lo que dice es verídico, no estoy dispuesto a disculparme. Tampoco creo que espere una disculpa de ninguno de nosotros. Hice lo que tenía que hacer para mantener viva a Emilie, me encargué de que su destino se vinculara a Don porque tenía mi lealtad en él, no en Ivanov.

—¿Quieres que te aplauda o qué? ¿Quizás una medalla al mejor mafioso? —ironizo con desdén. Es mi jodido enemigo y lo será incluso si nos salvó la vida.

—No, esa medalla entrégasela a Dominic. Porque no dejas de ser su sombra y al vivir opacado por el gran Capo, incluso tu título de Pakhan es una basura. La gente no te mira a ti, sino a él.

Aprieto los puños, controlando mis instintos asesinos, mis ganas de arrancarle cada miembro del cuerpo y luego la piel mientras aún está respirando para hacerme un maldito abrigo con ella, para que confirme si soy una sombra o no.

Lo mejor que hace es largarse para vigilar la seguridad de la casa. Es un estorbo, una cucaracha… Y, sin embargo, sus palabras logran joderme la cabeza.

Tengo que hacer malabares toda la noche para intentar acercarme a mi esposa y no separarme de Dominic, quien empieza a delirar un poco y a sudar en exceso. Consigo controlar la

temperatura de su fiebre en la madrugada cuando Britney se cansa de estar en un rincón, callada y distante. Me siento perdido, sin saber cómo debería proseguir. Mucho ha sucedido en todo un año… Ha estado con Dimak encerrada y solo ella sabe de qué forma.

—Maldita sea —me lamento, golpeando el metal.

—Ve con ella —susurra Vladimir, enfrascado en su teléfono. Es otro que no ha dejado de ladrar órdenes a sus soldados para que den con Avery, su esposa, a como dé lugar.

—Sí, cómo no. Ni en mil años te dejaré a solas con Dominic en estas condiciones.

—Si quisiera matarlo o matarlos, todos estarían tirados en el jardín, quemados o descuartizados, ¿no crees?

Odio darle la razón y más necesitar su ayuda, ¡esta situación no debería suceder! No tendría que depender de Vladimir. Molesto conmigo mismo, lo observo unos segundos antes de ir en búsqueda de Britney. No tardo en dar con ella, pues se encuentra en el balcón, viendo cómo los soldados se encargan de los cadáveres.

—*Dusha* —la llamo despacio y sin reconocer mi voz.

Me posiciono a su lado mientras ella se agarra a la baranda de metal.

—Debo ir tras Dimak y Hayden. No puedo quedarme aquí…

—Es justo lo que harás, te quedarás a mi lado, en donde sea capaz de verte —sentencio. La veo tomar una bocanada de aire y cerrar los ojos—. No resistiría perderte de nuevo.

—Ya no soy tu alma, Roth. Demasiadas cosas cambiaron y la chica que conociste desapareció.

Duele escucharla decir esas palabras y más saber que en realidad se siente así, que no está fingiendo. Levanto la mano, dudando de si debería o no arriesgarme a tocarla. Britney abre sus ojos multicolor y me mira, impasible, da la ilusión de que incluso no respira.

—Yo la veo aquí, delante de mí. La chica de la cual me enamoré. —Intento acercarme, pero ella gira el rostro, evitando así el beso corto que quería darle.

No sé qué hacer, me siento como un imbécil que no sabe recuperar a su esposa. Ella ha sufrido solo por estar involucrada en mi vida. Le ha tocado duro en más de un sentido, siendo la presa de Dimak e incluso con Vladimir, que fue quien empezó este círculo que parece interminable.

—Antes tenía esperanza, pero me acostumbré a estar aquí, a intentar escapar, a fracasar en ello. Siento que me he quedado vacía. —Retrocede, apartándose de mí, pues parece necesitar ese espacio para unir sus ideas. Trago saliva y siento un dolor sordo en el pecho ante el rechazo. Duele sentir que la pierdo—. Estás aquí y no siento el alivio que debería sentir. Dimak sigue afuera y no dudará en regresar por mí.

—¡No lo dejaré, sabes que voy a protegerte! —rujo, apretando los dientes, furioso por el hecho de que no crea que puedo ser suficiente para protegerla.

—¿Sí? ¿Cómo nos fue con eso la última vez? —se burla con un siseo lleno de ironía.

—¡Estabas segura y te fuiste! ¡Se pusieron en peligro ambas! No puedes lanzarme esa mierda, Britney. Estabas protegida y te marchaste, ¡no me avisaste!

—Bess dijo…

—¡Y una mierda! ¡Tú eres mi mujer, no Bess ni Emilie! ¡Tú debiste obedecerme y permanecer segura! Y no, no me culparé de lo que pasó por completo, ambos somos culpables. Bess era más libre y Raze la mantenía al margen de todo. Ella no comprendía qué sucedía, pero tú sí. Tú conocías el peligro al cual estábamos expuestos, no te lo oculté.

Dejo salir todo, pues si continúo aguantándome este nudo en la garganta, cometeré una maldita locura. Ella no dice nada, solo me mira sin ninguna emoción. Quizás después de todo sí

tenga razón y este año nos cambió a todos. En el camino perdimos partes de nosotros que no se podrán recuperar.

—Gritarme no conseguirá que los hechos se modifiquen.

Sin nada más sale del balcón y me deja atrás, observando con dolor e impotencia el fantasma en el cual se ha convertido. Me recuerdo que no debo presionarla, que es mejor ir un paso a la vez y que ella necesita espacio, que debe procesar lo que ha ocurrido. ¿Acaso esperaba que saltara a mis brazos y me besara hasta el final de los tiempos? ¡Sí! ¡Sí lo esperaba! Pero, siendo honesto, tiene razón, demasiado ha sucedido en trescientos sesenta y cinco días.

Vuelvo con Dominic para dejar que mi mujer tenga un respiro. Me quito la camisa y los zapatos, quiero refrescarme, limpiarme la sangre. Sé que debería dormir unas horas, así que lo hago al lado de mi hermano. Cuando llega el amanecer apenas he cerrado los ojos y me siento fatigado. Todo está sobre mis hombros, la carga cada vez es más pesada. Limpio a Dominic y sé que debo reportarle todo a Emilie, que debemos estar preparados para cualquier posible escenario. Su evolución es buena, pero no tengo ningún equipo que me garantice que está fuera de peligro. Al menos su piel ha recuperado color y ya no está tan pálido.

—¡Carajo! Necesito un buen desayuno, ¿cómo puede matar un hombre si no tiene alimento en su estómago? ¿No sabes cocinar?

—Contrata a una sirvienta, claramente yo no lo soy —responde Britney.

Salgo y ambos están en el comedor. Vlad está furioso con un pedazo de pan blanco en un plato y veo que Britney tiene uno con frutas, huevos, jugo y tostadas francesas. Casi quiero reírme al verla.

—¿Cómo te soporta Nikov? —sisea el ruso. Quiero intervenir y mandarlo al infierno sin boleto de regreso, pero ella sonríe como el prototipo de mujer italiana, mostrando el rostro de una señorita educada y lista para lanzar veneno.

—Tengo un coño fabuloso, quizás sea eso.

Maldita sea, acabo de enamorarme el triple de ella.

—Sí, ajá. Necesitas aprender a cocinar.

—No he dicho que no sepa, dije que no te haré nada a ti. La cocina está abarrotada de alimentos, hazte algo tú mismo, hijo de puta.

—¡Ey, ey! Cuidadito con cómo me hablas…

—¿O qué? —lo rata sin temor, lista para atacar—. ¿Vas a noquearme como lo hiciste con tu esposa? Ahora entiendo por qué está huyendo de ti.

Vladimir entrecierra los ojos y me aclaro la garganta para que note mi presencia. Seré paciente al comprender el hecho de que está de nuestro lado ahora y al tener que compartir con él, pero no dejaré que lastime a mi mujer de ningún modo y eso incluye palabras que no debe decir. Camino hacia ellos, entonces el ruso se levanta, deja caer el trozo de pan y se aleja. Me, inclino hacia mi esposa, quien aprieta los muslos. Parece que ver mi pecho desnudo le ha despertado algo. *Estaré encantado de apagar cualquier fuego, señora Nikova.*

—¿Para mí tampoco hay desayuno? —cuestiono, agarrando un trozo de fresa y metiéndomelo a la boca. Ella parpadea, siguiendo el movimiento, y me da la sensación de que la chica iracunda de anoche no está en su sistema esta mañana.

—Sí, señor. Pondré la cafetera —anuncia con una cadencia sumisa que me despierta todo.

Se levanta de la silla como un resorte, huyendo de mí. No se lo dejaré tan fácil, así que la persigo hacia la cocina, deleitándome con su cuerpo. Está más delgada de la cintura, pero sus caderas lucen anchas y sus pechos un poco más rellenos. Su pelo ha recuperado casi el rubio natural y eso hace que se le vea la piel más blanca. Noto que tiene unas marcas en las muñecas

cuando enciende la estufa, quizás por algún tipo de tortura. Sin pensar le agarro las manos y las inspecciono. Sé que antes se autolesionaba; no obstante, estas marcas llevan tiempo allí.

—Estuve un período en el calabozo y me tenía sujeta de las manos. La piel se fue abriendo hasta que las cuerdas me molían la carne. Aquí… —Señala la parte que tiene ennegrecida por la mala curación—. Casi era capaz de ver el hueso.

—Brit, nena…

—Necesito atrapar a Dimak, no conseguiré descansar mientras él o Hayden respiren. Dime que lo entiendes, por favor. No puedo esconderme, esta vez necesito estar a tu lado. No como tu esposa, sino como parte de tus hombres.

39: EL CAPARAZÓN

Britney

No dice nada a mi petición Y solo me besa las muñecas, como si ese simple acto fuera capaz de hacerme olvidar el dolor, a mi hija recién nacida asesinada frente a mis ojos, los meses de tortura recluida en el calabozo, el fingir ser adicta cuando no lo era… Hasta que caí de nuevo en ello porque el mundo era siendo demasiado grande y me aplastaba. Me avergüenzo de mí, de caer en pequeñas tomas de la droga experimental de Dimak, pero me encontraba demasiado jodida ya, necesitaba aferrarme a algo y eso me daban un escape.

Porque ya había perdido mis esperanzas por completo. Pero ahora él está aquí y no puedo aferrarme a sus palabras y esperar que el mundo se centre y empiece a favorecernos. No hasta que Dimak Trivianiv esté muerto, hasta que sea capaz de drenarle toda la sangre del cuerpo. Solo así, quizás, pueda soñar con volver a ser Britney.

El café empieza a subir y se lo sirvo, obviando el calor que desprende su torso desnudo. Tiene salpicaduras de sangre seca aquí y allá y lo veo más musculoso que antes. También tiene un tatuaje nuevo, son letras rusas bajo su costilla.

Porque eres parte de mí, yo soy tu casa.

Me muero por tocarlo, preguntar con cuál finalidad lo ha plasmado en su piel. Soy capaz de entenderlo y aunque no soy una experta en ruso, he aprendido un poco más. Mi acento es una basura y solo consigo descifrar algunas partes, así que quizás lo esté traduciendo mal.

—¿Azúcar? —pregunto.

—En Nueva York te enseñé cómo me gusta —replica, besándome el hombro. Mis piernas casi flaquean, pero no puedo ceder aunque lo deseo más que a nada en el mundo. Si suelto mi coraza, quedaré vulnerable.

—Ha pasado demasiado tiempo, lo olvidé —miento. Nunca olvidaría ningún detalle que sea relevante para Roth Nikov.

—¿De verdad? —susurra y su aliento me golpea el cuello. Me aparta el pelo y el toque de la yema de sus dedos me enciente—. Yo creo que tu pulso te ha delatado, *dusha*. Quieres fingir algo con tus palabras, pero tu cuerpo grita otra melodía, bonita.

—Es normal, eres un hombre atractivo.

—Soy más que eso —musita, girándome. Me aferro a sus hombros y me enfrento a esos ojos negros que me hacen temblar de inmediato. Ese fuego que solo él consigue avivar se eleva en mi cuerpo, llegando a una temperatura infernal—. Sé lo que estás haciendo, *dusha*, pero no tienes por qué, estoy aquí.

—Soy una tortuga desprotegida y necesito el caparazón duro. Por favor, no puedo sentirme vulnerable una vez más, no lo resistiré. —Se me llenan los ojos de lágrimas que amenazan con derramarse por mis mejillas y convertirme en la patética chica abusada que nunca dejará de ser una víctima, que no sacará sus garras y empezará a defenderse.

—Yo soy tu armadura, puedes salir y refugiarte en mí —suplica. Me alza hasta sentarme sobre el granito del mesón. Me rodea la cintura con sus manos y mete los dedos por debajo de mi playera azul—. No me apartes de ti, tu rechazo es más doloroso que tu ausencia. No sé qué hiciste conmigo, señora Nikova… —Niega y casi junta nuestros labios. Probablemente necesite este contacto y, sin embargo, soy inmensamente feliz cuando Vladimir nos interrumpe. Roth retrocede y yo salto, acomodándome la ropa.

—Hmm… Tenemos un problema, debemos movilizarnos —anuncia, incómodo.

—¿Qué sucede? —demanda Roth.

—Mi contacto en la ciudad dice que llegaron soldados esta mañana y probablemente Dimak esté pensando en regresar. Ambos vimos cuando le dispararon a Dominic, así que es lógico deducir que nos quedaremos aquí, de modo que no dudo que venga en camino.

—Don está muy malherido y moverlo pone en riesgo su vida, lo sabes tan bien como yo.

—No tenemos opciones, es eso o morir todos aquí. No sé tú, pero yo tengo mucho que vivir aún —gruñe Vladimir. Aunque parece estar de nuestro lado, no dejo de sentir repulsión hacia él. Despierta un odio en mí, no a la altura de Dimak, aunque sí semejante. No olvido que Vladimir fue el primero en secuestrarme y mostrarme qué tan dura se vuelve la mafia cuando estás en el lado incorrecto de las cosas. Estos hombres son letales y usarán cualquier método para conseguir su propósito, incluso si no es moralmente correcto.

—Podríamos ir a la cabaña, pero está del otro lado de la isla.

—Vi un bote, es grande y serviría para llevar a Dominic inmovilizado, a nosotros y a unos soldados. Dejaré otros detrás para que reciban a Dimak, si es que se atreve a volver.

—Sí, el bote es grande. Dimak lo usaba para apreciar los paisajes de Londres —digo de forma mecánica. Roth y Vlad me observan, contrariados y curiosos—. ¿Qué?

—¿Londres? —replica Roth. Vlad no intenta entendernos, solo se da media vuelta y se marcha por donde entró.

—Sí, donde estamos —susurro, señalando la casa.

—Nena, no estamos en Londres, esto es Noruega.

—Eso es imposible, Hayden… —Maldita hija de puta. Antes de que reaccione, lanzo la cafetera contra el piso. ¡Me mintió! ¡La hija de puta estaba mintiéndome! ¿Cómo más me engañó esa zorra? Actuó cada día como si yo estuviera en Londres, mencionaba festividades del lugar y yo creí todo lo que me dijeron.

¡Odio esto! ¡Nunca he tenido control de mi vida o mi destino!

Roth me agarra antes de que pueda empezar a destruirlo todo. La rabia me embarga, es la única fiel compañera que he tenido en todo este tiempo. La rabia, los deseos de asesinar a todos los que me han lastimado de algún modo, las ganas de acabar con tanto dolor y sufrimiento.

No tengo lágrimas, ya se han evaporado y no puedo desahogarme como quisiera, de modo que ese odio solo va infectándome como una enfermedad interna. Me carcome por dentro, pero es el único motivo que me mantiene de pie, con ganas de terminar esta maldita tortura.

Huyo de Roth, de todo lo que representa, no me puedo permitir sentir amor, empatía o simplemente volver a ser un alma dócil y sumisa. Ya no más.

Subo a la que era mi recámara y empaco una mochila con algunas cosas esenciales. Luego entro a la habitación de Dimak para buscar las pastillas que necesito. Solo tiene un bote, pero me servirán para sobrevivir los próximos días. No planeo ser una adicta permanente, solo hasta donde sea necesario para adormecer mis emociones. Es apenas la mitad de una pastilla, no estoy drogándome como loca, aunque sé que mi cuerpo se irá acostumbrando y que quizás empezaré a necesitar más. *Solo serán unos días*.

Vladimir y Roth trabajan en Dominic y lo llevan hasta el bote en un pedazo de madera, atado. La mitad de los soldados se quedan mientras nosotros viajamos, rodeando lo que ahora sé que es una isla. Muevo las piernas con nervios y me muerdo las uñas durante las casi dos horas de viaje. Nikov me observa y temo que sepa la verdad, que pueda notar cuán jodida ya estoy.

No me atrevo a hablarle de nada de lo que viví al lado de Dimak ni de nuestra hija y me convenzo de que son partes que es mejor que nunca sepa, que este tormento es mejor si solo uno

de nosotros lo vive. Aunque nuestro matrimonio no ha sido uno normal en el que lo compartamos todo, sé que una noticia de esa magnitud lo hará sufrir, culparse. Y es lo que menos necesito que pase, pues quiero que siga con su deseo de encontrar a Dimak. Pero no permitiré que él lo mate, *necesito* acabar yo misma con él. Lo único que había deseado con esta fuerza antes en la vida era ser la esposa de Roth y ahora siento ese mismo deseo multiplicado por mil… pero enfocado en exterminar a Dimak. Necesito verlo y escucharlo suplicar, burlarme en su cara cuando no tenga ninguna opción, que se sienta de la misma manera en la cual me tuvo a mí. Que se convierta en un fantasma, un ser sin alma ni vida. Que pierda toda la esperanza, que desee morir a cada segundo, como lo deseé yo cuando me impuso una vida que era demasiado para mí. Necesito doblegar su espíritu y no me bastará con una muerte rápida e indolora, no. Quiero días y días de dolor, meses de desesperación, horas cargadas de angustia. Mientras me pierdo en la cadena de mis pensamientos, una sonrisa demoniaca se apodera de mi boca. Sí, quiero eso y más, no descansaré hasta conseguirlo.

Dimak suplicará y yo sinceramente no escucharé. Lo volveré un espectro oscuro del infierno.

Llegamos a una cabaña pintoresca y camino detrás de los hombres que cargan al Capo, pero me mantengo al lado de Roth, quien no pierde detalle de nada. La puerta no está asegurada y nos alarma. Al entrar encuentran que está vacía y solo se percatan de que alguien estuvo aquí. Hay unas telas llenas de sangre sobre la mesa, un cuchillo y dos balas sobre el comedor.

El ruso con la cara cortada se lleva una de las telas a la nariz, aspirando el aroma nauseabundo.

—Zaria —susurra un tanto atormentado.

—Estaba herida —musita Roth suavemente—. En la cadera. Parece que vino aquí a atenderse antes de irse.

Vladimir solo asiente con molestia, deja caer la ropa y sale de la cabaña. Me da la sensación de que la bestia rusa ha caído en la peor de las trampas, aquella que se apodera de tu corazón.

No sé si es un veneno o una pócima mágica, pero amar duele un infierno y en la mafia es solo una condena sobre ti. Si la chica logra huir lejos de todo esto, joder, le hago un maldito altar. Está tomando la decisión correcta, ser egoísta. Ojalá yo hubiera entendido eso antes de llegar a todo esto. En el futuro estaría en Nueva York, en alguna universidad, con un chico normal que me diera un cariño común… y no en esta tragedia llamada amor.

—Nuestra habitación es la del fondo —anuncia Roth, señalando la puerta marrón—. Saldré a buscar un médico por la zona y comida decente, aquí solo tenemos enlatados.

—Iré contigo —propongo.

—No, te vas a quedar aquí —me contradice, tajante.

—No vas a decirme qué hacer, Nikov. Iré contigo o iré sola, pero necesito que sepas que ya no puedes controlarme. Y no quiero recordarte lo que pasó la última vez que me quedé a esperarte. Date cuenta, ya ha pasado un año desde aquello.

No quiero recurrir a hacerlo sentir culpable, pero si es la única opción para explorar el área, pues haré lo que sea necesario.

40: ¿QUIÉN ES ELLA?

Roth Nikov

Casi quiero reírme frente a ella porque cree que tiene algún tipo de ventaja sobre mí, que no voy a hacer lo que sea necesario para que esté protegida, y eso incluye no poner en riesgo su vida. Su altanería es incluso inocente. Está provocándome. Fácilmente podría doblarla sobre la mesa y recordarle a nalgadas quién es el que manda aquí. En cambio, le hago creer que acaba de ganar y no discuto, no tiene caso hacerlo. La he observado demasiado en estas horas y he notado su comportamiento y su fatiga. Ella tampoco ha descansado mucho y trata de mantenerse alerta, es como un cachorro callejero. Aunque tiene sueño, no cae, se mantiene activa, creyendo que la atacarán en medio del sueño.

—Necesito un baño —respondo.

Superviso de nuevo a mi hermano antes de entrar a la habitación y verla a ella vaciando su mochila. Agarro la toalla y entro a la ducha caliente. Tengo los músculos tensos y mis pensamientos van en varias direcciones. Debería dormir. De hecho, todos necesitamos unas horas de sueño y una comida decente. Don requiere de un médico que pueda monitorear su evolución y también tengo que avisarle a Nicklaus para que traiga a Emilie. Si las cosas no mejoran, ella seguro querrá despedirse de su esposo. Molesta o no, esa mujer lo ama. El agua logra calmar al menos la tensión que siento, pero empiezo a tener un tercer problema… algo que crece sin control. Enojado, salgo de la ducha.

Sé que se debe a la irritación por todos los acontecimientos. Brit está sentada en la orilla de la cama, moviendo esas piernas que me desesperan.

No aparta la mirada de mis músculos, que gotean agua. ¡Ella me dijo que no puedo controlarla! Yo, su hombre, ¿es que acaso olvidó quién soy? Me rechazó, se ha mantenido aparte, como si necesitara alejarme, pero ¡no lo pienso permitir! Ella es mía, como yo inevitablemente soy suyo. Sin embargo, no existe manera de que la lleve al peligro de la ciudad con Dimak suelto y todo militarizado. Me paro frente a ella, sonriendo, mientras una idea se desliza por mi mente: fatigarla con sexo. Necesito tocarla, sentirla, el plan es solo una puta excusa para seducirla. Es mi mujer, mi chica, sé que igual me desea, que me ha extrañado de la misma manera en la que yo la he extrañado. ¿Que soy un bastardo hijo de puta? Lo soy. ¿Busqué satisfacción en otras mujeres? Sí, lo hice. Sí, intenté seguir mi vida; sin embargo, Britney siempre ha estado en mi cabeza, en mi corazón, en mi cuerpo. Su recuerdo fue un compañero eterno.

—¿Qué…? —cuestiona antes de que le agarre un puñado de pelo y la haga levantarse de la cama. Suelta un grito que se pierde dentro de mi boca. Me pega en el pecho, intentando separarse de mí, resistiéndose a todos los sentimientos que despierto en ella. Suelto su cabeza para agarrarle las nalgas y levantarla. La toalla se me cae y mi polla se le clava en medio de las piernas, protegidas solo por la tela de su *short.* Le muerdo los labios, embriagándome con su saliva. Sus dientes chocan con los míos y pronto deja su lucha, llevando sus manos a mis hombros. Me araña y rujo dentro de su boca.

Este maldito y bendito toque es todo lo que está bien en el mundo. Extrañaba a esta mujer con cada onza de mi existencia. No sé qué embrujo lanzó sobre mí, pero no puedo olvidarla. Es como si cada momento y cada sensación me impactaran y se multiplicaran por mil. Tenerla en

mis brazos es el mismo cielo, siento que tengo todo lo que he deseado y mucho más. Parece que ya nada más me importa, salvo ella junto a mí, su piel rozando mi jodida piel. Somos un caos, pero sobrevivimos a cualquier tormenta.

Seducido y poseído por el placer puro de su ser, la dejo en la cama y me inclino sobre ella. Mis manos desesperadas le rompen la playera y revelan sus pechos y un sostén blanco. Gime y se retuerce cuando se los amaso y siento que son un poco más grandes. La diferencia no es mucha, pero quizás he perdido la razón en medio del anhelo. La muerdo sobre la tela y ella se contorsiona, agarrándome del pelo y empujándome la cabeza hacia el vértice de sus muslos. Le quito el *short*, deslizándolo por sus piernas junto a sus bragas. Entonces uno nuestros labios y le abro el coño con la lengua, chupándole el clítoris al tiempo.

—¡Roth! —grazna. Quisiera confrontarla y preguntarle si este es el mismo hombre que no puede controlarla. En lugar de eso, me concentro en castigar su centro de placer, en darle lametazos largos, saboreando sus fluidos, que son el mejor néctar que he probado en el mundo. Son dulces, saben a ella.

Quisiera decir que seré un hombre comprensivo y amable que le hará el amor y la llevará a las estrellas, pero no quiero eso, lo que realmente busco es volarle los sentidos, hacerla olvidar cualquier otro toque que haya experimentado en este tiempo, pues soy así de egoísta. No quiero pensar en que ese maldito volvió a tenerla de formas que me están reservadas a mí.

¡Es mía! No me importa actuar como un demente, ¡jodido Cristo! Sé que soy un perro posesivo y controlador sin clemencia. Ya la tengo a mi lado y no existe ninguna manera en que, mientras respire, la vuelva a perder. Cometí ese error dos veces y no habrá una tercera. Britney Nikova es mi esposa, está encadenada a mí de forma permanente y el único desenlace que nos separará será la muerte misma. Solo la muerte, la mía, será capaz de alejarme de este ser que me embrujó el corazón.

—¿Aún no quieres que te controle?

—¡Dios mío! —chilla.

Me muevo hacia arriba y de una estocada me hundo por completo en su coño. Sus paredes se abren para mí y ella misma se ofrece en la más absoluta entrega.

Sus fluidos me lubrican la verga, observo el punto en donde nos unimos y empiezo a moverme, deslizándome en su cálido interior. Ella deje caer una lágrima y trata de esconderse de mí, intentando que no vea su dolor, que no note su vulnerabilidad. Y eso me jode, que necesite protegerse incluso de mí porque la han sometido a demasiado dolor y angustia.

—Te amo —digo porque tiene que entenderlo. Debe saber que la amo, que estaré dispuesto a lo que sea por ella. No responde y me duele, me abre una grita en el pecho. Quizás este año le arrancó el poco amor que sembré en aquellos días, quizás la oscuridad absorbió las caricias, los recuerdos y los momentos que yo no dejé de revivir cada noche.

—Ya no sé amar —solloza, quebrándose en mis brazos. Desacelero mis movimientos y le beso el rostro, las mejillas, las lágrimas, la nariz, la barbilla, los labios.

—Shhh, *dusha*. Yo te enseñaré, seré tu armadura, nena, ¿recuerdas?

Continúo besándola y le abrazo su pequeño cuerpo. La hago mía, bajando la intensidad de mis embestidas, siendo suave, delicado, venerándola. Le demuestro sin palabras el amor que siento por ella, el cual nunca ha dejado de latir en mi interior.

—¡Más! —me pide, hundiéndome las uñas—. Necesito que me rompas. Quizás así puedas unir los pedazos que ella dejó, por favor, mi animal. ¡Hazme sentir otra vez!

—Estoy aquí, *dusha*. Estoy jodidamente aquí, no iré a ningún lugar. No estás sola, jamás lo estarás —le garantizo y hago lo que me exige. Si ella quiere que sea duro, lo seré, pues no

puedo hacer más que consentirla en todo lo que pueda. Voy más hondo y profundo, alzo la cabeza, gruñendo su nombre y sintiendo el orgasmo que está a punto de arrasarme. Ella empieza a mover la cadera, a ejercer fuerza en mis nalgas para que me quede en su interior.

—¡Dámelo, nena! ¡Vente para mí!

Asiente, mordiéndose los labios y acallando sus gritos. Cierra los ojos y libera el aire en cuanto su orgasmo se manifiesta y se deja ir por completo, rindiéndose ante mí.

Siseo. No soporto la presión y, olvidándome de que no usamos protección, me vengo dentro de su útero. Me quedo allí, liberando hasta la última gota, respirando sin control. Ha sido el sexo más rápido de mi vida, pero ha estado lleno de tanto que bien merece cada segundo. Caigo a un lado de la cama y la atraigo, rodeándola hasta acunarla en mi pecho, justo del lado de mi corazón. Espero que ella sepa que si late se debe en total plenitud a lo que despierta en mí. No sé lo que nos depara el futuro ni cuántas guerras más batallaremos; sin embargo, sé con certeza que no la dejaré ir, que la mantendré así, bajo mi ala, en mi costilla, siendo carne de mi carne, ser de mi ser.

—Roth… —me llama con la voz apagada, parece que está casi quedándose dormida. Sería estupendo que pudiera descansar. No le respondo, solo le acaricio el pelo rubio, esperando que se duerma despacio, que su respiración se vaya calmando poco a poco.

Dejo que el tiempo pase, que ella se calme y termine sucumbiendo al sueño. La muevo con cuidado, dejándola sobre la cama, y es entonces cuando veo en su vientre algo que me llama la atención. Es una cicatriz casi en forma de corazón y me da la impresión de que se la hizo con algún cuchillo. No cicatrizó bien y le dejó una marca burda. Mi mujer está más delgada, puedo verlo, pero también noto un poco de flacidez en su estómago y algunas pequeñas líneas blancas.

Ella…

«Necesito que me rompas. Quizás así puedas unir los pedazos que ella dejó, por favor».

¿Quién es ella?

41: FRAGMENTOS

Britney

Dubái. Hace unas semanas.

El impacto del golpe me hace girar el rostro y caigo en el piso porque su arrebato me ha tomado por sorpresa. Trato de no emitir ningún tipo de quejido, pues cuando lloro solo consigo más dolor, sufrimiento, tortura.

—¡Bajaste a deleitarlo, perra!

—No sé de qué hablas.

Escupo la sangre que se me acumula en la boca.

—¡¿Crees que no me di cuenta de cómo te paseabas por la piscina para que te viera?!

He fingido ser obediente, pero cuando me atrapa el pelo y me dobla sobre su escritorio, tengo que luchar contra las ganas de darle pelea. *No, por favor. Ya no más*.

—Me dijiste que querías tenerme a tu lado —le respondo.

—¡No como una sucia ramera!

Cierro los ojos, transportándome a ese lugar en cuanto empieza a romperme la ropa. Sé lo que sucederá, es un círculo. Busca cualquier excusa para molestarse, para golpearme y luego para violentar mi cuerpo. Empiezo a contar en la mente… Él no está dispuesto a que esta vez ignore mi castigo. Me golpea la cabeza contra la madera y chillo por su intromisión en mi parte privada. Me lastima, pero más allá de eso no siento nada ante su contacto.

—Eres mi puta, *darling*, ¡de nadie más!

No dejes que gane, no dejes que gane.

—No volveré a hacerlo —digo con lágrimas en los ojos.

—Claro que no —sentencia.

Me levanta hasta que mi cabeza queda contra su pecho. Me embiste duro y no tengo que observar para saber que un hilo de sangre me baja por entre las piernas. Sé que me ha desgarrado de nuevo. No es por su tamaño, es por sus estocadas cuando no estoy preparada. Sé que algunas mujeres, incluso en medio de una violación, se lubrican, pero mi cuerpo no lo hace. Simplemente me cierro y el dolor que experimento es el triple. Me rompe el cuerpo, el espíritu y lo poco que me queda de corazón.

—Si vuelves a hacerlo te enviaré al infierno con el engendro de hija que tuviste …

¡No! ¡No! ¡No! Lo pierdo, pierdo cualquier indicio de autocontrol y obediencia. Todo se va al carajo con su mención. ¡Su memoria es sagrada! Y no me importa morir si con ello consigo que no vuelva a mencionarla. La fuerza con la cual muevo la cabeza hasta escuchar el crujido de su quijada aviva lo poco que me queda de espíritu. Gruñe, me suelta y yo me doy al vuelta. Los demonios que habitan en mí me guían. No voy con golpes de niña, sino que le asesto un puño en el tórax, el cual lo hace recular.

—¡No la menciones!

—¿O qué?

Me devuelve el mismo golpe, pero cien veces más fuerte y me caigo al piso, desorientada. Cuando intento moverme, está sobre mí. Me golpea la cabeza una y otra vez contra la alfombra y no se cansa de repetirme mi lugar. Soy su zorra, su puta.

Me rompe el labio y me golpea en las costillas hasta el punto de que pierdo la fuerza para respirar. Dejo de luchar y grito. Nadie vendrá en mi auxilio, abandoné esa esperanza hace mucho tiempo, pero aun así duele no tener ninguna salvación.

Me levanto alarmada respirando de manera errática. Me toma varios parpadeos llegar a la conclusión de que estaba encerrada en mi mente, recordando, mientras dormía, mis días con Dimak. Es difícil asimilar que ya soy libre, que estoy junto a Roth.

Me obligo a controlarme y a incorporarme en la cama. Estoy desnuda, me duele mi centro y siento el cuerpo demasiado liviano. Me hundo una vez más entre las sábanas, tapándome el rostro. Caí, volví a ser presa de su piel, de su cariño. Escucharlo decir que me ama me duele.

Duele porque cuando amas a alguien de la forma en la cual lo amo, sabes que lo lastimarás aunque intentes no hacerlo. Por eso no le hablo sobre ella, no quiero darle a Nikov una carga que no se merece. Se sentirá culpable, me tendrá lástima.

Entro al baño para tomar una ducha y refrescarme las ideas. Me gustaría salir tras Dimak, pero no cuento con el dinero ni con los hombres necesarios. Mi plan con Hayden iba bien hasta que se molestó porque Rawson parece querer con jugar sus propias cartas. Me acaricio la cicatriz en forma de corazón del vientre, un recordatorio para no olvidarla.

Me pongo unas bragas y una camisa de Roth para salir a buscarlo. Sé que estará con Dominic y es justamente allí donde lo encuentro. Parece que también tomó un baño más temprano, huele a jabón.

—¿Cuándo saldremos a la ciudad?

—Vladimir ya lo hizo —me informa—. Salió hace unas horas.

—¿Cuánto dormí?

—Cuatro o cinco horas —responde. Cubre el cuerpo de Dominic y se gira hacía mí con una mirada extraña, ¿acusadora? No lo sé, pero no parece relajado luego del sexo, no como recuerdo que antes quedaba.

—Iré a la cocina.

Me alejo de su escrutinio, pero siento que me sigue. Tengo mucha hambre y dentro del refrigerador encuentro frutas y algunos alimentos. Cuando cierro la puerta Roth está allí, a mi lado. Lavo una manzana, empezando a estar nerviosa.

—¿Qué…?

—¿No tienes nada que decirme? —indaga.

—No.

Le doy una mordida a la manzana roja.

—Tienes una cicatriz en el vientre.

—Tengo cicatrices en todo el cuerpo, bienvenido a las marcas de la tortura. ¿Sabías que eso hacen cuando estás secuestrado? ¿Torturarte? Irónico, ¿no? Pero tú sabes mucho de ello, ¿a cuántos has torturado, Roth?

¿Por qué estoy descargando mi odio en él? Está aquí, más guapo que nunca, viéndose inmortal, mientras que yo sufrí un calvario. Él siguió su vida sin mí.

—A muchos, Britney; sin embargo, eso ya lo sabías. ¿Sabes qué estoy pensando?

—No, no soy adivina —respondo, dándole otra mordida a mi fruta.

—Creo que estás molesta por estar aquí, que tienes una razón muy poderosa para querer regresar con Dimak…

—La tengo —lo interrumpo—, quiero verlo muerto. ¡Por supuesto que quiero regresar con él, pero para asesinarlo!

—¡¿Solo por eso?! —exclama y retrocedo hasta la pared, exaltada por su arrebato. Nunca me ha levantado la voz de este modo y mucho menos me ha mirado con esos ojos llenos de odio.

—¿Qué carajos te pasa, Nikov?

—Me pasa que estás actuando extraño…

—¡Tengo derecho a no sentirme cómoda!

—¡Y yo tengo derecho a saber qué sucede contigo!

—¡Vete a la mierda, Nikov! Ha pasado demasiado tiempo como para que vengas a creer que tienes derecho sobre mí.

—¡Eres mi esposa!

—No me hagas reír. Ser tu esposa no significa nada cuando he estado más tiempo con mi secuestrador que contigo, no seas estúpido.

Lo empujo para alejarme de su presencia. Quizás tenga razón, he estado tan acostumbrada a esperar el golpe o el maltrato que me volví adicta a ello. Roth me acorrala contra la nevera y casi me cubre con todo el cuerpo. No debería excitarme, pero me es inevitable. Mi cuerpo es un traicionero que conoce de gustos buenos y se abre para recibirlo sin dudar.

—¿Desarrollaste síndrome de Estocolmo o alguna mierda?

—Acabo de decir que quiero ir a matarlo, no a follármelo. ¿Estás celoso, Nikov?

—Habla conmigo, Britney, porque estoy imaginándome miles de escenarios en mi cabeza y todos son fatalistas. ¡Habla conmigo!

—No tengo nada que decir…

—¡Maldita sea, mujer! —gruñe, golpeando la nevera.

Respiro cuando se aleja y se marcha a cuidar de Dominic. Me fallan las piernas y casi caigo al piso. Tengo que respirar varias veces. He aprendido a usar el sarcasmo o las palabras hirientes para enmascarar el dolor, pero con él me cuesta. ¿Por qué está preguntando tanto? ¿Qué sabe?

Esas son las preguntas que rondan mi mente mientras me dedico a preparar algo de cenar. Vladimir ha conseguido un buen surtido de alimentos y solo por eso hago bastante pollo para todos. También pienso en los soldados, pero me doy cuenta de que tienen una parrillada afuera. Preparo pechugas fritas, arroz con vegetales y una ensalada verde mientras me como una cucharada de mantequilla de maní. Cuando todo está listo, sirvo la comida y llamo a los hombres.

Se sientan frente a frente, como si temieran que el otro les fuera a clavar un cuchillo si se dan la espalda. Yo como desde la barra, mirándolos a ambos. Al menos cocinar me hace sentir útil. Y ver cómo se devoran todo es una prueba de cuánto les gusta o de lo hambrientos que estaban.

—Montaré guardia esta noche —anuncia Vlad.

Me sorprende cuando levanta el plato y lo trae a la cocina. Y me sorprende aún más que no me mire a pesar de que estoy mostrando las piernas. Solo limpia el plato y se marcha. Intrigada, lo observo salir de la casa. No entiendo a estos hombres. Roth hace lo mismo, pero se sirve un poco de agua y se queda a mi lado. Otra discusión no, por favor.

—Pensé sobre lo que dijiste de volverte uno de los soldados. Estoy de acuerdo, pero con una condición.

Me late el corazón, desbocado por sus palabras. No esperaba que aceptara, eso me saca de balance.

—¿Cuál condición?

—Que me digas lo que sucedió, por qué tu cuerpo es diferente, la razón por la cual te

marcaste a ti misma. —Niego y resoplo. No le diré una mierda—. Las cosas que estoy imaginando son peores… y lo que sospecho me duele.

—Dolor… —repito con ironía—. Con todo respeto, Roth, no conoces esa palabra. Mi silencio te está ahorrando darle un nuevo significado a todo lo que antes, para ti, era doloroso.

—Entonces sí estás escondiéndome algo —replica.

—Déjalo estar, Roth.

Muevo mi plato, pero me tiemblan las manos. Es una señal de que me siento acorralada, de que necesito una pequeña dosis para controlarme. Dejo caer el plato en el fregadero y huyo a la sala, pero su presencia es arrolladora. Está decidido a no dejarme en paz. La cabeza se me nubla mientras camino.

—¡Habla conmigo! —exige.

—Déjame en paz, Roth, ¡largo!

—¡¡Te enamoraste de él, ¿cierto?!! ¡Quieres correr a sus brazos!

—¡Cállate! —grito y le golpeo el pecho. Me agarra de los brazos con fuerza y en ese momento escucho truenos y relámpagos en el cielo, anunciando algún tipo de tormenta—. ¡Déjame respirar!

—No hasta que hables conmigo, ¡me estoy volviendo loco al no saber!

—¡Me torturó! ¡Me violó! ¡¿Qué más necesitas?!

—¡¿Por qué te marcaste la piel?!

—¡Porque necesito recordarla! —grito, zafándome de sus brazos. Le golpeo la cara y los hombros y él solo se cubre, pero no reacciona hacia mí—. ¡Olvidé que mi padre me abusaba! ¡Olvidé que mi mamá me drogó con pastillas que no necesitaba! ¡Pero a ella no puedo olvidarla!

—¿Quién es ella? —gruñe, perdiendo el control. Me pego en la cabeza y las lágrimas se me desbordan, todo el peso del mundo me cae sobre los hombros. Vuelvo a escuchar los relámpagos y mi cabeza rememora su llanto de aquel día, los gritos con los que intenté salvarla, el disparo que le arrebató la vida. Solo tuvo unos segundos… Era inocente, no merecía morir.

—¡Habla! —grita.

—¡Mi hija! —Lloro—. ¡¡Ella era mi hija!!

El dolor es irreversible, estalla y domina cada recóndito lugar de mis entrañas. Para algunos quizás sea insignificante, pues nunca la tuve entre los brazos, no pude quererla, no le puse nombre, pero la amaba… y me la arrebataron sin que pudiera dar siquiera un segundo respiro. El dolor es tan fuerte que me ha cegado y no me deja vivir, dormir o simplemente existir. No mientras Dimak Trivianiv respire en este mundo.

—Nació en una tormenta. —Lloro—. Me dolió sacarla de mi cuerpo, pero cuando llegó solo quería agarrarla y acunarla contra mi pecho. No conocí el color de sus ojos, no llegué a sentir el calor de su cuerpo, solo me quedé con las manos alargadas, esperando sostenerla. Me la quitaron, se la llevaron.

No puedo mirarlo a la cara, me niego a enfrentarlo y que vea mi fracaso.

—¡Luché por ella! ¡Lo juro, Roth! ¡¡Yo luché por ella!! Dimak se marchó, lo perseguí e intenté detenerlo, pero me encontraba demasiado débil y desangrándome. Le disparó frente a mí, me la quitó. ¡¿Ahora entiendes por qué debo acabar con él?! No puedo vivir, no mientras él lo haga. Necesito asesinarlo, quiero escucharlo llorar y suplicar como yo lo hice, necesito que sufra en carne viva el dolor de… Estoy muerta, Roth.

Busco a mi esposo y veo que está pasmado en su lugar. Solo irradia ira y confusión, entonces prosigo con mi monólogo.

—Cuando mi pequeño ángel dejó de respirar… morí con ella. Todas mis esperanzas de

quedarme en esta Tierra murieron. No puedo dormir con la culpa de saber que no la tengo a mi lado. No puedo vivir, no quiero hacerlo. Por eso no quiero dañarte, porque la única razón por la cual respiro es para acabar con Dimak. Y cuando lo consiga, ni tu amor será suficiente para sanarme. Te dije que estaba rota, pero hace tiempo, cuando lo hice, no conocía el dolor de perderla. Ahora solo estoy fragmentada en pedazos que no volverán a unirse porque no existe nada que me repare. Ni tú ni tu amor.

—¿Ella… Ella?

No tiene palabras, está paralizado. Y quisiera mentir con todas mis fuerzas, pero conozco a Roth e incluso si dijera que era hija de Dimak, eso no evitará que sufra. La verdad está latente entre ambos y no necesito decirlo en voz alta. Lo veo en sus ojos.

—Era nuestra bebé —pronuncio las palabras aunque no sean necesarias.

Se agarra el pelo y retrocede. No se aleja de mí, sino del dolor. Eso que tanto quería evitarle… aunque es peor para él porque no tiene de quién sostenerse. Su gente no está aquí para consolarlo, Dominic yace en una cama y Emilie está en alguna parte de Nueva York.

Y yo… yo no tengo ningún consuelo que pueda servirle.

—No… —Empieza a negar—. Estoy en alguna puta pesadilla.

Yo vivo en ella desde que Vladimir me secuestró. Mi vida se convirtió en eso.

No lo detengo cuando se marcha y dejo que salga a acabar con medio mundo, pues necesita desahogar el dolor de alguna manera. Yo me tiro en el mueble a llorar, a vaciar lo poco que me queda en el interior. Mi grito de agonía tiene que escucharse en toda Noruega porque el sufrimiento ha rebasado cualquier límite. Desconsolada, camino a la habitación y busco las pastillas en mi bolso. Solo necesito una dosis que suprima por completo mi dolor. Necesito dejar de sentir, adormecerme. Agarro dos y corro a la cocina por un vaso de agua, el cual luego dejo caer. Tiemblo de ira, de resentimiento. Es demasiado, no me puedo controlar. Cuando estoy a punto de drogarme y no regresar más a este puto mundo, la mano fuerte de un hombre me detiene. Es Vladimir.

—No —sisea, lleno de seguridad.

—¡No me toques! —grito con rabia.

—No te dejaré hacer esto.

—¡¿Qué carajos te importa?! ¡Púdrete!

—¡No dejaré que otra mujer muera delante de mí! —ruge, botando las pastillas en el desagüe. Me le lanzo encima para arañarle los hombros y el cuello.

—¡Maldito hijo de puta! ¡No te metas en esto!

Me voltea y me golpeo la cadera cuando me arrincona contra el mesón y me agarra las manos. Sus ojos verdes me taladran.

—Drogarte no hará nada por ti, ¡¿sientes dolor?! ¡Sal y enfréntalo! ¡Usa todas las emociones que sientes a tu favor! Deja esa basura, ¿no ves que estás permitiendo que Dimak gane? ¡Mató a tu hija! ¿Y esto es lo que harás? ¿Drogarte hasta morir?

—¡No puedo hacer nada más! —sollozo.

—Sí puedes, empieza por dejar esa basura. No permitas que el dolor te domine, úsalo, hazte cargo y moldéalo para lograr tu cometido.

—¿Y tú qué sabes de dolor…?

—Más de lo que crees, chiquilla tonta. —Me acuna el rostro con firmeza—. Dimak pagará, pero solo lo hará si dejas de usar esa porquería, porque cada vez que lo haces le das poder.

—Asesinó a mi bebé.

—Acabo de escucharlo —susurra y creo ver un poco de alma en el ruso—. Quítale todo y cuando lo tengas en tu poder, disfruta de tu venganza. Hazlo sufrir, quémalo vivo una y otra vez, hazle desear que nunca te hubiera conocido. ¿Y sabes cómo lograrás eso?

Lloro y sacudo la cabeza. No tengo la valentía para nada.

—Al lado de tu esposo. Nikov encontrará a Dimak y lo traerá a tus pies… pero cuando lo haga debes estar consciente y no drogada o enterrada por una sobredosis. Ser fuerte no es una elección, Britney, simplemente debes serlo. No te dejes quebrar, sal y busca a tu marido, porque después de lo que acabas de confesar, él también te necesita.

Me limpia las lágrimas y no puedo creer que esté diciéndome esto, que esté hablando conmigo como lo haría un padre.

—Quizás sea cierto y estés fragmentada, pero él también. ¿Sabes cuál es la solución? —Niego y sollozo más fuerte—. Que se unan, que estén juntos. No dejes que esto te quiebre. Si lo haces, vas a estar arrepentida toda tu vida. Ahora búscalo, acepta lo que sucede y bríndale tu consuelo. Porque ambos lo necesitan.

Asiento y respiro hondo antes de correr a la alcoba y ponerme un pantalón y los zapatos deportivos. Cruzo la casa y escucho que Vladimir me dice que Roth está metido en el bosque. Uno de los soldados me señala el lugar, así que acelero el paso, atravesando el patio y hundiéndome entre la maleza. Está empezando a oscurecer y el cielo anuncia una tormenta. Grito su nombre mientras corro entre los árboles, quedándome sin respiración por la angustia.

¿Y si fue demasiado? ¿Y si está cometiendo una estupidez? No estoy lejos de la realidad, pues lo encuentro golpeando la corteza de un árbol. Parece perdido mientras la golpea una y otra vez, abriéndose la piel de los nudillos. El sudor le cubre la frente y sus músculos. Tiene puestos solo el vaquero y las botas.

—¡Roth! —exclamo y voy hacia él. Me interpongo sin pensar y uno de sus puños golpea la corteza del árbol sobre mi cabeza. Cierro los ojos y me abrazo a su pecho—. Lo siento, lo siento tanto.

No soy yo quien cae, es mi hombre. Mi animal, quien ya no puede más, me lleva con él entre las hojas, desplomándonos a ambos de rodillas. El grito que abandona su garganta me aniquila. Es un dolor más entre los dos, algo que nos rompe de formas que jamás esperamos.

Ver a un gigante caer es algo fuera de este mundo. La sangre que tiene en las manos me mancha las mejillas cuando trata de limpiarme las lágrimas. Tiene los ojos rojos y no puedo con tanto. Nunca había visto a un hombre sufrir, pues un hombre de la mafia nunca lo hace. Ellos son impenetrables, pero aquí está el mío, dejándome ver su alma.

—No puedo traerla de vuelta para ti —dice, ahogándose con las palabras—, pero puedo asesinarlo. Y no descansaré hasta que él muera. O yo.

42: UN RECUERDO

Roth Nikov

Era nuestra bebé.

Y aunque no lo fuera, el dolor no dejaría de ser el mismo. Este deseo de desgarrar a todo aquel que la ha lastimado me ciega, me enloquece. Quiero llorar, gritar fuerte y sacar de adentro este nudo que me ahoga, que me lastima, que me hunde en un hueco en el que nunca he estado. Mis sentimientos siempre han estado controlados, medidos a mi antojo, pero ella desbalanceó mi mundo y cada acto posterior lo ha cambiado de forma radical.

—Llamé a Emilie —me informa Vlad a mi espalda mientras observo a mi esposa, que está acurrucada en el mueble de la sala, durmiendo, y me curo las manos. No le respondo una mierda porque no tengo voz, no tengo una oración coherente que pueda murmurar sin sentir que mil dagas se me clavan en la garganta.

Sé quién soy, las decisiones que debo tomar. En tanto salíamos del bosque planeaba cien formas de alejarme de ella, de crearle un mundo en donde fuera feliz… pero llegué a la conclusión de que buscaría mil formas más para tenerla a mi lado. Alejarla no es una opción, pero sí hacerla más fuerte. Ambos debemos serlo. Y lo lograré. Es mi nueva meta.

—Estará aquí mañana —continúa—. Escuché a tu esposa… De hecho, la vi hace semanas en Dubái y sé que no somos amigos, pero quiero que sepas que no sabía sobre la bebé.

Aguardo en silencio. Vladimir no me debe nada, pues hemos sido nosotros quienes nos empeñamos en reducirlo a ser una basura dentro de la mafia. Sin embargo, nos demostró a todos el poder que tiene cuando se centra en una tarea y en menos de un par de semanas ha escalado por lo alto. ¿Qué no será capaz de lograr en años?

Tragándome el orgullo y mi ego, formulo la siguiente pregunta.

—¿Existe alguna forma de que esté viva?

Solo preguntarlo me quema.

—¿Con sinceridad? No lo creo. Sin embargo, Dimak usará eso sobre Britney para hacerla volver. Le dirá que está viva. No entiendo la obsesión que tiene, pero puedo decirte que vi sus celos, su posesividad con ella.

—Tenía la leve esperanza de que…

—Si yo fuera Dimak, hubiera hecho exactamente lo mismo… tú también lo harías. Me refiero a usar el dolor sobre ella y sobre ti.

No está hablando sobre asesinar a una criatura, sino de usar las ventajas que tenga. Ahora mismo ese desgraciado tiene el recuerdo de esa bebé sobre nuestras cabezas. Si le dice a Britney que está viva, ella irá con él sin dudarlo. Incluso yo le entregaría mi vida a cambio de que mi hija, a quien no conocí, viviera. Me voy con Dominic para atender sus heridas. Ya le ha bajado la fiebre y su pulso está dentro de lo normal. Necesita un médico, pero sé que Emilie se encargará de esa parte.

—Lo siento, hermano —susurro, limpiándole el pecho con una toalla—. Tal vez no lo entenderás y confío en que recapacites por todo lo que has hecho por Emilie, pero ahora es mi turno de cuidar a mi esposa. No puedo dejar que seas una prioridad sobre ella.

Me siento a su lado, contemplando su estado pacífico.

—No quería tener hijos —confieso con dolor—. Cuando Emilie perdió al bebé aquella

noche hace tantos años, no entendía por qué estabas devastado. Era un feto, sangre y células… Así lo miraba. Creí que estabas siendo un exagerado, pero con el tiempo tuve una perspectiva diferente. Sin embargo, esta tarde todas esas emociones me han golpeado. Imaginarme el escenario de cómo sucedió y el dolor de Britney es suficiente para que sea desolador. Era mi hija, una pequeña nena idéntica a mí… Eso ha hecho que el dolor sea incontenible. Prometí no dar ningún paso a tu espalda, pero necesito a Vladimir de mi lado y espero que puedas entenderlo. Protegeré a tu familia siempre, sabes que Emilie es mi ángel, pero también debo cuidar a la mía. Estabas dispuesto a morir por Britney y eso solo me dice que entiendes cuán importante es ella para mí. Debo elegir entre el futuro de la mafia o ella… y ya hice mi elección, Don.

La he elegido a ella. A mi mujer.

Planeo mis siguientes pasos, no podemos quedarnos aquí. Intento ver si existe la manera de averiguar entre los locales sobre el nacimiento de nuestra hija, pero es una tarea que no puedo hacer en este momento. Consigo un teléfono de uno de los soldados de Vladimir y llamo a Lev, pues lo quiero trabajando en encontrar a Dimak o a algunos de los que aún quedan vivos y que son cercanos a él. No me puedo detener. Calculo mis movimientos para cuando Emilie llegue y las palabras que debo decirle. Me siento un cabrón porque la usaré en un momento de vulnerabilidad. Su mente seguro se encuentra perturbada por esa llamada en la que le deseó la muerte a Dominic, según entendí de sus palabras aquella noche.

Britney está haciendo un gran esfuerzo, puedo verlo cuando entro a la casa y la encuentro preparándonos la cena con los ojos rojos. Le dejo un beso en el hombro y me sirvo una cerveza, cortesía de los productos que Vladimir trajo. Cenamos en silencio, cada cual sumido en su propio mundo. Mi pequeña se disculpa para irse a bañar y yo hago lo mismo en la habitación de Dominic. No resistiría verla desnuda y ella no necesita a un maniático deseándola, sino a su hombre dándole cariño, recuperando todo el tiempo perdido.

Salgo envuelto en una toalla y me encuentro a Vladimir sentado al lado de Dominic.

—Me quedaré a cuidarlo —ofrece con tranquilidad.

Realmente no me niego, pues todos estamos agotados y dormir unas horas me vendría bien para aplacar mi mente y darle paso a la coherencia antes de cometer una locura.

Voy a mi habitación. Britney aún está en la ducha y escucho el agua correr. Me pongo unos bóxers y entro a la cama. Estoy agotado, las últimas horas me pesan. Me voy durmiendo cuando siento su cuerpo a mi lado. Solo le rodeo la cintura con una mano y la atraigo hacia mí. Se queda allí, tranquila bajo mi pecho, con la respiración desigual.

No le toma mucho tiempo empujarme para que quede bocarriba y pueda subirse sobre mí. Enciendo la luz en la mesita de noche mientras su pelo me hace cosquillas sobre la piel.

—Nena —la llamo. Una de mis playeras le cubre el cuerpo y afuera se escuchan la lluvia y unos relámpagos.

—¿Puedo pedirte algo?

—Claro que sí, puedes pedirme el mundo.

—¿Puedes crear un nuevo recuerdo para mí?

Me confunde un poco su petición, pero no quiero arruinar su valentía. Subo la mano por su muslo hasta su cintura, sintiendo la suavidad de su piel y dándome cuenta de que no tiene ropa interior. ¿Un nuevo recuerdo…? Ella tiembla cuando vuelve a sonar un enfurecido trueno en la noche. Entonces rememoro sus palabras de más temprano y cómo narró el nacimiento de nuestra bebé. Mi chica encantadora tiene miedo.

—¿Qué clase de recuerdo? —cuestiono, sintiendo opresión en el pecho.

—Cuando pienso en Nueva York, recuerdo caballos, pintar, un piano, McDonald's, el club, tus manos y tus castigos placenteros; cuando pienso en Rusia, recuerdo nalgadas, sentir tu piel cuando me dejaste tocarte e ir de compras. —Sonríe al decir lo último y luego agarra la playera y se la quita, revelando su desnudez. Maldita sea. Me encanta toda ella, especialmente sus senos un poco más llenos. Le acaricio con el pulgar las líneas blancas que ahora tiene en las caderas, las cuales son de un rosa pálido. También me encantan.

—Esos recuerdos son increíbles porque estoy yo, ¿cierto?

—Sí, son los que me mantienen fuerte. Tú lo eres.

—Entonces te empezaré a llenar de recuerdos. Vamos, cúbrete. Te llevaré a ver algo.

—¡¿Qué?!

—Vamos, perezosa.

Le golpeo las nalgas, quitándomela de encima. Suelta una risita que alimenta mi alma. Lo que haré es más estúpido que detenerme en un McDonald's a mitad de la madrugada para comprarle una hamburguesa vegetariana. Me pongo ropa y le lanzo un pantalón. Se cambia sin tener idea de nada, pero tiene la energía al mil. Salimos de puntitas de la casa y afuera los soldados se paran, asombrados; sin embargo, niego y me llevo a mi mujer a la parte trasera. Ella pega un grito en cuanto ve al animal. Intento advertirle que no es muy dócil, pero el caballo se queda quieto cuando ella lo toca. Parece que ambos se entienden. Está maltratado y tiene algunas cicatrices que fueron hechas con un látigo. Ella lo nota y lo acaricia, a lo cual el animal mueve la cabeza, buscando su olor.

—Está herido —susurra con tristeza.

—Era del dueño de la casa.

—¿Dónde está el dueño?

Guardo silencio. No le diré que me encargué de hacerlo sufrir al doble, que fui tan cruel que el hombre terminó desangrándose. Estoy orgulloso de ello, no me arrepiento. Si eres capaz de herir a un animal indefenso, eres capaz de todo.

—¿Puedo montarlo?

Preferiría decir que no o, para el caso, que me monte a mí, pero tiene esa mirada brillante que me hace sucumbir ante todo. La ayudo a subir y la acomodo. No tiene una silla de montar porque a él no le gustan. Le acaricio el pelo al caballo.

—No seas una bestia —le advierto al compañero.

Tiro suave de las cuerdas y antes de sacarlo agarro una linterna. En nuestra expedición del lugar encontré un riachuelo cerca. Es imprudente salir y alejarnos de la seguridad, pero ella necesita esto y voy a dárselo. Es lo menos que puedo hacer después del infierno que ha atravesado en el último año.

Subo al caballo una vez estamos al aire libre y le entrego la linterna para que ilumine el camino. Con una mano le agarro la cintura, pegándola a mí, y con la otra domino al equino. Está tranquilo y no indomable como suele ser.

—¿Nos lo podemos llevar? —pregunta en voz baja.

—Si es lo que tú quieres.

—Gracias —musita, apoyando su cabeza en mi pecho. Hacemos el recorrido corto hasta el arroyo. No está lloviendo y, no obstante, los truenos secos en el cielo parecen presagiar alguna dura tormenta en el mar abierto.

Bajo primero y luego la ayudo, deslizándola contra mi cuerpo a propósito. Traga fuerte y noto que está excitada. Me saca una media sonrisa mientras la suelto y amarro el caballo en un árbol. Ella entierra la linterna encendida, apuntando hacia el riachuelo, y antes de que diga nada

empieza a desnudarse.

—El agua debe estar fría —le aviso, pero me observa sobre su hombro desnudo y se suelta el pelo. Es una alucinación hecha realidad.

—Yo creo debe estar riquísima.

Empieza a caminar desnuda, entrando al agua, y la sigo. No está fría. Se sumerge por unos segundos hasta salir empapada. El arroyo no es profundo, aunque de todas maneras me mortifica no tenerla entre mis brazos, así que la agarro y ella me rodea la cadera con las piernas. Desde que la tengo, todo con ella me da temor. La siento y la veo de cristal, no quiero que se me quiebre y a la vez no quiero ahogarla siendo sobreprotector. Pero ahora mi corazón late con normalidad, justo ahora que la tengo controlada, junto a mí, segura.

Britney baja el rostro, me acuna la cara y me besa. Es un beso suave y medido, nada intenso o descontrolado. Es tan delicada que parece que necesitara ternura en ese momento. Sus pezones se endurecen contra mi piel y la cabeza me empieza a martillar de deseo.

Se aleja, empieza a nadar y a jugar dentro del río. Yo salgo y la observo, dejándola que tenga paz dentro de tanto dolor. Pongo mi playera en el suelo y me recuesto contra un árbol para perderme con su risita traviesa. Juega con el agua, patalea, se ríe… y me hace inmensamente feliz. Más tarde sale y se tira sobre mi cuerpo.

—Me pregunto si estás huyendo de mí o del deseo que sientes por mí.

Me gusta cuando es así, directa; cuando hace y dice lo que siente. La encajo sobre mi polla dura cubierta por el bóxer, intentando que mágicamente sea una protección.

—Parece que tengo una pequeña vidente, ¿cuál crees que sea?

Le aparto el pelo que le cubre el pecho izquierdo y bajo la boca hasta darle una lamida a las gotas de agua. Ella mueve su cadera sobre la mía, buscando más contacto.

—Diría que ambas.

—Hmm… ¿Eso crees?

Jadea en cuanto la chupo por completo. Intentar no tocarla es un martirio. He creído que lo mejor sería no tener ningún contacto físico hasta que no la evalúe alguna doctora, pero Britney lo complica si se pasea desnuda e intenta follarme a cada segundo. Sinceramente no me puedo resistir a sus encantos. Ella es mi pequeña hechicera.

—Quiero un recuerdo de cómo me haces tuya en medio de la nada en Noruega, quiero recordar justo este momento siempre. Que nada de lo que pase hará que deje de sentir lo que late aquí, por ti —dice, tomando mi mano y posándola en su pecho mojado—. Me dolió no gritar cuánto te amo cuando me lo dijiste, porque lo hago, Roth Nikov. Te amo con cada parte dañada y defectuosa que tengo. Quizás no sirva, tal vez no sea mucho, pero es lo único real que tengo en el mundo. Mis sentimientos por ti.

—Aunque no me amaras, *dusha*, mi amor es suficiente para ambos. Tienes que saber que haré cualquier cosa por ti.

Busco sus labios y la beso con locura, sin permitirle replicar nada y mucho menos dudar de mí. Ella es todo lo que tengo, la persona que desde ahora en adelante cuidaré sobre todos.

Mi mujer me toca el vientre y me araña de una manera increíble. Me tenso y quisiera comerle el coño sobre la tierra, degustarla como un poseso animal que no tiene suficiente de su cuerpo, de ella, de lo que representa. Ardiendo de deseo, le acaricio los pechos y siento que mi cuerpo estalla en llamas a pesar de la temperatura del ambiente. Le muerdo los labios, la barbilla y bajo hasta sus senos, metiéndome en la boca el derecho y pellizcándole el izquierdo. Joder. He perdido la razón, el control, los miedos. Soy todo suyo y ella es toda mía. Britney grita cuando la aparto y la giro. Le abro las piernas mientras hago que quede de espaldas a mí. Con ayuda de mis

piernas la dejo abierta y le bajo una mano por el vientre hasta su coño. Ella se arquea, gimotea mi nombre. Está depilada y eso me hace sonreír.

—Así que eso hacías en el baño, te preparabas para mí. Tu hombre.

—Sí…

—Sí, ¿qué? —la reprendo con dulzura.

—Sí, señor —suelta en un quejido.

—Quiero atarte, *dusha*. Golpear tu piel, hacer que tu cuerpo se sonroje por completo, que tus fluidos me mojen la polla. Quiero explorar cada parte de tu cuerpo, hacerte enloquecer de pasión y deseo por mí… Siempre por mí.

—También lo quiero, señor. ¡Hágamelo, por favor!

—Dijiste que querías ser un soldado…

—¿Eh? —gimotea sin entender un carajo.

—Si pasas esta prueba de resistencia, lo serás. —Empujo su cuerpo hacia delante. Dios, es el peor lugar para inventar posiciones locas, pero ella quiere un puto recuerdo, así que le daré el mejor—. Agárrate de mis piernas —le indico.

Cuando siento que está aferrada a mis mulsos, le alzo la cadera hasta que tengo su coño frente a mi cara. Luego le subo las piernas hasta mis hombros. Tendrá que soportar el placer mientras se sostiene a sí misma. Le soplo en el sexo y ella grita. Su boca está muy cerca de mi polla y estoy desesperado por saber hasta dónde puede llegar cuando quiere algo.

Uso mis manos para abrirle las nalgas y lamerle el coño, para degustar esa crema que ha soltado desde que la subí al caballo y empecé a tentarla con la mano en su cintura. Succiono su clítoris, desesperado, y luego introduzco mi lengua en su abertura, jugando con sus labios. Entonces siento que ella enciende el juego cuando usa los dientes para bajarme el puto bóxer, haciendo que mi polla escape de su prisión.

Le doy una palmada en recompensa por ser una chica traviesa, pues sabía que buscaría la forma de tener mi verga dentro de su boca. Cuando me lame veo las estrellas y el placer se duplica en un nanosegundo. Intenta alejarse cuando empiezo a sondearle el culo con un dedo, introduciéndoselo. Quiero probar cada espacio de ella, incluso este.

Le dejo un reguero de besos, calmándola, dejando que se acostumbre, que pierda cualquier vergüenza conmigo, pues su cuerpo es mío, me pertenece en cada rincón. Le tiemblan las piernas según la torturo, mordiéndole y chupándole el coño con lamidas largas que llegan van desde su clítoris hasta su culo.

Sé que está retrasando su orgasmo y siendo fuerte al soportar su cuerpo contra mis piernas mientras se dedica a pasarme la lengua y llenarme la verga de saliva. Cuando grita en el segundo en que uso mis dientes, sé que necesito clavarme en su interior con desesperación, por eso la bajo y le ordeno que se suba sobre mí.

He olvidado en dónde estamos, la noche, el día, los problemas. Se sienta encima, con el pelo desorganizado y algunas hojas secas enredadas en las puntas.

—Despacio —gruño cuando busca mi polla y la posiciona en su entrada.

Cierro los ojos, echando la cabeza hacia atrás y mordiéndome el labio. Empieza a descender poco a poco y su coño se abre para mí. Siento cómo su carne me permite la entrada, me aprieta, mientras sus fluidos me lubrican y hacen que todo sea más fácil.

Empieza a moverse, a girar sus caderas en círculos, y siento el sudor de su cuerpo en mis manos. No puedo evitar el gemido que brota de mis labios en tanto ella me monta como una profesional. La aprisiono y restrinjo sus movimientos. Con una mano le rodeo la cadera, buscando entre sus nalgas e introduciéndole dos dedos en el culo. Grita y se retuerce cuando los

muevo dentro y fuera, abriéndola.

Detente.

Me ordeno a mí mismo no apresurar nada, pero el hombre dominante en mí necesita tener esto, pues ese hombre teme que se la vuelvan a arrebatar.

Nos muevo, saliendo de su interior y dejándola de rodillas.

—Agárrate del árbol.

—¡Roth! —jadea sin aire.

—Agárrate, nena. Te va a gustar, lo prometo.

Ella cumple y se aferra con ambas manos al tiempo que me posiciono detrás. Paseo la cabeza de mi polla entre sus labios, lubricándola. Cuando siente hacia dónde llevo mi verga se tensa un poco, pero acaricio la línea de su espalda con mi mano libre. Empujo un poco y su cuerpo se resiste.

—Eres demasiado grande.

—No si me quieres dentro de ti. Solo tienes que relajar tu cuerpo, así me aceptará.

—Roth…

—Confía en mí. Luego de la primera vez vas a querer que te folle el culo cada noche, bebé. Confía en tu marido. No haré nada que te lastime —musito suavemente y ella me mira por encima del hombro.

Me concentro en su trasero, dándole mimos hasta que soy capaz de introducir la cabeza. Ella afloja el agarre en cuanto le masajeo el clítoris y entonces es Brit quien se va acercando a mí. La controlo con una mano y el sudor empieza a bajarme por la frente y la espalda.

Cuando tengo la mitad en su interior, noto que las piernas le tiemblan por un pequeño orgasmo y aprovecho ese punto de placer para hundirme por completo. Grita y se viene más duro, empapándome la mano. No quiero que retroceda, así que empiezo a moverme.

Me cuesta no ser un animal con ella y romperla de veinte maneras, pero nuestros cuerpos no conocen de reglas ni de caricias, solo estamos llenos de ese deseo y ardor que siempre ha latido entre nosotros. Mi mujer viene a mi encuentro, lanza las manos hacia atrás y la ayudo a que se aferre a mi cuello. Entonces agarro cada lado de su cintura y la muevo sobre mí para que me folle, que me deje devorar cada dulce y exquisita parte suya.

—Oh, Dios mío, Roth… Dios, ¡sí! ¡Sí!

—¿Quieres más duro? Dime que sí, por favor, *dusha*. No puedo soportarlo…

—¡Más! —grita. Carajo, ¡maldita sea, mujer! La pongo en cuatro en la tierra y le agarro un puñado de pelo, le abro el trasero y me hundo en ella una y otra y otra vez. Le golpeo las nalgas mientras ella se lleva una de las manos al clítoris y se toca, se masturba y me enloquece. Rujo su nombre y lanzo jadeos y gemidos descontrolados en su honor.

Britney es mi adicción, es mi locura, es el castigo que debo pagar mientras camine en esta Tierra, pero estoy dispuesto a soportar el mismísimo infierno por ella siempre que sea feliz y viva para sonreírme un día más. De ser necesario, daré mi vida por mi mujer.

—Voy a venirme.

Por un segundo creo que son mis palabras hasta que me doy cuenta de que es ella quien ha dicho tal oración. El placer de sentirla me tiene nublados el juicio y los sentidos.

—Joder, nena. Infiernos, Britney.

No sé lo que digo, solo siento que voy a explotar. Justo cuando creo no poder más, ella grita e intenta apartarse, pero la retengo.

—Déjalo ir —le ordeno, sabiendo por qué pretende huir.

—No puedo, no puedo. ¡Dios mío!

Salgo rápido de su interior y bajo mi boca a su coño. Tengo que quitarle la mano para que deje de tocarse y me permita meterle tres dedos. Cuando estoy a punto de unir mi lengua, ella se deja ir, la lluvia me cae en la boca y en lugar de apartarme, como ella intentaba hacer, me aferro a su cuerpo y me bebo todo.

Maldita sea, estoy loco por ella. Britney llora una serie de palabras que no comprendo. Mi orgasmo llega y me vengo, ensuciándome las piernas y las bolas. No dejo de chupar hasta que no le limpio la última gota de su elixir.

El placer se aplaca entre ambos y nuestras respiraciones agitadas son lo único que se escucha en medio del bosque. Me muevo hasta sentarme y colocarla sobre mí. Le levanto el rostro porque no la dejaré esconderse y veo que unas lágrimas le recorren las mejillas. Las beso. Estoy agradecido por estas lágrimas porque no son de dolor, sino de placer.

—¿Qué tal ese recuerdo?

—No diré una sola palabra —ríe.

—Acabo de darte buen sexo y te ríes. Me ofendes, señora Nikova.

—Deja que mis neuronas trabajen, acabas de molerlas.

—¿En el buen sentido?

—Ni siquiera sé lo que acaba de pasar…

Estoy seguro de que sus mejillas deben estar rojas, pero oculta la cabeza en mi cuello.

Lo que acaba de pasar es que el mundo por primera vez acaba de tener sentido de nuevo.

No me importa si en el futuro debo traicionar por defenderla, si arraso con todo lo que conocía para mantenerla a mi lado. No me importa. Cualquier sacrificio que haga valdrá la pena por ella.

Britney Nikova me ha enseñado que es una sobreviviente en este mundo jodido. Sí, ha tirado la toalla muchas veces y se ha refugiado en las drogas para sobrevivir a todo lo que le han arrojado; sin embargo, a pesar de toda la oscuridad, sabe amar, sabe sonreír y me demuestra que puede ser la mujer que no esperaba pero que habita en ella.

Es fuerte y ni siquiera sabe cuánto.

43: TRINIDAD

Roth Nikov

—Brit —gimo, sosteniéndome de sus piernas.

Ella se mueve sobre mí, llevándose ambas manos a los pechos, acariciándose y subiendo por el cuello hasta su pelo, sin dejar de mover en círculos sus caderas. Dios, debería dejar de follarla, pero no puedo detenerme. La giro, pues si le permito seguir terminaré sucumbiendo al placer. Ella se ríe y confirma que me ha ganado esta batalla.

—Voy a castigarte por eso.

—Sí, señor. ¡Castígueme! —suplica y me muestra las manos.

Salto de la cama para agarrar una de mis camisas y romperla. Ella me mira desde la cama con una sonrisa satisfecha en su bello rostro y las piernas abiertas, esperándome. Me tienta mordiéndose ese labio rojo que tanto me llama. Anudo los pedazos de tela y regreso para ubicarme entre sus piernas.

—¿Lista para esto?

—¿Contigo? Tengo toda mi vida lista para ti.

—Gírate y ponte en cuatro.

Hace lo que le ordeno, le pido que ponga las manos en la espalda y le hago un primer nudo, sometiéndole las muñecas. Luego bajo un extremo de la tela por su muslo, rodeándole los bordes del culo y realizando el mismo procedimiento del lado contrario.

Se le altera la respiración. Me encanta saber que ella disfruta tanto como yo de este tipo de sexo. Le empujo las piernas, separándolas, mientras observo cómo su excitación gotea y moja la cama. Tiene la piel sonrojada y se me antoja ponerle las nalgas rojas. Escucho su quejido cuando la cama se mueve. Me quito el cinturón y agarro a mi dulce muñeca humana, ubicándola al borde de nuestro lecho. Sobo con placer esa piel blanca de sus nalgas.

—Del uno al diez, ¿cuánto dolor quieres, *dusha*?

Normalmente no lo preguntaría y yo determinaría qué intensidad quiero, pero ella se ha portado muy bien, ha sido una buena niña.

—Doce, señor —jadea.

—¿Con el cinturón? —susurro, acariciándole la piel con el cuero, y ella intenta arquearse al darse cuenta de que la tela se le clava muy cerca de los labios de su coño. Luego se detiene y se queda tranquila.

—Por favor…

—Me gusta el sonido de tu voz, nena, pero guarda silencio. El que habla y manda aquí soy yo… ¿Eso es una sonrisa? Responde.

—Sí, señor.

—¿Qué es tan gracioso?

—Que hace tres minutos quien mandaba era yo.

Ladeo la cabeza, ocultando mi propia diversión. Intenta añadir algo más, pero le pego con el cinturón en las nalgas. Lanza un grito que me enloquece y abre más las piernas.

—Te haré venir a punta de azotes —le advierto.

Alterno los golpes entre lado y lado mientras ella muerde las sábanas y resiste el dolor, maravillándome. El sol se filtra dentro de la habitación y recuerdo que apenas hemos dormido,

pues cada que nos despertábamos volvíamos a buscar los brazos del otro, las caricias, los besos, disfrutando este ardiente deseo.

Se le marca la piel y el rojo de las huellas del cinturón crean arte en su anatomía. Lo dejo caer para tocarla, pues tiene la piel erizada y le tiemblan las piernas porque intenta contener ese placer que está a nada de desatarse. La levanto, giro su cuerpo y hago que quede sentada frente a mí.

Le aparto el pelo del rostro y veo que unas lágrimas le recorren las mejillas sonrojadas. El sudor le recorre los pechos. Todo su cuerpo grita señales de que está disfrutando al máximo lo que le ofrezco. Empujo mi pulgar dentro de su boca y ella lo chupa, observándome con lujuria y delirio a través de esos ojos multicolor.

—¡Chúpame! —le ordeno.

Me masturbo la polla antes de ponérsela entre los labios e ir profundo dentro de su boca. Le agarro el pelo porque quiero esos ojos conectados a los míos, son la única ventana que me indica que todo está bien, que siempre lo estará.

Las estocadas no son para nada suaves y, sin embargo, ella me soporta sin ahogarse. La saliva le cae por el mentón y llega hasta sus pechos duros. No me detengo, sino que aumento la presión y la profundidad.

No tiene más de la mitad dentro, pero es suficiente para darme placer y tentarla. Entro y salgo a mi antojo, subiendo más de nivel, y ella se abre más, permitiéndome ir más profundo. El placer está latente y me golpea los sentidos, mas es ella quien lo disfruta. Cierra los ojos e intenta apretar las piernas; reconozco los signos de su orgasmo.

Salgo de su interior, bajo mi boca a la suya y entonces le azoto el coño. Grita, aunque amortiguo el sonido con mi boca al tiempo que nos empujo hacia la cama y me hundo en ella cuando se está viniendo, abriendo sus paredes para que me reciban en tanto se contraen. Sé que acaba de experimentar un nuevo nivel de locura al venirse de esta manera. Y… ¡Dios! Yo siento por completo cada mínimo espasmo, pero no puedo detenerme. Quiero llenarla con mi semen, como todas las veces anteriores.

No es ella quien lo necesita esta vez, sino yo.

—¡Mía! ¡Joder! ¡Eres maldita y únicamente mía!

Pierdo el control, la cama golpea la pared y se escucha el chocar de nuestros cuerpos. La tela de las ataduras la está mordiendo, mi polla se la está follando y mis manos buscan torturarle los pechos. Los gruñidos que se me salen son irreconocibles, parezco más un animal que un ser humano. Ella me convierte en este loco.

Bajo la cabeza y atrapo uno de sus pezones con la boca para morderlo. Mi mujer grita mi nombre, me alaba como si yo fuera su único y exclusivo puto dios en todo el mundo.

Golpeo una, dos, tres… ¡Pierdo el sentido y la cordura!

—¡Sí! ¡Dame…! ¡¡Roth!!

Me vengo y mi orgasmo es arrollador, un tren sin puto destino. Descargo mi simiente en su interior, siseando su nombre en apenas una exhalación desquiciada. Permanezco sobre su cuerpo y vuelvo poco a poco de la puta nube a la cual he sido lanzado.

Saco una navaja de la mesita de noche y le corto la tela. Ella se queda bocarriba en la cama, con los ojos cerrados y sonriendo. Me dejo caer a su lado y se gira hasta abrazarme con sus piernas temblorosas.

—¿Pasé mi prueba de resistencia? —cuestiona de la nada y me saca una carcajada.

—Eso parece —respondo, trayendo su cuerpo sobre mí. Le acaricio la espalda con los dedos y ella se queda tranquila, en silencio—. Nos iremos a Rusia. Quiero que empecemos a

tener una vida medio normal.

—Yo también lo quiero, pero…

—¿Qué, nena? Puedes decirme cualquier cosa.

—Tengo droga en mi sistema —confiesa y es algo que ya sospechaba. Intenta apartarse, pero la abrazo. Es un paso enorme que me lo haya dicho—. Vlad me detuvo ayer. Iba a drogarme… y él me detuvo.

—Le estaré eternamente agradecido entonces.

—¿N-no estás molesto? —titubea, lanzando la pregunta con angustia.

—No podría, *dusha*. Es una mierda, pero has pasado tanto… Entiendo por qué lo hiciste, yo también busqué un refugio, no en las drogas, pero sí en la sangre.

—No lo haré más, lo prometo. Aunque no sirva de mucho, sé que necesito ayuda, que no podré sola, pero voy a intentarlo. Quiero ser la mujer que mereces, no quiero sentir que eres demasiado para mí.

—Nena…

—Me siento como un estorbo para ti y quiero trabajar para ya no serlo. Me gustaba entrenar con Dominic y creo que tengo potencial en eso. Quisiera que me des una oportunidad en la Bratva cuando la abstinencia termine. Serán días malos, ¿no?

—Lo haremos juntos. Y para mí eres perfecta, *dusha*. Eres perfecta. ¿Entendido?

Le levanto el rostro para que me observe y ella asiente justo antes de besarme.

Por mucho que me gustaría permanecer en la cama con ella, los deberes nos reclaman a ambos. Hace de comer y esta vez es buena con Vladimir, que se merece al menos una comida decente. Yo superviso a Dominic, le cambio las vendas y le limpio las heridas.

Emilie llega horas más tarde y, desesperada, solo quiere estar con Dominic. Trae consigo al médico, quien inspecciona su estado y determina que pronto podría despertar.

Vladimir parece a punto de enloquecer cuando ve a Damon. Aunque le he explicado que no es hijo de Kain, el hombre se encuentra un poco confundido y no es para menos. Todos veíamos el parecido de Damon con él y los ojos grises que nunca han cambiado a azules ni verdes parecen un recordatorio permanente de que la sangre es poderosa, que atraviesa generaciones.

—¿La Trinidad? Dominic no estaría de acuerdo con eso.

—Emilie, hago esto por el bien de todos —musito bajo. No quiero que Vlad escuche esta conversación—. No puedo protegerte, debo cuidar a Britney. Ella me necesita. La Trinidad nos dará poder y paz por un tiempo.

—Dominic…

—Está muriendo. Eso es lo que está haciendo y sucedió por salvar a Brit, porque creyó que en este mundo ya nadie lo esperaba a él. —Odio ser quien le dé este golpe a ella, pues es mi ángel, la mujer a quien le debo mi vida; sin embargo, ahora tengo más prioridades—. Lo amas. No sé lo que sucede entre ambos, pero no dejes que eso te lo quite.

—Le dije que lo odiaba. —Llora, tocándole el pelo. Sus lágrimas caen sobre el rostro de Don—. ¿Cómo podría odiarlo? Este hombre es mi mundo, mi vida.

—Y Britney es la mía —confieso, revelándole mis sentimientos a la única persona que los entenderá—. Este año sin ella estuve perdido.

—Haré lo que necesites. —Me agarra la mano y se la lleva al rostro—. Te amo. Y si dices que esto es lo mejor para todos, entonces te creo.

—Juntar nuestro poder es mejor que pelear uno contra el otro.

—Está bien, aunque… estos acuerdos a futuro… Mis hijos no pueden casarse con los de

Vladimir.

—Pero los míos sí, cuando tenga, y los de Raze.

—Así que esta protección incluye a Raze —comenta en voz alta.

—Me odia, pero no deja de ser mi hermano. Siempre lo protegeré.

—Qué irónica es la vida, ¿no? Odié que me obligaran a casarme y ahora estoy planeando las bodas de mis hijos sin que ellos lo sepan. Son niños…

—Que pertenecen a la mafia.

Ella baja la mirada hacia Don. Sé que esto le duele, pero es lo mejor para todos. Con la Trinidad he logrado mantener a Vlad un brazo por debajo de mí mientras Dominic despierta y, además, en el futuro, eso me brindará más protección a nivel mundial. Necesito encontrar al bastardo de Dimak y haré todo por tenerlo en mis manos, traicionar, mentir, asesinar. No le hablo a Emilie de mi hija, pues prefiero mantener ese asunto en secreto por el momento. No quiero que Britney se vea cubierta de lástima o lamentaciones porque aún tiene un camino duro que recorrer cuando la droga empiece a dejar su organismo, lo cual sucederá en las próximas setenta y dos horas. Es mejor que me aleje de Emilie y de los niños con ella.

Cuando eres observador, sabes reconocer las señales de cualquier hombre y sus debilidades y ahora mismo sé que Vladimir Ivanov hará todo por tener en su poder a Avery Kozlova. Es la oportunidad que le ofrezco, la cual acepta.

Él anuncia su partida para el día siguiente y yo hago unas cuantas llamadas a unos contactos en Suecia y Estonia. Necesito un vuelo que atraviese Noruega, Suecia, el Mar Báltico y Estonia hacia Rusia, un pase seguro en jet. Pierdo un par de millones, pero a medianoche ya tengo todo listo.

Duermo a los niños y Emma decide dormir en la cama de su padre junto a Anais y Emilie. Los mellizos, Damon y Ellie, se suman conmigo y Britney. Ella abraza al chiquillo, quien se ve feliz de estar a su lado. Por la mañana Vlad es el primero en marcharse con su gente y mi mujer le agradece lo que ha hecho por ella. Yo me trago el orgullo y la imito.

—No llevaremos el caballo, ¿verdad? —pregunta, jugando con los dedos. Damon está encima del animal y un hombre de la *famiglia* lo guía.

—Sí, se irá en barco —respondo, rodeándole los hombros—. Tengo una noticia para ti.

—¿Sí?

Aunque no la veo, escucho su emoción.

—Cuando regresemos y te sientas mejor te llevaré al club. Podrás trabajar, pero bajo mis términos y seguridad.

—¿Eso quiere decir que no estaré encerrada?

—La última vez no funcionó, entonces, ¿qué tal si probamos algo nuevo?

Se gira en mis brazos y ahora es ella quien me rodea el cuello.

—Gracias. ¡Dios! ¿Se puede estar más enamorada de ti?

—No sé, deberás descubrirlo.

—Estoy encantada, señor Nikov.

—¡Tía Brit, mira! —grita Damon, solo en el caballo.

Mi chica le aplaude y se encamina a bajarlo, riéndose con el crío. La imagen de ellos es un golpe fuerte en la boca de mi estómago. A veces no sabes las cosas que quieres hasta que te enteras de que estaban en tu futuro… pero no pudieron cumplirse.

Ahora la imagen que veo en nuestro futuro es a mi esposa con varios de nuestros hijos. Espero que no sea un deseo más que se quede guardado para siempre, que en algún punto podamos cumplirlo.

Perdimos a una hija y no podré reemplazarla, el dolor seguirá allí entre ambos, pero me gustaría darle la oportunidad de ser madre y darle todo ese amor que tiene dentro a una personita creada por nosotros.

Una pequeña vocecita empieza a llamarme con desespero y me giro para ver a una rubiecita corriendo hacia mí. Me alarmo porque vivimos en un mundo en donde las malas noticias llegan desde cualquier dirección.

—¡¿Ellie?! —exclamo, atrapándola. Está llorando.

—¡Papá! —grita, pero dudo ya que hace tiempo dejó de llamarme de aquella manera—. ¡Papá despertó!

44: RAZE

Britney

Quiero recordar mis batallas en la vida como medallas de una olimpiada. me las gané gracias a que resistí, luché y salí adelante. Soy la mujer de quien sus papás abusaron, a quien vendieron a un viejo demente. He sido violentada, secuestrada, drogada, torturada… Mi vida es un largo recorrido de dolor… y quizás aún no termina. De hecho, estoy segura de que solo empieza, pero esta vez tengo algo a mi favor. Quiero luchar, no quiero seguir siendo la oscuridad a la que todos le temen y nadie puede entender.

Merezco resaltar y posicionarme en el mundo en donde me han destinado a vivir. Quiero hacerlo junto al hombre que amo y vivir intensamente a su lado, sin angustia, sin remordimientos. Amé a Roth Nikov desde el primer segundo. Sentí que no me merecía ni un poco de su atención y me ha costado un mundo de dolor conseguir una mínima oportunidad a su lado, pero ahora estoy decidida a luchar y a ganar la medalla de oro. Quiero vencer esta mierda y brillar a su lado.

—¿Y te veré?

—Claro que sí —respondo, despeinándolo.

—Papá despertó, tú regresaste… ¿Significa eso que ahora todo está bien?

Me duele la madurez de Damon para su corta edad. Me ha confesado que le pidió al Capo que me buscara y me afecta que un ángel tan pequeño crea que mi secuestro fue, en parte, su culpa.

—¿Sabes qué creo? Que tu papá es un héroe, como esos de las caricaturas, aunque su traje no sea de colores…

—En mi cumpleaños se disfrazó de Capitán América.

—¿De verdad? —Quiero reírme a carcajadas porque no imagino al imponente hombre metido en un traje azul con un escudo de acero—. ¿Tú quieres ser el Capitán América?

—No, me gusta más Batman. Tiene un lindo coche, muchas chicas… y esas cosas.

—Oh, sí, me gusta el coche de Batman y su traje es increíble.

—¡Sí! Tiene estas cosas en el pecho y ¡la Batiseñal!

—Es que Batman es súper *cool*, así como tú.

—¡Damon! —Roth llama al pequeño desde la casa que estarán ocupando en Rusia mientras Don se recupera. Si bien despertó, el médico lo ha sedado todo el vuelo para controlar sus movimientos. Emilie se despide en tanto el chiquillo corre hacia ellos. Entro a la camioneta y la mano derecha de Roth ya está al volante. Me lo han presentado como Lev y mi esposo dejó muy claro que estaré custodiada por el ruso de ojos letales.

—¿Cómo te sientes? —cuestiona, sentándose a mi lado. Mi pulso explota cuando me acaricia la mejilla con la nariz y aprieto las piernas. Pensé que no tendría ninguna muestra de afecto en público conmigo—. Deja de mirar a Lev y respóndeme.

Me sonrojo porque me han pillado *in fraganti*.

—Un poco ansiosa —confieso con sinceridad.

Volveremos a estar en una casa juntos, pero esta vez solos y tengo una fuerte cantidad de droga en mi sistema que espera a atacarme cuando no le dé una siguiente dosis. El sudor excesivo en mis manos es un primer indicio de que caeré en el hueco de la abstinencia muy

pronto.

—Tengo algo para ti en casa —murmura y me agarra las manos dentro de las suyas, frotándolas y llevándoselas a las boca para echarme un poco de aire.

—¿Por qué no nos quedaremos con ellos?

—Quiero tenerte para mí y todos necesitamos espacio.

—Son tu gente —replico.

—Tú eres mi gente, *dusha*. Ellos son mis hermanos y no dejarán de serlo, pero estoy más enfocado en ti ahora mismo.

—Gracias —digo y me pego a su costado. Veo el camino de árboles mientras ingresamos a una propiedad que si bien está separada de la casa en donde se han quedado los Cavalli, está bastante cerca. Supongo que es así en caso de que nos necesitemos—. Se siente increíble escucharte, ser lo primero en tu vida; sin embargo, quiero que sepas que nunca te pondría a decidir entre ellos o yo. Sé que he estado lejos, pero también son mi familia.

—Nunca tendré que elegir porque todos son parte de mí —garantiza. La camioneta se detiene y él sale para ayudarme a mí—. Lo que estoy haciendo es solo tener prioridades y usted, señora mía, es la principal.

¿Quién no podría enamorarse más al escuchar tremendas palabras? Roth Nikov a veces me parece de otro mundo y es tan perfecto ante mis ojos que me asusta. Se despide del chico, ordenándole algo en ruso de lo cual capto pocas palabras. Lo que sí entiendo es un nombre. Phils Rawson.

M*adame*, mi empleada doméstica, se encuentra feliz de darle la bienvenida a Britney. La llena de palabras dulces de recibimiento y le comenta acerca de la receta vegetariana especial que ha preparado. Mi esposa se lo agradece, aunque le revela que este último año no tuvo muchas opciones sobre qué comer.

Su comentario no pretender ser malintencionado, pero es que ha estado tanto tiempo retenida que su capacidad para tener filtro se ha desmoronado. Para ella es normal ser muy abierta cuando dice lo que piensa y ahora cuenta lo que vivió con facilidad. Eso lo causa el estrés y la nueva normalidad que se le impuso. Atrás quedó aquella Britney que dudaba siempre, aquella niña que se escondía de todo, la chiquilla que no levantaba la vista y murmuraba sílabas a manera de conversación.

En un murmullo le recuerdo que le enseñe su regalo. Sé que lo material no reemplazará lo que sucedió, pero quiero darle vida y espero que esto le recuerde mejores tiempos. La llevo conmigo al salón principal, el cual tiene una vista de la terraza con una piscina y un jardín en donde un piano brilla bajo la luz del sol. Es blanco con detalles en plateado, tiene un diseño de rosas envueltas en espinas que suben por las patas y el banco, con un asiento rosado, tiene la misma decoración.

Cargo una de las cajas que obtuve de nuestro rancho en Nueva York, son algunas de las pertenencias que el fuego no consumió. Ella se emociona y saca sus bocetos, algunas joyas y un cuadernillo, el cual tiene la cubierta quemada. Sin embargo, cuando lo saca, se cubre la boca.

—Es el dibujo de la biblioteca —susurra, feliz.

—Sí, creí que te gustaría tenerlo. Antes no pude mostrártelo.

—Hemos pasado por tanto —murmura y sacude la cabeza. Yo agarro el cuadernillo y lo devuelvo a la caja.

—¿Podrías tocar algo para mí? —pregunto con la voz ronca y cargada de sentimientos dolorosos.

Su vista multicolor se dirige al piano de cola.

—Es bellísimo… Jamás contemplé algo tan hermoso antes.

Yo sí, está justo a mi lado. Lleva el pelo desordenado y viste con ropa común, un pantalón vaquero, botas marrones y una playera ancha gris. Me suelta, precavida y temerosa, y camina hasta el piano para tocar la tapa con las puntas de los dedos. Me sirvo un trago de ron dulce y la observo mientras prepara su instrumento. Voy hacia mi silla en la cual permanecí muchas noches, imaginándola así como ahora, a mi lado, a punto de deleitarme con su arte.

Con la espalda recta, el ceño fruncido y un tanto intranquila, empieza a tocar. Se equivoca y se detiene un par de veces. Entonces cierra los ojos, respira profundo y vuelve a mover los dedos. No reconozco las notas y no está siguiendo ninguna partitura. La tonada es triste, melancólica, llena de notas bajas que engloban sentimientos profundos.

El tiempo pasa mientras siguen sus notas, hablan de nosotros haciendo el amor en nuestra habitación, cenando y riendo en las reuniones comunes, viendo a mi familia unida, imaginando criaturas que corren por estas paredes, soñando con darles alegría y evitando las tragedias.

Anhelos que tengo y que probablemente nunca expresé.

Dormimos abrazados hasta que la siento irse para refrescarse por el calor extremo que siente, el cual es una reacción normal de desintoxicación. Por la mañana llamo para tener noticias de la recuperación de Don y dejo que mi esposa duerma un poco más. Todo está bien con él, ya

despertó. Y aunque no puede hablar para darle tiempo a su cuerpo de sanar, pronto estará atormentándonos.

—¿Y Britney? —pregunta Emilie.

—Durmiendo —respondo al tiempo que firmo unos papales en mi despacho.

—Me alegro de que todo esté mejor.

—¿Y tú y Don? ¿Qué sucede ahora?

—No lo sé… pero pronto lo descifraré. Al menos está vivo, no sé cómo sería la vida sin él. —Se ríe con tristeza de sus palabras—. ¿Soy dependiente?

—Creo que eso tiene otro nombre. Se llama amor… o eso dicen.

De fondo se escucha que los mellizos la llaman.

—Debo irme, los chicos están esperando para despertar a su papá.

—Listo, más tarde pasaré a verlo.

—Trae a Britney, Damon la adora.

—Le preguntaré. Hasta pronto, ángel.

Sé que Emilie se ha dado cuenta de lo que está sucediendo. No es una mujer estúpida a quien se pueda engañar. Escucho golpes fuertes desde el jardín y miro hacia afuera para ver quién está haciendo ese ruido a esta hora. Es mi esposa, que martilla unos trozos de madera. Parece que está haciendo una especie de caja.

—Desde que se levantó me pidió que le consiguiera eso y no ha comido nada aún —informa *Madame*.

—Yo me encargo.

Mi teléfono empieza a sonar, pero lo ignoro para ir con ella.

—Buenos días, mi animal —saluda sin dejar de golpear el martillo.

—Si dejas de golpear la madera quizá puedas saludarme como se debe.

Levanta la cabeza, deja la herramienta de lado y salta para besarme. Tiene mucha energía esta mañana y eso solo reduce mis horas. Luego de la energía vendrá la recaída. Me separo, acunándole el rostro y uniendo nuestras frentes.

—¿Así está mejor?

—Hmm —ronroneo—. Estaba pensando en llevarte arriba y follarte, ¿crees que eso sea mejor?

—Lo sería, pero quiero terminar esto.

—¿Qué se supone que es eso?

—Una caja —responde, sonriendo.

—¿Y para qué es la caja?

—Para mis enemigos —afirma. Me quedo observándola sin entender, ¿acaso está delirando?—. Con él estaba en un calabozo, encerrada y encadenada. Quiero esta caja para Hayden, pues la meteré en ella. Es diminuta porque quiero que sienta que se asfixia y solo le abriré aquí —señala el centro de un lateral— para que pueda mirar hacia afuera. Quiero que crea que es libre, pero las paredes de la caja le recordarán que no lo es.

Carajo, ¿me estoy poniéndome cachondo porque mi mujer acaba de describir cómo quiere joderse a alguien? Sí, estoy duro… Realmente duro.

—Eso es sexy, nena —respondo, aclarándome la garganta—. ¿Te dije que me encanta cuando eres toda malota? Mierda, Brit.

—¡Señor! —grita Lev desde la terraza de la casa.

Joder, pretendía follarme a mi esposa justo encima de la puta caja. La tal Hayden tendría el rico olor de mi semen en ella mientras mi mujer la tortura mentalmente, pero debo regresar a

ser el Pakhan de la Mafia Roja.

—Te cumpliré esa fantasía, ¿de acuerdo? Sin importar lo que me cueste, tendrás a esa mujer pagando por lo que te hicieron —prometo, levantándole el rostro—. Cada uno pagará y estarás presente para verlo.

Creía que lo mejor era mantener a Britney separada de mi vida. Cuando no estuvo ese año entero, pensé que, si llegaba a mí, la protegería de tal manera que se volvería inocente y tranquila, pero ahora sé que ella necesita dejar salir sus propios demonios a dominar el mundo, pues no nació para estar en una jaula bonita, sino para ser parte de la oscuridad. Su vida fue fragmentada y todo lo que siente que le queda es vengarse de aquellos que le causaron daño. Yo le daré el poder de hacerlo.

—Lamento incomodar —se disculpa Lev y enciendo mi deportivo con él de copiloto—. Los líderes están inquietos, ya explotó la noticia de Ivanov y su nuevo poder. Creen que ahora podría ser una amenaza.

—No lo es —garantizo.

Ya logré prever esto, que los líderes de mis distritos en Rusia temieran que Ivanov, el mejor soldado que la Bratva ha tenido en sus filas, pretenda crear una lucha por mi poder, pero soy más inteligente que ello. Desviar la atención siempre ha sido mi fuerte, hacerles creer a mis aliados que los necesito y viceversa… Para Vladimir, su centro es Chicago porque le hice ver que Rusia era algo inalcanzable.

Me alié y le di camino a la Trinidad, entregándole algo sobre lo que pensar. Soy el cuervo paciente, aquel que espera que su presa caiga, que esté muerta, y entonces toma acción.

Soy el hombre que unió dos potencias que en un futuro se pueden volver demasiado peligrosas. El estratega que habita en mi interior está lleno de regocijo porque si bien el mundo cree que me mantengo a la sombra de Dominic, esta vez voy un paso más allá. La Trinidad no solo los aplaca a ambos, sino que me permite a mí seguir avanzando.

No pretendo traicionar mi hermandad con la mafia italiana, pues mi lealtad siempre estará inclinada hacia Don, pero tengo un plan unilateral solo en caso de que necesite nuevas fronteras. El último año demostró que a veces la familia ya no es más familia.

Tengo un juramento hacia él, pero ¿qué tan fuerte es el suyo hacia mí?

Somos tres hombres llenos de autoridad que al final, llegado el momento, quizás debamos elegir por el bien propio, olvidando los lazos mayores. Espero que ese día no llegue, pero, si pasa, no seré yo quien se quede en la sombra.

Calmar a los líderes, los cuales me sirven y trabajan para mí en distritos individuales, me toma su tiempo, pero no porque sea difícil. Al final del día, ellos, los más de veinte hombres, aceptarán mi palabra como la ley misma. Mi demora se debe a que no hablo con prisa, no demuestro inseguridad al comunicarles que mis negocios no se ven afectados por terceros y les detallo sin titubeos los planes futuros.

—¿Alguien tiene alguna duda? —exclama Lev sobre la multitud que habla.

—El negocio de las mujeres…

—No —lo interrumpo antes de que siga. Es el líder de San Petersburgo—. Björn, tenemos las armas con los iraníes, la droga con Italia, la prostitución legal… no necesitamos contrabando de mujeres.

—Pero es muy rentable —replica.

—Mi respuesta es no, sencillo.

—Con todo respeto, Pakhan. Entiendo la parte de que no sean menores, pero aún quedan la más adultas. Era un negocio que manejaban nuestros padres y, en nombre de todos los

presentes, me gustaría convocar una revisión.

Maldita sea. Estos hombres no están hechos de ética ni moralidades. Son lo que son y dudo que ellos entiendan lo que significa una mujer abusada o maltratada. Han seguido la regla de Don, pero ahora soy quien está a cargo y sé que esta decisión, aunque se siente mínima, tiene un gran peso en cómo ellos me observarán a futuro.

Soy el líder que estuvo un año buscando a su esposa y perdiendo en el camino a centenas de hombres. Sin tener muchas opciones, algo que Björn ha usado en mi contra, me levanto y alzo mi vaso de vodka.

—Un trago por volver a retomar las costumbres.

Es tan fácil fingir que puedo llegar a ser manipulable que se ha convertido en mi juego favorito. El viejo levanta su copa, brindando en silencio. Estas reuniones se llevan a cabo en el club, así que vigilo al hijo mayor de Björn. Tiene dos varones y, si mi memoria no me falla, tres mujeres. Los hombres se marchan para divertirse con las féminas y embriagarse. El hijo mayor se queda en la barra tomando un poco, más sereno, pero su padre, por el contrario, es un descontrol. Me gusta la actitud del joven y pronto consigue reemplazar a su padre.

—¿Me dirás lo que ves? —pregunta Lev, parándose a mi lado en el palco privado desde donde los puedo ver a todos. Una de las mujeres llega, abre una botella de vodka, me rellena el vaso y roza sus tetas en mi antebrazo. Es la señal de que espera que me la folle, pero esta vez quiero regresar a casa.

—Encárgate de que Björn tenga un accidente regresando a San Petersburgo.

Nadie me desobedece o cuestiona mi palabra, y mucho menos me acorralan.

—¿Nuevo líder?

—Su hijo, el mayor. Convéncelo de quedarse. Arregla un vuelo para el fin de semana, así iremos a darle el pésame a su familia. Hazlo limpio.

—Sí, señor… ¿A dónde va?

—A casa, con mi mujer.

Y todavía tengo los huevos de sonreír al decirlo. Bajo para irme cuando el viejo me aborda. Observo más detalladamente a su hijo: tiene temple, porte y es frío y callado.

—Gracias por entender mi postura, señor Nikov. No quería que mis palabras llegaran a molestarle. —Mentiras y puras mentiras.

—Solo incomodan las palabras de aquellos que están a mi altura —respondo, cortés. Puedes decirle a un cerdo que es asqueroso de muchas formas, pero nunca se enterará de que estás ofendiéndolo.

—Pensé que estaría muerto en estos momentos —bufa, nervioso. Su hijo no se ha perdido detalle.

—¿Cómo te llamas? —pregunto.

—Aldrik, señor.

—Es mi mayor orgullo —contesta su padre, golpeándolo en el hombro.

—¿En serio? Me interesan hombres para ser la guardia directa de mi señora —digo, lanzándole el primer cebo—. Quédate, tendrás un lugar privilegiado junto a tu Pakhan.

Al líder le brillan los ojos porque un puesto a mi lado es un honor. No desaprovechará la oportunidad.

—Claro que se queda, gracias por su benevolencia con mi familia.

—Estoy a su disposición —responde Aldrik.

—Nos vemos pronto, Björn. Cuida bien mi ciudad.

—Así lo haré, señor.

Le hago una inclinación de respeto al hijo y me marcho, escuchando los gritos de júbilo del padre. No durarán mucho, pero es bueno que los muertos celebren antes de ser olvidados.

Regreso a la casa en medio de truenos. Se ha oscurecido y la noche presagia tormenta. Mientras manejo me percato de que tengo varias llamadas perdidas de Emilie y le marco para verificar que todo está en orden. Ella me tranquiliza con la noticia de que Don ya ha empezado a comer sopas, más de lo que ha logrado en los últimos días. El hombre no habla conmigo y tiene que estar subiéndose por las paredes o planeando mi asesinato de diferentes maneras si es que Em le informó ya de nuestro arreglo.

Paso los dos anillos de seguridad antes de llegar a la entrada de la casa, estaciono mi coche, uno diferente al de la mañana, y camino rápido bajo las gotas de lluvia. El cielo vuelve a iluminarse cuando abro la puerta.

—*Dusha!* —grito, tirando la llave y mi celular en la mesa del centro—. ¿Dónde estás?

No recibo respuesta alguna.

—*Madame*… —La oración se queda en la punta de mi lengua cuando veo a mi esposa acurrucada en el mueble, moviéndose mientras se tapa los oídos. Tiene puesta una de mis playeras y el maquillaje corrido en las mejillas debido a las lágrimas.

—La tormenta me asusta —solloza—. Quiero ser fuerte, pero lo recuerdo.

Esta es la caída… Aquí es donde empieza la fase jodida. Me siento a su lado y la alzo, sentándola sobre mis piernas.

—No tienes que temer, ya estoy en casa.

—Destrocé las botellas de alcohol —confiesa—. Necesito… pero te prometí que sería fuerte. Perdóname cuando las cosas se pongan feas. Y por favor no me sueltes, pronto todo será mejor.

—Por supuesto que sí, nena. Será increíble. Estoy orgulloso de ti.

—¿Me cuentas cómo fue tu día?

—¿Por qué mejor no me tocas algo? —replico con suavidad.

—Me tiemblan los dedos —responde, avergonzada.

Bajo el rostro y la beso con dulzura, con calma, transmitiéndole la tranquilidad de nuestra unión, tratando de darle seguridad. Estará bien, no la dejaré caer. Mis temores son ciertos, es el comienzo de los momentos duros. Se la pasa vomitando y la baño varias veces cuando empieza a tener espasmos que no puede controlar. Ya pasamos por esto una vez, pero ahora es más fuerte. Está consciente y eso lo empeora, sé que está sufriendo.

—¡Átame! —suplica—. Por favor, Roth.

—Shh, tranquila. No haré tal cosa.

—Cualquier cosa que diga…

—No eres tú, es la droga.

Asiente, frenética, recostada en la cama. Tiene los ojos rojos, pues se le han reventado algunos capilares y su mirada luce terrorífica.

—Iré por mi celular, necesito un doctor para ti.

No está convencida de que la deje sola, pero prometo regresar en solo unos segundos. Odio verla frágil y vulnerable, sabiendo que en parte es por mi jodida culpa. Estoy agarrando mi celular y viendo todas las llamadas perdidas cuando alguien abre la puerta principal de la casa. No tengo un arma conmigo, pues estoy en chándal, sin camisa y descalzo. Mi cerebro me grita que no puede ser una amenaza, pero aun así me tenso por si debo atacar; sin embargo, la persona que emerge no es mi enemigo… O al menos eso espero.

—Hola, hermano —dice y gotas de lluvia le caen del pelo negro. Parpadeo, creyendo que

es una puta alucinación.

—Raze…

45: DAMON CAVALLI

Roth Nikov

—La guardia me dejó pasar —informa. Cierra la puerta a su espalda y se queda allí, sin emitir una palabra más. ¿Qué está haciendo aquí? Me quedo quieto, paralizado, temiendo que haya venido por ella, porque mi decisión se encuentra demasiado clara.

Si intenta tocarla, primero tendrá que pasar sobre mí.

Y me aterra la determinación en mi mente, pues este chico es mi hermano, porque estoy dispuesto a sacrificarlo todo, incluso mi vida, una en la que llevo aguantando años de su resentimiento.

Pero… ella, mi mujer, ha soportado el infierno solo por estar a mi lado. Ella me necesita y Raze ya tiene su oportunidad de ser feliz, mi chica no.

—No deberías estar aquí. Será mejor que te marches —replico, apretando los puños. Un rayo vuelve a iluminarlo todo. El sonido es terrorífico, pero más porque lo sigue el grito de Britney, uno de dolor.

Es como si alguien la torturara desde su interior.

Corro hacia el segundo nivel y Raze me persigue. La encuentro intentando salir de la cama y veo que está sudando aún más que hace unos minutos.

—Me quema —solloza—. Por favor, ¡detenlo! ¡Haz que acabe!

—*Dusha*, tranquila…

—Le disparó, ella no está. Es mi culpa, ¡es mi culpa! Debí ser yo, tenía que ser yo.

—Nena. —Intento controlarla, pero se mueve más rápido y salta de la cama. Cuando la agarro del brazo me da una patada en la cara y siento el sabor de la sangre; sin embargo, no puedo quedarme quieto, pues ella corre hacia la puerta y Raze la detiene.

No la toca, solo se queda en el umbral. Parece una muralla a la cual Britney le teme, entonces retrocede.

—¡No la toques! —ordeno—. Si le haces daño, te mataré, Raze.

Mi amenaza lo hace observarme con curiosidad. Escupo la sangre y me preparo para pelear.

—No quería lastimarla —Britney le dice, agarrándose la cabeza y tirándose del pelo—. Debía dispararle. Si no, nos iban a asesinar a ambas. Sería muy doloroso, yo solo quería salvarla, no la quería lastimar.

Jadea y parece entrar a un nivel de ansiedad extremo.

—No volverá a caminar —responde Raze con la voz fría—. Nuestro hijo murió esa noche, otro hijo al cual no voy a conocer. Tú apagaste a mi luna, me llevaste a la oscuridad y no sé si pueda perdonarte jamás, pero eres una Nikova y me necesitas. No te daré la espalda porque mi hermano me enseñó eso, que sin importar cuánto lo odiara, él estaría para mí.

Mi esposa cae de rodillas y desearía cambiar lugares con ella, no merece tanto dolor. Es una chiquilla apenas y ha vivido demasiado.

—Vete, Raze, no es un buen momento.

—No sabes atenderla. Necesita un profesional, alguien que sepa cuándo llega a su punto. ¿Qué sabes tú de drogas que no sea venderlas?

—¿Por qué me ayudarías? —pregunto, caminando hacia mi esposa y levantándola, protegiéndola bajo mi pecho—. No puedo confiar en ti.

—No, no puedes, pero tendrás que hacerlo. Soy la única persona capacitada aquí. No tienes a Dominic, por lo que sé.

—Emilie… claro que ella te llamaría.

—Quiere lo mejor para ti.

—¡Roth! —jadea Britney—. Estoy…

Entonces su cuerpo colapsa en mis brazos.

—¡Britney no, no! —Ella no reacciona y de pronto empieza a convulsionar.

—Hay que meterla al baño —dice Raze—. ¡Roth, muévete!

Me la quita de los brazos, introduciéndole los dedos en la boca y limpiando la espuma que empieza a salir.

—Un médico…

—Será demasiado tarde, ¡agua, ahora!

Entro al baño y abro la regadera para llenar la tina. Raze entra con Britney ya semidesnuda, pues le ha quitado la playera.

La deja en la tina y le echa agua helada en la cabeza. Me siento impotente y pequeño, soy el chico que no entendía un carajo de lo que sucedía en su casa y aquí me encuentro, sin poder respirar, con las emociones hundiéndome en lo profundo. Yo le hice esto a Brit.

Pudo ser feliz si me alejaba. Ella no quería este matrimonio, yo la jodí. Soy el mal de todos a mi alrededor, y entonces ¿qué? ¿Me revolcaré en la miseria o veré una salida fuera de la oscuridad?

Su cuerpo deja de convulsionar y él la sumerge, ejerciendo presión en su cabeza.

—¡¿Qué estás haciendo?! —siseo, lanzándome sobre mi hermano y los dos caemos más allá de la bañera.

—¡Necesita oxígeno, imbécil!

—¡Estas ahogándola!

—Estaba despertando su instinto natural para que respirara. Si quisiera matarla no vendría hasta aquí para ayudar.

El agua se empieza a mover y Britney sale. Se cae el piso, tosiendo, empapada de agua, pero respirando. Raze se separa de mí y lo dejo ir con ella. Mi mujer se le pega a la ropa, como si pensara que soy yo quien la abraza y protege.

—Necesitará algo caliente —comenta y la carga.

Muevo la cabeza y siento la respiración agitada. Maldita sea, cuando se trata de mi mujer los sentidos se me nublan y no soy capaz de controlarme o de pensar con sosiego.

Un chocolate caliente será de gran ayuda, así que me dedico a esa labor para dejar de ser un estorbo, que es en lo que me he convertido en esta situación. Raze se lo hace tomar mientras camino de un lado a otro frente a ellos.

Al final Brit logra dormirse a pesar de la tormenta.

—¿Hace cuánto está en abstinencia?

—Menos de cuarenta horas.

—¿Por qué está tan aterrada de la tormenta?

Cierto. Nadie sabe lo que sucedió mientras estaba con Dimak, solo nosotros y Vladimir.

—Tuvo a nuestra hija en medio de una tormenta —murmuro las palabras y me obligo a hablar de ello. Duele, es un hecho que me asfixia. Raze levanta la cabeza, atónito.

—¿Tienes una hija…?

—Trivianiv la asesinó —confieso, tragándome el nudo—. Lo hizo delante de Britney y luego se encargó de joderla, torturarla, abusarla y drogarla.

—Joder —jadea, apartándole el pelo a mi mujer, analizándola mientras duerme. Ella continúa temblando y sudando—. ¿Es esto una maldición? ¿Que las mujeres sean quienes paguen por nuestros pecados? Es una chica joven y parece que la vida se ensañó con ella. Te iba a preguntar si la amas, pero eso acabo de verlo. Nunca te has detenido o perdido el rumbo de lo que quieres; sin embargo, estoy aquí desde hace unos minutos y ya he visto el dolor que hay en ti. Esa es la angustia y la frustración que sentí cuando Bess fue herida, cuando necesitaba un culpable. Está en mí culpar a otros, es mi mecanismo de defensa.

—Britney solo intentó salvarla y sé que si ella hubiese sabido lo del embarazo, habría buscado otra manera. No es mala, solo que no la comprenden y la juzgan. Sin embargo, yo veo a una chica maltratada que ha pasado por mucho en esta jodida vida. —Me acerco y le cubro el cuerpo—. La amo en todo sentido y el sentimiento solo se intensificó en este tiempo. No voy a esconderlo y mentir no tiene propósito, no cuando se lo demostraré a ella y al mundo. Porque, Raze, si tengo que hacer arder la Tierra para vengar cada lágrima de mi esposa, lo haré con muchísimo gusto. Soy el villano del cuento y no me importa quién tenga que caer. Eres mi sangre y te he amado cada segundo de mi existencia; no obstante, si estás aquí para causarle daño a Brit… —Sonrío de lado, buscando su mirada gris—. Deberás estar listo para matarme porque es la única manera, hermano. Tendrás que pasar sobre mis huesos para llegar a ella.

Todo empeora, su dolor, sus gritos, y no quiere que la vea, así que el día siguiente lo paso fuera de mi propia recámara mientras ella no para de vociferar. Cambia de la rabia a las lágrimas. Creo que me estoy volviendo loco. Quiero hacer lo que me pide y a la vez entrar y abrazarla, jurarle que todo estará bien.

Es una mierda lo que está viviendo, pero Raze me asegura que tiene que pasar esta etapa, que tiene que sufrir para que así no quiera volver a recaer. Necesita esta herida para sanar. Corro por los alrededores de la propiedad y me enfoco en avanzar con la caja que estaba armando hasta finalizarla. También reviso en línea algunas motos que pueda comprarle y al final elijo tres modelos diferentes. Espero que esto le dé energía, algo con lo cual entretener su mente. También consigo una reservación para un restaurante de Moscú.

Después de todo eso llamo a Emilie.

—Deberías venir para que estén con Don, quizás eso ayude.

—Te estaba llamando para algo más.

—Ohh —susurra en la línea y los niños se escuchan de fondo—. Claro, en lo que pueda ayudar.

—Me gustaría que salieras con Britney a comprar ropa y esas cosas.

—¿Es seguro?

—Me encargaré de que lo sea, no la puedo mantener en esta casa. Ahora no podrá ir, pero en cuanto se sienta lista me gustaría que la acompañaras.

—Claro que sí, no tienes ni que pedirlo. Iré con ella, ¿hay algo que quieras en especial?

—Vestidos —respondo con rapidez—. Lencería bonita, algunas mallas y zapatos de tacón alto.

—Listo, anotado.

—Gracias, ángel.

—Siempre, grandote, ¿sabes que estoy aquí cuando quieras hablar? Puedes descargar tu dolor conmigo. Soy tu hermana, te amo. Entenderé lo que esté pasando, ¿lo sabes?

—Aún no estoy listo, pero cuando lo esté, necesitaremos una noche completa y no creo que el Capo quiera dejarte libre.

—Esperaré.

Me despido y suspiro. Alguien toca la puerta suave y le ordeno que pase. *Madame* aparece en el umbral y se ve un tanto preocupada.

—¿Vas a comer un poco?

—No tengo hambre —respondo, pasándome las manos por el pelo.

—Le hice una sopa a la señora. El señor Nikov dice que se la acabó toda, pero ¿ahora quieres enfermarte tú?

—Estoy…

—Sufriendo por ella —completa, a pesar de que no iba a decir aquellas palabras—. Se repondrá y, cuando lo haga, necesitará a su esposo fuerte, no a un debilucho que no come.

—Eres una dramática, mujer. De acuerdo, tráeme la comida, ¿feliz?

—Lo seré cuando vea el plato vacío —responde y me guiña un ojo.

Siempre se las ha ingeniado para cuidarme y es probablemente la única persona que conoce mis verdaderos matices. Ha vivido mucho tiempo a mi lado, en los días buenos y malos. Se encarga de servirme la comida y aunque me termino mi plato, no consigo enfocarme, así que me marcho al club. Al menos allí soy útil manteniendo el orden, haciéndome notar. Aprovecho para mover a las personas correctas para regresar de la muerte a mi esposa, pues se hizo un funeral y la declaramos muerta públicamente. Tengo comprados a la mayoría de los hombres en altos rangos y no se me hace difícil, dejando caer la suma de dinero adecuada, lograr que reviertan ese acta de defunción. El tema de la prensa es más delicado y manejo a cuentagotas lo que quiero decir. En cuestión de horas tengo eso cubierto.

Por otro lado, el líder ha muerto como se planeó y la tormenta ayudó a que no se tuviera ninguna sospecha. Aunque, claro, mis demás líderes saben que he sido yo quien lo mandó ejecutar. Aldrik también lo tiene claro, pero no parece preocupado por ello.

—Como su sucesor, ahora eres el nuevo líder de San Petersburgo, a menos que tengas algo que decir —comento, tomándome un trago de whisky. Lev permanece callado y mira hoja de su cuchillo—. El único requisito es casarte, pero eso ya lo sabes. ¿Tienes algún arreglo matrimonial?

—Lo tengo, señor, solo quiero saber algo… ¿Asesinó a mi padre?

—Sí —respondo de frente y sin titubeos.

—¿Por qué?

—Se pasó mi autoridad por el culo y no me gustan los listillos. ¿Eso es un problema para ti?

—Tampoco me gustan los listillos.

—Bien, entonces haz un lindo funeral y prepárate para tomar tu ciudad. Tendrás que rendirme cuentas una vez al mes y si no sospecho nada malo de ti, vivirás lo suficiente para tener una mujer e hijos, ¿entendido?

—Tan claro como el agua.

Se marcha con esa actitud que me agrada. Tengo grandes expectativas para ese chico. Mientras más fuertes sean mis líderes, más lo será mi poder. Y con Ivanov una cabeza por encima de la mía, no me conviene tener hombres débiles y ambiciosos hambrientos de dinero, sino unos leales y que me elijan a mí llegado el momento.

—Tengo un regalo, jefe.

—No quiero prostitutas.

—Esto es mucho mejor. —Suelta una carcajada.

—¿Sí? Sorpréndeme, Lev.

—Solo diré: Phils Rawson, tortura. ¿Qué tal?

—¿Está aquí?

Joder, la adrenalina se intensifica por cinco mil en mi sistema.

—Sí, está aquí. Y ya le di la bienvenida.

No pierdo el tiempo y bajo rápido a los calabozos, buscando a mi primera víctima. Tengo mucha variedad de tortura bajo estas rocas: hay gente que está sufriendo, esperando el momento justo para despedirse del mundo; animales que fueron enjaulados para mi placer, para saciar a la bestia que habita en mí, aquella que vive sedienta de sangre, de infligir dolor. Soy un caballero de traje, pero siempre viviré camuflando al monstruo real.

Ese que esta noche saldrá a hacer maldades.

Sentirme eufórico por la vista es jodido. El hombre está golpeado, colgado de unas cadenas que le rodean el pecho, bajando por los brazos y alzándolo por detrás del. Los brazos son lo único que lo mantiene suspendido en el aire. La sangre gotea y noto que Lev ha jugado un poco con el cuerpo, pues el rostro presenta unos golpes contundentes. Aun así, es una víctima perfecta para que la despelleje viva y la deje colgada en la plaza como un mensaje para todos.

Me acerco y le introduzco un dedo en la herida que tiene. Rawson se queja y llora de dolor, ocasionando que la tormenta de éxtasis en mi interior sea inmensa.

Oh, voy a divertirme mucho. Me pica la piel, presagiando una tortura lenta. Las imágenes exquisitas del dolor puro en estado líquido me deleitan. Un hombre de la Bratva no duda cuando se trata de vengarse, irá con todo, caiga quien caiga, se cree la guerra que tenga que crearse.

—Hola, Phils, bienvenido al infierno.

—¡Por favor! —solloza—. Ten piedad de mí.

—No conozco la palabra, no está en mi diccionario.

Me quito la chaqueta y busco en la mesa unas pinzas industriales. Quiero empezar arrancándole los dedos, los veinte, uno por uno, sin ningún corte limpio. Arrastro una silla al centro, bajo el cuerpo.

—Te dejaré divertirte —anuncia Lev.

Sabe que pasarán horas hasta que quede complacido.

Empiezo a quitarme la ropa despacio, asustando a mi víctima, haciéndola pensar en mil escenarios diferentes. El miedo en la mente es poderoso. Mientras agarro el delantal plástico para cubrirme el pecho desnudo, pienso en mi mujer. Joder, ¿soy un puto enfermo por querer enseñarle todo esto? ¿Será mucho para ella? Me pidió ser una soldado. Ella sabe que no nació para ser común. Organizo mi ropa, guardándola en una bolsa plástica transparente con sumo cuidado. La sangre siempre lo salpica todo, más cuando no quiero ser cuidadoso sino salvaje.

—¿Qué v-vas a hacerme-e? —tartamudea Rawson. Le amarro las piernas para restringirlo.

—Necesitas una pedicura —respondo con una sonrisa. La muerte está frente a él y la ve, es capaz de entender que esta noche será la última de su miserable vida—. Aún no entiendo por qué Dominic siempre buscó que no salieras herido y vivió protegiéndote cada que yo hablaba de matarte. Probablemente estarías bien hoy si no te hubieras metido con mi mujer. Ahora no ando pidiéndole permiso a nadie, hago lo que quiero.

—Puedo hablar, soy muy útil.

—No me sirves. Si no tienes a Dimak, no tienes nada.

—Dominic no es quien dice ser —espeta, buscando su refugio en el hecho de que es

mafioso.

—Creo que está bastante claro que ninguno es lo que dice ser. Bienvenido al lado cruel de la Mafia Roja, Rawson.

Entonces ubico la pinza en su dedo gordo y la cierro, escuchando el estallido del hueso junto con los gritos de mi víctima. No me detengo, pues esto es solo el comienzo de mi juego demente y apenas estoy calentando. Sigo con los demás y la sangre me golpea el rostro, cae sobre el plástico de mi pecho. Me encanta vestirme así, me hace sentir un verdadero carnicero, uno de ratas humanas.

—¡¡Por favor!! ¡Por favor! —Llora.

—Este es quien soy. He nacido y me han criado para infligir dolor y demostrar quién manda, quién domina.

—¡Te diré algo! —suplica—. Tengo algo que podrá cambiarlo todo. No soy el malo, solo quería atrapar a Cavalli y llevarlo a prisión por todos sus crímenes.

—¿Y qué tengo que hacer? ¿Darte un reconocimiento por ello? Es mi maldito hermano.

—Es un asesino —sisea y levanto la mirada, riéndome a carcajadas.

—Creo que yo también lo soy. Si no, mira en dónde estás.

—¿Y eres un mentiroso? Porque Cavalli lo es.

—Todos mentimos —replico—. Somos perfectos en el arte del engaño, por eso escalamos dentro de este mundo. No existe nada de Don que yo no conozca.

—Creo que no lo sabes todo —jadea. Agarro las pinzas para seguir con mi pasión cuando abre su puta boca y esta vez no es para gritar—. Dominic Cavalli es en realidad Damon Cavalli. Los ha engañado a todos.

Las pinzas se deslizan fuera de mis manos, frunzo el ceño y se me acelera el corazón. Sé que todos buscan de dónde agarrarse antes de morir, cualquier mínima salida para sobrevivir, pero justo cuando quiero reírme de sus estúpidas palabras recuerdo a Emilie.

«¿Qué pasa cuando descubres que la persona a quien pensaste amar no es quien dice ser? ¿También se debe perdonar?».

46: RECUPERACIÓN

Roth Nikov

—¡Te dije la verdad!

¿Y qué cambiaría eso? ¿Seré una especie de santo porque ha decidido contarme algo?

No quiero escucharlo, su voz me molesta, me sulfura. Revivo todos estos años al lado de Don, cada pequeña acción, e intento descifrar si eso es verdad. ¿Cómo no noté las diferencias?

—¡¡No!! —grita más fuerte cuando decido que solo cortarle los dedos no es suficiente, así que empiezo a desmembrarle el brazo desde la muñeca. Las venas se revientan, creando un desastre. Él chilla cual cerdo en el matadero y la mano cae al suelo. La tomo y le tapo la boca con ella, acallando sus gritos y palabras estúpidas. Suelto las cadenas y cae al suelo junto al sonido del metal, el cual no oculta que algún hueso acaba de fracturarse.

Arrastro primero la cruz de madera y luego al hombre, tirando de su cabeza. Patalea, intenta liberarse, pero lo he debilitado mientras le sacaba los últimos retazos de información. Planeaba adueñarse de la academia de Dimak junto a la pequeña *hacker*, hicieron sus planes juntos. Él sabía en dónde estaba mi esposa y no hizo nada por ayudarla… ¿Acaso espera que yo sea algún alma caritativa?

Saboreo cada gimoteo y el sonido del mazo cuando golpeo los clavos que le atraviesan la piel y lo crucifican. Un Cristo, el hombre de las causas perdidas.

—Estabas cada domingo en la iglesia, bendiciendo a los más necesitados, ¡mientras sabías que un desgraciado abusaba de una chica! —rujo las palabras, clavándole la mano que aún conserva. Por eso no confío en las «personas buenas», aquellas que se dicen ser correctas, pero que no ayudan a alguien que los necesita, que simplemente ignoran el mal y lo callan. A veces es peor quien guarda silencio a quien cometió el acto en sí.

Esta vez no estoy siendo precavido ni contenido. Ubico el cuchillo y empiezo a levantar la piel de los brazos, viendo la carne y los músculos. Siempre se desmayan, no suelen aguantar la tortura; sin embargo, me encargo de darle una dosis de adrenalina cuando queda bien sujeto a la cruz de madera. Solo pasan unos segundos para que abra mucho los ojos e intente pelear contra el suplicio al cual lo someto.

Le pelo al piel hasta la cintura y la dejo colgando. Luego llamo a Lev, quien se ilumina al observar en qué he convertido el cuerpo del agente. Me ayuda a transportarlo en un camión cerrado que tiene una pequeña nevera para carne… para carne humana. No me molesto en vestirme ni en lavarme la sangre que me cubre. Este es mi país, mi ciudad, mi gente. Durante años hui de esto y creí que me perdería en la oscuridad, pero no puede pasarte tal cosa cuando eres la oscuridad misma.

Yo soy el mal, así que no me pueden dominar entre las sombras porque todo en ese mundo simplemente me pertenece.

Alzamos la cruz en la plaza central. Quiero que el mundo vea esa imagen al amanecer, que sepan que la Bratva no perdona.

Acojo a mis hijos, a mis soldados y a mi gente, pero elimino a los traicioneros, a todo aquel que lastime una mínima parte de mí.

El sol saldrá en pocos minutos, iluminará su cuerpo despellejado y la sangre irá goteando hasta que la calle se vea cubierta del líquido carmesí. La iglesia detrás entenderá que Roth Nikov

es el nuevo vengador.

Con la misma sangre de mi enemigo, pinto en el piso las palabras que quiero enviar.

La Bratva está de regreso, más fuerte y cruel que nunca. Mientras yo la lidere, todos deberán temer.

«El nuevo Cristo es la Bratva».

Si la sangre otorga la salvación divina, entonces yo soy el nuevo dios.

—¡Qué maldito psicópata, jefe!

—Y esto aún no es nada, Lev. No es puto nada —gruño, rociando al hombre de gasolina y escuchando sus últimos quejidos. El gas quemará lo quemará vivo y tendrá los peores minutos u horas de su vida. Cuando intenten socorrerlo, las espinas de la madera se incrustarán, causándole más dolor. Todos quedarán impotentes, sin saber qué hacer, como me sentí yo al no tenerla, al luchar a ciegas, al buscar y no hallarla, moviéndome de un lado a otro sin saber que ella sufría mientras yo condenadamente me perdía.

Retorno a la casa horas más tarde, aseado, cansado y confundido. Intento entender, darle coherencia en mi mente a todo, pero se me complica. ¿Por qué no decirme la verdad? Todo este tiempo hemos sido el brazo del otro y pensaba que lo conocía. No es el nombre, es el engaño, la omisión de la verdad.

Yo nunca le oculté nada, siempre he sido un libro abierto ante sus ojos. Estoy hablando del hombre que me dejó cuidar lo más valioso en su vida: su mujer, sus hijos. ¿Por qué era tan importante para él mantener esa identidad oculta? ¿Creyó que eso cambiaría algo? ¿Lo hace…? ¿Cambia algo? Por el momento no lo sé, solo tengo presente que no quiero enfrentarlo. Estoy saturado en mi propio mundo, así que fingir delante de Don no está en mi lista.

Raze está solo en el comedor, pues *Madame* le ha servido el desayuno allí.

—Uh, te ves hecho un asco, ¿lo sabes?

—¿Dónde está Britney? —pregunto a cambio.

—Tuvo una mala noche y apenas se durmió hace unas horas.

—¿Puedo estar con ella?

—No —replica, señalando la silla en la cabeza de la mesa—. Debes comer algo.

—¿Eres mi puta mamá o qué?

—No, no soy tu madre, pero soy tu hermano. Siéntate, jodida mierda.

—¡Vete al carajo!

—¡Muérete, Nikov!

—Oh, mucho habías tardado en mandarme al infierno, Raze, ¿qué sigue? Porque ya no puedes tirarme la mierda de Robert.

Escupo las palabras, molesto con el mundo entero porque he callado durante mucho tiempo y me jodieron a lo grande. Ya no sé qué tanto bien hice ocultando esa noche.

—Lo siento —dice, sorprendiéndome completamente. Me dejo caer en la silla frente a él con la boca abierta. ¿Acaba de decir que lo siente? ¿Estoy en algún mundo paralelo? Se golpea la cabeza, frustrado consigo mismo.

—¡Detente! —le ordeno.

—No tengo esos momentos —susurra, atormentado. Me recuerda a mi hermano pequeño, aquel que tenía una onza de amor por mí—. Tengo la cabeza jodida, hermano, lo sabes. No sé lo que hice, ¿de acuerdo? No lo recuerdo. Siento que borré parte de mi vida…

—Necesitabas un culpable, la verdad era demasiado dura. Te protegiste.

—Sé que lo hiciste por mí y estuviste aguantado mi mal comportamiento… Solo quiero

decirte que eres mi hermano, que estoy para ti, como has estado todos estos años para mí. Ayudaré a tu mujer y luego me iré a recuperar a la mía.

—Gracias por estar cuando más te necesito.

—Ya, que parecemos maricas —murmura y se concentra de nuevo en el plato—. Descansa hoy, mañana podrás verla.

Esa promesa es una mentira porque se convierte en tres días de calvario, dolor, gritos. Ella no deja de vociferar, de maldecir y me hiere a más no poder. Raze me prohíbe acercarme, pero me mata escucharla así de atormentada. Me refugio en terminar la dichosa caja. Mantengo contacto con Vladimir y dejo de lado a los Cavalli. No estoy listo para enfrentarme a Don y mirarlo a la cara sabiendo lo que sé o preguntarle si es verdad. Prefiero huir de eso ahora mismo y esperar a cuando mis ideas estén más organizadas, cuando no tenga los gritos de mi esposa martilleándome la mente.

La noticia del cuerpo crucificado en la plaza es de impacto internacional y conmociona al mundo, más cuando se descubre la identidad del hombre, que era un distinguido agente. Aburrido, juego mis cartas para enseñar cómo alguien supuestamente distinguido puede volverse rápidamente malvado. Me encargo de llenar la web con informes de su hijo, concebido con una menor mientras esta estaba bajo su cargo. El hombre pacifista y de gran influencia se convierte, ante los ojos del mundo, en un abusador. Y voy más allá, pues empiezo a introducir el nombre de Dimak Trivianiv, revelando su academia de procedencia dudosa, mostrando algunos cuerpos y varios jóvenes desaparecidos. Quiero acorralarlo.

El viernes por la tarde, cuando regreso a casa, me sorprende encontrar movimiento al frente. Escucho música rock y veo varias motos. Mi pedido llegó. Lo que me sorprende es la chica pálida, con las mejillas cubiertas de aceite negro y el pelo recogido. Está blanca, un poco más delgada y tiene los ojos hundidos, pero tiene rojas las mejillas cuando me ve.

Sonrojada, ¡está sonrojada!

—No sabía que vendrías más temprano —susurra Raze, angustiado, entonces observa a mi mujer, quien asiente. Parecen hablarse entre ellos con ese simple gesto.

¿No me quería ver? No tiene ni gota de maquillaje, está usando un pantalón vaquero azul oscuro rasgado en algunas partes y un *top* rojo. *Madame* aparece con una bandeja y varios aperitivos. Me siento tonto sin saber qué decir o hacer.

—Estábamos engrasando la cadena de la moto vieja —comenta, limpiándose las manos en un paño sucio. Sigue temblando un poco, pero se ve más controlada.

—¿Te gustaron las nuevas?

¿Por qué carajos estoy actuando así?

—Son preciosas. Cuando me sienta mejor las probaré.

—Los dejo solos, voy a perderme un momento por allá o dentro de la casa —anuncia mi hermano, rascándose la cabeza—. Britney, si me necesitas, grita.

—Estaré bien.

Por supuesto que sí, soy su marido. No voy a dañarla. Raze se marcha y me quedo frente a mi mujer, observándola, detallándola. Estoy nervioso por tenerla frente a mí, pues se parece mucho a su antiguo yo. Ella sonríe. ¡Está puto sonriendo!

Se mueve y rodea la máquina.

—Déjame ayudarte —digo, pero veo que levanta la moto sin esfuerzo—. O puedes hacerlo tú.

—No es pesada… ¿Cómo has estado?

—¿Por qué esto es incómodo? —cuestiono al final cuando empieza a empujar esa cosa.

Es pequeña y la moto es más grande, pero se las ingenia para dominarla, metiéndola al garaje. Yo la sigo y, sí, soy el perro fiel de esta mujer.

La deja en el rincón junto a uno de mis Ferrari y me agacho para tomar la lona verde cuando se gira. Está muy cerca.

Nos separan solo centímetros y entonces alza ese bello rostro. Aquí está la chica que me ha hecho caer a sus pies. Le acaricio la mejilla y le limpio la mancha negra que tiene.

—¿Puedo besarte? —le pregunto cuando su respiración me acaricia los labios—. Muero por ello, por favor, *dusha*… Déjame besarte.

—Sí —responde.

Es todo cuanto necesito antes de besarla locamente. Dejo caer la estúpida lona para rodearle la cintura con una mano y alzarla sobre la cola de la moto. Con la otra me aferro a su pelo para que no se mueva. Abre la boca, dándome acceso y dejando que mi lengua la explore.

Sabe a fresas y percibo un aroma floral suave y dulce. Sus manos van a los botones de mi camisa y agradezco internamente no estar utilizando ningún traje hoy. Cuando siento sus manos frías entrando en contacto con mi piel, rujo entre sus labios. Joder, me encanta cuando me toca. Intento hacer lo mismo, pero ella se queja de dolor y retrocedo para notar una pequeña venda en su cadera que no vi antes.

—¿Qué pasó aquí?

Se lame los labios, que acabo de dejarle más rojos que una puta cereza. Tengo hambre de ella y no me disculparé por ello.

—Raze me puso un rastreador.

—Bien pensado —afirmo. No quería someterla a que fuera yo quien se lo propusiera mientras se sentía mal, pero agradezco que Raze haya ido un paso por delante de mí en esto—. ¿Cómo te sientes en general? —pregunto al tiempo que escondo mi cabeza en su cuello y empiezo a darle pequeños mordiscos suaves y lamidas aquí y allá.

—Mejorando, la ansiedad está fuerte en mi garganta, pero lo que estás haciendo ayuda mucho —responde con coquetería, abriendo las piernas.

En mi camino por su cuello algo me llama la atención, es una cadena que reconozco. Alejándome, meto dos dedos bajo su *top* y saco el collar de Ryana. Siento un golpe en el pecho al verla portándolo. Sé quién se lo dio porque yo tomé tanto el collar como el anillo hace años, justo cuando nos hicimos con el control de Rusia de nuevo. Ryana amaba estas joyas y las elegimos juntos porque yo adoraba el color azul y cómo le daban vida a sus ojos grises. Es el único recuerdo decente que tengo con ella.

—Raze me lo obsequió, me explicó su significado…

—Te amo —la interrumpo, prendado de esos ojos multicolores.

—Te amo, mi animal. Te amo tanto.

Me inclino a besarla y hundo los dedos en su pelo, acercándola a mí, sintiendo una necesidad de consumir cada recóndito lugar de su piel, de sumergirme en su corazón y quedarme allí para siempre.

—¿Podemos follar? ¿O tengo que pedirle permiso a mi hermano?

Se ríe fuerte, empujándome del pecho y saltando fuera de la moto. Empieza a cerrarse el pantalón, ¡Cristo! Ni siquiera recuerdo cuándo le abrí ese puto botón.

—Me gustaría, pero tengo el periodo. Además, no creo que Raze lo apruebe.

—Al menos dime que tengo permitido dormir contigo. Joder, nena, te extraño. Apenas te he recuperado, quiero dormir contigo.

—Yo también quiero, me gusta sentir tu cuerpo envolviéndome. Por ahora, ¿qué te parece

ir a cenar? Si soy capaz de aguantar eso, seguro dormir juntos será fácil.

Es mi turno de sonreír.

—Vamos a cenar y luego te enseñaré algo que te va a gustar.

Le doy un beso en los nudillos antes de guiarla fuera del garaje. No dejo de tocarla en toda la cena y odio ser una lapa sobre ella, pero la he extrañado un maldito mundo completo y tenerla sentada a mi lado se siente irreal. Raze disimula que no está observándonos de hito en hito. Mi chica decide que quiere tocar un poco el piano y falla un par de veces, pero al final consigue llevar una melodía suave y fácil.

—Por favor, dime que ella lo está logrado —le suplico a Raze, quien se encuentra sentado a mi lado con una cerveza en la mano.

—Tienes que dejarla ser, no la encierres entre estas paredes. Sé que intentarás protegerla, ese instinto está en nosotros; sin embargo, creo que ella necesita libertad y entender el mundo. Necesita disciplina y control, ambos sabemos que puedes darle eso.

—¿Qué estás insinuando?

—Deja de ser su esposo y conviértete en ese dominante que eres por naturaleza. Moldea a la chica y luego podrás darle rienda suelta a tus sentimientos. —Le da un sorbo a su botella antes de pararse—. Te alejé de ella porque vi la carga emocional que tienes. Te quedaste ido cuando tuvo esa crisis y ese no es el Roth que conozco, no es el que Brit necesita. Tú asumiste este compromiso sabiendo el equipaje que tenía, así que ahora enséñale ese mundo que conoces, hazla parte de él y luego déjala ser ella a tu lado.

—¿Te refieres a que la someta?

Sé que ella reaccionaba bien a mis órdenes, pero no sé si… ¿debería introducirla? ¿Hacerla entender ese mundo? Antes parecía ir bien.

—Creí que solo existían dos tipos de personas, las que se ahogaban en el dolor y las que lo ignoraban, pero tu esposa es de aquellas que lo explotan. Sobrevivió a esto porque tiene una meta: acabar con quienes la hicieron sufrir. Pero ¿qué sucederá cuando finalice? ¿Cuando sus enemigos caigan? Brit necesita, cuando todo esto termine, tener algo por lo cual seguir. Si no, todo lo que se ha hecho será como haber puesto una venda pequeña en una herida demasiado grande.

47: RYANA NIKOVA

Britney

Soy la podredumbre entre tanta perfección, el juguete defectuoso que nadie quiere. El golpe de agua fría me espabila y me muevo, temblando. Lucho para que no me sumerjan en el agua, pataleo y le araño el brazo hasta que me deja salir a la superficie y me lleva contra su cuerpo. Estoy desorientada. Por la cantidad de sangre entre mis piernas asumo que me he cortado.

El olor del aire es nauseabundo y me vomito sobre mí y sobre quien me sostiene. No tengo fuerzas para moverme ni para asimilar lo que está ocurriendo, solo estoy luchando contra los recuerdos y las partes reales. El hombre me levanta hasta que puedo mirarlo a los ojos, entonces me acuna el rostro y dice algunas palabras.

—No es real, lo que sea que crees… es solo imaginación.

—Roth —gimo.

—Él está bien, ¿de acuerdo?

—No dejes que me vea así —suplico—. No quiero.

—Está bien, Brit. Todo estará bien.

Me orino parada, ¡Dios! ¿Cómo no puedo controlar eso? Raze no menciona nada.

—Lo siento…

—Vamos a bañarte.

—Estoy sangrando.

—Pasará —afirma, restándole importancia.

Me baña sin titubeos a pesar de que estoy desnuda frente a él. Pronto entiendo que la sangre es mi periodo, pero no logro aferrarme lo suficiente a la idea. Raze me envuelve el cuerpo en una toalla grande y me carga hasta la cama, en donde me seca. Se ha quitado la playera y tiene el pelo mojado. Me ordena que me quede sentada mientras busca en los cajones y encuentra una caja de toallas higiénicas y mi ropa interior. Yo no dejo de moverme, inquieta, pero él prepara mis bragas con la toalla y luego se arrodilla y me ayuda a ponérmelas. No sé por qué lloro. Me duele algo, pero mi mente solo está pensando en las ansias que necesitan saciarse.

Me visto con una playera de mi esposo y, como una lunática, aspiro su aroma en ella.

—Se la robé a Roth esta mañana —confiesa Raze—. Pareces calmarte cuando la tienes puesta.

—¿Qué día es?

—Uno más que ayer —replica. Luego me peina y me mete a la cama—. Pasará pronto, estás haciéndolo bien. Descansa.

—Tengo frío —musito, abrazando las sábanas. Él se mete a la cama, pasándome la mano por debajo del cuerpo y llevándome junto a él. No creí posible estar en los brazos de mi cuñado ni que sería él quien me atendería en mis peores días. Mucho menos que me bañara.

—Mira lo que encontré —comenta y me muestra una fotografía del día de mi boda. Roth y yo estamos en el altar y él me está poniendo el anillo de bodas, regio y altanero como siempre—. ¿Sabes de quién era el anillo de compromiso?

—¿El que me regaló Roth? No lo sé, antes creía que los reproducía. —Me castañean los dientes por el frío.

—Era de nuestra hermana, Ryana. Cuando tomaron Rusia, Roth tuvo acceso a varias antigüedades de la familia, entre ellas tu anillo y este collar. —Saca un collar plateado con un diamante cuadrado azul de su bolsillo. Me pide que me mueva y me lo pone. Es hermoso, pero es

más lo que significa.

—Debería tenerlo Bess —gimo, acurrucándome contra su pecho.

—No, este te pertenece a ti. Será tu nuevo anillo de compromiso. Roth te lo dio porque sabía que eras la chica indicada para su vida. Yo no lo supe ver, creo que nadie lo hizo; sin embargo, tú sigues luchando, resistiendo todo lo jodido que te pasa. Eres nuestra Ryana. Y saldrás de esta, serás la mujer que estás destinada a ser, ¿lo sabes, cuñadita?

—Lo intento —aseguro con lágrimas en los ojos.

—Yo sé que sí, Brit.

En los siguientes días u horas voy empeorando. Raze se ve obligado a darme suero para hidratarme porque no puedo comer nada, todo se me devuelve y me siento más como la antigua Britney. Eventualmente soy capaz de bañarme y cepillarme sola. Trabajamos en las motos que Roth ha comprado, un detalle que me deja sin palabras. Más adelante le permito a Raze que me introduzca un rastreador y otro día terminamos engrasando las cadenas de la moto vieja cuando mi esposo llega.

Me empieza a latir todo el cuerpo y no es por la droga, es por él.

Controlo mis ganas de saltarle encima, pero Roth se las ingenia para robarme un beso en el garaje y calentarme. Sé que no debo, que tengo que estabilizarme antes de pensar en nada más, pues no existe un nosotros si no tengo presente que debo quererme primero a mí, que necesito recuperarme, encontrar quién soy y lo que quiero en este mundo.

La venganza me mueve y luego, ¿qué? ¿Qué sucederá después...?

Intenta que durmamos juntos, pero no me siento en condiciones de dormir a su lado.

—Yo quiero, pero…

—Pronto —promete junto a la puerta y me besa la frente mientras me muerdo el labio—. ¿Te gustaría salir mañana por la noche?

—¿Qué?

—Una cita —susurra, acariciándome el labio con su pulgar.

—Estás preguntándolo —digo, extrañada. Eso lo hace pensar y niega.

—Mañana a las nueve —replica más determinado y entonces se adueña de mis labios, ahora sin titubeos ni delicadeza. Me recuerda al Roth del pasado, aquel que era firme y centrado. Amo a ese hombre—. Sé puntual.

—Sí, señor —respondo en automático.

No cumplo, ya que al día siguiente la crisis que se adueña de mí. Es tan fuerte que pierdo el conocimiento y termino en emergencias. Mi cuerpo colapsa, pero el doctor está de acuerdo con Raze en que ya he superado la peor parte. Ahora debo sobrevivir sin desear la droga todo el tiempo. Mi esposo está a mi lado cuando abro los ojos; él se encarga de alimentarme, de darme ánimos. Dos días más tarde abandono el hospital sintiéndome mejor. Por la noche veo una película en la cama, con dos hombres a mi lado y duermo así, con ellos vigilándome.

—Buenos días, bella durmiente —anuncia una voz que abre las cortinas para que el sol entre a la recámara. Cierro los ojos, confundida, hasta que logro ver quién es. Emilie Cavalli, elegante como siempre—. Me ordenaron que te levantara porque tenemos un día de chicas… a pesar de que Raze estará con nosotras.

—Buenos días, ¿puedo salir?

—Según tu esposo, si es lo que tú quieres, sí.

¿Estoy feliz por ello? ¡Sí! Me siento libre y no puedo creer que vaya a ser capaz de andar por Rusia a plena luz del día, con seguridad, claro, pero ¡lejos de estas cuatro paredes!

Salimos a comprar topa y me gusta, me divierto con ella. No es abrumadora, no trata de

cambiarme y me sugiera algunos estilos con paciencia, animándome a ver qué me gusta y qué no.

—Te ves caliente, mierda, Britney… Te ves como otra persona.

—¿Lo crees?

—Confirmo —celebra y me suelta el pelo para que me observe en un espejo. Sigo siendo rubia castaña y aunque no es un platino, el vestido azul me resalta la piel, los ojos, el color del pelo y las piernas. Es corto, con escote en V y ajustado en todo sentido.

Sucumbo al deseo de cerrar los ojos e imaginar a mi esposo quitándomelo o rompiéndomelo. No me importaría mientras me tuviera empotrada contra alguna pared.

—Me gusta —susurro, abriendo mis ojos.

—En la plaza hay un buen spa por si quieres arreglarte el pelo, cortarte las puntas y darle un buen tratamiento.

—¿Iremos?

—Eres la señora Nikova, tú no preguntas, linda. Tú ordenas y los demás cumplen.

Sonrío mientras ella deja algunos trajes más, esos elegantes que nos llevaremos, y ropa interior, mucha ropa interior sexy.

—¿Y esos zapatos?

—Tuyos —ríe al tiempo que le da todo a la dependienta.

—¡Mujeres! —gruñe Raze, aceptando parte de las compras.

¿Conoces la mejor sensación del mundo? ¿No? Es aquella que sientes cuando alguien te está lavando el pelo de manera suave, poniéndote el *shampoo*, aclarándolo; cuando te masajean los pies en una pedicura de los dioses y cuando hueles la crema de manos que te ponen en la piel. Estos pequeños detalles me hacen sentir que, de alguna manera, estoy en una parte de mi vida que me merecía, pero que no lo supe hasta este instante.

Esta es mi vida, puedo tener comodidades. No soy la chica del orfanato y tampoco aquella que recibió tortura y golpes. No, no soy ella. ¿Quién soy? Esta. Una luchadora que no se piensa quebrar a la primera. ¿Me gusta el dolor? Sí, pero quiero dolor del bueno, aquel que conocí con mi esposo. Aunque también quiero infringirlo en aquellos que no hicieron nada cuando me vieron en mi peor momento.

El maquillaje no es tanto lo mío y, sin embargo, la chica que me hace las mechas para que mi pelo quede más rubio me pone un poco de rímel, delineador y pintalabios *nude.* Me encanta el cambio que se percibe con solo mirarme.

—Le volarás la cabeza —silba Raze, abriéndome la puerta. Emilie también me lo ha recalcado, sobre todo porque me he puesto el vestido azul de la tienda.

—Quiero ir con él —confieso, agarrándome al brazo de mi cuñado.

—Yo debo regresar con Don, hace bastante tiempo que lo dejé solo.

—Gracias, Emilie, por este día, no sé cómo retribuir tu cariño.

—Ya lo haces, linda. —Me besa la mejilla y luego se despide de Raze, marchándose a su vehículo con parte de la seguridad. Subo al mío con el motero, quien está marcándole a Roth para avisarle que todo va bien, pero quiero sorprenderlo.

—Ha estado nervioso todo el día.

—Quiero sorprenderlo, por favor.

—Esas cosas no son buenas —dice, poniendo los ojos en blanco.

—Es Roth, no está cogiéndose a otra mujer. Quiero ir, me siento bien.

—Y seguirás de ese modo, poco a poco te sentirás como tú, pero no creo que el club sea un lugar para ti.

—Donde quiera que esté mi marido, ese siempre será un lugar para mí.

—De acuerdo, infiernos —claudica y ordena que nos lleven al club del Pakhan, el jefe de la Mafia Roja, mi esposo. *Ordena y cumplirán*.

Admiro el paisaje, olvidándome de todos esos problemas que me persiguen y solo disfrutando, sintiendo esta ciudad como mi casa y a mi esposo como mi hogar. Me prometo que seguiré hacia adelante, que no me daré por vencida, y agradezco tener a esta gente porque ellos son quienes me han levantado, por ellos puedo decir que sigo aquí, que seguiré por mucho tiempo más. Son mi verdadera familia. Le agarro la mano al hombre que tengo al lado y entrelazo nuestros dedos. Él me ha dado una oportunidad, me ha perdonado y está aquí, cuidándome, sabiendo que parte de lo que sucedió aquella noche también fue mi error. Raze Nikov me ha brindado su perdón y le ha otorgado una redención a mi alma.

Llegamos al club casi a las diez de la noche e intento presentarnos en la entrada, pero el hombre parece reconocerme, lo cual es imposible; sin embargo, nos dejan ingresar a pesar de los quejidos de las personas en la línea. Raze sigue sin estar de acuerdo, claro, porque soy una adicta entrando a un club lleno de alcohol y solo Dios sabe qué más.

Logro calmarlo cuando le prometo que me quedaré a su lado. Hay muchas personas en el lugar, todo está oscuro y hay unas luces rojas moviéndose en el techo. La garganta se me seca cuando veo el trono; mi hombre adora sentarse en la silla más alta y ver el mundo pasar. Está allí, adueñándose de todo el club y, para tranquilidad de Raze, no tiene a ninguna zorra sobre él. La música es rusa, pero el ritmo es sugerente y seductor, de la clase que te invita a bailar en medio de la pisa solo para que él pueda verte.

Dejo a Raze detrás y subo los escalones que me separan de mi marido. Mueve la cabeza cuando ve que alguien invade su espacio, pero pronto se lleva los dados largos a la barbilla. No se inmuta y, para quien no lo conoce, sigue impasible, pero yo distingo esa mirada de cuervo hambriento. Me humedezco los labios y tres de su seguridad se mueven, pero mi esposo levanta la mano y detiene cualquier posible avance.

Nuestro matrimonio ha sido trágico, pero ¿quién dice que no puedo cambiar eso?

De frente a él, le toco las piernas y empiezo a subir las manos mientras se le sale un indicio de sonrisa.

—Señor —gimo hasta que mis manos le tocan el pecho. Si alguna perra creyó que tenía oportunidad con él, quiero que entienda que volví y esta vez no me pienso ir. Solo yo puedo tocarlo y tenerlo cuando desee. Me subo sobre él y le agarro el cuello mientras me sostiene por la cadera, ajustándome sobre su polla.

—Bienvenida, *dusha*.

—Creo que me he portado mal —musito, coqueta—. Vine a ver al jefe sin que mi esposo lo sepa, he sido una niña mala.

—¿Mereces un castigo?

—Varios, diría yo —confirmo. Baja las manos hasta mis nalgas y me las aprieta, haciendo que me palpite el sexo—. Mis bragas están dañadas y demasiado húmedas por culpa del hombre malo.

—Vamos a mi oficina.

—¿Tienes alguna regla allí?

Niega, mordiéndose el labio, y lo siguiente que sé es que me ha dado una palmada fuerte que me obliga a dar un respingo y que dejo salir un gemido que a duras penas se escucha entre la música que invita a follar del ambiente. Se mueve, tomándome del cuello y llevándome hasta su boca. Su lengua me domina, me posee, hace que me palpite el coño… y eso que no la tiene

abajo, sino en mis boca. Muevo las caderas y las manos para intentar abrirle el cierre del pantalón, pues he olvidado que estamos frente a todos dando un maldito espectáculo.

—Por mucho que me gustaría romperte el coño delante de todos, tendrá que ser en otra ocasión. A la oficina, ahora.

—Sí, señor.

Roth Nikov puede joderme el coño, el culo, el corazón, la vida, porque existe algo que solo él es capaz de hacer: unir todos mis putos pedazos. En Noruega estaba equivocada, si alguien tiene el control de mi universo, ese es mi esposo. Por ello, cuando me arrincona contra la puerta de su oficina, sin poder entrar al interior, en pleno pasillo, solo me dejo ir ante sus órdenes, ante nuestro placer, y disfruto del momento. Me alza la pierna para que le rodee la cadera y me empieza a morder el cuello. Su mano encuentra mis bragas y, como predije, están húmedas e inservibles, así que me introduce los dedos, gruñendo de satisfacción. El pulso se me acelera cuando recibo sus arremetidas. Quiero que reemplace los dedos por su polla, anhelo tener a mi animal entre mis piernas, dentro de mí. Escucho el clic del panel de seguridad antes de que me empuje al espacio que conforma su despacho. Cierra la puerta de una patada y me carga, dejándome sobre el escritorio después de que ha tirado todo al piso.

—Recuéstate.

Por Dios, me encanta.

Hago lo que me ordena, alzo las manos por encima de la cabeza y abro las piernas, dejando que el vestido se suba y deje mis braguitas negras y empapadas a la vista. Se afloja la corbata y deja caer el saco al piso. Tiene que estar desesperado para no pensar en doblarlo perfectamente. Me abre más las piernas y baja la cabeza hasta mi coño, inhalando mi olor. Luego abre la boca y me lame como un perro rabioso, rompiendo de un tirón las bragas. Su mano tira del escote y mis tetas se liberan. Grito en cuanto sus dientes me muerden el clítoris, tiemblo y me arqueo en su espacio de trabajo.

—Te daré un recuerdo más —ruge—. Y luego te castigaré.

—¿Tengo permitido hablar?

—No —dice y se abre el pantalón.

Sin previo aviso hunde su polla en mí y mi coño se amplía para recibir su dolorosa estocada. No soporto sentir mi cuerpo tan alejado del suyo, así que me siento en el escritorio y me cuelgo de su cuello sin que deje de castigarme con un ritmo violento. Me muerde los pechos y grito, lo cual lo hace aumentar su fuerza, recordándome que no tengo permitido emitir ningún sonido.

—Tu coño, Brit. Joder, es malditamente adictivo. Mío, carajo, ¡eres mía! —exclama, buscando mi boca. Aprovecho para ir a su encuentro y tenso mi centro, liberándolo solo cuando se mueve. Gruñe en mi boca y maldice con cada movimiento, una y otra vez.

Mas, más y más. Joder.

—Di que eres mía —ordena, doblándome, para dejar mi cuello libre para su deleite.

—Suya, señor.

—Eso es, *dusha*. Mía. Quiero atarte, suspenderte y follarte mientras las cuerdas dejan marcas en tu piel —confiesa, golpeando más fuerte. Nunca me ha llevado a este límite y, maldita sea, adoro la presión que se acumula—. Tenemos que hablar.

—Dios, Roth. Fóllame más, por favor. Más, más…

—Es solo el comienzo.

Soy la muñeca manejable, aquella que él sabe cómo y cuándo mover. No debe pedir permiso porque le pertenezco y me conoce, descifra cuándo el placer está a punto de detonar y lo

retrasa, cambiando de posición, girándome, doblándome hasta que mis pechos quedan aplastados contra la madera. Me abre las nalgas y empuja en mi coño, abriéndolas hasta que percibo sus dedos entran en mi culo. Recuerdo la forma en la que me tomó antes y la miel resbala a borbotones de mi parte íntima. El orgasmo inevitable llega en medio del sonido de nuestros cuerpos chocándose, amándose brutalmente, y me fragmento cuando una descarga me atraviesa el cuerpo. Las piernas me tiemblan, el corazón parece querer salirse por mi boca y Roth da tres golpes en mi interior que aceleran todo. No se viene, sino deja que mi placer me consuma antes de salirse.

—¡De rodillas! —demanda a mi espalda. Me giro, temblorosa, y lo hago. Tiene el pantalón arremolinado en los tobillos y se masturba con mis fluidos. Veo las gotas de semen en la punta de su verga. Está rosada, venosa y se me antoja llevármela a los labios.

—Señor —le suplico.

—Abre la boca.

Lo hago, inclinándome para recibirlo. Me toca los labios con la punta y saco la lengua, pero se aleja, dándome una palmada en la mejilla. ¡Carajo, me encanta! Es algo medido y suave, pues su rostro demuestra una concentración pura, firme. Este es el hombre que conocí, a quien dibujaba. Ese que demuestra seguridad sin titubeos. Ha regresado.

—¡Más! —ruego. Me estoy masturbando con la mano, pero me detengo cuando sus ojos negros se vuelven dos rendijas.

—¿Te ordené que te tocaras? ¿Te he dado permiso?

—No…

—No, ¿qué?

—No, señor.

Me sujeta fuerte la mandíbula y estoy a punto de cruzar la línea del dolor.

—Abre la boca y trágatelo todo, que no quede ni una gota fuera.

Le hago caso y espero que entre. Soy suya, puede follarme la boca como le plazca. Entra y sale, gruñendo, mientras deja caer la cabeza hacia atrás y cierra los ojos. Solo me entra un tercio de su polla, pero va profundizando hasta que me obligo a respirar solo por la nariz, más cuando me sostiene la cabeza con las dos manos, se le contraen los músculos y yo le masajeo las bolas. Eso lo hace encogerse de placer y metérmela más. Vuelve a darme ese golpe en la mejilla y empuja más rápido.

—Brit… carajo, trágatelo todo, nena. ¡Mierda!

Se viene, los chorros de semen me golpean la garganta mientras sus bolas se contraen en mis manos y las venas de su polla están a nada de reventarse. Me lo trago todo, no desperdicio nada, y cuando planea retroceder, lo agarro de las caderas y hundo su polla en mi garganta tanto como puedo. Luego retrocedo. Me lagrimean los ojos y me arde la mejilla cuando saca su polla. Respiro sin control. Él no dice una palabra, no me ordena que me levante. Da un paso atrás, acomodándose la ropa.

—¿Con quién viniste?

Casi quiero reírme de la pregunta, pero me quedo en mi papel. ¿Por qué me fascina tanto que tenga el poder?

—Con Raze, señor.

—¿Estás lista para recibir tu castigo?

Muevo la cabeza, pero parece que le está entrando una llamada al celular, pues lo saca y se acerca a mí. Escucha lo que le informan y le brillan los ojos de una forma maquiavélica. Cuando cuelga, me observa y parece que está a punto de darme una gran noticia por su cambio de

ánimo.

—Tiene suerte, señora Nikova, creo que no recibirá un castigo, sino que lo propinará usted.

Frunzo el ceño sin comprender y acepto la mano que me ofrece para ponerme de pie. Me arreglo la ropa y me tapo los pechos.

—¿Roth…?

—Usarás esa caja, nena. Tu regalo ha llegado.

¿Qué…? Eso solo puede significar algo.

—Hayden está aquí.

Y disfrutaré el comienzo de mi venganza.

48: DIMAK

Dimak Trivianiv

Las obsesiones son peligrosas, te llevan a cometer actos impensables. Las obsesiones te queman en el interior y cuando no las satisfaces, te ciegan. Tus sentidos decaen, se nublan uno a uno… Por ello mantengo encerrada mi obsesión por ella. La dejo salir en momentos como este, cuando soy capaz de verla en una imagen simple.

—Estaban resguardados, la seguridad fue impenetrable.

Pego las fotografías de ellos juntos en la pared. Se la ve diferente, tiene el pelo más rubio y, de alguna manera, noto que posee más seguridad en sí misma. Camina erguida, sin esconder el rostro.

—Italia y Rusia unidas, estrategas y analíticas —continúa explicando. Marco una X sobre el rostro de Ivanov, pues esperaba que se hundiera con esto, pero se ha fortalecido.

—¿Qué sabes sobre la Trinidad? —cuestiono. El bajo mundo está nervioso al tenerlos a ellos de aliados y para nadie es un secreto que es preferible que estén en guerra, peleando contra ellos, y no unidos.

—Es demasiado fuerte —responde mi invitado especial, entrando a la mansión. Es un aliado que ha demostrado su valía en poco tiempo. Fue inesperado conocer su odio por Nikov.

—Bienvenido, Aldrik —susurro, sonriendo.

Antes, un hombre de su porte hubiera levantado en mí el deseo y la pasión, pero la mujer que me obsesiona ha aniquilado esa posibilidad. Me ha confundido demasiado, pues ansío ver el odio en su mirada mientras la fuerzo a estar en mis brazos.

Necesito sentir el dolor que Brit destilaba. Es algo que conocí a su lado, que saboreo de solo pensarlo. La quiero a ella… Y la recuperaré.

—¿Pensando en tu siguiente movimiento? —indaga, alcanzando una botella de vodka, y se sienta en mi escritorio para observar el mapa—. Todo eso está mal. —Señala las fotografías.

—Ilumíname, quizás tengas una mejor idea.

—Tengo mucho más que eso —replica con una sonrisa. Bebo un buen trago, como si aquello no quemara, y despido a mis soldados para que nos dejen solos. Aldrik ha estado con Ivanov y también con Nikov. Poco tiempo, pero el suficiente para saber hacia dónde dirigirse cuando se trata de ellos.

Tacha la imagen de Cavalli, conectándola con Ivanov, y señala a Nikov.

—Si ellos van a una guerra, Nikov debe elegir un bando.

—No quiero darle opciones, el Pakhan es un hombre muerto y ella… —rujo fuerte y claro, marcándola como mi pertenencia—. La quiero de regreso. Además, ¿qué podría causar que Vlad se fuera contra Don? Me atacó a mí y los apoyó a ellos.

—Te dije que tengo las respuestas —se burla, sacando una pequeña foto Polaroid. Es una chica, joven, preciosa y vestida de gala—. Te presento a Alaska Schiavone, ¿quieres adivinar por qué ella es una bomba de tiempo?

—Supongo que también tienes las respuestas.

—Hablas con el hombre correcto. —Me guiña el ojo, coqueto, y enciende ese lado que lucho por dormir, aquel que solo Robert Nikov logró calentar—. Ella es la hermana de ambos. Para tu suerte, Vladimir lo sabe y guarda esa información, pues no parece que quiera compartirla con el Capo. ¿Cómo se llama eso…? ¡Ah! ¡Traición! El Capo es bueno rebanando cabezas

cuando se siente traicionado y eso trae a tu tablero a Avery Kozlova. Es la ejecutora de todo.

Analizo las imágenes, viendo el parecido entre ellos. Me doy cuenta de que Aldrik me ha otorgado las ventajas que necesitaba. Después de que me expusieran en los noticieros, mi vida se sumió en las sombras y perdí la ventaja de poder salir sin que me persiguieran las autoridades.

El Carnicero ejecutó muy bien su jugada, me aniquiló de cara al mundo y lo peor es que no puedo hacer lo mismo. Lo intenté, pero ningún periodista o noticiero está dispuesto a tomar ese camino con suposiciones. Nikov y Cavalli han protegido sus negocios y no son traficantes de armas, drogas ni mujeres ante el mundo. El puto de Cavalli tiene una portada en la revista Forbes como el millonario del año y Roth es el inversionista que protege al medioambiente. No tengo armas que pueda usar públicamente. Han cuidado sus pasos en el mundo y Vladimir Ivanov no sale en las bases de datos. La Trinidad era mi peor enemiga… hasta esa chica morena.

Ella es la clave para hundir su triángulo perfecto. Si quitas una de las columnas, las demás van a tambalearse. Tengo un dron que se divertirá causando caos con mi próximo objetivo.

Lo tengo claro. Desestabiliza al enemigo, usa sus emociones a tu favor. Aldrik me toca el hombro, pasándome la botella. La acepto, tomo un trago largo y me arde la garganta. La polla me gotea solo al imaginarme con mi muñeca de regreso. Porque ella volverá, esta vez por su propia voluntad. Una vez que Nikov esté fuera de la liga, no tendrá más opciones.

Soy el camino al infierno que necesita, solo yo puedo darle lo que quiere.

—Mientras esa mente se activa, buscaré una inglesa, dicen que son buenas follando —se ríe y me sorprende cuando se acerca demasiado y mi cuerpo le responde.

Sí, el hombre es la mecha que revive aquel pecado oculto. Giro el rostro, quedando a centímetros de su cuello, y aspiro su aroma varonil. Tiene ese toque de sudor en la piel.

—¿Chica o algo más…?

—Planeaba otra cosa, pero no arriesgaré mi futuro.

Lo observo, humedeciéndome los labios. Él se inclina, causándome una expectativa que se pierde cuando se va. Respiro cuando escucho que se cierra la puerta. Los nervios y las inseguridades del pasado me asolan con fuerza. Busco el control para reproducir uno de los videos de ella en la pantalla. En el cajón encuentro una de sus bragas y me las llevo a la nariz, pues necesito ese toque femenino suyo, su olor. Evoco sus gritos, el llanto, la lucha. Recuerdo cuando terminaba rompiéndola, inyectándole la idea de que me necesitaba, haciéndole ver que soy el amo del universo.

Ella me ama, sé que lo hace. Solo necesita un incentivo. Apago el aparato y quito uno de los CDs. Quizás debo mandarle un regalo a Nikov, así que copio varios videos a una USB. Es hora de que vea nuestro amor de primera mano

Armo mi jugada antes de tomar una ducha necesaria, la cual no consigue aplacar mis pecados, no limpia la suciedad. Molesto por caer en la tentación del pecado, saco la fusta especial. Me arrodillo en el centro de la habitación y empiezo a golpearme. Las puntas de las púas me abren la piel, así los demonios se irán, dejaré de pensar y dejaré de lado esa inclinación a lo prohibido.

Me muerdo la mejilla y saboreo el recuerdo de cuando se lo hice a ella, poniéndome duro con sus gritos, los cuales viven en mi cabeza, me alimentan.

Oh, mi pequeña Ginore. Mi dulce experimento. Suplicó que me detuviera mientras la golpeaba con la fusta de alambre y la abría la piel. Su sangre me salpicaba el rostro y yo me lamía las gotas que me caían en la boca. Fue su castigo por quererlo a él. Mentía, fue una mentirosa. La dejé matar a Katniss, pensando que había comprendido su propósito a mi lado.

Una descarada mentirosa que jugó con mi inteligencia.

Eso ha quedado en el pasado porque ahora sabe quién soy y la transformaré en mi esclava. Soy su amo, ella debe saberlo. Volverá a mi mano… Lo sé.

Treinta azotes son una penitencia suficiente y mi cuerpo llega a la liberación del mal. Mi polla explota, derramando el líquido de la impureza porque me he saciado pensando en Aldrik.

Britney debe regresar, es el bálsamo del infierno. Alivia mi pecado, ¿por qué no lo ve?

—Señor Trivianiv —llaman detrás de la puerta. Gruño de frustración, odio que me interrumpan. Maldita estúpida de Hayden, ¿cómo se dejó atrapar por esos imbéciles? Ahora debe estar muerta. Fueron a la misa de Dimitri Isakov y no había ningún rastro de mi pequeña.

Ella se encargaba de quitar los estorbos de mi camino.

—Lamento interrumpir —susurra la mujer, nerviosa, cuando abro la puerta cubierto por una toalla. Siento la sangre caliente que se resbala por mi espalda—. Es hora.

—Bajaré en un minuto —le informo y ella asiente antes de salir despavorida. Está asustada y entiendo que secuestrarla no fue la mejor manera, pero a veces se hace lo que se tiene que hacer.

Me visto y atravieso la casa. No me gusta venir aquí, suelo estar apartado, pero desde que Hayden se fue debo encargarme de todo. Empujo la puerta y me encuentro a la enfermera que secuestré en Noruega, la cual es americana y estaba de vacaciones. Para este momento seguro su gente la cree muerta. Ella se pega a la pared, pues seguro recuerda la navaja que pasé sobre la mitad de su rostro la primera noche que la tuve en mi poder. Tiene una cicatriz que le desfiguró un lado del rostro; el otro lo tiene quemado, pues una vez me enojé y la pegué contra la chimenea. No es mi culpa que la gente sea inepta en estos días.

—Hola, Katharina —saludo a la personita que está en la cuna. Ella me mira con sus ojos como el mismísimo ébano. Solo un tonto no reconocería la sangre que corre en sus venas, de quién es hija. El pelo del mismo tono le cae en la frente y sus mejillas son dos puntos brillantes, rosados y gordos.

—Ha aprendido a autoconsolarse —explica la enfermera—. Sus comidas están dentro del plan que me señaló.

—Perfecto —digo, llenando el historial clínico del paciente cero—. ¿Tienes hijos? —pregunto, depositando la vía en el gotero.

—Sí —murmura llena de pánico.

—¿Te gustaría recibir algo de ellos? ¿Un detalle?

El silencio se extiende luego de la pregunta mientras mi Katharina mueve los brazos y las piernas.

—Más que nada, sí.

Ella vendrá a mí… Lo hará.

—Cuando le quites la ropa, me la entregas. Y dale un nuevo corte, quiero los mechones. Alguien necesita un recordatorio de a dónde pertenece.

Salgo de la habitación sonriendo. Solo es cuestión de semanas para tenerla de regreso. Britney Ginore recordará por qué entró a mi jaula en primer lugar.

Me gusta ejercitar a mis chicos, verlos pasar los obstáculos a la perfección, pero me estresa cuando alguno se vuelve inservible. Aldrik se mantiene a la cabeza y es de esa forma como me conoció. Fue mi alumno hace años, aunque era de un rango bajo y no tuvimos ningún acercamiento.

Cuando nos encontramos en Noruega, mientras escapaba de la emboscada, sentí que tenía una parte de mis mejores años en el soldado. Fue una buena casualidad en medio de mi peor

momento.

No esperé que me abatieran los tres hombres al mismo tiempo y mi única ventaja fue que la pequeña Katharina se encontraba aquí, en Londres, y así el secreto de su muerte no fue revelado. La noche en la que Britney la tuvo fue un *shock* total. Con el disparo que silenció a la criatura, el temor la hizo perder el conocimiento y se quedó alterada, creyendo la verdad que quise revelarle. Mis intenciones eran verdaderas dentro de la rabia, pero entendí que esa pequeña tenía un propósito mayor.

Mis soldados actuales se vuelven débiles cada cierto tiempo, pierden el enfoque y comienzan a ser dependientes del zinc, así que debo hacer depuraciones continuas. Empezaré con los cuatro que se han quedado detrás en la línea. Saco el arma, le quito el seguro y disparo, volándoles la cabeza a uno por uno mientras sus cuerpos caen en el lodo.

Si eres lento, inestable o débil… Tu destino debe ser la muerte.

—Levanten a esta basura —ordeno, pateando sus cadáveres.

—¡Señor, sí, señor! —grita el pelotón. Siento los ojos de Aldrik a mi espalda y me alejo, pero siento que viene tras de mí. Está en el traje militar negro, portándolo con orgullo.

Estamos a una hora de la casa central y por seguridad permanezco en el plantel militar de lunes a viernes, así mantengo su locación segura.

—Si continúas matándolos te quedarás sin nada.

—Haré más —replico y me giro—. Soy el general a cargo, tú no me das órdenes.

—No es mi intención, señor —pronuncia, imprimiéndole burla a esa última palabra. Odio que sea tan parecido a Robert. Irreverente, altanero, sexy… ¡No, no, no!

—¡Con un carajo! —exclamo y pateo la puerta de mi oficina cuando, de repente, su cuerpo me presiona contra la superficie, dejándola cerrada.

No caigas en la tentación de la carne.

—¿Por qué estás de mal humor y huyendo de mí?

—¡Suéltame! Es una maldita orden.

—Tienes la fuerza de llevarme al piso, pero sospecho que prefieres la cama, ¿no es así, general?

Su mano me estruja la polla y niego al tiempo que suelto un gemido involuntario.

—No lo hagas, Aldrik.

—Sé que lo quieres, puedo dártelo.

—No soy el activo —jadeo con vergüenza y me lame el cuello, trasportándome a los días en los que disfrutaba de Robert. Era fuerte, me sentía pequeño, manejable, me encantaba estar debajo de su cuerpo. Servirle… Complacerlo.

—Algo más que deduje por mi cuenta —afirma, mordiéndome—. Déjate llevar, general. Te aseguro que tendrás un pase directo al cielo. Lo anhelas, mira cómo la tienes. Vamos, pastelito, tócate y déjame tomarte.

Es pecado, es pecado.

Estoy cediendo al pecado cuando escucho la primera explosión y luego la segunda nos lanza a ambos al piso. ¡¿Qué carajos está pasando?! La pared estalla, los escombros nos golpean con fuerza. Toso por el humo y entonces encuentro al hombre frente a mí apuntándome.

—No creíste que de verdad traicionaría a mi Pakhan, ¿o sí, Dimak Trivianiv?

¡Maldito hijo de puta!

49: ATAQUE

Britney

Cuando vivía en Italia el mundo me parecía demasiado grande, asfixiante, pero en cuanto tuve un atisbo de él en Nueva York, empecé a verlo de otra manera. Después, en ese jet, luego de ser abusada y violentada, con lágrimas en los ojos, creí que el mundo era demasiado pequeño porque esos dos hombres me habían salvado de terminar mis días siendo la esclava de Michael Romano.

—*Dusha* —susurra mi esposo, ofreciéndome la mano.

Me quedo paralizada unos segundos y lo observo. Esto cambiará quién soy, nos dará una perspectiva completamente diferente. Y no tengo miedo por mí, sino por él. No quiero que deje de quererme. Él ve algo en mí que los demás no y no quiero decepcionarlo… Sin embargo, el terror es porque no quiero decepcionarme a mí primero.

Acepto la mano de mi caballero y bajo del auto. Mis tacones causan ruido contra el asfalto húmedo y la piel se me eriza con el viento frío hasta que él me cubre con su abrigo. Olemos a sexo, a sudor y desenfreno. Raze está recostado contra la pared, fumándose un cigarrillo; no sabía que fumaba. Lo tira al piso y lo aplasta.

—¿Dónde está ella? —cuestiono con determinación en la voz. Mi objetivo es la cabeza de Dimak, lo será siempre, pero Hayden también debe pagar. Es igual de culpable.

—En el contenedor —responde, señalándolo con la cabeza.

Nos movemos hasta la caja de metal y tengo que taparme la nariz por el olor a inmundicia en el ambiente. Me recuerda a mis días anteriores, meándome, vomitando en la cama… Solo que aquí la chica que está sentada, atada y cubierta de su propia mierda no soy yo.

—¿Qué quieres hacer? Puedo encargarme de todo si no estás preparada —murmura suavemente en mi oído, delicado y cálido. Su voz es reconfortante y reaviva mi determinación. Es mi caballero oscuro y siempre estará para limpiar mis desastres, pero esta vez no creo que pueda dejar que nadie más se haga cargo de que la esperanza desaparezca de sus ojos, de la satisfacción que eso me producirá. No quiero torturarla ni hacerla sufrir con violencia, mi objetivo es mucho más cruel, turbio, retorcido.

—Báñenla, denle líquidos y llévenla a la mansión Nikov.

Los soldados esperan que mi esposo secunde mi orden y los veo tirarle agua fría. Ella intenta mirarme a los ojos, pero yo me giro. No era este demonio, ellos me convirtieron en uno.

Roth me analiza, siempre tiene un ojo sobre mí por esa necesidad de controlarlo todo. Raze entiende que esto ya pasó de gris a negro, que todos necesitamos un respiro. Paso parte de la noche con ella, viéndola en el piso, pensando en si lo que quiero está bien, en qué me convertirá aquello. La odio porque me ha obligado a explotar esta versión de mí. Salgo del calabozo y miro la caja, sé que debo hacerlo y que ella se lo merece. Cierro la puerta y veo a los dos hombres resguardándola.

—La chica es mi esclava, nadie la toca ni la obliga a nada, ¿he sido clara?

—Sí, señora —responden ambos al unísono. Los observo un poco más antes de subir en busca de mi marido, quien está en el baño. Me quito la ropa y veo que su celular tiene varias llamadas perdidas. También noto la foto de ellos sobre el tocador, parece que la movió de lugar. Desnuda, entro al baño a buscarlo, pero veo que está frente al lavamanos, apoyado en los brazos y con la cabeza colgando en medio de ellos. Luce abatido e inseguro. Una toalla le cubre la mitad del cuerpo. El mío reacciona de forma instintiva, pero lo omito y solo camino hasta abrazarlo por

la espalda. Sus fuertes manos se apoyan sobre las mías, que están entrelazadas en su cadera. ¿Qué tiene mi roca? ¿Qué puede estar atormentándolo?

—Estoy bien —digo, creyendo que quizás soy la causa de su dolor.

—Estoy orgulloso de ti, no has bajado la guardia y diste órdenes, comprendiendo que eres mi esposa —replica, firme—. Por primera vez has actuado de acuerdo con quien eres.

—Aun así estás triste, ¿qué te atormenta? ¿Dimak?

—Estoy encargándome de Dimak, pronto no será un problema.

—¿Entonces?

—Es tarde ya —responde antes de soltarse de mis brazos.

Suspiro cuando abandona el baño y me deja sola. Sé que algo lo atormenta y no creo ser la protagonista de todo en ese momento. Me baño rápido porque quiero volver junto a él y cuando salgo lo encuentro sobre la cama, mirando el móvil que vibra sobre la mesa de noche. Es Don quien lo llama y frunzo el ceño. ¿Qué está pasando?

—¿No vas a responder?

—Entra a la cama, es tarde. Quiero dormir.

Voy y me siento a horcajadas sobre él, mi coño rozándose contra su vientre. Roth suspira y me encanta saber que, a pesar de todo, siempre me deseará.

—Estoy aquí no solo para darte tormentos, sino para escucharte. Creo que somos un equipo y si algo te causa daño, espero saberlo. ¿O te gustaría que yo te ocultara cosas? —cuestiono, apartándole el pelo y hundiendo mis dedos dentro. Cierra los ojos y deja caer la cabeza sobre el valle de mis pechos desnudos.

—Don me ocultó algo… Y es delicado. No sé qué hacer con esa información —confiesa. Sus palabras salen cargadas de dolor y miseria.

—¿Y eso te afecta? ¿Fue una mentira que te daña?

—No directamente… —dice, sacudiendo la cabeza—. Siento que no lo conozco, que no sé con quién he estado este tiempo, pero a la misma vez la lógica grita que nada cambió, que el hombre que conocí sigue siendo el mismo.

Le levanto el rostro y uno mi frente a la suya. Es complicado tratar de entender sus palabras cuando no tengo idea de cómo pudo haberle mentido Dominic, pero reconozco esa sensación de amar con tanta fuerza a alguien que prefieres omitir aquellas verdades que podrían destruir a quien tratas de proteger.

—Cuando estaba encerrada la voz de nuestro Capo me salvó. Recordaba sus palabras, sus instrucciones y me obligaba a ser fuerte. No sé quién es o qué hizo para que te sientas así, pero sé algo… —Lo beso con suavidad—. Es el hombre que ha estado para ti, para mí. Fue quien se sacrificó en Noruega para que me tuvieras a tu lado sin importarle su vida ni su felicidad. Ese hombre demostró que te ama más a ti que a sí mismo. Lo que ustedes tienen es más fuerte que nada y sin importar lo que esté sucediendo, irás a verlo. No lo dejarás solo porque, si lo haces, me molestaré mucho contigo, señor animal. No dejes que tus emociones te cieguen. A veces protegemos a las personas que amamos y en el proceso omitimos información para que ellos no sufran, pero eso no significa que amemos menos, sino que preferimos cargar el dolor nosotros solos.

—Si… —gruñe, apartándose. Parece confundido y alterado, es difícil ver a Roth en este estado—. Si yo te mintiera, digamos, sobre mi nombre o acerca de quién era antes de ti, ¿no te molestaría?

—Qué pregunta más rara —río para aligerar el ambiente, pero él sigue mirándome con esos ojos negros, profundos e intimidantes—. Vaya, lo dices en serio.

No sé a dónde quiere llegar con esta pregunta, pero parece ser algo importante. Me bajo de su cuerpo y me meto entre las sábanas mientras él espera mi respuesta.

—Yo… supongo que no importa lo que hiciste o lo que eras antes de mí, sino lo que seas mientras estás conmigo. Quiero decir, tu pasado no debería dictar el futuro ni el presente de tus acciones. Aunque en este mundo de la mafia es raro que lo diga, un nombre no define nada, es tan solo un apelativo con el que la mayoría te reconoce. Mi nombre es Britney Ginore y luego pasé a ser una Nikova, pero tú me llamas *dusha*… Tú eres Roth y, sin embargo, te llamo de varias maneras, pero eso no quiere decir que dejes de ser tú, aquí —comento, tocándole el pecho —. Eres el que está allí, en tu interior, tu esencia, da igual cómo te digan los demás. Piensa en aquellos que están en los programas de protección de testigos, les cambian los nombres, pero siguen siendo ellos, ¿no?

—Te amo —responde de la nada—. Jesús, Britney Ginore o Nikova, te amo.

Se sube sobre mí y me besa el rostro. Parecemos una pareja normal, no una que tiene a una chica en su sótano o a un jodido demente tras de nosotros. No somos una pareja que perdió a una hija de una forma desgarradora. Cuando me besa y me hace reír de esta manera me creo un poco más humana y menos demente.

—Continúa sin recobrar el sentido —informa uno de los hombres. El deterioro de Hayden es notable, pues pasó días en el calor del contenedor antes de ser trasladada en un avión hacia nosotros. Roth despide al soldado con la mano mientras me inclino en su escritorio.

—¿Me contarás con quién hablabas esta mañana por teléfono? —pregunto, pero mi flamante esposo pasa la página de un contrato que está firmando—. Emilie llamó, Don no deja de preguntar por ti y estás actuando extraño. Hayden ha estado tres días en nuestro sótano, ¿no dirás nada?

—Me estoy encargando…

—Somos un equipo, no me dejes de lado. Dijiste que me permitirías ser parte de la Bratva, que confiarías en mí. Por favor, empieza a demostrarlo.

Su móvil nos interrumpe y le dan noticias sobre las últimas horas. Luce contento.

—Ven a ver esto.

—Roth, por favor.

—Te gustará.

Claro que lo hace, es el caballo. Chillo fuerte cuando lo bajan porque se ve muy bien, curado y fuerte. Le acaricio el pelo e incluso Raze deja la moto para admirar la obra que es el semental. Mi esposo también lo toca, dándole cariño. Lo observo con lágrimas de felicidad en los ojos. Sé que está haciendo algo e intenta protegerme al mantenerse callado, pero necesito ser parte, quiero que tenga claro que no solo soy su esposa, sino también su compañera, que estoy aquí para escucharlo.

—¿Cómo se va a llamar? —pregunta mi cuñado.

—Raze —contesta Roth para molestarlo—. Es tan cabezota como tú.

—Muy chistoso —gruñe el motero, sacándole la lengua. El animal relincha y me hace aguantarme la risa, pues es muy parecido a Raze de cierta manera.

Su teléfono vuelve a sonar y esta vez no es algo que pueda posponer. Si lo sigue haciendo, el mismísimo Cavalli se arrastrará hasta nuestra puerta.

—Habla con él —le pido, tirando del caballo. Raze, quien no es un imbécil, debe sospechar que algo pasa y decide ayudarme a llevar al equino al establo. Hacemos el camino en silencio mientras pienso en las cosas que debo hacer cuando mi invitada despierte. He buscado

información sobre el tema y creo tener un buen repertorio. Dimak, por otro lado, me sigue preocupando. Quiero atraparlo, pero sospecho que Roth tiene sus propios planes e intentará protegerme para que yo no esté en la línea de fuego.

—Regresaré a Nueva York —susurra Raze, pasándose la mano por el pelo.

—Si soy sincera, no quería que llegara este momento, pero tienes que ir con ella. ¿Estás listo?

—Estoy nervioso —admite, dejando al caballo en su lugar y cerrando la puerta—. Estar aquí me hizo reflexionar, quiero regresar e intentar ganarme de nuevo a mi mujer.

—Yo creo que ella está esperándote y será feliz cuando te vea. Pero, por favor, no actúes como un tonto. Ámala y escúchala, ya viste que la vida es muy corta como para pasarla guardándoles rencor a los que amas.

—Ven aquí, chiquilla. —Me da un abrazo que me deja sin aire. El motero no es un hombre de muestras de cariño, así que no pierdo la oportunidad de colgarme de su chaqueta y abrazarlo, incluso si me fractura las costillas con su fuerza.

—Gracias por no odiarme, por salvarme.

—Sí, sí… De nada, como sea.

Me aparta y se alborota el pelo con esa sonrisa de chico malo. Esta gente es mi familia, por ellos sé que debo cambiar y lo estoy intentando. Retroceder no puede ser parte de mi propia evolución. Tengo que seguir mejorando, por mí y por ellos, que han creído en mí incluso cuando yo misma no lo hice.

Estamos regresando a la casa cuando nos encontramos a Roth ladrándole órdenes al móvil. Los pocos soldados que hay en el salón lo observan, esperando indicaciones.

—¿Qué sucede? —pregunta Raze de inmediato.

—Dimitri Isakova está muerto, es el mejor amigo de Vladimir. Tenemos que viajar a Chicago —ordena. Se gira hacia los hombres y entre ellos está Lev, que no sé de dónde ha salido —. Encárgate, debemos salir en la próxima hora. *Madame!* —exclama y me sobresalto. La mujer aparece con cara de susto—. Prepárale una maleta a la señora y lo mismo para mí.

—¿Dominic sabe de esto?

—No —le contesta a Raze.

—Iré a informarle —anuncia, marchándose. Lev escucha unas instrucciones rápidas. No entiendo la preocupación de Roth y tampoco su alteración. Sí, murió alguien, pero ¿por qué parece más que eso?

Todos se marchan, mi esposo maldice y lanza el puño al aire, diciendo algunas cosas en ruso. Dejo que saque todo lo que tiene acumulado hasta que se sienta en el brazo del mueble y me observa. Sabe que quiero entender lo que sucede y creo que estamos un paso más allá de andar guardando secretos.

—Empieza a hablar, Nikov —advierto.

—Infiltré a uno de mis hombres con Vlad para que llegara a Dimak…

—Pero Vlad y Dimak no son aliados.

—No lo son, ahora lo sé, pero necesitaba estar seguro. No iba a dejar que me agarraran con la guardia abajo otra vez. Usé a uno de mis líderes.

—¿Líderes? —repito, confundida.

—Son jefes de mis ciudades, se dedican a controlarlas bajo mi nombre. La cosa es que investigué a mis hombres y descubrí que este líder tenía un hijo que fue militar. Indagando más supe que era de las academias de Dimak. No usó ese nombre, pero fue mi única conexión. He hecho cosas malas —susurra, contrariado—. Manipulé a Emilie para que aceptara un acuerdo

con el que los más fuertes nos unimos. En el pasado se llamó la Tríada, encabezada por los jefes de tres mafias diferentes. Eso permitía mantener el orden en el triángulo. Ahora yo creé una Trinidad porque necesitaba controlar a Vladimir para enfocarme en otras cosas.

—De acuerdo —musito, caminando en círculos. Sé que esas otras cosas somos Dimak y yo, pero no entiendo en qué nos afecta esto—. Todo estaba bien antes de que muriera este hombre, ¿qué cambió?

—Aldrik, mi infiltrado, debe continuar su farsa. Con la muerte de este hombre logró escalar y ahora está a nada de ser la mano derecha de Dimak, lo que significa que podré atraparlo, que sus días están prácticamente contados en mi cronómetro…

—¿Pero?

—Don no sabe de la Trinidad. Casi lo traicioné cuando él acababa de dar su vida por mi felicidad. —Voy rápido hacia Roth y lo sostengo. Sé lo que se siente creer que estás traicionado al Capo, pues va en contra de nuestra naturaleza. Independientemente de todo, lo reconocemos como un ser supremo sobre nuestras cabezas—. Tengo que decirle lo que hice y convencerlo de venir a Chicago porque debemos mostrar nuestro respeto con Ivanov o, de lo contrario, él puede tomar esto como un motivo para vengarse. Aldrik, mi soldado, mi futuro líder, figura como un traidor y no puedo decir la verdad.

—Está bien, está bien —lo consuelo, buscando en mi mente las palabras adecuadas o intentando controlar esto. Lo ha hecho por mí, siempre inclina su mundo por mí—. Tomemos un problema a la vez, ¿de acuerdo? Primero debes bañarte y luego iremos con Don. Le explicarás lo que creas conveniente, pero para eso debes relajar tu mente y pensar. Mi hombre es un estratega y siempre halla la manera de actuar. Ahora no será diferente.

—Debe entender que fue lo mejor. No podía proteger a Emilie, a los niños, a nosotros. Vladimir tiene razones para odiarnos porque le jodimos la puta vida. Solo nos estaba protegiendo.

—Eso es exactamente lo que dirás. Pensábamos que él no viviría e hiciste lo que creías correcto —concuerdo y él se marcha a bañarse. Emilie es una mujer inteligente y tiene un gran dominio sobre el Capo, así que no dudo en llamarla para contarle esto. Necesita tener controlada a su bestia antes de que mi animal llegue, pues al parecer ambos se han equivocado, pero tengo miedo. Si bien el Capo es poderoso y su palabra es ley, mi marido es el jefe de la Bratva.

Cuando hombres como ellos se sienten amenazados, siempre recurren a un camino.

Una guerra de poder. Me arreglo igual que él, preparándonos para enfrentarnos a Cavalli. Dejamos la casa, a Hayden en el calabozo y a la pobre *Madame* encargada de todo.

Espero que esta jugada acabe bien.

50: MI HERMANO

Roth Nikov

No logro encajar en qué punto estoy con Dom… Damon. Pasé pequeñas fases y la negación fue la primera, pero luego todo empezó a caer en su lugar. La separación sorpresiva de Emilie y él; los viajes de la mujer hacia mí, buscando algún tipo de refugio; aquellos días en los que sé que estaba llorando, pero disimulaba la verdad con cualquier excusa.

Ahora ella me ha cubierto la espalda, tomando toda la responsabilidad de la Trinidad.

—Felicidades. Enjaulaste a tres leones y solo les diste un trozo de carne, ¿qué esperas? ¿Que lo compartan? Porque lo único que veo es que se van a despedazar hasta que solo uno sobreviva… Esa es tu Trinidad.

—No sabíamos si ibas a sobrevivir —replico, adelantándome a que ella mencione palabra alguna—. Tú también tienes tus fallas. Viajaste a Noruega sabiendo que te ibas a sacrificar y no le dijiste a nadie. Hice lo que pensé que era correcto y no pediré perdón por tratar de salvarnos a todos.

—¡Es Vladimir! —gruñe, levantándose con ayuda de su mujer, pues ella está allí a pesar de que es un maldito mentiroso. Britney también interfiere y se para entre los dos.

—Tu hermano, Vladimir Ivanov es tu hermano. Si tú lo decides, está bien, ¡lo que hace el Capo siempre está bien! Si somos los demás, entonces es una equivocación. ¿Qué debía hacer? ¿Ir al infierno a pedirte permiso? ¿O es que estás olvidando quién soy? No eres el único jefe aquí.

—¡Alabado sea el Pakhan! —se burla y yo rujo de coraje. No le aguantaré una mierda.

—Deberíamos calmarnos —interviene mi esposa.

—¡Basta! —exclama mi ángel, que se nota apagada, sin vida. Esto la está consumiendo—. Ninguno de nosotros puede señalar al otro en esta sala, todos nos hemos equivocado, caído y levantado. No somos más que ninguno.

—Es que es Vladimir de quien hablamos, el hombre a quien Roth torturó y que yo utilicé a mi favor. ¿Creen que se quedará tranquilo y aceptará este tonto acuerdo de niños? ¡Es el hermano del hombre que te abusó…!

—Cavalli, tú me has lastimado más de lo que alguna vez lo hizo Kain, así que no utilices esa arma solo porque no te gusta que se haya tomado una decisión sin ti.

Odio cuando ella se quiebra, no soporto que llore, que sufra… y me es imposible no darle refugio entre mis brazos. La agarro, abrazándola, y cuando sus sollozos la ahogan yo siento que mi propio corazón se agrieta.

—Por supuesto, siempre he sido el malo, ¿por qué iba a cambiar ahora?

—Don —suplica Britney, parándose frente a él. Ella lo quiere porque el infeliz se ganó su respeto—. Todo esto es mi culpa. Si existe alguien quien deba pagar, esa soy yo…

—¡No! —gruño en cuanto veo su intención de arrodillarse.

Y es allí, en ese punto, en donde puedo ver al verdadero Cavalli, cuando la sostiene del antebrazo con fuerza y le impide que haga lo que pretendía a pesar del dolor físico que le causa ese movimiento en su condición.

—Te enseñé muchas cosas y arrodillarte no fue una de ellas —sisea, levantándole el mentón—. Haces que el mundo se incline para ti, señora Nikova. No aspires a menos que eso.

Le limpia una solitaria lágrima y luego se sienta con un poco de dificultad, bajando la

cabeza. Las palabras de Emilie tienen que estarle doliendo, pero la acción de Britney es un quiebre máximo. Encontrarse tan vulnerable a la vista de todos está, sin duda, acabando con su mundo, pero él, sea cual sea su nombre, acaba de detener a mi esposa, acaba de darle un lugar y la ha hecho sentir que pertenece. Ante eso, yo siempre retrocederé y dejaré de lado mi propio orgullo.

Sé quién soy y que la oscuridad habita en mí. Sé quién es el hombre que tengo sentado al frente.

—Mi hermano por elección —declaro, sintiendo las palabras más fuertes y potentes que nunca.

Las manos de mi ángel me aprietan la camisa y parece que ella, más que nadie, necesitaba oír esas palabras. Él es mi hermano, el hombre que se forjó junto a mí, a quien aprendí a respetar, con quien luché durante demasiados años, el mismo que estaba dispuesto a perderlo todo por mi felicidad. Quizás, como dice mi esposa, un nombre, después de todo, no importa.

—El jet despega en tres horas, organicé a los hombres… ¡Wow! Qué tensión se siente en el ambiente —canturrea Raze, ajeno a la discusión que se ha desatado.

—Vamos a encargarnos de los niños —susurra mi esposa y se lo lleva.

—Sé quién eres —digo porque está matándome—. Eres el hombre que me curó, que me alimentó demasiadas veces como para contarlas, con quien me reí de cualquier estupidez… Sé quién eres y sé que ese hombre odia sentirse impotente, que no concibe la idea de pensar que está perdiendo a su familia. Asumo mis actos sobre la Trinidad. Fui egoísta y estaba pensando en lo que necesitaba; sin embargo, no significa que no crea en esto. Vlad es más que un simple soldado de la Bratva y odio ser quien te lo diga, pero creo que prefiero tenerlo de aliado que de enemigo. Tus hijos crecerán y yo aspiro a tener un par, al menos, y no quiero que ellos tengan que luchar en una estúpida guerra del más fuerte. Vladimir nunca ha sido nuestro enemigo, pero sí lo son personas como Dimak Trivianiv, que no respetan nuestra autoridad. Ellos son el enemigo.

—Escúchalo, Don. Por favor, mira la verdad —suplica nuestro ángel, alejándose de mí y caminando hacia su esposo—. Debemos mostrarnos unidos, que todos sepan que somos invencibles.

—¿Apoyándome en un bastón? —bufa con ironía.

—En tu familia, en mí, en tus hermanos —comenta—. ¡Déjame ser tu soporte! —implora, acunándole el rostro. Sintiendo que soy un intruso, salgo de la sala para darles libertad.

Preparo cada detalle que falta y pronto nos encontramos todos volando hacia Chicago, incluidos los niños. No quiero dejar a ninguno fuera de mi vista.

La seguridad se fusiona, los rusos trabajan en conjunto con los italianos y somos más poderosos que nadie. Es para esto que luchamos, así que ambos podemos decir que alcanzamos la meta final. Cumplimos nuestro compromiso, asistiendo al funeral de Dimitri Isakov. Manejamos la discreción tanto como es posible, pero ver a Nicklaus de parte de Vlad, junto a una chica de pelo negro, desequilibra a Dominic, que parece contrariado con la escena. No la conozco, pero Don no luce indiferente.

No me molesto en preguntar… un secreto más a la larga lista.

Al finalizar cuadramos una reunión, la primera de la Trinidad oficialmente. Me sorprende que sea Dominic quien lo pida.

En el hotel las mujeres comparten, disfrutan de la compañía de los niños y miran una película, despreocupadas. Me gusta verlas a ambas tranquilas y felices aunque sea por un simple momento.

—Sírveme uno de esos —gruñe Don, sentándose en una silla a mi lado, y mira hacia donde están ellos, sentados en el piso y soltando carcajadas frente a la pantalla.

—El alcohol y los medicamentos no se mezclan.

—¿Tú también? —Pone los ojos en blanco y se queja.

—Opino igual —silba Raze, tirándose al lado del italiano—. ¿Por qué no te sacas la cabeza del culo? Estás arruinando a los demás, hombre. Disfruta la vista, ¿creíste que volverías a ver eso? A tu mujer y tus hijos felices. Deja ya la amargura.

—Gran consejo, ahora aplícatelo a ti mismo.

—Lo hizo —interrumpe a Dominic—. Vino a Rusia, fue mi hermano y lo que Brit necesitaba. Ahora irá a Nueva York y recuperará a su roja. ¿Por qué estás de pésimo humor?

—Bueno… Déjame ver, ¡ah! Ya recordé. Mi esposa me odiaba, pero ahora me tiene lástima y por ello se quedará a mi lado. Mi cuerpo no me funciona porque tengo el pecho como un colador y necesito un maldito bastón para caminar. No puedo cargar a mis propios hijos, las personas toman toda clase de decisiones sin mí y bla, bla, bla.

—Estás vivo —susurro—. Y ellos lucen felices. Emilie no es el tipo de mujer que te tendría lástima y créeme que no la inspiras. Si lo hicieras, yo no tendría los deseos que tengo de molerte a golpes.

—Yo igual —secunda Raze—. Y francamente me importa una mierda si estás como un colador o sujetando un bastón. Si sigues con la cabeza metida en la tierra, en definitiva te golpearé.

—Lamento interrumpir, chicos, ¿puedo llevarme a mi esposo un segundo?

—Sí, él quiere que te lo lleves —bromea Raze. Brit le saca la lengua mientras me invita con su mano. Le saco el dedo a mi hermano menor cuando empieza a silbar y a decir que iremos a follar. Ella disimula su vergüenza, arrastrándome a la parte de nuestra *suite*. En cuanto las puertas se cierran me acuna el rostro.

—¿Estás bien?

—Yo debería preguntarte eso.

—No seas tonto, estabas nervioso. Quiero saber que mi esposo se encuentra bien.

—Lo estoy. —Le rodeo la cintura.

—Tenemos una conversación pendiente.

—¿Sí? —ronroneo, bajando la cabeza para besarla.

—Dimak Trivianiv, ¿qué está sucediendo?

Qué manera de cortar el rollo.

—Ya te lo dije, me estoy encargando.

—Quiero ser parte de ello, Roth.

—Y yo quiero la paz mundial, *dusha*.

Se queda observándome, pero es una batalla perdida. Ella no necesita eso en su vida y no se lo daré. Soy su hombre y me haré cargo de todo lo necesario para que Dimak pague. Mientras tanto, ella se puede divertir con Hayden, experimentar y fortalecerse, pero no debe estar luchando una batalla que es demasiado grande para su capacidad. ¿Mi esposa está de acuerdo? No, y claramente me lo deja saber. Duerme disgustada, pero antes deja caer mis palabras sobre unirse a la Bratva y ser parte. Es insistente, aunque no consigue lo que quiere. Por la mañana la dejo para reunirme con Vlad y Dominic.

La asociación es sencilla a pesar de que estamos reunidos tres mentirosos, cada uno con prioridades diferentes. Confío en que nuestro acuerdo funcione hasta que…

—Si Aldrik aparece, lo quiero —anuncia el ruso, jugando con un cuchillo en la mesa.

—Es parte de mis soldados, me gustaría ser yo quien lo castigara.

—Bien, no tengo tiempo para desperdiciarlo en esa rata —claudica—. ¿Cómo funcionará esto? ¿Vamos a tener reuniones de té o qué?

—No —contesta Don, tomando la palabra—. Somos aliados. Te necesito, me ayudas y viceversa. Todos somos libres y no nos atacamos entre nosotros. Si ninguno interfiere con el otro, la fiesta del té será feliz.

—Perfecto, solo quiero decir algo. Avery Kozlova está huyendo, es mi esposa y mi problema, pero sé que ella estuvo trabajando para ti, Cavalli. Si le das refugio lo sabré.

—Si ella llega a tocar mi territorio, confía en que la enviaré contigo. Es cierto que Avery cumplió mis órdenes, pero el motivo de unirla contigo...

—Déjame adivinar… No vas a decírmelo.

—Quería corregir parte de mis errores contigo, esa fue la primera razón. Ella tenía una fortuna que no quería y pensé que era bueno que la tuvieras. No soy un santo ni pretendo serlo. Entiendo el dilema que se ha presentado con toda esta situación, pero la chica no es mala.

—Asesinó a mi hermano —gruñe.

—Sinceramente lo dudo, ¿qué razón tendría? En todo caso, ¿por qué no me asesinó a mí? Tuvo demasiadas oportunidades y mi confianza, la cual no le doy a nadie solo porque sí.

—No seguiré esta charla, solo quiero asegurarme de que me darán su cabeza.

—Lo haremos —respondo por ambos.

Vladimir siempre ha sido un punto muerto. Si tiene una idea entre ceja y ceja, nadie la cambiará. Tiene que toparse con la pared para detenerse, por ello no me molesto en llevar la conversación más allá de unas pocas palabras.

Parece tener prisa por irse, al igual Nicklaus, quien se encuentra incómodo, algo que no pasa desapercibido ante los ojos de Don ni los míos. Cuando intenta retirarse su Capo lo retiene, pues ha decidido que regresará a Nueva York. Por mí está perfecto, pues tengo otros planes con mi esposa y nuestro futuro.

—¿Roma? —jadea Emilie.

—Sí, ¿podrías ayudarme?

—¡Claro que sí!

Con eso tachado de mi lista intento ponerme en contacto con Aldrik, pero sé que es una misión nula. Si tiene la oportunidad, lo hará conmigo. Seguro en este momento ya se ha infiltrado con Dimak o está cerca de él.

La despedida con Raze es nostálgica, pues en poco tiempo creamos una conexión, Ver cómo se preocupó, dejando de lado su dolor, fue increíble. Con Don es otro tema, pero al menos une nuestras frentes y me asegura lo que ya sé.

—Mi lealtad siempre está contigo.

—Y la mía contigo —aseguro. No importa cómo se llame, tampoco le diré que conozco su secreto. No quiero que se aleje porque es familia, la primera que realmente conocí. Ocultar ese detalle no cambia lo que juntos forjamos. Mi modo de pensar, aunque sea confuso, es claro.

Sus acciones del pasado no cambian lo que construimos.

—Estaré en Nueva York tratando de ganarme el corazón de esa rubia. No te pierdas.

—Y tú trata de no morir, ¿de acuerdo? Y esa rubia te ama, solo dile lo que ella necesita saber.

—Es complicado.

—No lo será si usas las palabras correctas.

—Perderán el vuelo si no dejan de besarse…

—¡Raze! —gritan las mujeres al unísono.

Finalmente nos despedimos y abordamos el jet directo a Roma, Italia. Al Coliseo, para ser más exacto. En todo el vuelo me sudan las manos y el corazón me late como un maldito desquiciado. Al aterrizar ella está feliz, observa todo con los ojos grandes y veo la nostalgia que siente por regresar a sus raíces. No se imagina la sorpresa que tengo para ella y los días que espero que pase aquí, acumulando nuevos recuerdos.

No quiero que vea a Italia como la cuna de su dolor, sino como el escenario de su nuevo futuro. Mientras está corriendo por la villa y sorprendiéndose por todo, reviso el mensaje que estaba esperando con suma urgencia.

«El pájaro está en la jaula».

Aldrik se ha infiltrado y estoy a un paso de arrancarle las plumas al pájaro. Por fin mi venganza está cerca y el placer de causarle daño a Dimak Trivianiv serpentea por todo mi cuerpo.

No sabe con quién inició esta guerra, pero yo sí sé quién la terminará.

Luego de una extrema tortura, le serviré a mi esposa el corazón del maldito en una bandeja de plata. Quizás el mundo no está listo para ver al Carnicero salir, pero yo sí.

Quiero sangre, dolor, masacre… y la voy a tener con el maldito inglés.

—Espero que esté pensando en mí mientras sonríe de esa forma, señor Nikov.

—Ven aquí, *dusha*. Empecemos a celebrar.

—¿Qué celebramos?

—A ti, esposa. Te celebro a ti.

Y la caída de mis enemigos.

51: PIANISTA

Britney

Nunca sentí a Italia como parte de mí, era la cuna oscura que me atormentaba, pero en cuanto Roth le da un nuevo significado, cambia totalmente mi mundo y me quedo en blanco, sin procesar lo que está frente a mis ojos.

—Míralo como si fuera una terapia.

—No lo es, ambos lo sabemos. Está Dimak, ¡está toda la mierda que tarde o temprano nos alcanzará!

—Me estoy encargando —afirma sin inmutarse. Respiro y le sonrío al mesero que llena mi copa de sidra sin alcohol. Mi esposo me observa, tranquilo y pacífico, acariciándose el mentón.

—Somos un equipo, no me dejes fuera… Por favor.

—No es lo que planeo, *dusha* —replica, dándome un ligero apretón en la mano—. Haz esto por mí, sube, toca ese piano para mí.

—Sabes que no te negaría nada, es injusto de tu parte.

Me ha traído a un restaurante privado, discreto, muy hermoso y romántico. Es la primera vez que hacemos algo que realmente se siente como una pareja normal, pero la trampa está en el piano de cola a mi espalda, en el centro del restaurante, donde todos los comensales podrán verme. Y mi esposo ha decidido que sería terapéutico tocar. Sé que quiere protegerme y que ocultar la información de Dimak es su forma de mantenerme alejada. Quizás tenga miedo de que pueda recaer o que me atrape nuevamente, aunque fingir que nada pasa tampoco nos ayudará.

—Tú cedes, yo cedo.

—¿Qué significa eso?

—Toca ese piano para mí y lo descubrirás.

Resoplo cuando veo esa sonrisa de lobo que me tiene dominada. No puedo negarme y termino cediendo porque lo amo y confío en que hará lo mejor para mí siempre. Me pongo de pie y, nerviosa, me aliso el vestido largo de color crema. Tiene pequeños brillos en cascada y un cinturón bajo mis pechos que los hace lucir voluptuosos.

—Haré el ridículo, espero que tengas en tus planes alguna dosis de sexo luego de esto porque voy a necesitarla —gimo y quiero retractarme, pero la intensidad de sus ojos me dice que cree en mí. Ve algo que yo no logro visualizar—. Me asusta, sé que no das un paso solo porque sí...

—Disfruta ese piano, nena.

Me giro, caminando entre las demás mesas y sintiendo esa mirada en mi espalda. Él me hace sentir poderosa. Es un amor de apego, lo sé, y no estoy segura de si Roth Nikov lo percibe, pero nos necesitamos tanto el uno al otro que no importa qué tan ridículo sea lo que me pida, lo cumpliré solo porque es una orden suya.

El corazón me palpita y la ansiedad aparece. Mi enemiga natural me rasga la piel y esos demonios que me atormentan quieren recordarme mi lugar, el cual no es este. Pero luego recuerdo a todos los hombres que me dan un poco de su poder.

Dominic Cavalli me dio fortaleza, me enseñó a defenderme y a soportar.

Raze Nikov me otorgó confianza en mí misma, no dejó de recordarme que los mejores

guerreros son aquellos que superan sus peores luchas y las terminan sonriendo.

Y Roth, mi esposo, mi compañero, quien será el padre de mis hijos, ha unificado las grietas que amenazaban con derrumbarme. Está bien ser débil, tener miedo… Lo que no está bien es dejarse dominar por ello.

Me siento en el banco, acariciando la tapa reluciente del piano antes de levantarla. Debería tocar algo que todos conozcan, que sea del agrado del público en general para así encajar con ellos, para que me amen por ser igual y no diferente. Es como siempre me dijeron que debería ser, una pieza del mismo color a las demás.

La sociedad te castiga si no estás en sintonía con sus ideales, si quieres ser un punto rojo brillante en lugar de uno negro más.

Cuando decido empezar a tocar, cierro los ojos y solo tengo de referente mi vida…

Las notas salen furiosas, son un grito de auxilio, una muestra del dolor que vivía en mi interior y no sabía cómo manifestar. Luego pasan a la confusión, elevándose hasta estrellarse con ese muro de ébano… Roth Nikov. Los tonos reviven ese día cuando él fue capaz de mirarme, cuando vio algo en mí que lo hizo salvarme a pesar de que era una muñeca rota.

Y entonces la música se vuelve pacífica, controlada, las notas son apasionadas en medio de un compás dulce. Las emociones que me genera mi esposo, el sentimiento que despierta en mí.

Abro los ojos porque sé hacia dónde voy, hacia el dolor de la pérdida, a esa noche, a mi bebé, a la falta de su cuerpo en mis brazos… Mi pequeño y dulce ángel.

Debo soltarlo, dejarlo ir… Y lo hago en la música, en la sanación, con los rostros de mi verdadera familia, aquella con la que no comparto sangre, aquella que me ha acogido y me ha amado.

Cuando termino lo hago con el corazón casi en la boca del estómago, con la respiración alterada y una bandada de aplausos sorpresivos que me sobresaltan. He olvidado a las personas, el restaurante, el mundo… Están de pie, aplaudiendo, pero solo puedo ver al hombre que camina hacia mí con el aura felina y oscura que desprende. Alguien más está a su lado: un hombre escuálido y de rasgos asiáticos.

—Gracias —murmuro, cohibida ante tantas personas. Hago una inclinación nerviosa y educada y luego casi corro fuera del escenario, hacia la mano que mi marido me ofrece—. Estoy temblando.

¡Y sonriendo! Él me abraza, mirándome con orgullo y demostrándome que para él soy la pieza extraordinaria que nadie más ha visto.

—¡Eso fue espectacular! —chilla el asiático con un acento bien marcado—. Eres una estrella, ¡el señor Nikov tenía razón!

—¿Sobre qué? —cuestiono sin perder la sonrisa—. ¿Qué me estoy perdiendo?

—Es mejor si nos sentamos.

—Sí, sí, tenemos mucho de qué hablar —dice, extasiado, el desconocido amigable que me agarra del codo con mucha familiaridad. Vamos los tres a la mesa y me encuentro mareada por tanta energía y por la cantidad de personas que me felicitan antes de llegar a nuestro pequeño rincón.

—*Dusha*, quiero presentarte a Shiro, es maestro. Ha estado con varios artistas reconocidos…

—Un placer, señor Shiro. Soy la señora Nikova.

El hombre me besa la mano.

—Eres un ángel. Con todo respeto, señor Nikov, se ha quedado corto en describirla. Es

magnífica, ¡qué talento! ¿Es una interpretación de tu autoría? Creí que estaba en una tormenta, no dejaba de sorprenderme. Eres un diamante… No sé qué decir, esta niña me ha dejado sin palabras ¡Ni Andrea Bocelli ha conseguido semejante cosa!

—¿Conoces a Andrea…? —jadeo, apretándole la mano a mi esposo. Me dará algo, ahora sí creo que estoy mareada.

—Sí, sí, anoche cenamos juntos. Es por él que aún sigo en Italia y, claro, por la insistencia del señor Nikov en que debía verte. Ahora entiendo por qué y lamento no haberte descubierto antes. ¡Las cosas que vamos a hacer juntos! El mundo debe conocerte.

—¿Qué? ¿De qué está hablando? —le pregunto a Roth.

—Es un cazatalentos.

—Dijiste que era un maestro.

—Un juego de palabras. —Le resta importancia el japonés, moviendo la mano con indiferencia—. Entonces, ¿cuándo empezamos? Mañana tengo que estar en Japón para una estúpida boda, pero desde la próxima semana soy todo tuyo.

No proceso lo que sucede, no es algo normal. Los hombres en la mafia no dejan que sus mujeres tengan una vida que no sea parir, cocinarles y verse bien ante la sociedad, pero los hombres que me rodean han demostrado que no son ese tipo de mafiosos. No tengo palabras. Esto significa tanto que me aterra.

—No estaría bien visto —susurro, acariciándole el rostro—. Sabes que en nuestro mundo… —Guardo silencio debido a nuestro invitado.

—El señor Shiro conoce nuestro mundo.

—Oh, sí. La sangre y eso, no te preocupes, ¡el rojo me queda divino!

—¿No me digas que lo tienes amenazado? —gimo.

—No —ríe y niega—. Shiro es pareja de un líder de la Yakuza.

Mi esposo no hace ni un solo movimiento si no lo ha calculado. Esa pareja no es una chica, los gestos de Shiro lo delatan. No es que me importe, pero puedo deducir que Roth está barajando algo más. Su mano en mi espalda lo confirma.

—La próxima semana suena increíble —le respondo al hombre, siguiendo cualquier plan que tenga mi marido. Como dije, confío en él de todas las formas posibles.

—¡La Yakuza! —exclamo cuando entramos a la limosina sin inmutarme de que Lev está allí. No sé de dónde carajos ha salido—. ¿Me usarás para entrar a esa mafia?

—No, nunca te haría tal cosa.

—¿Entonces?

Suspira y se sienta a mi lado.

—Lo hablaremos en la villa —declara y luego empieza a hablar con Lev en ruso. Solo capto retazos que no puedo comprender del todo: batalla, Londres, hombres. La adrenalina del restaurante va menguando. Necesito que aprenda a sincerarse conmigo, que hablemos, que me comparta las cosas que suceden y no me deje por fuera.

Llegamos a la casona y se marcha con Lev. Tomo una ducha y busco algo que ponerme, pero los nervios me dominan. La desesperación de no saber nada me carcome. No puedo solo quedarme en la habitación a esperar, así que bajo a la cocina para entretenerme. Encuentro un poco de fruta y decido hacerme un batido; sin embargo, termino rompiendo el botón de la máquina. *¿Puedo ser más tonta en la vida?*

Pienso en tirar todo el contenido, pero luego tengo una brillante idea. Mi esposo continúa encerrado con Lev, así que voy con la seguridad. El señor a quien molesto me mira, sorprendido.

—¿Unas pinzas? —cuestiona.

—Sí, pinzas. Sirven para cortar cables y eso.

—Seguro encuentro alguna.

—Estaré en la cocina, gracias.

Siento que he tenido la mejor idea en años, aunque es estúpida y tonta. Me siento útil por poder prepararme un batido sin tener que llamar al caballero oscuro para que me rescate. Las pinzas cumplen su objetivo y termino con un vaso grande de batido de fresas. Estoy disfrutándolo cuando entra mi animal, que ya no tiene el saco puesto y se ha abierto varios botones de la camisa.

—¿Ya terminaste tu reunión ultrasecreta de la cual tu esposa no debe enterarse? —me burlo. Se ubica frente a mí y me limpia el bigote de batido de los labios. Me pone nerviosa cuando se chupa el pulgar.

—Tengo a Dimak, sé dónde está —confiesa y dejo de respirar en cuanto mi cerebro procesa y asimila las palabras. Me quita el vaso y se bebe lo que queda.

—¿Lo tienes? ¿Por qué estamos aquí y no con él?

—Y ahí está mi respuesta del porqué no decírtelo antes. Vas a querer ir corriendo, sin pensar, sin ningún plan. En eso eres muy parecida a Don. Actúan sin más, pero yo soy calculador. Iré cuando se encuentre confiado. Vendrás conmigo porque no planeo dejarte de lado, pero se hará a mi modo y en mis términos.

—¿Cuándo? ¿Cómo? —Quiero saber, pero me calla con un dedo en los labios.

—Sobre la Yakuza… Necesito aliados, mientras más fuerte sea mi organización, más segura estarás —susurra, levantándome el rostro—. Hablé con Xioc, la pareja de Shiro, y por eso me enteré de quién era. De inmediato pensé en tu talento. Créeme, Shiro no aceptará ser tu maestro por mí, sino porque vio lo que todos vemos y que tú te niegas a reconocer. No te dará preferencias y cualquier logro debe ser tuyo. Te lo ganarás por ti, no por mí.

—No puedo pensar en piano y lecciones mientras Dimak esté libre y Hayden se encuentre en nuestro sótano. No puedo pensar en un futuro mientras ellos sigan respirando —pronuncio las palabras que tanto temía vocalizar. Son ciertas y necesarias. Ansío que paguen, que sufran y que desaparezcan antes de poder ser feliz.

52: MENTIRAS

Roth Nikov

—Paciencia —le pido, casi tocándole los labios. Siento su respiración rápida y sus pezones erectos solo por mi cercanía. Sonrío de lado y me alejo, dejando el vaso vacío sobre el mármol. Entonces veo unas pinzas y las agarro, extrañado.

—La paciencia no es lo mío.

—¿Y esto?

Se sonroja con la pregunta y mi mente sucia no puede evitar pensar que ese rosado se vería perfecto en otras áreas de su cuerpo.

—Dañé la batidora.

—¿Cómo se daña una batidora?

—Pues… dañándose —murmura, encogiéndose de hombros. Joder, ¿por qué mi mente está barajando miles de putos escenarios sexuales…? Estoy duro, no lo voy a negar. He estado duro desde que estaba tocando el piano y solo me imaginaba subirla allí y follármela como un jodido dios del sexo. Quería que todos escucharan sus gemidos y gritos, aquello que despierto en ella. Analizo la pinza y abro un cajón para guardarla, pero lo que veo allí no ayuda: espátulas largas de madera. Tomo una mientras en mi desordenada y lujuriosa mente una idea empieza a florecer.

—¡A la habitación! —le ordeno, llevándola de la mano sin darle tiempo a negarse, lo cual sé que no hará, pues ella confía en mí de todas las maneras posibles. Incluso cuando duda, deja que la guíe. Sube las escaleras demasiado lento, así que la agarro de la cintura y me la echo al hombro. Chilla de sorpresa. Subo de dos en dos hasta la habitación principal, donde la tiro en el centro de la cama. Quiere alejarse, pero soy más rápido y ella deja salir una risa juguetona, la cual muere cuando pongo su mano sobre la bragueta de mi pantalón.

—Oh… —jadea.

—Sácalo y chúpalo —le ordeno, tirando la pinza y espátula a un lado. Esos ojos multicolor se encienden con un fuego ardiente y abrasador. Antes de cumplir, me aprieta la polla por encima y se muerde el labio. Me quito la camisa y ella casi me rompe el pantalón para liberarme la verga. Se saborea antes de inclinarse y darme la primera lamida. Me retumba el pecho con un rugido que no libero ante ese primer contacto. Ella juega, mojándome con su saliva, hasta que se la lleva más hondo. Me sostengo de la barrera de la cama y empiezo a balancear la cadera, profundizando la mamada. Quiero más. Con Brit quiero todo, ansío devorar cada parte posible.

Tengo los pantalones en los tobillos, el bóxer a media nalga y la camisa en el piso. Le agarro la cabeza, poniéndola en el ángulo que quiero, y me pregunto qué tanto puedo avanzar antes de asustarla.

—Abre esa jodida boca, *dusha*.

Empujo y ella cierra más los labios, aumentando mi placer. Sigo entrando más profundo hasta que se le llenan los ojos de lágrimas, entonces retrocedo y ella respira una gran bocanada de aire. Pero no le doy tiempo de más porque vuelvo a penetrarle la boca más duro. Ella me roza con los dientes y hacen que se me endurezcan las bolas. Por mucho que me guste esa deliciosa boca, tengo cosas más sucias que hacerle.

—Ropa fuera —ordeno, retrocediendo.

Termino de desvestirme y ella también se desnuda en un dos por tres. Su desespero me

anima, pero la regaño con la mirada y la dejo en la cama mientras voy al clóset. De mi maleta saco dos corbatas y luego le quito el cinturón al pantalón que traía puesto. Se encuentra expectante cuando ve lo que llevo.

—¿Recuerdas qué debes decir si quieres que me detenga?

—Sí, señor —susurra.

—Ven aquí —mando y se sienta en el borde de la cama. Le ato los brazos en la espalda, a la altura de los codos, con un nudo fuerte y resistente. Sé que el placer llegará a un punto doloroso y va a querer soltarse.

La recuesto y veo que queda un poco incómoda por la posición de los brazos bajo su cuerpo.

Le sujeto uno de sus pies, poniéndomelo sobre el pecho, para chuparle el dedo grande. Ella se retuerce con algo simple. Le hago un nudo en el tobillo derecho y luego le subo el pie izquierdo para unirlos ambos con la tela. Tendrá marcas. Sé que dejaré mi huella en más de un sentido.

—¡Roth! —suplica al sentir cómo le llevo las piernas hacia su propio pecho y luego meto la tela detrás de su cabeza. Las piernas le quedan a cada lado del rostro, su culo a mi disposición y las tetas presionadas contra las rodillas. Es una vista exquisita, sobre todo al darme cuenta de los fluidos que se resbalan por sus labios. Tiene el coño limpio, rosado y brillante. Le acaricio el clítoris con mi pulgar y la magia sucede. Intenta curvarse y la tela se lo impide, pero yo consigo que levante su trasero al borde. El color empieza aparecer en su pecho porque la sangre se le está acumulando. Cuando sostengo la espátula, mi esposa empieza a entenderlo todo.

Me toco la polla. Tengo las venas hinchadas, quiero estallar y llenarla… Britney es una puta vista magnífica. Creí que había experimentado todo el sexo del mundo, que nada podría sorprenderme más, pero entonces llegó ella y me recordó que existen millones de cosas que quiero hacerle. Primero le golpeo el sexo, haciendo que se enrojezca al instante.

Abre la boca y deja escapar un grito silencioso, pero repito el golpe cuatro veces hasta que el líquido blanquecino empieza a dejar su entrada. El jodido hijo de puta codicioso que hay en mí no dejará que se desperdicie ni una sola gota de su néctar. Le lamo su centro, saboreando su dulzura en mi boca e introduzco la lengua en ella. Brit suplica mi nombre, más cuando rozo con mis dientes su clítoris. De repente agarro la pinza y atrapo la protuberancia con el metal, cerrándola para tantear su dolor.

—¡Señor! —grita y se dobla tanto que su trasero termina despegándose del colchón. Toco su punto de placer prisionero, el cual empieza a hincharse, y a la par froto la cabeza de mi polla entre sus labios, sobre aquella vulva que está pidiendo a gritos que la posea.

Dejo de torturarle el clítoris con los dedos, pero no retiro la pinza. Con la mano libre le golpeo el pecho con la espátula, alternando los azotes entre uno y otro. Ella no deja de suplicar, está muy sonrojada y se ha mordido el labio tan fuerte que un hilo de sangre se abre camino por su barbilla. Las piernas le empiezan a temblar con espasmos y es justo entonces cuando decido hundirme en su coño.

—¡Oh, mi maldito Dios! ¡¡Roth!!

La penetro una y otra vez sin dejar de ver cómo mi polla desaparece en su canal, empapándose de sus fluidos. Tiro de la pinza y llevo a mi esposa al extremo del dolor, manipulando todos sus sentidos, saturando su mente y sintiendo cómo se encuentra a nada de dejarse ir por segunda vez.

Me gusta atarla, sentirla débil e indefensa para mí, saber que tengo el control de su cuerpo por completo, que está en un punto vulnerable, pero que aun así confía enteramente en mí. Le quito

la pinza cuando tiene el clítoris rojo, hinchado por toda la sangre que se acumula bajo él. Salgo de ella para inclinarme y chuparla, para torturarla con mi boca. Grita y no deja de suplicar mi nombre mientras se viene prácticamente en mi boca. Me alejo y muevo la punta de los dedos de manera rápida sobre su coño hasta que se deja ir como quiero, mojándome el vientre, la polla y los dedos.

—Eso es, nena, así —la felicito y termina respirando fuera de control. Me inclino para desatarle la corbata y dejar libre su pie izquierdo, el cual me llevo al hombro para masajearlo. Le dejo la corbata atada solo en el otro pie, el cual queda cerca de mi cadera. Mi esposa se ve satisfecha y se le mueve el vientre por los jadeos que no paran de salir de su boca.

—¿La quieres…? —pregunto, moviendo la corona mojada de mi virilidad sobre su carne sensible y roja. Tengo semen goteando de la punta y las venas siguen hinchadas.

—Por favor, mi señor —suplica.

Giro su cuerpo de lado y entro en ella, cerrando los ojos y saboreando despacio mi camino a su interior. Me entrego a Brit, dejando al universo existir mientras no sea una amenaza para nosotros, para nuestro futuro. Tiempo después llego al clímax, llenándola de mi simiente, jadeando y soltando improperios. Caigo rendido a su lado y atraigo su cuerpo pequeño hacia mis brazos.

—Lo amo, señor Nikov. —Bosteza en medio de la oración y le beso la punta de la nariz antes de desatarle los codos.

—Yo te amo muchísimo más, *dusha*. Mucho.

Medio sonríe y se queda dormida en mis brazos. Está cansada del vuelo y toda la acción. Le aparto el pelo del rostro, acariciándole la mejilla.

Los días en Italia son buenos. Joder, más que eso. Se despierta temprano, visitamos los viñedos, tenemos más encuentros locos sobre uvas, en la playa, en el coche… Hacemos turismo interno en Roma, visitamos el Coliseo como una pareja más e incluso nos sentamos en una caseta para que ella se coma un helado y se refresque. No puede ver la seguridad que nos vigila en todo momento, pero se encuentran allí, en la sombras.

—Tengo fotos de ustedes, ¿quieres que salgan en las revistas o prefieres privacidad? —pregunta Don en una llamada corta mientras mi esposa acaricia al perro de una pareja.

—¿Qué tan malas son?

—Algunas son normales, pero hay dos comprometedoras. No es explícito, pero sí está claro lo que hacían dentro del agua —bufa y me lo imagino indignado.

—Da permiso para las normales y que salgan pasado mañana. Esta noche pienso viajar hacia Rusia —miento. No quiero involucrarlo con Londres y Dimak. Si actúo solo es mejor.

—¿Te das cuenta de que ahora soy tu asistente?

—Ya era hora —bromeo y cuelgo solo para enfadarlo.

—Quiero uno —chilla mi esposa, tirándose sobre mí. Se engancha de mi cuello y me rodea la cadera con sus piernas.

—¿Un qué?

—Un perrito, ¡mira qué lindo!

—De ninguna manera. Tienes un caballo.

—Pero quiero un perro.

—Y yo follarte, ¿viste? ¡Qué cruel e injusto es el mundo!

—Me comprarás uno, yo lo sé.

—Sigue soñando —replico y le golpeo el trasero en ese indecente *short* que trae. Un grupo

de señoras recatadas están chismeando acerca de nosotros y seguro dicen que soy el viejo degenerado que se folla a la adolescente caliente. La bajo, pero le sostengo la cabeza para besarla sin dejar de mirar al trío de arpías. Luego le estrujo deliciosamente las nalgas hasta que las viejas se cubren la boca, ofendidas. Aunque una de ellas no deja de mirar y su amiga le golpea el hombro con el bolso para que deje de presenciar el espectáculo. Chismosas.

◇◇

—¿Podemos hablar, jefe? —cuestiona Lev justo al llegar a la villa, parece nervioso. Britney se excusa para ir a preparar la cena porque no quiso comer en algún restaurante.

—¿Se ha puesto Aldrik en contacto? —Me alarmo y reviso el móvil, pero no tengo nada.

—No, es algo más delicado.

—Entonces empieza a hablar, ¿qué sucede?

—No fue intencional…

Estoy comenzando a perder la paciencia, pero me vibra el celular. Parece que invoqué a Aldrik porque es un mensaje suyo.

«Londres, C: 68, 24, 91S ARSENAL. Mañana es un día soleado».

—Es mañana —susurro y miro a Lev. Sabe lo que esto significa, así que olvida las palabrerías que balbuceaba y se pone recto, convirtiéndose en mi mano derecha, en mi posible sucesor, si algo llega a ocurrirme—. Tenemos que volar a Londres, ¡ya!

—Movilizaré a los hombres.

Voy caminando hacia mi esposa, quien está cantando en la cocina y picando unas verduras. Odio arruinar su noche, pero prometí que la haría parte de esto. Quisiera protegerla y mantenerla a un lado sin que deba enfrentarse a Dimak; sin embargo, es algo que ella necesita para sanarse. Y si le miento, solo lograré que me resienta.

—*I've been watching' you for some time, can't stop starin' at those ocean eyes, burning cities and napalm skies. Fifteen flares inside those ocean eyes, your ocean eyes*[9] —tararea, feliz —. No te quedes parado, grandote, ven a ayudarme y corta la pechuga en trozos, que seguro sabes usar un cuchillo.

Me trago las palabras y me ubico a su lado. Empuja una tabla y un cuchillo afilado hacia mí y agarro el pedazo de pechuga para cortarla. ¿Por qué no le digo?

Tal vez… Quizás cuando se duerma pueda irme. Ella no tiene que sufrir más… ¿Y si no lo atrapo? Sería darle falsas esperanzas. Otra vez la pondría a sufrir por nada o la expondría a que Dimak fuera capaz de dañarla.

—Haré fajitas, dime que te gustan.

—Cualquier cosa que hagas está bien.

—No usaré res, aún no me acostumbro del todo.

Cuando regresó empezó a comer pollo y pescado, pero la carne roja sigue fuera de su menú. Pone las verduras picadas en un recipiente y se lava las manos antes de agarrar su nuevo celular y tomarme una foto. Tiene muchas de esas, en la cama, en la playa, en el viñedo.

—Se la enviaré a Emilie con un texto que diga «he domesticado al animal» —se burla mientras escribe.

No dudo que lo esté haciendo. Cierro los ojos, negando.

Soy un estúpido. Lo voy a arruinar.

—Esta noche tengo una reunión de negocios —digo con el nudo en la garganta.

—Oh, seguro tengo algún vestido…

—No irás, debo hacerlo solo. Te quedarás aquí con Lev —continúo sin mirarla, solo cortando la carne en trozos casi iguales—. Listo, termina esto, nena. Quiero cenar contigo antes de irme.

—Claro —replica, frunciendo el ceño. Me lavo las manos y luego la abrazo para limpiar mi puta conciencia.

—Lamento dejarte sola esta noche.

—Pensé que dijiste que nada de negocios —susurra.

—Ha sido sorpresivo…

—De acuerdo —claudica, besándome el mentón—. Prepárate. Tendré todo listo para cuando termines.

Le beso la frente antes de alejarme…

Es por su bien.

53: FUEGO

Roth Nikov

Me atormenta, me duele actuar como un maldito niñato. Ella es mi mujer, joder. Se destrozó a sí misma para que no existieran mentiras entre ambos, ¿y es así es como le pagaré? ¿Siendo yo el maldito mentiroso? Quiero protegerla. Y ese será mi castigo, ¿no?

Salgo del baño, secándome el pelo, y ella está sobre la cama. Veo nuestras maletas abiertas y llenas de ropa de los dos.

—Tu teléfono está en el tocador. Podría abrirlo y obtener la información que quiero, pero elegí «la confianza» a ser una hija de puta, así que, Nikov, ¿por qué no me dices qué está sucediendo? —Se gira de brazos cruzados—. ¿Dónde quedó aquello de ser un equipo?

—Lo siento, pero…

—¡No quiero una disculpa! ¡Quiero la verdad! —gruñe.

Tiro la toalla a un lado y camino hacia el mueble, golpeando la madera con frustración.

—No lo entiendes, Britney.

—Le mentiste a Raze, ¿cómo salió eso? Sí, lo sé porque él me contó cómo se sentía al haber perdido todos esos años a tu lado porque lo dejaste odiarte para «protegerlo». Te alejaste un año completo de Dominic, de Emilie, de los niños… ¿para protegerlos? ¡Siempre decides por nosotros! —exclama, golpeándome la espalda. Quiero detenerla, pero es más rápida—. Si no me dices la verdad, me perderás. Me largaré porque no me voy a quedar para odiarte por mentirme, sintiendo decepción de ti por no ser honesto. Y no es justo, Nikov. No es justo que esté aquí, abriéndote mis heridas, y que tú pongas una venda y decidas curarlas por tu propia cuenta sin importarte lo que yo crea. Te amo. No obstante, ocultar cosas o mentirme me hará desconfiar de ti. Y si pierdo eso, sin importar cuánto te ame, simplemente me iré.

—No, no puedes…

—Sí, sí puedo y lo haré. No es una amenaza, es la realidad de cómo este intento de matrimonio fracasará porque el señor decide ser santo Roth.

Puedo ver que no son solo palabras, que se encuentra molesta conmigo a rabiar. Y la entiendo, carajo, lo hago. Yo estaría en el mismo nivel si las cosas fueran al revés.

—Dimak está en Londres, lo atacaré mañana —confieso, sintiendo vergüenza de la decisión que había tomado—. No quiero que salgas lastimada.

—Era preferible que me lastimaras tú, ¿no?

—Dusha…

—No te atrevas a tocarme, Nikov —amenaza, determinada—. Iremos juntos, es un problema de ambos y así lo enfrentaremos. Uno al lado del otro.

Podría retenerla, hacerla quedarse contra su voluntad, pero perdería algo que es más valioso que el amor que siente. Si echo a la mierda la sinceridad entre ambos, perderé a mi esposa, a mi compañera. Aunque no me guste, bajo la guardia y accedo. No pierde el tiempo en prepararse y manda al diablo la cena que me hacía con tanto entusiasmo. Al carajo la complicidad. Está furiosa conmigo y no será algo momentáneo. Me sorprende cuando le lanza órdenes a Lev. No es la tímida Brit que pregunta si puede, sino una soldado más que da indicaciones de cómo son las cosas.

—Hablarán en inglés o italiano. Odio que usen el ruso cuando ambos saben perfectamente que no logro comprender todo lo que dicen —nos espeta a los dos en medio del salón—. Y

perdóname, Lev, por incluirte, pero es mi lucha y quiero honestidad entre nosotros tres.

—Si el jefe lo quiere de ese modo, no tengo inconveniente alguno, señora Nikova.

—Entonces vamos a preguntarle al señor. ¿Qué opina, Su Majestad? —ironiza.

—Tiene carta blanca para dirigir y enterarse de todo —claudico. Lev mueve la cabeza y sale adelante. Mi esposa intenta lo mismo y la retengo—. No puedes desafiarme frente a mis hombres, Britney. Tienes derecho a sentirte ofendida, pero no me desafíes. Esta es una oportunidad de ser una soldado; sin embargo, recuerda que, dentro de todo, yo seguiré siendo el máximo jerarca, tu Pakhan. Que el coraje no nuble tu juicio.

Me sorprende su forma de dominar la frialdad, el cómo se transforma en una luchadora nata. Sabe inclinar la cabeza para mí, pero tiene esas ganas de batalla pintadas en el rostro. Es una mezcla fascinante de Don y Raze, como si ella fuera quien se adaptara a todos nosotros, tomando lo mejor de cada uno.

—Sí, señor —responde, aceptando mis palabras.

No encuentro ni un ápice de burla o juego, lo cual me deja anonadado. Se marcha y soy yo quien se detiene unos segundos para procesar la situación y tranquilizar mi mente. Observo una última vez el gran salón antes de seguir los pasos de mis hombres y mi mujer.

Llegamos a Londres en unas horas, de madrugada. En el vuelo Brit no se contuvo de preguntarle a Lev sobre el lugar y respecto a toda la información que Aldrik me envió en forma de coordenadas, todo disfrazado como una contraseña de un chat en línea para citas, en donde fue subiendo los datos que recolectaba cada día. Tiene tres propiedades, dos de ellas casas.

La tercera es un centro militar, que es en donde se dará la reunión. Nosotros nos ubicamos en una casa de seguridad que está equipada desde hace más de medio año, cuando creí que ella estaba aquí, en Londres. Tenemos vehículos todoterreno, armas automáticas y lo más sobresaliente y novedoso del mercado gracias a la distribución de Raze. Aunque en realidad lo mejor son los pájaros voladores.

—¿Seguro que sabes usarlos? —le pregunta Britney a Lev, que opera uno de los drones. Si vas a enfrentar al enemigo, usa partes de sus tácticas—. El truco está en que vigiles la pantalla, no el aparato. Esta es tu guía —le indica ella.

Va vestida de botas negras, pantalón ancho de camuflaje y una playera oscura con mangas cortas. Lleva el pelo recogido en un moño alto y en el cinturón tiene varias armas y un cuchillo. Sus codos aún tienen las marcas rojas de la corbata y sé que Brit recuerda nuestro encuentro. Me agacho junto a ella, verificando su tobillera, y saco mi arma para guardarla allí. Quiero que tenga toda la protección posible. Incluso si es una magnífica soldado, no deja de ser mi esposa. Me levanto y le toco la cintura.

—No tienes el chaleco antibalas, ¿por qué?

—Los demás no lo tienen, señor —responde.

—Póntelo, ¡ahora! —ordeno sin inmutarme por su rostro contraído. Puede gruñir todo lo que quiera, pero sin ese chaleco no sale de aquí.

—Aldrik cargó información nueva, Dimak llegará al centro militar en cuestión de minutos.

—Es hora de atacar.

—¿Y las demás propiedades?

—Quiero todo hecho polvo, que no tenga un lugar en donde esconderse.

—De acuerdo.

Tenemos tres equipos: A, B, y C. Los últimos dos atacarán las casas, mientras que el A irá por Dimak. Le instalo el comunicador de radio a mi esposa para que se mantenga enterada de los movimientos de todos los equipos y partimos hacia nuestro objetivo, dividiéndonos del resto de

mis hombres. En el camino me doy cuenta de que le tiembla la mano y cómo intenta controlarse. Frunzo el ceño. Es un indicio de ansiedad, así que se la agarro aunque me apuñale con sus ojos multicolor.

Lev va controlando al dron en el aire.

—Si este centro tiene la misma tecnología que en Rusia, cuando el dron traspase el espacio aéreo, tendrás menos de diez segundos para causar la primera explosión en la central antes de que los soldados sepan que estás sobre ellos —informa Britney. Es un dato que ninguno de nosotros podría saber porque nunca hemos estado dentro de una central de Dimak, pero ella sí —. Son jóvenes soldados, aunque crueles. Cuando ataquemos, ellos se lanzarán sobre nosotros.

—Entendido —responde mi segundo al mando y me observa por el espejo retrovisor. Está sopesando en silencio lo valiosa que es ella.

—Una milla de distancia —informan en la radio conectada a nuestros oídos.

Brit acaba de recibir la misma noticia. Antes de que haga algo, la sostengo del cuello y pego mis labios a los suyos con dureza, metiéndole la lengua y besándola sin oposición. Cuando me separo le acaricio con delicadeza el labio, esa pequeña zona que está herida por nuestra experiencia de anoche. Percibo que aprieta las piernas.

—Es hora de salir de caza —susurro—. Si lo haces bien, te compraré ese jodido perro.

—Ahora quiero un gato —replica, poniendo los ojos en blanco—. Quiero que sea de pelaje blanco y ojos parecidos a los míos; lo llamaré Infierno. Y vas a comprármelo, así olvidaré que casi me mientes.

—Vaya, estás muy segura de ti misma.

—Claro que lo estoy —declara, quitándole el seguro a las dos nueve milímetros. Mierda, se ve jodidamente caliente siendo la puta chica mala. Me arreglo la polla dura antes de hacer lo mismo con mi AK-47.

—Inicia el conteo —avisa Lev y sé que ya entró a la central.

—Destruyan primero, pregunten después.

Escucho la primera detonación, aunque no somos capaces de ver nada. Luego una segunda. La tercera es la que nos abre las puertas principales, permitiendo que ingresen las camionetas entre escombros y nubes de polvo que se alzan. Britney salta del vehículo en cuanto se detiene y yo hago lo mismo por mi lado. Los soldados no tardan en atacarnos a pesar de que no tienen armas encima. Sin embargo, eso no evita que empecemos a disparar, pues lucen como animales sedientos de un trozo de carne, rabiosos y antinaturales. El dron sigue en el aire, equipado con quince detonaciones de las cuales ya hemos usado tres. No me sorprende seguir escuchando cómo más partes vuelan por el aire.

He luchado cuerpo a cuerpo, he estado en intercambios de disparos y persecuciones sangrientas. Todos esos actos tenían un denominador común: mantener a Don vivo bajo cualquier circunstancia. Y no estoy lejos de eso ahora mismo porque mis ojos la ubican a ella en medio de los demás.

Mis hombres van a cuidarme a toda costa, así que por ello me dedico a abrirle el camino, aunque, joder, la mujer no lo necesita. Es pequeña y eso le da una ventaja sobre los demás. Es ágil y ataca a los soldados, disparándoles a los pies o partes donde no los mata, donde solo los inmoviliza. Algo se me viene encima, pero antes de que lleguemos al piso le revientan el cráneo con una bala. La sangre me cubre la mitad del rostro, un hombro y el brazo izquierdo. Mi objetivo está al frente, en el control central. Según las imágenes que Aldrik envió, allí llevaría a Dimak para cuando sucediera el ataque.

Muevo la mano, ordenando que vigilen a Britney mientras pelea con un soldado. Ella lo

lanza a un lado y una de las camionetas lo atropella. Mi mujer ni se percata porque pronto le dispara a otro que intenta derribarla.

Corro a lo que debería ser el edificio de control, pero la mitad está destruida y el fuego lo consume. Escucho un disparo antes de mover la puerta y ver cómo Aldrik cae al piso, sosteniéndose el vientre. El edificio va a colapsar, no aguantará estar en ruinas. Logro mover el hierro y entro para arrastrar el cuerpo de mi chico.

—Se está es-escapando-o —balbucea.

—No tiene a dónde ir —lo tranquilizo, abriéndole la playera. Maldita sea. Lo cargo para sacarlo de los escombros antes de que todo se derrumbe.

—Es-tá h-herido…

—Está bien —le digo, dejándolo de nuevo en el suelo.

Uno de mis hombres llega y le ordeno que lo custodie, quitándole el arma que trae. Quiero ir tras Dimak, pero alcanzo a ver a Britney con uno de los soldados sobre ella, intentando pelear; sin embargo, tiene la cara ensangrentada. Alzo el arma, pongo en la mira el objetivo y disparo, atravesándole el cuello y reventándole la carótida. Ella aparta el cuerpo, pataleando.

Se pone de pie y me observa a mí y luego al panorama. El fuego, los muertos en el piso, el olor del plomo en el ambiente y mis manos vacías. Dimak ha escapado nuevamente, ¡maldita sea!

Mi mujer trota hacia mí, se nota que está herida. Y no, joder, no puedo con esa maldita vista. No es lo que quiero para ella y se siento que he fallado otra maldita vez.

—Águilas B y C en posición, esperando instrucciones.

Siento que estoy en el centro del infierno, que el lugar gira mientras yo sigo de pie, sintiéndome inservible, porque no la controlé a ella, no la dejé en casa, la traje conmigo. Conozco mi mente y sabía que no iba a estar centrado, aunque es buena, es jodidamente buena. Pero no deja de ser mi esposa, alguien por quien voy a preocuparme siempre.

—¡¿Dónde está él?! —pregunta cuando llega a mí. Solo veo su rostro, la sangre, la herida. La toco—. Estoy bien, ¿dónde coño está él? —gruñe, apartándome el brazo.

—B y C, necesitamos indicaciones, señor.

—¿Qué son B y C? —jadea y se toca el dispositivo en la oreja.

—Las propiedades secundarias de Dimak —le responden por la radio. Creo que es Lev.

—Destrúyanlo todo —ordeno—. Hasta el más mínimo escombro.

Britney se paraliza mientras escucha mi voz helada y neutral. Es como ver al demonio sin máscara. No obstante, ella parece procesar algo en el último segundo.

—¡No! —les ordena a mis hombres—. ¡Alto al fuego! Repito, no ataquen.

—¡¿Te volviste loca?! —rujo, agarrándola del brazo—. ¡¡Destruyan esa mierda, AHORA!!

—¡¡NOO!! —grita ella sobre mi orden. Todos y cada uno de mis soldados, mis putos hombres, acaban de escuchar su desafío sobre mí—. ¿Y si ella está viva…? ¿Y si…?

No soportaré esto. Ivanov tenía la maldita razón. Ella seguirá estando presa de Dimak incluso si yo lo sepulto a 300 mil metros bajo tierra.

—Águilas B y C, fuego. ¡Ahora! —ordeno, quitándome el comunicador.

—¡Roth, por favor, no! —suplica, pero la suelto y emprendo mi retirada. No puedo ser su prisionero porque entonces esta maldita guerra nunca terminará. Oigo su grito desgarrador y supongo que ha escuchado la detonación; sin embargo, no puedo consolarla, no cuando ha hecho la única puta cosa que le pedí que no hiciera, no cuando me ha dejado en ridículo al desobedecerme. Y todo por una simple duda.

Dimak puede estar en su cabeza, pero no le permitiré entrar en la mía.

—Las casas han caído, ambas están destrozadas. Lo que sea que hubiera dentro ha quedado calcinado —garantiza Lev cuando llego a su lado, mostrándome la pantalla para que vea el caos. Así como Dimak me arrebató lo que me pertenecía, yo haré lo mismo. Él inició esta guerra con fuego y yo la terminaré de la misma manera.

—Peinen la zona, el maldito no puede estar lejos —gruño, subiéndome a una de las camionetas. La enciendo y espero a que ella se suba como copiloto. Cuando lo hace no la miro, solo acelero, dejando detrás mi primera batalla perdida.

54: TU ERROR

Britney

—¡¿Qué carajos fue eso, Nikov?! ¡Teníamos a Dimak!

No puedo creer que regresemos a la casa de seguridad con las manos vacías. No me ha dirigido la palabra en todo el camino, se ha mantenido neutral y distante, pero no puedo seguir callando esto… Arruinó nuestra oportunidad. Ahora Dimak está sobre aviso.

—¿No vas a dirigirme la palabra? —espeto con molestia cuando pretende subir las escaleras.

—Una cosa, ¡te pido una sola maldita cosa, Britney! ¡Y es lo primero que haces!

—No estabas razonando —gruño, enfrentándolo—. Las casas eran importantes…

—¡Está muerta! —grita y me paralizo.

—No puedes saberlo con certeza —replico. El dolor que viene con sus palabras es más de lo que puedo soportar. Entiendo que en medio de la desesperación por verlo actuar de esa manera he reaccionado mal y sé que desobedecerlo delante de todos es un error, pero también él se ha equivocado—. No sabías lo que podíamos encontrar, pistas, información. ¡Y ahora no tenemos eso!

—¡Estabas herida! ¡¿Qué querías que hiciera?! ¿Correr tras Dimak?

—¡Sí! ¡Es justo lo que debías hacer! Soy una soldado, ¡no importa si moría si al final lo tenías en tus manos!

Y entonces, cuando termino de decir las palabras, se le transforma el gesto y se ve enfermo. Parece herido, dolido.

—Cuando Dimak muera, porque eventualmente lo hará, ¿qué harás con tu vida? ¿Qué será de nosotros? Responde, ¿ves un futuro luego de Dimak?

—¿Se lo preguntas a la chica a la que hace semanas tu hermano tenía que limpiarle su propia mierda del cuerpo porque no era capaz de hacerlo ella misma? ¿O se lo preguntas a la que Dimak jodió por un año? No tengo un futuro, Roth. No puedo planear lo que pretendes para mí mientras Dimak continúe siendo una amenaza. Pero no fui yo quien falló hoy. Es lo que todos esperan, que sea quien dé el paso en falso; sin embargo, esta vez has sido tú. No estabas concentrado. —Intento pasarlo y subir para dejar esta impotencia de lado, pero me agarra del brazo y me enfrenta con sus ojos negros.

—Estaba protegiendo a mi esposa.

—No fue tu esposa quien salió a tu lado, sino una soldado más. Sé cuidarme, pelear, no necesito que estés protegiéndome. Necesito que enfrentes a ese hijo de puta, que seas quien eres. ¿En dónde quedó la leyenda del gran Carnicero? ¿Su frialdad? ¿Su temple al tomar decisiones?

Raze me preparó para este momento. Fue muy específico al decirme que llegaría un punto en el que Roth estaría cegado y dejaría salir a ese animal posesivo y obsesionado con mantener a su mujer cautiva y segura. Necesita mirar más allá de mí.

—Debes volver a tus orígenes, ser cruel, impenetrable. ¿Sabes por qué Trivianiv escapa? Porque se lo permites. Estás demasiado ocupado reparándome, ¡como si eso fuera posible! ¡Estoy rota, Nikov! ¡Supéralo! ¡Enfréntalo! Nadie podrá repararme. Esto fue lo que te advertí, que no perdieras el tiempo en tu muñeca de porcelana agrietada.

Alguien se aclara la garganta, incómodo. Lev está en la entrada del recibidor sin saber qué hacer mientras mi marido no deja de mirarme, pero al menos me libera el antebrazo antes de dar

un paso a un costado.

—Encárgate de la señora Nikova —ordena, alejándose.

Tiene los hombros rectos y su voz es tan helada que me produce escalofríos.

—Aldrik está preguntando por ti, quiere hablarte —informa Lev y mi esposo no parece estar prestándole atención.

El coraje y la impotencia son una mezcla demasiado peligrosa. Lev se queda parado en su lugar, un poco desubicado, hasta que ve mi rostro. Sé que tengo una herida, pero no es el fin del mundo, es solo un rasguño. Nada más. He vivido acostumbrada a los golpes y al maltrato, ¿cree que esto es causa suficiente para hacerme caer?

—Vamos a curarte —ofrece Lev, nervioso.

—No será necesario, sé cuidarme sola.

¡Estoy rota, Nikov! ¡Supéralo! ¡Enfréntalo! Nadie podrá repararme. Esto fue lo que te advertí, que no perdieras el tiempo en tu muñeca de porcelana agrietada.

Las horas pasan y los errores recaen en mi espalda. No encuentro una salida, mis hombres no dan con Dimak y todo parece una misión fallida. Me frustra, me llena de amargura saber que estaba tan cerca y se escurrió de entre mis manos. Me encierro para analizar la vista aérea del lugar, pues no puede estar lejos de la base militar; sin embargo, no a mi enemigo como lo conoce mi esposa. Y quizás tiene razón, perdí mi norte. Mantuve mi enfoque en ella, en verla delicada y frágil, incluso cuando demostró tener un temple fuerte, aguerrido.

—Aldrik insiste en hablar contigo —anuncia mi mano derecha.

—Envíalo a Rusia.

—Deberías…

—¿También vas a desobedecerme? —lo interrumpo, mirándolo.

—No, señor —replica, bajando la cabeza—. Sabes que no haría tal cosa.

—Prepara el jet, mi esposa se irá a Rusia junto con Aldrik. Envíame los mejores ocho soldados y divídelos entre los Kryshas y Byki —demando, tomando el vaso de whisky—. Y te quiero a mi lado, no como mi consejero, sino de ejecutor.

Eso lo hace comprender qué tan fuerte es mi determinación. Los Kryshas y los Bykis son sicarios y militares despiadados dentro de mi organización.

—Como tu consejero te diré que Aldrik es uno de los mejores que me pides. Está herido, pero no de muerte. Además, me tomaré el atrevimiento de hacerte ver lo que has pasado por alto. Aldrik conoce a Dimak. —No se amilana cuando gruño. No le pedí que me aconseje, acabo de dejarlo claro, ¿acaso nadie me escucha?—. Estás olvidando que Britney Ginore lo conoce mejor que nadie, que entrenó con él y que en un tiempo estuvo con él por voluntad propia. Ella es tu mejor arma, deja de apartarla.

—No metas a mi esposa en esto.

—No hablo de tu esposa, sino de la soldado que vi —contrataca, acercándose—. Ella se movió en la línea de fuego, te cubrió sin perder enfoque y, si pudiera contar los cuerpos, diría que inmovilizó a más hombres que el resto. Me pediste a los mejores. Bueno, llénate de orgullo porque la señora Nikova demostró ser uno de ellos.

—¡No me hagas reír, Lev! —me burlo—. ¿Me estás diciendo que una chiquilla es más letal que uno de los hombres nacidos y criados en la mafia? Esos hombres mataron desde los cinco, han vivido entre la sangre y la mierda desde que respiraron, ¡ella no!

—La diferencia es que Britney sí tiene una razón personal para querer atrapar a Dimak. Los demás lo hacen por diversión, por costumbre o simplemente para decir que estuvieron en una guerra con su Pakhan. Ella, en cambio, lo hace para que su verdugo caiga.

—No seguiré escuchando idioteces. —Golpeo la mesa, cegado, frustrado. ¡No arriesgaré a mi esposa para que la hieran o la maten en una guerra que me corresponde librar a mí!

—Me elegiste como tu consejero porque sabías que llegaría el momento en el que deberías escuchar una segunda voz, una que no fuera solo la tuya. Confías en que examinaré todos los ángulos siendo objetivo y queda en ti analizar mis palabras. He cumplido mi deber al comunicarte mi opinión, ahora piénsalo y elige sabiamente.

—¿No escuchaste que no te quiero de consejero? Haz lo que te he dicho, ¡punto!

Lo seleccioné porque sabía que no guardaría silencio, porque si llegaba a necesitar

orientación, Lev me la daría. ¡Pero está siendo tonto al creer que ella puede luchar! La vi, observé cómo la hirieron. ¿Qué tanto más debe aguantar?

Tratar de solucionar esto con la cabeza fría es lo mejor, pues no llegaré a nada si sigo molesto. Entonces dejo de lado todo para bañarme y así quitarme el olor a pólvora, sangre y fracaso de encima. Desde la habitación soy capaz de ver a mi esposa en el patio de la casa. Tiene un arma con silenciador y está disparándole a unas latas mal ordenadas. Creí que era terrible disparando, pero la batalla de hoy y el ver cinco de seis latas en el piso me demuestran lo contrario. Ella vuelve a buscarlas y arma nuevamente su línea de tiro…

¿Cómo hago para verla como una soldado y no como la chica frágil que conocí en Italia?

Me quito la ropa y entro a la ducha. Al menos el agua logra calmar mis músculos engarrotados. Me cambio por ropa informal. Lev tiene razón, necesito que esto sea personal para mis hombres. Ellos harán lo que yo decida, pero hasta ahora ese es su único motivo, necesitan algo que les avive la llama de la venganza.

Regreso al despacho más controlado y me siento a ver los papeles delante de mí hasta que, casi una hora más tarde, Lev entra acompañado de siete hombres. Reconozco sus rostros, son buenos, cada uno forjado en las costumbres sangrientas de la Bratva.

No menciono que falta un hombre más porque mi consejero espera que sea yo quien enmiende ese error, pero antes tengo que hablar sin que ella esté presente.

—Mi esposa estuvo en cautiverio, todos ustedes lo saben —digo, empujando la imagen de Dimak—. Sin embargo, existe algo que, por respeto a mi mujer, no ha sido dicho. Cuando se la llevaron… ella no estaba sola, también tenía a mi heredero en su vientre. —Los hombres se enderezan en cuanto las palabras salen de mi boca—. Y nació en ese mismo cautiverio. Esa criatura era el futuro de la Bratva, mi descendencia. ¿Qué tan importante puede ser un hijo? O, mejor, ¿qué estarían dispuestos a hacer ustedes por su siguiente generación?

—¡Todo! —responden de manera colectiva.

—No espero menos de quienes están presentes. Quiero que lo den todo. Que, si mueren en esta misión, sus familias queden orgullosas porque sabrán que hicieron todo por la siguiente generación de la Bratva. Que veneren sus nombres porque llenaron de honor el nombre de la organización, porque no nos marcharemos de Londres hasta que no tenga a Dimak Trivianiv en mis manos. Quiero que, sin importar qué suceda, capturen a esa escoria. Lo quiero vivo. —Sonrío de lado al imaginármelo—. Tengo mucha diversión para el maldito.

—¡Sí! ¡Queremos la sangre del maldito!

—¡Vamos a reventarlo!

—¡Con los hijos de la Bratva nadie puede!

—¡Lo atraparemos! ¡Nadie ensucia a nuestro Pakhan!

—Es lo que quería escuchar —exclamo, levantando la mano y acallando los gritos de júbilo—. Descansen unas horas porque por la noche los drones saldrán a detectar áreas de calor sobre toda la base militar. Nuestro enemigo está allí. Es un maestro de la paciencia y se ocultará hasta que crea que dejamos la base militar. Cuando se sienta seguro, saldrá. Retírense y prepárense.

—¡¡Sí, señor!!

Todos se van y dejan atrás a Lev. Son hombres de apariencia ruda, fuertes y sin una pizca de sentimentalismo. No tienen nada que perder y mucho que ganar, mi mano derecha ha hecho bien eligiéndolos. No esperaba menos.

—Pido permiso, mi Pakhan, para presentar a mi último candidato.

—Candidata, ¿quieres decir?

—Señor…

—Hazla pasar, Lev, y déjanos solos. Lo hiciste bien —lo halago. Ponerme en mi lugar no es algo a lo que nadie esté acostumbrado. Parece respirar cuando sale y le da paso a mi esposa, quien también luce nerviosa. Está jugando con las manos, pero cuando se da cuenta, se yergue como si fuera una soldado. La herida en su rostro se ve mejor. Ahora, con el rostro limpio, noto una marca superficial sobre su ceja y un moretón. Camino hasta su espalda y aspiro su aroma, tiene el pelo medio húmedo y suelto.

—No quise desobedecerte… La adrenalina del momento me confundió, me nubló el juicio.

—Hmm… —Chasqueo la lengua y ella tensa los hombros—. No lo vuelvas a hacer —le advierto, quitándome el cinturón. El sonido del metal la deja a la expectativa e intranquila. Le muevo el pelo a un lado y bajo la nariz por su cuello—. Lo único que quiero hacer ahora es azotarte el culo y dejártelo rojo, de tal manera que no puedas sentarte sin recordar tu error. Pero contigo esos no son castigos, sino gratificaciones que ahora no mereces, ¿estás de acuerdo?

—Sí, señor. No lo merezco.

—Buena chica —sentencio y pienso en lo que sí puedo hacer, pero que deberá esperar. Tiro el cinturón madera y ella da un respingo ante el sonido. Estoy dirigiendo su cuerpo y su mente hacia el sexo que no tendrá, la frustración será parte de su reprimenda—. Ahora siéntate para explicarte lo que tengo de Dimak.

Se mueve y aprieta las piernas antes de sentarse. Hago lo propio, mostrándole la información que Aldrik recolectó. Tengo el mapa en la mesa con los puntos de las casas y la base militar fijados. Ella lo hojea rápido porque es información que ya tenía antes.

—¿Qué es esto?

—Los puntos de Dimak. Es un triángulo, pero no tiene sentido…

—Para mí lo tiene —susurra con una emoción que no entiendo—. ¿Estas son las dos casas derribadas?

—Sí, pero no se encontró nada.

—No lo harían, son señuelos, blancos falsos.

—¿De qué hablas? ¿Cómo lo sabes?

—En Rusia aprendí que centra su objetivo —dice, entrando en un frenesí mientras se pone de pie y agarra el plumón con el que marqué cada lugar. Entonces traza las líneas, formando el triángulo, y luego, desde cada punta, la lleva al centro—. Marca su posición central, así puede huir en estas tres direcciones desde la protección si lo descubren. La base militar era su trabajo, pero las otras casas solo son de seguridad. La correcta está en este punto. Lo sé porque hizo eso en Rusia.

—¿Estás diciendo que Dimak está en ese punto del mapa? —pregunto. Se ve tan decidida y feliz de ser de ayuda que no tengo la mínima duda de que es consciente de cuánto significa esto.

De repente se escucha un alboroto fuera de la puerta. Se abre y Britney y yo nos ponemos en alerta, esperando ver el infierno, pero es Aldrik el que entra. Tiene sangre seca y reciente manchándole el vientre y el pantalón, luce pálido y da la sensación de que se enfrentó a alguien antes de entrar.

—¡¿Qué carajos, Aldrik?! —rujo y mi esposa lo agarra antes de que se caiga contra el piso. Lev entra tras él y la ayuda.

—No deja de insistir con que necesita hablar…

—Tienes que escucharme —suplica.

—Habla, entonces —gruño, pero él observa a Britney.

Y sé que las palabras que van a salir de su boca no son nada buenas.

—¡Sal! —le ordeno a ella.

Brit no va a discutir conmigo y arruinar la oportunidad de estar a mi lado para atrapar a Dimak, así que asiente, incluso cuando sé que desea quedarse. Me quedo con los dos hombres.

—Acabo de escuchar a los soldados hablar… Cuando estuve con Dimak, vi a una mujer en el jardín.

—Al grano, Aldrik. Sin putos rodeos.

—Ella tenía a una niña… —Las palabras hacen eco en mi cabeza, zumban mientras intento darles un contexto—. No lo mencioné en mis reportes porque no parecía relevante porque no mencionaste a ninguna bebé, ¡no sabía! Pero Dimak se veía receloso de esa criatura.

—¿Esa niña estaba en algunas de las casas que mencionaste?

El averno se ha congelado al igual que mi interior. No quiero escuchar la respuesta a mi pregunta, porque, si existe la mínima posibilidad… Asesiné a mi propia sangre.

55: MI SOLDADO

Britney

Me basta con una mirada para reconocer un desencadenante de mi esposo, esos actos que son peligrosos y dañinos. No es normal que se alarme por ninguna circunstancia, mucho menos que se quede observándome fijamente mientras se llevan a Aldrik a rastras. Mi esposo se va a la cocina, en donde hay tres mujeres preparando comida. La casa está llena de soldados y personal que se movilizan.

No sé cómo dirigirme a él porque se nota demasiado agobiado. Pide que le sirvan agua y se la acaba de un tirón. Empiezo a preocuparme realmente cuando veo que sus ojos están inyectados de sangre. Solo he visto esa mirada una sola vez… y me aterra.

—Roth…

—Si supieras que vas a morir tratando de alcanzar la felicidad que tanto ves en otros, la cual envidias con desesperación, ¿valdría la pena?

Su pregunta es un golpe duro, pero tengo la respuesta sin pensarla.

—Si muriera a tu lado, sumaría cada segundo. Lo disfrutaría.

Me acorrala contra el mesón y me besa con una intensidad arrolladora. Me es difícil llevarle el ritmo, parece sufrir y solo puedo abrazarlo mientras su boca se mueve con furia sobre la mía. El beso es salvaje, desgarrador. A duras penas consigo una bocanada de aire cuando se aleja, pero le acuno el rostro porque tiene sus hermosos ojos negros cerrados.

—Nunca tuve nada a lo cual llamar mío —confiesa, desgarrándome el corazón—. Por eso trato de protegerte, eres lo único… mío.

—Y aquí estoy, soy tu alma. Así será. —Asiente.

—Si la oscuridad me absorbe, seré yo quien necesite nuevos recuerdos.

—¿Qué está sucediendo…?

—Estamos listos, señor —anuncia Lev.

Roth retrocede, atrapando en el aire la prenda que su consejero lanza. Es un chaleco, el cual se encarga de ponerme sobre la playera gris de mangas largas. No habla y yo trato de controlar las ganas de preguntar. No me gusta el aura negra que desprende por toda la habitación, pues me da la impresión de que con cada segundo se alejara más y más.

Aprieta la última correa y me guarda dos armas en el cinturón de armamento.

—Tengo sensores de calor en los drones que recorren el terreno hasta la ubicación señalada. Llegaremos primero. El lugar está resguardado, así que lo tomaremos en nuestro poder, ¿mi soldado está lista para eso?

—Sí, señor —sentencio, alzando el mentón.

—Estoy orgulloso de ti —dice. Y es lo que me faltaba, ese empuje de su parte lo es todo. Sus hermanos lo descubrieron antes, pero que mi esposo logre verlo es todo lo que necesitaba para acabar con el mundo si es necesario—. Me pediste al Carnicero, así que no temas cuando lo deje salir. Él también está perdido por su *dusha*.

—Ya quiero conocerlo. —Le sonrío de lado.

Lev me dio información acerca de un ataque de diez personas y, cuando salgo, veo que todo ha cambiado a raíz de la declaración de Aldrik. Deduzco que le otorgó información más detallada del anillo de seguridad de esta propiedad, pues, conociendo a Dimak, tendrá a decenas de soldados asesinos resguardando su lugar seguro. Si Aldrik logró llegar a esta locación, debió

de haberse ganado la confianza absoluta de Trivianiv. Cuando salgo junto a mi esposo, los hombres me están mirando, lo cual es extraño. Esta mañana nadie me notaba, pero ahora todos lo hacen. Lev es el primero en arrodillarse frente a mí y jadeo por la impresión. No conozco las tradiciones rusas, pero una mujer nacida y criada en Italia no está acostumbrada a ver que unos hombres se postran ante ella. Todos ellos lo hacen, caen de rodillas y agachan la cabeza, uno a uno, como un camino de naipes perfectos. Creo que debo hacer lo mismo cuando mi esposo me sostiene la mano.

Su gesto es duro y macizo, un bloque recio de hielo.

—Da zdravstvuyet pakhan i nasha boginya-voitel'nitsa!![10] —gritan al unísono.

Verlos hacerse un corte en la mano y dejar caer sangre en el piso es hermoso, pues parece un pacto sagrado, un tipo de iniciación. Roth también lo hace, pero su sangre cae en mi mano, en la que hace también un pequeño corte. Cuando nuestras esencias se mezclan, siento algo fascinante danzando en mi pecho. Encajo, soy aceptada, hago parte de algo.

—Mujer, creada de una parte mía, eres invaluablemente perfecta, el molde que da vida y gloria a nuestro pueblo. Nacida del polvo, criada en la sangre y edificada en la gloria —recita Roth, son palabras hermosas llenas de un significado digno—. La Bratva te recibe, desde hoy eres sangre de nuestra sangre, guerrera de nuestras batallas, hermana de cada hijo en la Bratva y protectora de nuestro linaje. ¿Prometes honrar, servir y obedecer a tu máximo jerarca, al igual que respetar nuestras leyes y seguir nuestros pasos?

—Sí, mi Pakhan.

—Arrodíllate —ordena. Nunca me sentí más poderosa que hoy, cuando dejo mis rodillas en el suelo y alzo la mirada hacia aquel hombre imponente, altanero y oscuro.

—Entras en sangre, sales en sangre.

Alza el puño en donde se mezclaron nuestras sangres y la vierto sobre mi boca. El líquido carmesí me moja y no puedo evitar abrir los labios para probarlas, cosa que claramente lo llena de satisfacción, pues se le oscurecen más los ojos.

—¡Viva la Bratva! —exclaman todos los hombres, disparando al aire y haciendo algarabía.

Roth me ayuda a levantarme y me uno al coro antes de que ellos vengan hacia mí, abrazándome, felicitándome y dándome la bienvenida. La celebración es corta porque el jefe quiere sangre, y no la que ha sido derramada aquí entre solemnidad y honor, sino la del hombre que nos lo ha quitado todo. Subimos a las camionetas y nos encaminamos hacia el objetivo.

Roth conduce uno de los vehículos conmigo a su lado. Está pasando la línea de velocidad muy rápido, pero siento la adrenalina de saber que estoy a un paso de tener a Dimak y que él le volará la cabeza antes de que pueda escapar nuevamente.

—Los pájaros están en el aire, sigilosos y trabajando —dice Lev sentado en la parte trasera.

—Nada de fuego —ordena el Pakhan—. No usaremos las armas hasta el último momento, nada de tiros dentro de la propiedad.

—Entendido, señor.

—¿Por qué nada de tiros?

No responde a mi pregunta, pero sí busca mi mano y me la sostiene unos segundos.

Las camionetas apagan las luces cuando estamos cerca de la propiedad. Lev obtiene un barrido aéreo de la seguridad y determinamos que el resto del camino se hará por tierra. Me agarro el pelo en alto y me preparo para ser lo más silenciosa posible. Abandonamos los vehículos y trotamos entre la maleza con la poca luz que aún queda de los rayos del atardecer. Es

una matanza en silencio. Los soldados avanzan y parecen más salvajes que nunca, clavando cuchillos en las gargantas, rebanando la piel con pasión, entregados con más determinación que nunca a esta causa. Yo neutralizo al primero, enterrándole el cuchillo en el cuello por la espalda. Mientras avanzo no siento la mirada de Roth sobre mí, pero sé está creando arte mientras ataca, mata y sigue su camino. Me da la sensación de que encontró la osadía que buscaba. Su misión está en el interior de esas paredes, así que limpio su camino y le lanzo mi cuchillo al soldado que sale de la derecha y que levantaba su arma.

Cuando logra entrar… un soldado grita.

—¡El Pakhan está dentro! ¡Armas!

Inmediatamente cumplo su orden.

Roth Nikov

A veces vas por la vida con un camino marcado y no quieres detenerte y perder el tiempo, sino avanzar y alcanzar esa meta. Es así como lo percibo mientras trepamos el muro y caemos en la propiedad. Solo veo esa puerta y estallan en mí las ganas de entrar por ella, de adueñarme de lo que me pertenece, aquello que espero encontrar en su interior. No soy un hombre dado a tener esperanza, pues creo que debes trabajar para construir el futuro que deseas. La esperanza es solo una ilusión que se inventó cierto cristiano iracundo para aferrarse a algo.

Yo no me aferro a la esperanza, sino que la creo, y cuando logro poner un pie en el piso de baldosas negras, saco a mi consentida de la espalda y abro fuego al primer imbécil que intenta dispararme. Escucho las descargas de balas en el patio, la casa se encuentra rodeada, pero nadie ingresará a estas paredes armado. Nadie joderá la oportunidad que tengo de recuperar lo que me pertenece. No pierdo el tiempo y solo disparo a la cabeza. El sensor de calor no va a detectar a mi hija y todas las figuras son iguales, así que tampoco Lev puede distinguir a la mujer. Todo lo que observa son manchas rojas en el radar.

Pateo las puertas, abriéndolas de par en par y revisando rápidamente el interior con el arma en alto. Todas están vacías, pero entonces llego a una en la que un soldado rabioso se lanza sobre mí; sin embargo, su cráneo termina decorando el techo y los restos de sus sesos me caen sobre la cara y la ropa. Escupo antes de derribar la siguiente puerta y quedarme petrificado.

Una cuna es la protagonista. Se me aprieta el pecho, el corazón se me acelera y empiezo a escuchar un pitido sordo en los oídos. Bajo el arma para el equipo médico, la ropa de bebé sucia sobre la mecedora blanca y las gavetas abiertas, como si alguien hubiera empacado lo esencial con prisa. Hay cremas, pañales y un cepillo blanco que agarro, manchándolo de sangre. Al girarlo veo que le han tallado una K. Lo dejo de lado y tomo piezas de ropa diminuta, la cual me llevo a la nariz para aspirar un aroma fresco.

—¿Movimiento de escape? —pregunto, presionando el botón de la radio. Por favor, di que sí, di que sí.

—No, señor.

No, nadie intenta huir. Voy a encontrarla.

Hay algo que le enseñé a Damon Cavalli: a siempre tener una segunda opción, a no quedarse esperando que las fichas se alinearan en su juego para hacerlo perfecto, sino a crearlo desde cero. Necesito a las autoridades de Londres sirviéndome, utilizarlas a mi favor y cerrar las vías de escape. ¿Cómo haces eso? Haciendo llover el caos.

—Autoriza el fuego contra el Museo Británico y el Tower Bridge —ordeno.

El ardor empieza a extenderse por mi interior mientras mis sentimientos se cierran. Soy malo, siempre lo he sido y no me importa quién o quiénes deban morir para obtener lo que quiero.

Y quiero a mi hija. La voy a recuperar incluso si Inglaterra entra en pánico al creer que está siendo atacada por terroristas. Dos monumentos emblemáticos caerán y, con ello, Londres quedará cerrada. No habrá aviones, trenes ni barcos hasta que la amenaza terrorista sea contenida. Y todos quedaremos atrapados en la cuidad del infierno.

No conozco a esa criatura, pero cuando creí que quizás había sido el causante de que muriera en las llamas de un ataque provocado por mí, deseé que la tierra se abriese y me engullera hasta las misma profundidades del abismo que sé que me recibirán algún día, pues necesitan vanagloriarse por haber atrapado finalmente al demonio de mayor jerarquía en el

averno.

Lo único que tengo de santo es el momento en el que los moribundos me suplican que pare mi tortura. Soy la maldad y tragedia caminando en el mundo, algo que mi enemigo está a punto de descubrir.

La siento… Cuando Brit está a mi espalda, percibo su presencia. Es algo mecánico, una conexión invisible. No puedo mirarla y tampoco sostenerla cuando cae porque no puedes unir lo que se ha roto. Y ella, la mujer que llora en el piso, solo tiene una forma de volver a unir sus fragmentos: trayendo de vuelta aquello que le arrebataron.

—¡Mi bebé! —grita, tapándose la boca. Su llanto es doloroso, es el de una madre que no tuvo la oportunidad de ver a su hija—. Mi pequeña.

Me muevo y la rodeo con mis brazos. Le digo que estoy allí, con ella, pero sin palabras porque no puedo hablar. Si lo hago, quizás le prometa algo que no puedo cumplir. No puedo verla llorar y aguantar más dolor. Debo prepararme parar recibir al causante de todo este mal. Regreso al primer nivel y arrastro una silla plateada con símbolos grabados en los brazos hasta el patio principal. Entonces me siento en el trono del rey, viendo a mis hombres apilar los cadáveres.

—Movimiento en el ala sur —susurra Lev, como si el enemigo pudiera escucharlo.

—¡Abran las puertas! —gruño. Mi momento ha llegado. Escucho el conteo de Lev, siento la presencia de mi esposa y giro el rostro para ver que le quita el seguro al arma. Tiene la ropita de la bebé amarrada a su cintura y las lágrimas le bañan las mejillas, pero tiene el cuerpo recto y la mirada altanera, esperando el momento que se avecina.

Sonrío y me enderezo en mi trono, pasándome la lengua por los labios, antes de ver la sombra cansada que entra corriendo, que se frena de golpe y se queda congelada en su lugar.

—Bienvenido al infierno, Trivianiv.

Las ratas siempre intentarán huir, así que planea correr, pero es entonces cuando mi soldado levanta su arma y dispara. La bala le impacta en un pie y ella vuelve a dispararle en el otro, haciendo que la rata caiga, llorando y agarrándose la pierna. Mis hombres lo rodean y le apuntan. No me muevo cuando la mujer camina hacia su carnada y se inclina, levantándole la cabeza por el pelo.

—Britney… —jadea la rata.

—Creaste a un monstruo, *darling*.

56: SENCILLAMENTE YO

Britney

La satisfacción de ver a mi enemigo caer, aunque no alivia el dolor de saber que mi hija está viva y en los brazos de alguien más, que la aleja de mí y de su padre, sí me llena porque disfruto de verlo retorciéndose por el dolor. La adrenalina o la conmoción me hacen arrastrar el cuerpo de Dimak Trivianiv hasta los pies del Pakhan, levantándole la cabeza para que se dé cuenta de cuán pequeño es. Para que sepa que sin ese poder, dinero y soldados no es nada.

Construyó el poder sobre una base de dinero, no sobre honor y, mucho menos, lealtad. Poso mi arma en su cráneo. Tengo tantas ganas de ensuciarme de su sangre que siento la lujuria recorriéndome la piel, es una sensación similar al deseo.

Los demonios de mi cabeza danzan de alegría porque quieren alimentar su oscuridad con nuestro verdugo.

—No puedes matarme —se burla, riéndose en la cara de Nikov. La inclinación de mi esposo, su rostro sin emoción y aquellos ojos brillantes me inspiran temor incluso a mí—. No la encontrarás, no dejaré que sean felices. Siempre seré la sombra entre ambos…

—¿Esa es tu carta? —musita Roth, impasible—. ¿Crees que me vas a detener por una criatura?

Las palabras escuecen, pero aguardo, pues veo la confusión en Dimak. Está empezando a temer, a creer que no tiene ninguna ventaja. Sus ojos se mueven, erráticos.

—No nos importa —sentencio, sintiendo que me arde la garganta—. Sabemos que montaste un teatro para nosotros, ¡esto…! —grito y le tiro la ropa de bebé a sus pies, por donde se desangra—. ¡Es un maldito teatro!

—¡Está viva! —espeta, desesperado. Mi sonrisa no se hace esperar, pero Dimak no puede verla. Es justo lo que necesitaba, la prueba de que vive. Con eso me basta.

—No te creo nada, ¿qué dicen ustedes, chicos? —exclama Roth, burlándose. Los hombres niegan entre risas. Retrocedo cuando el Pakhan se pone de pie y saca una daga de su espalda. Tiene sangre fresca manchándole el mango en forma de serpiente y su filo es curvo, como olas, en ambos lados.

—¡Aldrik! ¡Ese puto traidor seguro la vio!

—¿Mientras te follaba? —replico. Trivianiv intenta atraparme, pero Roth lo agarra, levantando su cuerpo inservible y enfrentándolo cara a cara. Mueve la punta de la daga por el cuello de la basura.

—La tocas y ni siquiera sabrás cómo te llegó la muerte —amenaza—. Aldrik murió. No tienes nada, todo está perdido para ti.

Es aterradora la forma en que incluso a mí me hace dudar de mi cordura, pues no titubea ni muestra un gramo de indecisión. Dimak grita cuando el filo empieza a cortarle la cara, es una media luna en la mitad del rostro. Intenta frenar a Roth, pero mi esposo es más fuerte. Lev se para a mi lado y me entrega una especie de anillos conectados con puntas filosas.

—¿Qué tanto te gusta golpear? —cuestiona. Oh, joder.

—Mucho.

A mis pies cae el cuerpo del hombre que se retuerce y chilla de dolor. Tiene las manos

empapadas de sangre.

—Diviértete, nena —dice mi esposo—. Asegúrate de dejarlo respirando, no puede morir tan fácilmente.

—No se lo permitiré.

Me pongo los anillos en la mano derecha. No veo cuando Roth retrocede, pero escucho a mis hermanos gritar: «sangre, sangre». Dimak se sostiene de mi pantalón e intenta decir algo, pero no lo permito. Lanzo el primer golpe y su grito me eleva, es adrenalina líquida.

Su dolor es la peor droga que he consumido, una a la cual parece que me volveré adicta. Esta es mi venganza. Las imágenes de sus abusos, sus golpes y sus violaciones aparecen ante mí, aunque el detonante es mi pequeña bebé, los meses apartada de mí sin saber qué ha estado haciendo con ella.

—No tuvo un nombre, no le di uno.

Porque el hijo de perra me arrebató la posibilidad.

—Se llam-ma, Katharina.

—¡¿Le diste el nombre de tu madre?!

Antes de que pueda emitir una palabra, estoy sobre él, golpeándole el rostro una y otra vez, gritando de coraje. Entonces logra empujarme, haciendo que ruede. Los hombres se mueven, pero mi esposo ordena que nadie entre. Nos tienen rodeados en un círculo perfecto, un círculo de lealtad que Trivianiv nunca llegará a conocer. Me levanto y Dimak intenta lo mismo, pero acaba de rodillas.

—¡Párate! ¡Dame guerra! Haz que valga la maldita pena, ¡bastardo!

—Mírate —jadea, escupiendo sangre—. Eres mi mejor creación, *darling*.

—¡Oh, qué equivocado estás, imbécil! —replico.

Quiero enterrarle el metal en la tráquea, hacer que la sangre caliente se escurra por mis dedos… Don, Roth y Raze lo vieron. No tengo ningún pensamiento moral ni prejuicios de lo correcto, así que tampoco me volveré loca si acabo con la vida de Dimak. Soy como ellos, mis demonios son mayores y buscan saciarse con el sufrimiento y la sangre de mis enemigos.

Tiene el rostro deforme, lleno de sangre. Los pedazos de carne destrozada revelan huecos y un ojo desgarrado. No debo seguir… Si continúo, lo mataré.

En cambio levanto la pierna y doy un giro, conectando mi bota militar con su quijada. Escucho el crujir de los huesos y veo la sangre que le sale de la boca mientras cae hacia atrás, doblado de rodillas. No del todo satisfecha, le piso el lado bueno del rostro, presionándolo en la tierra. Cierra las manos sobre mi tobillo y yo centro toda mi fuerza en mi pie.

—Eres una cucaracha, Dimak. No te adjudiques quién soy, puesto que no me formaste tú. Me diste la determinación, pero no las armas. ¿Sabes qué es lo divertido de ser quien soy? Tengo un don especial, sé aguardar y tomar lo mejor de los demás. ¿Quieres saber qué aprendí de ti? Doblegas para sentirte superior porque odias saber que no tienes nada. Y también te autoflagelas por tus gustos… pecaminosos. —Noto su terror cuando intenta liberarse de mí—. Aprendí que usas los miedos de tu enemigo a favor, ¿ves lo mismo que yo?

Dos soldados están enterrando un poste en la tierra, el cual tiene otro trozo de madera arriba, formando una cruz. He escuchado que mi marido tiene una fascinación especial por crucificar a sus enemigos y ahora lo confirmo. Lev tiene unas cadenas y Roth, que se encuentra sentado en su trono, observa todo en tanto juega con un látigo que no sé de dónde carajos sacó.

—El dolor es m-mi alia-ado —tartamudea.

—Pero la vergüenza no —sentencio, retirando mi pie. Me alejo hasta quedar a la izquierda de mi esposo, desde donde veo que los soldados le quitan la ropa al malnacido en medio de sus

súplicas. Lev le enrolla las cadenas en el cuello y los brazos para que lo suban al tronco y lo inmovilicen. Es la viva imagen de Cristo en la cruz, solo le hace falta su corona de espinas. Roth es la perfecta representación de la serenidad, sentado, dominando el mundo, haciendo que los demás seamos sus fichas, aquellas que cumplen su voluntad y respetan su trono.

Cuando se levanta quiero ser yo quien se arrodille, quien lo adore y lo glorifique. Se quita la playera y sus músculos se mueven con el acto. Si no conociera su cuerpo, juraría que ha crecido en solo minutos, pero es su postura. Siempre ha sido altanero, elegante… Este es el Carnicero, un hombre cruel, siniestro, implacable y dominante.

Se acerca a nuestro enemigo, que está de espaldas, y blande el látigo en el aire. Las cuerdas se le clavan en la espalda a Dimak y el primer golpe es suficientemente profundo como para abrirle la piel. Mi esposo no se detiene. Los soldados enloquecen y el inglés llora, suplica, ruega.

Porque el dolor no es nada en comparación con sentir vergüenza por la excitación que le producen los golpes. Su cuerpo le recuerda lo que más odia, que es un esclavo de sus deseos.

Cuando algunos de los soldados empiezan a tocarle el miembro me alejo y entro a la casa. Ellos se darán un festín con el castigo.

Me quito los anillos, los dejo en la escalera y subo a esa habitación blanca. Tengo las manos sucias y, aunque sea ridículo, no quiero manchar nada de ella. Me las lavo y observo mi reflejo en el espejo, las gotas de sangre, la herida en la frente, mis ojos rojos.

Sonrío. Joder, la hija de puta que soy sonríe de satisfacción y orgullo.

Ella está viva… Y Dimak se encuentra retenido.

Veo el futuro, lo visualizo. No será fácil, pero podemos lograrlo. Existe una mínima oportunidad de tenerla de regreso y no la dejaré ir.

Vuelvo a su habitación, tocando la madera de su cuna, inhalando el aroma de bebé en el ambiente. El equipo médico me extraña, pero tal vez se debió a que fue prematura. Me siento en la mecedora y me pregunto si quien la cuidaba hizo bien su trabajo. De repente llega el miedo de que la hayan herido… ¿Y si él la culpaba? ¿Si la lastimaba?

Permanezco en el lugar mientras pasa el tiempo. La algarabía de los soldados se calma y las horas pronostican casi el amanecer. Es entonces cuando mi esposo viene en mi búsqueda. Se queda bajo el umbral de la puerta, posiblemente imaginando lo mismo que yo hace unas horas. A ella en este lugar. ¿Grita? ¿Le gusta que la bañen? ¿Usa el chupón? ¿Prefiere dormir con la luz encendida?

Por mucho que quiera quedarme sentada sin hacer nada, sé que tenemos un largo camino aún. Me levanto de la mecedora y me detengo frente a mi esposo. Le acaricio el rostro y mi animal, que está herido, inclina la cabeza hacia mi toque.

—Está viva —musito bajo—. Y la encontraremos.

Me agarra la mano y me besa la palma.

—En unas horas vendrá un experto para buscar huellas, quizás nos revelen la identidad de la persona que la tenga —informa y me observa con sus ojos negros—. La tortura psicológica es mayor que la física. Ese maldito no puede creer que estamos seguros de que ella sigue con vida, pues, si lo descubre, usará eso en nuestra contra.

—¿Sigue vivo? —jadeo. Creí que lo asesinaría.

—Apenas —confiesa—. Seguirá con vida mucho tiempo porque planeo una diversión perpetua.

—Sabiendo eso creo que puedo dormir unas horas.

—Nos quedaremos en esta casa, Londres está confinada en estos momentos. No podemos

dejar Inglaterra.

Asiento. No conozco la casa, pero me siento segura al saber que mi esposo está aquí y que mis hermanos de la Bratva nos van a cuidar.

Salgo al pasillo y Roth cierra la puerta para que busquemos otra habitación. Desde que entro empiezo a desnudarme y él me lleva contra la pared de la chimenea.

—Encontré algo —susurra con ansias, mostrándome el diamante en su mano. Es mi anillo de compromiso, el cual tiene una piedra azul idéntica a la que cuelga de mi cuello—. Si no te sientes lista…

—Soy tu esposa, nos pertenecemos, Nikov.

Sonríe y me pone de nuevo el anillo, devolviéndolo al lugar que nunca debió dejar. Me emociona que el nudo en mi garganta esta vez no se deba al dolor, sino a la alegría. A una débil oportunidad en el futuro de alcanzar la felicidad plena.

—¡Me gusta verte torturar! —ruge, moviendo sus manos por mi espalda desnuda. Me río por el cambio tan abrupto hacia la lujuria. Su agarre es fuerte cuando me presiona el trasero, me inclina la cabeza y me muerde el hombro. Cierro los ojos, sintiendo que se me empapa el coño —. Deje esas risillas, señora Nikova.

—Creo que conquisté al Carnicero —me mofo y él me sube las manos por encima de la cabeza antes de besarme. Mi boca se convierte en la casa donde él expulsa el fuego que está consumiéndolo. Mis pechos se presionan contra él hasta que me gira.

La puerta está abierta y no me importa, menos si estoy sintiendo cómo su mano se abre paso dentro del pantalón. Cuando me arranca el cinturón y sus dedos abren mis pliegues, dejo caer la cabeza en su rostro. Mi esposo me gira de nuevo hasta que puede tomar mi boca. Es violento y feroz. Me agarra el pelo mientras me castiga con su lengua. Me gusta sentir este poder y saboreo esa mirada de lujuria cuando abre los ojos.

Le rodeo el cuello con las manos y me da vergüenza lo mojada que estoy. Tengo las mejillas ardiendo por el calor que se extiende por mi cuerpo.

Entonces mi animal se aleja unos centímetros y me carga para llevarme a la cama. Me sienta casi en el borde y me abre las piernas, golpeándome el coño con la palma abierta.

—Señor, ¡sí! —chillo al recibir tres golpes más.

Cierro los ojos un segundo cuando baja hacia mi sexo y juega con la lengua en el montículo. Mi esposo me sostiene por la cintura, haciéndome rebotar sobre él. El placer es único, indescriptible. Los nudos de todo mi cuerpo se tensan porque lucho en contra de dejarme ir al orgasmo.

Empiezo a gemir y maldecir, pidiendo mucho más entre respiraciones erráticas.

El placer, el orgasmo, la cumbre, esa culminación de todo, están allí, latiendo. Siento que voy a enloquecer en el preciso instante en que mi esposo me levanta y se hunde tan fuerte en mi interior que el sonido de nuestros cuerpos se vuelve un eco. Lo siento muy profundo.

—Brit… —balbucea—. No puedes olvidar que me perteneces, que nadie podrá tener tu alma.

—Soy tuya, eres mi hombre.

—La amo, señora Nikova, completamente. —Son las palabras que necesito escuchar antes de buscar sus labios y abrir más las piernas para acomodarlo entre ellas—. Tienes grietas y esas son las que te hacen perfecta. Estás a salvo, *dusha*. Ya nadie puede lastimarte.

El sol me calienta la piel desnuda en la cama y muevo la mano, buscando el cuerpo de mi esposo. Su lado está vacío, solo hay sábanas arrugadas. Me siento y dejo salir un quejido cuando

siento el ardor en mi parte íntima. Sin querer, termino cerrando los ojos y rememorando las horas pasadas. Parece que el tiempo se detuvo y obtuve un premio prohibido, pero me levanto porque la realidad es otra.

Debemos encontrar a nuestra hija y hacerle pagar al maldito lo que nos hizo. Desnuda, me paro en el ventanal, observando a Dimak atado al tronco, sin ropa, cubierto de sangre seca. No logro verle el rostro, pero seguro está deforme.

Recojo mi playera y mi pantalón del piso y me los pongo sucios porque no tenemos ropa en este lugar y ni loca usaré algo de Dimak. Voy al baño y me lavo la cara, viendo los moretones en mi cuello. Anoche mi esposo estaba empeñado en reclamarme como suya. Debería cubrirlos, pero termino haciéndome una cola antes de bajar a buscarlo. Lo veo en el comedor con varios hombres.

—Buenos días —susurro, sentándome a su lado.

—Agente Warren, ella es mi esposa.

—¿La madre de la pequeña? —cuestiona el desconocido con un acento inglés muy marcado. Es rubio, tiene una barba en forma de candado y ojos verdes. Es otra roca de músculos, pues su traje negro de servicio da la impresión de estar a punto de romperse. Lleva el pelo corto al estilo militar.

—Sí, esa soy yo.

—Un placer, señora Nikova. Hice la recolección de pruebas y envié los datos. Espero tener una respuesta lo más pronto posible.

—Es un policía —digo, sorprendida.

—Comandante, sí.

—Warren sabe quiénes somos y no le importa mientras la Bratva deje de derrumbar monumentos emblemáticos por toda Inglaterra. Cooperará con nosotros.

—No preguntaré lo que eso significa.

—Digamos que Dimak Trivianiv usó los drones de su propio ejército, se volvió loco y voló en pedazos varios lugares, así que ahora lo buscan como un terrorista —explica Lev.

—Pero está en el patio… —Me callo, dándome cuenta de lo ridícula que me veo. Por supuesto, esto fue cosa de ellos. Así Dimak Trivianiv ha perdido todo, su puesto en el Gobierno, la reputación… todo. Mientras la verdad cae sobre mis hombros, empiezo a sentirme libre. Esta pesadilla está finalizando.

Me aferro a la mano de mi esposo sin que me importe quién nos ve, pues él me prometió que sería libre y lo está cumpliendo.

Sin embargo, las cosas no son así de fáciles, pues cinco horas más tarde el agente nos da la terrible noticia de que encontraron el cadáver de la mujer que tenía a mi hija, a quien reconocieron por las huellas localizadas en la habitación. Fue una enfermera que se reportó como desaparecida desde sus vacaciones en Noruega.

La noticia hace retroceder y Roth se queda mudo. Sé que está maquinando algo, buscando una salida, pero a mí la impotencia me gana y salgo de la casa, caminando hacia el maldito. Le echo un cubo de agua para que se despierte.

—¡¿Qué hiciste con ella?! —gruño y uno de los soldados me agarra.

—Déjala libre —le ordena mi marido. Me voy contra Dimak, quien ríe y se burla de mi desesperación.

—Soy tu única salvación, *darling*.

—¡Maldito hijo de puta!

Arremeto contra él, dándole puños hasta que mi esposo me agarra y me separa de la bestia.

Estoy cegada en el dolor cuando me ordena alejarme. Cumplo, mordiéndome la cara interna de mi mejilla, y luego me largo. Si me quedo, sé que terminaré desafiándolo delante de los demás y no es algo que quiera. Todo es culpa del dolor que cargo por saber que no la podré tener conmigo, que posiblemente la perdí para siempre.

No lloro, las lágrimas se quedan jodidas en mis ojos y no brotan. Estoy perdiendo la razón dentro del coraje, aun más cuando nos tenemos que ir a Rusia. Entiendo las palabras de Roth, pues es lo mejor… es nuestro territorio y desde allá podemos controlar una búsqueda más fuerte. Me siento en el pasto, frente al maldito, y trato de descifrar la manera de romper a alguien que no tiene nada. Es en vano.

—Sácame de aquí, huye conmigo y la tendrás —propone, tosiendo. Su rostro es un mapa de carne expuesta e incluso veo espuma y pus en donde se le empieza a formar una infección—. Te dejaré tenerla, *darling*. Seamos libres.

Intento alejarme, pero persiste.

—Amas a Katharina, la amas más que a nadie. Yo lo sé.

Aprieto las manos con fuerza, dejando que se deslice la primera lágrima que no puede ver.

—No sabes nada…

—Oh, *darling*. Te conozco, no podrás vivir sabiendo que esa niña puede sufrir. Soy tu única salida, siempre será así.

Viajar a Rusia es inminente y terminamos todos en un avión de carga. Los ojos de Roth siempre están sobre mí porque he decidido apartarme. Aterrizamos y pronto nos escoltan a la casa. Durante el trayecto mantengo el foco en el paisaje, en mis pensamientos y rememoro mi vida de mierda.

No, no quiero que mi hija tenga una vida igual a la mía… y mi esposo no puede prometer que la traerá de vuelta. Se llevan a la rata al calabozo y me quedo con un humor negro. Ni siquiera pretendo ver a Hayden, quien ahora se encuentra muy cerca del maldito. Me encierro en mi habitación y la primera noche le doy la espalda a mi esposo, incluso cuando él intenta darme unas palabras de ánimo.

Ambos sabemos la verdad, en nuestra mente reina la certeza de que no tenemos ninguna solución.

Al amanecer sé lo que tengo que hacer, así que, sin decirle a Roth, pues sé que de todas maneras se enterará, hago las llamadas necesarias y espero a que pase otro día con tranquilidad, con la mente fría.

Cuando llega el momento bajo al calabozo y me detengo frente a la puerta de Hayden, pero no entro.

—Vayan a comer —les ordeno a los guardianes que custodian las puertas. Se miran entre ellos, pero respetan a la mujer de su Pakhan. Agarro la llave y abro la celda de Dimak.

Está en un rincón, hecho un ovillo en el piso y parece que recibió más tortura en los últimos dos días, pues tiene más cortes en el cuerpo, además de la pierna morada.

—Sabía que vendrías —gime, sentándose con dificultad—. Oh, estás brillando hoy.

Lo dice por mi pelo suelto lacio y el vestido amarillo que me llega a las rodillas.

—Tú, en cambio, estás hecho una mierda.

—Si estás aquí es porque has tomado una decisión. Me conoces, sabes que no diré nada, que moriré sabiendo en dónde está la pequeña.

—Lo sé —susurro con frialdad. Y duele, me desgarra. No tengo una oportunidad. Perdí a mi hija.

—¿Cómo lograrás sacarme de aquí? —pregunta, arrastrándose por el suelo, y me alejo.

Solo le lanzo las llaves—. Es una buena decisión, *darling*. Seremos felices, estás haciendo lo correcto por tu hija.

—Te voy a liberar, estoy lista —digo, abriendo la puerta, y Dimak se endereza al ver a los hombres que ingresan—. Sé que perdí a mi hija y que eres un maldito que no me dejará tenerla. Jamás la abrazaré, no escucharé su llanto o su risa, jamás tendré una imagen de cómo es físicamente, pero ¿sabes qué va a reemplazar eso? Saber que el Capo de la mafia siciliana, el Demoledor de los *Skull Brothers*, el Pakhan de Chicago y el Carnicero de la Bratva se divirtieron contigo. Cerraré los ojos cuando toque el piano, imaginando cómo sufriste en manos de ellos y seré feliz, pues, aunque perdí a mi hija, tu muerte será jodidamente memorable. Y lo mejor será que no dejaste nada en este mundo. Nadie llorará por ti.

Salgo del calabozo y dejo a los cuatro hombres juntos. Camino con la espalda recta, alzando la cabeza y cerrando el corazón. Quizás no la encuentre, puede que nunca tenga nada de ella, pero me quedaré con la satisfacción de saber que mi verdugo sufrió hasta su último aliento. Alzo la tapa del piano y empiezo a tocar.

Me haré famosa, brillaré y triunfaré hasta que mi hija sea capaz de escucharme tocar. Quizás no sepa que soy su madre, pero tocaré hasta que en cualquier parte del mundo sepan quién es Britney Nikova. No como la mujer de Roth, sino sencillamente como yo misma.

57: LA DONCELLA

Roth Nikov

—¡No quiero que hagas todo! Solo lo imposible, es una niña.

—Ya hice lo imposible viniendo hasta Rusia.

—¡No me basta!

—No me gustan los gritos, señor Nikov.

—Ni a mí los ineptos.

Lev interviene, pasándome un vaso de vodka. Lo necesito para entrar en calor y no asesinar al hombre delante de mí. No es su culpa, está usando todos los recursos disponibles, pero aun así no es suficiente, no cuando no tiene una respuesta o propuesta para traer a mi hija.

—Sus acciones en Londres dejaron daños; sin embargo, estoy luchando con ello y buscando a la niña. Las pruebas de ADN nos darán una ventaja, la ciudad está acordonada…

—Seguiré los ataques —aviso y mueve la cabeza, comprendiendo que no voy a detenerme hasta encontrar a mi hija. No puedo sentarme a hacer una vida feliz y a reemplazarla. Mi esposa tampoco lo hará.

—Y eso me dará más trabajo.

—No, eso sacará a las ratas de su escondite. No tienen dinero y cuando el hambre cae, la gente empieza a ser inestable. Debes arrinconar a esas personas, alguna cometerá un error.

—Me pidió discreción y sigo pensando que mis chicos me ayudarían. Son los mejores rastreadores.

—Usa cualquier recurso sin escatimar en gastos —sentencio—. Mi jet está a tu disposición, igual que mis hombres. Todo.

—Mi trabajo es impecable, pero debe entender que la situación es delicada. Ella podría estar muerta mientras hablamos.

Me gustan las personas directas. Por supuesto que esa es una posibilidad y, sin embargo, no me detendré hasta tener un cuerpo que certifique su muerte. Lo que no me dice de frente es que pueden pasar años antes de que eso suceda.

—No descartes a un niño en la búsqueda —respondo a cambio—. No existe certeza de que sea una niña.

—Copiado. Si no necesita nada más, me retiro.

Lo despido con la mano y Lev cierra la puerta. Después me deja una pila de documentación enfrente. Sé que debo trabajar. Gruño de frustración y empiezo a mover los papeles. El primero que me llama la atención es el fideicomiso de Britney, pues le pedí a mi mano derecha que lo trajera. La investigación de donde salió me impacta, pues es un nombre que no esperaba.

Agarro los papeles y busco a mi esposa. Al final la encuentro cabalgando y dejo el saco atrás, quedándome en camisa para inclinarme sobre el barandal. Ella lo hace bien y el instructor le da indicaciones. Britney ha domado al semental, igual que lo hizo conmigo. Logró tener el control de un animal salvaje.

La veo dar vueltas y saltar algunos obstáculos bajos sin perder el control del caballo. Cuando termina se baja sola, declinando las manos del entrenador. Anoche no durmió, estuvo inquieta. Al percatarse de mi presencia me saluda con la mano y se quita los guantes, las botas y

el pantalón de montar. Se queda solo en una licra negra, una blusa de color crema y unas zapatillas que se pone antes de venir a mi encuentro.

—Eso estuvo muy bien —la halago, obteniendo una sonrisa.

—Es un buen chico.

—No conmigo…

—¿Está todo bien? Vi al comandante irse.

—Sigue igual —respondo. Odio no tener algo mejor que decir.

—Dimak me ofreció entregarme información —confiesa mientras escala la valla que nos separa y yo la sostengo por la cintura. No me gustan sus palabras, sabía que Dimak jugaría sus cartas de ventaja sobre mi esposa.

—¿A cambio de…?

—Irme con él.

—Y te negaste, por supuesto —aseguro. Ella se aleja, caminando por delante de mí—. Britney.

—Llamé a Dominic…

—¿Con cuál intención?

—Torturar a Dimak.

—Eso no regresará a nuestra hija, ¿crees que no lo he intentado?

—Nada nos dará a nuestra hija. Conozco a Dimak, se llevará la verdad a la tumba.

La abrazo porque el dolor es demasiado fuerte y tiembla contra mi pecho.

—No tengo palabras ni promesas —susurro, abriendo mis propias heridas. No soy capaz de prometer algo cuando conozco el posible destino que se avecina.

—Hazlo sufrir, llévalo al punto de que anhele morir y luego tráelo de regreso, una y otra vez. Puedes prometerme eso, que él sufrirá mil veces cualquier dolor que le ocasionen a nuestra bebé.

Le acuno el rostro, observando esos iris multicolores.

—Lo prometo, *dusha*. Sufrirá.

El orgullo que siento es aterrador cuando la escucho hablarle a Dimak, cuando destruye todas sus ambiciones incluso a costa de resignarse a perder a nuestra pequeña. Don me pone la mano en el hombro, pues recibir la noticia acerca de mi hija fue desconcertante para el Capo italiano. Sin embargo, eso no evitó que viajara para cobrarse la que Dimak Trivianiv nos hizo a todos. Raze está aquí, inclinado en la pared, deseoso usar sus manos contra la rata. Ivanov tiene el mismo semblante.

—¿Se dan cuenta de que ella nos unió a todos? —cuestiona Raze—. La admiro, logró lo que muchos han deseado.

—Aprendió de los mejores —concuerda Don.

—Es fiel al Pakhan. Si ella lucha con él, merece que nuestras diferencias queden de lado y que eso no nos impida destrozar al maldito. Aunque, claro, Dominic solo va a mirar porque el bastón no lo dejará moverse.

—¡Jódete, Vlad! —gruñe Don.

—Puede metérselo por el culo —propone Raze—. A Dimak —aclara, riendo.

Mi bella alma abre la puerta y nos permite entrar. El terror del bastardo es un bálsamo en mi herida. Ver el brillo abandonar sus ojos y saber que no tendrá poder sobre ella nunca más, de ninguna maldita forma, es un deleite. La criatura perfecta sale, dejando solo el ruido de sus tacones y la fragancia de su perfume acaramelado atrás.

—Hola, *darling* —bromea Raze con voz cantarina y pateándole el pecho—. Tengo muchas ganas de romper huesos y soy un puto maestro perfeccionista.

—Haz los honores, hermano —le pido, sonriendo. Dimak empieza a sudar, pero tiene las agallas de levantar el mentón y lucir desafiante. No sabe que es justamente aquello lo que anhelo. Quiero romperle el orgullo. En Londres tuve una dosis de eso cuando mis hombres lo tocaban y vi que se sentía asqueado de sí mismo por disfrutar de mis azotes. La espalda se le transformó en un mapa de carne abierta. Lloró cual bebé, sufriendo su propia debilidad. De repente vuelvo al presente cuando Raze le rompe el antebrazo. El sonido del hueso al partirse es como música para mis oídos, como las melodías de Brit. Mi esposa está deleitándonos arriba, tocando el piano, y el grito de Dimak se acopla a las notas. Vlad se acuclilla frente a él, tomándolo del pelo.

—No me gustan tus ojos —susurra con una voz tan baja y tranquila como si se dirigiera hacia un niño pequeño.

—Eres la mascota de ellos —escupe la rata.

—Oh, no. Creo que esos papeles han quedado invertidos, tú eres la mascota de todos.

Vlad saca una estrella de la Bratva y con una de las puntas afiladas le toca la mejilla para luego hundírsela sorpresivamente en el ojo izquierdo. Dimak trata de luchar, de quitarse a la bestia Ivanov de encima, pero es una tarea imposible. La sangra empieza a manar y Vlad no lo dejará ir tan fácil. Gira la estrella de ocho puntas y le termina reventando el globo ocular.

Salgo de la celda y voy hacia la de Hayden. No lastimamos a mujeres o niños, pero ella es mi carta, mi pieza especial. Necesito que vea esto, quiero verla temer y doblegarse.

Abro la puerta y busco a la doncella. La caja que Britney construyó es especial, pues las puntas no le atraviesan el cuerpo, solo la castigan, la obligan a mantenerse muy quieta si no desea sufrir. Abro la puerta y el cuerpo de la chica cae a mis pies. Tiene cortaduras por todos lados y sangre seca. Un profesional, un soldado que supiera controlarse, no estaría en tan mal estado. Ella lleva días encerrada y se ha lastimado a sí misma muchas veces.

Se arrastra, tratando de alejarse.

—¿Estás lista para hablar?

—No sé nada, él nunca decía nada.

—Ya veo, quieres seguir sufriendo.

—No más, por favor.

Su estado es asqueroso y deprimente, pues se ha orinado encima. Su ropa no son más que unos trapos sucios que no la cubren mucho, ya que las puntas filosas los destrozaron.

—¿Cuántas veces te suplicó ella sin que tú tuvieras clemencia?

Dimak chilla y eso ocasiona que se encoja. Tiene los ojos están inyectados de sangre, la piel pálida por la falta de sol y el pelo enmarañado. No veo a una chica, solo tengo delante a uno de los verdugos de mi esposa. La arrastro hasta la celda del maldito, donde ahora Don es quien está golpeándolo. La chica gimotea, escandalizada, al ver el estado de su protector. La dejo caer y retrocede hasta una esquina.

—¡Mira! —rujo—. ¡Vas a mirar todo!

—Por favor…

—Si apartas la mirada te cortaré los brazos —advierto.

—¿La pequeña princesa no tiene nada por decir? —cuestiona Vladimir, pegándose a ella y Hayden llora más fuerte.

—Le hace falta una marca —opina mi hermano, pidiéndole la estrella a Ivanov mientras Raze sale del calabozo. Me giro hacia Dimak y presencio el arte que Don ejecuta. Son horas de golpes y de tortura mental para ambos. Ella pide que hable porque no lo soporta, pero sé que

Dimak mantendrá el silencio incluso cuando Hayden reciba el metal caliente de la estrella. Es una esclava de la Bratva, ahora me pertenece a mí. Su vida ha quedado sin valor.

—No repetirás lo que tus amos hablan, no dudarás en obedecer y nunca levantarás la cabeza. Desde hoy eres sorda, ciega y muda. Tu destino es servirme. ¿Ves cómo esa escoria no hizo nada por ti? No abrió la boca para salvarte, no hizo ni un solo intento —digo, demostrándole que ella fue un clavo más en la línea de Dimak.

Termina de vomitar el piso y luego se endereza.

—Dame tu palabra, ¡no quiero más encierros en la caja! —Llora y Dimak grita por detrás, demostrando por primera vez algo diferente a la resistencia—. Acepto mi destino, seré ciega, sorda y muda y le serviré al Pakhan de la Bratva, pero no me devuelvas a la caja… Por favor.

El hilo siempre se quiebra por el costado más delgado.

—Mi palabra es irreversible y solo la doy cuando algo es valioso, así que muéstrame la piedad que crees merecer.

—Rezun —susurra, apartándose como puede el pelo mojado del rostro.

—¡No! —aúlla Dimak—. ¡Cállate, zorra!

—Métanle el bastón en la boca —opina Vladimir, poniendo los ojos en blanco.

—¿Quién es Rezun, Hayden?

—Es el francotirador. Como mataste a Novich y a Viktor, Dimak ordenó que Rezun regresara a Londres. Tiene un escuadrón militar llamado La Mamba…

—Eso no puede ser cierto —replica Vlad.

Ignoro al ruso y me concentro en la chica.

—¿Cuál es su apellido? ¿Quién es Rezun?

—¡Cállate! ¡Te mataré, maldita escoria!

Soy yo quien no soporta sus putas palabras y termino asestándole un puñetazo en el rostro, lo que hace que caiga en el piso y quede inconsciente. Por mucho que quiera matarlo hoy, he decidido controlar mi ira, enfriar mis pensamientos y llevarlo a una muerte dolorosa y lenta. Y no hablo de horas, sino de semanas, posiblemente meses. Cada vez que esté a punto de irse, lo traeré de entre los muertos para revivir su tortura una y otra vez.

—Rezun fue mi entrenador y tiene un escuadrón, es cierto. Entrena chicos y se convierten en los mejores. Es por ello que siempre sobresalí como un soldado de la Bratva. Éramos todos niños pequeños, pero sobrevivimos a horas extenuantes para convertirnos en máquinas —confiesa Ivanov—. Cuando peleo, soy Mamba.

—En los Fades mencionaron alguna vez a ese escuadrón, a La Mamba —explica Don, confundido.

—Son asesinos —prosigue Hayden—. Si quieres matar a alguien, La Mamba lo hace por ti.

—Apellido —exijo.

—Rezun Trivianiv —dice con una risa triste—. Estará en Londres, nunca sale de Inglaterra.

58: SOY EL PAKHAN

Roth Nikov

Hayden obtiene su pase fuera de la Doncella, como le hemos llamado al aparato de tortura, pero Dimak entra y lo trasladamos a mi lugar preferido para hacer cantar a mis enemigos. Vladimir viaja a Londres, sorprendiéndome al tomar el nombre de Rezun como algo personal. Yo, por mi parte, obtengo un informe detallado gracias a Harry, uno de los chicos *Skull Brothers* de Raze, quien me deja saber cada matiz de este personaje.

Tiene medallas de combate honoríficas, las cuales perdió al ser destituido por el asesinato de su hermana. Aun así, exponerlo terminará dañándolo más. Empiezo dejando al descubierto las imágenes de los cadáveres de los soldados en la casa de seguridad de Dimak y culpando de todas esas muertes a… Rezun Trivianiv, el tío loco.

Los militares han perdido la cabeza atacando la misma ciudad que protegían.

Britney se enfrasca en prepararse con Shiro, pues quiere crecer, ser la mejor pianista.

Lo logrará, sé que sí. Está en ella ser terca y obstinada. No pregunta por Dimak cuando cae la noche y duerme a mi lado, dejando que le proporcione el refugio que necesita.

Por la mañana está frente al tocador alisándose el pelo en silencio. Raze y Don se irán hoy, así que los llevaré al aeropuerto y luego tendré mi propio momento a solas con Trivianiv. El comandante recibió una nueva pista en Londres.

—Iré con un doctor hoy —confiesa. El miedo de que no se encuentre bien me hace soltar el zapato que me estaba poniendo.

—¿Te sientes mal? No me he percatado.

—Quiero acceder a algo para no tener hijos… por ahora.

—Nadie la reemplazará, *dusha* —afirmo, comprendiendo las palabras que no dice y entiendo a dónde quiere llegar—. ¿Quieres que vaya contigo?

—Lev me acompañará, no es necesario.

—De acuerdo, permanece con la seguridad en todo momento, ¿puedes hacer eso para mí?

Termino de vestirme y camino para darle un beso en los labios. Ella me promete estar siempre alerta y justo me llama cuando estoy saliendo por la puerta.

—Roth…

—¿Sí?

—Te amo.

Siento una calidez cuando esas dos palabras dejan sus labios.

—Yo te amo más.

—¿Me dirás qué significa tu tatuaje?

—No —bromeo y le guiño un ojo. Luego escucho un gritito cuando cierro la puerta.

Al menos, en medio del oscuro dolor, he conseguido que sonría.

La tortura es un tipo de arte en el cual cortar es determinante, al igual que medir lo que haces con el dolor de tu víctima, pues saber sus límites es vital. Pocos saben saborear el placer que produce cuando la ejecutas de manera lenta y en calma. Algunos van directo a acabar con la miseria, pero a mí me gusta alargarla, degustar de a poco el sufrimiento.

Por ello corto trozos de carne mientras mi rata está despierta y lúcida gracias a una buena

carga de adrenalina. No quiero que se pierda su acto especial.

La música clásica hace del ambiente algo tétrico y los pedazos de carne suelta se van multiplicando. Los gritos de la víctima animan a la bestia. Mis demonios piden, exigen sangre. Ya no tienen nada que perder, pues Dimak no va a confesar en dónde está mi hija. Todos lo sabemos.

—Es una guerra tonta. Al iniciarla sabías que la perderías.

Silencio de su parte. Últimamente solo se pronuncia cuando enciendo la cortadora. La sangre salta en la mascarilla transparente que estoy usando para protegerme los ojos. Tengo el torso desnudo, unos vaqueros y un mandil de carnicero.

—No eres un héroe, no salvaste a nadie.

—No la e-encontrará-ás —gimotea con un balbuceo ridículo. Lo sé, pero no es lo que quiero que se lleve a la tumba.

—Anoche Warren… creo que conoces al hombre, era tu amigo, ¿no? Bueno, te cuento que descubrió el lugar donde está tu tío —miento. Dimak patalea a pesar de que está sujeto por cadenas que le estiran las extremidades casi hasta arrancarle la piel, la carne y los huesos, incluido el que Raze se encargó de fracturarle.

—Es hermosa —prosigo—. Localicé el cuerpo de la turista… una lástima. Ya estaba muerta.

Y allí viene el terror, el quiebre, el dejar salir su verdadera naturaleza de ratón asustado.

—¡Mentira…! —Su grito muere con la cápsula de larvas que le introduzco en la boca y le obligo a tragar. Son gusanos excavadores, así que buscarán la manera de salir de su cuerpo por donde sea necesario… incluso por las heridas. Voy a pudrir su cuerpo en vida. Los parásitos le desintegrarán los órganos y lo descompondrán hasta que puedan salir a la superficie. El ambiente apestará a estiércol y putrefacción.

¿La tortura es un arte de paciencia? Lo es, y por eso paso días enteros torturándolo, implementando nuevas técnicas. Sin embargo, cuando parece a punto de morir, me detengo para que vuelva a este lado de la vida. Después me encargo de que sufra unas violaciones anales con un lindo artilugio creado especialmente para complacerlo.

Mi esposa consigue su primer concierto en un teatro pequeño de Rusia.

Dimak ve que las primeras larvas vuelven a la superficie, comiéndose la piel alrededor de su ojo.

La noche del espectáculo me siento en el palco privado a escucharla interpretar *Save Me*, una versión suave de piano, por supuesto. La multitud enloquece a pesar de que Brit, por seguridad, ha empezado a usar una máscara negra valenciana y se hace llamar Katharina, con el objetivo de levantar el interés futuro de nuestra hija. Sin embargo, se está dando por vencida, no piensa que logremos recuperarla. Yo lo voy creyendo con el pasar del tiempo.

La esperanza no existe, la creas. La mía está muy lejana.

El hombre que tortura a su enemigo es aquel mismo que vuelve a casa cada noche y le hace el amor, cena con ella, cabalga a su lado y planea un futuro, uno al que le empieza a sobrar la pieza central. Veo el dolor en sus ojos y entiendo que sin ella será una persona a medias.

Ama a nuestra hija más que a sí misma… o que a mí.

Brit brilla por lo alto, conquista corazones dentro y fuera de Rusia y su mundo se expande. Ya no es la niña que vendieron a un maldito pedófilo en Italia, ahora es Katharina, la pianista.

—Di que tienes algo para mí —le exijo al comandante por el móvil mientras Brit está en el escenario.

—Murió —susurra.

—¿Quién…?

—Rezun, se suicidó antes de que llegáramos, pero no hay huella de ningún infante. Ya ha pasado un mes.

—Sigue buscando —rujo, cortando la línea. Lev, a mi lado, entiende sin necesidad de palabras. Aguardo y delante de ella finjo que no acabo de recibir una patada en el hígado. La llevo a cenar y a disfrutar, pero quiero enterrarme vivo cuando sonríe y sostiene mi mano.

Ella confía, ella espera… Y le he fallado.

El día llega. Dimak debe morir, pero no quiero asesinarlo sin más. Tengo que cubrirme la boca con un pañuelo cuando abro la Doncella. Veo su cuerpo en los huesos, los gusanos reptando por su piel y otros desprendiéndose con la carne podrida. Ordeno que muevan la Doncella a la Capilla Celestina. Tengo un hueco hecho en la pared y ubican la caja de pie. La rendija abierta le dará una vista del mundo y morirá ansiando que alguien lo vea, pero nadie sabrá que está enterrado vivo. Bloque a bloque pego los ladrillos.

—Fuiste olvidado, tu nombre no existe.

Mueve los ojos y se le humedecen. Sé que si pudiera hablar pediría clemencia.

Me doy la vuelta hacia mis líderes, quienes se encuentran presenciando mi acto.

—¡¡Soy Roth Nikov!! —exclamo—. Yo no pregunto, impongo. Soy el Pakhan y mi palabra se respeta como ley absoluta, mi gente reconoce mi dominio.

Y me encanta cuando los demás bajan la cabeza y lo aceptan.

59: NATHAN

Roth Nikov

Damon y ella juegan, corren uno detrás del otro hasta caer en el pasto y rodar colina abajo. Sus risas inundan el jardín, ambos se sienten felices por estar juntos. Don y Emilie se encuentran ocupados a la orilla de la playa con las niñas, quienes construyen un castillo de arena, pero alzan la cabeza cuando escuchan las rosas. En cierto sentido, Damon es muy semejante a mí, pues se ha quedado callado y distante de los demás. Aunque su desarrollo intelectual se ha multiplicado hasta llevarlo a ser un niño genio, su falta de comunicación le genera una desventaja para tener amigos. Su relación con Britney, mi *dusha*, es única, ya que con ella sí interactúa, juega, habla.

Estoy a un paso de acompañarlos cuando em vibra el móvil.

Nadie se atrevería a interrumpirme, no mientras disfruto a mi familia. Estoy seriamente tentado a declinar, pero el nombre en la pantalla me hace tambalear. Muy pocas situaciones lo hacen.

No debería llamar, pienso al tiempo que se me acelera la respiración. Respondo y no digo ni una palabra, solo escucho lo que dice la persona en la línea, aquello que hacía tanto quería escuchar.

—Una ubicación. —Entro a la mansión Cavalli porque no quiero que vean mi estado.

—Prepararé a mis hombres, en unas horas estaremos listos.

—Roth… —murmura, deteniéndome. Es jodido cuando me llama por mi nombre porque sé que las siguientes palabras serán una tragedia—. Es imposible llegar. Además, es un suicidio.

—Nada es imposible para mí. Dame la información y yo determinaré qué hacer, Nathan —siseo y el silencio se toma la línea. Camino hacia el despacho de Don y enciendo su *laptop*—. Supongo que si has llamado es porque enviaste todo a mi correo, ¿o acaso…?

Dejo la pregunta en el aire, quizás encontró su cuerpo. Tal vez es una prueba de ADN. Escucho su respiración hasta que abro el correo y veo el último mensaje.

—Puede que esté equivocado —susurra más para él que para mí—. Es un dato de la selva amazónica. Envié a un equipo, pero no regresaron…

La pantalla se despliega y absorbo las imágenes, leyendo entre líneas, nervioso. Reportes de tribus, cazadores, casos de canibalismo, territorio sin explorar… La alerta final de que allí se están formando soldados con características semejantes a los de Trivianiv. El avistamiento de naves militares… Joder.

—Creo que, si está viva, se encuentra allí.

Me desplomo en la silla, tocándome el pelo. Es lo más cerca que he estado de ella. El tiempo pasa y pasa… y nada, ahora tengo esto que se siente como un camino y que, a la misma vez, sigue siendo nada.

—¿Cuántos hombres perdiste? —Es la pregunta que debo hacerle. Tengo una gran reserva, pero ninguno de ellos se ha adentrado a territorio salvaje. Son luchadores de cuerpo a cuerpo, no exploradores. En cambio, los hombres de Nathan están entrenados, pues a eso se dedica junto a su hermano.

—Treinta y uno —anuncia, haciendo que decaiga todo para mí—. Estaban entrenados para sobrevivir a las peores condiciones. Las tribus son peligrosas y creo que las tienen compradas con suministros de comida o algunas comodidades.

—Cambiando oro por cobre —ironizo.

—Sí, es lo que me temo. Están protegidos por estos salvajes, será imposible llegar a ellos.

—¿Imágenes de satélite? ¿Un rescate aéreo? ¡Algo debe haber! —gruño, golpeando la madera.

—Lo siento, Roth…

La puerta se abre y Dominic entra, despreocupado, con un *short* y el torso descubierto. Queríamos unas vacaciones en familia, unos días de relajación luego de los conciertos de Britney y mis obligaciones en Rusia. Dios, le iba a pedir que pensáramos en tener un bebé luego de su gira, quería empezar a formar una familia, pero ¿cómo avanzas sintiendo que algo falta en tu vida? ¿Cómo continúas con la incertidumbre de no saber si tu hija sigue viva y sin conocerte?

Imagino todo lo que podría sufrir… o lo que quizás ya haya sufrido. Hambre, frío, abusos, dolor… Teniendo a un padre que puede darle todo y más, esto es injusto.

Es como si Dimak ganara la guerra final, pues siempre está entre ambos la pérdida de nuestra hija.

La sonrisa se le borra del rostro y la reemplaza un ceño fruncido. Corto la llamada porque no puede hacer nada y no quiero descargar la frustración con un hombre que ha intentado ayudarme.

—¿Problemas en Rusia? —cuestiona mi hermano.

Dejo el móvil en su escritorio y bajo la cabeza. Lo siento moverse, pararse a mi lado y ver lo mismo que yo hace unos minutos. Soy un estratega, un hombre que analiza, evalúa y, con base en eso, toma decisiones. Sin embargo, aquí solo soy un padre que nunca tuvo el placer de cargar a su hija, de saber que existía, de tener la ilusión de verla crecer… Todo eso se nos arrebató.

—Dime que vas a detenerte, tienes que parar, Roth. Esto no está bien.

—Encontró una pista, no tuve una antes…

—¡En medio de la puta selva! ¿Quién se llevaría a una criatura a la selva? ¡Por Dios, Roth!

—¿Y si es eso lo que quiere que piense? Sé que Dimak hubiera hecho de todo para que Britney no fuera feliz. Me odiaba, quería verme de esta manera. No iba a matarla, estaba experimentando con ella. Quizás…

—He escuchado esa palabra miles de veces antes. Has gastado una fortuna para caer en miles de teorías que no te llevan a ningún lugar —se lamenta con tristeza. Y tiene razón—. Tu esposa está afuera, disfrútala y suelta esto, hermano. Lo digo por tu bien.

Cierra la *laptop* y me da un apretón en el hombro. Han sido meses y meses tratando de no pensar en ello, diciéndome que no tengo opción. Me guardo el móvil en el pantalón. No quiero preguntarle qué pasaría si fueran sus hijos, si fuera Em, pues el contexto es diferente y, además, no se trata de lastimarlo.

—Pero podría intentarlo —replico, buscando la esperanza.

—Te ilusionarás y Britney también lo hará. ¿Qué sucede si no regresas? ¿Si pierde a su esposo? ¿No crees que es hora de ser feliz? ¿De romper esa cadena con Dimak? Él está muerto, lo asesinaste. Si necesitas asegurarte, será un placer romper la pared para que saques sus huesos.

Ambos regresamos con nuestras mujeres y los niños. Mi chica salta sobre mí y la abrazo tan fuerte que duele. Para ella no es extraño recibirme así, pues todo el tiempo la beso y la abrazo. Esa noche salimos sin los niños a disfrutar la vida nocturna de Nueva York. Somos fotografiados entrando al club exclusivo de la ciudad, bebemos y vemos a las mujeres bailar. Mi *dusha* mueve las caderas en la pista, seduciéndome a la distancia con las manos alzadas y un diminuto vestido amarillo que se le sube por las piernas. Ella sabe cómo encenderme sin siquiera tocarme. Tenemos diez días para pasarlo increíble, pero estoy sumido en esa investigación, así

que a eso me dedico en la oscuridad de nuestra habitación cuando cae rendida luego del sexo increíble que tenemos. Busco mapas, rutas, teorías.

Lo hago cada día: cuando salimos en el yate, cuando se van de compras, etc. Siempre estoy investigando y guardando la información importante. Mi mano derecha recopila información desde Rusia con los mejores rescatistas, que en ese caso serían Nathan y su hermano, pero su esposa está embarazada y no la van a dejar sola, así que entiendo que ninguno quiera exponerse.

No tengo opciones y así paso los días sumido en páginas y blogs de internet, en conversaciones con analíticos que coinciden en que debo desistir y que esto es absurdo. Sin importar la cantidad de dinero que ofrezca, ninguno quiere trabajar. Hacer las cosas correctas no deja los resultados que deseo. El último día de vacaciones llega a su fin y veo que Brit está llena de emoción porque se aproxima su gira. Nos despedimos. He fingido tan bien y tengo todo tan en orden que Dominic no se percata de nada. Emilie, por su parte, está sumida en sus hijos y la felicidad de Britney. Raze viene a despedirse y trae consigo a Bess. Verla confinada en la silla de ruedas es horrible, pero ella se muestra feliz.

—¡Adiós! —exclama mi esposa mientras le abro la puerta trasera de nuestra camioneta. Entro detrás de ella y le beso los nudillos, necesito su contacto. Sonríe, iluminando mi alma con algo tan simple. El chofer acelera y dejamos a nuestra familia detrás—. ¿Ahora vas a decirme por qué has estado tan distraído, mi animal?

—¿Distraído? ¿Yo? —replico, divertido.

—No quería preguntar antes, pero esperaba que me lo comentaras.

—Nada importante, nena, negocios de Rusia.

—Si es por la gira, puedo…

—No pasa nada con la gira —la interrumpo, tajante—. Quiero ver que te comas al mundo y ni por un segundo pienses lo contrario.

Se suelta para acunarme el rostro y besarme. Cierro los ojos al instante, relajándome por completo bajo su tacto. La beso, necesito desesperadamente devorarla, quiero sentirla. De repente me invade esa necesidad abrumadora de derramar mi semen en ella, esperando dejarla embarazada de mis hijos. Por mutuo acuerdo hemos decido esperar a que ella tenga sus primeros años en el piano, a que se cree un nombre y se gane el reconocimiento que se merece. Es una intérprete increíble, domina el escenario, el piano y a su público.

Viajamos a nuestra casa en Moscú en un vuelo estresante, pero al menos mi *dusha* logra descansar. Yo, por mi parte, estoy ansioso por aterrizar.

Lev se encuentra preparado y es entonces cuando mi esposa presiente que algo sucede.

—¿No vendrás conmigo a casa?

—Iré más tarde, nena.

—Roth, ¿qué está sucediendo?

—Negocios, cariño, lo sabes. —Sonrío antes de besarle la frente y acariciarle los hombros. Lev la ayuda con su abrigo de piel, cubriéndola del clima, pues los copos de nieve se le pegan en el pelo y se le enrojecen los labios por el frío. Logro tranquilizarla, pero le miento. Me decepciono a mí mismo al hacerlo porque si bien no conoce mis negocios a profundidad, nunca le había mentido a la cara.

—Te amo —dice. Es increíble cómo, sin palabras, entiende cuándo necesito escucharlo.

—Te amo, *dusha* —confirmo.

Entra a su vehículo con el anillo de seguridad que la custodia. Es la mujer más importante de Rusia y todos saben que no deben tocarle ni una hebra de su pelo a riesgo de recibir mi ira.

60: EL TESTIGO

Roth Nikov

—Empieza a hablar, Lev —le ordeno y me enfoco de lleno en el asunto.

—Frenk tiene la experiencia. Pasó diez años grabando en los lugares más recónditos del mundo, hizo un documental sobre la Amazonía y es el hombre que más la ha explorado. Si existe alguien adecuado, es él.

—Pero no quiere venir conmigo —murmuro lo obvio.

—Hmm, dijo que era un suicidio. Le ofrecí cualquier cifra, pero se negó.

—Entiendo —comento y recibo el portafolio con su información.

Soltero, se describe a sí mismo como aventurero, es geofísico y pasó algunos años estudiando biología marina, pero sus ganas de explorar ganaron, llevándolo a investigar las selvas alrededor del mundo.

La única conexión familiar es un niño de tres años, su hijo. Usarlo me convertiría en lo que fue mi enemigo.

Eso me saca una risa irónica. Quería hacer las cosas bien, pero si del Capo aprendí algo es que se hace lo impensable por la familia.

—Tengo a los hombres en posición, espero tu señal, jefe.

Dejo el portafolio encima del capó de mi camioneta y enciendo un habano para llevármelo a los labios. Me giro y observo el jet privado con el apellido Nikov grabado en el lateral en letras rojas. Cierro los ojos, recordando todo el dinero que tengo. Es tanto que no soy capaz de contarlo, millones y millones, pero luego aparece el rostro de una niña hambrienta, necesitada, sucia, triste… Llorando.

¿Hasta dónde estoy dispuesto a llegar? Nunca he creído en las señales divinas…

Doy una segunda calada, dejando ir el humo en el aire y viéndolo desvanecerse justo cuando recibo una llamada. Conozco a la persona que llama y ciertamente no lo esperaba.

—Nathan —saludo.

—Iré contigo —dice sin rodeos—. Te llevaré a mitad de camino en la selva, pero después de eso tendrás que valerte por ti mismo. Solo dos hombres pueden ir con nosotros, así que elígelos bien porque serán la garantía de que vivas o no.

—¿Qué ha cambiado? —cuestiono, pues hace diez días su respuesta era tajante al decir y recalcar que todo era un error. Fumo un poco más y la nieve cae sobre mí.

—Tengo un testigo —informa, dejándome pasmado.

—¿Qué…? ¿Qué tan seguro es?

—Está delante de mí y, por la tortura que a la que lo sometí, créeme, es seguro. Dice que vio a una niña de pelo negro, ojos negros y blanca como las nubes del cielo. Esas fueron sus palabras. Una mujer la cuida todo el tiempo en el campamento y, adivina, la mujer es morena, entonces es imposible que sea su criatura.

Esa es mi hija, está viva. Joder, mi hija está viva.

—Mi rehén debe regresar en un mes al punto de encuentro, justo antes de adentrarse en la selva —continúa—. Movilízate lo más rápido que puedas, ven a Brasil y partiremos. Ten presente que quizás no salgas de la selva con vida.

—No importa, estás diciéndome que en un mes puedo tener a mi hija de regreso…

—No —me interrumpe con seriedad—. Nos tomará unos veinte días llegar al punto al que te llevaré. Desde ahí hasta el campamento tardarás meses. Por eso debes traer contigo a dos

hombres en los cuales confíes, pues sentirán que están perdidos y pueden acabar muy mal. Esto es importante, Roth, prepárate para morir, así sabrás que te enfrentas a lo peor.

Recibo las indicaciones que necesito antes de colgar. Cuando miro a Lev adivina mis palabras sin oírlas. Mi hija está viva e iré con todo a por ella.

—Tráeme al geofísico y a su hijo, separados. Y aterra al hombre, que entienda en qué mundo se está metiendo.

Subo a la camioneta, tomo el portafolio y voy hacia La Mazmorra. Tengo unas largas horas para convertirme en el monstruo que necesito ser porque tengo una sola y única oportunidad de tener lo que me pertenece y no la voy a desaprovechar. Si necesito destruir el infierno para lograr mi objetivo, que tiemblen los demonios.

—¿Te gusta? —pregunto, mostrándole el coche pequeño. Es una edición parecida a mi Mustang, pero en versión juguete. Es algo pesado porque está construido de metal.

El niño acepta mi ofrenda. Está sentado en mi escritorio, moviendo y balanceando las piernas.

Está en pijama y no lleva abrigo. Me retiro mi gabardina para ponérsela en los hombros y el niño suspira, entrando en calor.

—¿Dónde está mi papá? —me pregunta mientras se aparta el pelo rubio que le cae sobre los ojos.

—Oh, está trabajando. Necesita hacer algo para mí, pero en unos meses estará de regreso —lo tranquilizo—. Ahora, necesito algo de ti, campeón. Mis chicos te llevarán con tu abuela para que ella pueda cuidarte en tanto tu papá trabaja, ¿te gustaría irte con ella?

Asiente sin dejar de admirar el cochecito.

—¿Te gustan los carros? —Parece absorto en el pequeño juguete.

—Son bonitos y brillantes.

—Lo son —concuerdo, agachándome para verlo directo a los ojos—. Te regalaré algunos más.

Estoy a punto de marcharme para enfrentar a su padre cuando escucho su pregunta.

—¿Lo volveré a ver, señor?

Lo observo por encima del hombro y niego.

—No lo creo, pequeño.

—¿Cómo se llama? —insiste, pues esas fueron sus primeras palabras cuando me habló.

—Roth Nikov —respondo. Abro la puerta y el ruido de La Mazmorra entra en el despacho.

En definitiva no es un lugar adecuado para un niño, pero pronto vendrán a buscarlo y su vida seguirá siendo segura y normal, como la tenía antes de mi llegada a su casa. Salgo del lugar sin escuchar del todo sus últimas palabras y les indico a mis hombres que lo vigilen hasta que Lev lo regrese con su abuela. Me adentro a la estructura de roca hasta lo más recóndito, donde nadie escucha los gritos o súplicas de mis enemigos. Bajo las escaleras mientras me arremango la camisa, dispuesto a llegar a donde está sentado el sujeto, que intenta moverse y uno de mis hombres lo sienta de golpe nuevamente.

Es curioso cómo, sin hablar, las personas saben identificar que soy peligroso, el jefe de todo esto. No sé si será la violencia que emana mi cuerpo o mi semblante pacífico, pero aterrador. Es normal ver perros ladrando que no hacen nada; sin embargo, enfrentarse a un tigre es distinto, pues no te avisa que eres su presa hasta que tiene las garras ensartadas en tu cuello. Así es como ellos me miran.

Soy el tigre y ellos mi presa. Todos los que no entienden que las cosas se hacen como yo lo diga terminan siendo carnada. Si pido a un hombre, entonces debe obedecer de inmediato y agradecer que el Pakhan de la Bratva lo necesite.

—No tengo problemas con usted… —empieza a decir cuando me siento frente a él con calma. Saco un nuevo habano y juego un poco con el humo.

—Sé todo de ti, Frenk. Qué desayunas, cuándo fue la última vez que follaste, si ella te importa o no, el número de familiares directos, tus cuentas de banco… todo. Lo aclaro para que no intentes mentirme porque lo detesto y estoy intentando ser un mejor hombre y bla, bla, bla. Pero me lo has complicado, ¿sabías? —ironizo, dando una calada más profunda.

—Lo lamento, no sé por qué estoy aquí…

—Esto es la Bratva —le aclaro, pues no ha sido torturado. No me sirve herido. El hombre traga saliva, perdiendo el color—. Quiero que me lleves a la selva amazónica y te las ingenies para salir de ella. Mis hombres te darán el equipo que necesites, puedes pedir cualquier cosa. Coopera y todo saldrá bien.

—¿Y si no quiero? —pregunta y se le escapa una risa nerviosa.

—No lo estoy preguntando, amigo Frenk. No lo estoy preguntando —repito, mostrándole todos mis dientes—. No me obligues a amenazarte con lo que sabes que tengo en mi poder y tampoco me hagas pensar que eres un papá de mierda, pues entonces tendré que asesinarte y buscar a otro geofísico a quien aterrar. Y, por si no lo notaste, estoy corto de tiempo.

Me llevo el habano a la boca y me levanto.

—Es imposible, se lo dije al otro hombre…

—Estás muy pálido, Frenk. Necesitas algo de color —me burlo mientras mis hombres le vierten los contenidos de dos neveras playeras al hombre. Queda lleno de sangre, partes de cuerpos desmembrados y tripas. Los gritos de pánico que se le escapan me dan a entender que nunca ha visto tal cosa en su vida. Unas horas en la realidad de mi mundo lo ayudarán a saber lo que necesita hacer y para mañana dejará de decirme que todo es imposible porque entenderá que, si se niega, el siguiente cuerpo desmembrado será el suyo.

Regreso a casa con mi alma, la única persona en el mundo que puede darme lo que por tanto tiempo busqué… Paz. Está esperándome, sentada en su banco junto al piano, con el pelo suelto y el semblante preocupado.

No puedes ilusionarla. Dejo mis llaves en el mueble y camino hacia ella.

Las cosas que estoy dispuesto a hacer, pienso y la alzo, sintiendo que el corazón se me fragmenta tras todo lo que hemos compartido. Las teclas del piano rechinan cuando la dejo encima y busco sus pechos para amasarlos. La beso con brusquedad, introduciéndole la lengua y pegándome a ella, incapaz de imaginar mi mundo sin su presencia, sin su cariño.

—Te amo —jadeo, recordándoselo. Deberá tenerlo presente porque quizás ya no vuelva a repetirlo. Desesperado, me quito el cinturón y ella me abre el pantalón con la misma sinfonía del desenfreno. Antes de darme cuenta, ya estoy en su interior, gruñendo cual animal herido que encuentra refugio.

Golpeo una y otra vez, sintiéndola, rogando tener la oportunidad de conseguir lo que es mío y al final poder decir que estamos completos.

Le saco el camisón, casi rompiéndolo en el proceso, y me siento en el banco con ella sobre mí, moviéndose. Sin preguntas ni hostigamientos, ella ha comprendido cuándo necesito a mi esposa o a la confidente… y en este momento ansío con desespero a la mujer que sacia y tranquiliza mi desasosiego.

El alba me saluda en mi despacho y, mientras tomo café, me imagino a mi esposa entrenando con Shiro antes de hacer la llamada necesaria. Frenk ha decidido lo esperado y cooperará, así que le ha pedido todo lo necesario a mi equipo. Marco los números y suspiro, incapaz de ver cómo podría sobrevivir a esta travesía.

Debo alejar a mi esposa y entender que en ese tiempo estará en todo su derecho de rehacer su vida, pues yo estaré sumido en un imposible en la selva o, quizás, muerto. El teléfono empieza a sonar y su voz me responde alegre, como siempre.

—¿Tan rápido me extrañas? —bromea, riéndose.

—Es curioso cómo, cuando me siento perdido de algún modo, vengo al círculo e irrevocablemente necesito llegar a ti —murmuro con sinceridad. Emilie guarda silencio en la línea. Como en el pasado, somos un bumerán que regresa por necesidad, giramos uno alrededor del otro.

—¿Es por lo que estabas distante? Algo sucedía, ¿no es así?

Bufo y se me sale una risa nerviosa. Claro que ambas lo han notado.

—Tengo una posibilidad de recuperar a Rianna…

—¿Rianna? —cuestiona, extrañada.

—Es el nombre que le puse en mi cabeza a ella —indico y me entiende.

—¿Sabes dónde está?

—Algo así —confieso y le cuento los detalles, los posibles riesgos, la forma en la cual me enteré y aquello que debo hacer—. Intentamos seguir adelante, pero es imposible. Lo he visto.

—Roth…

—Le dije que dejara los anticonceptivos y empezó a temblar. Se aterró y, aunque no me lo dice, sé que es por ello. Perdimos a una hija, alguien que anda en el mundo sin nosotros. No es lo mismo que verla muerta o que un aborto, pues eso te da un cierre de cierta manera… pero esta situación es diferente.

—Debes ir. —Llora en la línea y odio causarle cualquier tipo de dolor—. Si te quedas en Rusia y no lo intentas, te acabará tanto que dejarás a Brit y la culpa te consumirá. Eres el hombre que conoció a una niña y la cuidó desde las sombras por años, ese hombre no dejaría a su hija y seguiría adelante. Irás y regresarás porque eres mi guardián. Tienes que volver para decirme cuando me equivoque y salvarme nuevamente. Es egoísta, pero aún no has terminado tu misión conmigo.

—No quiero perder a mi esposa —confieso.

—No lo harás, te ama. Y ese es un amor que no se esfumará en meses. Estaré aquí, la cuidaré. ¿Cuándo tienes que irte?

—Cinco días —digo. Luego de su concierto en Italia—. Solicité el divorció hoy más temprano, mañana tendré los papeles. Ella tiene que adelantarse a entrenar y eso me da un margen de tiempo.

—Estás haciendo lo correcto —me consuela—. Si le prometes que regresarás, sería desgarrador para ella quedarse esperando… Aunque parezca una mala idea, confío en ti.

—¿Podrías estar en Italia? No quiero dejarla sola.

—Estaré allí, cariño, ahora haz lo que necesites. Te amo, Roth. Por favor, regresa a casa.

—Te amo, ángel. Volveré, lo prometo. Cuida de mi alma en mi ausencia —suplico antes de cortar.

61: *KINTSUGI*

Britney

Está allí, en todas y cada una de mis presentaciones. Es lo primero que busco cuando el público deja de dar aplausos y felicitaciones, pues el mundo empieza a reconocerme como esa estrella que Shiro ve en mí. Al terminar miro el escenario e imagino que mi pequeña bebé está en el rostro de los asistentes, son unos fugaces segundos antes de lanzar un beso a la multitud y darles paso a los bailarines de ballet, que son quienes cierran el espectáculo.

—¡Brillante! —Salta de emoción Shiro—. ¡Hiciste que Italia te ame!

—¿Dónde está Roth? —pregunto cuando me rodea los hombros con las manos.

—Aquí. —Me sorprende con un silbido; tiene la misma energía de siempre. Me da la vuelta para apoderarse de mis labios. Es tan perfecto y único—. Lo hiciste de maravilla, como siempre.

—¡Esto se debe celebrar! —incita Shiro. Si por el hombre fuera, viviría de bar en bar y moviendo las caderas entre margaritas.

—Tengo planes para tu estrella —murmura mi marido con sus ojos maliciosos puestos en mí—. Y, por si no quedó claro, no te incluyen.

—Este hombre tuyo es un aburrido. Bueno, nada, mañana te molestaré a primera hora.

—Gracias, Shiro. —Abrazo al japonés.

—Solo vi el talento, pequeñuela. ¡Prepárate para enamorar al resto del mundo!

Luego de darme dos sonoros besos y tras una inclinación de cabeza a mi marido, se marcha. Seguro encontrará un bar en donde ser feliz unas horas. Roth me secuestra y me lleva a cenar a un restaurante discreto. Celebramos y reímos, la vida nos empieza a sonreír. No la olvidamos, ella sigue entre los. Cuando me pierdo, mirando a la nada, el recuerdo de lo que podría haber sido llega. En Roth es más difícil notarlo, pues él es la roca que se mantiene firme.

—Pensé que íbamos al hotel —comento cuando aparca el deportivo en una torre de apartamentos de lujo.

—Tengo algo para ti.

—Hmm, no me gustan los regalos sorpresa.

—No dirás lo mismo en unas horas.

Está lloviendo y mi esposo corre para refugiarse debajo del toldo, pero me detengo, alzando el rostro y sonriéndole al cielo oscuro que llora.

—¡Brit! —me llama porque estoy empapándome de agua fría y el vestido se me pega al cuerpo.

—¡Quiero un beso! —grito. El portero saca la cabeza porque parezco una chica loca armando un espectáculo en medio de Italia. Quiero un beso bajo la lluvia, un nuevo recuerdo. Y él lo sabe, por ello, a pesar de que sacude la cabeza, viene hacia mí, me rodea la cintura y me da vueltas. Siempre buscará la manera de darme recuerdos que podrían ser de películas románticas y sosas. Mientras me gira, cierro los ojos, agradeciendo todo lo que me ha hecho sentir, cada encuentro, pues tanto los buenos como los malos nos llevaron a tener esta felicidad, que, si bien no es completa, está siendo la mejor que he tenido. Él es la tecla de mi piano, las piezas armoniosas.

Esas entonaciones que hacen a una canción perfecta.

—Un recuerdo más —musita antes de besarme con suavidad, sereno, bajo la lluvia, en las calles de Italia. Aquí no es el mafioso, sino mi esposo. Uno que me da mucho más de lo que cualquiera podría tener.

Entramos al vestíbulo de la torre mojados y caminamos con prisa al ascensor. La seguridad del lugar sonríe, somos un par de locos enamorados. No dejamos de besarnos hasta llegar a la última planta, donde se abren las puertas hacia un departamento de lujo. Roth deja caer mis zapatillas, la cuales me quitó mientras me cargaba en su hombro. Chillo escandalosamente cuando me deja sobre mis pies y lo miro todo. Los ventanales de piso a techo que revelan diferentes ángulos de la ciudad. Los muebles en blanco, accesorios plateados en la decoración y cortinas turquesa. Entro y voy tocando la superficie de los muebles.

—¿Y esto? —cuestiono.

—¿Te gusta? —replica.

—Es hermoso, claro que me gusta.

—Pensé que, ya que estarás mucho tiempo en Italia, sería bueno tener un lugar propio, no más hoteles.

—Siempre piensas en todo. —Corro a sus brazos y salto sobre su cuerpo. Me carga y sé que estará ahí para mí, para sostenerme cuando me caiga o para levantarme de ser necesario—. Te amo tanto que quema —confieso, buscando su boca. Somos dos almas que luchan contra el tormento diario. No existe la felicidad plena y, aun así, continuamos avanzando, buscando el consuelo en el otro. Ella siempre estará en nuestros pensamientos, pues es la mancha que no nos deja sentirnos completos. No la olvidamos. Nunca podremos.

Sus manos indagan, desesperadas, hasta romper la tela del vestido, que acompañaba con un collar de perlas que me regaló en el primer concierto que tuve. Me rodea la cintura y sube hasta mi cuello, donde desata lo que queda de la prenda y la deja caer en una cascada por mi espalda desnuda. Luego se deshace de la máscara valenciana que protege mi identidad, mi accesorio distintivo como pianista. Al final me desabrocha el collar, el cual cae en el piso, y las perlas suenan al golpearse contra la madera.

Afanado, me aprisiona contra la pared, descubriéndome las piernas mientras me besa el cuello. No nos contenemos y antes de que me dé cuenta ha sacado su miembro y me está empotrando. El alarido que sale de mi boca es lo único que se escucha en el espacioso departamento. Mi esposo jadea, deteniéndose un segundo, sintiendo mi interior y saboreando este instante tanto como yo. Nos amamos contra una pared, diciendo las palabras adecuadas, dejando claro que, con el tiempo, construimos algo… indescriptible.

El calor de su cuerpo me despierta, pues me tiene rodeada con sus brazos y piernas. Yo estoy bocabajo, desnuda, y siento las marcas de las perlas que usó para someterme por todas partes. Intento moverme y me duelen las extremidades. Sonrío, besándole el hombro, e intento separarme, pero termina aprisionándome contra él.

—Un poco más —pide sin abrir los ojos.

—Muero de hambre —confieso con un bostezo—. Me has dejado adolorida.

—Báñate, yo preparo el desayuno.

—¡¿Tú?! Pero no sabes cocinar.

—Sé preparar un desayuno —dice, fingiendo estar indignado. Y allí aparecen esos ojos negros, oscuros, hermosos y penetrantes—. Servir avena en un tazón no es complicado.

—No debería representar un problema para usted, señor Pakhan —me burlo. Un objeto en la mesa de noche me llama la atención—. Qué bello.

—Es un *kintsugi*, son piezas rotas que los japoneses reparan con oro. Es como darle una segunda oportunidad a una pieza que se creyó inservible.

—Los japoneses y su manía de reciclar.

No quiero hablar de pedazos rotos, de vidas fracturadas, porque sé que nada unirá las piezas dispersas que dejó mi hija. Salgo de la cama y me da una fuerte nalgada. Entro a la ducha cantando y cierro los ojos, evocando los recuerdos de las perlas en mi cuerpo, de mirar en el espejo nuestro perfil mientras se hundía en mí, cómo no dejaba de tomarme. Las perlas me apretaban en un especie de atadura por mis piernas, la cual rozaba los labios de mi sexo y luego subía a mis pechos. Cada roce me hizo perder la cabeza.

Sacudo la cabeza para sacarme esas imágenes eróticas de la mente y empiezo a enjabonarme el cuerpo, pero entonces noto que me falta el anillo de mi mano izquierda. Frunzo el ceño. ¿Me lo quité anoche?

Salgo de la ducha, me seco rápido con una toalla, voy a la habitación y levanto su camisa del piso para ponérmela. En la cómoda encuentro ropa interior. Parece que tengo un duplicado de todas mis prendas aquí.

—¡Roth! —grito, queriendo preguntarle sobre mi anillo. El departamento es más pequeño que la casa, pero no recibo respuesta. Me seco un poco el pelo antes de irlo a buscar—. Estoy hambrienta… ¿Roth?

Reviso la cocina, luego el comedor y sobre la mesa de cristal encuentro una nota y varios documentos. Algunas personas se van de tu vida de forma dramática y otras se ocultan, pero sé de unas que te dejan en mitad de la noche mientras estás dormida, pues así no deben enfrentar la realidad. Tengo dos sobres. En uno están los documentos de un fideicomiso a mi nombre, el cual proviene del dinero Michael Romano, que Nicklaus me ha dejado, junto con todos los bienes del viejo maldito. No entiendo nada hasta que abro el segundo sobre y me desplomo sobre la silla. Veo las palabras borrosas y no las entiendo a pesar de que son claras.

«Divorcio». Y la nota, la letras, lo que dicen… todo termina de hundirme en la miseria.

Moya dusha,

La primera vez que fui a verte en el orfanato me dijiste que no tenías un hogar. Fueron las palabras que alguna vez sentí como propias, pues yo tampoco tenía un hogar… hasta que te conocí.

«Porque eres parte de mí, yo soy tu casa».

El tatuaje que tengo bajo la costilla simboliza dónde quería tenerte toda la vida, a mi lado, protegida. Porque, repito, eres parte de mí y quería ser tu casa.

Pero ahora estamos incompletos y sé que ninguno podrá continuar sin ella.

Las cadenas se rompen, mi alma, por ello te libero.

Brilla y vuela tan alto como anhelas y recuerda que cuando algunas estrellas mueren se vuelven supernovas. Eres fuerte e inquebrantable, demuéstraselo al mundo.

Y, recuerda, sigue tocando hasta que ella te oiga.

No puedo recuperarla, no puedo repararnos. No soy el hombre que se sienta y reemplaza.

Siempre quise mirarte y darme cuenta de que tenías todo, pero no podía seguir observando el vacío en tus ojos y simplemente no hacer nada.

Lo siento.

Sinceramente,

R.N.

—Esto no está pasando —jadeo e intento controlar las lágrimas, pero es imposible. Corro a la puerta con la idea estúpida de poder alcanzarlo y lo único que me encuentro es a una mujer en el pasillo. Si ella está aquí, si vino, todo es real—. No —susurro, retrocediendo. No quiero escuchar.

—Oh, mi niña —solloza cuando me voy al piso y lloro.

—¿Por qué no fui suficiente?

—Eres suficiente, pero es duro ver a las personas que amas y saber que no son felices.

—Llévame con él, Em, llévame, por favor.

—Roth Nikov no sabe amar a medias, cariño, solo puede darse por completo. No dudes que te ama, lo hace…

—Entonces, ¿por qué no está aquí? ¿Por qué me deja?

—Está liberándote, rompiendo la cadena para que tú sí seas feliz. Algunas veces amamos a alguien más que a nosotros mismos y, cuando eso sucede, no podemos ser testigos de la miseria que creemos causar. A cambio, debemos liberar y esperar a que el destino tenga algo mejor.

No me permitió agradecerle por haberme dado todo. Así es como se siente, entregas tu vida, tu alma… y aun así no es suficiente. Porque siempre seremos las mitades de un tazón *kintsugi*, con los trozos rotos unidos en oro, llenos de belleza, pero rotos y destrozados al fin y al cabo. A veces no todos tenemos un final… feliz.

Yo te di todo y tú renunciaste a nosotros.

62: LA SELVA

Roth Nikov

Observo a mis acompañantes, los cuatro hombres más poderosos, reunidos en una sola habitación. Se siente como si la intensidad involucrada fuera a colapsar la estructura sobre nosotros. Han escuchado mi plan suicida, una estrategia sin éxito. Existe una alta posibilidad de que pierda la vida en el camino. Nada garantiza mi supervivencia.

Don juega con una pluma y no necesito ser un genio para saber que está meditando sobre su familia, pues apenas los ha recuperado y él sigue sanando sus heridas. La sonrisa de Raze se ha borrado. Ya vivió la pérdida de dos hijos en el vientre de su mujer y sabe que se enfrentaría a la selva si Raven fuera quien se hubiera extraviado… Pero él también tiene sus propios asuntos, no puede dejar a Bess sola, no cuando ha empezado a someterse al tratamiento que quizás le devuelva la habilidad de caminar. Es difícil, sé que la ve llorar en las terapias, quebrarse, y piensa que eso la está matando. Han hecho planes y se han imaginado un futuro. Raven lo necesita, ella es la única que lo impulsa. Raze es un padre, un esposo, un amigo y un hermano para sus hombres, no puede abandonarlos. Y lo sé, pero aun así estoy siendo un egoísta.

Y luego se encuentra el mejor soldado de la Bratva: Vladimir Ivanov, sanguinario y letal, alguien que ha pasado de ser nadie a estar en igualdad de condiciones con nosotros. No le importa lo que sucede ni de lo que hablo, su mente está perdida con la idea de una mujer salvaje, aquella que huye de su agarre. Ya no tiene pistas de ella ni de su mejor amigo. Dimitri sucumbió ante las garras crueles de la muerte, una que no le tocaba todavía.

—Es un plan destinado a fallar —anuncia Ivanov, siendo el primero en levantarse de la mesa—. Solicitaste mi presencia y te escuché. No me interesa, puedes morir solo. He perdido demasiado en esta guerra, así que… buena suerte.

Asiento, no esperaba nada de Vlad. La invitación a escucharme ha sido un último recurso de desesperación. El golpe de la puerta es lo único que avisa que el ruso ha dejado la sala. La mirada de mis hermanos es la misma y sé que ninguno de ellos cree en mi plan.

—Quizás es otra niña —empieza Raze—. Roth, esto me duele como el puto infierno, pero Bess… Ella me necesita porque su terapias son desgastantes. Si fuera contigo…

Se cubre la boca con el puño y se lo muerde con impotencia.

—Entiendo, hermano, realmente lo entiendo… ¿Don? —pregunto, empezando a sentirme nervioso. Sé la respuesta, pero no quiero escucharla—. Bueno, mañana sale mi avión y tienen la información por si… ya saben.

La impotencia escala, pero no puedo dejar que me domine. Me marcho, he abandonado a mi esposa. Renuncié a ella y a lo que somos con un propósito. Cuando salgo, veo que Vlad está recostado en la pared, fumando. Ni siquiera me mira cuando me subo al deportivo y acelero hacia la casa de seguridad, viendo Nueva York una última vez antes de partir a la selva.

No duermo, no como y me dedico a golpear y golpear el saco de entrenamiento. Todo ha quedado en orden, he dejado los papeles del divorcio y he designado a Britney Ginore como mi única heredera. Nueva York me vio convertirme en el hombre que soy y quizás sea el último lugar que pise antes de ir hacia Brasil.

Llego temprano al aeropuerto a esperar. El primer mensaje viene de Raze, deseándome buena suerte. Son dos cajas de armas y repletas de municiones.

«Si no regresas, iré al infierno a llenarte el culo de balas, imbécil. Te quiere, Raze».

Me rio de la estupidez de mi hermano pequeño y pienso que en otro tiempo se hubiera

alegrado de mi muerte. Viendo que el tiempo pasa, ordeno que preparen el despegue. Me duele no tener ninguna noticia de Dominic, pero lo conozco, no es fácil perder a quien por tanto tiempo has protegido bajo tu ala. Peor aún es no saber cómo hacerlo cambiar de opinión.

Cuando están a punto de cerrar la puerta, veo que una camioneta blindada se acerca rápidamente por la pista. Las placas de Chicago me anuncian quién está en el interior. Sorprendido, bajo la escalera con el ceño fruncido y que alguien se baja con un bulto negro en la espalda y unos lentes negros.

—¿Qué estás haciendo…?

—Primera regla, no me hables cuando tengo resaca. Me duele la cabeza y quiero dormir —gruñe el ruso y veo cómo las cicatrices de su rostro se pliegan—. Segunda regla, no me hables en absoluto. Tu voz y las de todos los demás me molestan.

Camina con decisión hacia la nave y no entiendo qué está haciendo...

—¿Por qué estás aquí? —cuestiono. Si bien estoy aliviado de que alguien se una, lo que menos esperé fue que Ivanov me acompañara a la selva.

—Tienes una razón para entrar a la selva, Nikov, y yo tengo una para regresar. Es la mejor combinación, ¿no? —ironiza y sacude la cabeza. Parece más desconcertado que yo y entonces se saca una foto del bolsillo, la cual me deja sobre el pecho. En otra ocasión esta insolencia lo enviaría a la muerte, pero estoy paralizado por la conmoción de su presencia aquí.

—Becca —susurro, reconociendo la pequeña.

—Ella —afirma—. No quiero que mi hija viva, ni de lejos, lo que hemos experimentado nosotros. No quiero que, de adulta, se una a alguien porque no se siente a salvo. No quiero que crezca obligada a nada. Ella es la razón por la que te acompaño. Porque si ella estuviera en la selva, yo no te pediría que vinieras conmigo, te obligaría a hacerlo si tuviera un solo soplo de esperanza. Y, seamos sinceros, no eres mi persona favorita en el mundo, pero Raze no podía ayudarte y Dominic tampoco. Yo sí. Además, sobreviví a esa montaña hecho mierda, así que te aseguro que sobreviviremos a la selva.

Sin decir más se sube al jet que aguarda, dejándome con aquella fotografía en las manos y una lección que nunca pensé recibir. Tragándome el nudo que amenaza con ahogarme, me embarco en un viaje a través del continente.

◇◇

Viajar con Ivanov es insoportable, pues no para de hablar, de moverse o de incordiar. Aunque no me dirige la palabra exactamente a mí, se la pasa lanzando indirectas mientras finge tener una conversación con la sobrecargo.

El único momento en el que se tranquiliza es cuando despliego un mapa de la selva, pues su curiosidad le gana y se sienta frente a mí. Analiza todas las rutas en silencio, marca algunas cosas en una libreta y luego decide que es momento de callar.

—Sería bueno que planeáramos juntos…

—No —me interrumpe—. Estoy aquí, pero no somos un equipo.

—Eso es debatible, deberíamos confiar en el otro.

—¿Confías en mí? —replica y cierro la boca, enfocándome en la hoja de papel desplegada entre ambos. Mi silencio se extiende hasta que se siente sofocante—. Eso creí —comenta, dejándose caer en el asiento.

No sé cómo podremos funcionar. Está claro que no confiamos el uno en el otro y que los años de batallas y traiciones pesan sobre un acuerdo tan débil como la Trinidad.

Decido no agobiarme por el momento y, en cambio, sigo analizando las rutas y tratando de memorizar todo lo que pueda. Aterrizamos en Brasil con un calor inhumano. Estoy sudando muchísimo cuando, de repente, el idiota me lanza una playera azul de tela delgada. No digo una palabra y me la pongo, dejando mi camisa detrás. Una camioneta nos lleva hasta la base de Nathan, en donde seremos capaces de entender un poco más la situación.

Frenk, el geofísico, se encuentra entre mis hombres. También está Lev.

—Espero que haya tenido un viaje placentero —le digo al tembloroso hombre.

—Dada las circunstancias ha sido mejor de lo esperado.

—Me alegro, mi intención no es lastimarlo… de momento.

—Eso se traduce como: cuando dejes de servirnos, te patearemos el trasero —se burla Vladimir, quitándose los lentes—. Y me refiero a él y su gente. A mí no deberías temerme.

—Lo dice el hombre que asesina por diversión… ¿O debo recordarte tus aventuras? —cuestiono, sarcástico.

—¡Nikov! —me saluda Nathan, estrechándome la mano.

—Vladimir Ivanov —se presenta. Es la primera vez que actúa con educación.

—Un hombre fuerte, buena elección —comenta el militar—. Vamos a la base, tengo algo que mostrarte.

Asiento y camino a su lado. Vlad nos sigue más atrás, distraído con el lugar, y Lev empuja a Frenk, que se ve tremendamente incómodo.

—El geofísico no parece estar haciendo esto por voluntad propia.

—¿Te parece? —murmuro sin ánimos. Estoy en la tierra en donde está mi hija, en donde la han tenido desde que me la arrebataron—. Pronto aprenderá que salir de este lugar es la única opción.

—Sí, solo que no pensaste en un detalle. El hombre vio los mapas y no estuvo muy feliz cuando supo lo que tenía que pasar.

—Las tribus. —Asiento, comprendiendo lo que dice.

—Al parecer antes estuvo cerca de ellas y por eso se retiró de su viaje experimental. Tuvo miedo de morir.

—¿Estas tribus tienen algún dios? ¿Creen en algo?

—Sí —dice Vlad, apareciendo por mi izquierda—. Son creyentes, les gusta la sangre. Hacen rituales y les ofrecen almas a sus dioses.

—¿Sabes sobre los *keoles*?

Así es como llaman a las tribus. Frenk se estremece y Nathan observa con curiosidad al ruso, que sigue distraído, aunque no sé si en sus pensamientos o con los paisajes.

—Mi hermano era muy aficionado a estas culturas, le gustaba vivir en la selva. Aprendí algunas cosas por él.

La mención de Kain me revuelve el estómago y, por primera vez, veo algo en el rostro de Vladimir. Odio, desprecio, pero no dirigido hacia mí, sino al recuerdo de su hermano. Al menos eso es lo que percibo.

—Alguien que conozca las tribus será de mucha ayuda —afirma Nathan, asistiendo más animado.

Llegamos a la base, en donde tiene un equipo de alta tecnología desplegado, es el mejor en su área. Le solicita a Frenk que empiece a trabajar y el hombre, aunque sigue nervioso, decide ser profesional al cabo de unos minutos. Evalúan rutas más cómodas, pensamos en rodear las tribus (aunque prueba ser imposible), calculan cuánto alimento podemos llevar y cuál es la ropa adecuada. Además, señalan los peligros, que van desde suelos con trampas que dejan los

saqueadores hasta animales salvajes y plantas venenosas. Estoy sentado, tratando de retener todo lo que pueda, y Vladimir hace lo mismo desde un rincón. No puedo centrarme en el medidor de muerte que tanto recalca Frenk. Sé que esta es una misión imposible, pero no me importa. Entonces entra una llamada de Emilie a mi teléfono y todos los escenarios fatalistas que involucran a mi esposa se me pasan por la mente. Parpadeo, viendo su nombre en la pantalla, y el miedo que solo soy capaz de sentir cuando involucran a mi *dusha* me cierra la garganta.

—Tengo algo que puede ayudar —me saluda.

—¿No le pasa nada? ¿Está bien? —pregunto en italiano para que los demás no entiendan, aunque el tamborileo de mis dedos sobre la mesa quizás dice demasiado.

—Está dormida ahora. Don vino, poque creyó que te parecería bien, para tranquilizarla. Hablaron y entrenaron un poco… Eso fue bueno.

Maldita sea, le estaré agradecido por ello. Que cuide de ella es todo lo que me puede dar y, para mí, en este momento, es más que suficiente.

—Pero estuve de curiosa… —continúa Emilie—. Le pedí a Don el mapa, espero que no te moleste. Acabo de enviarte algo que ojalá te sirva o que, al menos, haga tu viaje menos difícil. También Dominic te envió un regalo. Te amo, te veré pronto.

—Pronto, ángel —le prometo.

Cuelgo la llamada y veo dos correos distintos. Hago que Frenk se mueva de la *laptop* para ser yo quien lo verifique todo y luego llamo a Nathan para que se acerque. Es el único en quien confío para ver aquello.

—¿Qué demonios? —jadea. El mapa de la selva se despliega, pero esta vez tenemos dos rutas. Tuvo que pasar mucho tiempo ideando esto, seguro ni durmió ni comió para tenerlo tan pronto. El corazón me duele al instante, pues nunca le pediría usar sus herramientas para mi beneficio. De hecho, hacerlo la pone en peligro, cosa que yo nunca permitiría. Emilie Greystone, mi ángel, me ha salvado de nuevo. Estas líneas me dan una ventaja que antes no tenía.

Nathan lo proyecta sobre la mesa: las líneas trazan relieves y puntos. Incluso veo que se tomó el tiempo de dar un estimado de fechas para llegar de un punto a otro. Ella es una jodida genia. Estoy orgulloso hasta la médula.

—Wow —silba Frenk y Vladimir solo me observa. Aunque conoce quién ha creado esto, mantendrá el secreto. No reconoce todo su poder, pero ya la vio usar un mapa antes.

—Tenemos un dron —digo—. Volará al punto final y obtendremos una señal. Al menos esto nos garantiza no ir en círculos.

Gracias, Don, mi hermano. No voy a preguntarme qué hizo para conseguir un jodido satélite, una señal que nos lleve a mi hija. Y Nathan está demasiado asombrado como para pronunciar palabra viendo la *laptop*, detallando el regalo de Don.

Se que seguro está sintiéndose culpable por no estar aquí, pues a lo largo de los años nos hemos cuidado las espaldas, apoyándonos y luchando juntos. Y, excepto por aquella separación, existe una lealtad firme entre ambos, una que a veces duele. Pero esta vez entiendo su ausencia. Sin embargo, conseguir esto, lo haya hecho como lo haya hecho, es un voto más por nuestra familia, algo que demuestra que siempre seremos hermanos.

A primera hora de la mañana siguiente estamos listos para marchar, así que me despido de Lev, entregándole el anillo de mi esposa. Me prometo que volveré a este punto en unos meses y que recuperaré al anillo y a ella. Le suplico a los cielos que lo que sentimos siga intacto si vuelvo, que podamos superar esta terrible prueba. Brit piensa que la he abandonado, que he olvidado cada promesa y voto que le hice en el pasado.

Le indico a Nathan que a nuestro regreso, si lo conseguimos, tenga un equipo de genética

listo para verificar si la niña es mi hija. No volveré a mi esposa solo con palabras, debo cerciorarme por completo del origen de la criatura antes de presentársela. Observo al cielo y, como hombre de la mafia, por primera vez le pido a Dios que, si existe, me ayude a salvar a una inocente, que me conceda el favor de reunirla con su madre. Incluso le ofrezco mi vida como pago, pues estoy dispuesto a irme al infierno si sé que ellas están juntas.

—¿Listo? —pregunta el militar.

Todos afirmamos y veo de reojo a Vlad, sentado en la camioneta, con la pierna colgando en una pose complicada. Está usando el lápiz y la libreta que ahora lleva consigo a todas partes, parece que dibuja o diseña algo. Frenk, por su parte, está en el medio, de brazos cruzados. No es capaz de mirarme a los ojos y tiembla cada que me dirijo a él. Al final distingo el Jeep que transporta al testigo. Un guerrillero, otro que desvía la mirada cuando se percata de que estoy viéndolo.

Viajamos un poco por la carretera hasta que llegamos a un punto de conexión, en donde se pueden ver turistas escalando y senderistas por los caminos aledaños.

Y aquí es donde empieza la travesía…

Dos semanas. Vlad es un idiota. Los mosquitos apestan, quiero matar a la mitad de quienes me acompañan, el calor es asfixiante y la humedad es peor. Por las noches nos reunimos alrededor de una fogata, que supuestamente ahuyenta a los animales, aunque no nos sirvió con la serpiente que mordió a uno de los hombres de Nathan. El primer caído. Falleció por una mordedura fatal en el cuello, justo en una arteria. Se desangró.

—Estar de mal humor no hará esto más fácil.

—Hablarme tampoco —le respondo al ruso que se sienta a mi lado.

—No puedes controlar nada aquí afuera —susurra, entendiendo la razón de mi mal humor. Gruño y tiro una piedra a la fogata—. Cuando estás en un lugar como este debes convertirte en parte de él. La selva requiere que seas un salvaje, un animal. Que pienses y sientas de esa manera.

—¿Por qué me dices esto? No me soportas.

—Llevas dos semanas y tu genio es terrible, así que no quiero pensar en cuando sean meses y estemos solos.

—¿Whisky? —me ofrece Nathan, sentándose a mi lado. Al menos existe el alcohol. Sostengo la botella de plástico y bebo un trago. Quisiera que fuera vodka y me ardiera la garganta, de esa forma sentiría algo. Mi mal humor no se debe a la selva, sino a la realidad que se va asentando en mis huesos. Abandoné a mi esposa. Sus lágrimas y su rostro perdido me persiguen cuando cierro los ojos.

Su olor… jodido Cristo, extraño su toque, sus manos sobre mí. Doy un trago más. No deseé que ninguna mujer me tocara por años, pero luego llegó ella y se convirtió en todo lo que deseo. Le paso la botella a Vladimir, pues él también ha perdido mucho. La recibe, frunciendo el ceño…

Sí, toda esta situación es jodida.

Días más tarde nos preparamos para llegar al encuentro con los guerrilleros, los cuales, según nuestro testigo, serán unos pocos. Mi humor ha mejorado porque soñé con Brit. Ella estaba feliz, recibiéndome en su cuerpo. Ambos nos encontrábamos en Italia, caminando por la playa, disfrutando la arena, y luego terminamos en nuestra habitación. Éramos dos almas unidas, dos cuerpos jadeantes… Sí, un puto buen sueño.

—Son cinco, nunca más de eso. Estarán esperando unos hombres y comida, incluido

armas —comenta el testigo.

—Debemos matarlos —indica Vlad.

—Sería bueno quedarnos con uno, ese nos podría guiar —añado, mirando el reloj que llevo. No es digital y todavía no comprendo del todo cómo funciona porque solo tiene pequeños puntos que vamos recorriendo. Debemos llegar al amarillo, a la meta.

—Nos retrasarían, llevar a uno con nosotros nos generaría desconfianza.

Tiene un punto.

Matar, esa es la solución. Nos quedamos escondidos entre los árboles esperando a que salgan, pero no son cinco, sino al menos una docena. El chico a mi lado abre mucho los ojos cuando le clavo un poco el cuchillo entre las costillas. Intenta gritar, pero le estoy tapando la boca. Entonces jadea y lo único que consigue es un poco de aire. Su vida se escurre entre mis dedos y de fondo escuchamos los disparos de mi gente, masacrando sin contemplaciones. Un arma se activa sobre mi cabeza y me quedo quieto en el suelo, encima del cuerpo del testigo. Algo zumba e impacta con quien está detrás de mí. El cuerpo cae, aterrizando a mi lado, y alzo la cabeza para ver a Vladimir a unos metros. Le ha clavado un cuchillo a uno de los guerrilleros.

—De nada —dice, acercándose, antes de arrancar el cuchillo que uso.

Trece bajas del lado de la guerrilla y cuatro de parte nuestra. Los cuerpos se apilan mientras organizamos la mochilas que podremos llevar. Cada uno toma una cantimplora de agua y frutos deshidratados. A partir de este momento tendremos que sobrevivir cazando, comiendo frutas silvestres y, si tenemos suerte, pescando.

Nathan se ubica a mi lado. Sé que le gustaría seguir, pero su mujer lo necesita de regreso en casa, al igual que su próximo hijo.

Ha cumplido su palabra y le estoy agradecido.

—Mi viaje… —Me aprieta el hombro—. Lo vas a lograr, estaré aquí. Dentro de cuatro meses te esperaré en este lugar. Recuerda cada día que eres el Pakhan y, como tal, volverás.

—Gracias por todo lo que has hecho.

—Me pagas muy bien —dice con una risilla impropia de él y yo también sonrío.

—Lev te pagara más, estoy seguro.

—Buen viaje, mi amigo.

—Trataré de volver entero, amigo.

Escuchar esa palabra de mi boca lo hace entender hasta qué punto todo esto nos ha cambiado. Ya no es un simple militar sirviéndome. Se arriesgó por mí… y aún lo hace. Vlad también se despide, pues ambos forjaron alguna clase de amistad mientras platicaban por las noches junto al fuego. Frenk casi quiere correr hacia ellos…

—No me dejará regresar, ¿cierto?

—Oh, no, hombrecito. Tú vienes con nosotros —se burla Ivanov, golpeándolo en la cabeza. Creo entender por qué está aquí… Necesitaba olvidar a Dimitri y lo que perdió. De los dos caminos que Emilie sugirió, Vlad y yo elegimos el que es un poco más largo, pero que va junto al río. Eso nos mantendrá cerca de una fuente de agua y alimento.

Los días van transcurriendo mientras nos sumimos en una rutina de caminar de día y descansar de noche. Cuanto más caminamos, más bella se vuelve la selva. Atrás quedan los incendios que logramos ver cuando viajamos con Nathan o las partes en donde talaron árboles. Aquí, casi tres meses después de llegar a Brasil, todo se vuelve armonioso. La naturaleza se abre paso, construyéndose su camino por donde el hombre no la lastima ni la utiliza para su beneficio.

Ivanov es precavido al encender y apagar las fogatas que hacemos cada noche y, de vez en cuando, tenemos encuentros con animales poco amistosos, pero intentamos no hacerles nada.

Frenk empieza a comportarse como el geofísico curioso que es y se sorprende por cosas que no logró capturar en sus viajes anteriores.

Estoy aseándome en el rio en tanto Vlad y Frenk discuten sobre si asar los pescados que atrapé o el conejo que Vladimir sacó de una trampa. Estoy muriéndome de hambre y solo elevo la vista, buscando el cielo entre las copas de los árboles. Al parecer lloverá, lo cual pasa bastante seguido y es una mierda. Debemos armar la tienda y quedarnos dentro, a merced de una única linterna que se carga con luz solar. La parte difícil es permanecer sentados toda la noche, pues la tienda es muy pequeña para los tres.

De repente escucho que dejan de discutir, así que seguramente Vladimir lo amenazó y se hará lo que el ruso quiera.

Camino hasta un árbol que tiene una especie de manzana que no había visto antes y, con el estómago gruñendo, me inclino para arrancarla.

—¡No! —chilla Frenk, tirando de mi playera que alguna vez fue blanca— ¡Es un Strychnos! ¡Es venenoso!

Oh… retrocedo despacio y me vuelvo hacia el hombre. Tiene barba, al igual que Ivanov y yo. La tengo larga y el pelo me ha crecido, así que siempre lo dejo recogido en una media coleta. Vlad, en cambio, ha vuelto a su *look* de rapado.

—Gracias, ese camino hubiera sido trágico.

—Le dije que no se coma nada —replica con molestia.

—Se veía inofensiva.

—Bueno, no lo es. Incluso los *keoles* la usan para envenenar las puntas de su flechas y atacar. Hubiera muerto de una forma dolorosa.

Asiento. Frenk vive con terror y supongo que entiende que, si muero, él también lo hará, pues Vladimir no se quedará, simplemente se devolverá sin importar qué tan cerca estemos de mi Rianna… Oh, por Dios, puedo saborear la victoria de llegar a ella. No tengo ningún plan de ataque para cuando la vea, no tengo idea de nada, pero eso es lo que me mantiene cuerdo, vivo. Saber que estoy a unos pocos días de llegar al lugar que la retienen me da fuerza. Si debo cortar gargantas o destrozar con los dientes, lo haré con tal de recuperarla. Tenemos cuatro AK-47 del arsenal que Raze me dio, pues es lo único que logramos cargar durante tanto tiempo a través de la selva. Pero servirán.

Tienen que servir…

Regresamos a donde pensamos montar el campamento. Vlad está preparando el fuego con rapidez ya que pronto lloverá. Supongo que lo sabe y por ello ha elegido los pescados, que se asan con facilidad.

—Me encargaré de la tienda —digo.

—Le ayudaré, mi señor.

Frenk saca la tela doblada y yo elijo un árbol cercano para que ate la tienda, de manera que, si hay vientos fuertes, no salga volando. Le ayudo con los extremos y ambos caminamos sobre las hojas hasta que se hunde. Frenk grita y yo dejo salir un gruñido feroz cuando me veo colgando, aferrándome solo a una raíz. El cielo sigue con esos colores grises, pero estoy a punto de caerme a una especie de hueco con un peso muerto en los pies. Miro hacia abajo y veo el final: rocas, puntas filosas y el rostro asustado de Frenk, que se sostiene de uno de mis pies. No tengo la fuerza para aguantarnos a los dos, pues me he debilitado tanto que apenas puedo llevar mi propio peso… De repente una mano me rodea la muñeca.

—¡Roth! —grita Vlad y veo la desesperación en esos ojos verdes. Estoy sorprendido de que me ayude porque, si muriera, podría tomar mi poder. Mis hombres le seguirían, se

convertiría en el Pakhan total y absoluto de la Bratva; sin embargo, su agarre me transmite otra cosa.

Es algo que me golpea en el pecho. Puede que Vladimir Ivanov tenga resentimientos, pero, aun así, su sentido de la lealtad es mayor. Aunque ahora sea el gobernante de Chicago y gran parte de Europa, sus raíces son estas y debe defender y proteger al Pakhan, a mí, que lo he torturado y traicionado en el pasado. Quizás estuve equivocado. No, definitivamente lo estuve.

—No puedo subirlos a ambos —reconoce.

—Frenk, intenta sostenerte de algo —le ordeno.

—¡No hay nada! —grita el hombre. Vlad me dice lo obvio con un gesto: estamos muy débiles y no lo lograremos.

—¿Confías en mí? —susurra el hombre, el mejor soldado de Bratva, a quien lancé a las montañas para que se muriera. Ese mismo hombre está aquí, ahora, intentando salvarme.

—Sí —gruño, sabiendo que es real. Confío, lo hago. Ha tenido oportunidades para asesinarme y no lo ha intentado ni una sola vez. Y si busco en mi memoria, sé que lo único que ha hecho estos meses ha sido protegerme.

—Ella está cerca —me recuerda para que haga lo que debo hacer. Frenk grita y suplica. Tengo que cerrar mis emociones y recordarme quién soy, por qué estoy aquí y todo lo que he atravesado para llegar a este punto. Levanto mi pierna libre y pateo al hombre que se aferra a mí. No sobrevivirá al caer, pero yo ya he perdido y sacrificado demasiado. No puedo rendirme, no ahora. Pienso en mi esposa, en su dolor, en la injusticia y trato de imaginar el rostro de mi hija, lo que he perdido, aquello que nos fue arrebatado.

El grito final de Frenk se me queda grabado en la cabeza… al igual que el sonido de su cuerpo al caer. Vladimir tira de mí y salgo rodando por la tierra hasta que quedo bocarriba, viendo de nuevo ese cielo gris.

Un Ivanov me ha salvado la vida. Jesús. No hay palabras sarcásticas mientras nos quedamos tirados, respirando fuerte. Ambos estamos procesando lo que ha sucedido, aunque no tenemos mucho tiempo para eso…

—Mierda —dice Vlad.

Sí, yo también veo las puntas de flechas y de estacas que nos rodean y nos amenazan. Nos enderezamos despacio. No puedo contar la cantidad de hombres aborígenes y bronceados que hay, los cuales apenas se cubren con trozos de tela sus partes íntimas. Tienen marcas y tatuajes en el cuerpo y se ven determinados. Con cuidado nos levantamos y vemos que le permiten a una mujer pasar entre ellos. Nos evalúa con unos ojos azul claros, se fija en Vladimir y musita algo en una lengua que no reconozco.

—No —responde Vlad, como si entendiera aquellas palabras.

Ella tiene la piel del mismo color, aunque sus ojos sean claros y tenga el pelo castaño. Lleva mucha piel visible y se adorna el cuello con varios collares de madera. Sus uñas se clavan en mi mandíbula y me gira el rostro. Dice algo y Vlad deja salir una sonrisa. ¿Acaso la entiende? Entonces la otra mano de la mujer va hasta mi miembro y lo aprieta fuerte. Debo cerrar los puños para contener mi deseo de apartarla.

—Suéltalo —le ordena Ivanov.

—¿Entiendes lo que dice? —pregunto, confundido.

—Sí, está hablando ruso. ¿No la escuchas?

—No es ruso, Vlad.

—Claro que sí —replica, observando a la mujer—. Ella dijo que servirás para procrear y que luego te van a comer… y no de forma sexual.

La mujer pronuncia esas palabras, las escucho y la veo mover la boca, pero sigo sin entender nada. Vlad, en cambio, parece comprenderla. Mi compañero da un paso al frente sin pensar en las flechas y estacas que nos amenazan. Le ordeno que se aparte y me dice que le prometió asesinarla si me tocaba más. Un anciano de los que están reunidos cae sobre sus rodillas, pronuncia algo y se extienden unos murmullos. Pasa lo mismo con otra mujer… y luego con todos. Todos los salvajes están actuando extraño.

Vlad da un paso atrás, confundido, conmocionado, cuando entiende que son reverencias para él.

—¿Realmente no entiendes lo que ellos dicen…? —pregunta, blanco como una hoja de papel. Parece a punto de vomitar o de salir corriendo, algo extraño en Vladimir.

—No —digo y hago énfasis con la cabeza. La gente sigue de rodillas y repiten una palabra que no puedo pronunciar.

No entiendo.

—Ellos dicen que soy su dios, están alabándome.

Bueno, jodida mierda.

Para esta gente Vladimir es un dios y yo un peón para procrear. Nada de eso me importa, pero luego nos guían entre unos árboles, apartando unas plantas que nos permiten descubrir una especie de cueva. Siento que, de alguna manera, es un lugar mágico. Caminamos por horas y la noche está casi sobre nosotros cuando empezamos a ver unas chozas. Me siento en el pasado.

La gente de allí sigue inclinándose, niños, adultos, ancianos… Pero nada es tan sorprendente como la estatua de madera que veo. Dos, en realidad. Un hombre y una mujer.

Vladimir y yo quedamos con la boca abierta. Quizás en el pasado existió un hombre idéntico a él, uno que estuvo con esta gente. Por eso están confundidos, por eso piensan que Ivanov es su dios.

—Ella se parece a Emilie —jadea Vlad.

Y así es, la mujer de madera tiene un rostro que conozco bastante bien. Su boca, sus cejas, sus ojos, la forma de su rostro. Joder, la mujer tiene tallado un corazón, un colgante en el pecho, tal como la Joya Cavalli, y una corona. El hombre de madera porta una de espinas, mientras que la de ella tendría diamantes si fuera real. Se ven rosas en la base, como enredaderas hermosas y brillantes. Son estatuas de al menos cinco metros de alto, impresionantes.

Nos llevan hasta una choza más grande que parece ser un tipo de templo para ellos. La mujer intenta apartarme de Vladimir, pero él lo impide comunicándose con ella. Aún no entiendo cómo. Quizás sí alcancé esa fruta del río y estoy alucinando. No puedo entender lo que sucede, no sé por qué la gente le deja ofrendas a los pies a Ivanov. Flores, frutas, detalles. Lo están adorando. Él también parece a punto de perder la cabeza.

Nos ofrecen comida, pero Vlad me pide que no la coma. Sin embargo, opto por unas frutas dulces. Luego nos conceden una choza y entran otras mujeres. No quiero pensar en ellas y en la razón por la que están aquí. ¿Nacieron en este lugar?

Nos bañan y, literalmente, sus manos tocan nuestros cuerpos. El agua es buena y su tacto, a pesar de mis recelos, es agradable. Más adelante, mientras Vlad y yo nos quedamos sumergidos en unas especies de tinas, ellas se arrodillan en la puerta.

—Tal vez es un sueño compartido —susurra Vlad.

—Creo que estamos despiertos y que esto es muy real. Ellos creen que eres su dios o algo así… Yo no lo entiendo.

—Viste a la gente llorar. Me decían que por fin había llegado, que se los había prometido.

—¿Quizás Kain estuvo aquí? Eso explicaría por qué te conocen, aunque ustedes no se

parecían tanto físicamente. Además, las cicatrices de la estatua son idénticas a las tuyas.

—Y los entiendo. ¿Cómo es posible? Escucho sus palabras en ruso, pero tú no.

—No quiero entender nada —le rebato—. Quiero encontrar a mi hija e irme. Eso es todo. Esto es muy raro y el universo es muy amplio.

Nos quedamos en silencio por un largo rato hasta que salimos de las tinas porque las mujeres vuelven a secarnos. Nos dejan dormir juntos y no nos apartan, aunque unos hombres con lanzas se quedan haciendo guardia en la puerta. Llueve, pero no muy fuerte.

Al día siguiente nos damos cuenta de que ninguno durmió y nos entretenemos viendo el techo puntiagudo o la tierra marrón bajo las cama de madera. Todo es primitivo, pero funcional.

En algún punto me duermo y, cuando despierto, veo que Vlad no está. Salgo alarmado y con solo un cuchillo, que es lo único que esta gente me permite portar sin ofenderse. Tengo que buscar al ruso, ¿se lo habrán comido? El terror que siento es genuino, nunca pensé que me preocuparía por Vladimir, pero las cosas han cambiado. Lo sé, lo siento. No somos los mismos que entramos a esta selva desconocida, ahora somo diferentes en muchos sentidos. Respiro cuando lo encuentro junto a tres niños. Están hablando mientras él les pela unas frutas parecidas a las peras. La noche anterior comí algunas, eran dulces. Al verme se pone de pie y viene hacia mí.

—Tengo un plan —musita bajo, dándome una de las frutas.

Cuatro hombres están a su espalda. Esta gente parece pacífica y normal. Una señora lava unos envases de madera, otra quita el polvo del camino de tierra con una especie de escoba, los hombres cortan madera como si estuvieran creando una silla. Todo esto es real, joder.

—Los niños, sabios o inocentes como siempre, me contaron leyendas —continua Vlad—. Acerca de su dios, de que confían en que yo traigo la dicha, la vida y el poder… pero eso no importa. Lo que importa es que esta gente hará lo que yo les pida.

—No quiero lastimarlos —susurro y siento que son palabras reales. Viven aquí en armonía y no necesitan maldad, dolor, pena y mucho menos sangre del exterior.

—Yo tampoco —coincide Vladimir—. Les pedí algo y no sé si lo están haciendo.

—¿Qué pediste?

—Les hablé de los militares o de los malditos, como los llaman ellos. Les dije que me quitaron algo y que regresé a buscarlo. —El corazón bien podría salírseme del pecho con lo que acabo de escuchar—. Les hablé de la pequeña y reconocieron que existe, así que les pedí que me la trajeran.

Mi mundo da vueltas mientras escucho su plan. Solo me pide que espere al atardecer, pues la gente está buscando a mi hija. La traerán. No puedo creerlo. No entiendo nada, pero se trata de Rianna. Sentarme sin saber qué sucede me va a quemar por dentro. Es justo esto lo que no puedo dejar fuera de mi control. Ivanov me entiende y me pide que vaya con él.

Caminamos por una colina, esta vez con gente a nuestro lado. La ansiedad me rasga por dentro con cada paso. El reloj que tengo en la muñeca mueve los puntos de repente, pues cortamos por un atajo, cosa que Emilie no pudo conocer por un simple mapa. Quizás nadie conozca estos caminos.

Ellos protegen a Vlad y él hace lo mismo conmigo. Cuando llegamos cerca al punto amarillo la gente se encarga de todo. No se escucha ni un solo disparo, pero sí gritos y caos. Es difícil para mí no entrometerme y pelear, no buscar la forma de luchar hasta encontrar lo que es mío.

Mucho tiempo después, la mujer sale de entre los árboles rodeada con hombres de la tribu, los cuales están bañados en sangre. Me quedo estático, observando a la criatura cubierta con una

manta sucia. Soy un paso adelante, el cuerpo me hormiguea y el corazón me late con desenfreno. Voy a asegurarme de que sea mi hija, pero lo siento con solo ver una parte de su pelo. Todo en ella grita que es mía. Mi niña, mi Rianna.

La mujer le entrega la criatura a Vlad, quien la sostiene con delicadeza.

—*Stevier* —dice la mujer. Es la primera palabra que entiendo y logro recordar.

—La bendecida —susurra Vlad, buscando mis ojos—. Oh, por todos los cielos — gime cuando detalla su rostro—. Eres toda una Nikova, tienes unos ojos como el mismísimo Vantablack.

Así se llama el material más oscuro jamás creado.

Alzo los brazos, esperando que Ivanov me entregue a mi hija. Él sonríe, pero no como una burla, no hay sarcasmo allí, solo hay alivio. Cumplimos nuestro propósito. Vinimos por ella y, meses más tarde, la tenemos. Está aquí, es real. Logramos lo imposible.

Me tiemblan los brazos, pero sostengo su cuerpecito con ternura, protegiéndola. Me quedo sin respiración y cuando le quito ese trapo sucio, veo su piel pálida manchada de polvo, pero del mismo tono que su madre. Tiene el pelo oscuro, con unos mechones idénticos a los míos. Y sus ojos, ¡oh, sus ojos! Son mi reflejo, el reflejo de mi difunta madre. Me toca las mejillas con sus manitos curiosas. De repente me siento débil y me arrodillo en la tierra.

Quiero llorar, gritar o bailar durante todo lo que me resta de vida.

Esta es mi hija, no tengo ni una duda.

Todo ha sucedido en medio de la nada, con gente extraña que cree que Ivanov es un tipo de dios místico. Se me humedecen los ojos y quiero llorar.

Las lágrimas significan dolor o, a veces, un nuevo comienzo, pero siempre pensé que eran de debilidad. Sin embargo, ahora lloro por amor, por ese que creí que nunca encontraría ni que merecería. Pero hoy lo tengo. Me lo da mi esposa, a quien iré a recuperar, y mi hija, a quien por fin encontré. No nací para tener nada a medias, nunca podría sobrevivir estando incompleto.

—Mi hija, mi Rianna, mi futuro —susurro, besándole la frente.

Siento que se me acomoda una parte del alma y me invade la tranquilidad de saber que necesito salir de este lugar con vida, que tengo que ir por Brit y unir a mi familia.

Y eso es lo que haré.

EPÍLOGO

Meses más tarde

—Tienes veinte minutos antes de la sesión de fotos —Shiro recita mi itinerario. Las ayudantes me cambian el traje de negocios por un vestido rojo—. Se arregló la última planta, así no debes dejar la academia.

—¿A qué hora es mi próxima clase?

—En dos horas.

—Bien, espero sobrevivir.

—Lo harás excelente. Te informo que tienes la última convocatoria para la firma final —dice, desplazándose por la *tablet*. Quiere que todo sea normal, que no duela. Después de todo, mi matrimonio estará oficialmente finalizado. Seré otra vez solo Britney Ginore. Aunque no seré aquella niña rota de antaño, sí seré una mujer destrozada por el amor de su vida y por las circunstancias que nunca la dejaron ser feliz.

No busqué a Roth a pesar de que me moría por ir a Rusia y reclamarle por no hablarme de frente. Quería sanar la herida que me dejó al no enfrentarse y marcharse sin una palabra. Las primeras semanas lo culpé y lloré; sin embargo, con el pasar de los meses entendí que fue lo mejor.

Nos hubiéramos lastimado.

La chica de maquillaje transforma mi rostro y con eso, sumado a la máscara, paso desapercibida. Tras meses creándome un nombre, el mundo siente mi llegada detrás del piano.

Caminamos a mi oficina y mi representante me lanza una serie de información. La nueva campaña publicitaria, cuál es mi postura para una nueva gira ya que hace menos de dos meses se finalizó la primera…

He conocido a muchos artistas de renombre, estuve en Nueva York disfrutando con la familia Cavalli durante unos días, visité lugares emblemáticos alrededor del mundo, he crecido montones en menos de un año y he explorado toda una vida nueva. Los recuerdos continúan, pero ya no duelen.

Aprendí a canalizar la pérdida, pues sigo tocando y brillando por mí y para ella. Y ahora, además, en alguna parte de mi mente se encuentra él. No me atormenta recordarlo, atesoro los momentos que vivimos y los disfruto por las noches con nostalgia.

—¿Y esto?

—El contrato revisado y aprobado por el abogado para la banda sonora de la película.

Sonrío y tomo los papeles. No solo soy pianista, sino compositora. Aquellas notas que se formaron cuando él se marchó ahora serán parte de una película con gran renombre mundial.

—¿Sobre la invitación…?

—Aún no lo decido —musito, abriendo la puerta. Me detengo cuando veo al hombre sentado en uno de mis muebles. Shiro se aclara la garganta, se excusa y se lleva a las asistentes con él. Dejo los papeles en mi escritorio antes de enfrentarlo.

Luce elegante con un pantalón de vestir gris, camisa blanca y una gabardina en conjunto. Se quita los lentes y señala el sofá a su lado.

—No recuerdo que tuviéramos una cita.

—Faltaste a la última —se queja.

—Dentro de veinte minutos tengo una sesión fotográfica.

—Qué bueno que solo necesito diez.

—Empiezo a creer que soy tu único cliente —bromeo, sentándome donde me indica. Mi psicólogo, un pelirrojo treintañero irlandés, está muy comprometido con mi salud mental.

—Me pagas como si fueran cincuenta.

—Tendré que reevaluar nuestros términos.

—No creo que consigas a nadie como yo, viajo por el mundo por ti. —Levanta su bloc de notas y el lápiz—. Cuéntame, ¿cómo te sientes con esto de finalizar el divorcio?

—Directo al cuello, vaya. —Me encojo en el sofá—. Estoy bien, es un cierre luego de todos estos meses. Estoy molesta porque me dejó esta cantidad ridícula de dinero que no necesito, pero analicé en mi interior que así es mi antiguo esposo. Incluso tras su partida busca la manera de que no me falte nada.

—Así parece, ¿qué me dices del otro Nikov?

—¿Cómo…?

—Es mi deber saber cuando mi paciente recibe una invitación. Además, la dejaste en tu escritorio. Soy muy curioso —se defiende. Está aquí por Shiro porque sé que mi representante le ha comentado las buenas nuevas. De hecho, fue él quien me impulsó a cuidar de mi salud mental. Esta es la primera vez en toda mi vida que realmente tengo a un profesional cuidando de mi mente y no a un charlatán manipulándome.

—No iré.

—¿Por qué? Tengo entendido que visitas a los demás.

—Son mi familia, me preocupo por todos y ellos se preocupan por mí, pero es Acción de Gracias. Seguro él estará presente y no me creo tan fuerte como para enfrentarlo.

—Ya hablamos sobre ese tema —me regaña, enderezándose—. Retomando, has ido a dos convocatorias en las cuales no estuvo, así que no creo que te inviten para incomodarte. Aunque, si se presentara, puedes ser una persona normal, saludar a tu expareja y actuar civilizadamente, ¿o es que sigues teniendo sentimientos por tu ex?

—Nunca han desaparecido, Callum —me sincero, refiriéndome por su nombre de pila. Es mi amigo y, cuando no está psicoanalizándome, cenamos en algún restaurante y compartimos.

—Oh… espera, ¿es que acaso tienes miedo de ver qué hizo él con su vida luego de ti?

Y allí está, eso es todo. Sé que debe seguir, avanzar a algo mejor y que lo merece, se lo deseo con toda mi alma. Se merece felicidad porque la vida ya se encargó de darle demasiado dolor, aunque injustamente también pienso en ese futuro en donde yo quería ser su felicidad.

La campanilla suena y me salva de responderle, pues tengo que subir a mis deberes. Casi me alejo corriendo y sé que no tendré amparo por mucho tiempo, pero es lo mejor que tengo en ese momento.

Las fotos son un éxito, saldrán a primera hora en los periódicos más famosos.

Cuando acaba el día disfruto de irme a casa en moto, pero antes me llevo todos los documentos, incluida la invitación de Raze. Sé que será insistente y llamará, así que por ello apago el móvil y me encierro en mi ático a contemplar Italia. Practico unas nuevas notas musicales para mi siguiente lanzamiento y logro descansar del todo. Con un tazón de fruta me siento en el balcón y pienso en la invitación. Debo ir, sé que debo hacerlo.

Son mi familia y me lo han demostrado con el pasar del tiempo.

Preparo una maleta, llamo a Shiro para que me consiga un pasaje aéreo y alguna estadía para el fin de semana en Nueva York. También le pido que contrate seguridad. Sin embargo, él ya lo tenía todo resuelto. Me conoce muy buen.

A primera hora me preparo para irme al aeropuerto y el chofer me conduce hasta el área privada en vez de la que usan todos los turistas. Por supuesto termino en la pista de despegue

frente al jet privado de Cavalli. Una asistente de vuelo me ofrece una sombrilla y una bebida caliente y alguien se encarga de mi equipaje.

Noviembre en Italia es lluvioso y el frío empieza a ser un poco más fuerte. Dentro del jet está mi primera sorpresa: el Capo, sentado en su silla, con una revista de las noticias que salieron esta mañana.

Estoy en primera plana, sentada sobre el piano, con un vestido rojo ajustado y la cola del instrumento abierta. Tengo la mitad del rostro cubierta por una máscara plateada. El pelo rubio natural me cae en cascada por un lado del cuello.

—Un buen artículo.

—¿Qué tan dichosa soy por tener al mismísimo Capo esperando por mí?

—Muy afortunada, sin dudas. Son pocas las mujeres por las cuales espero. De hecho, pensé que no llegarías y planeaba secuestrarte —dice, tajante, y cualquiera pensaría que está enojado.

Me siento frente a él, sonriendo, y tiro de la revista. En ella se anuncia mi colaboración artística en la película y se responden algunas preguntas que el público anhelaba. La más común era sobre si estaba soltera.

—Pensé que Raze vendría.

—Yo estaba en Sicilia, resolviendo parte del negocio, y decidí hacer una parada. Cuéntame las novedades.

Mi corazón florece y se lo narro todo. Dominic Cavalli tiene un lugar en mi corazón, no porque deba ser leal a él al ser mi Capo, pues esos días quedaron en el pasado, sino porque lo quiero por ser quien es, por demostrarme que yo valía más y por darme la confianza de ser parte de los suyos incluso cuando no era una Nikova.

Atravesamos de un continente a otro y, mientras tanto, me entero de las hazañas de los chicos. Emma quiere ser matemática, Ellie estudia ballet en la academia de Bess, Anais está en su segundo año, imitándolos a todos…

—¿Y Damon?

—Espero que sea muy feliz de verte.

—¿Sigue sin hablar?

—Él prefiere vivir dentro del silencio.

Como su tío Nikov.

No pregunto y ellos tampoco lo mencionan. A diferencia de mí, que soy alguien público, Roth permanece en el anonimato. No sé de su existencia, ni por dónde se mueve… todo murió ese día en el que se alejó de mi vida. Tampoco los incomodo con preguntas infantiles sobre él porque no quiero que se sientan tristes. Aterrizamos en Jersey, donde Nicklaus está esperando por nosotros. Dominic se encarga de hablar con el piloto y yo aprovecho la presencia del enigmático hombre, quien abre la puerta de la camioneta para mí.

—¿Por qué? —pregunto mirándolo a los ojos a pesar de que se oculta tras unos lentes. Ambos sabemos que tengo un fideicomiso, expedido de su parte, a mi nombre. Nicklaus Romano es el hijo de ese desgraciado al que Roth y Dominic asesinaron hace años, librándome de un destino terrorífico.

Suspira y observa a nuestro Capo en la distancia.

—Mi madre creyó que lo merecías, pues así tendrías una oportunidad de hacer lo que anhelaras con tu vida sin depender de nadie. Solo eso…

—No te creo —replico y él tensa la mandíbula.

—Los Romano somos más que ese recuerdo que tienes, dulzura.

—Querías protegerme —susurro, comprendiéndolo. Me otorgó dinero para que pudiera salir de la mafia al cumplir la mayoría de edad, si era lo que deseaba. Entonces veo una sonrisa en sus labios.

—Si esa versión te hace feliz, entonces quédate con esa percepción.

—Gracias.

Es una palabra cargada de un sentimiento real.

Entro al vehículo y Don se me une rápidamente. Nicklaus cierra la puerta y se marcha con la seguridad mientras viajamos directo al club de Raze. En el mundo de la mafia, estos hombres no deben verse débiles, así que tener actos humanos como estos los sacan de balance; sin embargo, puedo identificar las buenas intenciones y, dentro de todo, sus corazones tienen algo de nobleza oculta en la oscuridad.

No conocía el club hasta este preciso momento. Es un terreno grande, la casa es enorme y solo pasamos a recoger a Raze.

—¡La chica del momento! —grita, alzándome. Su fuerza siempre es un poco excesiva, pero sus brazos se sienten parecidos al cielo, así que me le cuelgo al cuello—. Estaba a punto de volar a Italia y nalguearte.

—Ya viste que no fue necesario.

—Vamos a la casa, todos están arriba.

—¿No es aquí?

—No, es en la casona. Es más elegante, apto para mi famosa favorita.

Me deja sobre mis pies y lo golpeo en el hombro. Siempre me llama y vivimos en constante comunicación.

—¿Y esa belleza? —jadeo, viendo la moto que trae un chico con una chaqueta de las que Raze usa siempre.

—Es mi bebé, ¿quieres probarla?

—¡¿Me dejarás montarla?! —grito y doy saltos.

Eso es lo lindo de estar con la familia, que puedes ser tú, pues ellos te aceptarán así estés loca o seas impulsiva. El chico me tira la llave y me subo en la bestia. Soy pequeña y los pies apenas me llegan a la tierra, pero la emoción que siento en el pecho podría reventar la estratósfera.

El hombre se sube tras de mí, piso el embrague y acelero un poco sin soltar el freno, sacando humo. El Capo niega y se adelanta en su camioneta elegante mientras yo lo sobrepaso con la moto. Raze se sujeta a mi cintura y confía en mi dominio.

Es increíble, el viento fresco de noviembre en el rostro, la velocidad y la adrenalina seguidas por la paz. Sí, a pesar de que la vida no me dio un hogar decente, esta gente me aceptó y me amó por quien fui y quien soy, ellos me hicieron una mejor persona.

No soy la niña rota e indefensa que necesitaba de un comodín permanente que me mantuviera a flote, la que creía que si no tenía a alguien a su lado el mundo la absorbería; demostré que el brillo estaba en mí, no en lo que me rodeaba. No fue fácil y tampoco mágico. Me dolió, me destruyó, pero poco a poco sobreviví y esa es mi mejor arma.

Adaptarme, levantar el mentón y seguir adelante.

La casa está al final de la colina. El jardín se encuentra lleno de motos y vehículos. Cuando me bajo del vehículo empiezo a sentir los nervios, ¿estará aquí?

—No vendrá —susurra Raze, quien tiene esa habilidad de descubrir tus pensamientos—. Envié la misma invitación hace un mes y la rechazó.

Por supuesto, me evitará a toda costa. La primera en salir a recibirnos es Emilie con los

niños.

—¡Tía Brit! —exclama el hombrecito Cavalli. Le abro mis brazos y se lanza a ellos con fuerza. Todos salen y hay rostros nuevos que no identifico, son cuatro niños. Solo distingo a la pequeña Raven, que va agarrada de la mano de su madre.

—¡Oh, Dios mío! —exclamo, tapándome la boca. Se me llenan los ojos de lágrimas. ¡No puedo creerlo!

—¡Sorpresa! —chilla la pelirroja, caminando. ¡Caminando! Hacia mí.

—¿Cómo…?

—Hace cuatro meses empecé a caminar con muletas y luego por mi propia cuenta.

Me fundo en un abrazo entre lágrimas, ¡lo logró! Ella es increíble. Estoy feliz y siento que me libero de una porción de culpa. Aunque Bess me recalcó que no me sintiera así, muy en el fondo sufría al saber que estaba paralítica. Me instalo en una de las habitaciones y ella me cuenta sobre su recuperación.

La vida nos sonríe y lo aprecio, me siento libre. Tengo que aprovechar el momento, pues todo puede regresar y golpearme cuando menos lo crea; sin embargo, si guardo los mejores momentos, cuando me encuentre triste tendré mucho de dónde aferrarme y enfrentar al mundo.

Cenamos todos juntos, reunidos entre risas mientras los niños corren. Raze y Don discuten sobre quién cortará el pavo y gana el Capo.

Todo ha valido la pena, los tropiezos y aciertos en mi vida, cada pequeño detalle para ver a los míos reír, ser felices y tener el placer de compartirlo con ellos.

Por la noche preparamos una fogata para tomar chocolate caliente al aire libre. Damon ayuda y carga algo de madera. Una mujer, a quien identifico como Vicky, es la encargada de todo. Su esposo siempre la vigila a ella y a sus hijos, parece un centinela. Don y Em se ubican en un rincón con las niñas sobre ellos, Bess se sienta en las piernas de su esposo, Raven salta con los otros niños y los demás moteros se encuentran con sus mujeres a un lado.

—Yo te cuidaré —anuncia mi hombrecito, palmeando la manta a su lado.

—¡Qué honor! Estaré muy protegida. Eres el mejor guardián del mundo.

—Tío Roth me lo pidió, dijo que debía cuidarte —confiesa con inocencia. Mi sonrisa vacila, pero me las ingenio para no demostrarle la cantidad de sentimientos que me causa solo escuchar su nombre.

—Y lo haces muy bien, pequeñín.

—¿Quién empieza con los momentos vergonzosos? —pregunta Harry, riéndose.

—Don usó un traje de Campanita para Ellie —dice la Joya Cavalli.

—¡Em!

—¡¡NOOOOOO!! —gritamos todos al unísono.

—Ser Capitán América es pasable, pero Campanita… ¡Hombre! —chilla Raze. Bess lo golpea, pero no deja de reír y los demás no ayudamos. El Capo se encoge, abrazando a su esposa y a sus hijas, sin quitarle los ojos al varón a mi lado.

—Todos aquí haremos lo necesario por nuestros hijos y mujeres —dice, observándome fijo—. Eso es lo que nos hace diferentes al resto. El infierno conoce nuestros pecados y, aun así, el cielo también reconoce lo que haríamos por aquellos que amamos.

—¡Todo! —secundan los hombres.

Subo a Damon a mis piernas y lo abrazo. Es un momento reflexivo para todos, pero se corta por Harry, quien olvidó los malvaviscos. Se ofrece a ir al pueblo en una de las camionetas y los demás nos quedamos escuchando las confesiones, observando el paisaje de la ciudad a lo lejos y las luces que empiezan a encenderse en el horizonte. Damos gracias por todo lo que

tenemos.

La camioneta regresa varios minutos después y me pongo de pie para colaborar. Raze y Don también lo hacen.

—¿Qué…? —pregunto cuando el motero se pone a mi lado.

—Don tiene razón en algo, somos malos, pero nunca dejaríamos a la familia.

—Lo sé —susurro.

—Todavía no lo has entendido.

Escucho la puerta delantera cerrarse y algo me obliga a mirar hacia ese lugar, hacia el hombre que baja del vehículo. No es la camioneta que se fue y tampoco es Harry… Es Nikov.

Sale del Jeep negro y lo rodea. Mi corazón y mi cuerpo se sincronizan, siento que me tiemblan las manos y que los latidos acelerados.

Es él, sigue igual de imponente y hermoso. Viste un traje, lleva el pelo recortado y la barba bien definida. Yo soy la chica que usa vaqueros negros, una playera gris medio grande, deportivas rosas y el pelo en una coleta. Somos lo opuesto, siempre será de ese modo.

Aun así, esta vez no me siento insignificante, sino completa, incluso si estoy a punto de desmayarme. Abre la puerta trasera y una bola de pelo blanca salta y corre desesperada hacia nosotros. ¿Un gato? Es un amigo peludo. Se devuelve, regresando a los pies de su dueño y se mueve con inquietud.

«Nunca dejaríamos a la familia».

—No… —murmullo y retrocedo. Las lágrimas de confusión y felicidad se mezclan, ¡no sé qué siento!—. Es mentira, tiene que serlo.

«Nunca dejaríamos a la familia».

El Capo y el motero me detienen. Siento las piernas débiles, pero quiero correr a la vez que desplomarme y llorar, gritar lo más fuerte posible hasta que despierte del sueño donde me encuentro.

Él nunca me abandonó, no se fue para dejarme… Lo hizo por nosotros.

La pequeña en sus brazos se acurruca en su pecho y el traje rosa que lleva hace que su piel blanca y pálida resalte. Tiene las mejillas sonrojadas, los labios un poco más rojos y dos ojos enormes y curiosos. Con cada paso que dan cerca de mí todo se siente más real y comienzo a creer en la imagen de Roth Nikov cargando a una bebé pequeña. Miro detrás, esperando que alguna mujer salga del Jeep y reclame al ángel que tiene en sus brazos.

Algunas veces no necesitas palabras para entender lo que sucede. Basta lo que estás sintiendo, eso que todos perciben. No tengo palabras y sigo sin tenerlas cuando alzo la cabeza porque está frente a mí, porque tiene a esta criatura divina observándome.

Sus ojos, sus bellos ojos negros, el pelo en el mismo color, los rasgos llamativos…

Alargo la mano para tocarla porque tengo que sentirla, ver si ella es real. Su piel es suave y mi caricia en su mano gordita la hace sonreír. Lo hace como yo, es una sonrisa real y muy, muy bonita.

—Rianna, saluda a mami —susurra Nikov.

—¿Maaa? —balbucea la chiquita. Es ella quien entonces me roza el rostro, tocándome las mejillas mojadas—. Ma —certifica.

—Es ella… es nuestra hija.

La cargo en mis brazos, llorando de alegría, apartándole el pelo de su rostro y besándola por todas partes. Es ella, mi pequeña. Está aquí, en mis brazos. Mierda, esto no es un tonto sueño. Es real, él la trajo para mí. Nos abraza a ambas contra su duro pecho mientras me sacudo en un llanto silencioso.

Una bola de pelo demanda atención y Roth se baja para tomarla.

—Hell. —Mi hija juega, tratando de agarrar al animal.

—Es su mascota —explica con una sonrisa—. Esa cosa y ella son inseparables…

No lo dejo terminar porque entiendo lo que hizo, me queda claro, así que lo atraigo y junto nuestros labios, lo beso como nunca.

Se fue a buscarla y sabía que quizás no volvería, por eso no me quiso dar esperanzas. Y, como siempre, se dejó culpar solo para que yo pudiera continuar y encontrar la felicidad. Así es Roth Nikov, cuando te ama, tiene el alma noble de sacrificarse por ti.

Nada incompleto, todo por entero. Nadie debería conformarse con menos de eso.

—Dusha…

—Soy tu alma y ella es nuestra vida. Tenías razón. Siempre la tienes, mi animal.

—Ella es nuestra vida —concuerda.

No todo se trata del final, sino del camino para llegar a él.

El comienzo y el trayecto importan, pues son partes que nos guían a ese final de ensueño. Y yo tengo el mío, uno en el que me siento completa y rodeada de mi familia. Después de todo, Roth Nikov tenía razón, nunca sería feliz sin ella.

Ella es nuestro legado de sangre y honor.

EXTRA
RAMÉ «CAÓTICO Y HERMOSO AL MISMO TIEMPO»

Roth Nikov

—¿Te gusta? —pregunto, sentándola en mis piernas. Trata de zafarse con risas, pero el tul del vestido, combinado con mi fuerza, lo hace imposible.

—¡Papá! —chilla con alegría. Mientras se ríe el tiempo se congela, me quedo prendado de las imágenes de su madre, de cada detalle y segundo antes de llegar a este momento, de verla soportar el infierno o de sentirse plena cuando alcanzamos la felicidad, del día en el que le entregué a nuestra hija, cuando recuperamos lo que nos faltaba, cuando no se necesitaron explicaciones para entender las acciones que nos dolieron.

—Te amo, Rianna. —Mis palabras ocasionan que se detenga, que deje de insistir y que su risa se calme. Es la primera vez que es capaz de interpretar lo que significa cuando se lo digo.

Se queda pacífica, pensativa, y frunce el ceño antes de tocarme el rostro. Inevitablemente me acerco a su tacto. Si años atrás alguien me hubiera dicho que una niña de tres años detendría mi mundo, me hubiera reído fuerte. Si mencionaban que sería un esposo feliz, probablemente le habría cosido los labios a ese pobre pendejo; sin embargo, años más tarde, me encuentro siendo tan feliz que me aterra, tan completo que me pregunto siempre en dónde estará el truco o cuándo llegará lo feo. La vida con Britney es casi perfecta y nos acoplamos de una manera impresionante. Ambos sabemos lo que el otro necesita y nos lo damos, sea compañía o soledad.

Ella no interfiere cuando mis fantasmas atacan y yo tampoco cuando sus demonios la consumen.

—Todos nos amamos, ¿cierto? —cuestiona, cambiando al ruso. Cuando no entiende lo que significan del todo algunas palabras, se devuelve a sus raíces. Aunque Britney está intentando enseñarle italiano y ha aprendido un buen inglés, el ruso es su idioma preferido. Supongo que es la lengua que más escuchaba de bebé.

—Exacto, papi los ama a todos y todos aman a papi.

—Incluso mi hermano, aunque todavía no nace.

—Nosotros lo amamos a él y cuando nazca y vea la familia que somos, nos amará…

—Pero no dejarás de amarme a mí. —Se podría interpretar como una pregunta, pero Rianna posee un temperamento similar al mío. Es bastante directa y le gusta ser más afirmativa.

—Imposible, nunca sucedería. Lo que haremos será multiplicar el amor y repartirlo para todos, ¿te gusta esa idea?

—Y no le prestaré mis juguetes.

—Le compraremos nuevos —bromeo, haciéndole cosquillas.

—Estoy lista —anuncia mi esposa desde la escalera. Dejo a Rianna sentada en el banquillo del piano para ayudar a mi *dusha* a bajar. Tiene el embarazo casi a término y se nota cansada. No quería salir a la presentación, pero su presencia es necesaria ya que mostrará apoyo a la nueva artista de su casa disquera. Subo los escalones rápido hasta tomarla de la mano.

Rianna empieza a tocar el piano mientras ayudo a su madre.

Está cansada y, aunque faltan unos días para el parto, nuestro bebé es enorme y no la deja dormir como es debido. Sostengo su monedero y lo dejo en la mesa central mientras le ayudo a ponerse su abrigo de piel.

—Aún podemos cancelar.

—No se verá bien —replica, acariciándose el vientre. Se encoge un poco y la sostengo rápido.

—¿Segura que estás bien?

—Sí, solo acaba de patearme —jadea, buscando aire. Odio no poder quitarle el dolor.

—Llamaré para cancelar.

—Mi animal, por favor. No pasa nada, mejor vámonos antes de que sea tarde.

—Podrías decirles que estás embarazada e indispuesta —gruño con molestia. Estos meses debería descansar y disfrutar de la etapa de nuestra hija y del bebé, no salir a presentaciones.

—Eso hubiera funcionado si lo hubiera explicado antes —murmura, poniendo los ojos en blanco.

Claro, la prensa no sabe que la pianista famosa está esperando a un heredero de la Bratva. Trató de mantener ese detalle oculto cuando anunció un descanso, el cual fue sorpresivo para algunos.

—No me gusta despedirme de nuestra hija. Se siente como esas típicas películas en las que los padres millonarios la dejan para ir a una gala o reunión y terminan muertos en un accidente y ella se vuelve una heredera de toda la fortuna. Entonces, cuando sea mayor, un pendejo intentará quitársela y hacerla sufrir…

—¡Oh, por Dios! ¡Roth! Eso es demasiado, incluso para ti.

—Pero podría ser real, ¿ves por qué no debemos salir? A nuestra hija la terminaría criando Raze entre moteros enormes y grasa de motocicletas.

Deja salir una carcajada, sosteniéndose el vientre. No para de reír y termino abrazándola por la espada y besándole el cuello, apartando ese pelo rubio. Adoro verla con su color natural.

—Tu imaginación se volvió muy tétrica —se burla entre risas—. Aunque estoy segura de que Rianna sería criada por Don y Emilie, ellos no la dejarían con nadie más. Y son buenos padres. Además, tenemos a *Madame*, sabes que ella jamás la dejaría sola.

—Bueno, ya que no puedo manipularte… —comento y suspiro, tomándola de la mano. Nuestra hija deja el piano para despedirse, así que la alzo para que bese a su madre y a su hermanito y para que luego me dé un beso en la mejilla a mí. Nos despedimos de *Madame*, quien me mira con una sonrisa en los labios ante el espectáculo que acabo de dar.

—Mañana tendremos clases de esgrima —le recuerdo antes de cerrar la puerta, desde donde la niñera se despide.

Ayudo a mi esposa a subirse a la camioneta, acomodándola en la parte delantera. Inspecciono el anillo de seguridad. Seis vehículos, dos motos y un helicóptero nos estarán siguiendo todo el camino. Britney niega cuando me siento a su lado, detrás del volante.

—¿Qué? —cuestiono, encendiendo en vehículo.

—Y aun así crees que moriríamos en medio de la nada sin nadie que nos rescate.

—Un poco de precaución no le hace daño a nadie.

—¿Un poco de drama tampoco? —rebate, molestándome

Le beso los dedos y los entrelazo con los míos. Después empiezo a conducir, saliendo de nuestra propiedad privada, la cual está libre de humanos a kilómetros a la redonda. Se cree

erróneamente que la Casa Blanca es la más protegida del mundo, pero la más salvaguardada es la mía, pues contiene a dos hermosas mujeres que me hacen inmensamente feliz y pronto también a mi pequeño guerrero.

La parte que no me gusta de las presentaciones es cuando debemos separarnos, pues, por su seguridad, entra sola para que no nos vinculen a ambos. Antes de esta noche era la pianista soltera. Mi seguridad es quien la escolta mientras espero, impaciente. La guían entre la multitud de periodistas que lanzan preguntas sobre su embarazo, quién es su pareja, si será madre soltera... Ella conmociona la alfombra roja y entiendo para qué la querían aquí, pues dará de qué hablar y atraerá a todos los periódicos de dentro y fuera de Rusia. Hablarán de ella y de la nueva artista.

Tengo que contenerme para no ir allí y alejarla de esos buitres que la asedian. Respiro cuando logra ingresar al teatro y mis hombres se movilizan para llevarla a su área privada. Siempre he sido el cuervo solitario, paciente en la oscuridad, con la vista clavada en mi objetivo. Aquí soy un cuervo tranquilo, viéndola triunfar sin perderme nada. La máscara, que siempre usa para proteger su identidad, le cubre los ojos y ya tiene la peluca roja puesta. Le encanta molestarme con ella porque sabe que su pelo rubio es mi debilidad. Un camarero me trae una botella de whisky, la abre delante de mí y vierte un poco en un vaso. Sonrío porque el hijo de puta, Shiro, su mánager, me conoce muy bien. Levanta su copa desde el otro extremo, seguro pidiéndome serenidad.

Mi móvil empieza a vibrar, sacándome una sonrisa de orgullo. Sé que está saliendo en los medios de farándula y, por pura fascinación, reviso los titulares. Embarazo, radiante, la increíble, la que no tiene igual… Cada uno de ellos solo me eleva el ego hasta el puto universo. Esa mujer es mía, mi esposa. La niña que creyó haberlo perdido todo en Italia y que, tras luchar y luchar, se convirtió en un foco brillante de luz.

—Ella está bien —avisa Lev en el auricular. La veo presentar al nuevo talento, escucho que el teatro se llena de aplausos y luego les agradece la paciencia, prometiéndoles que regresará pronto a los escenarios. Cuando desaparece tras el telón veo mi oportunidad de dejar mi lugar y rodear a las personas para seguirla a su camerino. Al llegar noto que está sobándose el vientre, fatigada.

—Ahora sí puedes secuestrarme y llevarme a casa.

—Por supuesto, será un placer —replico, sintiendo la paz de regresar a nuestro hogar. Mi esposa salta del taburete alto y, cuando sus pies tocan el piso, también lo hace algo más. Mis zapatos se salpican de algún líquido. Britney abre la boca, paralizada, y yo me quedo como un estúpido sin entender nada.

—¿Qué está pasand…?

—Mi fuente se rompió —dice, pero no la entiendo.

—La fuente… ¿Qué?

—Va a nacer, ¡nuestro hijo va a nacer!

Sí, esas no son las palabras que esperas escuchar semanas antes de que sea la fecha de parto, no son las palabras que quieres escuchar cuando hace nada estabas planeando todo el simulacro necesario. El hospital, investigar a cada enfermera y tener la seguridad de quiénes eran todos la doctora, el anestesiólogo, los dos pediatras que contrataste para que estuvieran presentes cuando naciera tu hijo… ¡dentro de seis semanas más! No ahora, ¡NO EN ESTE MOMENTO!

Me llevo la mano al oído para activar la línea.

—Lev, el bebé está naciendo.

El silencio se hace presente, no dejo de mirarla y ella no para de mirar el piso mojado… de lo que sea eso. Y Lev no dice nada tampoco hasta que…

—Pero faltan seis semanas.

—¡Pues ya no! —gruño, nervioso. Agarro a mi esposa, quien parece que entró en algún tipo de *shock* momentáneo, y grito órdenes para que el helicóptero esté en la azotea del edificio. No tiene autorización, pero no me importa. Shiro nos alcanza y se pone lívido cuando Britney se dobla. Es la primera vez que grita y me clava las uñas con fuerza en mi muñeca.

Carajo, ¡es real! ¡Nuestro hijo está naciendo!

—Respira, nena, joder, ¿tenías algún malestar? ¿Cómo no nos dimos cuenta?

—Solo punzadas —jadea. La cargo en mis brazos para subir la puta escalera que parece interminable. Está sudando frío y se ve pálida.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—La doctora dijo que eran contracciones falsas.

—¡Pues no parecen falsas ahora! —grito. Shiro empuja la puerta de la azotea y creo que es otro que teme por su vida, pues si algo le sucede a mi esposa o a mi hijo, su cabeza será la próxima bola de boliche en la ciudad. Dejo a Britney sobre sus pies, mirando hacia arriba para buscar el puto helicóptero, ¿dónde coños está?

Ella vuelve a gritar y pierde la fuerza, así que los dos terminamos en el piso. La sostengo y me agarra el antebrazo, asustada.

—¡Va a nacer! —chilla, apretando los dientes.

—Te llevaré al hospital, estarán bien, nena.

—¡No hay tiempo! —ruge, alzándose el vestido. Maldita sea—. Quiere nacer, ¡ya!

—Nena, estás en *shock*, tenemos tiempo, solo debo…

—¡¡Roth!! —grita más fuerte, aferrándose a mí de forma desgarradora. Me lleva las manos a su sexo y abro la boca cuando siento algo que no es normal allí.

El helicóptero está más cerca, lo escucho. El aire empieza a ser furioso, pero solo veo a mi esposa, desesperada. Cuando le abro las piernas y le muevo la ropa interior, veo que la cabeza ya está allí. Madre de la misericordia. ¿Desde cuándo está en trabajo de parto sin saberlo?

—¡Shiro, sostenla! —exclamo. El viento nos azota con violencia y las luces empiezan a iluminarnos.

—Roth —ella gime, nerviosa.

—Está bien, cariño, estoy aquí y conmigo nada malo sucederá. Ya no estás sola, *dusha*.

Asiente, entregándome su confianza, pero entonces siente la necesidad de pujar y se dobla. Toco la cabeza pegajosa que viene saliendo, aunque retrocede cuando ella deja de pujar.

—¡Vamos, nena! ¡Puedes hacerlo! —la animo, quitándome la chaqueta del traje y poniéndola sobre su estómago. Ella vuelve a pujar y grita mi nombre. Esta vez se escucha como si se rompiera y el pequeño no solo saca la cabeza, sino que parece girar. Lo ayudo, sosteniéndolo por los hombros y tirando con delicadeza mientras ella grita del dolor. Tras unos segundos, tengo a un pequeño ser en mis brazos, uno pegajoso y que grita a todo pulmón. No sé qué hacer con la criatura, me encuentro impresionado por la naturaleza. No puedo describirlo bien y algo me empaña la visión.

Shiro está a punto de enloquecer. Mi esposa alza las manos, pidiéndome sin palabras que le muestre a la pequeña vida que acaba de llegar al mundo, haciéndole honor a su nombre.

Ramé: caótico y hermoso al mismo tiempo.

—Bienvenido al mundo, Ramé.

PLAYLIST

I would die for you – Miley Cyrus
Wallflower – Kimberly August
You don't know – Kately Tarver
All mine – PLAZA
Sweet boi – Chevy
The devil in I – Nikki Idol
Temptation – BLVKES
Till death do us part – Rosenfeld
Genius – Sia
Enemy – Tomme Profitt
Me, myself, and I – G-Easy
Looking at the Devil – Seibold
The other side – Ruelle
Devil at my door – Valor
Bad – Royal Deluxe
Good people do bad things – David Thomas
Clair de lune – Beethoven

AGRADECIMIENTOS

Un agradecimiento especial para esta bella mujer, persona y amiga, Isaura Tapia, quien me guía e ilumina día tras día. *Te cue me*, mi Santa, eres un sol, no solo por alegrarme los días con tus ocurrencias, sino por soportarme y enviarme tus *gifs* de cachetadas. Gracias, esta historia no sería nada sin ti y tu trabajo.

A Marisol Moran, pues sin ella esto no sería posible. No solo me ha brindado su apoyo, sino que ha sido también una amiga de la literatura. Fue quien me inspiró a emprender todo este camino de dar a conocer mi escritura.

Gracias a mis chicas en nuestros grupos de WhatsApp, donde compartimos el amor por estos chicos. Son mi fuente de inspiración.

A ti, Joana (con un vino), que siempre me apoyas.

A Britney, Andri y Kath, son las mejores. Nunca cambien, las quiero.

A Daniela Gutiérrez, por crear esta maravillosa portada.

Y, por último, pero no menos importante.

Y a ti, lector, por elegir este ejemplar entre millones.

Hasta la próxima entrega, mis queridas abejitas.

---

[1] Hazle caso a tu madre o se lo diré a tu padre.

[2] Mi alma.

[3] Atrápala.

[4] Mi alma.

[5] Mía.

[6] Tuya.

[7] Y yo no comparto lo que es mío.

[8] Reina mía.

[9] Te he estado observando durante algún tiempo, no puedo dejar de mirar fijamente esos ojos de océanos, ciudades ardiendo y cielos rojizos. Hay quince llamaradas en esos ojos de océanos, tus ojos de océanos.

[10] ¡¡Que viva el Pakhan y nuestra diosa guerrera!!